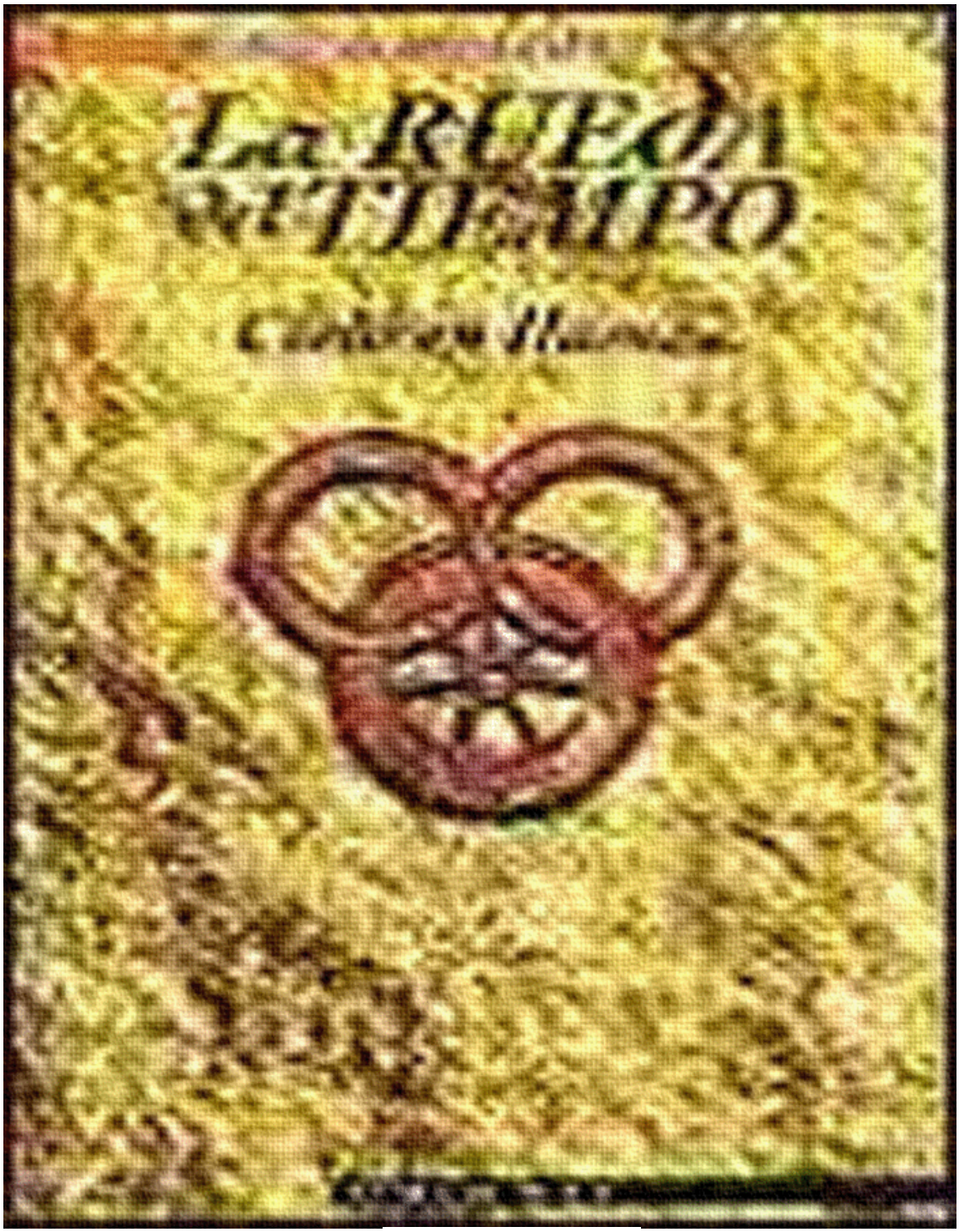
LA RUEDA DEL TIEMPO 7
Cielo en Llamas
Robert Jordan

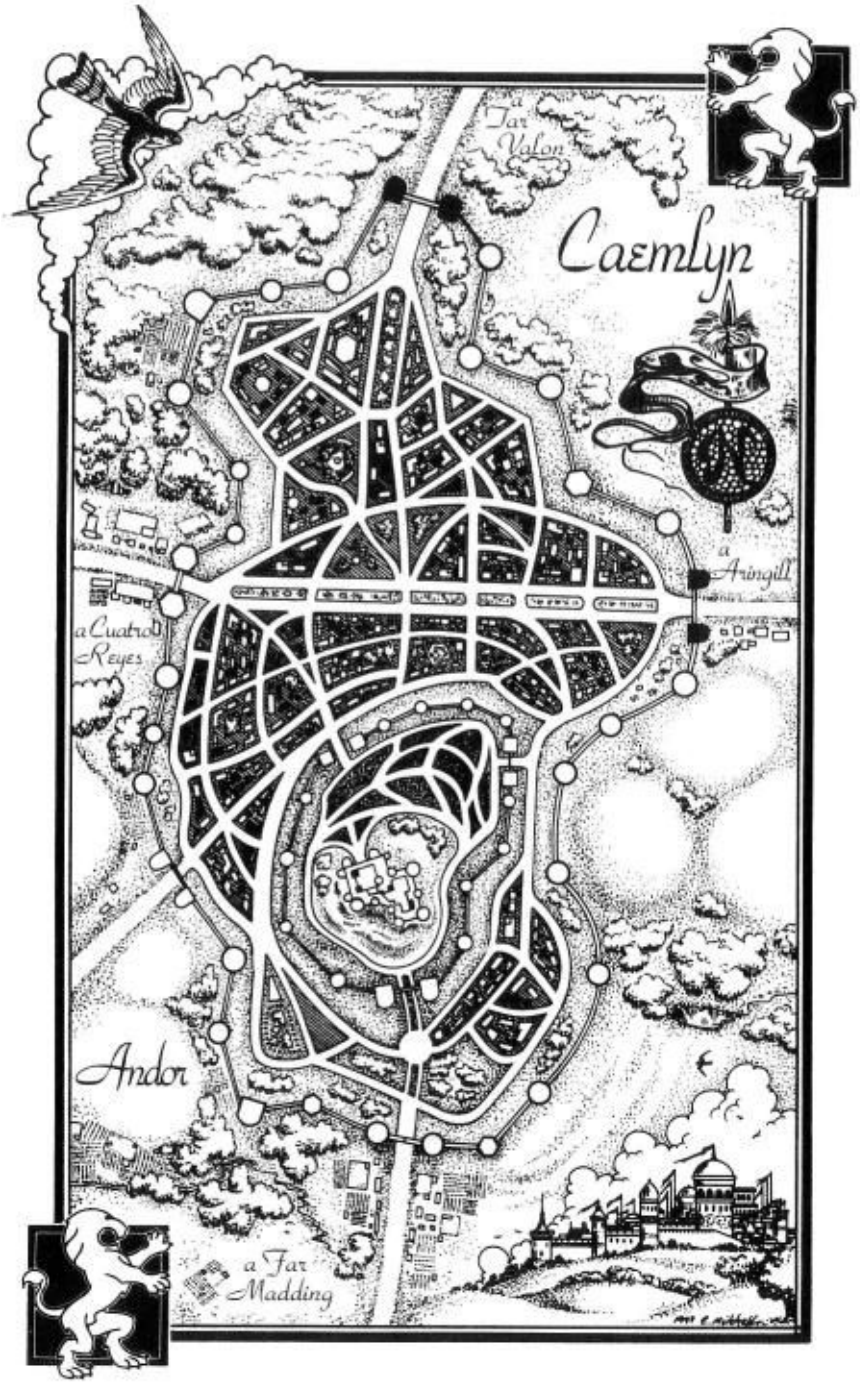


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Harriet
La luz de sus ojos es mi Luz

«Con su llegada vuelven a cobrar vida los pavorosos fuegos. Las colinas arden, y
la tierra se seca. El decurso de los hombres se agota, y las horas decrecen.
El muro está resquebrajado y el velo de la separación, descorrido. Allende el
horizonte retumban las tormentas, y los fuegos celestiales purifican el mundo.
No existe salvación sin destrucción ni esperanza a este lado de la muerte.»

Fragmento de *Las Profecías del Dragón*
Traducción atribuida a N'Delia Basolaine
Camarera mayor y escudera de Raidhen de Hol Cuchone
alrededor del 400 DD.


a Far Valon
Caemlyn
a Aringill
a Cuatro Reyes
Andor
a Far Madding

CAPÍTULO 1

Recuerdos de Saldaea

Tumbado en la cama a oscuras, en mangas de camisa, Kadere jugueteaba ociosamente con uno de los pañuelos grandes, haciéndolo girar entre sus manos. Por la ventana abierta del carromato entraba la luz de la luna, pero apenas un soplo de brisa. Al menos en Cairhien hacía más fresco que en el Yermo. Confiaba en que algún día regresaría a Saldaea y pasearía por el jardín en el que su hermana Teodora le había enseñado las primeras letras y números. La echaba de menos tanto como a Saldaea, con sus fríos inviernos, cuando las cortezas de los árboles reventaban al congelarse la savia y el único modo de desplazarse era con raquetas de nieve o con esquís. En estas tierras sureñas la primavera parecía verano, y el estío, la Fosa de la Perdición. Estaba sudando a chorros.

Con un hondo suspiro, metió los dedos por la pequeña brecha existente entre la cama y la pared del carromato; el trozo de papel doblado crujió. Lo dejó en el mismo sitio. Se sabía de memoria cada palabra escrita:

No estás solo entre extraños. Se ha elegido un curso para seguir.

Nada más; y, naturalmente, sin firma. Alguien lo había metido por debajo de la puerta, y lo encontró cuando se retiró para acostarse. Había una ciudad, Eianrod, a menos de medio kilómetro de distancia; pero, aun en el improbable caso de que quedara libre alguna blanda cama allí, dudaba mucho que los Aiel le permitieran pasar la noche lejos de las carretas. O que lo permitiera la Aes Sedai. De momento, sus propios planes se acomodaban bastante bien con los de Moraine. A lo mejor volvía a ver Tar Valon. Era un lugar peligroso para los de su clase, pero su labor era siempre importante y estimulante.

Recordó de nuevo la nota, bien que habría deseado poder permitirse el lujo de hacer caso omiso de ella. La palabra «elegido» le revelaba que procedía de otro Amigo Siniestro. Lo sorprendente era haberla recibido ahora, después de haber cruzado casi todo Cairhien. Hacía casi dos meses, justo después de que Jasin Natael se adhiriera a Rand al'Thor —por razones que en ningún momento se dignó explicar— y de que su nueva socia, Keille Shaogi, hubiera desaparecido —sospechaba que estaba enterrada en el Yermo, con una cuchillada asestada por la daga de Natael, y en buena hora—, al poco tiempo recibió la visita de uno de los Elegidos, la mismísima Lanfear, quien le había dado instrucciones.

Con un gesto automático se llevó la mano al pecho y tanteó por debajo de la camisa las cicatrices marcadas en él. Se enjugó el rostro con el pañuelo. Una parte de su mente razonó con frialdad, como lo había hecho al menos una vez al día desde entonces, que era un modo eficaz de demostrarle que no había sido un sueño, una simple pesadilla. Otra parte de su mente casi farfullaba de alivio porque la mujer no hubiera regresado.

Otra sorpresa era la caligrafía de la nota. La había escrito una mujer, a menos que se equivocara mucho, y algunas de las letras estaban trazadas del modo que sabía era peculiar en los Aiel. Natael le había dicho que tenía

que haber Amigos Siniestros entre ellos —los había en todos los países, entre cualquier clase de gente—, pero él nunca había intentado encontrar hermanos en el Yermo. Los Aiel eran capaces de matar a alguien con la misma facilidad con que miraban a quien metiera la pata, y, con ellos, uno podía meterla por el simple hecho de respirar.

En resumen, que la nota presagiaba el desastre. Lo más probable era que Natael le hubiera revelado a algún Amigo Siniestro Aiel quién era él. Iracundo, retorció el pañuelo hasta formar un prieto cordel y luego tiró de los extremos repetida y bruscamente, haciendo un ruido seco, como un chasquido. Si el juglar y Keille no hubieran presentado pruebas de que ocupaban un lugar prominente en los consejos de los Amigos Siniestros, los habría matado a ambos antes de llegar cerca del Yermo. La otra posibilidad le provocaba un nudo en el estómago. «Se ha elegido un curso para seguir.» Tal vez era sólo para utilizar la palabra «elegido», o quizá la intención era advertirle que uno de los Elegidos había decidido utilizarlo. La nota no le había llegado de Lanfear; ésta se habría limitado a hablar directamente con él en sus sueños otra vez.

A despecho del calor, se estremeció, aunque también tuvo que enjugarse el sudor de la cara. Tenía la sensación de que Lanfear era una ama celosa a quien servir, pero si otro de los Elegidos quería utilizarlo él no tenía opción. A pesar de las promesas hechas cuando se juramentó siendo aún un muchacho, ahora era un hombre con escasas ilusiones. Atrapado entre dos de los Elegidos, podría acabar aplastado como un gatito bajo la rueda de un carro, y ellos lo notarían tan poco como lo notaría el carro. Ojalá estuviera en casa, en Saldaea. Ojalá pudiera volver a ver a Teodora.

Una leve llamada a la puerta, como si alguien la arañara, lo hizo ponerse de pie; a pesar de su corpulencia, era más ágil de lo que dejaba entrever a la gente. Se enjugó el rostro y el cuello, pasó entre la estufa que, indudablemente, era innecesaria allí, y los armarios con los frentes adornados con tallas y pinturas. Cuando abrió la puerta, una figura esbelta, envuelta en ropajes negros, entró furtiva y rápidamente. Kadere escudriñó rápidamente los alrededores iluminados por la luna para asegurarse de que no había nadie observando —todos los conductores roncaban debajo de las carretas, y los centinelas Aiel nunca se acercaban a los vehículos—, y volvió a cerrar la puerta a toda prisa.

—Debes de estar ardiendo, Isendre —rió—. Quítate esa túnica y ponte cómoda.

—Gracias, pero no —repuso, cortante, desde las sombras de la capucha. Su actitud era estirada, pero de vez en cuando rebullía; la tela de lana debía de picar más de lo habitual aquella noche.

—Como gustes. —Volvió a reír. Sospechaba que debajo de aquella ropa las Doncellas Lanceras todavía no le permitían llevar nada puesto salvo las joyas robadas, como mucho. Desde que estaba al servicio de las Doncellas se había vuelto muy gazmoña. No entendía que hubiera sido tan estúpida como para robar; ni que decir tiene que él no había puesto ninguna objeción cuando se la llevaron del carromato arrastrándola por el pelo y gritando. Podía darse por satisfecho de que no lo hubieran acusado de estar involucrado en el robo. La codicia de la mujer sólo había servido para hacer más difícil su tarea—. ¿Tienes algo nuevo que informar sobre al'Thor o Natael? —Una parte principal de las instrucciones de Lanfear se refería a tener vigilados a esos dos, y él no conocía un medio mejor de tener controlados los movimientos de un hombre que meter a una mujer en su

cama. Cualquier varón le contaba a su compañera de lecho cosas que había jurado guardar en secreto, se jactaba de sus planes, y revelaba sus debilidades, incluso si se trataba del Dragón Renacido o el del Alba lo que fuera, como lo llamaban los Aiel. Isendre tembló visiblemente

—Al menos puedo acercarme a Natael. —¿Acercarse a él? Una vez que las Doncellas la sorprendieron escabullándose en la tienda del hombre, prácticamente habían empezado a meterla a empujones en ella cada noche. Pero siempre enfocaba las cosas por el lado positivo—. Y no es que me cuente nada. Se limita a decirme que hay que esperar, ser pacientes, guardar silencio, y amoldarse a lo que depara el destino, sea lo que sea lo que signifique eso. Es lo que repite cada vez que intento hacerle una pregunta. La mayoría del tiempo lo único que quiere es tocar una música que nunca he oído y hacer el amor. —Nunca tenía otra cosa que contar del juglar. Por centésima vez, Kadere se preguntó por qué quería Lanfear tener vigilado a Natael. Se suponía que ese hombre ocupaba la posición más alta a la que podía llegar un Amigo Siniestro, sólo un escalón por debajo de los propios Elegidos.

—Deduzco que con eso quieres decir que no has conseguido meterte en la cama de al'Thor ¿no? —preguntó mientras pasaba junto a la mujer para sentarse en el lecho.

—No. —Isendre rebulló con nerviosismo.

—Entonces tendrás que intentarlo con más ahínco, ¿no te parece? Estoy cansándome de fracasos, Isendre, y nuestros señores no tienen tanta paciencia como yo. A pesar de los títulos, no es más que un hombre. —A menudo la mujer se había jactado de que podía conseguir a cualquier hombre que quisiera y lograr que hiciera lo que deseara. De hecho, a él le había demostrado personalmente que no se jactaba en vano. No habría tenido necesidad de robar: él le habría comprado todo lo que hubiera querido. En realidad, le había comprado más de lo que podía permitirse—. Las malditas Doncellas no pueden estar vigilándolo cada segundo, y, una vez que te hayas metido en su cama, no permitirá que te hagan daño. —Una sola vez con ella sería suficiente para conseguirlo—. Tengo plena fe y seguridad en tus habilidades.

—No. —El monosílabo era, si cabe, más breve que el anterior.

Kadere enrolló y desenrolló el pañuelo con irritación.

—«No» es una palabra que a nuestros señores no les gusta escuchar, Isendre. —Se refería a los señores entre los Amigos Siniestros, no a lo que se entendía normalmente por lores y ladis (un mozo de cuadra podía dar órdenes a una dama, y un pordiosero a un magistrado), pero sus órdenes eran, como mínimo, tan estrictamente obligatorias como las de cualquier noble y generalmente mucho más—. Una palabra que a nuestra señora no le agradaría oír.

Isendre se estremeció. No había dado crédito a sus palabras hasta que le mostró las quemaduras del pecho, pero desde entonces la sola mención de Lanfear había bastado para reprimir cualquier amago de rebeldía por su parte. Esta vez, se puso a llorar.

—No puedo, Hadnan. Cuando nos detuvimos esta noche, creía que tendría una oportunidad al estar en una ciudad en lugar de en las tiendas, pero me sorprendieron antes de llegar a diez metros de él. —Se retiró la capucha y Kadere se quedó boquiabierto cuando vio su cabeza afeitada bajo la luz de la luna. Hasta las cejas le habían desaparecido—. Me afeitaron, Hadnan. Adelin, Enaila y Jolien me inmovilizaron y me afeitaron hasta el

último pelo. Y me azotaron con ortigas, Hadnan. —Temblaba como un arbolillo bajo un vendaval, y los sollozos escaparon entre las siguientes palabras balbuceantes—. Tengo un horrible picor desde los hombros hasta las rodillas, pero me escuece demasiado para rascarme. Me advirtieron que me harían *vestirme* con ortigas la próxima vez que se me ocurriera siquiera mirar en su dirección. Hablaban en serio, Hadnan. ¡Completamente en serio! Me amenazaron con entregarme a Aviendha y me explicaron lo que haría conmigo. No puedo, Hadnan. Otra vez no. No puedo.

El hombre la observó fijamente, estupefacto. Había tenido un cabello oscuro tan bonito... Empero, era tan hermosa que hasta el hecho de estar tan rapada como un huevo sólo conseguía darle un aire exótico, y sus lágrimas y su rostro laxo apenas deslucían su aspecto. Si consiguiera meterse en la cama de al'Thor aunque sólo fuera una noche... Pero no iba a ocurrir tal cosa. Las Doncellas la habían quebrantado anímicamente. Él mismo había hecho igual con algunas personas y sabía reconocer los síntomas. La ansiedad de evitar más castigos se convertía en ansiedad por obedecer. La mente jamás deseaba admitir que estaba huyendo de algo, de modo que Isendre no tardaría en convencerse de que realmente deseaba obedecer, que realmente sólo quería complacer a las Doncellas.

—¿Y qué tiene que ver Aviendha en todo esto? —rezongó. ¿Y cuánto faltaba para que Isendre sintiera también la necesidad de confesar sus pecados?

—¡Pues que se ha estado acostando con al'Thor desde Rhuidean, estúpido! Pasa con él todas las noches. Las Doncellas creen que se casará con él. —Incluso entre los sollozos de la mujer Kadere detectó un resentimiento rabioso. A Isendre no le gustaba que otra hubiera tenido éxito donde ella había fracasado. Sin duda era por ello por lo que no se lo había dicho hasta ahora.

Aviendha era una mujer muy hermosa a pesar de sus feroces ojos, con unos grandes senos en comparación con la mayoría de las Doncellas, pero aun así él daría ventaja a Isendre contra ella si lograra... Isendre se derrumbó a la luz de la luna que penetraba por las ventanas, temblando de la cabeza a los pies, sollozando sin rebozo; las lágrimas se deslizaban por las mejillas sin que ella se molestara en enjugarlas. Se arrastraría por el suelo si Aviendha la mirara ceñuda.

—Está bien —dijo suavemente—. Si no puedes, no se hable más. Todavía tienes la posibilidad de sonsacar algo a Natael. Sé que puedes.

La cogió por los hombros para conducirla hacia la puerta, pero ella dio un respingo al sentir su contacto, aunque se volvió hacia la salida.

—Natael no querrá mirarme durante días —dijo, malhumorada, entre hipidos y sorbidos de nariz. Estaba a punto de estallar en sollozos en cualquier momento, pero el tono con que le habló Kadere parecía haberla calmado un poco—. Tengo la piel enrojecida, Hadnan, como si hubiera estado desnuda al sol un día entero. Y mi cabello... Me tardará en crecer toda la vida como lo ten...

Cuando llegaba a la puerta, los ojos prendidos en el picaporte, el pañuelo del hombre, prieto como un cordel, se enroscó alrededor de su cuello. Kadere intentó hacer caso omiso de sus gorgoteos, del frenético arrastrar de sus pies en el suelo. Isendre le clavó las uñas en las manos, pero el hombre mantuvo la mirada fija al frente. Hasta con los ojos abiertos veía a Teodora; siempre la veía cuando mataba a una mujer. Había amado a su hermana, pero ella descubrió lo que era él y jamás habría guardado

silencio. Los talones de Isendre golpeaban violentamente, pero, tras lo que al hombre le pareció una eternidad, se movieron con lentitud y finalmente se pararon; la mujer se convirtió en un peso muerto que sostenían sus manos. Mantuvo el pañuelo apretado mientras contaba sesenta antes de desenrollarlo y dejarla caer. Lo siguiente que la mujer habría hecho sería confesarlo todo; confesar que era una Amiga Siniestra y apuntarle con el dedo a él.

Revolvió en los cajones al tacto y sacó un cuchillo de carnicero. Deshacerse de un cadáver iba a ser difícil, pero afortunadamente los muertos no sangraban mucho; la túnica absorbería lo poco que se derramara. A lo mejor conseguía encontrar a la mujer que había dejado la nota por debajo de la puerta. Si no era suficientemente bonita, debía de tener amigas que también fueran Amigas Siniestras. A Natael le daría igual que fuera una Aiel quien lo visitara en la tienda. En lo que a él se refería, antes preferiría meter en su cama a una víbora; las Aiel eran peligrosas. Y tal vez una Aiel tendría más oportunidades contra Aviendha de las que había tenido Isendre. Se arrodilló y, mientras trabajaba, tarareó entre dientes una canción de cuna que Teodora le había enseñado.

Librodot

CAPÍTULO 2

Una apuesta

Una suave brisa sopló a través de la pequeña ciudad de Eianrod y después se desvaneció. Sentado en el pretil del ancho y llano puente, en el corazón de la villa, Rand imaginó que esa brisa debía de ser caliente, pero a él no se lo parecía después del Yermo. Quizás algo caldeada para ser de noche, pero no lo suficiente para inducirlo a que se desabotonara la chaqueta roja. El río que corría bajo el puente nunca había sido caudaloso, pero ahora su cauce se hallaba reducido a la mitad de lo normal; empero, disfrutaba contemplando el fluir de las aguas hacia el norte, con las luces y las sombras creadas por la luna y las nubes pasajeras sobre la chispeante y oscura superficie. En realidad ésa era la razón de que se encontrara allí fuera, para contemplar el discurrir del agua durante un rato. Ya había instalado las salvaguardas alrededor del campamento Aiel, que a su vez rodeaba la ciudad. Los propios Aiel montaban guardia, de modo que ni siquiera un gorrión habría pasado inadvertido. Así que podía perder una hora relajándose con el sonido del río.

Sin duda eso era mucho mejor que la rutina de todas las noches, de ordenar a Moraine que se marchara para así poder estudiar con Asmodean. La Aes Sedai había llegado incluso a tomar por costumbre llevarle las comidas para hablarle mientras él se las tomaba, como si se propusiera imbuirle en la cabeza todo cuanto sabía antes de que llegaran a la ciudad de Cairhien. No soportaba verla suplicando que la dejara quedarse —¡suplicar!— como había ocurrido la noche anterior. Para alguien como Moraine, ese comportamiento era tan antinatural que se había sentido compelido a acceder con tal de que dejara de hacerlo. Lo que, probablemente, era exactamente lo que buscaba ella actuando de ese modo. Sí, mucho mejor escuchar el murmullo de la corriente del río. Con suerte, habría renunciado a acosarlo esta noche.

La franja de ocho o diez pasos de tierra arcillosa que separaba el agua de los hierbajos en ambas márgenes aparecía reseca y agrietada. Alzó la vista hacia las nubes que cruzaban ante la luna. Podría hacer que aquellas nubes soltaran lluvia. Las dos fuentes de la ciudad estaban secas, y el polvo se acumulaba en un tercio de los pozos donde el atasco no había llegado al punto de no tener remedio. Sin embargo, intentarlo era la cuestión. Había hecho que lloviera en una ocasión; el truco estaba en recordar cómo. Si lo conseguía, entonces esta vez podría tratar de no provocar un diluvio y un vendaval que tronchara los árboles.

Asmodean no podía ayudarlo en esto; no sabía mucho sobre fenómenos atmosféricos, por lo visto. Por cada cosa que ese hombre le enseñaba, había otras dos a las que contestaba o levantando las manos o dando coba y una promesa. Hubo un tiempo en que creía que los Renegados lo sabían todo, que eran omnipotentes; pero, si los demás se parecían a Asmodean, no sólo había temas en los que no eran muy duchos, sino que su ignorancia era total en otros. Incluso podría ocurrir que él supiera más de ciertas cosas que

ellos. Al menos, que algunos de ellos. El problema estaba en saber quiénes. Semirhage era tan ignorante como Asmodean en lo relativo a los fenómenos atmosféricos. Lo sacudió un escalofrío, como si aquélla fuera una noche en la Tierra de los Tres Pliegues. Asmodean nunca le había hecho ningún comentario respecto a esa incapacidad de Semirhage. ¿Cómo lo sabía él? Mejor sería seguir escuchando el agua y no pensar, si es que quería dormir algo esa noche.

Sulin se acercó, con el *shoufa* alrededor de los hombros de manera que dejaba al descubierto su corto cabello blanco, y se acodó en el pretil. La nervuda Doncella iba armada para la batalla, con arco, flechas, lanzas, cuchillo y adarga. Aquella noche tenía el mando del grupo de su guardia personal. A unos diez pasos de distancia, otras dos docenas más de *Far Dareis Mai* estaban cómodamente acuclilladas en el puente.

—Una noche extraña —dijo la mujer—. Estábamos jugando pero, de repente, todo el mundo empezó a sacar seises solamente.

—Lo lamento —contestó sin pensar, y la Aiel le asestó una mirada rara. Ella lo ignoraba, naturalmente, porque Rand no lo había divulgado. Las ondas que provocaba al ser *ta'veren* se propagaban y provocaban reacciones caprichosas y extrañas. Ni siquiera los Aiel querrían acercarse a menos de quince kilómetros de él si lo supieran.

La tierra se había hundido bajo los pies de tres Soldados de Piedra ese día, haciéndolos caer en un nido de víboras, pero ninguna de las docenas de mordeduras que éstas habían descargado encontró otra cosa que ropa. Rand sabía que se debía a él, forzando la suerte. Tel Nethin, el guarnicionero, había sobrevivido a la matanza de Taien para acabar aquel mediodía tropezando con una piedra y rompiéndose el cuello al caer en un suelo herboso y llano. Rand temía que eso también hubiera sido por su causa. Por otro lado, Bael y Jheran habían zanjado el pleito de sangre existente entre los Shaarad y los Goshien mientras se encontraba con ellos tomando en marcha una comida de carne seca. Todavía no se caían bien y no parecían entender muy bien lo que acababan de hacer, pero lo habían hecho, con promesas y juramentos del agua inclusive, mientras cada uno de ellos sostenía la copa para que el otro bebiera. Para los Aiel, el juramento del agua era más fuerte que cualquier otro; podrían pasar generaciones antes de que entre los Shaarad y los Goshien se diera siquiera una incursión para arrebatarse ovejas, cabras o ganado.

Rand se había preguntado si aquellos efectos al azar funcionarían alguna vez en su favor; quizás esto sería lo más cerca que le llegaran. Ignoraba cuántas cosas más ocurridas ese día podían achacársele a él; nunca preguntaba y prefería no enterarse. Sucesos como el habido entre Bael y Jheran sólo compensaban en parte otros como lo de Tal Nethin.

—Hace días que no veo a Enaila y a Adelin —dijo. Era una conversación tan buena como cualquier otra para cambiar de tema. Esas dos mujeres se habían mostrado particularmente celosas de su misión de protegerlo—. ¿Están enfermas?

Como poco, la mirada que le asestó Sulin fue más extraña que la anterior.

—Volverán cuando aprendan a dejar de jugar con muñecas, Rand al'Thor.

Él abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato. Los Aiel eran raros —y las lecciones de Aviendha a menudo hacían que lo parecieran aun más, en vez de lograr lo contrario—, pero aquello era ridículo.

—Bueno, pues decidles que ya son mujeres adultas y que deberían actuar como tales.

Incluso con la menguada luz de la luna advirtió que la sonrisa de la Doncella era complacida.

—Se hará como desea el *Car'a'carn.* —¿Y eso qué significaba? Sulin lo miró con los labios fruncidos en un gesto pensativo—. No has cenado nada esta noche. Todavía queda comida bastante para todos, y no saciarás el estómago de nadie pasando hambre tú. Si no te alimentas, la gente se preocupará pensando que estás enfermo. Y te pondrás enfermo.

Rand soltó una risita queda que sonó como un ronco jadeo. En cierto momento era el *Car'a'carn* y al siguiente... Si no comía algo, seguramente la propia Sulin iría a traerle cualquier cosa. E incluso intentaría metérselo a la fuerza en la boca.

—De acuerdo, comeré. Moraine debe de estar acostada a estas horas. —Esta vez, la mirada desconcertada de la Doncella le resultó gratificante; para variar, era él quien había dicho algo que la mujer no entendía.

En el momento en que bajaba del pretil escuchó el trapaleo de unos cascos en la calle que llevaba al puente. Todas las Doncellas se pusieron de pie al instante, los rostros velados y la mitad de ellas con una flecha encajada en el arco, prestas para disparar. En un gesto instintivo, la mano de Rand fue hacia la cintura, pero la espada no estaba allí. Los Aiel se sentían ya bastante incómodos por el hecho de que cuando iba montado a caballo llevara el arma colgada de la perilla de la silla; habría considerado innecesario incomodarlos más llevándola encima. Además, no eran muchos caballos los que se acercaban y venían al paso.

Cuando aparecieron, rodeados por una escolta de cincuenta Aiel, los jinetes no llegaban a veinte e iban encorvados en las sillas, abatidos. La mayoría llevaba casco y chaquetas tearianas con mangas abullonadas y listadas debajo de los petos. Los dos que iban al frente lucían doradas armaduras ornamentadas y largas plumas blancas que salían de la parte delantera de los yelmos, y las franjas de las mangas tenían el brillo del satén a la luz de la luna. En la retaguardia marchaba media docena de hombres, más bajos y ligeros que los tearianos, vestidos con chaquetas oscuras y yelmos con forma de campana que les dejaban el rostro al aire. Dos de ellos portaban pequeños estandartes llamados *con,* que ondeaban en astiles cortos ceñidos a la espalda mediante correajes. Los cairhieninos utilizaban los estandartes para distinguir a los oficiales en la batalla y también para identificar a los asistentes de un lord.

Los tearianos con plumas en el yelmo lo miraron fijamente al reparar en él y después intercambiaron un vistazo sobresaltado, para de inmediato desmontar e hincar la rodilla ante Rand, con el yelmo sujeto debajo del brazo. Eran jóvenes, poco mayores que él, y ambos llevaban la oscura barba recortada en punta al estilo de los nobles tearianos. Sus petos mostraban abolladuras, y el dorado estaba cuarteado; saltaba a la vista que habían sostenido un combate en alguna parte. No dedicaron una sola ojeada a los Aiel que los rodeaban, como si por hacer caso omiso fueran a desaparecer. Las Doncellas se bajaron los velos, aunque no por ello su actitud dejó de ser alerta, listas para atravesar con lanzas o flechas a los hombres arrodillados.

Rhuarc seguía a los tearianos, acompañado por un Aiel más joven, de ojos grises, algo más alto que él, y que se quedó detrás. Mangin pertenecía a los Jindo Taardad, y era uno de los que había ido a la Ciudadela de Tear. Eran Jindo quienes habían conducido a los jinetes hasta allí.

Librodot

—Mi señor Dragón —empezó el rechoncho y rubicundo noble—, así me abrase, ¿acaso os han tomado prisionero? —Su compañero, orejudo y narizón, con más apariencia de granjero que de noble a despecho de la barba, no dejaba de retirarse con gesto nervioso el lacio cabello que le caía sobre la frente—. Dijeron que nos llevaban ante un tipo no sé qué del Alba. El *Car'a'carn.* Significa algo de jefe, si no recuerdo mal las enseñanzas de mi tutor. Disculpadme, mi señor Dragón. Soy Edorion de la casa Selorna, y éste es Estean de la casa Andiama.

—Soy El que Viene con el Alba —les dijo en voz queda Rand—. Y el *Car'a'carn.* —Ahora los recordaba: unos jóvenes nobles que se habían dedicado a matar el tiempo bebiendo, jugando y persiguiendo mujeres cuando estuvo en la Ciudadela. A Estean casi se le salieron los ojos de las órbitas; Edorion pareció sorprendido un momento, pero después asintió lentamente, como si de repente se diera cuenta de que aquello tenía sentido—. Levantaos. ¿Quiénes son vuestros compañeros cairhieninos? —Sería interesante conocer a hombres de Cairhien que no huían de los Shaido ni de otros Aiel que veían. De hecho, al estar con Edorion y Estean podían ser los primeros partidarios que encontraba en esta tierra. Eso contando con que los padres de los dos tearianos hubieran seguido sus órdenes—. Traedlos ante mí.

Estean parpadeó sorprendido mientras se incorporaba, pero Edorion apenas hizo una pausa antes de volverse y gritar:

—¡Meresin! ¡Daricain! ¡Acercaos! —Así, casi como si llamara a unos perros. Los estandartes cairhieninos se mecieron cuando los dos hombres desmontaron lentamente.

—Mi señor Dragón —empezó, vacilante, Estean mientras se lamía los labios como si estuviera sediento—. ¿Habéis...? ¿Habéis enviado a los Aiel contra Cairhien?

—¿Han atacado la ciudad entonces?

Rhuarc asintió.

—Si se da crédito a lo que dicen estos dos, Cairhien resiste todavía. O resistía hace tres días —respondió Mangin. No cabía duda de que pensaba que ya no era así y que le importaba poco una ciudad de los Asesinos del Árbol.

—Yo no los envié, Estean —repuso Rand mientras se unían a ellos los dos cairhieninos, que se arrodillaron mientras se quitaban los yelmos, mostrándose como hombres de la misma edad más o menos que Edorion y Estean; llevaban la cabeza afeitada por delante, en línea con las orejas, y la expresión de sus oscuros ojos era desconfiada—. Los que atacaron la ciudad son mis enemigos, los Shaido. Me propongo salvar Cairhien si ello es posible.

Tuvo que repetir la historia de decir a los dos cairhieninos que se levantaran; el tiempo pasado con los Aiel casi le había hecho olvidar la costumbre que se tenía a este lado de la Columna Vertebral del Mundo de arrodillarse y hacer reverencias cada dos por tres. También tuvo que pedir que se presentaran. Eran el teniente lord Meresin de la casa Daganred —su *con* tenía onduladas líneas verticales, rojas y blancas—, y el teniente lord Daricain de la casa Annallin, cuyo *con* lo conformaban pequeños cuadros rojos y negros. Lo sorprendió que fueran lores. Aunque los nobles mandaban y dirigían soldados en Cairhien, no se afeitaban la cabeza ni se hacían soldados. O no lo hacían antes; por lo visto, habían cambiado muchas cosas.

—Mi señor Dragón... —A Meresin se le trabó un poco la lengua al pronunciar este tratamiento. Daricain y él eran hombres de tez pálida, rostro

estrecho, nariz larga, y delgados, aunque él estaba algo más lleno que su compañero. Empero, ninguno de los dos tenía aspecto de haber comido mucho últimamente. Meresin habló deprisa, como si temiera que lo interrumpieran—. Mi señor Dragón, Cairhien puede resistir todavía durante días, quizás hasta diez o doce más, pero debéis venir rápidamente si queréis salvarla.

—Ése es el motivo de que saliéramos —explicó Estean al tiempo que asestaba a Meresin una dura mirada. Los cairhieninos le respondieron con otra igual, bien que su desafío estaba teñido de resignación. Estean se pasó los dedos por el crespo cabello que le caía sobre la frente—. Para pedir ayuda. Se han enviado grupos en todas direcciones, mi señor Dragón. —Sufrió un escalofrío a pesar del sudor que perlaba su frente, y su voz se tornó hueca y distante—. Éramos más cuando partimos. Vi caer a Baran, gritando, con una lanza atravesándole las tripas. Ya no volverá a jugar al tajo. No me vendría mal una copa de brandy fuerte.

—Mi señor Dragón —dijo Edorion mientras daba vueltas al yelmo entre las manos, con el ceño fruncido—, la ciudad puede resistir un poco más; pero, aun en el caso de que estos Aiel luchen contra los otros, la pregunta es si podréis conducirlos hasta allí a tiempo. En mi opinión, esa estimación de diez o doce días es más que generosa. A decir verdad, sólo vine porque consideré que morir atravesado por una lanza era mejor que ser capturado vivo cuando salven la muralla. La ciudad está abarrotada de refugiados que venían huyendo delante de los Aiel; no queda un solo perro ni una paloma en la ciudad, y dudo que quede alguna rata dentro de poco. Lo único bueno es que ahora a nadie parece importarle mucho quién ocupará el Trono del Sol, teniendo a ese tal Couladin al otro lado de las murallas.

—Nos exigió que nos rindiéramos a El que Viene con el Alba al segundo día de asedio —intervino Daricain, con lo que se ganó una mirada cortante de Edorion por interrumpirlo.

—Couladin está divirtiéndose con los prisioneros —informó Estean—. Fuera del alcance de tiro de los arcos, pero lo bastante cerca para que los que están en la muralla puedan verlo. También se los puede oír gritar. Que la Luz consuma mi alma, pero no sé si lo hace para desmoralizarnos o simplemente porque disfruta con ello. A veces dejan que los campesinos corran hacia la ciudad y después les disparan una andanada de flechas cuando casi se han puesto a salvo. Si es que en Cairhien se está a salvo. Lo hacen sólo a campesinos, pero... —Dejó sin acabar la frase y tragó saliva con esfuerzo, como si acabara de acordarse de lo que Rand pensaba de un comentario como el de «sólo a campesinos». Sin embargo, Rand se limitó a mirarlo, pero el joven noble pareció encogerse y masculló entre dientes algo sobre un brandy.

Edorion aprovechó el momentáneo silencio.

—Mi señor Dragón, la cuestión es que la ciudad podrá resistir hasta que lleguéis si os dais prisa. Si logramos rechazar el primer ataque fue porque extramuros se incendió...

—Las llamas casi se propagaron a la ciudad —intervino Estean. Extramuros, una ciudad en sí fuera de las murallas de Cairhien, estaba construida en su mayoría de madera, según recordaba Rand—. Habría sido el desastre si el río no hubiera actuado como una barrera.

—... pero lord Meilan —continuó el otro teariano— tenía bien planeadas las defensas, y los cairhieninos parecieron conservar el coraje y plantar cara a la situación. —Aquello le valió los gestos ceñudos de Meresin y Daricain,

que no vio o simuló no ver—. Con suerte, aguantará siete días, ocho como mucho. Si podéis... —Un hondo suspiró pareció desinflar al relleno Edorion—. No he visto ningún caballo —masculló como si hablara para sí mismo—. Los Aiel no cabalgan. No conseguiréis desplazar hombres a pie hasta tan lejos y llegar a tiempo.

—¿Cuánto? —preguntó Rand a Rhuarc.

—Siete días —fue la respuesta. Mangin asintió con la cabeza, y Estean se echó a reír.

—Así me abrase, a nosotros nos ha llevado ese tiempo llegar aquí a caballo. Si creéis que podéis hacer el recorrido de vuelta en el mismo tiempo a pie, debéis de... —Consciente de los ojos Aiel clavados en él, Estean se retiró el cabello de la frente—. ¿Hay algo de brandy en esta ciudad? —rezongó.

—La cuestión no está en cuán rápido podemos llegar nosotros —replicó sosegadamente Rand—, sino cuánto tardaréis vosotros si algunos de vuestros hombres desmontan y los caballos los utilizáis de refresco. Quiero que Meilan y Cairhien sepan que hay ayuda en camino. Pero quienquiera que se comprometa a hacer de correo tiene que tener muy claro que es capaz de mantener la boca cerrada si lo apresan los Shaido. No estoy dispuesto a que Couladin sepa nada que no conozca por sus propios medios.

El semblante de Estean se quedó más lívido que el de los cairhieninos. Meresin y Daricain hincaron la rodilla en el suelo al mismo tiempo y cada uno cogió una mano de Rand para besársela. Rand se lo permitió, aunque para ello tuvo que hacer un gran esfuerzo; uno de los consejos de Moraine, que tenía visos de sensato, era que no ofendiera las costumbres de los pueblos por extrañas o incluso repulsivas que le resultaran, a no ser que no le quedara otro remedio y aun así después de haberlo pensado dos veces.

—Iremos nosotros, mi señor Dragón —manifestó Meresin, emocionado—. Gracias. Juro por la Luz que moriré antes de revelar una palabra de esto excepto a mi padre o al Gran Señor Meilan.

—Bendito seáis, mi señor Dragón —añadió el otro—. Que la gracia os favorezca y la Luz os ilumine siempre. Estoy a vuestro servicio hasta la muerte.

Rand dejó que Meresin dijera también que estaba a su servicio antes de retirar su mano con firmeza y ordenarles que se pusieran de pie. No le gustaba el modo en que lo estaban mirando. Edorion los había llamado al principio como si fueran sabuesos, pero ningún hombre debería mirar a otro como si fuera un perro mirando a su amo.

Edorion inhaló profundamente y soltó el aire con lentitud, hinchando las orondas mejillas.

—Supongo que si he conseguido llegar hasta aquí indemne, también puedo volver en una pieza. Mi señor Dragón, perdonad si mis palabras os ofenden, pero ¿os importaría hacer una apuesta de... digamos mil coronas de oro a que realmente podéis llegar en siete días?

Rand lo miró de hito en hito. Este hombre estaba tan chiflado como Mat.

—No tengo ni cien monedas de plata, cuanto menos un millar de...

—Sí que las tiene, teariano —lo interrumpió Sulin con firmeza—. Aceptará tu apuesta si la subes a diez mil.

—Hecho, Aiel —rió Edorion—. Y merecerá la pena cada céntimo si pierdo. Pensándolo bien, si gano no viviré para cobrarla. Vamos, Meresin, Daricain. —Sonó como si estuviera llamando a sus perros fieles—.

Emprendemos la marcha.

Rand aguardó hasta que los tres hicieron las correspondientes reverencias y estuvieron a medio camino de los caballos antes de volverse hacia la Doncella de cabello blanco.

—¿Qué quisiste decir con eso de que tengo mil coronas de oro? Ni siquiera he visto esa cantidad en toda mi vida.

Las Doncellas intercambiaron una mirada como si Rand se hubiera vuelto loco; lo mismo hicieron Rhuarc y Mangin.

—Un quinto del tesoro que había en la Ciudadela de Tear pertenece a quienes la tomaron, y se reclamará cuando sea posible transportarlo. —Sulin habló como si lo hiciera con un niño a quien se enseñan las cosas corrientes y diarias—. Como jefe y cabecilla de la batalla allí, un décimo de ese quinto es tuyo. Tear se te rindió como jefe por derecho de victoria, de modo que un décimo de Tear también te pertenece. Y dijiste que podíamos tomar el quinto en este país, un... impuesto, lo llamaste. —Se enredó con la palabra; los Aiel no tenían tributos—. Una décima parte de eso también es tuya, como *Car'a'carn.*

Rand sacudió la cabeza. En todas las conversaciones mantenidas con Aviendha jamás se le había pasado por la cabeza preguntar si lo del quinto también era aplicable para él; *Car'a'carn* o no *Car'a'carn,* no era Aiel, y no le parecía que tuviera nada que ver con él. En fin, puede que no fuera un impuesto, pero podría utilizarlo como hacían los reyes con los tributos. Desgraciadamente, sólo tenía una vaga idea de cómo funcionaba eso. Tendría que preguntarle a Moraine; ése era un tema que la Aes Sedai no había incluido en sus charlas aleccionadoras. Tal vez pensaba que era tan obvio que él debía de saberlo.

Elayne habría sabido para qué se usaban los impuestos; y, desde luego, habría resultado más divertido recibir consejo de ella que de Moraine. Ojalá supiera dónde se encontraba la muchacha. Seguramente seguiría en Tanchico; Egwene le contaba poco más que sus repetidos mensajes amorosos. Ojalá pudiera coger a Elayne y hacerla sentarse para que le explicara lo de esas dos cartas. Doncella Lancera o heredera del trono de Andor, todas las mujeres eran raras. Excepto, tal vez, Min. La joven se había reído a su costa, pero jamás le había hecho tener la impresión de que estuviera hablando en un idioma desconocido para él. Ahora no se reiría. Si volvía a verla alguna vez, correría durante cien kilómetros sin parar con tal de alejarse del Dragón Renacido.

Edorion hizo que todos sus hombres desmontaran y, cogiendo uno de sus caballos, ató a los demás juntos por las riendas, junto con el de Estean. Sin duda reservaba el suyo para la galopada final a través de los Shaido. Meresin y Daricain hicieron lo mismo con sus hombres, y si bien eso significaba que los cairhieninos contaban únicamente con dos monturas de refresco por cabeza, nadie parecía creer que podrían usar ninguno de los caballos tearianos. Partieron juntos en dirección oeste, a un trote vivo, con una escolta Jindo.

Con cuidado de no mirar a nadie, Estean empezó a desplazarse hacia los soldados que se encontraban de pie al pie del puente, nerviosos, en medio de un círculo de Aiel. Mangin lo agarró por la manga con franjas rojas.

—Podrías contarnos cuáles son las condiciones dentro de Cairhien, hombre de las tierras húmedas.

El noble de rostro vulgar parecía a punto de desmayarse.

—Estoy seguro de que responderá a todas las preguntas que le plantees

—manifestó Rand secamente, poniendo énfasis en la última palabra.

—Sólo se le plantearán —dijo Rhuarc mientras cogía al teariano por el otro brazo. Daba la impresión de que Mangin y él sostenían en vilo entre ambos al hombre, mucho más bajo que ellos—. Avisar a los defensores de la ciudad está muy bien, Rand al'Thor —continuó Rhuarc—, pero deberíamos enviar exploradores. Corriendo, pueden llegar a Cairhien tan pronto como esos hombres a caballo, y reunirse con nosotros de regreso con información de cómo Couladin ha desplegado a los Shaido.

Rand notaba los ojos de la Doncella clavados en él, pero mantuvo la vista fija en Rhuarc.

—¿Hijos del Relámpago? —sugirió.

—*Sha'mad Conde* —convino Rhuarc.

Mangin y él giraron a Estean —en realidad lo estaban sosteniendo en vilo— y se encaminaron hacia los otros soldados.

—¡Haced preguntas! —gritó Rand a su espalda—. Es vuestro aliado y mi súbdito.

No tenía la menor idea de si Estean era esto último o no —otra cosa que preguntarle a Moraine— y tampoco hasta qué punto era realmente un aliado —su padre, el Gran Señor Torean, había conspirado de sobra contra él— pero no iba a permitir nada parecido a los métodos de Couladin.

Rhuarc volvió la cabeza y asintió

—Cuidas bien de tu gente, Rand al'Thor. —El tono de Sulin era terriblemente impasible.

—Lo intento —respondió. No estaba dispuesto a morder el anzuelo. Fueran quienes fueran los que salieran de exploración para espiar a los Shaido, habría quienes no volverían, y no había vuelta de hoja—. Creo que ahora comeré algo. Y también dormiré un poco.

Como mucho, debía de ser un par de horas después de medianoche, y en esta época del año todavía amanecía temprano. Las Doncellas lo siguieron, escudriñando las sombras con recelo, como si esperaran un ataque, mientras hablaban entre ellas con el lenguaje de las señas. Aunque, a decir verdad, los Aiel siempre parecían estar esperando un ataque.

CAPÍTULO 3

Las nieves lejanas

Las calles de Eianrod eran rectas y se cruzaban en ángulos rectos, y allí donde era preciso hendían las colinas que, por lo demás, presentaban unas laderas trazadas con ordenadas terrazas de piedra. Los edificios de piedra y tejados de pizarra tenían un aire anguloso, como si todas sus líneas fueran verticales. Eianrod no había caído en manos de Couladin, porque en ella no había gente cuando los Shaido pasaron por allí. Muchas de las casas no eran más que vigas calcinadas y ruinas, sin embargo, incluidas la mayoría de las grandes construcciones de mármol, con tres pisos y balconadas, que según Moraine habían pertenecido a mercaderes. Mobiliario y ropas destrozados se amontonaban en las calles, junto con platos rotos y fragmentos de cristales de ventana, botas sueltas, herramientas y juguetes.

La destrucción por incendios había ocurrido en diferentes ocasiones —hasta Rand era capaz de darse cuenta de ello por el desgaste de las vigas calcinadas y el olor más o menos fuerte que quedaba a quemado en distintos sitios—, pero Lan había podido trazar el flujo de las batallas por las que la ciudad había sido tomada una y otra vez, seguramente por diferentes casas contendientes por el Trono del Sol; aunque, a juzgar por el aspecto de las calles, los últimos que habían tenido Eianrod en sus manos habían sido bandidos, una de las muchas bandas que merodeaban por Cairhien que no eran leales a nadie y a nada excepto al oro.

Rand se dirigió hacia una de las casas de mercaderes, en la plaza más grande de las dos que tenía la ciudad, un edificio de tres plantas cuadradas de mármol gris y ancha escalera con gruesas balaustradas laterales de piedras angulosas que se asomaban a una fuente silenciosa cuyo pilón redondo estaba lleno de polvo. La oportunidad de volver a dormir en una buena cama había sido demasiado tentadora para pasarla por alto, y Rand albergaba la esperanza de que Aviendha hubiera escogido permanecer en una tienda; fuera en la de él o en la de las Sabias, le daba igual con tal de no tener que intentar quedarse dormido mientras la escuchaba respirar a unos pasos de distancia. Últimamente, había empezado a imaginarse que podía escuchar el latido de su corazón incluso cuando no estaba en contacto con el *Saidin.* De todos modos, por si acaso la joven Aiel había decidido no quedarse en una tienda, él había tomado precauciones.

Las Doncellas se detuvieron al pie de la escalera y algunas trotaron alrededor del edificio para tomar posiciones en todas las fachadas. Rand había temido que intentaran declarar la casa como un Techo de las Doncellas, aunque sólo fuera durante una noche, de modo que tan pronto como eligió el edificio, uno de los pocos de la ciudad que conservaban el techo en buenas condiciones y la mayoría de las ventanas intactas, le había dicho a Sulin que lo declaraba el Techo de los Hermanos del Manantial, y que en él no podía entrar nadie que no hubiera bebido del manantial de Campo de Emond. Por la mirada que le echó, la Doncella comprendía muy bien sus intenciones, pero ninguna lo siguió más allá de las grandes puertas

que parecían construidas con estrechos paneles verticales.

Dentro, las amplias estancias estaban vacías, aunque los *gai'shain* habían extendido unas cuantas mantas para sí mismos en el gran vestíbulo de la entrada, con el alto techo de escayola trabajada con un sobrio dibujo de cuadrados. Impedir la entrada a los *gai'shain* estaba más allá de sus posibilidades por más que hubiese querido hacerlo, al igual que impedir el acceso a Moraine si es que la Aes Sedai no iba a dormir en otro sitio. Aunque diera orden de que no lo molestaran, la Aes Sedai siempre encontraba el modo de convencer a las Doncellas de que la dejaran pasar, y también siempre era precisa una orden directa de que se marchara para lograr que se fuera.

Los *gai'shain,* hombres y mujeres, se levantaron con suave agilidad antes de que Rand hubiera cerrado la puerta. No se irían a dormir hasta que lo hiciera él, y algunos harían turnos para estar despiertos por si acaso necesitaba algo por la noche. Rand había intentado convencerlos de que no era menester que estuvieran despiertos, pero decirle a un *gai'shain* que no sirviera según la costumbre era como dar patadas a un fardo de lana: por muy fuerte que se diera el golpe, la marca desaparecía en el momento en que uno retiraba el pie. Los saludó agitando la mano y subió la escalera de mármol. Algunos de esos *gai'shain* habían logrado rescatar unas cuantas piezas sueltas de mobiliario, incluidos una cama y dos colchones de plumas, y Rand estaba deseando asearse y…

Se quedó petrificado en el sitio cuando abrió la puerta del dormitorio. Aviendha no había escogido quedarse en una tienda. La joven estaba de pie delante del palanganero en el que había una jofaina y un cántaro desparejados y desportillados, con un paño en una mano y un trozo de jabón amarillo en la otra. No llevaba nada de ropa encima. La joven pareció quedarse tan estupefacta como él e igualmente incapaz de moverse.

—Yo… —Calló para tragar saliva con esfuerzo, sus enormes ojos verdes prendidos en el rostro de él—. Era imposible preparar una tienda de vapor aquí en esta… ciudad, así que pensé que podía probar vuestra forma de… —Tenía músculos firmes y suaves curvas, y la piel brillaba humedecida de la cabeza a los pies. Rand nunca había imaginado que tuviera unas piernas tan largas—. Creía que te quedarías más rato en el puente. Yo… —El tono de su voz adquirió un timbre agudo, y sus ojos se abrieron mucho en un gesto de pánico—. ¡No lo hice a propósito para que me vieras! Tengo que alejarme de ti. ¡Tanto como me sea posible! ¡He de hacerlo!

De repente, apareció una brillante línea vertical en el aire, cerca de ella. Se ensanchó, como si rotara sobre sí misma, y se convirtió en un acceso. Un viento gélido penetró en la habitación, arrastrando consigo una cortina de nieve.

—¡Tengo que alejarme! —chilló la joven, y se zambulló a través de la ventisca.

De inmediato, el acceso empezó a estrecharse otra vez, girando sobre sí mismo; sin pensar lo que hacía, Rand encauzó y lo dejó atrancado a la mitad de la anchura original. Ignoraba qué había hecho y cómo, pero estaba seguro de que esto era un acceso para Viajar, como aquellos de los que le había hablado Asmodean pero que había sido incapaz de enseñarle a crear. No había tiempo que perder en reflexiones. Fuera donde fuera el lugar al que Aviendha había ido, lo había hecho desnuda en medio de una tormenta invernal. Rand ató los flujos que había tejido mientras quitaba todas las mantas del lecho y las echaba sobre las ropas y el jergón de la muchacha.

Agarró mantas, ropas y alfombras en una brazada y se zambulló tras ella unos segundos después.

El gélido viento aullaba en la noche, creando remolinos blancos. Incluso estando aislado en el vacío, Rand sintió cómo temblaba su cuerpo. Distinguió unas formas borrosas y dispersas en medio de las tinieblas, y supuso que eran árboles. No captó más olor que el del frío. Un poco más adelante una figura se movía, imprecisa por la oscuridad y la cellisca. Era Aviendha, que corría tan deprisa como podía. Rand fue en pos de ella, entorpecido por la nieve que le llegaba a las rodillas, con el voluminoso bulto aferrado contra el pecho.

—¡Aviendha! ¡Deténte! —Temió que el aullante viento se llevara su grito, pero la joven lo oyó y su reacción fue apresurar más la marcha. Rand se obligó a moverse más deprisa, tambaleándose y tropezando ya que la profunda nieve le sujetaba las botas. Las huellas dejadas por los pies descalzos de la muchacha se rellenaban rápidamente con los copos. Si perdía su rastro en ese lugar…—. ¡Párate de una vez, muchacha estúpida! ¿Es que intentas matarte? —El sonido de su voz pareció actuar como un látigo que la hizo apretar más el paso.

Rand continuó con sombría determinación, tropezando y recuperando el equilibrio de manera alternativa, zarandeado por el aullante viento que amenazaba con derribarlo a cada instante, casi tropezando con los árboles. No podía perderla de vista. Menos mal que el bosque, o lo que quiera que fuese, tenía los árboles muy separados.

Los planes pasaban por el borde del vacío, y él los descartaba. Podía intentar calmar la tormenta... y quizás el resultado convertiría el aire en hielo. Un refugio de Aire para resguardarse de la nieve que caía no conseguiría nada positivo con la que había en el suelo. Podía fundir un paso para sí mismo con Fuego... y se encontraría en cambio con un barrizal. A no ser que...

Encauzó, y delante de él la nieve que caía se derritió en una franja de casi un metro de anchura, una franja que se extendía al frente a medida que él se desplazaba. Se alzó un vapor, y la nieve del suelo se licuó un palmo por encima de un terreno arenoso. Sentía el calor a través de las suelas de las botas. Hasta los tobillos, más o menos, su cuerpo se sacudía estremecido por el gélido frío, en tanto que los pies le sudaban y se alzaban del ardiente suelo con rapidez. No obstante, ahora estaba ganándole terreno a Aviendha. Otros cinco minutos, y...

De pronto, la borrosa figura que había estado siguiendo desapareció como si hubiera caído en un agujero.

Manteniendo fijos los ojos en el punto donde la había visto por última vez, Rand echó a correr tan rápido como las circunstancias se lo permitían. Bruscamente, se encontró chapoteando en agua corriente, fría como el hielo, primero hasta los tobillos y después casi hasta las rodillas. Al frente, la nieve que se derretía dejó al descubierto algo más: el borde de una capa de hielo que se retiraba lentamente. No salía vapor de las negras aguas. Arroyo o río, era demasiado grande para que la cantidad que estaba encauzando caldeara lo más mínimo su caudaloso curso. Aviendha debía de haber entrado corriendo en el hielo y había caído a través de él, pero no la salvaría intentando meterse en esas aguas. Henchido con el *Saidin* apenas era consciente del frío, pero los dientes le castañeteaban sin control.

Retrocedió hasta la orilla sin apartar los ojos de donde creía que Aviendha se había hundido, y encauzó flujos de Fuego al suelo desnudo, a

buena distancia de la corriente, hasta que la arena se derritió, se fundió y se puso al rojo vivo. Aun con la tormenta, aquello permanecería caliente durante un rato. Soltó el bulto de ropas en la nieve, junto a la zona de arena fundida —la vida de la muchacha dependería de volver a encontrar las mantas y las alfombras—, y luego vadeó a través del profundo banco de nieve hacia un lado del camino despejado y se tendió boca abajo. Lentamente se arrastró sobre el hielo cubierto de nieve.

El viento no dejaba de aullar a su alrededor, y era tal el frío que parecía que no llevara puesta la chaqueta. Ahora ya no sentía las manos, y los pies llevaban el mismo camino; había dejado de temblar excepto algún escalofrío esporádico. Envuelto en la fría calma del vacío, Rand supo lo que estaba ocurriendo, ya que en Dos Ríos había ventiscas, puede que incluso tan malas como ésa: su cuerpo empezaba a congelarse. Si no encontraba calor muy pronto, podría contemplar tranquilamente desde el vacío cómo moría. Pero, si moría él, Aviendha también perecería. Si es que no había muerto ya.

Más que oírlo, sintió que el hielo crujía bajo su peso. Sus manos, tanteando al frente, se sumergieron en agua. Ése era el sitio, pero con los remolinos de nieve apenas si alcanzaba a ver nada. Manoteó, buscando al tacto; las entumecidas manos chapotearon en agua hasta que una de ellas topó con algo al borde del hielo. Ordenó a sus dedos que se cerraran, y notó cómo se quebraba el cabello congelado.

«Tienes que sacarla.» Gateó hacia atrás, tirando de ella; la muchacha era un peso muerto que emergía lentamente del agua. «No importa si el hielo la araña. Es mejor eso, y no que se congele o se ahogue.» Un poco más hacia atrás. «No te pares. Si te das por vencido, morirá. ¡Sigue moviéndote, maldita sea!» Continuó arrastrándose, tirando de su peso y del de ella con las piernas, empujándose con una mano. La otra estaba cerrada sobre el cabello de Aviendha, pues no había tiempo para encontrar un agarre mejor; de todos modos, la joven no podía sentirlo. «Te has dejado llevar por lo cómodo durante demasiado tiempo. Lores arrodillándose ante ti y *gai'shain* corriendo para traerte vino y Moraine haciendo lo que le decías.» Un poco más atrás. «Ya es hora de que hagas algo tú mismo, si es que aún puedes. ¡Muévete, condenado chivo bastardo, hijo de una cabra coja! ¡Sigue moviéndote!»

De pronto los pies le dolieron, y el dolor empezó a subirle por las piernas. Tardó un segundo en reaccionar y mirar hacia atrás, y entonces salió rodando sobre sí mismo del humeante parche de arena fundida. El viento se llevó los hilillos de humo que salían de sus calzones, allí donde habían empezado a quemarse.

Tanteando torpemente en el bulto que había dejado, envolvió a Aviendha con todas ellas: mantas, alfombrillas, sus ropas. Todo, hasta la última prenda, era vital. La joven tenía cerrados los ojos y no se movía. Rand apartó las ropas lo suficiente para apoyar la oreja sobre su pecho. El corazón le latía tan despacio que no estaba seguro de estar escuchándolo realmente. Ni siquiera cuatro mantas y media docena de alfombrillas bastaban, y él no podía encauzar calor sobre la muchacha del modo que había hecho con el suelo; aun en el caso de disminuir todo lo posible la potencia del flujo, había más probabilidades de matarla que de calentarla. El tejido que había creado para impedir que el acceso se cerrara se hallaba a un par de kilómetros de distancia a través de la tormenta. Si intentaba llevarla hasta allí, ninguno de los dos sobreviviría. Necesitaban cobijo y lo necesitaban aquí.

Encauzó flujos de Aire y la nieve empezó a moverse sobre el suelo contra el viento, levantándose en un cuadrado de gruesas paredes de tres

pasos de largo, con una abertura como puerta; se levantaron más y la nieve se volvió compacta hasta convertirse en hielo reluciente, y se cubrió con un techo lo bastante alto para poder estar de pie dentro. Recogió a Aviendha entre sus brazos y se adelantó, tambaleándose, hacia el oscuro interior mientras tejía y ataba llamas danzantes en los rincones para tener luz, encauzando para acumular nieve y cerrar la puerta.

Solamente con haber dejado fuera el viento se notó más calor, pero todavía no era suficiente. Usando el truco que le había enseñado Asmodean, entretejió Aire y Fuego, de modo que el ambiente alrededor de ambos se caldeó. No se atrevió a atar esos flujos; si se quedaba dormido, podrían aumentar de intensidad y derretir la choza. En realidad, también era peligroso dejar atadas las llamas que daban luz, pero estaba demasiado agotado y helado para mantener más de un tejido sin atar.

Mientras construía el refugio había despejado el suelo, un terreno arenoso con sólo unas cuantas hojas marchitas que no reconoció y algunos matojos de hierbas muertas que le resultaban igualmente desconocidas. Soltó el tejido que caldeaba el aire y calentó el suelo lo bastante para quitarle la frialdad, y después aferró de nuevo el otro tejido. A continuación tendió a Aviendha procurando hacerlo suavemente y no soltarla con brusquedad.

Metió la mano entre las mantas para tocarle la mejilla y el hombro. Unos reguerillos le corrían por la cara a medida que el hielo del cabello se derretía. Él estaba helado, pero la joven era como un témpano. Le hacía falta todo el calor que pudiera proporcionarle, y no se atrevía a aumentar la temperatura del aire. De hecho, el interior de las paredes del refugio presentaban ya una capa brillante de humedad, producto del deshielo. Por muy helado que estuviera, conservaba más calor en su cuerpo que ella.

Se desnudó y se metió entre las mantas que la cubrían, tras poner encima sus propias ropas mojadas, que podían ayudar a mantener el calor corporal. Su sentido del tacto, intensificado por el vacío y el *Saidin,* se vio anegado por el contacto de la mujer. Su piel hacía que la seda pareciera áspera. Comparado con su piel, el satén era... «No pienses.» Fue una seca orden desde el exterior del vacío que lo rodeaba. «Habla.»

Rand intentó hablar de lo primero que le vino a la cabeza —de Elayne y de las dos cartas contradictorias que la joven le había escrito— pero aquello trajo pensamientos de la rubia Elayne a través del vacío, de sus besos en rincones apartados de la Ciudadela. «¡No pienses en besos, estúpido!» Cambió sus ideas hacia Min. Nunca había pensado en ella bajo ese aspecto. Bueno, unos cuantos sueños no contaban. Min lo habría abofeteado si hubiese intentado besarla, o se habría reído de él y lo habría llamado cabeza de chorlito. El problema era que hablar de cualquier mujer le recordaba que tenía entre sus brazos a una, desnuda. Henchido de Poder, olía su aroma, sentía cada centímetro de su cuerpo con tanta claridad como si lo estuviera recorriendo con las manos... El vacío tembló. «¡Luz, sólo estás intentando darle calor! ¡Aleja esos sucios pensamientos, hombre!»

Tratando de rechazarlos, habló de sus esperanzas para Cairhien: llevar la paz al país y acabar con la hambruna, conseguir que las naciones lo siguieran sin que hubiera más derramamiento de sangre. Pero ese tema también tenía vida propia, un curso que llevaba, inevitablemente, a Shayol Ghul, donde tendría que enfrentarse al Oscuro y morir, si lo que decían las Profecías era verdad. Era una cobardía decir que esperaba salir con vida de algún modo de aquello. Los Aiel no conocían la cobardía; el peor de ellos era valiente como un león. «El Desmembramiento del Mundo acabó con los

débiles», había oído decir a Bael. Y también: «La Tierra de los Tres Pliegues mata a los cobardes».

Se puso a hablar haciendo cábalas de adónde habrían ido a parar, adónde los había conducido la insensata huida de la joven. Tenía que ser algún lugar lejano y extraño para que hubiera nieve en esa época del año. La huida de Aviendha había sido más que una insensatez: había sido una locura. Pero lo que sí sabía era que la joven había huido de él. De él. Cuánto debía de odiarlo si se había visto impulsada a huir en lugar de limitarse a decirle que se marchara y respetara su intimidad mientras se lavaba.

—Tendría que haber llamado a la puerta. —¿A la puerta de su dormitorio?—. Sé que no quieres estar cerca de mí. Y no tienes que estarlo. Las Sabias pueden decir lo que quieran, pero vas a volver a sus tiendas. No tendrás que volver a soportar mi presencia cerca de ti. De hecho, si lo haces, te... te diré que te vayas. —¿Por qué había vacilado con eso? Lo trataba con ira, con frialdad, con amargura, cuando estaba despierta. Y dormida...—. Fue una locura lo que hiciste. Podrías haberte matado. —De nuevo le estaba acariciando el cabello; parecía ser incapaz de parar—. Si vuelves a hacer algo ni la mitad de absurdo, te romperé el cuello. ¿Tienes idea de lo que echaría de menos oír tu respiración por las noches? —¿Echar de menos? ¡Lo volvía loco con eso! En verdad que estaba chiflado. Tenía que dejar de decir esas cosas—. Te voy a apartar de mí y no hay más que hablar, aunque para ello tenga que mandarte a Rhuidean. Las Sabias no podrán impedirlo si hablo como el *Car'a'carn.* Ya no tendrás que huir más de mí.

La mano con la que acariciaba el cabello de la joven se paralizó al sentir que ésta se movía. Entonces reparó en que el cuerpo de Aviendha estaba cálido. Mucho. Se dijo que debía envolverse en una de las mantas y apartarse de ella. Los ojos de la mujer se abrieron, claros y profundamente verdes, y lo miraron intensa y seriamente a menos de un palmo de distancia. No pareció sorprendida al verlo, y tampoco se retiró.

Deshizo el abrazo con que la ceñía y empezó a apartarse de ella, pero los dedos de la mujer le aferraron un puñado de pelo con tanta fuerza que le hicieron daño. Si se movía, le dejaría una calva. Aviendha no le dio oportunidad de explicar nada.

—Prometí a mi medio hermana que te vigilaría. —Parecía hablar consigo misma tanto como con él en un tono bajo, casi inexpresivo—. Huí de ti con todo mi empeño para proteger mi honor. Y tú me seguiste incluso aquí. Los anillos no mienten, y ya no puedo huir más. —Su voz adquirió una tajante firmeza—. No huiré más.

Rand intentó preguntarle qué quería decir con eso mientras procuraba aflojarle los dedos que le aferraban el pelo, pero ella agarró otro puñado con la mano libre y, atrayéndolo hacia sí, unió sus labios a los de él en un intenso beso. Aquello fue el fin de toda idea racional; el vacío se hizo añicos, y el contacto con el *Saidin* se interrumpió bruscamente. Rand no creía que hubiera podido detenerse incluso si hubiera querido, pero el hecho era que no quería, y, desde luego, la mujer no parecía que deseara que lo hiciera. El último pensamiento con cierta coherencia que tuvo durante un largo rato fue que dudaba que hubiera podido detenerla a ella.

Al cabo de bastante tiempo —dos o puede que tres horas: era incapaz de calcularlo— Rand, tendido boca arriba sobre las alfombrillas, cubierto con las mantas y con las manos enlazadas debajo de la cabeza, contemplaba a Aviendha, que examinaba las resbaladizas paredes blancas. El refugio había conservado una sorprendente cantidad de calor y no había tenido

necesidad de recurrir al *Saidin* para mantener fuera el frío ni para intentar caldear el ambiente. La joven se había limitado a pasarse los dedos por el cabello cuando se levantó y se movía sin denotar el menor atisbo de pudor por su desnudez. Claro que ya era un poco tarde para avergonzarse de algo tan nimio como no llevar nada puesto encima. Rand se había preocupado por si le hacía daño cuando la sacó del agua arrastrándola, pero en realidad ella tenía menos arañazos que él y, de algún modo, esos pocos rasguños no mermaban en absoluto su belleza.

—¿Qué es esto? —preguntó la joven.

—Nieve.

Explicó lo que era lo mejor que supo, pero ella sacudió la cabeza, en parte maravillada y en parte con incredulidad. Para alguien que había vivido en el Yermo, el agua helada cayendo del cielo debía de parecer algo tan imposible como volar. Según los registros, la única vez que había habido una precipitación en el Yermo fue cuando él hizo que lloviera. No pudo evitar soltar un suspiro de pesar cuando Aviendha empezó a meterse la camisa por la cabeza.

—Las Sabias pueden casarnos tan pronto como regresemos —dijo Rand. Todavía percibía su tejido sujetando el acceso abierto.

Aviendha sacó la cabeza, coronada de cabello rojo oscuro, por el cuello de la prenda y lo contempló impasible. No con hostilidad, pero tampoco con afecto.

—¿Qué te hace pensar que un hombre tiene derecho a pedirme eso? Además, tú perteneces a Elayne.

Al cabo de un momento Rand fue capaz de cerrar la boca, que se le había abierto de par en par por la sorpresa.

—Aviendha, acabamos de... Nosotros dos hemos... Luz, ahora tenemos que casarnos. Y no es que lo haga porque tenga que hacerlo —se apresuró a añadir—, sino porque quiero. —En realidad no estaba seguro de eso. Creía que podría amarla, pero también creía que podría amar a Elayne. Y, por alguna razón, Min seguía colándose en su mente. «Eres tan libertino como Mat.» Pero, por una vez, podía hacer lo que debía porque era lo correcto.

Aviendha resopló y tanteó las medias para comprobar si estaban secas; después se sentó y se las puso.

—Egwene me ha hablado de vuestras costumbres en Dos Ríos respecto al matrimonio.

—¿Quieres esperar un año? —inquirió, incrédulo.

—Lo del año, sí, a eso me refiero. —Rand nunca se había percatado hasta ahora lo mucho que una mujer enseñaba las piernas para ponerse una media; qué extraño que ese detalle le resultara tan excitante después de haberla visto desnuda y sudorosa y... Se concentró en escucharla—. Egwene me contó que iba a pedir permiso a su madre en tu nombre; pero, antes de que lo mencionara, su madre le dijo que tendría que esperar otro año a pesar de llevar trenzado el cabello. —Aviendha frunció el entrecejo, la pierna levantada hasta casi tocarse la barbilla con la rodilla—. ¿Es así? Me dijo que una chica no podía trenzarse el pelo hasta ser lo bastante mayor para casarse. ¿Me estás oyendo? Me recuerdas a ese... pez... que Moraine capturó en el río. —En el Yermo no había peces; los Aiel los conocían sólo a través de los libros.

—Por supuesto que te escucho —contestó. Aunque habría dado igual si hubiera sido sordo y ciego porque no entendía nada. Rebulló debajo de las mantas y adoptó un tono de voz tan seguro como fue capaz—. Como poco,

las costumbres son... complicadas, y no estoy seguro de a qué parte te refieres.

Ella lo miró un instante con recelo, pero las costumbres Aiel eran tan complejas que lo creyó. En Dos Ríos, una pareja salía durante un año y si la relación funcionaba entonces se comprometía y finalmente se casaba; hasta ahí llegaba la costumbre.

—Me refiero —continuó la joven mientras seguía vistiéndose—, a lo de que la chica pida permiso a su madre y a la Zahorí para tener relaciones durante el año. La verdad es que no lo entiendo. —En ese momento se estaba metiendo la blusa por la cabeza, y la prenda ahogó un poco sus palabras—. Si ella lo desea y si es lo bastante mayor para casarse, ¿por qué necesita permiso? ¿Te das cuenta? Según mis costumbres —su tono de voz dejaba claro que eran las únicas que contaban para ella—, soy yo quien decide si te lo pido, y no voy a hacerlo. Según las tuyas —sacudió la cabeza con desdén mientras se ajustaba el cinturón—, no tenía permiso de mi madre para hacerlo. Y tú necesitarías el de tu padre, imagino. O el de tu padre segundo, puesto que tu padre está muerto, ¿no? No tenemos permiso para esta relación, así que no podemos casarnos. —Empezó a doblar el pañuelo para ceñírselo sobre la frente.

—Entiendo —musitó Rand débilmente. Cualquier chico de Dos Ríos que pidiera permiso a su padre para tener esa clase de relación se estaba buscando unas buenas bofetadas. Cuando pensaba en los muchachos que habían sudado como condenados, preocupados de que alguien, cualquiera, descubriera lo que estaban haciendo con las chicas con quienes pensaban casarse... De hecho, le vino a la cabeza cuando Nynaeve sorprendió a Kimry Lewin y a Bar Dowtry en el pajar del padre de Bar. Hacía cinco años que Kimry se trenzaba el cabello, pero cuando Nynaeve acabó con ella, la reemplazó la señora Lewin. El Círculo de Mujeres casi había despellejado vivo al pobre Bar, y eso no fue nada para lo que le hicieron a Kimry durante el mes que consideraron el plazo decente más corto para esperar a celebrar la boda. Corrió el chascarrillo, en voz baja y sin que llegara a oídos del Círculo de Mujeres, de que ni Bar ni Kimry habían podido sentarse hasta toda una semana después de haberse casado. Seguramente a Kimry se le había pasado por alto pedir permiso—. Pero imagino que Egwene no conocerá todas las costumbres de los hombres, después de todo —continuó—. Las mujeres no lo sabéis todo. Verás, puesto que he provocado la situación, tenemos que casarnos, sin que importen los permisos.

—¿Que *tú* lo provocaste? —Su resoplido resultó claro y muy significativo. Las mujeres, ya fueran Aiel, andoreñas o de cualquier otra nacionalidad, utilizaban esos ruidos para azuzar y chinchar—. En cualquier caso no importa, puesto que actuaremos según mis costumbres. Esto no volverá a ocurrir, Rand al'Thor. —Lo sorprendió, y lo complació, percibir un timbre de pesar en su voz—. Le perteneces a la medio hermana de mi medio hermana. Ahora estoy en *toh* con Elayne, pero eso no te incumbe. ¿Qué? ¿Piensas quedarte tumbado ahí para siempre? He oído comentar que los hombres se vuelven perezosos después de eso, pero no creo que falte mucho para que los clanes estén listos para emprender la marcha, y tú debes estar allí. —De repente, en su rostro apareció una expresión angustiada, y la joven se dejó caer sobre sus rodillas—. Si es que podemos regresar. No estoy segura de recordar qué fue lo que hice para crear ese agujero, Rand al'Thor. Tendrás que buscar el camino de vuelta.

Él le explicó que había atrancado el acceso para que no se cerrara y que

todavía notaba el tejido que lo mantenía abierto. Aviendha pareció aliviada e incluso le sonrió. Sin embargo, mientras se sentaba cruzada de piernas y arreglaba la falda, cada vez estaba más claro que no tenía intención de volverse de espaldas mientras él se vestía.

—Lo que es justo es justo —rezongó al cabo de unos instantes, y salió de debajo de las mantas.

Trató de comportarse con la misma naturalidad que había hecho ella, pero no le resultó fácil. Podía sentir su mirada como una caricia incluso cuando se volvió de espaldas. Además, no había motivo para que le dijera que tenía un trasero bonito; al fin y al cabo, él no había comentado lo precioso que lo tenía ella. Sólo lo hizo para que él se pusiera colorado. Las mujeres no miraban a los hombres de ese modo. «¿Y acaso piden permiso a su madre para...?»

Se le ocurrió de repente que la vida con Aviendha a partir de ahora no iba a ser, ni mucho menos, más fácil.

Librodot

CAPÍTULO 4

Una lanza cortada

No hubo discusión. Aunque la tormenta siguiera bramando en el exterior podían regresar al acceso utilizando las mantas y las alfombrillas como capas. Aviendha empezó a repartirlas mientras él aferraba el *Saidin,* llenándose de vida y de muerte, de fuego fundido y de hielo líquido.

—Divídelas en partes iguales —le dijo a la joven. Sabía que su voz sonaba fría e impasible. Asmodean le había dicho que podía superar eso, pero hasta ahora había sido incapaz de lograrlo.

Aviendha le lanzó una mirada sorprendida, pero se limitó a comentar:

—Tú eres más grande y necesitas más. —Y siguió haciéndolo como antes.

No tenía sentido discutir. Sabía por experiencia, desde Campo de Emond hasta las Doncellas, que si una mujer quería hacer algo por uno, el único modo de impedírselo era atándola, sobre todo si en ello iba implicado un sacrificio por su parte. Lo que lo sorprendió, empero, fue que no lo dijo con acritud, que no había comentado nada respecto a que era un hombre de las tierras húmedas blando. Quizá de todo esto había salido algo más que un recuerdo. «No puede haber dicho en serio lo de nunca más.» Sin embargo, sospechaba que eso era exactamente lo que había querido decir.

Tejió un flujo de Fuego, del grosor de un dedo, y cortó en una de las paredes la silueta de una puerta, ensanchando la grieta en la parte superior. Sorprendentemente, la luz del día brilló a través de ella. Soltó el *Saidin* e intercambió una mirada de estupor con Aviendha. Sabía que había perdido la noción del tiempo —«Has perdido la noción de todo»—, pero era imposible que hubieran permanecido tanto tiempo allí dentro. Dondequiera que estuvieran, se encontraban a mucha distancia de Cairhien.

Empujó el bloque de hielo cortado, pero éste no cedió hasta que apoyó la espalda contra él y, clavando los talones en el suelo, hizo presión con todas sus fuerzas. Justo cuando se le ocurrió que casi con toda seguridad podría haber hecho esto mucho más fácil utilizando el Poder, el bloque se desplomó hacia afuera y Rand salió impulsado tras él a una gélida y transparente luz matinal. Pero el bloque no cayó del todo, sino que se quedó inclinado en ángulo, apoyado contra la nieve que se había amontonado alrededor del refugio. Tendido sobre la espalda, con la cabeza asomando sólo un poco al exterior, alcanzó a ver otros montones de nieve acumulada en torno a unos árboles dispersos y achaparrados que no identificó, y otros montones que quizá cubrían matorrales o peñascos.

Abrió la boca, pero olvidó qué iba a decir cuando algo pasó planeando a unos quince metros sobre él, una forma gris y coriácea, mucho más grande que un caballo, que se desplazaba batiendo suavemente unas enormes alas, con un hocico saliente y correoso, patas rematadas por garras y una cola fina, parecida a la de los lagartos, ondeando suavemente detrás. La cabeza de Rand se giró por voluntad propia para seguir el vuelo de la criatura sobre los árboles. Dos personas iban montadas a su grupa; a pesar de lo que

parecían una especie de ropajes con capuchas, resultaba evidente que estaban escudriñando el suelo sobre el que pasaban. Si Rand hubiera estado asomando más de la cabeza y si no se hubiera encontrado justo debajo de la criatura, indudablemente lo habrían visto.

—Olvídate de las mantas —instó mientras se metía dentro otra vez. Le contó lo que había visto—. Puede que sean amistosos y puede que no, pero prefiero no salir de dudas. —En cualquier caso, no estaba seguro de que quisiera conocer a unas personas que montaban un ser como ése. Si es que eran personas—. Vamos a ir hacia el acceso a hurtadillas.

Cosa extraña, la joven no discutió. Cuando Rand lo comentó mientras la ayudaba a trepar por el bloque de hielo inclinado —eso también fue asombroso, ya que aceptó su mano tendida sin asestarle una mirada furiosa—, Aviendha respondió:

—No discuto cuando lo que dices tiene sentido, Rand al'Thor.

No era así, ni mucho menos, como él lo recordaba. El paisaje en derredor estaba cubierto bajo un profundo manto de nieve, pero hacia el oeste se alzaban unas montañas escarpadas, con las cumbres veladas por nubes. Rand no tuvo dificultad en conocer su ubicación en el oeste porque el sol estaba saliendo por el lado opuesto, asomando menos de la mitad de su dorada esfera por encima del océano. Contempló aquello fijamente. El terreno se inclinaba lo suficiente para ver las olas rompiendo violentamente contra un litoral rocoso a menos de un kilómetro de distancia. Un océano al este, extendiéndose en el horizonte hasta donde alcanzaba la vista. Si lo de la nieve no hubiera sido suficiente, aquello le corroboró que se encontraban en una tierra que no conocía.

Aviendha contempló los rompientes y el espumoso oleaje sin salir de su asombro, y después miró a Rand con la frente fruncida al caer en la cuenta de lo que aquello significaba. La joven no habría visto nunca un océano, pero sí había visto mapas.

Ir con falda le dificultaba la marcha a través de la nieve más que a Rand, y él avanzaba torpemente, abriendo un camino más que caminar, a veces hundido casi hasta la cintura. Aviendha dio un respingo cuando él la cogió en brazos, y sus verdes ojos centellearon, furiosos.

—Tenemos que movernos más deprisa de lo que puedes hacerlo tú, arrastrándote con esas faldas —le dijo Rand.

La expresión furibunda se borró en su rostro, pero no le rodeó el cuello con el brazo como él casi esperaba que hiciera. En lugar de ello, entrelazó las manos y adoptó un gesto resignado. Un tanto hosco, eso sí. Fueran cuales fueran los cambios que hubiera provocado en ella lo ocurrido entre los dos, en el fondo no había cambiado gran cosa. Rand no entendió que tal circunstancia le produjera alivio.

Podría haber abierto un paso derritiendo la nieve, como había hecho durante la tormenta; pero, si otra de esas criaturas voladoras aparecía, ese paso la conduciría directamente a ellos. Un zorro pasó saltando sobre la nieve a su derecha, el pelaje completamente blanco salvo por la negra punta de la peluda cola, echándoles ojeadas de vez en cuando, con desconfianza. En algunos sitios había huellas de conejos, borrosas donde habían dado el salto, y en una ocasión Rand vio las de un felino que debía de ser tan grande como un leopardo. Quizás había animales aun más grandes; puede que algún pariente sin alas de aquella criatura de piel correosa. No era la clase de encuentro que querría tener, pero siempre existía la posibilidad de... Criaturas voladoras... Podrían tomar el surco que iba abriendo en la nieve

por el rastro de algún animal.

Siguió avanzando de árbol en árbol, deseando que fueran más numerosos y que crecieran más juntos. Claro que, de haber sido así, a lo mejor no habría encontrado a Aviendha en la tormenta —la joven gruñó y lo miró ceñuda cuando estuvo a punto de dejarla caer—, pero desde luego ahora habría sido de gran ayuda un bosque frondoso. Sin embargo, fue gracias a tener que desplazarse de aquel modo cauteloso por lo que vio primero a los otros.

A menos de cincuenta pasos, entre él y el acceso —justo delante del acceso; podía percibir su tejido manteniéndose abierto—, había cuatro personas a caballo y más de veinte a pie. Las que iban montadas eran todas mujeres, abrigadas en largas y gruesas capas forradas de pieles; dos de ellas llevaban un brazalete plateado en la muñeca izquierda, que se conectaba por una larga cadena del mismo material brillante a un collar ceñido prietamente al cuello de otras dos mujeres vestidas de gris y sin capa que iban a pie. Los demás eran hombres vestidos con cuero oscuro y armaduras pintadas en verde y dorado, con las que se protegían el torso, la zona externa de los brazos y la parte delantera de los muslos. Sus lanzas lucían borlas verdes y doradas; los escudos, alargados, iban pintados con los mismos colores; y los yelmos semejaban las cabezas de enormes insectos, con los rostros asomando entre las mandíbulas. Uno de ellos era obviamente un oficial; no llevaba lanza ni escudo, pero sí un espadón curvo, de empuñadura larga para coger con ambas manos, colgado a la espalda. Su armadura lacada iba rematada con plata en los bordes, y unas finas plumas de color verde, cual antenas de insecto, reforzaban la apariencia del yelmo pintado. Rand sabía ahora dónde se encontraban Aviendha y él. Había visto armaduras como ésas anteriormente. Y mujeres con ese tipo de collares.

Soltó a la joven en el suelo, detrás de lo que parecía un pino retorcido por el viento, excepto porque la madera del tronco era suave y gris, con vetas negras; señaló con el dedo y ella asintió en silencio.

—Las dos mujeres encadenadas pueden encauzar —musitó Rand—. ¿Puedes aislarlas? No abraces la Fuente todavía —se apresuró a añadir—. Son prisioneras, pero aun así podrían advertir a los otros, y, aunque no lo hagan, las mujeres de los brazaletes tal vez podrían percibir que las otras te han detectado.

La joven lo miró extrañada, pero no perdió tiempo en hacer preguntas sobre cómo lo sabía; eso vendría después y Rand lo sabía.

—Las mujeres de los brazaletes pueden encauzar también —comentó ella en voz igualmente baja—. Pero es una sensación extraña. Débil. Como si nunca lo hubieran practicado. No entiendo cómo puede ocurrir algo así.

Rand sí lo entendía. Se suponía que eran las *damane* las que podían encauzar. Si las otras dos mujeres habían logrado de algún modo escapar de la red de los seanchan para convertirse en cambio en *sul'dam* —y por lo poco que Rand sabía de ellos tal cosa parecía harto improbable, ya que los seanchan hacían pruebas a todas las mujeres durante los años en que se manifestarían los síntomas de su capacidad para encauzar—, desde luego no se arriesgarían a delatarse.

—¿Puedes aislarlas de la Fuente a las cuatro?

—Por supuesto —respondió con gesto engreído—. Egwene me ha enseñado a manejar varios flujos a la vez. Puedo aislarlas, atar ese tejido, y envolverlas con flujos de Aire antes de que se den cuenta de lo que ha pasado. —La leve sonrisa de suficiencia se borró—. Soy bastante rápida para

ocuparme de ellas y de sus caballos, pero eso deja a todos los demás para ti hasta que pueda prestarte ayuda. Si alguno logra escapar... Sin duda pueden arrojar esas lanzas hasta esta distancia, y si alguna te alcanza... —Rezongó entre dientes unos instantes, como si la enfureciera ser incapaz de terminar la frase. Por fin alzó los ojos hacia él; lo miraba con tanta rabia como siempre—. Egwene me ha hablado de la Curación, pero apenas sabe nada de ella, y yo aun menos.

¿A santo de qué venía este repentino enfado? «Mejor intentar entender el sol que a una mujer», pensó con sorna. Eso se lo había dicho Thom Merrilin, y era la pura verdad.

—Tú encárgate de aislar a esas mujeres —contestó—, que yo me ocuparé del resto. Pero no actúes hasta que te toque el brazo.

Se dio cuenta de que la mujer pensaba que estaba alardeando, pero no tendría que utilizar diferentes flujos, sino únicamente tejer un intrincado hilo de Aire con el que inmovilizaría los brazos contra los costados y las piernas, así como las patas de los caballos. Inhaló profundamente, aferró el *Saidin,* tocó el brazo a Aviendha, y encauzó.

Se alzaron gritos de sobresalto entre los seanchan. Rand se dijo que tendría que haber pensado en amordazarlos también, pero podrían cruzar el acceso antes de que alguien más los atacara. Manteniendo el contacto con la Fuente, agarró a la joven por el brazo y medio la arrastró por la nieve, haciendo caso omiso de sus gruñidos y protestas de que podía caminar sola. Por lo menos de este modo le abría un paso, y tenían que moverse con rapidez.

Los seanchan enmudecieron y los contemplaron fijamente mientras Aviendha y él pasaban delante de ellos dando un rodeo. Las dos mujeres que no eran *sul'dam* se habían retirado las capuchas y se debatían contra su tejido de Aire. Rand lo mantuvo en lugar de atarlo; tendría que soltarlo cuando se marcharan por la simple razón de que era incapaz de dejar a nadie, aunque fueran unos seanchan, inmovilizados en la nieve. Si no morían congelados, siempre podía aparecer el gran felino cuyas huellas había visto. Y, donde había uno, tenía que haber más.

El acceso estaba allí, naturalmente, pero en lugar de asomarse a su cuarto en Eianrod lo hacía a un vacío gris. También parecía más estrecho de lo que recordaba. Y, lo que era peor, percibía un tejido en aquel fondo plomizo, un tejido urdido con *Saidin.* Unos pensamientos furiosos se deslizaron al borde del vacío. No sabía qué propósito tenía, pero era harto probable que se tratara de una trampa para quienquiera que lo cruzara, y que fuera obra de uno de los Renegados; Asmodean, probablemente. Si podía entregárselo en bandeja a los otros, tal vez tenía la posibilidad de volver a ocupar su puesto entre ellos. Empero, quedarse aquí estaba descartado. Si Aviendha fuera capaz de recordar cómo había creado el acceso, podría abrir otro, pero puesto que no tenía ni idea no les quedaba más remedio que utilizar éste, con trampa o sin ella.

Una de las amazonas, que llevaba en la pechera de la capa una insignia con un negro cuervo sobre una torre, tenía un rostro severo y unos oscuros ojos que parecían querer taladrarle el cráneo. La otra, más joven, más pálida y más baja, pero con porte más regio, lucía una insignia con la cabeza de un ciervo plateado en la capa verde. Los dedos de los guantes parecían demasiado largos; Rand sabía, por los laterales afeitados de su cabeza, que aquellos dedos de cuero cubrían unas uñas desmesuradamente largas y probablemente lacadas, ambas cosas indicativas de la nobleza seanchan.

Librodot

Los soldados estaban rígidos, tensos los rostros, pero los azules ojos del oficial centelleaban tras las mandíbulas del yelmo con forma de insecto, y sus dedos enguantados se retorcían en un fútil esfuerzo de alcanzar la espada.

A Rand le importaban poco esas personas, pero no quería dejar atrás a las *damane.* Por lo menos podría ofrecerles la oportunidad de escapar. Aunque lo estuvieran mirando como si él fuera una fiera enseñando los dientes, no habían elegido ser prisioneras y ser tratadas poco menos que como animales domésticos. Acercó la mano al collar de la que tenía más cerca y recibió una sacudida tan dolorosa que casi le dejó insensible el brazo; durante un instante el vacío vaciló y el *Saidin* penetró, rugiente, en él a raudales, como la tormenta de nieve multiplicada por mil. El corto cabello rubio de la *damane* se agitó cuando la mujer se sacudió con su tacto y soltó un chillido; la *sul'dam* conectada a ella por el brazalete dio un respingo y se quedó lívida. Las dos se habrían desplomado si no las hubieran sostenido los flujos de Aire.

—Inténtalo tú —le dijo a Aviendha mientras sacudía la mano—. Una mujer tiene que ser capaz de tocar esa cosa sin sufrir daño. No sé cómo se suelta. —Parecía estar hecho de una pieza, unido de algún modo, como la cadena y el brazalete—. Pero si se cerró tiene que abrirse de una forma u otra. —Unos segundos no cambiarían nada en lo que quiera que ocurría en el acceso. ¿Sería Asmodean?

Aviendha sacudió la cabeza, pero empezó a manosear el collar de la otra mujer.

—Estáte quieta —gruñó, cuando la *damane,* una muchachita pálida de unos dieciséis o diecisiete años, intentó echarse hacia atrás. Si las dos mujeres encadenadas habían mirado a Rand como a una fiera salvaje, ahora contemplaban a Aviendha como si fuera una pesadilla hecha realidad.

—Es una *marath'damane* —gimió la muchacha—. ¡Salvad a Seri, señora! ¡Por favor, señora! ¡Salvad a Seri!

La otra *damane,* mayor, casi con aspecto de matrona, empezó a sollozar de manera incontrolable. Aviendha, por alguna razón, miraba a Rand casi con tanta intensidad como la muchacha mientras hurgaba el collar, sin dejar de rezongar entre dientes.

—Es él, lady Mersa —dijo de repente la *sul'dam* de la otra *damane* con un suave acento que arrastraba de un modo las palabras que Rand apenas logró entender—. He llevado el brazalete tiempo de sobra y, si la *marath'damane* hubiera hecho algo más que aislar a Jini, lo habría notado.

Mersa no pareció sorprendida. De hecho, en sus azules ojos había un brillo de aterrado reconocimiento cuando miraron a Rand. Sólo cabía una explicación.

—Estabais en Falme —dijo Rand, mientras barajaba posibilidades. Si cruzaba primero el acceso eso significaría dejar atrás a Aviendha aunque sólo fuera un segundo.

—En efecto. —La noble parecía estar a punto de desmayarse, pero su lenta y gangosa voz era fría e imperiosa—. Te vi, y también lo que hiciste.

—Pues tened cuidado no repita lo mismo aquí. No me ocasionéis problemas y os dejaré en paz. —Tampoco podía enviar a Aviendha por delante, hacia la Luz sabía qué. Si no hubiera estado aislado de las emociones por el vacío, habría torcido el gesto del mismo modo que lo estaba haciendo ella al mirar aquel collar. Tenían que cruzar juntos y estar preparados para hacer frente a cualquier cosa.

—Se ha guardado un gran secreto sobre lo que ocurrió en las tierras del gran Hawkwing, lady Mersa —dijo la mujer de rostro severo. Sus oscuros ojos contemplaban a la noble con igual dureza que a Rand—, pero corren rumores de que el Ejército Invencible ha saboreado la hiel de la derrota.

—¿Ahora buscas la verdad en simples rumores, Jalindin? —replicó Mersa en un tono cortante—. Una Buscadora debe saber guardar silencio por encima de todo. La emperatriz en persona ha prohibido hablar del *Corenne* hasta que vuelva a convocarlo. Si tú o yo pronunciamos siquiera el nombre de la ciudad donde desembarcó esa expedición, nos cortarán la lengua. ¿Es que te gustaría encontrarte sin lengua en la Torre de los Cuervos? Ni siquiera los Escuchadores te oirían gritar pidiendo clemencia ni te harían caso.

De esto último, Rand entendió dos de cada tres palabras únicamente, y no se debió al extraño acento. Habría querido tener tiempo para oír más. *Corenne.* El Retorno. Así era como los seanchan llamaban en Falme a su intento de apoderarse de las tierras situadas al otro lado del Océano Aricio —tierras donde él vivía— a las que consideraban su patrimonio legado por herencia. El resto —Buscadora, Escuchadores y la Torre de los Cuervos— era un misterio. No obstante, al parecer el Retorno había sido cancelado, al menos de momento. Ése era un dato muy valioso.

El acceso había encogido; era casi un dedo más estrecho que unos instantes antes. Únicamente su tejido de obstrucción lo mantenía abierto; había empezado a cerrarse en el mismo momento en que Aviendha soltó los flujos y todavía seguía intentándolo.

—Apresúrate —instó a la joven, que le lanzó una mirada sufrida.

—Eso intento, Rand al'Thor —repuso, sin dejar de manipular el collar. Las lágrimas corrían por las mejillas de Seri, de cuya garganta salía un constante gemido, como si la Aiel estuviera tratando de degollarla—. Estuviste a punto de matar a las otras dos y puede que a ti mismo. Noté el caudal de Poder que penetró violentamente en ellas cuando tocaste el otro collar, de modo que deja que me encargue yo, que si puedo, lo haré. — Mascullando una maldición, la joven lo intentó por un lateral.

Rand pensó en pedir a las *sul'dam* que abrieran los collares —si había alguien que sabía cómo se quitaban, eran ellas— pero por la expresión ceñuda de sus semblantes supo que tendría que obligarlas a hacerlo. Si era incapaz de matar a una mujer, tampoco estaba en disposición de torturar a ninguna.

Soltó un suspiro y escudriñó el gris vacío que se veía en la abertura del acceso. Los flujos parecían estar entretejidos con los suyos; no podía romper unos sin hacer lo mismo con los otros. Tal vez la trampa saltara al cruzarlos, pero hender el tejido de esa cortina plomiza, aun en el caso de que el acto en sí no la pusiera en funcionamiento, sí que podía ocasionar que el acceso se cerrara de golpe, antes de que tuvieran oportunidad de cruzarlo. Tendría que ser un salto a ciegas hacia la Luz sabía qué o dónde.

Mersa había escuchado atentamente cada palabra que Aviendha y él habían intercambiado, y ahora estaba contemplando pensativamente a las dos *sul'dam,* sin embargo, Jalindin no había apartado los ojos un solo momento del semblante de la noble.

—Se han mantenido en secreto muchas cosas que no debieron ocultarse a los Buscadores, lady Mersa —dijo la severa mujer—. Los Buscadores deben saberlo todo.

—Estás excediéndote en tus atribuciones, Jalindin —espetó Mersa,

cuyas manos enguantadas se crisparon; de no haber tenido los brazos inmovilizados contra los costados, habría partido las riendas. En su situación, se las ingenió para ladear la cabeza a fin de mirar con arrogancia a la otra mujer—. Te enviaron conmigo porque Sarek se tiene en más de lo que es y abriga planes para Serengada Dai y Tuel, no para que cuestiones lo que la emperatriz ha de...

—Sois vos quien se está excediendo, lady Mersa —la interrumpió con brusquedad Jalindin—, si pensáis que vuestra posición os da inmunidad con los Buscadores de la Verdad. Yo misma he sometido a una hija y un hijo de la emperatriz, que la Luz bendiga, a interrogatorio. Y, como muestra de gratitud por las confesiones que les arranqué, me permitió alzar la cabeza para mirarla. ¿Pensáis que vuestra casa de baja nobleza tiene más peso que los propios hijos de la emperatriz?

Mersa se mantuvo erguida, aunque tampoco tenía otra opción, pero su semblante se tornó ceniciento y tuvo que humedecerse los labios con la lengua.

—La emperatriz, que la Luz ilumine para siempre, ya sabe mucho más de lo que yo pueda contar. Mi intención no era insinuar que...

La Buscadora volvió a interrumpirla al volver la cabeza hacia los soldados, como si la noble no existiera.

—La mujer llamada Mersa está bajo la custodia de los Buscadores de la Verdad. Será sometida a interrogatorio tan pronto como estemos de regreso en Merinloe. Y también las *sul'dam* y las *damane.* Al parecer todas ellas han ocultado lo que no debieron ocultar. —El terror se hizo patente en los rostros de las mujeres nombradas, pero el de Mersa superaba al de todas las otras. Con los ojos desorbitados y ojerosos, se encorvó tanto como se lo permitían las invisibles ataduras, sin pronunciar una sola palabra de protesta. Parecía como si quisiera gritar, y, aun así... acataba. La mirada de Jalindin se volvió hacia Rand—. Te llamó Rand al'Thor. Se te tratará bien si te rindes a mí, Rand al'Thor. Sea como fuere que hayáis venido hasta aquí, no puedes esperar escapar aunque nos mates. Hay un amplio rastreo buscando a una *marath'damane* que encauzó durante la noche. —Sus ojos se clavaron brevemente en Aviendha—. Inevitablemente, también se te encontrará a ti, y podrías morir de manera accidental. Hay sedición en esta comarca. Ignoro qué trato se da a los hombres como tú en tu tierra, pero en Seanchan tus sufrimientos pueden aliviarse. Aquí puedes alcanzar un gran honor utilizando tu poder.

Rand se rió en su cara y la mujer pareció ofenderse.

—No puedo matarte, pero juro que como poco te desollaré por eso.

Desde luego no tendría que preocuparse de que en Seanchan lo amansaran. Aquí se mataba —no ejecutaba— a los hombres que encauzaban. Se les daba caza y se les disparaba en el momento.

El acceso con el fondo plomizo estaba un dedo más estrecho, ahora apenas lo bastante amplio para que los dos lo cruzaran a un tiempo.

—Déjalo, Aviendha. Tenemos que irnos ya.

La joven soltó el collar de Seri y le asestó una mirada exasperada, pero sus ojos fueron más allá de él para escudriñar el acceso; luego se remangó la falda para llegar hasta Rand a través de la nieve al tiempo que rezongaba entre dientes algo sobre agua helada.

—Estáte preparada para cualquier cosa —le advirtió Rand mientras le rodeaba los hombros con un brazo. Se dijo para sus adentros que tenían que estar muy juntos para caber por el acceso, no porque resultara agradable—.

No sé qué podrá ser, pero estáte atenta. —Ella asintió con la cabeza, y él gritó—: ¡Salta!

Los dos saltaron juntos hacia la nada gris, y Rand soltó los flujos que inmovilizaban a los seanchan a fin de henchirse de Poder hasta tal punto que creyó que iba a reventar…

… y aparecieron, dando trompicones, en su cuarto de Eianrod, donde lucían las lámparas y la oscuridad reinaba al otro lado de las ventanas. Asmodean estaba sentado junto a la puerta, apoyado en la pared y cruzado de piernas. No estaba abrazando la Fuente, pero aun así Rand creo rápidamente una obstrucción entre el hombre y el *Saidin.* Después giró sobre sus talones, rodeando todavía con el brazo los hombros de Aviendha, y vio que el acceso había desaparecido. No, en realidad no se había desvanecido completamente, ya que todavía quedaba el tejido suyo y el que Rand sabía que tenía que ser obra de Asmodean, pero parecía que en ese punto no hubiera nada en absoluto. Sin hacer una pausa, partió aquel tejido y, de repente, el acceso reapareció permitiendo atisbar una escena que se estrechaba rápidamente: los seanchan, lady Mersa doblada sobre la silla de montar y Jalindin gritando órdenes. Una lanza con borlas verdes y doradas surcó el espacio justo antes de que éste se cerrara bruscamente. De manera instintiva, Rand encauzó Aire para atrapar la lanza corta en el aire, pero el arma se zarandeó bruscamente cuando el acceso se cerró sobre ella y partió el astil a sesenta centímetros de la punta. El extremo estaba cortado limpiamente, y Rand se estremeció mientras se felicitaba para sus adentros por no haber intentado quitar la barrera gris —o lo que quiera que fuera— antes de saltar a través de ella.

—Por fortuna ninguna de las *sul'dam* se recuperó a tiempo —comentó a la par que cogía la lanza cortada—, o en caso contrario algo peor que esta arma nos habría seguido a través del acceso. —Observó a Asmodean por el rabillo del ojo, pero el hombre se limitó a permanecer sentado allí, con aspecto de no encontrarse muy bien. Ignoraba si la intención de Rand era atravesarle el cuello con aquella lanza.

El resoplido de Aviendha fue incluso más significativo en esta ocasión.

—¿Es que crees que las solté? —preguntó, acalorada. Le retiró el brazo firmemente, pero Rand sospechaba que su mal humor no era contra él. O, al menos, contra su brazo—. Até los escudos tan fuerte como me fue posible. Son tus enemigas, Rand al'Thor. Incluso las que llamas *damane* no son más que perros fieles que te habrían matado antes que elegir la libertad. Debes ser implacable con tus enemigos, no misericordioso.

Rand pensó que la joven tenía razón mientras sopesaba la lanza. Había dejado atrás enemigos a los que tal vez tendría que enfrentarse algún día. Tenía que volverse más duro o en caso contrario alguien lo haría papilla antes de llegar a Shayol Ghul.

Inesperadamente, Aviendha empezó a alisarse la falda y su voz adquirió un timbre casi intrascendente:

—Me he percatado de que no salvaste a esa Mersa de tez descolorida de la suerte que le aguarda. A juzgar por cómo la mirabas, pensé que te habían llamado la atención esos grandes ojos y ese enorme busto.

Rand la miró de hito en hito, y su asombro rezumó como almíbar por el vacío que lo rodeaba. Por el tono de la mujer, habríase dicho que estaba hablando de lo que había para cenar. Se preguntó cómo se suponía que podría haberse fijado en el busto de Mersa, oculto como estaba bajo una capa forrada de pieles.

Librodot

—Debí traérmela —dijo—, para interrogarla sobre los seanchan. Me temo que ésta no será la última vez que me plantean problemas.

El brillo malicioso que había aparecido en los ojos de la joven se desvaneció. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato y echó una ojeada a Asmodean cuando Rand alzó una mano en un gesto de advertencia. Era patente en la mirada de la joven el montón de preguntas que tenía respecto a los seanchan. Si la conocía bien, una vez que hubiera empezado a preguntar no lo dejaría hasta haberle sacado incluso detalles mínimos de los que ni siquiera se acordaba. Cosa que, por otra parte, no estaría mal. Pero en otro momento. Después de que hubiera obtenido algunas respuestas de Asmodean. Aviendha tenía razón. Tenía que ser implacable.

—Muy astuto por tu parte hacer eso —comentó la joven—. Me refiero a lo de ocultar el agujero que hice. Si algún *gai'shain* hubiera entrado aquí, es harto probable que mil hermanas de lanza lo hubieran cruzado para ir en tu busca.

Asmodean carraspeó.

—El caso es que una *gai'shain* vino. Alguien llamado Sulin le encargó que se ocupara de que comieseis algo, mi señor Dragón, así que para impedir que entrara la bandeja aquí y descubriera que no estabais, me tomé la libertad de decirle que vos y la joven no deseabais que se os molestara.

A Rand le llamó la atención el modo casi imperceptible en que los ojos de Asmodean se estrecharon.

—¿Qué?

—Bueno, la verdad es que su reacción fue muy curiosa. Se echó a reír a mandíbula batiente y salió a todo correr. Al cabo de unos minutos, debía de haber al menos una veintena de Doncellas Lanceras debajo de la ventana, gritando como posesas y golpeando las lanzas contra las adargas sin parar durante una hora o más. He de decir, mi señor Dragón, que algunas de las sugerencias que ofrecían a gritos me sobresaltaron incluso a mí.

Rand notó que las mejillas le ardían —¡había ocurrido al otro maldito extremo del mundo y aun así las Doncellas lo sabían!—, pero Aviendha se limitó a estrechar los ojos.

—¿Tenía el cabello y los ojos como yo? —No tuvo que esperar el cabeceo de asentimiento de Asmodean—. Tiene que haber sido mi hermana primera Niella. —Advirtió la expresión de Rand, entre sobresaltada y curiosa, y le respondió antes de que él lo preguntara—: Niella es tejedora, no una Doncella, y la capturaron Doncellas Chareen durante un asalto al dominio Sulara. Intentó convencerme de que no cogiera las lanzas, y siempre deseó que me casara. ¡Voy a mandarla de vuelta con los Chareen con un buen verdugón en el trasero por haber tenido la lengua tan larga y decírselo a tanta gente!

Rand la cogió por el brazo cuando la joven echaba a andar hacia la puerta de la habitación.

—Quiero hablar con Natael. Supongo que no falta mucho para que amanezca...

—Unas dos horas —informó Asmodean.

—... así que no tendré ocasión de dormir mucho. Si tú quieres intentarlo, ¿te importaría prepararte el lecho en otra parte para lo que resta de noche? De todos modos, necesitas mantas nuevas.

Ella asintió con brusquedad antes de soltarse de un tirón, y cerró de un portazo al salir. No podía haberse enfadado por que la hubiera echado del

dormitorio, ¿verdad? Por supuesto que no; al fin y al cabo, había dicho que no volvería a ocurrir nada entre ellos. Con todo, Rand se alegraba de no ser Niella. Sopesando la lanza acortada, se volvió hacia Asmodean.

—Un extraño cetro, mi señor Dragón.

—Podría servir como tal. —Principalmente, le haría recordar que los seanchan seguían allí fuera. Por una vez deseó que su voz sonara más fría incluso de lo que la hacían el vacío y el *Saidin.* Tenía que ser implacable—. Antes de decidir si por fin te ensarto en ella como un cordero, contesta: ¿por qué no mencionaste nunca ese truco de hacer algo invisible? Si no hubiera sido capaz de ver los flujos, jamás habría sabido que el acceso continuaba abierto.

Asmodean tragó saliva con esfuerzo y rebulló como si no tuviera muy claro si la amenaza de Rand iba en serio. Tampoco estaba muy seguro el propio Rand.

—Mi señor Dragón, nunca me lo preguntaste. Se trata de doblar la luz. Siempre tienes tantas preguntas que hacerme que resulta difícil encontrar un momento para hablar de cualquier otra cosa. Debes de haberte dado cuenta de que he apostado de lleno por ti. —Se lamió los labios y se incorporó hasta quedar de rodillas. Empezó a balbucir—: Noté tu tejido... Cualquiera lo habría notado a un kilómetro de distancia... Jamás vi nada igual... Ignoraba que nadie, excepto Demandred, pudiera atorar un acceso e impedir que siguiera cerrándose. Puede que también Semirhage... Y Lews Terin... Lo sentí, vine aquí, que mi buen trabajo me costó conseguir pasar entre las Doncellas, y utilicé el mismo truco... Debes de saber que ahora soy tu hombre. Mi señor Dragón, estoy de tu parte.

El hecho de que fuera una repetición de lo que había dicho el cairhienino fue lo que más lo afectó. Gesticulando con la lanza parada, instó duramente:

—Ponte en pie, que no eres un perro. —Empero, mientras Asmodean se levantaba lentamente, Rand apoyó la punta de la lanza en la garganta del hombre. Tenía que ser implacable—. De ahora en adelante, me dirás dos cosas que no sean las que te pregunte cada vez que mantengamos una conversación. Todas las veces, tenlo bien presente. Si sospecho que intentas ocultarme algo, suplicarás que te entregue a Semirhage.

—Lo que tú digas, mi señor Dragón —balbució Asmodean, que parecía a punto de inclinarse y besar la mano a Rand.

Para evitar tal posibilidad, el joven se dirigió al lecho, vacío de mantas, y se sentó en las sábanas de lino y el blando colchón de plumas mientras examinaba la lanza. Era una buena idea guardarla como recordatorio, ya que no como cetro. A pesar de todo lo demás, sería mejor que no olvidara a los seanchan. Ni a las *damane.* Si Aviendha no hubiese estado allí para cortarles el contacto con la Fuente...

—Has intentado enseñarme, sin éxito, cómo aislar a una mujer. Enséñame ahora cómo evitar flujos que no puedo ver y cómo contrarrestar su efecto.

En cierta ocasión, Lanfear había cortado los flujos de su tejido con tanta limpieza y eficacia como si hubiera utilizado un cuchillo.

—No es fácil, mi señor Dragón, sin tener una mujer contra la que practicar.

—Disponemos de dos horas —manifestó fríamente Rand a la par que quitaba el escudo que rodeaba al hombre—. Inténtalo. Inténtalo con todas tus fuerzas.

Librodot

CAPÍTULO 5

Un vestido carmesí

El cuchillo rozó el cabello de Nynaeve al clavarse en el tablón contra el que la mujer estaba recostada; dio un respingo y apretó los ojos detrás de la venda que se los cubría. Deseó llevarlo peinado en una trenza en lugar de suelto sobre los hombros. Si ese cuchillo le había cortado aunque sólo fuera un pequeño mechón... «Necia —pensó con acritud—. Estúpida mujer.»

Con el pañuelo doblado tapándole los ojos, únicamente veía una fina línea de luz por la parte de abajo, y tras la oscuridad de los pliegues parecía brillante. Tenía que haber claridad de sobra aunque la tarde estuviera avanzada. Desde luego, el hombre no se habría atrevido a lanzar si no tuviera luz suficiente para ver bien. El siguiente cuchillo se clavó al otro lado de su cabeza y lo sintió vibrar. Tenía la sensación de que casi le había tocado la oreja. Iba a matar a Thom Merrilin y a Valan Luca; y puede que a cualquier otro hombre al que pudiera echar mano, aunque sólo fuera por principios.

—Las peras —gritó Luca, como si en lugar de estar a sólo treinta pasos de ella se encontrara mucho más lejos. Debía de pensar que la venda la dejaba sorda, además de ciega.

Tanteó en la bolsita colgada del cinturón, sacó una pera y, con gran cuidado, se la colocó en lo alto de la cabeza. Estaba ciega, desde luego, pero además era una redomada estúpida. Sacó otras dos peras y, con precaución, extendió los brazos a ambos lados, entre los cuchillos que marcaban su silueta, sosteniendo por el rabo una pieza de fruta en cada mano. Hubo una pausa. Abrió la boca para decirle a Thom Merrilin que si le hacía aunque sólo fuese un pequeño rasguño, le...

Hubo una rápida sucesión de tres golpes secos. Los cuchillos se habían clavado con tal celeridad que Nynaeve habría chillado si la garganta no se le hubiera quedado contraída por el susto al oír el primero. En una mano sólo sostenía el tallo de la fruta; en la otra, la pera se mecía levemente con el cuchillo atravesado; y la pera que tenía sobre la cabeza rezumaba jugo sobre su cabello.

Se arrancó el pañuelo de un tirón y se dirigió a zancadas hacia Thom y Luca, quienes sonreían como maníacos. Antes de que tuviera ocasión de pronunciar una de las palabras que pugnaban por escapar de su boca, Luca manifestó con admiración:

—Eres magnífica, Nana. Tu bravura es extraordinaria, pero tú lo eres más. —Hizo una reverencia mientras ondeaba ostentosamente la ridícula capa de seda roja, con una mano sobre el corazón—. Llamaré a este número «La rosa entre espinas». Aunque, para ser sincero, eres más bella que una simple rosa.

—No hace falta mucha valentía para estar plantada tiesa como un palo. —Conque era una rosa, ¿no? Ya le enseñaría las espinas. A los dos—. Escúchame, Valan Luca...

Librodot

—Qué coraje. Ni un solo respingo. Te aseguro que yo no tendría valor para hacer lo que tú.

Eso era la pura verdad, pensó Nynaeve.

—No he sido más valiente de lo necesario —repuso en un tono más suave. Resultaba difícil gritar a un hombre que insistía en alabar la valentía de una. Por supuesto, eso era mucho mejor que las patochadas sobre rosas. Thom se atusó el largo bigote como si viera algo divertido.

—El vestido —dijo Luca, sonriendo de oreja a oreja—. Estarás preciosa con…

—¡No! —espetó. Lo que había ganado con sus halagos acababa de perderlo al sacar de nuevo a colación ese asunto. Clarine había confeccionado el atuendo que Luca quería que llevara Nynaeve, en una seda de un color carmesí más chillón que el de su capa. En opinión de la mujer, había escogido ese tono para disimular la sangre si a Thom se le iba la mano.

—Pero, Nana, una belleza en peligro tiene mucho gancho. —La voz de Luca era tan acariciante como si le estuviera susurrando lindezas al oído—. Tendrás los ojos de todo el mundo pendientes de ti, todos los corazones palpitando con fuerza por tu belleza y tu valentía.

—Pues si tanto te gusta, póntelo tú —replicó firmemente. Aparte del color, no estaba dispuesta a enseñar tan generosamente el busto en público, a pesar de que Clarine opinara que era lo normal. Había visto el traje de actuación de Latelle, todo él de lentejuelas negras y con el cuello alto hasta la barbilla. Podría llevar algo así… Pero ¿qué estaba pensando? No tenía la menor intención de seguir adelante con esto. Sólo había accedido a practicar para que Luca dejara de tocar a la puerta del carromato todas las noches para intentar convencerla.

El hombre no tenía un pelo de tonto y sabía cuándo había llegado el momento de cambiar de tema:

—Oh, vaya, ¿qué te ha pasado? —preguntó, de repente todo mieles y solicitud.

Nynaeve dio un respingo cuando Luca le tocó el ojo hinchado. No estuvo afortunado al elegir aquello para cambiar de conversación. Mejor habría sido que continuara intentando meterla a la fuerza en aquel vestido rojo.

—No me gustó cómo me miraba en el espejo esta mañana, así que le di un mordisco.

Su tono frío y el modo en que enseñaba los dientes consiguieron que Luca retirara la mano con presteza. A juzgar por la mirada cautelosa en sus oscuros ojos, el hombre temía que se repitiera el mordisco. Thom se atusaba el bigote con entusiasmo y tenía el rostro congestionado por el esfuerzo de no estallar en carcajadas. Él sabía lo que había ocurrido, por supuesto. Tenía que saberlo. Y, no bien se hubiera marchado ella, sin duda deleitaría a Luca con su versión de los hechos. Los hombres eran unos cotillas compulsivos, un rasgo innato en ellos, y no había nada que las mujeres pudieran hacer para quitarles esa mala costumbre.

La luz diurna era más débil de lo que había imaginado. El sol era una roja bola sobre los árboles, en el oeste.

—Si vuelves a intentarlo otra vez sin tener mejor luz… —gruñó mientras sacudía el puño en dirección a Thom—. ¡Casi ha anochecido!

—Supongo, entonces, que eso significa que no quieres incluir la parte en la que yo me tapo los ojos, ¿verdad? —dijo él a la par que enarcaba las espesas cejas. Estaba bromeando, por supuesto. Tenía que estar diciéndolo

Librodot

en broma—. Como quieras, Nana. De ahora en adelante, sólo lo haremos cuando la luz sea perfecta.

Hasta que se hubo alejado unos cuantos pasos, sacudiendo furiosamente la falda al caminar, Nynaeve no cayó en la cuenta de que había accedido a hacer ese tonto numerito. Al menos, de manera implícita. Tratarían de obligarla a atenerse a ello, tan seguro como que el sol se pondría esa noche. «¡Tonta, tonta, tonta! ¡Eres tonta!»

El claro donde habían estado practicando —o al menos Thom, ¡así la Luz lo abrasara y a Luca también!— se encontraba a cierta distancia del campamento, un poco más arriba y cerca de la calzada del norte. Seguramente era porque Luca no quería que los animales se alborotaran en caso de que Thom hubiese errado un lanzamiento y le hubiera atravesado el corazón. Probablemente habría aprovechado su cadáver para alimentar a los leones. La única razón por la que quería que luciera aquel vestido era para comerse con los ojos lo que ella no tenía intención de enseñar excepto a Lan; y que la Luz también lo abrasara a él, por ser un estúpido cabezota. Ojalá estuviera allí para poder decírselo. Ojalá estuviera allí porque así sabría que estaba a salvo. Arrancó una cañaheja seca y la utilizó para descargar varazos y arrancar las flores silvestres que asomaban por encima de la hierba.

La noche anterior, según Elayne, Egwene había informado sobre combates en Cairhien y luchas contra bandidos, contra cairhieninos que consideraban enemigos a cualquier Aiel, y contra soldados andoreños que reclamaban el Trono del Sol para Morgase. Lan había tomado parte en esas refriegas; al parecer, cada vez que Moraine le quitaba la vista de encima él se las arreglaba para encontrarse allí donde el combate era más reñido, como si supiera de antemano dónde se desarrollaría. Nynaeve jamás habría imaginado que llegaría un día en que querría que la Aes Sedai tuviera a Lan atado en corto, cerca de ella.

Esa mañana Elayne seguía afectada por la noticia de que los soldados de su madre se encontraban en Cairhien, luchando contra los Aiel de Rand, pero los que preocupaban a Nynaeve eran los bandidos. Según Egwene, si alguien podía identificar pertenencias robadas en posesión de los asaltantes, si alguien juraba haber visto a uno de ellos matar a alguien o quemar aunque sólo fuera un cobertizo, Rand ordenaba que fuera ahorcado. Él no tiraba de la cuerda, pero era lo mismo, y Egwene decía que presenciaba todas las ejecuciones con un semblante tan frío y duro como las montañas. No era propio de él hacer algo así. Siempre había sido un muchacho apacible y dulce. Fuera lo que fuera lo que le hubiera ocurrido en el Yermo, había sido para peor.

En fin, Rand estaba muy lejos, y sus propios problemas —los suyos y los de Elayne— no parecía que fueran a solucionarse pronto. El río Eldar se encontraba a menos de dos kilómetros al norte, y la corriente se salvaba por un puente muy alto de piedra, construido entre elevados pilares metálicos que brillaban sin un punto de herrumbre. Sin duda era una reliquia de otros tiempos, tal vez incluso de una Era anterior. Nynaeve había ido hasta allí al mediodía, nada más llegar la compañía a este lugar, pero en el río no había un barco que mereciera llevar tal nombre. Botes de remo, pequeñas barcas de pesca que trabajaban entre los cañaverales de las orillas, unas cuantas cosas raras y estrechas que se deslizaban sobre el agua impulsadas por remos manejados por hombres arrodillados, e incluso un lanchón cuadrado que parecía estar atorado en el barro —se veía mucho cieno en ambas

Librodot

orillas, parte de él reseco y agrietado, aunque no era de extrañar con el calor que seguía haciendo en esta época— pero ninguna embarcación que pudiera transportarlos rápidamente río abajo, como ella quería. Aunque tampoco sabía aún dónde tendría que llevarlos.

Por mucho que se devanaba los sesos no conseguía recordar el nombre de la ciudad donde se suponía que las hermanas Azules se encontraban. Asestó un violento varazo a la cabezuela de un diente de león, convertida ya en una bola blanca, y los vilanos se esparcieron en el aire. De todos modos, seguramente ya no seguirían allí, si es que habían estado alguna vez. Pero era la única pista que tenían respecto a un sitio seguro a poca distancia de Tear. Si es que lograba recordarlo.

Lo único bueno de todo el viaje hacia el norte era que Elayne había dejado de coquetear con Thom. Sólo había habido un incidente desde que se habían unido al espectáculo ambulante. Aunque no habría estado mal que Elayne no hubiese decidido simular que no había ocurrido nada. El día anterior, Nynaeve la había felicitado por recobrar el sentido común, y Elayne había replicado fríamente; «¿Tratas de descubrir si me interpondré en tu camino con Thom, Nynaeve? Es bastante mayor para ti, y pensé que habías puesto tu corazón en otra persona, pero eres bastante adulta para tomar tus propias decisiones. Siento aprecio por Thom, como creo que él lo siente por mí. Lo considero como un segundo padre, así que, si quieres coquetear con él, tienes mi permiso. Sin embargo, de verdad creí que eras más constante en el terreno sentimental».

Luca tenía intención de cruzar el río por la mañana, y Samara, la ciudad que había en la otra orilla, en Ghealdan, no era un lugar conveniente en el que quedarse. Luca había pasado en Samara la mayor parte del día desde que llegaron, buscando un buen lugar en el que montar su espectáculo, preocupado sólo de que otros espectáculos ambulantes se le hubieran adelantado, ya que no era el único que llevaba algo más que animales amaestrados. Tal era la razón de que hubiera insistido tanto en que Nynaeve dejara que Thom le lanzara los cuchillos. La mujer pensó que tenía suerte de que no pretendiera que caminara por el cable junto con Elayne. Ese hombre parecía pensar que lo más importante del mundo era que su espectáculo fuera mayor y mejor que todos los demás. Por su parte, lo que más le preocupaba a Nynaeve era el hecho de que el Profeta se encontrara en Samara acompañado por sus seguidores, que abarrotaban la ciudad y se repartían en tiendas, chozas y chabolas, formando otra ciudad que superaba el tamaño, bastante considerable, de la propia Samara. Ésta tenía una muralla alta de piedra, y de piedra eran también la mayoría de los edificios, algunos de ellos de tres pisos, y había más tejados de pizarra y tejas que de bálago.

Esta orilla del Eldar no era mejor. Habían pasado tres campamentos de Capas Blancas antes de llegar al sitio donde se habían parado; eran centenares de tiendas blancas colocadas en ordenadas hileras, y tenía que haber más que no habían visto. Los Capas Blancas a este lado del río, y el Profeta y quizás algún tumulto a punto de estallar en el otro, y ella no tenía ni idea de adónde ir ni medio de transporte que los llevara allí excepto un lento carromato que avanzaba a paso de tortuga. Ojalá no se hubiera dejado convencer por Elayne para que abandonaran el carruaje. Al no ver ninguna planta lo bastante cerca para asestarle un varazo sin tener que desviarse, partió la cañaheja por la mitad una y otra vez, hasta que la hizo trozos pequeños que después tiró. Ojalá pudiera hacer lo mismo con Luca. Y con

Librodot

Galad Damodred, por obligarlas a huir. Y a al'Lan Mandragoran, por no estar allí. Y no es que ella lo necesitara, naturalmente. Pero su presencia habría sido... reconfortante.

El campamento estaba silencioso, con las cenas preparándose sobre pequeñas lumbres, al lado de los carromatos. Petro estaba alimentando a un león de negra melena, metiendo grandes trozos de carne a través de los barrotes con un palo. Las leonas ya daban buena cuenta de sus raciones sociablemente, soltando de vez en cuando un rugido si alguien se acercaba demasiado a la jaula. Nynaeve se paró cerca de la carreta de Aludra; la Iluminadora estaba trabajando con el mortero y el majador de madera sobre una mesa abatible, adosada a un costado del carromato, mascullando entre dientes sobre lo que quiera que estaba combinando. Tres de los Chavana dedicaron una sonrisa seductora a Nynaeve y le hicieron señas para que se reuniera con ellos. Ninguno de ellos era Brugh, que todavía estaba enfadado por lo de su labio, aunque ella le había dado un ungüento para que le bajara la hinchazón. A lo mejor si atizaba a los demás con igual contundencia harían caso a Luca —y, lo más importante, ¡a ella!— y comprenderían que no le gustaban sus sonrisas. Era una lástima que maese Valan Luca no siguiera sus propias recomendaciones. Latelle estaba cerca de la jaula de los osos; se volvió y le dedicó una sonrisa tirante, aunque más bien parecía una mueca de satisfacción. Pero, principalmente, Nynaeve observaba a Cerandin, que estaba limando las romas uñas de uno de los enormes *s'redit* grises con lo que parecía una herramienta adecuada para lijar metales.

—Ésa —dijo Aludra— sabe utilizar las manos y los pies con notable habilidad, ¿no? No me mires así, Nana —añadió mientras se sacudía las manos—. No soy tu enemiga. Toma, tienes que probar estos nuevos fósforos.

Nynaeve cogió cautelosamente la caja de madera de la oscura mano de la otra mujer. Era un pequeño recipiente cuadrado que podía sostener fácilmente con una mano, pero utilizó las dos.

—Creí que los llamabas mixtos.

—Tal vez sí y tal vez no. Fósforos denota que son mucho mejores que mixtos, ¿no te parece? He alisado los pequeños agujeros que sujetan los palitos para que así ya no se prendan en la madera. Una buena idea, ¿no? Y las cabezas son de un nuevo compuesto. ¿Los probarás y me dirás qué te parecen?

—Sí, por supuesto. Gracias.

Nynaeve se alejó deprisa, antes de que la mujer le diera otra caja. Sostenía aquella cosa como si fuera a explotar en cualquier momento, cosa que no estaba segura de que no pudiera ocurrir. Aludra había hecho que todos probaran sus mixtos o fósforos o comoquiera que decidiera llamarlos la próxima vez. Desde luego, encendían un fuego o una lámpara. Y también se prendían si las cabezas azulgrisáceas se frotaban entre sí o contra algo áspero. En lo que a ella concernía, prefería encender con yesquero o con un carbón prendido conservado adecuadamente en una caja de arena. Era mucho más seguro.

Juilin le salió al paso antes de que tuviera ocasión de llegar a la escalera del carromato que compartía con Elayne, y la vista del hombre fue directamente a su ojo hinchado. Nynaeve le asestó una mirada tan cortante que lo hizo retroceder un paso y destocarse rápidamente de aquel ridículo gorro cónico.

—He estado al otro lado del río —informó—. Hay unos cien Capas Blancas en Samara. Se limitan a vigilar con tanto interés a los soldados

ghealdanos como éstos los vigilan a ellos. Pero reconocí a uno de ellos. Es el joven que estaba sentado al otro lado de la calle en Sienda, enfrente de La Luz de la Verdad.

Nynaeve sonrió y Juilin retrocedió otro paso, observándola con recelo. Así que Galad estaba en Samara. Era lo único que les faltaba.

—Qué noticias tan buenas traes siempre, Juilin. Deberíamos haberte dejado en Tanchico o, mejor aun, en el puerto de Tear. —Era un comentario muy injusto. Más valía que le hubiera advertido de la presencia de Galad que dejar que se topara con él al volver una esquina—. Gracias, Juilin. Por lo menos ahora sabemos que tenemos que andar ojo avizor con él.

En opinión de Nynaeve, el brusco asentimiento del hombre no era la respuesta más adecuada a sus palabras de agradecimiento dadas con tanta cortesía. Se marchó presuroso mientras se colocaba el gorro, como si esperara que fuera a golpearlo en cualquier momento. Los hombres no tenían modales.

El interior del carromato estaba mucho más limpio que cuando Thom y Juilin lo habían comprado. Habían rascado toda pintura desconchada —los dos hombres habían rezongado por tener que encargarse de ese trabajo— y a los armarios y la pequeña mesa que iba fija al suelo se les untó aceite y se los frotó hasta que brillaron. El pequeño hogar de ladrillos, con la chimenea metálica, no se había usado —las noches eran cálidas y, si empezaban a cocinar allí, Thom y Juilin volverían a torcer el gesto— pero servía muy bien para guardar sus posesiones de valor, como las bolsas de dinero y los cofrecillos con joyas. Nynaeve había metido la bolsa de gamuza que contenía el sello tan dentro del tubo metálico como pudo y no lo había vuelto a tocar desde entonces.

Elayne estaba sentada en una de las estrechas camas, metiendo algo debajo de las mantas, cuando Nynaeve entró, pero antes de que ésta tuviera tiempo de preguntarle qué hacía, la heredera del trono exclamó:

—¡Tu ojo! ¿Qué te ha pasado? —Su cabello necesitaba un lavado con jenpimienta otra vez; un tenue atisbo de color dorado asomaba en la raíz de los negros mechones. Había que hacerlo cada pocos días.

—Cerandin me dio un golpe cuando no estaba atenta —masculló la antigua Zahorí. El recordado sabor de la agrimonia y las hojas de ricino machacadas hizo que la lengua le salivara. No era ésa la razón de que hubiera dejado que Elayne acudiera también al último encuentro en el *Tel'aran'rhiod;* no estaba eludiendo a Egwene. Sólo que ella había hecho la mayoría de viajes al Mundo de los Sueños entre una y otra reunión con la muchacha y las Sabias, y era justo que diera a Elayne ocasión para practicar. Era por eso.

Con todo tipo de precauciones, soltó la caja de fósforos dentro de un armario, junto a otras dos. La que se había prendido había sido desechada hacía tiempo.

No sabía por qué estaba ocultando la verdad. Evidentemente, Elayne no había salido del carromato o en caso contrario ya lo sabría. Juilin y ella eran probablemente las únicas personas del campamento que lo ignoraban ahora que Thom le habría contado a Luca hasta el último detalle.

—Le... pregunté a Cerandin sobre las *damane* y las *sul'dam.* Estoy segura de que sabe más de lo que da a entender. —Hizo una pausa para que Elayne expresara en voz alta sus dudas de que hubiera preguntado y no exigido saber y para decir que la seanchan ya les había contado todo lo que sabía, que no había tenido mucho contacto con *damane* o *sul'dam.* Pero

Librodot

Elayne guardó silencio y Nynaeve comprendió que lo único que estaba haciendo era retrasar el momento de dar explicaciones buscando una discusión—. Se puso de muy mal humor protestando que no sabía nada más, así que la sacudí. Realmente te has excedido dándole confianzas. ¡Se atrevió a agitar el dedo delante de mi nariz! —Elayne siguió mirándola en silencio, sin pestañear. Nynaeve apartó la vista sin poder evitarlo mientras continuaba—: Me... lanzó por encima de su hombro de alguna manera. Me levanté y le di una bofetada, entonces ella me pegó un puñetazo que me tiró. Por eso tengo el ojo así. —Ya puesta, podía contarle el resto; de todos modos, Elayne no tardaría en enterarse, así que sería mejor que oyera su versión, aunque, a decir verdad, habría preferido arrancarse la lengua—. No iba a consentir que me tratara así, de modo que peleamos un poco más. —No hubo mucha pelea por su parte, aunque se negó a darse por vencida. La amarga verdad era que Cerandin sólo dejó de vapulearla y derribarla con estratagemas porque era como maltratar a una cría. Nynaeve había tenido tan pocas oportunidades de defenderse como si lo fuera realmente. Si no hubiera habido nadie observando, habría podido encauzar; en realidad estaba lo bastante furiosa para hacerlo. Pero había espectadores, claro. Ojalá Cerandin le hubiera dado de puñetazos hasta hacerla sangrar.

»Entonces Latelle le dio un palo. Ya sabes las ganas que me tiene Latelle. —Desde luego, no era necesario contar que, para entonces, Cerandin le tenía la cabeza metida debajo del fondo de una carreta. Nadie la había maltratado así desde que arrojó un cubo de agua a Neysa Ayellan, cuando tenía dieciséis años—. En fin, Petro puso fin a la pelea. —Y justo a tiempo. El hombretón las había agarrado a las dos por el cogote como si fueran gatitos—. Cerandin se disculpó y eso es todo. —Petro había hecho que la seanchan se disculpara, cierto, pero también obligó a Nynaeve a hacer lo mismo, sin aflojar los dedos de su cuello hasta que se disculpó. Le había dado puñetazos con todas sus fuerzas, en pleno estómago, pero el hombre ni siquiera se inmutó, y Nynaeve se temía que la mano también se le iba a hinchar—. No pasó gran cosa, realmente, aunque supongo que Latelle intentará contar las cosas a su modo. A ella es a quien debería sacudir. Por lo visto no le aticé tan fuerte como tendría que haberlo hecho.

Se sintió mejor al confesar la verdad, pero en el semblante de Elayne se reflejaba una expresión de duda que la hizo querer cambiar de tema.

—¿Qué estabas escondiendo? —Alargó la mano y retiró la manta, dejando a la vista la cadena plateada del *a'dam* que les había entregado Cerandin—. En nombre de la Luz, ¿para qué quieres mirar esa cosa? ¿Y por qué lo escondiste? Es repulsivo, y no entiendo cómo eres capaz de tocarlo, pero si deseas hacerlo, depende exclusivamente de ti.

—No seas tan gazmoña —contestó Elayne. Esbozó lentamente una sonrisa y un leve rubor de excitación le tiñó las mejillas—. Creo que podría hacer uno.

—¡Hacer uno! —Nynaeve bajó el tono, confiando en que nadie apareciera por allí para ver cuál de las dos estaba matando a la otra, pero no por ello su voz sonó menos dura—. ¡Luz! ¿Por qué? Haz antes un pozo de letrina o un estercolero. Al menos esas cosas tienen una utilidad decente.

—En realidad no tengo intención de hacer un *a'dam.* —Elayne mantenía una postura erguida, con la barbilla levantada con aquel frío estilo tan propio de ella. Parecía ofendida y mostraba una helada calma—. Pero es un *ter'angreal* y he desentrañado cómo funciona. Te vi asistir al menos a una clase sobre la coligación. El *a'dam* vincula a las dos mujeres; ésa es la razón

Librodot

de que la *sul'dam* tenga que ser una mujer que también pueda encauzar. —Frunció el entrecejo levemente—. Sin embargo, es una extraña ligazón. Diferente. En lugar de ser algo compartido por dos o más, con una de guía, en realidad es una quien tiene todo el control. Creo que tal es el motivo de que una *damane* no pueda hacer nada que la *sul'dam* no quiera que haga. No creo que la cadena sea en absoluto necesaria. El collar y el brazalete funcionarían también sin ella, y con los mismos resultados.

—Funcionarían también —repitió con timbre seco Nynaeve—. Has estudiado mucho el tema para no tener intención de construir uno. —La joven ni siquiera tuvo la decencia de enrojecer—. ¿Y qué uso le darías? No diré que tomaría a mal que pusieras uno alrededor del cuello de Elaida, pero eso no lo hace menos repug...

—¿Es que no lo entiendes? —la interrumpió la heredera del trono, cuya altanería había desaparecido eclipsada por la excitación y el entusiasmo. Se inclinó para poner la mano sobre la rodilla de Nynaeve, y sus ojos resplandecían de lo satisfecha que se sentía de sí misma—. Es un *ter'angreal,* y creo que sé cómo hacer uno. —Pronunció cada palabra con una lentitud deliberada, y después se echó a reír y prosiguió, casi atropellándose—: Si soy capaz de hacer éste, también podré hacer otros. Tal vez incluso esté capacitada para hacer *angreal* y *sa'angreal.* ¡Hace miles de años que no ha habido en la Torre nadie capaz de algo así! —Se enderezó, tuvo un escalofrío, y se puso los dedos sobre los labios.

»Jamás imaginé que crearía nada por mí misma. Nada útil. Recuerdo una vez que vi un artesano, un hombre que había fabricado unas sillas para palacio. No llevaban dorados ni estaban muy talladas pues eran para los aposentos de la servidumbre, pero advertí en sus ojos un brillo enorgullecido. Se sentía orgulloso de lo que había hecho, algo bien realizado. Creo que me encantaría tener esa sensación. Oh, si tuviera aunque sólo fuera una parte de los conocimientos que poseen los Renegados... Todos esos conocimientos de la Era de Leyenda en sus cabezas, y los utilizan para servir a la Sombra. Imagina lo que podríamos hacer, lo que podríamos llevar a cabo. —Respiró hondo y dejó caer las manos en el regazo, sin perder el entusiasmo—. En fin, dejando eso a un lado, apuesto a que también podría descifrar cómo se construyó Puente Blanco. Edificios cual encaje de cristal pero más resistente que el acero. Y el *cuendillar,* y...

—Para el carro —dijo Nynaeve—. Puente Blanco está a ochocientos o novecientos kilómetros de aquí, y si piensas que vas a encauzar en el sello, estás equivocada. ¿Quién sabe lo que podría ocurrir? Se queda en su bolsa, en la chimenea, hasta que encontremos un lugar más seguro para guardarlo.

La ansiedad de Elayne resultaba chocante. A Nynaeve no le habría importado, ni mucho menos, poseer un poco de los conocimientos de los Renegados, pero si necesitaba una silla, se la encargaba a un carpintero. Nunca había sentido la necesidad de elaborar nada, aparte de ungüentos y pociones. Cuando tenía doce años, su madre había renunciado a intentar enseñarle a coser después de que resultara evidente que le importaba poco si hacía una costura recta o torcida y que no había forma de convencerla para que le importara. En cuanto a cocinar... De hecho, se consideraba una aceptable cocinera, pero el asunto era que sabía lo que era trascendente. Curar era importante. Cualquier hombre podía construir un puente, y, por ella, que lo hiciera.

—Con todo ese parloteo tuyo sobre el *a'dam* casi me olvido de una cosa

Librodot

—continuó—. Juilin vio a Galad al otro lado del río.

—Maldición —rezongó Elayne, y al ver que Nynaeve enarcaba las cejas, agregó firmemente—: No pienso aguantar un sermón sobre mi forma de hablar, Nynaeve. ¿Qué vamos a hacer?

—Tal y como están las cosas, podemos quedarnos en esta ribera y aguantar la vigilancia de los Capas Blancas, que se preguntarán por qué nos separamos de la compañía, o podemos cruzar el puente y confiar en que el Profeta no provoque un tumulto y que Galad no nos denuncie, o también podemos intentar comprar un bote de remos y huir río abajo. Ninguna de las opciones es muy buena. Además, Luca querrá que le paguemos los cien marcos. De oro. —Procuró no ponerse ceñuda, pero aquello todavía le picaba—. Se lo prometiste, y supongo que no sería honrado escabullirnos sin pagarle. —Lo haría sin dudar si hubiera adónde ir.

—No, por supuesto que no —dijo Elayne, que parecía escandalizada—. Pero no tenemos que preocuparnos por Galad, siempre y cuando no nos alejemos de la compañía. Galad no se acercaría a un espectáculo así. Piensa que enjaular animales es cruel. Y no es que le importe cazarlos ni comerlos, fíjate bien. Sólo enjaularlos. —Nynaeve sacudió la cabeza. La verdad era que Elayne habría encontrado algún modo de retrasar la marcha, aunque sólo fuera por un día, aunque tuvieran medios para irse. Realmente deseaba caminar por el cable delante de otras personas que no fueran los integrantes de la compañía. Y ella seguramente no tendría más remedio que dejar que Thom le lanzara los cuchillos. «¡Pero no pienso ponerme el maldito vestido!»

—Vamos a coger el primer barco lo bastante grande para llevar cuatro pasajeros —dijo—. El comercio por el río no puede haberse interrumpido totalmente.

—Sería de cierta ayuda saber adónde nos dirigimos. —El tono de la joven era demasiado dulce—. Podríamos ir a Tear, ¿sabes? No tenemos que quedarnos con la compañía sólo porque tú... —Dejó inacabada la frase, pero Nynaeve sabía lo que había estado a punto de decir. Sólo porque fuera tan cabezota. Sólo porque estuviera tan furiosa que era incapaz de recordar un simple nombre que estaba empeñada en recordar e ir allí aunque le costara la vida. Bueno, pues nada de eso era cierto. Lo que intentaba era encontrar a esas Aes Sedai que podrían apoyar a Rand y conducirlas hasta él, no llegar a Tear como una pobre refugiada que buscara asilo y seguridad.

—Me acordaré —manifestó con voz impasible. «Acababa en "bar". ¿O era en "dar"? ¿O "lar"?»—. Lo recordaré antes de que te canses de alardear caminando por el cable. —«¡Y no pienso llevar ese vestido!»

CAPÍTULO 6

Una flecha de plata

Le tocaba a Elayne encargarse de cocinar esa noche, lo que significaba que ninguno de los platos sería sencillo a pesar de que tenían que comer en banquetas alrededor de la lumbre, acompañados por el canto de grillos resonando en la fronda, y alguno que otro silbido débil y triste de un pájaro nocturno a medida que anochecía. El primer plato consistió en una crema fría y gelatinosa, con unas hojas de endibia picadas y esparcidas por encima. La Luz sabría dónde las habría conseguido, al igual que las pequeñas cebollas que sirvió con los guisantes. La ternera estaba partida en lonchas lo bastante finas para ver a través de ellas, y envueltas alrededor de una mezcla de zanahorias, judías dulces, cebolletas y queso de cabra; y hasta había de postre un pequeño pastel de miel.

Todo estaba bueno, aunque Elayne se apuró porque según ella nada sabía exactamente como debería; por lo visto pensaba que podía copiar el trabajo de los cocineros del Palacio Real de Caemlyn. Nynaeve estaba segura de que la muchacha no buscaba halagos. Elayne era de las que rechazaba las felicitaciones y decía exactamente lo que no estaba bien. Thom y Juilin rezongaron porque la ternera fuera tan escasa, pero Nynaeve advirtió que no sólo se comieron hasta la última pizca, sino que estaban desilusionados cuando acabaron el último guisante. Cuando cocinaba ella, por alguna razón los dos hombres comían siempre en alguno de los otros carromatos. Por su parte, cuando les tocaba cocinar a ellos, siempre había guisado o carne con judías tan sazonadas con pimienta que la lengua ardía.

Ni que decir tiene que no comieron solos. Luca se ocupó de ello, llevando su propia banqueta, que colocó al lado de la de Nynaeve; se sentó con la roja capa extendida para lucirla lo más posible, y con las largas piernas estiradas de manera que se vieran bien las torneadas pantorrillas por encima de las botas dobladas. Acudía casi todas las noches. Cosa curiosa, las únicas que faltaba eran aquellas en las que le tocaba cocinar a ella.

Le parecía interesante tener los ojos del hombre fijos en ella cuando estaba delante una mujer tan guapa como Elayne, pero Luca tenía sus motivos. Se sentaba demasiado cerca —esa noche Nynaeve había tenido que correr su banqueta tres veces, pero él hizo otro tanto sin la menor señal de vacilación en su conversación ni indicio alguno de haberse dado cuenta— y alternaba el compararla con diferentes flores, para detrimento de éstas, haciendo caso omiso del ojo negro de la mujer que no podía dejar de ver a menos que fuera ciego, y musitando lo hermosa que estaría con aquel vestido rojo mientras intercalaba halagos sobre su coraje. En dos ocasiones dejó caer la sugerencia de que podrían dar un paseo a la luz de la luna, insinuaciones tan veladas que Nynaeve no supo con exactitud que lo eran hasta que las meditó.

—Ese atuendo enmarcará a la perfección tu valor manifiesto —le susurró al oído—, aunque ni una cuarta parte tan bien de como lo haces tú

misma, pues los lirios que florecen de noche palidecerían de envidia al verte caminar junto al agua alumbrada por la luna, y yo me convertiría en bardo para cantar tus alabanzas bajo esa misma luminaria.

Nynaeve lo miró, parpadeando en su esfuerzo por dilucidar esto último. Por lo visto, Luca creyó que parpadeaba para coquetear con él; disimuladamente, ella le dio un codazo en las costillas un momento antes de que el hombre le mordisqueara la oreja. O, al menos, ésa parecía ser la intención que llevaba, aunque ahora tosió y afirmó que una miga del pastel se le había ido por mal sitio. Luca era realmente atractivo —«¡Basta de tonterías!»— y tenía unas pantorrillas bien formadas —«¿Pero qué demonios haces, mirándole las piernas?»— aunque debía de considerarla una tonta sin dos dedos de frente. Y todo ello en beneficio de su condenado espectáculo.

Aprovechó para retirar de nuevo su banqueta mientras él intentaba recuperar el aliento; no podía retirarse mucho sin poner de manifiesto que estaba huyendo de él, bien que tenía presto el tenedor por si acaso el hombre la seguía otra vez. Thom no levantaba la vista de su plato, a pesar de que no quedaba nada en él. Juilin se puso a silbar fuera de tono y muy bajito, contemplando fijamente el moribundo fuego. Elayne la miró y sacudió la cabeza.

—Ha sido muy agradable tenerte con nosotros en la cena —dijo Nynaeve mientras se ponía de pie. Luca la imitó de inmediato, con una expresión esperanzada en los ojos, que reflejaban el mortecino brillo de la lumbre. Le puso su plato sobre el que sostenía él—. Estoy segura de que Thom y Juilin agradecerán tu ayuda en la limpieza de los platos. —Antes de que la boca de Luca acabara de abrirse con sorpresa, se volvió hacia Elayne—. Es tarde, y supongo que cruzaremos el río a primera hora de la mañana.

—Por supuesto —murmuró Elayne con un atisbo de sonrisa, y puso su plato encima del de Nynaeve antes de seguirla al interior del carromato. Nynaeve habría querido abrazarla. Hasta que la heredera del trono dijo—: De verdad, no deberías animarlo.

Las lámparas montadas en unos soportes de pared se encendieron repentinamente; Nynaeve se puso en jarras.

—¡Animarlo, dices! ¡La única forma de alentarlo menos de lo que lo hago sería pincharlo con un cuchillo! —Resopló para dar énfasis a sus palabras, y miró las lámparas con gesto ceñudo—. La próxima vez, utiliza uno de los fósforos de Aludra. Los fósforos. Algún día vas a olvidarte y encauzarás donde no debes, y entonces ¿en qué situación nos encontraremos? Huyendo a todo correr para salvar la vida, con un centenar de Capas Blancas persiguiéndonos.

Testaruda hasta la exageración, la otra mujer se negó a pasar a otro tema.

—Seré más joven que tú, pero a veces creo que sé más sobre los hombres de lo que tú sabrás nunca. Para alguien como Valan Luca, ese ligero escabullirse con coquetería era una clara invitación a que siguiera persiguiéndote. Si le hubieras atizado un puñetazo en la nariz como hiciste el primer día, a lo mejor se habría dado por vencido. Pero no le dijiste que dejara de hacerlo. ¡Ni siquiera se lo pediste! Seguías sonriéndole, Nynaeve. ¿Qué esperabas que pensara el hombre? ¡En realidad, le has estado sonriendo a todo el mundo desde hace días!

—Intento dominar mi mal genio —rezongó Nynaeve. Todos protestaban por su carácter seco y, ahora que procuraba controlarlo, Elayne protestaba por ello. No actuaba así porque fuera tan estúpida como para dejarse

Librodot

engañar por los halagos de Luca. No lo era, ni mucho menos. Elayne se rió, y ella la miró ceñuda.

—Oh, Nynaeve. «No puedes impedir que el sol salga al amanecer.» Es lo que Lini te habría dicho.

Con gran esfuerzo, la antigua Zahorí consiguió borrar el gesto mohíno. Podía contener el genio. «¿Acaso no lo he demostrado ahí fuera?»

—Dame el anillo —pidió, tendiendo la mano—. Luca querrá cruzar el río a primera hora, de eso no me cabe duda, y quiero disfrutar de un sueño de verdad cuando haya terminado.

—Creí que esta noche me tocaba a mí. —En la voz de Elayne se advertía un tono de preocupación—. Nynaeve, has estado entrando en el *Tel'aran'rhiod* prácticamente todas las noches excepto en los encuentros con Egwene. Esa Bair tiene ganas de ajustar cuentas contigo, por cierto. No me quedó más remedio que decirles por qué no habías acudido a las citas, y me contestó que no tendrías que descansar por muy a menudo que entraras en el Mundo de los Sueños, a menos que estés haciendo algo mal. —La preocupación dio paso a la firmeza, y fue la mujer más joven quien se puso en jarras—. Tuve que aguantar una regañina que era para ti, y no resultó agradable, con Egwene delante asintiendo con la cabeza a cada palabra dicha. En fin, de verdad creo que esta noche debería...

—Por favor, Elayne. —Nynaeve no retiró la mano tendida—. Tengo que hacer unas preguntas a Birgitte, y sus respuestas podrían dar lugar a otras cuestiones. —Las tenía, más o menos; no le sería difícil encontrar preguntas para Birgitte. Su insistencia no tenía nada que ver con evitar a Egwene y a las Sabias. Si visitaba el *Tel'aran'rhiod* tan a menudo que Elayne debía acudir siempre a las citas con Egwene, era porque las cosas salían así, nada más.

Elayne suspiró, pero sacó el anillo de piedra por el escote de su vestido.

—Vuelve a pedirle permiso para contarlo, Nynaeve. Cada vez me resulta más difícil enfrentarme a Egwene. Vio a Birgitte. No dice nada, pero no deja de mirarme fijamente. Y la cosa empeora aun más cuando nos vemos después de haberse ido las Sabias. Entonces podría preguntar, pero no lo hace, y con ello sólo consigue que me sienta peor. —Frunció el entrecejo mientras Nynaeve se colgaba el pequeño *ter'angreal* en el cordón de cuero que llevaba al cuello, con el pesado sello de Lan y el anillo de la Gran Serpiente—. ¿Por qué crees tú que ninguna de las Sabias ha ido nunca con ella allí? No descubrimos gran cosa en el estudio de Elaida, pero lo lógico sería que les gustara conocer la Torre. Egwene ni siquiera desea referirse a ello cuando están ellas. Si cualquier cosa que digo apunta en esa dirección, me asesta una mirada que pensarías que desea golpearme.

—Supongo que querrán evitar la Torre todo lo posible. —Y con ello demostraban ser muy listas. Si no fuera por la Curación, ella eludiría ese lugar, y también a las Aes Sedai. Por supuesto, ella no se estaba convirtiendo en Aes Sedai; sólo lo aguantaba para aprender más sobre la Curación. Y, naturalmente, para ayudar a Rand—. Son mujeres libres, Elayne. Aun en el caso de que la Torre no se encontrara en el caos actual, ¿crees que querrían que las Aes Sedai deambularan por el Yermo para cogerlas y llevarlas a Tar Valon?

—Imagino que ése es el motivo. —Empero, el tono de la joven dejaba muy claro que no lo entendía. Para ella, la Torre era algo maravilloso, y no comprendía que ninguna mujer deseara evitar a las Aes Sedai. Coligada a la Torre Blanca para siempre, decían cuando le ponían a una ese anillo en el

Librodot

dedo. Y lo decían totalmente en serio. Sin embargo, esta estúpida muchacha no lo veía en absoluto tan oneroso.

Elayne la ayudó a desvestirse, y a continuación Nynaeve se tumbó en el estrecho catre, sólo con la camisola, y bostezó. Había sido un día muy largo, y resultaba sorprendente lo agotador que podía ser permanecer plantada, completamente inmóvil, mientras alguien a quien no veías te lanzaba cuchillos. Los ojos se le cerraron y unas ideas extrañas pasaron por su cabeza. Elayne aseguraba que sólo estaba practicando cuando había tonteado con Thom, aunque tampoco el numerito del «querido padre e hija favorita» resultaba menos ridículo que el otro. A lo mejor también ella debería practicar, sólo un poco, con Valan. Vaya, eso sí que era una estupidez. Puede que a los hombres los ojos se les fueran hacia otras mujeres —¡más le valía a Lan que no!—, pero ella sabía ser constante. No pensaba ponerse aquel condenado vestido. Dejaba demasiado al descubierto los senos.

—No olvides pedírselo otra vez —oyó decir vagamente a Elayne.

Se quedó dormida.

Estaba fuera del carromato, en medio de la noche. La luna lucía en lo alto, y unas nubes arrastradas por la brisa arrojaban sombras sobre el campamento. Los grillos cantaban y los pájaros nocturnos emitían sus llamadas. Los ojos de los leones brillaron al observarla desde las jaulas. Los osos de hocico blanco eran oscuros bultos durmientes tras los barrotes de hierro. La larga hilera de estacas donde se ataba a los caballos aparecía vacía, los perros de Clarine no estaban en las correas sujetas en la parte inferior del carromato de la pareja, y el espacio ocupado por los *s'redit* en el mundo de vigilia también se encontraba vacío. Con la práctica había descubierto que sólo los animales salvajes tenían su reflejo allí; pero, dijera lo que dijera la seanchan, costaba creer que esos inmensos animales grises llevaban domesticados tanto tiempo que habían dejado de ser salvajes.

De repente se dio cuenta de que llevaba el maldito vestido, de un intenso color rojo, demasiado ajustado a las caderas para resultar decente, y con un escote cuadrado tan bajo que temió salirse por él. Excepto Berelain, no imaginaba a ninguna mujer que accediera e ponérselo. Bueno, quizás ella lo llevaría para Lan, siempre y cuando estuvieran solos. Cuando se quedó dormida estaba pensando en él. «Sí, claro que pensaba en él, ¿no?»

En cualquier caso, no estaba dispuesta a que Birgitte la viera de esa guisa. La mujer afirmaba ser una guerrera, y cuanto más tiempo pasaba con ella, más se daba cuenta de que algunas de sus actitudes —y opiniones— eran tan malas como las de cualquier hombre. O peor. Una combinación de Berelain y un camorrista de taberna. No siempre hacía ese tipo de comentarios, pero sí cada vez que Nynaeve permitía que una idea peregrina se plasmara en algo tan absurdo como este vestido. Cambió su atuendo a un traje oscuro de buena lana de Dos Ríos, junto con un chal que no necesitaba, y el cabello trenzado de nuevo, como tenía que ser. Abrió la boca para llamar a Birgitte.

—¿Por qué lo cambiaste? —dijo la mujer mientras salía de las sombras y se apoyaba en el arco de plata. La intrincada trenza rubia le colgaba sobre un hombro, y la luz de la luna se reflejaba en el arco y las flechas—. Recuerdo que una vez llevé un vestido que podría pasar por una copia exacta de ése. Fue sólo para atraer la atención de los guardias, cuyos ojos se pusieron tan saltones como los de los sapos, a fin de que Gaidal pudiera

escabullirse sin ser visto, pero resultó divertido. Sobre todo cuando más tarde bailé con él llevándolo puesto todavía. Jamás le ha gustado bailar, pero estaba tan decidido a no permitir que otros hombres se acercaran a mí que no dejó de bailar una sola pieza. —Birgitte rió con cariño—. Esa noche le gané cincuenta piezas de oro a la rueda, porque estaba tan absorto contemplándome que no miró sus fichas una sola vez. Los hombres tienen unas reacciones muy peculiares. Cualquiera habría dicho que nunca me había visto sin...

—Eso no importa ahora —la interrumpió Nynaeve con remilgo mientras se ajustaba el chal alrededor de los hombros.

—La he encontrado —anunció Birgitte antes de que tuviera tiempo de hacerle la pregunta.

—¿Dónde? ¿Te vio? ¿Puedes conducirme hasta ella sin que se dé cuenta? —El miedo le hacía un nudo en el estómago (buena opinión tendría Luca de su valor si la viera ahora), pero estaba convencida de que esa sensación sería reemplazada por la ira en el momento en que viera a Moghedien—. Si puedes llevarme cerca... —No terminó la frase al ver que Birgitte levantaba una mano.

—Imagino que no me vio o en caso contrario dudo que estuviese ahora aquí. —La mujer se comportaba con una gran seriedad, y Nynaeve descubrió que se sentía mucho más a gusto con ella cuando actuaba bajo esta faceta de soldado—. Puedo llevarte cerca un momento, si quieres, pero no está sola. Al menos... Ya verás. Tienes que guardar silencio y no debes emprender ninguna acción contra Moghedien. Hay otros Renegados. Tal vez podrías destruirla a ella, pero ¿crees que podrías acabar con cinco?

El desagradable hormigueo del estómago se extendió hasta el pecho de Nynaeve. Y a sus rodillas. Cinco. Debería preguntar a Birgitte qué había visto u oído y dejar el asunto ahí. Después regresaría a su cama y... Pero la mujer la estaba observando. No es que estuviera cuestionando su valor; sólo la miraba. Dispuesta a seguir adelante con esto si ella quería.

—Estaré callada. Y ni siquiera se me pasará por la cabeza la idea de encauzar. —Con cinco Renegados juntos, desde luego que no. Tampoco habría sido capaz de encauzar una pizca de Poder en este momento. Tensó las rodillas para que le dejaran de temblar—. Cuando quieras.

Birgitte alzó su arco y posó una mano sobre el brazo de Nynaeve...

... y la antigua Zahorí se quedó sin respiración. Ambas se encontraban de pie en medio de la nada, rodeadas por una negrura infinita, sin posibilidad de saber si estaban boca arriba o bien boca abajo, aunque en cualquier dirección que cayeran, sería para siempre. Mareada, se esforzó por mirar hacia el lugar donde Birgitte le señalaba.

Debajo de ellas, Moghedien estaba erguida en la oscuridad, vestida con algo casi tan negro como la nada que la rodeaba; se inclinaba ligeramente hacia adelante y escuchaba con atención. Y más abajo de su posición había cuatro enormes sillones de respaldo alto, todos diferentes, colocados sobre una superficie de relucientes baldosas blancas que flotaba en las tinieblas. Cosa extraña, Nynaeve podía oír lo que se hablaba en esos asientos con tanta claridad como si hubiera estado entre ellos.

—... nunca he sido cobarde —estaba diciendo una bonita y rellena mujer de cabello dorado—, de modo que ¿por qué iba a empezar a serlo ahora?

Daba la impresión de ir vestida con niebla gris brillante y resplandecientes joyas, y estaba reclinada en un asiento de marfil que

Librodot

parecía estar hecho con tallas de acróbatas desnudos. Cuatro figuras de hombres lo sostenían en vilo, y los brazos de la Renegada reposaban sobre las espaldas de mujeres arrodilladas; dos hombres y dos mujeres sostenían un cojín blanco de seda detrás de su cabeza, mientras que por encima otras figuras se contorsionaban en unas posturas que Nynaeve dudaba que ningún cuerpo humano pudiera adoptar. Enrojeció cuando cayó en la cuenta de que algunas de las figuras hacían algo más que ejercicios acrobáticos.

Un hombre de complexión compacta y de talla más bien baja, que tenía en el rostro una cicatriz lívida y una barba dorada, se adelantó en el asiento, furioso. Su sillón era de sólida madera tallada en columnas de hombres armados y caballos, y un guantelete de acero, cerrado en un puño, remataba la cúspide del respaldo. Su chaqueta roja compensaba la falta de dorado en el asiento, ya que unos bordados en oro cubrían los hombros y descendían por las mangas.

—Nadie me llama cobarde —espetó duramente—; pero, si continuamos como ahora, vendrá directamente por mí.

—Ése ha sido el plan desde el principio —dijo una melodiosa voz de mujer. Nynaeve no veía a la persona que hablaba, puesto que la ocultaba el alto respaldo de un sillón que parecía hecho de piedra blanca como nieve y de plata.

El segundo hombre era corpulento e inquietantemente atractivo, con las sienes pintadas de canas. Jugueteaba con una copa dorada, recostado en su trono. Tal era el único término adecuado para describir el sillón incrustado con gemas; aquí y allí se apreciaba un atisbo de dorado, pero Nynaeve estaba segura de que había oro macizo debajo de todos aquellos resplandecientes rubíes, esmeraldas y piedras de luna; el hombre daba una sensación de solidez que nada tenía que ver con su corpulencia.

—Se concentrará en ti —dijo con voz profunda—. Si es necesario, alguien cercano a él morirá, obviamente por orden tuya. Así vendrá por ti, y mientras está centrado sólo en tu persona, nosotros tres, coligados, lo cogeremos. ¿Qué ha cambiado para variar nada de eso?

—No ha cambiado nada —replicó el hombre de la cicatriz, sombrío—. Y lo que menos ha cambiado es mi falta de confianza en vosotros. Tomaré parte en la coligación o no sigo adelante con esto.

La mujer rubia echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse.

—Pobre hombre —dijo con sorna mientras agitaba una mano llena de anillos en su dirección—. ¿Acaso crees que no se daría cuenta si estuvieras coligado? Tiene un maestro, no lo olvides. Un mal maestro, pero no un completo necio. Lo siguiente que exigirás será incluir a suficientes de esas pequeñas del Ajah Negro para formar un círculo superior a trece, de modo que Rahvin o tú tengáis el control.

—Si Rahvin confía en nosotros lo bastante para coligarse teniendo que permitir que uno de nosotros nos guíe —intervino la voz melodiosa—, entonces tú deberás demostrar igual confianza. —El hombre corpulento bajó la vista a la copa dorada, y la mujer vestida de niebla esbozó una leve sonrisa—. Si eres incapaz de confiar en que no nos volveremos contra ti —continuó la mujer a la que no se veía—, entonces busca esa confianza en el hecho de que los demás estaremos vigilándonos tan estrechamente que no podremos ocuparnos de ti. Aceptaste el plan, Sammael. ¿Por qué empiezas ahora a poner pegas?

Nynaeve dio un respingo cuando Birgitte le tocó el brazo…

… y se encontraron de vuelta entre los carromatos, con la luna brillando

a través de las nubes. Casi parecía normal comparándolo con el lugar donde habían estado.

—¿Por qué...? —empezó, pero tuvo que tragar saliva con esfuerzo—. ¿Por qué nos has traído de vuelta? —Tenía la sensación de que el corazón se le había subido a la garganta—. ¿Es que Moghedien nos vio? —Había estado tan pendiente de los Renegados, en la chocante mezcla de aspecto insólito y corriente de esas personas, que se había olvidado de vigilar a Moghedien. Soltó un profundo suspiro de alivio cuando Birgitte sacudió la cabeza.

—No le quité la vista de encima un solo momento, y no movió ni siquiera un músculo en todo ese tiempo. Pero no me gusta estar en una posición tan vulnerable. Si ella o cualquiera de los otros hubiera mirado hacia arriba...

Nynaeve se ajustó el chal alrededor de los hombros, pero aun así tembló.

—Rahvin y Sammael —musitó. Deseó que su voz no sonara tan ronca—. ¿Reconociste a los otros? —Pues claro que Birgitte los habría reconocido; era un modo absurdo de describirlo, pero estaba estremecida.

—Lanfear era la que estaba tapada por el sillón. La otra era Graendal. No te equivoques y la juzgues estúpida por estar repantigada en un sillón que habría hecho enrojecer a la dueña de un lupanar. Es retorcida, y utiliza a sus «animalitos de compañía» en ritos que harían que el más avezado soldado jurara mantener el celibato.

—Graendal es retorcida —dijo la voz de Moghedien—, pero no lo suficiente.

Birgitte giró veloz sobre sus talones al tiempo que levantaba el plateado arco y cogía una flecha, pero de repente salió lanzada por el aire treinta pasos y fue a estrellarse contra el carromato de Nynaeve con tanta violencia que rebotó otros cinco pasos y quedó tendida en el suelo, hecha un ovillo.

Nynaeve buscó desesperadamente el contacto con el *Saidar.* El miedo se entremezclaba con la ira, pero aun así estaba lo bastante furiosa para conseguirlo. Empero, chocó con un muro invisible que se interponía entre ella y el cálido brillo de la Fuente Verdadera. Casi aulló de desesperación. Algo la agarró por los pies y tiró de ellos hacia atrás y hacia arriba; sus manos se alzaron bruscamente hasta que las muñecas entraron en unas argollas que había por encima de su cabeza. Sus ropas se tornaron polvo que se deslizó sobre su piel, y la trenza tiró hacia atrás de la cabeza hasta que la punta tocó sus nalgas. Frenética, la antigua Zahorí intentó salir del sueño, pero no ocurrió nada. Estaba suspendida en el aire, doblada hacia atrás como una fiera enredada en una red, todos y cada uno de los músculos estirados al límite. Unos temblores le recorrieron el cuerpo; sus dedos se crisparon débilmente al rozar los pies. Pensó que si intentaba mover algo más la espalda se le rompería.

Cosa curiosa, el miedo había desaparecido, ahora que ya era demasiado tarde. Estaba segura de que habría reaccionado con la prontitud necesaria de no ser por que el terror la había paralizado cuando debía actuar. Lo único que deseaba era tener la oportunidad de echarle las manos a la garganta a Moghedien. «¡De mucho te vale eso ahora!» Cada inhalación era un doloroso jadeo.

Moghedien se desplazó hasta donde Nynaeve pudiera verla, entre el tembloroso triángulo de sus brazos. El brillo del *Saidar* rodeaba a la mujer, como una despiadada burla.

—Una parte del sillón de Graendal —dijo la Renegada. Su vestido era de

niebla, como el de Graendal, pasando de una bruma negra a otra casi transparente, y de nuevo a la tonalidad plateada. El tejido cambiaba casi constantemente. Nynaeve la había visto llevándolo anteriormente, en Tanchico—. No es algo que se me hubiera ocurrido a mí, pero Graendal puede ser... instructiva. —Nynaeve le asestó una mirada furibunda, pero Moghedien no pareció advertirlo—. Me cuesta creer que tú estuvieras buscándome. ¿De verdad pensabas que porque una vez tuviste la suerte de cogerme por sorpresa eras mi igual? —La risa de la mujer sonó cortante como un cuchillo—. Si supieras el trabajo que me he tomado para encontrarte. Y viniste voluntariamente a mí. —Echó una ojeada a los carromatos, observando los leones y los osos un momento antes de volver los ojos hacia Nynaeve—. Así que en un espectáculo ambulante, ¿no? Eso haría más fácil dar contigo. Si es que ahora me hiciera falta.

—¡Haz lo que se te antoje, maldita seas! —bramó Nynaeve lo mejor que pudo. Doblada como estaba, tuvo que forzar a salir las palabras de una en una. No se atrevía a mirar hacia donde estaba Birgitte, aunque tampoco habría podido volver la cabeza lo suficiente para hacerlo; pero, girando los ojos como en un acceso mezcla de rabia y miedo, consiguió atisbar algo. El estómago se le encogió a pesar de estar tan estirada como la piel de una oveja puesta a secar. Birgitte yacía despatarrada en el suelo, con las flechas plateadas desperdigadas de la aljaba que ceñía a la cintura, y el arco de plata tirado a un par de metros de su mano inmóvil—. ¿Suerte, dices? Si no te las hubieras ingeniado para escabullirte de mí, te habría arrancado la piel a tiras hasta que te hubieses quedado ronca de chillar. Te habría retorcido el pescuezo como a una gallina. —Si Birgitte estaba muerta, sólo tenía una posibilidad, y no era muy halagüeña: poner tan furiosa a Moghedien que la matara rápidamente en un ataque de rabia. Ojalá hubiera algún modo de advertir a Elayne. Bueno, su muerte sería advertencia suficiente—. ¿Recuerdas cuando me dijiste que me utilizarías como un escabel para subir a tu caballo? ¿Y luego, cuando dije que te haría eso mismo? Eso fue después de que te vapuleara bien, cuando sollozabas y suplicabas por tu vida. Ofreciéndome a cambio cualquier cosa. ¡Eres una cobarde sin redaños! ¡Los detritos de un orinal! ¡Pedazo de...! —Algo grueso entró en su boca, le aplastó la lengua y la obligó a abrir al máximo las mandíbulas.

—Qué simple eres —murmuró Moghedien—. Créeme, ya estoy bastante furiosa contigo. Creo que no te usaré como escabel para subir a caballo. —Su sonrisa hizo que a Nynaeve se le pusiera piel de gallina—. Creo que te convertiré en caballo. Aquí es posible hacerlo. Un caballo, un ratón, una rana... —Hizo una pausa y escuchó—. Un grillo. Y cada vez que aparezcas en el *Tel'aran'rhiod,* serás un caballo, hasta que yo lo cambie. O lo haga algún otro con el conocimiento necesario. —Volvió a hacer una pausa y adoptó una expresión casi compasiva—. No, no querría darte falsas esperanzas. Ahora sólo quedamos nueve que sabemos cómo hacer ese truco, y te gustaría tan poco estar en manos de ninguno de ellos como en las mías. Sí, serás un caballo cada vez que te traiga aquí. Tendrás tu propia silla y arreos. Incluso te trenzaré la crin. —La coleta de Nynaeve tiró hacia atrás como si quisiera arrancarse de raíz—. Recordarás quién eres incluso entonces, por supuesto. Creo que disfrutaré mucho de nuestras cabalgadas, aunque probablemente tú no. —Moghedien hizo una profunda inhalación y su vestido adquirió un tono oscuro que brilló con la pálida luz lunar; Nynaeve no estaba segura, pero le pareció que podía ser el color de sangre húmeda—. Has hecho que me parezca a Semirhage y su forma de actuar. Es hora de que te ponga en tu

Librodot

sitio de una vez y así podré ocuparme de cosas importantes. ¿Está esa mozuela rubia contigo en esta compañía ambulante?

La mordaza desapareció de la boca de Nynaeve.

—Estoy sola, zorra estúp... —Terrible dolor. Como si Moghedien la hubiera apaleado desde los tobillos hasta los hombros, todos los golpes descargándose a la vez. Aulló con todas sus ganas. Otra vez. Intentó apretar los dientes con fuerza, pero su grito interminable le llenó los oídos. Las lágrimas corrían sin rebozo por sus mejillas y los sollozos la sacudían mientras esperaba que se descargara el próximo castigo.

—¿Está contigo? —inquirió pacientemente Moghedien—. No pierdas el tiempo de un modo absurdo intentando hacerme que te mate, porque no lo haré. Vivirás muchos años para servirme. Tus ridículas habilidades podrían serme útiles una vez que las haya adiestrado. Una vez que te haya domado. Pero puedo hacer que lo que acabas de sentir parezca la caricia de un amante si no respondes. Vamos, contéstame.

Nynaeve consiguió reunir aliento suficiente para hablar.

—No —sollozó—. Huyó con un hombre después de marcharnos de Tanchico. Un hombre bastante mayor para ser su abuelo, pero tenía dinero. Oímos lo que ocurrió en la Torre —estaba segura de que Moghedien debía de saber eso—, y le dio miedo volver.

La Renegada se echó a reír.

—Qué historia tan encantadora. Casi puedo entender que Semirhage encuentre placentero quebrantar el espíritu de las personas. Oh, cuánta diversión vas a proporcionarme, Nynaeve al'Meara. Pero antes vas a traerme a esa chica, Elayne. La aislarás de la Fuente y la atarás y me la pondrás a mis pies. ¿Sabes por qué? Porque algunas cosas son, de hecho, más fuertes en el *Tel'aran'rhiod* que en el mundo de vigilia. Por eso serás una hermosa yegua blanca cada vez que te traiga aquí. Y no son sólo las heridas sufridas aquí lo que permanece al despertar. La compulsión es otra de las cosas que persiste allí. Quiero que lo pienses durante unos segundos, antes de que empieces a creer que es tu propia idea. Sospecho que la chica es amiga tuya, pero vas a traérmela como un perrillo fald... —Moghedien gritó cuando la punta de una flecha de plata salió violentamente por debajo de su seno derecho.

Nynaeve cayó al suelo como un saco, y el impacto contra el suelo la dejó sin el poco aire que le quedaba en los pulmones, como si hubiera recibido un mazazo en el estómago. Debatiéndose para recobrar el aliento, se esforzó para obligar a sus músculos a moverse, para conseguir entrar en contacto con el *Saidar* a través del dolor.

Dando traspiés, Birgitte acabó de ponerse de pie al tiempo que tanteaba torpemente para coger otra flecha de la aljaba.

—¡Vete, Nynaeve! —Fue un grito farfullado—. ¡Huye! —Birgitte se tambaleó, y el arco de plata se meció, inestable, cuando lo levantó.

El brillo que rodeaba a Moghedien se intensificó hasta dar la sensación de que un sol cegador la envolvía.

La noche pareció doblarse sobre Birgitte cual una negra marea, envolviéndola en oscuridad. Cuando la ola pasó, el arco cayó sobre unas ropas vacías que se desplomaron en el suelo. El atuendo se desvaneció como una niebla evaporándose, y sólo quedaron el arco y las flechas, reluciendo con la luz de la luna.

Moghedien cayó de rodillas, jadeante, aferrando el astil de la flecha con las dos manos mientras el brillo a su alrededor perdía intensidad y se

Librodot

apagaba. Después la Renegada desapareció, y la flecha de plata cayó en el lugar ocupado antes por la mujer, donde había ahora una oscura mancha de sangre.

Tras lo que le pareció una eternidad, la antigua Zahorí se las arregló para incorporarse a gatas. Sollozando, se arrastró hasta el arco de Birgitte. Esta vez no era el dolor lo que la hacía llorar. Arrodillada, desnuda, y sin que le importara estarlo, aferró el arco.

—Lo siento —musitó entre sollozo y sollozo—. Oh, Birgitte, perdóname. ¡Birgitte!

No hubo respuesta salvo el gemebundo grito de un pájaro nocturno.

Liandrin se puso de pie rápidamente cuando la puerta del dormitorio de Moghedien se abrió con violencia y la Elegida entró en la salita dando traspiés, con las ropas de seda empapadas de sangre. Chesmal y Temaile corrieron hacia la mujer y la cogieron cada una por un brazo para sostenerla en pie, pero Liandrin no dio un paso hacia ellas. Las otras estaban fuera; tal vez en Amador, por lo que Liandrin sabía. Moghedien decía únicamente lo que quería que supiera quien la escuchaba, y castigaba por las preguntas que no le gustaban.

—¿Qué ha ocurrido? —jadeó Temaile.

La breve mirada de Moghedien debería haberla abrasado en el sitio.

—Tienes algunas pequeñas habilidades con la Curación —espetó la Elegida a Chesmal. La sangre teñía sus labios y resbalaba por la comisura de la boca en un reguerillo creciente—. Hazlo. ¡Ya, necia!

La morena ghealdana no vaciló en poner las manos sobre la cabeza de Moghedien. Liandrin observó con desprecio a la hermana Negra cuando el brillo del *Saidar* envolvió a Chesmal; la preocupación se reflejaba en el atractivo rostro de la Curadora, y los delicados rasgos zorrunos de Temaile aparecían crispados en una mueca de miedo e inquietud. Qué leales eran. Qué perrillos falderos tan fieles. Moghedien se irguió sobre las puntas de los pies, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos desorbitados; se estremeció mientras la respiración salía de su boca crispada en un brusco jadeo, como si se hubiera sumergido de golpe en agua helada.

En cuestión de segundos, la Curación terminó. El brillo que rodeaba a Chesmal desapareció, y los talones de Moghedien se plantaron de nuevo en la alfombra. Seguramente se habría desplomado si Temaile no hubiera estado sosteniéndola. Sólo una parte del poder de la Curación provenía de la Fuente; el resto se originaba en la propia persona a quien se estaba sanando. Cualquier herida que hubiera provocado aquella hemorragia ya habría desaparecido, pero sin duda Moghedien debía de estar tan débil como si hubiera pasado semanas en cama sin moverse. Cogió el delicado pañuelo de seda, dorado y marfil, que Temaile llevaba como ceñidor, para limpiarse la boca mientras la hermana Negra la ayudaba a regresar hacia la puerta del dormitorio. Débil, y dándole la espalda.

Liandrin atacó con más fuerza que nunca, con todo el ímpetu que le proporcionaba el recuerdo de lo que la mujer le había hecho.

Mientras lo hacía, el *Saidar* pareció henchir a Moghedien como una oleada, y el ataque de Liandrin murió cuando la mujer quedó aislada de la Fuente. Unos flujos de Aire la ataron y la lanzaron contra los paneles de la pared con bastante fuerza para que los dientes chocaran entre sí. Indefensa, puesta en cruz, quedó allí colgada.

Chesmal y Temaile intercambiaron una mirada de desconcierto, como si

no entendieran lo que ocurría. Siguieron sujetando a Moghedien cuando la Elegida caminó hacia donde estaba Liandrin inmovilizada y se paró delante, sin dejar de limpiarse la boca con el pañuelo de Temaile. Entonces encauzó, y la sangre de sus ropas se oscureció y cayó en secas escamas al suelo.

—N... no lo entendéis, I... insigne Señora —balbució, aterrada, Liandrin—. Sólo quería ayudaros para que tuvieseis un sueño reparador. —Por una vez en su vida, no le importó lo más mínimo volver al vulgar acento plebeyo de sus orígenes—. Sólo... —Enmudeció con un ruido gorgoteante cuando un flujo de Aire le asió la lengua y tiró de ella entre los dientes. Los azules ojos se desorbitaron. Un poco más de tensión y...

—¿Te la arranco? —Moghedien estudió su semblante, pero habló para sí misma—. No, creo que no. Tienes mala suerte de que esa mujer, al'Meara, me haya hecho probar los métodos de Semirhage. De otro modo, te habría matado rápidamente. —De pronto, ató el escudo e hizo el nudo aun más intrincado, de manera que Liandrin perdió por completo la pista de las vueltas y revueltas—. Ya está —dijo finalmente Moghedien con un timbre satisfecho—. Tendrías que buscar mucho tiempo para encontrar a alguien que sepa cómo desenredar eso. Pero no vas a tener la oportunidad de hacerlo.

Liandrin buscó en el rostro de Chesmal y en el de Temaile alguna señal de compasión, de lástima, de cualquier cosa. La mirada de Chesmal era fría y severa; los ojos de Temaile relucían, y la mujer se rozó los labios con la punta de la lengua y sonrió. Fue una mueca nada amistosa.

—Creías que sabías algo sobre la compulsión —continuó Moghedien—. Voy a enseñarte un poco más. —Liandrin experimentó un instante de puro terror; los ojos de Moghedien ocuparon todo su campo visual, del mismo modo que su voz llenó sus oídos, toda su cabeza—. Vive. —El peculiar instante pasó, y el rostro de Liandrin se cubrió de gotitas de sudor cuando la Elegida le sonrió—. La compulsión tiene límites, pero una orden para hacer lo que alguien desea hacer en lo más profundo de su ser perdura a lo largo de toda la vida. De modo que vivirás, por mucho que pienses que deseas quitarte la vida. Y lo pensarás, no lo dudes. Pasarás llorando muchas noches, deseándolo.

El flujo que sujetaba tirante la lengua de Liandrin desapareció, y la mujer apenas hizo una pausa para tragar saliva.

—Por favor, Insigne Señora, juro que no tenía intención de... —Su cabeza pareció estallar y unas motitas de luz danzaron ante sus ojos a causa de la tremenda bofetada de Moghedien.

—Hay cierto... atractivo en hacer algunas cosas físicamente —musitó la Elegida—. ¿Quieres seguir suplicando?

—Por favor, Insigne Señora... —La segunda bofetada le zarandeó la cabeza con tanta brusquedad que su cabello ondeó.

—¿Más?

—Por favor... —La tercera casi le desencajó la mandíbula. La mejilla le ardía.

—Si no sabes decir algo más original que eso, no te escucharé. Así que serás tú quien me escuche. Creo que lo que he planeado para ti le encantaría a la propia Semirhage. —La sonrisa de Moghedien era casi tan tenebrosa como la de Temaile—. Vivirás, sin ser neutralizada, sino sabiendo que volverías a encauzar si pudieses encontrar a alguien que desatara tu escudo. Empero, ése es sólo el principio. Evon se alegrará de contar con una nueva fregona en la cocina, y estoy segura de que la señora Arene querrá

Librodot

sostener largas charlas contigo sobre su marido. Vaya, seguro que disfrutarán tanto de tu compañía que dudo que salgas de esta casa durante los próximos años. Largos años en los que desearás haberme servido fielmente.

Liandrin sacudió la cabeza mientras articulaba sin ruido «no» y «por favor»; los sollozos le impedían pronunciar aquellas palabras en voz alta.

Moghedien se volvió hacia Temaile.

—Prepárala para entregársela a esos dos. Y diles que no deben matarla ni lisiarla. Quiero que siempre piense que puede escapar. Hasta esa esperanza vana la mantendrá con vida para que siga sufriendo.

Dio media vuelta, apoyada en el brazo de Chesmal, y los flujos que sostenían a Liandrin pegada a la pared desaparecieron.

Las piernas se le doblaron como si fueran de paja, y la mujer se desplomó sobre la alfombra. Sólo permanecía el escudo, y Liandrin lo golpeó fútilmente mientras gateaba en pos de Moghedien intentando coger el repulgo de su vestido.

—Por favor, Insigne Señora —balbució, sacudida por sollozos desgarrados.

—Están con una compañía ambulante de titiriteros y animales domados —informó Moghedien a Chesmal—. Todas vosotras buscándolas, y he tenido que encontrarlas yo. Ese tipo de espectáculo no tiene que ser difícil de localizar.

—Os serviré fielmente —lloró Liandrin. El miedo había dejado fláccidos sus miembros y no podía gatear lo bastante deprisa para alcanzarlas. Las otras mujeres ni siquiera se molestaron en mirarla mientras se arrastraba sobre la alfombra detrás de ellas—. Vinculadme, Insigne Señora. Haced cualquier cosa. ¡Seré vuestro perro más fiel!

—Hay muchos espectáculos ambulantes viajando hacia el norte —dijo Chesmal; la ansiedad por borrar su fracaso era patente en la voz—. Hacia Ghealdan, Insigne Señora.

—Entonces tendré que ir allí —manifestó Moghedien—. Ocúpate de conseguir caballos rápidos y poneos…

La puerta del dormitorio se cerró tras ellas y apagó el sonido de las voces.

—Seré un perro fiel —sollozó Liandrin, hecha un ovillo sobre la alfombra. Alzó la cabeza y parpadeó para despejar sus ojos de lágrimas; vio a Temaile observándola mientras se frotaba los brazos y sonreía—. Podríamos dominarla, Temaile. Nosotras tres juntas podríamos…

—¿Nosotras tres? —Temaile se echó a reír—. Tú ni siquiera podrías dominar al gordo Evon. —Sus ojos se estrecharon mientras examinaba el escudo atado alrededor de Liandrin—. Daría igual si te hubiera neutralizado.

—Escúchame, por favor. —Liandrin tragó saliva con esfuerzo, en un intento de aclararse la voz; pero ésta seguía siendo ronca, aunque animada por un tono apremiante, cuando continuó tan deprisa que se atropellaban las palabras—: Hemos hablado de las disensiones que debe de haber entre los Elegidos. Si Moghedien se esconde con tanto empeño, entonces es que tiene que estar ocultándose de los otros Elegidos. Si la atrapamos y se la entregamos, piensa en la posición que ocuparíamos. Estaríamos por encima de reyes y reinas. ¡Nosotras mismas podríamos ser Elegidas!

Por un momento —un bendito y maravilloso momento— la mujer de rostro infantil vaciló. Después sacudió la cabeza.

—Siempre has aspirado a llegar muy alto, demasiado. «Quien busca

alcanzar el sol, acaba abrasado.» No, me parece que no me arriesgaré a abrasarme por querer llegar muy alto. Creo que voy a hacer lo que me han mandado, a ablandarte un poco antes de entregarte a Evon. —De repente sonrió y enseñó los dientes, cosa que acentuó su parecido con un zorro—. Qué sorpresa se llevará cuando te arrastres para besarle los pies.

Liandrin se puso a chillar antes incluso de que Temaile empezara el castigo.

Librodot

CAPÍTULO 7

Erradicación

Elayne bostezó sin apartar la vista de Nynaeve, que yacía en la cama con la cabeza apoyada sobre el brazo doblado y el negro cabello desparramado. Era absolutamente ridículo esta insistencia de que la que no entrara en el *Tel'aran'rhiod* permaneciese despierta. Ignoraba el intervalo transcurrido en el Mundo de los Sueños para Nynaeve, pero ella llevaba aquí sus buenas dos horas, sin un libro para leer ni una labor de costura con la que entretenerse ni nada en lo que ocupar el tiempo excepto contemplar a la otra mujer tendida en el estrecho camastro. Estudiar más el *a'dam* no tenía sentido; creía que ya había extraído de él toda la información posible. Incluso había intentado un ligero toque de Curación sobre la dormida mujer, quizá todo lo que conocía sobre ese Talento. Nynaeve no se lo habría consentido nunca estando despierta —no tenía muy buena opinión de la destreza de Elayne en este campo— o tal vez sí, en este caso. Lo cierto era que el moretón del ojo le había desaparecido. A fuer de ser sincera, ésta había sido la Curación más complicada que Elayne había realizado, y, de hecho, había agotado su capacidad curativa. Y sin nada que hacer. Si hubiera tenido un poco de plata, a lo mejor podría haber intentado crear un *a'dam;* la plata no era el único metal que podía utilizarse, pero en cualquier caso habría tenido que fundir monedas para obtenerlo. Eso le habría gustado aun menos a Nynaeve que encontrarse con un segundo *a'dam.* Si la otra mujer hubiera accedido a contarles a Thom y a Juilin todo esto, por lo menos podría haber invitado a Thom para distraerse conversando.

Realmente mantenían unas charlas muy agradables. Como un padre transmitiendo sus conocimientos a una hija. Nunca había sospechado que el Juego de las Casas tuviera tanto arraigo en Andor, aunque afortunadamente no estaba tan enraizado como en otros países. De él sólo escapaban completamente las Tierras Fronterizas, según Thom. Con la Llaga tan próxima en sus fronteras septentrionales y los ataques trollocs convertidos en un hecho cotidiano, no tenían tiempo para intrigas y maquinaciones. Thom y ella disfrutaban de estos ratos de charla ahora que el hombre se había convencido de que ella no iba a intentar acurrucarse en su regazo. Las mejillas le ardieron al recordarlo; realmente se le había pasado tal cosa por la cabeza un par de veces, aunque, gracias a la Luz, en el último momento le había faltado valor para hacerlo.

—«Hasta una reina tropieza con una piedra, pero una mujer juiciosa mira bien por dónde camina» —recitó en voz baja. Lini era una mujer sabia. Elayne creía que no volvería a caer en ese error. Sabía que cometía muchos, pero rara vez el mismo. Quizás algún día conseguiría incurrir en tan pocos errores que sería digna de suceder a su madre en el trono.

De repente se incorporó. De los ojos cerrados de Nynaeve manaban lágrimas que resbalaban por sus mejillas; lo que Elayne había tomado por un suave ronquido —Nynaeve roncaba por mucho que lo negara— era un débil, lastimoso sollozo nacido en lo más profundo de su garganta. Eso era

anormal. Si hubiese recibido una herida, la marca habría aparecido aunque ella no la habría sentido hasta estar despierta.

«Quizá debería despertarla.» Pero vaciló, a pesar de que se había acercado a la otra mujer. Despertar a alguien que se encontraba en el *Tel'aran'rhiod* era harto difícil —ni sacudir a esa persona ni echarle agua fría en la cara funcionaba siempre—, y a Nynaeve no le haría gracia que la despertara a fuerza de zarandeos después de la tunda que le había dado la seanchan. «Me pregunto qué pasó realmente. Tendré que preguntarle a Cerandin.» Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo ahora, Nynaeve tenía que ser capaz de salir del sueño cuando quisiera. A menos que... Egwene le había contado que las Sabias podían retener a alguien en el *Tel'aran'rhiod* en contra de su voluntad, aunque, si su amiga había aprendido cómo hacerlo, no había compartido ese conocimiento con ellas dos. Si había alguien ahora reteniendo a la fuerza a Nynaeve, haciéndole daño, no podían ser ni Birgitte ni las Sabias. Bueno, a lo mejor las Sabias sí, si la habían pillado deambulando por donde consideraban que no debía estar. Empero, si no eran ellas, no quedaba más que otra posibilidad...

Cogió a Nynaeve por los hombros y la sacudió; si esto no funcionaba, enfriaría el agua de la jofaina o le daría bofetadas. Los ojos de la antigua Zahorí se abrieron bruscamente.

De inmediato, Nynaeve empezó a sollozar con una congoja como Elayne no había oído en su vida.

—La he matado. Oh, Elayne, ha muerto por culpa de mi estúpido orgullo, por pensar que... —Los estremecedores sollozos cortaron sus palabras.

—¿Que has matado a quién? —No podía ser Moghedien; la muerte de la Renegada no habría sido causa de semejante congoja. Estaba a punto de estrechar a Nynaeve entre sus brazos para consolarla cuando sonó una fuerte llamada a la puerta.

—Diles que se vayan —balbució su amiga mientras se hacía un ovillo en la cama, temblando de pies a cabeza.

Dando un suspiro, Elayne fue hacia la puerta y la abrió; pero, antes de que tuviera tiempo de pronunciar una sola palabra, Thom la apartó bruscamente para pasar. El hombre llevaba la arrugada camisa por fuera de los calzones, y cargaba en sus brazos a alguien envuelto en su capa. Sólo se veían los pies descalzos de una mujer.

—Estaba ahí fuera —explicó Juilin, que venía detrás del otro hombre, como si no diera crédito a sus propias palabras. Los dos estaban descalzos, y Juilin iba desnudo de cintura para arriba, dejando a la vista su torso magro y sin rastro de vello—. Me desperté un momento y, de pronto, apareció de pie en medio de la noche, desnuda como su madre la trajo al mundo, y luego se desplomó de repente, como un fardo.

—Está viva —dijo Thom mientras tendía la figura envuelta en la capa sobre el catre de Elayne—, pero sólo apenas. Casi no se percibe el latido de su corazón.

Elayne, con la frente fruncida, retiró la capucha de la capa y se encontró mirando el rostro de Birgitte, pálido como el de un muerto.

Nynaeve bajó con movimientos agarrotados de la otra cama y se arrodilló junto a la mujer inconsciente. Las lágrimas brillaban en sus mejillas, pero había dejado de sollozar.

—Está viva —musitó—. Está viva. —De repente pareció darse cuenta de que llevaba puesta sólo la camisola delante de los hombres, pero apenas si

les dedicó una rápida mirada y se limitó a ordenar—: Sácalos de aquí, Elayne. No puedo hacer nada estando ellos plantados en medio como pasmarotes, estorbando.

Thom y Juilin intercambiaron una mirada cuando Elayne hizo un gesto para conducirlos hacia la puerta, sacudieron levemente la cabeza y pusieron los ojos en blanco, pero retrocedieron sin protestar.

—Es... una amiga —les dijo Elayne. Tenía la impresión de estar moviéndose en sueños, flotando, embotadas las sensaciones. ¿Cómo era posible?—. Nos ocuparemos de ella. —¿Cómo podía haber ocurrido algo así?—. Por favor, no digáis una palabra de esto a nadie. —Las miradas que le echaron cuando cerró la puerta casi la hicieron enrojecer. Pues claro que no se lo dirían a nadie. Sin embargo, a veces era preciso recordarles a los hombres hasta las cosas más simples, incluso a Thom—. Nynaeve, en nombre de la Luz, ¿cómo...? —empezó mientras se volvía hacia ella, y enmudeció al advertir el brillo del *Saidar* envolviendo a su amiga.

—¡Así se abrase! —gruñó Nynaeve mientras encauzaba—. ¡Así la Luz la consuma para siempre por hacer esto! —Elayne reconoció los flujos que se tejían para la Curación, pero eso era a lo más que podía llegar—. La encontraré, Birgitte —musitó Nynaeve. Los fluidos de Energía predominaban sobre el resto, pero también los había de Agua y de Aire, e incluso de Tierra y de Fuego. Parecía tan complejo como bordar un vestido con cada mano y otros dos con los pies. Y, además, con una venda sobre los ojos—. Se lo haré pagar. —El brillo que envolvía a Nynaeve cobró más y más intensidad hasta superar el de las lámparas, hasta hacerse doloroso mirarla si no se la observaba a través de los párpados entrecerrados en una mínima rendija—. ¡Lo juro! ¡Por la Luz y mi esperanza de salvación y renacimiento, lo juro! —La ira que teñía su voz cambió, haciéndose aun más intensa si cabe—. No funciona. No sufre ningún daño que precise de la Curación. Está en tan buenas condiciones físicas como cualquiera de nosotras, pero se está muriendo. Oh, Luz, noto cómo se escabulle su fuerza vital. ¡Maldita Moghedien! ¡Maldita sea! ¡Y maldita sea yo también! —A pesar de sus palabras, no se daba por vencida. El proceso continuó, los complejos hilos del Poder tejiéndose dentro de Birgitte; pero la mujer siguió tendida, con la dorada trenza caída a un lado del catre y el movimiento de respiración en su pecho tornándose más y más lento.

—Puedo hacer algo para ayudar —dijo Elayne. Se suponía que tenían que darle permiso para realizar tal cosa, pero no siempre había sido así. Hubo un tiempo en que se había llevado a cabo sin permiso casi con tanta frecuencia como con él. No había razón para que no funcionara con una mujer, sólo que ella no sabía que se hubiera hecho excepto con hombres.

—¿Te refieres a la coligación? —Nynaeve habló sin apartar la vista de la mujer tendida en la cama ni interrumpir su trabajo con el Poder—. Sí. Tendrás que hacerlo, aunque no sé cómo, pero déjame que yo conduzca el proceso. De todo lo que estoy haciendo en este mismo momento ignoro la mitad, pero sé que puedo hacerlo. Tú no serías capaz de curar un moretón.

Elayne apretó los labios, pero dejó pasar el último comentario de Nynaeve.

—No me refería a la coligación. —La cantidad de *Saidar* que Nynaeve había absorbido era impresionante. Si era incapaz de curar a Birgitte con eso, lo que ella pudiera añadir no cambiaría las cosas. Unidas serían más fuertes que por separado, pero no en la misma progresión que si pudieran sumarse la capacidad de cada una de ellas. Además, no estaba segura de

que pudiera coligarse. Sólo había estado unida así en una ocasión, y fue una Aes Sedai quien lo ejecutó y lo hizo más para demostrarle la sensación que se tenía que para enseñarle cómo llevarlo a cabo—. Déjalo, Nynaeve. Tú misma has admitido que no servía de nada. Apártate y déjame intentarlo a mí. Si no funciona, puedes... —¿Podía, qué? Si la Curación funcionaba, funcionaba; y si no... No tenía sentido intentarlo de nuevo si antes había fallado.

—¿Intentar qué? —espetó Nynaeve, aunque se retiró torpemente para dejar que Elayne ocupara su lugar. El tejido de Curación se desvaneció, pero no el halo brillante que la envolvía.

En lugar de responder, la heredera del trono puso una mano sobre la frente de Birgitte. El contacto físico era necesario para esto del mismo modo que para la Curación, y las dos veces que lo había visto llevar a cabo en la Torre, la Aes Sedai había tocado la frente del hombre. Los flujos de Energía que tejió eran complejos, aunque no tan intrincados como los de Nynaeve. Elayne apenas comprendía algo de lo que estaba haciendo y nada de las otras partes del proceso, pero desde su escondite había seguido con mucha atención cómo se llevaba a cabo este tejido. Y lo había observado con tanto interés porque había fantaseado a solas imaginando escenas románticas en situaciones donde no cabía el romanticismo. Al cabo de un momento, se sentó en la otra cama y cortó el contacto con el *Saidar.*

Nynaeve la miró con el entrecejo fruncido y se inclinó sobre Birgitte para examinarla. La inconsciente mujer parecía tener mejor color y respirar con algo más de facilidad.

—¿Qué hiciste, Elayne? —Nynaeve no apartó los ojos de Birgitte, pero el brillo que la envolvía se apagó poco a poco—. No era Curación. Creo que ahora sabría cómo hacerlo yo misma, pero no es Curación.

—¿Vivirá? —preguntó débilmente la joven. No había un vínculo visible entre Birgitte y ella, ningún flujo, pero podía percibir la debilidad de la otra mujer. Una espantosa debilidad. Notaría la muerte de Birgitte en el momento en que se produjera, aunque estuviera durmiendo a cientos de kilómetros de distancia.

—No lo sé. La paulatina debilitación ha cesado, pero ignoro si sobrevivirá. —El agotamiento suavizaba la voz de la antigua Zahorí, y un intenso dolor se percibía en ella, como si compartiera el estado crítico de Birgitte. Apretó los párpados con un gesto de angustia, se levantó y desdobló una manta de rayas rojas, que echó sobre la mujer tendida en la cama—. ¿Qué hiciste?

Elayne permaneció en silencio y dio tiempo a que Nynaeve se sentara junto a ella en el otro catre.

—Vinculación —contestó finalmente—. La... vinculé conmigo, como se hace con un Guardián. —La expresión incrédula plasmada en el semblante de su amiga hizo que continuara muy deprisa, casi atropellándose—. La Curación no estaba consiguiendo nada positivo, así que había que hacer algo. Ya sabes los dones que recibe un Guardián cuando está vinculado. Uno de ellos es fortaleza, energía. Un hombre así es capaz de continuar cuando otros se desplomarían y morirían, de sobrevivir con heridas que matarían a cualquier otra persona. Fue lo único que se me ocurrió.

Nynaeve respiró lenta, profundamente.

—En fin, al menos está funcionando mejor que lo que hice yo. Una mujer Guardián. Me pregunto qué pensará Lan de ello. No hay razón para que no lo sea. Si hay una mujer que pueda serlo, es Birgitte. —Hizo un gesto

de dolor y encogió las piernas, recogiéndolas bajo ella; sus ojos iban hacia Birgitte cada dos por tres—. Tendrás que mantener esto en secreto. Si alguien se entera de que una Aceptada ha vinculado a un Guardián, sea por las circunstancias que sea...

—Lo sé. —Elayne se estremeció. No era una falta merecedora de la neutralización, pero cualquier Aes Sedai sin duda la haría desear que le hubieran impuesto ese castigo—. Nynaeve, ¿qué ocurrió?

Durante unos instantes pensó que su amiga iba a empezar a llorar otra vez al ver cómo le temblaban los labios y la barbilla. Cuando Nynaeve empezó finalmente a hablar, su voz era dura como el hierro y en su semblante se plasmaba una expresión mezcla de ira y congoja. Relató escuetamente lo sucedido, casi a grandes rasgos, hasta que llegó al momento de la aparición de Moghedien en medio de los carromatos. Esa parte, con toda su dolorosa experiencia, la contó sin omitir el menor detalle.

—Tendría que estar llena de verdugones desde el cuello hasta los pies —terminó con amargura mientras se pasaba la mano por un brazo, suave y sin marcas. Aun así, se encogió con un gesto de dolor—. No entiendo por qué no lo estoy, pero merecería esas marcas por mi estúpido y absurdo orgullo. Por tener demasiado miedo para hacer lo que debía. Merecería estar colgada como un jamón en un secadero. Si hubiese algo de justicia, todavía seguiría colgada allí y Birgitte no estaría tumbada en esa cama, debatiéndose entre la vida y la muerte. Ojalá supiera más. Ojalá tuviera durante cinco minutos los conocimientos que posee Moghedien y así podría curarla. Estoy segura.

—Si todavía siguieras colgada, a no mucho tardar estarías despertándote y me aislarías con un escudo. Estoy convencida de que Moghedien se habría encargado de enfurecerte lo bastante para que pudieras encauzar. No olvides que nos conoce muy bien. Y dudo mucho que me hubiese percatado de nada hasta que lo hubieras hecho. No me hace ninguna gracia la idea de ser llevada como un fardo ante Moghedien, y me cuesta mucho creer que tal cosa te guste a ti. —Su amiga no la miró—. Tuvo que ser un vínculo semejante al que se establece con un *a'dam,* Nynaeve. De ese modo pudo hacerte daño sin dejar marcas. —La antigua Zahorí continuó sumida en un hosco silencio—. Nynaeve, Birgitte sigue viva. Hiciste todo cuanto estuvo en tu mano para salvarla, y, con la gracia de la Luz, saldrá adelante. Fue Moghedien quien le causó este daño, no tú. Un soldado que se culpa por la muerte de sus compañeros en la batalla es un necio. Tú y yo somos soldados en pie de guerra, pero tú no eres necia, así que deja de comportarte como tal.

Entonces sí que Nynaeve volvió la vista hacia ella; fue una mirada ceñuda que duró sólo un momento antes de que girara de nuevo la cabeza hacia otro lado.

—No lo entiendes. —Su voz era apenas un susurro—. Ella... era uno de los héroes vinculados con la Rueda del Tiempo, estaba destinada a renacer una y otra vez para crear leyendas. Esta vez no ha nacido, Elayne. Fue erradicada del *Tel'aran'rhiod* sin encarnarse en otra persona. ¿Sigue vinculada a la Rueda o también ha sido erradicada de eso? Privada de lo ganado por su coraje, por merecimiento propio, y todo porque yo he sido tan orgullosa, tan cabezota y necia como cualquier hombre, para obligarla a que rastreara a Moghedien.

Elayne había albergado la esperanza de que tales preguntas no se le ocurrieran a Nynaeve todavía, y que no se las planteara hasta que hubiera tenido algo de tiempo para recuperarse.

—¿Sabes la gravedad de la herida de Moghedien? A lo mejor ha muerto.

—Espero que no —replicó su amiga, casi con un gruñido—. Quiero hacerle pagar... —Inhaló profundamente, pero en lugar de reanimarse pareció hundirse más—. Yo no contaría con ello. El disparo de Birgitte no acertó a dar en el corazón. Lo sorprendente es que acertara a darle, tambaleándose como estaba. Yo habría sido incapaz de levantarme si me hubieran lanzado todos esos metros contra el carromato y con fuerza suficiente para salir rebotada de ese modo. Ni siquiera me podía incorporar después de lo que Moghedien me hizo. No, la Araña sigue viva, y más vale que creamos que puede curarse la herida y estar en condiciones de perseguirnos por la mañana.

—Aun así, necesitará un tiempo de reposo, Nynaeve. Lo sabes tan bien como yo. ¿Sabe acaso dónde nos encontramos? Por lo que contaste, solo tuvo tiempo de ver que estábamos con un espectáculo ambulante.

—¿Y si pudo descubrir algo más? —Nynaeve se frotó las sienes como si le costara trabajo pensar—. ¿Y si sabe exactamente dónde estamos? Podría enviar Amigos Siniestros tras nosotras. O avisar a los que haya en Samara.

—Luca está furioso porque ya hay otros once espectáculos como el nuestro instalados en los aledaños de la ciudad, y tres más que esperan cruzar el puente. Nynaeve, ella tardará días en recobrar las fuerzas tras sufrir una herida como ésa, aun en el caso de que encuentre alguna hermana Negra que la cure o de que lo haga alguno de los otros Renegados. Y necesitará varios días más para buscarnos en quince compañías ambulantes. Eso, si es que no vienen más de camino, siguiéndonos los pasos o procedentes de Altara. Si nos persigue o envía Amigos Siniestros, ya estamos sobre aviso, y disponemos de varios días para encontrar un barco que nos lleve río abajo. —Hizo una pausa mientras meditaba—. ¿Tienes algo para teñirte el pelo en tu bolsa de hierbas? Apostaría cualquier cosa a que llevabas el pelo trenzado en el *Tel'aran'rhiod.* El mío siempre es de mi propio color cuando estoy allí. Si te lo dejas suelto, como lo tienes ahora, y con otro color, dificultará más que nos localicen.

—Hay Capas Blancas por todas partes —suspiró Nynaeve—. Y Galad. Y el Profeta. Y ningún barco. Es como si todo conspirara para retenernos aquí, al alcance de Moghedien. Estoy tan cansada, Elayne. Cansada de temer con quién nos toparemos al girar en la próxima esquina. Cansada de tener miedo de Moghedien. Me siento incapaz de pensar qué hacer a continuación. ¿Mi cabello, dices? No sé si habrá algo que lo cambie de color.

—Necesitas dormir —manifestó firmemente Elayne—. Y sin el anillo. Dámelo. —La otra mujer vaciló, pero la heredera del trono se limitó a mantener extendida la mano hasta que Nynaeve sacó el anillo de piedra del cordón que llevaba al cuello. Elayne lo guardó en una bolsita y continuó—: Ahora túmbate. Yo velaré a Birgitte.

Nynaeve miró a la mujer tendida en la otra cama y después sacudió la cabeza.

—No puedo dormir. Necesito... estar sola. Caminar. —Se puso de pie con una rigidez de movimientos como si realmente la hubieran apaleado, descolgó la oscura capa de la percha y se la echó por encima de la camisola. Hizo una pausa en la puerta—. Si Birgitte quisiera matarme —dijo tristemente—, no sé si haría algo para impedírselo.

Salió a la noche descalza, sumida en la depresión.

Elayne vaciló, sin saber cuál de las dos mujeres la necesitaba más en ese momento, pero después volvió a tomar asiento. Nada de lo que le dijera

Librodot

mejoraría el estado de ánimo de su amiga, pero tenía confianza en la indomable naturaleza de Nynaeve. Un poco de tiempo a solas para reflexionar y asumir los hechos, y acabaría comprendiendo que la culpa de lo ocurrido era de Moghedien, no suya. No podía ser de otra forma.

CAPÍTULO 8

Un hombre nuevo

Elayne permaneció sentada allí largo rato, vigilando el sueño de Birgitte. Al menos, era lo que parecía que hacía, dormir. Una vez rebulló y musitó con tono desesperado:

—Espérame, Gaidal. Espera. Ya voy, Gaidal. Espérame…

La frase quedó inacabada, dando paso de nuevo a una respiración lenta. ¿Estaría más fuerte? Su aspecto seguía siendo mortalmente pálido; mejor que el que tenía antes, pero aun así demacrado.

Al cabo de, quizás, una hora, Nynaeve regresó. Tenía los pies sucios y el surco de lágrimas recientes brillaba en sus mejillas.

—No podía seguir ahí fuera —dijo mientras colgaba la capa—. Duerme un poco, que yo la cuidaré. He de hacerlo.

Elayne se incorporó lentamente y se alisó los pliegues de la falda. A lo mejor velar un rato a Birgitte ayudaría a solventar el dilema a Nynaeve.

—Tampoco yo tengo ganas de dormir todavía. —Estaba agotada, pero se sentía completamente despejada—. Creo que iré a dar un paseo.

Nynaeve se limitó a asentir con la cabeza mientras ocupaba el lugar de su amiga, sentada en la otra cama, con los polvorientos pies colgando por el borde y los ojos prendidos en Birgitte.

Para sorpresa de Elayne, tampoco Thom y Juilin dormían. Habían hecho una lumbre pequeña junto al carromato y estaban sentados el uno frente al otro, con el fuego en medio, cruzados de piernas y fumando en sus pipas de caña larga. Thom se había metido la camisa por dentro de los calzones, y Juilin llevaba puesta la chaqueta, aunque no la camisa, y se había remangado. La joven miró en derredor antes de unirse a los dos hombres. La quietud reinaba en el campamento y la única luz provenía de la pequeña fogata y del brillo de las lámparas que se colaba a través de las ventanas del carromato.

Ninguno de los dos hombres pronunció una palabra mientras la joven se arreglaba las faldas; entonces Juilin miró a Thom, que asintió en silencio, y el rastreador cogió algo del suelo y lo sostuvo frente a Elayne.

—La encontré justo donde apareció tendida —dijo el hombre de piel oscura—. Como si se le hubiera caído de la mano.

Elayne cogió lentamente la flecha. Incluso las plumas del penacho parecían de plata.

—Distintiva —comentó coloquialmente Thom sin quitarse la pipa de entre los dientes—. Y si a ese detalle se añade el de la trenza… Todos los relatos la mencionan por alguna razón, aunque recuerdo algunos en los que creo que también podría ser ella con otros nombres y sin la trenza. Y otros con diferentes nombres pero con ella.

—A mí los relatos me dan igual —intervino Juilin, que hablaba de un modo tan tranquilo como Thom. Claro que hacía falta mucho para alterar a cualquiera de los dos hombres—. ¿Es ella? Ya resultaría bastante malo que no lo fuera, porque una mujer que aparece desnuda de la nada, así, pero…

¿En qué nos habéis metido Nyna... Nana y tú? —Se notaba que estaba preocupado; Juilin no cometía errores, nunca tenía este tipo de desliz.

Elayne giró la flecha entre las manos, simulando que la examinaba.

—Es una amiga —manifestó finalmente. Hasta que Birgitte la librara de su promesa de guardar el secreto no revelaría su identidad—. No es Aes Sedai, pero nos está ayudando. —Los hombres la miraban, esperando que añadiera algo más—. ¿Por qué no le disteis esto a Nynaeve?

Los dos intercambiaron una de aquellas miradas peculiares —los hombres parecían ser capaces de mantener toda una conversación únicamente a base de miradas, al menos cuando había mujeres delante— que dejaba tan claro como si hubieran pronunciado las palabras lo que pensaban de ella por guardar secretos. Sobre todo en algo que sabían casi con toda certeza. Pero ella había dado su palabra.

—Parecía incómoda —contestó Juilin que, muy juiciosamente, se puso a chupar la pipa con entusiasmo. Thom, por su parte, se quitó la suya de entre los dientes y soltó un resoplido que agitó el blanco bigote.

—¿Incómoda? Esa mujer salió en camisola, con aire de estar perdida, y cuando le pregunté si podía ayudarla no me arrancó la cabeza de un bofetón. ¡Se puso a llorar sobre mi hombro! —Dio unos tironcitos de su camisa mientras rezongaba algo sobre que estaba mojada—. Elayne, me pidió perdón por cualquier inconveniencia que pudiera haberme dicho, lo que podría resumirse en casi todas las palabras que han salido de su boca hacia mí. Clamaba que merecía una tunda de palos o que había recibido una tunda de palos, no estoy seguro, porque la mitad de las cosas que decía eran incoherencias; que era una cobarde y una estúpida testaruda. No sé qué le ocurre, pero desde luego dista mucho de ser ella misma.

—Una vez conocí a una mujer que actuaba de ese modo —intervino Juilin, con la mirada fija en la lumbre—. Se despertó y encontró a un ladrón en su dormitorio, y le asestó una cuchillada que le atravesó el corazón. Pero, cuando encendió una lámpara, descubrió que era su esposo. Su embarcación había atracado en los muelles muy temprano. La mujer se comportó como Nynaeve durante un par de semanas. —Apretó la boca—. Después se ahorcó.

—Detesto tener que cargarte con esto, pequeña —añadió tiernamente Thom—, pero si alguno de nosotros puede ayudarla, eres tú. Yo sé cómo sacar a un hombre de un mal momento; se le da un buen puntapié o se lo emborracha y se le facilita una pros... —Carraspeó con fuerza tratando de que pareciera un acceso de tos y se atusó el bigote. Lo malo de que la tratara como a una hija era que a veces parecía pensar que tenía doce años—. En fin, el asunto es que no sé cómo solucionar esto. Y aunque a Juilin no le importaría sentarla en las rodillas y hacerla brincar, dudo que ella se lo agradeciese.

—Antes haría brincar en mis rodillas a un tiburón —rezongó el rastreador, pero no con la dureza que lo habría hecho el día anterior. Estaba tan preocupado como Thom, aunque no tan dispuesto como él a admitirlo abiertamente.

—Haré cuanto esté en mi mano —les aseguró Elayne mientras volvía a dar vueltas a la flecha. Eran unos buenos hombres y no le gustaba tener que mentirles ni ocultarles cosas. Sin embargo, ahora no tenía más remedio que hacerlo. Nynaeve afirmaba que una mujer debía manejar a los hombres por su propio bien, pero no había que sobrepasar ciertos límites. No estaba bien conducir a un hombre hacia peligros que desconocía.

Librodot

De modo que se lo contó. Lo del *Tel'aran'rhiod* y que los Renegados estaban libres y lo de Moghedien. No les dijo todo, por supuesto. Algunas cosas ocurridas en Tanchico le causaban demasiada vergüenza para pensar siquiera en ellas. Mantuvo su promesa de guardar en secreto la identidad de Birgitte y, por supuesto, no era necesario entrar en detalles sobre lo que Moghedien le había hecho a Nynaeve. Todo lo cual le puso bastante difícil explicar los acontecimientos de esta noche, pero se las arregló. Les contó todo lo que consideraba que debían saber, justo lo necesario para que fueran conscientes por primera vez de lo que en realidad se traían entre manos, y no sólo lo relacionado con localizar al Ajah Negro —cosa que los hizo bizquear cuando lo oyeron— sino sobre los Renegados y que Moghedien seguramente iba por Nynaeve y por ella. Además, dejó muy claro que también ellas dos tenían intención de dar caza a la Renegada, y que cualquiera que estuviera cerca se encontraba en peligro al estar entre el cazador y la presa en ambos sentidos.

—Ahora que lo sabéis —terminó—, la elección de quedaros o marcharos es vuestra. —Lo dejó así y puso mucho empeño en no mirar a Thom. Confiaba, casi desesperadamente, en que se quedara, pero no estaba dispuesta a darle a entender que se lo pedía, ni siquiera con una mirada.

—Todavía no te he enseñado ni la mitad de lo que necesitas saber si es que quieres ser tan buena reina como tu madre —manifestó el hombre, procurando dar un tono a su voz un tanto gruñón, pero echó a perder el intento al retirar con dulzura un mechón de cabello teñido que caía sobre la mejilla de la joven—. No vas a librarte de mí tan fácilmente, pequeña. Me propongo convertirte en una maestra del *Da'es Daemar* aunque para ello tenga que estar pasándote información hasta dejarte sorda. Ni siquiera te he enseñado todavía a manejar un cuchillo. Intenté enseñarle a tu madre, pero siempre rehusó argumentando que podía ordenar a un hombre que lo usara si se hacía necesario utilizar uno. Un modo absurdo de enfocar el asunto.

La joven se inclinó y le besó la ajada mejilla; el hombre parpadeó a la par que las densas cejas se arqueaban bruscamente, y luego sonrió y volvió a meterse la pipa en la boca.

—También puedes besarme a mí —dijo secamente Juilin—. Rand al'Thor utilizará mis entrañas de cebo para peces si no te llevo de vuelta con él sana y salva.

—No admitiré que te quedes por lo que te haya ordenado Rand al'Thor, Juilin. —Elayne levantó la barbilla en un gesto orgulloso. ¡Vaya! Así que llevársela de vuelta, ¿no?—. Te quedarás sólo si tú quieres. Y no te libero, ni a ti tampoco, Thom —el juglar había sonreído al oír el comentario del rastreador— de vuestra promesa de hacer lo que os mandemos. —La expresión estupefacta de Thom le resultó gratificante. La joven se volvió hacia Juilin—. Me seguiréis a mí, y a Nynaeve, por supuesto, plenamente conscientes de los enemigos a los que nos enfrentamos, o ya podéis preparar vuestro hato y cabalgar en *Furtivo* a donde os plazca. Os lo regalaré.

Juilin se sentó tan tieso como un poste, y su atezado rostro se tornó sombrío.

—Jamás he abandonado a una mujer en peligro. —Señaló a la joven con la larga caña de la pipa como si fuera un arma—. Como me mandes que me vaya, os seguiré como un halcón al acecho de la presa.

No era exactamente la respuesta que Elayne esperaba, pero tendría que conformarse.

—Entonces, de acuerdo. —Se levantó, sosteniendo la flecha a un

Librodot

costado y manteniendo un cierto aire frío. Creía que por fin los dos se habían dado cuenta de quién estaba al mando—. No falta mucho para que amanezca. —¿De verdad habría tenido Rand la desfachatez de decirle a Juilin que se «la trajera de vuelta»? Thom tendría que aguantar junto con el otro hombre un trato distante durante un tiempo, y se lo merecía por haber esbozado esa sonrisita burlona—. Apagad la lumbre e idos a dormir. Ahora, y sin excusas, Thom. No estaréis en condiciones de ser útiles para nada por la mañana si no descansáis.

Los dos hombres empezaron a echar tierra al fuego con las botas, obedientemente, pero cuando Elayne llegó a la escalerilla del carromato oyó que Thom rezongaba:

—A veces parece su madre.

—Entonces me alegro de no haber conocido nunca a esa mujer —refunfuñó Juilin—. ¿Echamos a suertes quién hace la primera guardia?

Thom aceptó. Faltó poco para que Elayne volviera junto a ellos, pero, en cambio, se sorprendió a sí misma al sonreír. «¡Hombres!» Lo pensó con cariño. El agradable estado de ánimo le duró hasta que entró en el carromato.

Nynaeve estaba sentada al borde la de cama, sosteniéndose con las dos manos, luchando por mantener abiertos los ojos para seguir vigilando a Birgitte. Todavía tenía sucios los pies.

Elayne soltó la flecha en uno de los armarios, detrás de unos sacos de guisante secos. Afortunadamente, su amiga ni siquiera la miró. Suponía que ver la flecha de plata no era precisamente lo que necesitaba Nynaeve en ese momento. Aunque no imaginaba qué podía convenirle en realidad ahora.

—Nynaeve, es hora de que te laves los pies y te vayas a dormir.

La antigua Zahorí giró la cabeza hacia ella y parpadeó como adormilada.

—¿Los pies? ¿Qué? Tengo que cuidarla.

—Tus pies, Nynaeve. Están sucios. —Tendría que ir paso a paso—. Lávatelos.

Con el entrecejo fruncido, Nynaeve bajó la vista a los pies llenos de polvo y luego asintió. Echó agua en la palangana, y derramó bastante mientras se lavaba; después de secarse los pies, volvió a tomar asiento en el mismo sitio.

—Tengo que velarla por si acaso... Gritó una vez. Llamó a Gaidal.

—Necesitas dormir, Nynaeve. —Elayne intentó empujarla para que se tumbara—. No puedes mantener abiertos los ojos.

—Claro que puedo —masculló mientras se resistía contra las manos de su amiga—. He de vigilarla, Elayne. Tengo que hacerlo.

Con su actitud, Nynaeve hacía que los dos hombres parecieran razonables y sumisos. Aunque Elayne hubiese querido seguir las pautas de Thom, no había modo de emborracharla ni buscarle un... chico guapo, de modo que sólo le quedaba la otra alternativa: un puntapié. Desde luego, ni el razonamiento ni el trato afable habían servido de nada.

—Ya estoy harta de tanto enfurruñamiento y autocompasión, Nynaeve —replicó firmemente—. Vas a dormirte ahora y por la mañana no quiero oír una sola palabra de lo despreciable y vil que eres, o, si no, le pediré a Cerandin que te ponga morados los dos ojos a cambio del que te curé. Ni siquiera me has dado las gracias por ello. ¡Y ahora, vete a dormir!

Los ojos de la antigua Zahorí se abrieron desmesuradamente en un gesto de indignación —al menos no parecía a punto de echarse a llorar—,

pero Elayne le cerró los párpados con los dedos. No le costó el menor esfuerzo, y, a despecho de las quedas protestas, Nynaeve no tardó en quedarse dormida.

Elayne le dio unas palmaditas en el hombro antes de incorporarse. Confiaba en que tuviera un sueño tranquilo, con Lan; pero, en cualquier caso, que durmiera era mejor que nada. Contuvo un bostezo y se inclinó sobre Birgitte. No vio diferencia en el color del semblante de la mujer ni en su respiración, pero lo único que quedaba hacer era esperar y mantener la esperanza.

Se sentó en el suelo, entre los dos catres, y como la luz de las lámparas no parecía molestar a las dos mujeres las dejó encendidas; la ayudarían a mantenerse despierta, aunque tampoco veía razón para ello, realmente. Había hecho todo cuanto estaba en su mano, al igual que Nynaeve. Sin ser consciente de ello, la joven se recostó en la pared y la barbilla se inclinó lentamente sobre el pecho.

Tuvo un sueño agradable, aunque extraño. Rand estaba arrodillado a sus pies y ella le ponía una mano en la cabeza y lo vinculaba como su Guardián, uno de sus Guardianes. Tendría que elegir el Ajah Verde ahora, después de lo de Birgitte. Había más mujeres en el sueño, rostros que cambiaban de un momento a otro: Nynaeve, Min, Moraine, Aviendha, Berelain, Amathera, Liandrin, y otras a las que no conocía. Fueran quienes fueran, sabía que tenía que compartirlo con ellas porque en el sueño estaba convencida de que ésa era la visión que Min había tenido. No estaba segura de los sentimientos que le inspiraba tal cosa —habría querido arañar algunos de aquellos rostros— pero, si estaba marcado en el Entramado, así debería ser. Empero, tendría en común con él algo que no tendría ninguna de las otras: el vínculo entre Guardián y Aes Sedai.

—¿Qué es este sitio? —inquirió Berelain, con su cabello negro como ala de cuervo y tan hermosa que Elayne habría querido enseñarle los dientes. La mujer llevaba el vestido rojo de escote bajo que Luca quería que Nynaeve se pusiera. Esta mujer siempre llevaba ropa muy reveladora—. Despierta. Esto no es el *Tel'aran'rhiod*.

Elayne despertó sobresaltada y se encontró con Birgitte recostada de lado en la cama, agarrándole el brazo débilmente. Tenía la tez demasiado pálida, y estaba sudorosa, como si tuviera fiebre, pero la mirada de sus azules ojos seguía siendo penetrante y alerta, clavada en el rostro de Elayne.

—Esto no es el *Tel'aran'rhiod.* —No era una pregunta, pero Elayne asintió con la cabeza y Birgitte se tendió pesadamente en la cama al tiempo que soltaba un profundo suspiro—. Lo recuerdo todo —musitó—. Estoy aquí tal como soy, y lo recuerdo. Todo ha cambiado. Gaidal está ahí fuera, en alguna parte, como un niño o tal vez como un muchachito. Pero si alguna vez llego a encontrarlo, ¿qué pensará de una mujer lo bastante mayor para ser su madre? —Se frotó los ojos con rabia—. Yo no lloro. Nunca lloro. Eso también lo recuerdo, que la Luz me ayude. Nunca lloro.

Elayne se incorporó sobre las rodillas, junto al catre de la mujer.

—Lo encontrarás, Birgitte. —Mantuvo el tono bajo. Nynaeve parecía dormida, ya que emitía un quedo ronquido de vez en cuando, pero necesitaba descansar, no afrontar esta situación de nuevo, tan pronto—. Lo encontrarás de algún modo. Y él te amará. Sé que lo hará.

—¿Crees que es eso lo que importa? Podría soportar que no me amara. —El brillo de sus ojos puso en evidencia la mentira—. Pero me necesitará, Elayne, y no estaré allí. Siempre ha tenido más valor de lo que le conviene;

Librodot

siempre tuve que proporcionarle la precaución que le faltaba. Lo que es peor, deambulará por ahí, buscándome, sin saber qué es lo que quiere encontrar, sin entender por qué se siente incompleto. —Las lágrimas llenaron sus ojos y se deslizaron por las mejillas—. Moghedien dijo que me haría llorar para siempre, y ella... —De repente su cara se contrajo, y unos sollozos, quedos y desgarradores, salieron de su garganta con una violencia inusitada.

Elayne abrazó a la mujer mientras musitaba palabras de consuelo que sabía no servirían de nada. ¿Cómo se sentiría ella si le quitaran a Rand? La mera idea bastó para que estuviera a punto de agachar la cabeza y unirse a Birgitte en el llanto.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que cesaron los sollozos de Birgitte, pero finalmente la mujer la apartó y se echó hacia atrás a la par que se limpiaba las mejillas.

—Nunca había hecho esto excepto siendo una niña. Jamás. —Giró la cabeza y frunció la frente al reparar en Nynaeve, todavía dormida en la otra cama—. ¿La hirió gravemente Moghedien? No había visto a nadie retorcido de ese modo desde que Tourag apresó a Mareesh. —Elayne debió de poner un gesto de extrañeza, ya que Birgitte añadió—: En otra Era. ¿Está herida?

—No de gravedad. Más que nada ha sido anímicamente. Lo que hiciste sirvió para que escapara, pero sólo después de... —Elayne fue incapaz de decirlo. Demasiadas heridas estaban aún muy recientes—. Se culpa de lo ocurrido. Cree que... todo es por su culpa, por pedirte que nos ayudaras.

—Si no lo hubiera pedido, ahora Moghedien estaría enseñándole a suplicar. Es tan temeraria como Gaidal. —El timbre seco de Birgitte contrastaba fuertemente con sus mejillas húmedas—. No me metió en esto arrastrándome por el pelo. Si se hace responsable de las consecuencias, entonces se hace responsable de mis actos. —Como poco, su tono era furioso—. Soy una mujer libre, y tomo mis propias decisiones. Ella no ha decidido por mí.

—He de admitir que te estás tomando todo esto mejor... de lo que yo lo haría. —Fue incapaz de decir «mejor que Nynaeve». Tal cosa era cierta, pero también lo era lo otro.

—Yo siempre digo que, si uno tiene que subir al cadalso, ha de hacerlo gastando una chanza con la multitud, dando una moneda al verdugo y sonriendo cuando llegue el tirón de la cuerda. —La sonrisa de Birgitte era sombría—. Moghedien abrió la trampilla, pero mi cuello no se ha roto todavía. A lo mejor le doy una sorpresa antes de que esto haya acabado. —La mueca se borró para dar paso a un gesto ceñudo mientras contemplaba a Elayne—. Puedo... sentirte. Creo que sería capaz de cerrar los ojos y señalar tu paradero a más de un kilómetro de distancia.

Elayne inhaló profundamente.

—Te vinculé a mí como un Guardián —dijo con precipitación—. Estabas muriéndote, y la Curación no servía de nada, y... —La mujer la miraba de hito en hito. Ya no estaba ceñuda, pero sus ojos resultaban incómodamente penetrantes—. No había otra opción, Birgitte. De otro modo, habrías muerto.

—Un Guardián —musitó lentamente Birgitte—. Creo recordar una historia relativa a una mujer Guardián, pero fue en una vida tan lejana que sólo me acuerdo de eso.

Elayne tuvo que respirar hondo otra vez, y en esta ocasión hubo de obligarse a pronunciar las palabras.

—Hay algo que debes saber. Lo descubrirás antes o después, y he decidido no ocultar nada a personas que tienen derecho a estar enteradas, a

Librodot

menos que me vea irremediablemente obligada a hacerlo. —Hubo una tercera inhalación profunda—. No soy Aes Sedai, sino una simple Aceptada.

Durante unos segundos muy largos la mujer rubia la miró con fijeza, y luego sacudió lentamente la cabeza.

—Una Aceptada. En la Guerra de los Trollocs conocí a una Aceptada que vinculó a un tipo. Barashelle iba a ser sometida a la prueba para ascender a Aes Sedai al día siguiente, y era seguro que conseguiría el chal, pero tenía miedo de que otra mujer que pasaba la prueba ese mismo día lo cogiera antes. En la Guerra de los Trollocs, la Torre intentaba ascender a las mujeres a Aes Sedai tan pronto como era posible, por pura necesidad.

—¿Y qué ocurrió? —inquirió Elayne sin poder evitarlo. ¿Barashelle? Ese nombre le resultaba familiar.

Birgitte entrelazó los dedos de las manos sobre la manta que le cubría el torso, movió la cabeza en la almohada y adoptó una expresión de fingida compasión.

—Ni que decir tiene que no le permitieron someterse a la prueba cuando la descubrieron. Por grande que fuera la necesidad, no bastó para que se pasara por alto tal infracción. La obligaron a pasar el vínculo del pobre tipo a otra, y para enseñarle a tener paciencia la destinaron a las cocinas, con los pinches y las fregonas. Me contaron que pasó allí tres años, y cuando por fin recibió el chal, la Sede Amyrlin en persona le escogió el Guardián, un hombre con la tez como cuero seco y de carácter obstinado, llamado Anselan. Los vi unos cuantos años después, y no supe discernir cuál de los dos era quien daba las órdenes. Tampoco creo que Barashelle lo tuviera muy claro.

—Qué desagradable —rezongó Elayne. Tres años en las... Un momento. ¿Barashelle y Anselan? No podía tratarse de la misma pareja; ese relato no mencionaba nada sobre que Barashelle fuera Aes Sedai. Sin embargo, había leído dos versiones distintas, y a Thom le había oído recitar otra, pero en todas ellas Barashelle tenía que llevar a cabo algún largo y arduo trabajo para ganar el amor de Anselan. Dos mil años podían cambiar mucho el contenido de una historia.

—Sí, muy desagradable —se mostró de acuerdo Birgitte, y de repente sus ojos parecieron demasiado grandes e inocentes en su pálido semblante—. Supongo, puesto que quieres que te guarde tu terrible secreto, que no me tratarás con la dureza que tratan algunas Aes Sedai a sus Guardianes. No sería conveniente que me forzaras a contarlo con tal de escapar de ti.

—Eso casi suena como una amenaza. —Elayne alzó la barbilla de manera inconsciente—. Y no me gustan las amenazas, tanto si vienen de ti como de cualquier otra persona. Si crees que...

La mujer reclinada le aferró el brazo; se notaba que había recuperado mucho las fuerzas.

—Por favor —se disculpó—, no lo dije con esa intención. Gaidal afirma que mi sentido del humor tiene tan poca gracia como una piedra arrojada a un círculo de *shoja.* —Su expresión se oscureció levemente al mencionar aquel nombre, pero enseguida pasó—. Me salvaste la vida, heredera del trono de Andor. Guardaré tu secreto y te serviré como Guardián. Y seré tu amiga, si me aceptas como tal.

—Me sentiré orgullosa de contarte como amiga —¿En qué consistiría un círculo de *shoja*? Le preguntaría en otro momento. Puede que Birgitte estuviera más fuerte, pero necesitaba descansar, no que le hicieran preguntas—. Y también de tenerte como Guardián. —Por lo visto sí que iba a

Librodot

tener que escoger el Ajah Verde; aparte de todo lo demás, ése era el único modo en que podría vincular a Rand. El sueño seguía claro en su mente, y se proponía convencerlo para que aceptara su idea de un modo u otro—. A lo mejor podrías tratar de… moderar tu sentido del humor.

—Lo intentaré. —Sonó como si Birgitte dijera que intentaría levantar una montaña—. Pero si voy a ser tu Guardián, aunque sea en secreto, entonces habré de serlo con todas las consecuencias. Casi no puedes mantener abiertos los ojos, así que es hora de que duermas un poco. —Las cejas y la barbilla de Elayne se alzaron a la par, pero la otra mujer no le dio ocasión de hablar—. Entre otras cosas, es deber de un Guardián decirle a su Aes Sedai si se está forzando demasiado. Y también meterle un poco de sentido común en la cabeza cuando cree que puede entrar alegremente en la Fosa de la Perdición. Y mantenerla con vida para que así pueda llevar a cabo su misión. Haré todo eso por ti. No tendrás que preocuparte de guardarte la espalda cuando yo esté cerca, Elayne.

En fin, suponía que necesitaba descansar, pero a Birgitte le hacía aun más falta. Elayne bajó la luz de las lámparas y se ocupó de que la mujer estuviera cómoda en el catre, pero no hasta que Birgitte vio que ponía una almohada y unas mantas en el suelo, entre las dos camas. Hubo una pequeña discusión respecto a quién de ellas tenía que dormir en el suelo, pero Birgitte estaba todavía lo bastante débil para que a Elayne no le supusiera esfuerzo alguno obligarla a quedarse en la cama. Bueno, al menos no demasiado esfuerzo. Menos mal que los suaves ronquidos de Nynaeve no cesaron en ningún momento.

A pesar de lo que le había dicho a Birgitte, Elayne no se durmió de inmediato. La mujer no podía asomar la nariz fuera del carromato hasta que tuviera algo que ponerse, y era más alta que Nynaeve y que ella. Se sentó entre las dos camas y empezó a soltar el bajo de su traje de montar de seda gris oscuro. Por la mañana no habría tiempo para nada más que una rápida prueba y coser el bajo a la altura adecuada. El sueño la venció cuando no había deshecho más que la mitad del dobladillo.

Volvió a tener el sueño de que vinculaba a Rand, y se repitió en más de una ocasión. A veces él se arrodillaba voluntariamente, y otras veces ella tenía que hacer lo mismo que con Birgitte, incluso lo de colarse en su dormitorio mientras él dormía. Birgitte era ahora una de las otras mujeres. A Elayne eso no le importó demasiado. Ni ella ni Min ni Egwene ni Aviendha ni Nynaeve, aunque no podía imaginar lo que opinaría Rand al respecto. Pero otras… Acababa de ordenar a Birgitte, que vestía una de esas capas de colores cambiantes de los Guardianes, que llevara a rastras a Berelain y a Elaida a las cocinas durante tres años, cuando de repente las dos mujeres empezaron a apalearla. Se despertó y se encontró con Nynaeve pisoteándola para poder llegar hasta Birgitte y comprobar el estado de la mujer. La luz grisácea que precede al alba penetraba por las pequeñas ventanas.

Birgitte se despertó y manifestó que estaba más fuerte que nunca, además de tener un hambre de lobo. Elayne no estaba segura de si Nynaeve había superado su sentimiento de culpabilidad. No se retorcía las manos ni hizo mención alguna de lo sucedido; pero, mientras Elayne se lavaba la cara y las manos y explicaba lo del espectáculo ambulante y la razón por la que tenían que seguir allí un poco más, Nynaeve se dedicó a pelar unas peras y unas manzanas y a cortar queso, y se lo tendió todo a Birgitte en un plato, junto con una copa de vino rebajado con agua y aromatizado con miel y especias. Si Birgitte le hubiera dejado hacerlo, le habría dado de comer

Librodot

también. Nynaeve lavó el cabello a Birgitte con jenpimienta hasta que estuvo tan negro como el de Elayne —la heredera del trono se lo lavó ella misma, por supuesto—, le regaló sus mejores medias y ropa interior, y pareció contrariada cuando un par de escarpines de Elayne le encajaron mejor que los suyos. Insistió en ayudar a Birgitte a ponerse el vestido de seda gris tan pronto como tuvo seco el cabello y trenzado de nuevo —también había que sacar las costuras en la parte del pecho y de las caderas, pero eso tendría que esperar— e incluso quiso coser el bajo, hasta que la expresión incrédula de Elayne le hizo recoger velas y dedicarse a sus propias abluciones matinales, bien que, mientras se frotaba la cara, no dejó de rezongar que ella sabía coser tan bien como cualquiera. Cuando quería, claro.

Finalmente salieron al exterior, donde el brillante y dorado filo del sol empezaba a asomar sobre los árboles por el este. A esa hora temprana, el día parecía engañosamente agradable. El cielo estaba totalmente despejado, y al mediodía el ambiente sería caluroso y el aire estaría cargado de polvo.

Thom y Juilin se ocupaban de enganchar el tiro a la carreta, y todo el campamento bullía de actividad con los preparativos para la marcha. *Furtivo* ya estaba ensillado, y Elayne tomó nota para sus adentros respecto a manifestar que hoy cabalgaría ella antes de que cualquiera de los dos hombres se apropiara de la montura. Sin embargo, si Thom o Juilin se le adelantaban, tampoco se sentiría muy desilusionada. Esa misma tarde caminaría por el cable delante del público por primera vez. El vestido que le había enseñado Luca la ponía un poco nerviosa, pero por lo menos no protestaba con gazmoñería por ello como hacía Nynaeve.

Luca cruzó el campamento a largas zancadas en su dirección, con la roja capa ondeando tras él, e impartiendo a voces instrucciones que no eran necesarias a la par que caminaba:

—¡Latelle, despierta a esos osos! Los quiero de pie y gruñendo cuando crucemos por Samara. Clarine, esta vez ten bien vigilados a esos perros. Si alguno de ellos vuelve a perseguir a un gato... Brugh, tú y tus hermanos iréis ejecutando vuestras volteretas justo delante de mi carromato. Justo delante, tenlo presente. ¡Se supone que esto tiene que ser un desfile majestuoso, no una competición para ver cuál de vosotros hace los volantines más deprisa! Cerandin, controla a esos mastodontes. ¡Quiero que la gente abra la boca con pasmo por la sorpresa, no que grite de terror!

Se detuvo junto al carromato y les asestó una mirada furibunda que repartió entre Nynaeve y Elayne, dejando un poco para Birgitte.

—Qué amable de vuestra parte decidir que venís con el resto de nosotros, señora Nana y «lady» Morelin. Creí que habíais decidido dormir hasta las doce. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Birgitte—. Habéis sostenido una pequeña charla con alguien del otro lado del río, ¿no? Bueno, pues no tenemos tiempo para visitas. Me propongo que estemos instalados y actuando al mediodía.

Nynaeve pareció momentáneamente desconcertada por la parrafada, pero al final de la segunda frase ya le sostenía la mirada con igual ferocidad que él. Tal vez con Birgitte actuaba casi con cortedad, pero ello no implicaba que no sacara a relucir su temperamento en lo que a otros se refería.

—Estaremos preparadas para partir al mismo tiempo que el resto, y tú lo sabes, Valan Luca. Además, una hora o dos no representarán ninguna diferencia. Hay suficiente gente reunida al otro lado del río, y si acuden cien personas a la representación serán más de las que nunca soñaste tener. Si decidimos disfrutar sin prisas de un buen desayuno, puedes empezar a girar

Librodot

los pulgares y esperar. No conseguirás lo que quieres si nos dejas atrás.

Fue un modo grosero de recordarle que todavía no había recibido los cien marcos de oro prometidos, pero, por una vez, no bastó para frenar al hombre.

—¿Suficiente gente? ¡Suficiente gente! A la gente hay que atraerla, mujer. Chin Akima lleva aquí tres días, y tiene a un tipo que hace juegos malabares con hachas y espadas. Y nueve acróbatas. ¡Nueve! Otra mujer de la que nunca había oído hablar cuenta con dos mujeres acróbatas cuyos ejercicios en una cuerda floja harían que a los Chavana se les salieran los ojos de las órbitas. No imaginas lo que atrae a la multitud. Sillia Cerano tiene hombres con las caras pintadas como los bufones de la corte que se echan baldes de agua unos a otros y se atizan en la cabeza con vejigas hinchadas. ¡Y la gente paga un céntimo de plata más sólo para verlos! —De repente sus ojos se estrecharon al observar a Birgitte—. ¿Accederías a pintarte la cara? Sillia no tiene ninguna mujer entre sus bufones. Algunos de los encargados de los caballos estarían dispuestos a hacerlo. No duele recibir golpes con una vejiga hinchada, y te pagaré... —Dejó sin terminar la frase para hacer cálculos, ya que le gustaba tan poco como a Nynaeve desprenderse de dinero, y Birgitte aprovechó la pausa para hablar:

—No soy un bufón y no pienso serlo. Soy arquera.

—Arquera —rezongó Luca mientras contemplaba la compleja trenza negra que le caía sobre el hombro a la mujer—. Y supongo que te llamas Birgitte. ¿Quién eres? ¿Uno de esos necios que van a la caza del Cuerno de Valere? Aunque esa cosa existiera, ¿qué oportunidades hay de que cualquiera de vosotros lo encuentre en lugar de otro? Estaba en Illian cuando los cazadores prestaron el juramento, y los había a miles en la Gran Plaza de Tammaz. Salvo por la gloria que podrías obtener, no hay nada que eclipse al aplauso de...

—Soy arquera, tipo guapo —lo interrumpió firmemente Birgitte—. Proporcióname un arco y te venceré a ti o a cualquier otro que elijas. Te apuesto cien coronas de oro contra una tuya.

Elayne esperaba oír el chillido de Nynaeve —serían ellas quienes tendrían que cubrir la apuesta de Birgitte si perdía y, por mucho que la mujer dijera lo contrario, Elayne no creía que estuviera completamente recuperada—, pero la antigua Zahorí se limitó a cerrar los ojos y a inhalar profunda y lentamente.

—¡Mujeres! —gruñó Luca. Thom y Juilin no tendrían que haber mostrado aquella expresión, como si coincidieran con el comentario del otro hombre—. Eres un buen complemento para «lady» Morelin y Nana o comoquiera que se llamen realmente. —Hizo un amplio gesto, extendiendo la roja capa, con el que señalaba al conjunto de hombres y caballos que tenían alrededor—. A lo mejor te ha pasado por alto, mi avispada «Birgitte», pero aquí tengo un espectáculo que poner en marcha, y mis competidores ya están aligerando de monedas a Samara, como buenos estafadores que son.

Birgitte esbozó una leve sonrisa que curvó las comisuras de sus labios.

—¿Acaso tienes miedo, tipo guapo? Si quieres, dejamos tu parte de la apuesta en un céntimo de plata.

A juzgar por la congestión del rostro de Luca, Elayne temió que le diera un ataque de apoplejía en cualquier momento. De repente daba la sensación de que su garganta era demasiado ancha para el cuello de la camisa.

—Iré a coger mi arco —replicó casi con un siseo—. ¡Por lo que a mí respecta, podrás saldar tu deuda de cien coronas de oro actuando con la

Librodot

cara pintada o limpiando jaulas!

—¿Estás segura de que te encuentras bastante recuperada? —le preguntó Elayne a Birgitte mientras el hombre se alejaba mascullando entre dientes. La única palabra que la joven alcanzó a entender fue «¡mujeres!». Por su parte, Nynaeve observaba a la arquera como si quisiera que el suelo se abriera y se la tragara; a ella, no a Birgitte. Varios encargados de los caballos se habían reunido alrededor de Thom y Juilin por alguna razón.

—Tiene unas piernas bonitas —dijo Birgitte—, pero nunca me han gustado los hombres altos. Si a eso le añades una cara atractiva, siempre son unos tipos insufribles.

Petro se había unido al grupo de hombres, y doblaba a cualquiera de ellos en el tamaño. Dijo algo y después Thom y él se estrecharon la mano. Los Chavana también estaban allí. Y Latelle, hablando seriamente con Thom mientras lanzaba miradas sombrías a Nynaeve y a las dos mujeres que la acompañaban. Para cuando Luca regresó con un arco con la cuerda sin tensar y una aljaba de flechas, todo el mundo había dejado de hacer preparativos. Las carretas, los caballos y las jaulas —hasta los mastodontes atados— habían quedado abandonados, y toda la gente se apelotonaba alrededor de Thom y del rastreador. Siguieron a Luca, que se dirigió fuera del campamento, a corta distancia.

—Se me considera un buen arquero —dijo mientras trazaba una cruz en el tronco de un roble, a la altura de su torso. Había recuperado parte de su garbo, y se retiró cincuenta pasos pavoneándose al caminar—. Dispararé primero, así podrás ver a lo que te enfrentas.

Birgitte le quitó el arco de la mano y se apartó otros cincuenta pasos, seguida por la mirada de Luca. La mujer sacudió la cabeza al fijarse en el arco, pero lo sujetó entre los pies y lo encordó en un fluido movimiento antes de que Luca llegara junto a ella, Elayne y Nynaeve. Birgitte sacó una flecha de la aljaba que sostenía el hombre, la examinó un momento y después la tiró a un lado como si fuera un desecho. Luca frunció el ceño y abrió la boca para decir algo, pero la arquera ya había descartado un segundo proyectil. Los tres siguientes también fueron a parar al suelo alfombrado de hojas; clavó la sexta flecha en el suelo. De veintiuna que había en la aljaba, sólo se quedó con cuatro.

—Puede hacerlo —susurró Elayne, que procuró dar un tono de seguridad a su voz. Nynaeve asintió como abstraída; si tenían que pagar cien coronas de oro, a no tardar se verían obligadas a vender las joyas que Amathera les había regalado. No podían utilizar las cartas de valores, como le había explicado a Nynaeve; si las usaban, ello le revelaría a Elaida dónde habían estado aunque se hubieran marchado de allí. «Si hubiese reaccionado antes, podría haber impedido esto. Como mi Guardián, tiene que hacer lo que yo le diga, ¿no?» Hasta ahora, y por los indicios, la obediencia no era parte del vínculo. ¿Las Aes Sedai a las que había espiado habrían obligado a los hombres a prestar también juramento? Ahora que lo pensaba, creía que uno de ellos sí lo había hecho.

Birgitte encajó una flecha, levantó el arco y disparó sin hacer aparentemente una pausa para apuntar. Elayne cerró los ojos, pero la punta de acero se clavó en el centro exacto de la cruz marcada en el tronco. Antes de que hubiese dejado de cimbrearse, la segunda le pasó rozando y se hincó a su lado. Birgitte espero un instante entonces, pero sólo para que las dos flechas se quedaran inmóviles. Una ahogada exclamación de asombro se alzó entre los espectadores cuando un tercer proyectil dividió en dos el primero,

Librodot

pero la siguiente reacción de los presentes fue un profundo silencio de pasmo cuando la cuarta flecha partió a su vez la anterior, con idéntica limpieza, por el centro del astil. Una vez podría achacarse a la suerte. Dos veces…

El estupor de Luca era tal que sus ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas. Miró, boquiabierto, el árbol, y después a Birgitte; de nuevo volvió la vista al tronco y luego, otra vez, a la mujer. Ésta le tendió el arco, y Luca sacudió lentamente la cabeza, como aturdido.

De repente, lanzó el arco a un lado y extendió los brazos a la par que gritaba con entusiasmo:

—¡Nada de cuchillos! ¡Flechas! ¡Y desde un centenar de pasos!

Nynaeve tuvo que apoyarse en Elayne cuando el hombre explicó lo que quería, pero no protestó. Thom y Juilin estaban recogiendo dinero; la mayoría les daba las monedas con un suspiro o con una risa, pero Juilin tuvo que agarrar del brazo a Latelle cuando la mujer intentó escabullirse, y dirigirle unas cuantas palabras iracundas antes de que ella sacara el dinero de la bolsita. Así que eso era lo que se habían traído entre manos. Tendría que hablarles seriamente. Pero después.

—Nana, no tienes que acceder a esto —dijo Elayne a su amiga, pero la otra mujer no respondió y siguió mirando a Birgitte, el rostro demacrado.

—¿Y nuestra apuesta? —exigió la arquera cuando Luca se calló, falto de aliento. El hombre hizo una mueca y después tanteó lentamente en su bolsita del dinero y sacó una moneda, que lanzó por el aire a Birgitte. Elayne atisbó el brillo del oro al sol mientras Birgitte la examinaba para, de inmediato, lanzársela de nuevo a Luca—. La apuesta era un céntimo de plata por tu parte.

Los ojos del hombre se abrieron por la sorpresa, pero al instante se echaba a reír.

—Te la has ganado con creces —dijo, devolviéndole la moneda a la mujer—. Bien, ¿qué respondes? Vaya, pero si es posible que hasta la reina de Ghealdan en persona venga a ver una actuación como la tuya. Birgitte y sus flechas. ¡Las pintaremos de plata! ¡Y el arco también!

Elayne deseó desesperadamente que Birgitte la mirase. Si hacían lo que el hombre sugería sería tanto como poner un cartel indicando su posición a Moghedien.

Sin embargo, Birgitte se limitó a hacer saltar la moneda en la palma de su mano mientras sonreía.

—La pintura echaría a perder un espectáculo ya de por sí vulgar —dijo finalmente—. Y llámame Merian. Es un nombre por el que se me conoció en cierta ocasión. —Se apoyó en el arco y su sonrisa se ensanchó—. ¿Puedo tener también un vestido rojo?

Elayne soltó un suspiro de profundo alivio. Nynaeve parecía estar a punto de vomitar.

CAPÍTULO 9

Representaciones en Samara

Por lo que le pareció centésima vez, Nynaeve sostuvo un mechón de su largo cabello para mirarlo y luego suspiró. El fuerte murmullo de charlas y risas que eran emitidas por centenares, si no miles, de gargantas, que casi ahogaba el sonido de música lejana, se colaba a través de las paredes del carromato. No le había importado lo más mínimo quedarse dentro del vehículo con Elayne mientras durara el desfile a través de las calles de Samara —alguna ojeada que otra por las ventanas fue suficiente para convencerla de que era mejor no estar fuera, entre aquella abigarrada muchedumbre que gritaba y apenas dejaba paso para los carromatos—, pero cada vez que miraba su cabello, de un llamativo tono cobrizo, la hacía desear haber dado volantines con los Chavana antes que teñírselo.

Poniendo un gran empeño en no mirarse, se envolvió en su sencillo chal de color gris oscuro, giró sobre sus talones, y dio un respingo al encontrar a Birgitte plantada en la puerta. La mujer había ido en el carromato de Clarine y Petro durante el desfile, mientras Clarine hacía arreglos a un vestido rojo igual al que había estado cosiendo para Nynaeve siguiendo instrucciones de Luca, que se las había dado antes incluso de que la antigua Zahorí hubiese accedido a actuar. Birgitte lo llevaba puesto ahora; el cabello de la mujer, teñido de negro, iba peinado en una trenza y echado sobre el hombro, de modo que descansaba entre sus senos. Birgitte no parecía darse cuenta de lo bajo que era el escote cuadrado. El simple hecho de mirarla indujo a Nynaeve a ajustarse más el chal de manera inconsciente; Birgitte no podía enseñar ni un centímetro más del pálido busto y mantener el más leve atisbo de decencia. Tal y como era, recurrir a tal descripción casi resultaba risible. Mirar a la mujer hizo que a Nynaeve se le encogiera el estómago, y no por nada relacionado con el atuendo.

—Si vas a llevar el vestido, ¿por qué te tapas? —Birgitte entró en el carromato y cerró la puerta tras ella—. Eres una mujer. ¿Por qué no sentirte orgullosa de ello?

—Si crees que debería hacerlo —contestó, vacilante, mientras dejaba resbalar lentamente el chal hasta el doblez de los brazos, descubriendo un atuendo exactamente igual al de la otra mujer. Tenía la sensación de ir desnuda—. Sólo pensé que... que... —Aferró con fuerza la falda de seda para mantener las manos caídas a los costados y alzó los ojos hacia Birgitte. El simple hecho de saber que iba vestida igual se lo hacía más fácil. Birgitte hizo una mueca.

—¿Y si quiero que te pongas el escote un par de dedos más bajo? —preguntó la arquera.

Nynaeve abrió la boca, con las mejillas tan rojas como el vestido, pero no emitió ningún sonido de momento. Cuando por fin consiguió hablar, su voz sonaba estrangulada:

—No quedan dos dedos de tela para bajarlo. Fíjate en el tuyo. ¡Ni siquiera queda un milímetro!

Ceñuda, Birgitte salvó la distancia que las separaba en tres zancadas rápidas y se inclinó ligeramente para mirar cara a cara a la otra mujer.

—¿Y si aun así te pido que lo bajes esos dos dedos? —espetó, furiosa—. ¿Y si quiero que te pintes la cara, para que así Luca pueda tener su bufón? ¿Y si incluso te dejo completamente desnuda y te pinto de la cabeza a los pies? Resultarías una diana estupenda. Todos los hombres que hay en un radio de ochenta kilómetros vendrían a verte.

Nynaeve abrió y cerró la boca, pero en esta ocasión no salió ningún sonido entre sus labios. Deseaba con todas sus fuerzas cerrar los ojos; a lo mejor, cuando volviese a abrirlos, nada de esto estaría sucediendo.

Birgitte sacudió la cabeza con expresión disgustada y tomó asiento en una de las camas, con el codo apoyado en la rodilla y una mirada penetrante en sus azules ojos.

—Esto tiene que acabar. Cuando te miro, das un respingo. Vas detrás de mí a la expectativa, como un perro fiel. Si busco una banqueta, corres a traerme una. Si me paso la lengua por los labios, me has puesto una copa de vino en las manos antes de que me haya percatado siquiera de que tengo sed. Me enjabonarías la espalda y me pondrías los escarpines si te dejara. No soy ni un monstruo ni una inválida ni una niña, Nynaeve.

—Sólo intento compensarte por... —empezó tímidamente, y dio un brinco cuando la otra mujer bramó:

—¿Compensarme? ¡Lo que haces es rebajarme!

—No, no, de verdad que no es eso. Tengo la culpa de...

—Te haces responsable de mis actos —la interrumpió Birgitte con ferocidad—. Yo decidí hablar contigo en el *Tel'aran'rhiod.* Yo decidí ayudarte. Yo decidí rastrear a Moghedien. Yo decidí llevarte a verla. ¡Yo! ¡No tú, Nynaeve, yo! No fui tu marioneta ni tu sabueso entonces y tampoco lo seré ahora.

Nynaeve tragó saliva con esfuerzo y apretó más los dedos en los pliegues de la falda. No tenía derecho a enfadarse con esta mujer. Ningún derecho. Por el contrario, Birgitte sí lo tenía.

—Hiciste lo que te pedí. Es culpa mía que... que estés aquí. ¡Es por mi culpa!

—¿He mencionado acaso nada sobre culpas? A mi modo de ver, nadie es culpable, y tú tampoco.

—Fue mi estúpido orgullo el que me hizo creer que podría vencerla otra vez, y fue mi cobardía la que permitió que... que te... Si no hubiese estado tan asustada a lo mejor podría haber hecho algo a tiempo.

—¿Cobardía? —Birgitte abrió mucho los ojos, con incredulidad, y su voz cobró un leve timbre de sorna—. ¿Cobarde tú? Pensé que eras lo bastante inteligente para no confundir el miedo con la cobardía. Podrías haber huido del *Tel'aran'rhiod* cuando Moghedien te soltó, pero te quedaste para luchar. No te eches la culpa por que te fuera imposible hacerlo. —Inhaló profundamente y se frotó la frente un momento; después volvió a inclinarse hacia la otra mujer—. Escúchame bien, Nynaeve. Yo no me culpo por lo que te pasó a ti. Lo vi, pero no podía mover ni un músculo en ese momento. Si Moghedien te hubiese hecho un nudo o te hubiera abierto en canal, seguiría sin sentirme culpable. Hice lo que pude y cuando pude. Y tú, igual.

—No es lo mismo. —Nynaeve procuró hablar sin acalorarse—. Fue culpa mía que estuvieras allí. Y también que estés aquí ahora. Si... —Hizo una pausa para tragar saliva otra vez—. Si fallas... cuando dispares hoy, quiero que sepas que lo entenderé.

—Siempre doy en el blanco —repuso fríamente Birgitte—, y no será a ti a quien apunte. —Empezó a coger cosas de uno de los armarios y las fue dejando encima de la pequeña mesa: flechas a medio terminar; astiles lijados; puntas de acero; un bote con pegamento; cordón fino; plumas de ganso gris para los penachos. Había dicho que también se haría un arco en la primera ocasión que se le presentara. El de Luca lo definía como «una rama nudosa arrancada de un árbol con las fibras sesgadas por un estúpido ciego en mitad de la noche»—. Me caías bien, Nynaeve —dijo mientras iba soltando las cosas—. Con espinas, púas y todo lo demás. Pero ya no, tal como eres ahora...

—No tienes razón para apreciarme ahora —musitó la otra mujer con tristeza, pero la arquera siguió hablando, apagando sus palabras, sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—... y no voy a permitirte que me rebajes, que hagas de menos mis propias decisiones al querer hacerte responsable por ellas. He tenido pocas amigas, pero casi todas poseían el mismo temperamento que un espectro de nieve.

—Ojalá volvieras a ser mi amiga. —¿Qué demonios sería un espectro de nieve? Algo de otra Era, sin duda—. Jamás fue mi intención rebajarte, Birgitte. Sólo...

Birgitte no prestaba atención a sus palabras, salvo para alzar más la voz. Aparentemente estaba absorta en los astiles de flecha.

—Me gustaría sentir aprecio por ti otra vez, tanto si fuera correspondido como si no, pero me es imposible mientras no seas tú misma. Admitiría convivir con una infeliz llorona y empalagosa si fuera ésa tu forma de ser. Acepto a la gente como es, no como me gustaría a mí que fuera, o si no, las dejo. Pero tú no eres de ese modo, y no admitiré tus razones para comportarte de otra forma. Bien. Clarine me contó tu pelea con Cerandin, así que ahora sabré qué hacer la próxima vez que te empeñes en reclamar como tuyas mis propias decisiones. —Sacudió enérgicamente en el aire un trozo de madera de fresno—. Seguro que a Latelle le encantaría facilitarme la vara.

Nynaeve se obligó a aflojar la tensión de las mandíbulas y adoptar un tono de voz lo más suave posible:

—Tienes perfecto derecho a hacer conmigo lo que quieras. —Los puños apretados sobre la falda le temblaron más que la voz.

—Vaya, ¿es eso un atisbo de genio? ¿Una chispa de rabia? —Birgitte le sonrió con un gesto entre divertido y alarmantemente fiero—. ¿Cuánto falta para que estalle en llamas? Estoy dispuesta a dar tantos azotazos como sean necesarios. —La mueca burlona dio paso a una expresión seria—. Una de dos: o te hago comprender la realidad de lo que ocurre o te obligaré a marcharte. No hay otra alternativa. No puedo, ni quiero, abandonar a Elayne. Ese vínculo me honra y yo haré honor a él, y también a ella. No consentiré que creas que tomas las decisiones por mí ni que las tomaste en algún momento. Soy una persona, no un apéndice tuyo. Y ahora, puedes irte. He de terminar estas flechas si quiero disponer al menos de unas cuantas que sigan un curso exacto en el aire. No tengo intención de matarte, y no me gustaría que ocurriera por accidente. —Destapó el bote de pegamento y se inclinó sobre la mesa—. No te olvides de hacer una reverencia como una buena chica antes de salir.

Nynaeve llegó hasta el pie de la escalerilla y entonces se golpeó el muslo con el puño cerrado, furiosa. ¿Cómo se atrevía esa mujer? ¿Es que creía que

Librodot

podía tratarla como...? ¿Pensaba que ella iba a aguantar...? «Creías que podía hacer lo que le diera la gana contigo», le susurró una vocecilla dentro de la cabeza. «Dije que podía matarme si quería —replicó, rabiosa—. ¡No humillarme!» ¡A no mucho tardar, todo el mundo estaría amenazándola con esa maldita seanchan!

No había nadie en los carromatos, excepto unos pocos encargados de los caballos que hacían guardia, cerca de la alta valla de lona que había sido levantada alrededor del recinto donde se ofrecería el espectáculo. Desde la gran pradera de hierba agostada, a casi un kilómetro de Samara, la gris muralla de piedra de la ciudad se veía con claridad, con los cuadrados torreones de las puertas y los tejados de bálago o tejas de unos pocos edificios altos asomando por encima. Fuera de la muralla, varios poblados de chozas y toscas chabolas crecían como hongos en todas direcciones, abarrotados por los seguidores del Profeta, que habían esquilmado de árboles varios kilómetros a la redonda ya fuera para construir o bien para hacer lumbres.

La entrada al recinto del espectáculo para los espectadores estaba en el lado opuesto, pero dos de los mozos, armados con sólidos garrotes, se hallaban apostados al otro lado para disuadir a cualquiera que pretendiera colarse sin pagar por el acceso que utilizaban los miembros de la compañía. Nynaeve había llegado casi ante ellos, caminando con largas zancadas mientras mascullaba entre dientes, enrabietada, cuando sus estúpidas sonrisas la hicieron caer en la cuenta de que todavía llevaba el chal sujeto en el doblez de los brazos. La mirada que les asestó les borró la sonrisita de golpe. Sólo entonces se cubrió con el chal, sin apresuramientos; no estaba dispuesta a que esos patanes creyeran que sus muecas la obligarían a chillar y a brincar del susto. El delgaducho, que tenía una nariz que le ocupaba la mitad de la cara, sostuvo abierta la entrada de la lona y Nynaeve pasó y se sumergió en un pandemónium.

La gente se amontonaba por doquier en ruidosos apiñamientos de hombres, mujeres y niños cual ríos parlanchines que se desplazaban de una atracción a la siguiente. Todas las actuaciones, excepto los *s'redit,* se llevaban a cabo sobre plataformas que Luca había mandado hacer. Los mastodontes de Cerandin acaparaban el mayor número de espectadores; los inmensos animales grises estaban haciendo equilibrios sobre las patas delanteras, incluso la cría, con los largos apéndices nasales levantados sinuosamente, en tanto que los perros de Clarine contaban con el grupo más reducido de asistentes a pesar de las piruetas hacia atrás y los saltos que daban unos por encima de los otros. Mucha gente se detenía a contemplar los leones y los peludos *caparis* en sus jaulas, los venados de extrañas cuernas procedentes de Arafel, Saldaea y Arad Doman, y las aves de coloridos plumajes originarias de la Luz sabía dónde, así como unas criaturas de andares bamboleantes, cubiertas de un pelaje marrón, con grandes ojos y redondas orejas que estaban sentadas comiendo plácidamente las hojas de ramas que aferraban entre las patas delanteras. Luca situaba la procedencia de estos animales en diferentes lugares —seguramente porque la ignoraba— y todavía no había encontrado un nombre para designarlos que le complaciera. Una serpiente enorme, de la zona pantanosa de Illian, tan larga como la altura sumada de cuatro hombres, provocaba casi tantos respingos como los propios *s'redit* a pesar de que se limitaba a estar tumbada, aparentemente dormida; para Nynaeve fue una satisfacción comprobar que los osos de Latelle, que en ese momento estaban

encaramados a unas grandes bolas de madera roja, haciéndolas girar con las patas traseras, atraían casi tan poco público como los perros. Esta gente podía ver osos en sus propios bosques, aunque éstos tuvieran el careto blanco.

El vestido de lentejuelas negras de Latelle resplandecía con la luz del sol vespertino. El verde de Cerandin y el azul de Clarine brillaban igualmente, aunque ninguno de los dos tenía tantas lentejuelas como el de Latelle; sin embargo, todos ellos tenían un cuello alto hasta la barbilla. Por supuesto, Petro y los Chavana actuaban vestidos sólo con calzones ajustados de un fuerte color azul, aunque era para que se vieran sus músculos. Era comprensible. Los acróbatas estaban encaramados unos sobre los hombros de los otros, formando una torre de cuatro. No muy lejos, el hombre forzudo cogió una barra larga, rematada a cada extremo por una bola de hierro —habían hecho falta dos hombres para llevar el artilugio a la plataforma— y de inmediato se puso a girarlo entre las gruesas manos, incluso dándole vueltas alrededor del cuello y sobre la espalda.

Thom hacía juegos malabares con fuego, y también se lo tragaba. Ocho bastones prendidos formaban un círculo perfecto en el aire; luego, de repente, el juglar tenía cuatro en cada mano, con uno sobresaliendo en cada grupo. Dirigiendo diestramente hacia su boca cada punta prendida, una por una, daba la impresión de tragarse las llamas y poco después sacaba el bastón apagado, con una expresión de satisfacción como si acabara de comer algo sabroso. Nynaeve no lograba imaginar cómo conseguía que el bigote no se le quemara, por no mencionar la boca. Un giro de muñecas, y los bastones apagados volvieron a prenderse en un abanico. Un instante después, formaban dos círculos interconectados por encima de su cabeza. Llevaba la misma capa marrón de siempre, aunque Luca le había dado una roja con lentejuelas. Por el modo en que Thom enarcó las cejas al verla pasar, no entendía por qué lo miraba con irritación. ¡Así que llevaba su propia capa!

Nynaeve se dirigió presurosa hacia la impaciente muchedumbre apiñada alrededor de dos altos postes unidos en lo alto por un cable tenso. Tuvo que hacer uso de los codos para lograr ponerse en primera fila, aunque hubo dos mujeres que le asestaron una mirada furibunda mientras apartaban de ella a sus hombres de un brusco tirón cuando el chal se escurrió hombros abajo. Les habría devuelto la mirada si no hubiese estado tan ocupada tapándose y poniéndose colorada. Luca estaba allí, con el entrecejo fruncido y un gesto de ansiedad semejante al de un marido esperando junto a la puerta del cuarto donde su mujer está dando a luz. A su lado había un tipo corpulento que llevaba la cabeza afeitada salvo un copete de pelo canoso. Nynaeve se situó al otro costado de Luca. El hombre del cráneo afeitado tenía mala catadura; una larga cicatriz le surcaba la mejilla izquierda, y un parche que le tapaba el ojo de ese lado iba pintado con un torpe simulacro de ojo ceñudo y enrojecido. Pocos hombres de los que había visto allí llevaban más armas que un simple cuchillo al cinturón, pero éste portaba una espada a la espalda, con la larga empuñadura asomando por encima del hombro derecho. Le resultaba vagamente familiar por alguna razón, pero Nynaeve estaba pendiente del cable en lo alto. Luca frunció el entrecejo al fijarse en el chal, le sonrió e intentó rodearle la cintura con el brazo.

Cuando el hombre todavía trataba de recobrar la respiración tras el codazo recibido y ella seguía colocándose bien el chal, Juilin salió de entre la

Librodot

multitud dando traspiés, con el gorro cónico ladeado, la chaqueta medio descolgada de un hombro, y una jarra de madera en la mano, que rebosaba por el borde. Caminando con los pasos excesivamente cautelosos del hombre que ha bebido más de la cuenta, se acercó a la escala de cuerda que conducía a una de las altas plataformas, y la miró de hito en hito.

—¡Vamos! —gritó alguien—. ¡Rómpete tu estúpido cuello!

—Espera, amigo —llamó Luca, que echó a andar repartiendo sonrisas y haciendo ondear la capa—. Ése no es lugar para un hombre con el estómago lleno de...

El rastreador soltó la jarra en el suelo, trepó por la escala de cuerda y se encaramó, inestable, en la plataforma. Nynaeve contuvo el aliento. El hombre estaba acostumbrado a las alturas, cosa lógica después de pasarse la vida persiguiendo ladrones por los tejados de Tear, pero aun así...

Juilin dio media vuelta como si estuviera perdido; parecía encontrarse demasiado ebrio para ver o recordar la escala. Fijó la mirada en el cable tenso. Vacilante, puso un pie en él y al punto retrocedió. Echó hacia atrás el gorro para rascarse la cabeza, observó atentamente el cable tendido y, de repente, la comprensión pareció iluminar su semblante. Muy despacio, se puso a gatas y empezó a desplazarse por el cable en medio de bamboleos. Luca le gritó que bajara, y la multitud estalló en carcajadas.

A mitad de camino entre una y otra plataforma, el rastreador se detuvo, miró hacia atrás y sus ojos se prendieron en la jarra que había dejado en el suelo. Era obvio que se estaba planteando cómo regresar por ella. Lentamente, con infinito cuidado, se puso de pie, de cara hacia la dirección por la que había venido y tambaleándose a uno y otro lado. Hubo un respingo general cuando un pie le resbaló y el hombre perdió el equilibrio. Mientras caía, de algún modo se las ingenió para sujetarse con una mano y engancharse por una pierna al cable. Luca recogió el gorro tarabonés antes de que llegara al suelo y gritó a todo el mundo que el hombre estaba loco y que no era responsabilidad suya lo que quiera que le ocurriese. Nynaeve ciñó las manos con fuerza sobre su estómago; se imaginaba a sí misma allí arriba y la mera idea le provocaba náuseas. Ese hombre era un estúpido. ¡Un completo necio sin pizca de cerebro!

Con un esfuerzo evidente, Juilin se las ingenió para agarrarse a la cuerda con la otra mano y se desplazó a pulso, palmo a palmo, a la plataforma más alejada. Una vez allí, se encaramó a ella, falto de equilibrio, se sacudió la chaqueta e intentó ponérsela derecha, aunque lo único que consiguió fue que le colgara por el hombro contrario. Entonces vio la jarra en el suelo, al pie de la otra plataforma. La señaló con alegría y volvió a posar un pie sobre el cable.

Esta vez, la mitad de los espectadores le gritó que volviera, que había una escala a su espalda; la otra mitad rió con todas sus ganas, sin duda esperando que se rompiera el cuello. Recorrió el cable ágilmente, se deslizó por la escala con las manos y los pies por la parte exterior, y recogió la jarra para echar un buen trago. Hasta que Luca le puso el gorro y los dos hombres saludaron con una reverencia —Luca ondeando la capa de tal modo que Juilin quedó tapado por ella la mitad del tiempo— los espectadores no comprendieron que todo había sido parte del espectáculo. Hubo un instante de silencio, e inmediatamente después estalló un gran aplauso coreado por aclamaciones y risas. Nynaeve había temido que el público reaccionara mal al darse cuenta de que lo habían engañado. El tipo del mechón de pelo en cola de caballo seguía teniendo un aspecto peligroso

incluso sacudido por la risa.

Luca dejó a Juilin junto a la escala y volvió a situarse entre Nynaeve y el hombre del mechón de pelo.

—Me pareció que eso funcionaría. —Parecía inmensamente satisfecho consigo mismo e hizo más reverencias a la multitud como si hubiese sido él quien hubiera caminado por el cable.

Nynaeve le dedicó una mirada severa, pero no tuvo tiempo de soltar el agrio comentario que pensaba hacer porque en ese momento apareció Elayne abriéndose paso entre la multitud y se situó al lado de Juilin, con los brazos levantados y una rodilla ligeramente doblada.

Nynaeve apretó los labios y se ajustó el chal con irritación. Por mala que fuera la opinión que tenía del vestido rojo que había acabado por llevar puesto sin saber realmente cómo, dudaba mucho que el atuendo de Elayne fuera mejor. La heredera del trono de Andor iba completamente de blanco, con lentejuelas del mismo color brillando en la chaqueta corta y en los ajustados calzones. Nynaeve no había creído realmente que su amiga apareciera en público con esa ropa, pero había estado demasiado preocupada por su propio atuendo para darle su opinión. La chaqueta y los calzones le recordaban a Min. Nunca había aprobado que Min vistiera ropa de chico, pero el color y las lentejuelas hacían que ésta fuera aun más... escandalosa.

Juilin mantuvo tensa la escala de cuerda para que Elayne pudiera trepar por ella, aunque no era necesario. La joven subió con tanta agilidad como podría haberlo hecho él. El rastreador se perdió en la multitud tan pronto como Elayne llegó a la plataforma, donde la joven adoptó de nuevo la misma postura para saludar al público, y su rostro se iluminó al oír el clamoroso aplauso como si estuviera recibiendo la adulación de sus súbditos. Cuando plantó el pie en el cable tenso —que parecía aun más fino que cuando Juilin había caminado sobre él— Nynaeve contuvo la respiración y se olvidó por completo de la ropa que lucía Elayne e incluso de su propio vestido.

La muchacha dio los primeros pasos por la cuerda con los brazos extendidos; no estaba encauzando el tejido de un paso de Aire. Lentamente, avanzó palmo a palmo, sin la menor vacilación, sostenida únicamente por el cable. Encauzar sería demasiado peligroso si Moghedien tenía la más ligera sospecha de dónde se encontraban; la Renegada o las hermanas Negras podían estar en Samara, y percibirían el uso del *Saidar.* Además, si no estaban ya en Samara no tardarían en aparecer por allí. En la otra plataforma Elayne tuvo que hacer una pausa para recibir un aplauso considerablemente más largo que el dado a Juilin —Nynaeve no lo entendía— e inició el camino de vuelta. Casi al final, giró sobre sí misma suavemente, regresó al centro del cable, y volvió a girar. Se tambaleó y recobró el equilibrio a duras penas. Nynaeve se sentía como si una mano le estuviera apretando la garganta con fuerza. A un paso lento y seguro, Elayne caminó hacia la plataforma y de nuevo adoptó la postura de saludo mientras los aplausos y las aclamaciones resonaban.

Nynaeve tragó saliva y volvió a respirar, pero sabía que el número no había terminado.

Elayne levantó las manos por encima de la cabeza y, de repente, empezó a dar volteretas laterales a lo largo de la cuerda, el negro cabello sacudiéndose, las piernas enfundadas en los blancos calzones centelleando al sol. Nynaeve chilló y agarró el brazo de Luca mientras su amiga llegaba a

Librodot

la otra plataforma, se tambaleaba al plantar los pies en ella, y recuperaba el equilibrio, a punto de caer por el borde.

—¿Qué te ocurre? —murmuró Luca, su susurro apagado por la ahogada exclamación de la multitud—. La has visto hacer esto todas las tardes desde Sienda. Y apuesto que también en muchos otros sitios.

—Por supuesto —repuso débilmente. Pendiente de Elayne, apenas si notó que el hombre le rodeaba los hombros con su brazo, de modo que no reaccionó como lo habría hecho en cualquier otro momento. Había intentado convencer a la joven para que simulara haberse torcido un tobillo, pero Elayne insistió en que después de practicar tanto con el Poder ahora ya no le hacía falta para realizar el número. Puede que a Juilin no le hiciera falta, ésa era la impresión que daba, pero Elayne nunca había gateado por los tejados de noche.

Las volteretas de regreso fueron perfectas, así como también el último salto para plantar los pies en la plataforma, pero Nynaeve no apartó los ojos ni aflojó los dedos aferrados a la manga de Luca. Después de lo que parecía la inevitable pausa para los aplausos, Elayne regresó a la cuerda para hacer más giros sobre un solo pie y con la otra pierna levantada y moviéndola arriba y abajo tan rápidamente que daba la sensación de que la tuviera extendida todo el tiempo; a continuación dio un salto mortal muy lento que la dejó recta como una daga, con los dedos de los pies apuntando al cielo. Y luego una voltereta hacia atrás que provocó el respingo de la multitud al verla balancearse a uno y otro lado, sosteniéndose en equilibrio a duras penas. Thom Merrilin le había enseñado esto y también el salto mortal.

Nynaeve vio a Thom de reojo, a un lado, separado de ella por otras dos personas; el hombre no quitaba los ojos de Elayne y estaba casi de puntillas. Parecía estar tan orgulloso como un pavo real; también parecía presto para salir corriendo y coger a la muchacha si caía; si sucedía tal cosa, al menos en parte sería culpa de él. ¡Nunca debería haberle enseñado esos ejercicios!

Una última pasada de volteretas laterales, las piernas enfundadas en los blancos calzones relampagueando al sol, más deprisa que antes. ¡Una última pasada de la que nadie le había hablado! Lo habría desollado a Luca con unas frases cortantes si el hombre no hubiese rezongado en voz baja, furioso, que el hecho de alargar el número sólo para ganarse más aplausos era un buen modo de que Elayne se rompiera el cuello. Hubo una pausa final para recibir esos aplausos, y por fin la joven descendió por la escala.

La multitud se abalanzó sobre ella mientras clamaba enardecida. Luca y cuatro de los mozos, armados con aquellos sólidos garrotes, aparecieron a su alrededor como por arte de magia, pero a pesar de su rapidez Thom se les adelantó, con cojera o sin ella.

Nynaeve brincó tal alto como pudo, aunque sólo consiguió atisbar a Elayne por encima de las cabezas de la gente. La joven no parecía estar asustada, ni siquiera impresionada, por tantas manos que intentaban tocarla extendiéndose entre el círculo de hombres que la protegían. Con la cabeza alta, y a pesar de tener las mejillas sonrojadas por el esfuerzo, se las arregló para mantener aquel aire frío y regio mientras la escoltaban entre la muchedumbre. Nynaeve no entendía cómo era capaz de tal cosa yendo vestida de ese modo.

—Como una condenada reina —masculló entre dientes el hombre tuerto. No había corrido con los demás hacia la joven, sino que se limitó a verlos pasar. Iba vestido con una sencilla chaqueta de lana gris oscura, y por su corpulencia no debía de temer ser arrollado por la muchedumbre. Por su

Librodot

aspecto se adivinaba que sabía cómo manejar aquella espada—. Así me abrase y me convierta en un campesino cagón, pero esa chica tiene suficientes redaños para ser una jodida reina.

Nynaeve lo miró boquiabierta mientras el hombre se alejaba entre la multitud, y su sorpresa no se debía a su tosco lenguaje. O, mejor dicho, en parte sí. Ahora recordaba dónde lo había visto: un hombre tuerto, con la cabeza afeitada salvo un mechón de pelo y que era incapaz de pronunciar dos frases seguidas sin intercalar las palabrotas más soeces.

Se olvidó de Elayne —la joven estaba a salvo— y empezó a abrirse camino entre la muchedumbre, en pos del hombre.

Librodot

CAPÍTULO 10

Un viejo conocido

Con tanta gente apiñada, a Nynaeve le costó un rato alcanzar al hombre, sin dejar de rezongar cada vez que la empujaba un hombre que lo miraba todo boquiabierto o una mujer que iba tirando de un niño de cada mano mientras los pequeños se empeñaban en arrastrar a la madre hacia lugares distintos al mismo tiempo. El hombre tuerto apenas se detuvo para mirar nada excepto la gran serpiente y los leones, hasta que llegó a los mastodontes. Tenía que haberlos visto antes, ya que los animales estaban situados cerca de la entrada del público. Cada vez que los *s'redit* se levantaban sobre sus patas traseras, como ocurría en este momento, las grandes cabezas con colmillos de los adultos podían verse desde el otro lado de la cerca de lona, y la gente que estaba fuera arreciaba los empujones para entrar.

Debajo del ancho letrero en rojo en el que se leía el nombre de «Valan Luca» por ambos lados, escrito con letras doradas, había dos mozos que controlaban el acceso de la gente por un estrecho pasillo entre dos gruesas cuerdas y recogían el dinero en unos recipientes de cristal tosco y con defectos —Luca no soltaría un céntimo más para tener otros mejores—, de modo que podían ver que las monedas pagadas eran las correctas sin necesidad de tocarlas. Después vaciaban el dinero directamente de los recipientes a través de un agujero abierto en la tapa de una caja reforzada con bandas de hierro, envuelta y sujeta con una cadena que Petro había colocado antes de que cayera dentro el primer céntimo de plata. Otros dos mozos —anchos de hombros y con las narices rotas y los nudillos hundidos, propio de camorristas habituales— se encontraban apostados cerca, equipados con garrotes, para asegurarse de que la multitud se mantuviera en orden. Y para vigilar a los hombres que cogían el dinero, sospechó Nynaeve. Luca no era de los que se fiaba, sobre todo en lo tocante al dinero. De hecho, era más agarrado que la piel de una almendra. Nynaeve no había topado nunca con alguien tan tacaño.

Se fue acercando poco a poco al hombre del mechón de pelo canoso. Ni que decir tiene que a él no le había costado trabajo colocarse en primera fila para ver a los *s'redit*, la cicatriz y el parche del ojo pintado se habrían encargado de ello incluso sin la espada sujeta a la espalda. En aquel momento contemplaba a los enormes animales grises con una sonrisa y lo que Nynaeve supuso era una expresión de maravilla en un semblante pétreo como el suyo.

—¿Ino? —Creía que ése era su nombre.

El hombre giró la cabeza y la miró fijamente. Una vez que Nynaeve se hubo colocado como era debido el chal, él alzó la vista hacia su rostro, pero en el oscuro ojo no hubo señal de que la reconociera. El otro, el ceñudo y pintado en rojo, le revolvía un poco el estómago.

Cerandin agitó el aguijón al tiempo que gritaba algo que resultó ininteligible, y los *s'redit* se volvieron; *Sanit*, la hembra, apoyó las patas en la

inmensa y redondeada espalda del macho, *Mer*, que se mantenía erguido. *Nerin*, la cría, se puso de patas en la parte baja de la grupa de *Sanit*.

—Os vi en Fal Dara —dijo Nynaeve—. Y después en Punta de Toman, brevemente. Después de Falme. Estabais con... —No sabía cuánto podía decir teniendo a tanta gente pegada codo con codo a su alrededor; los rumores sobre el Dragón Renacido se habían propagado por toda Amadicia y en algunos incluso se decía el nombre correcto—. Con Rand.

El ojo de Ino se estrechó; la mujer procuró no fijarse en el otro y al cabo de un momento asintió con la cabeza.

—Recuerdo el rostro. Jamás olvido una cara tan condenadamente bonita. Pero el pelo era muy diferente, maldición. ¿Nyna?

—Nynaeve —respondió con brusquedad.

El hombre sacudió la cabeza mientras la miraba de arriba abajo y, antes de que ella pudiera añadir una palabra más, la agarró del brazo y la llevó casi a rastras hacia la salida. Los mozos que estaban allí la reconocieron, por supuesto, y los tipos con la nariz rota empezaron a adelantarse al tiempo que enarbolaban los garrotes. Nynaeve los despidió con un gesto furibundo mientras trataba de soltarse el brazo dando tirones; le costó tres intentonas, y aun entonces lo logró más bien porque Ino aflojó su presa. Sus dedos eran como un cepo. Los hombres de los garrotes vacilaron, pero después regresaron a sus puestos cuando vieron que Ino la soltaba. Por lo visto sabían bien lo que Valan Luca prefería que vigilaran y guardaran.

—¿Qué demonios pretendéis? —demandó la mujer, pero Ino se limitó a indicarle por señas que lo siguiera y, sin apenas aflojar el paso a través del gentío que esperaba apiñado para entrar, comprobó si Nynaeve hacía caso. El hombre era un poco patizambo, y se movía como quien está más acostumbrado a desplazarse sobre la grupa de un caballo que sobre sus propias piernas. Rezongando para sus adentros, Nynaeve se recogió la falda y fue en pos de él en dirección a la ciudad.

Otros dos espectáculos estaban instalados dentro de unas cercas de lona marrón, a corta distancia, y detrás había más, esparcidos entre los abarrotados poblados de chabolas, pero ninguno de ellos muy cerca de las murallas de la ciudad. Aparentemente, la gobernadora, como llamaban a la mujer que Nynaeve habría denominado alcaldesa —aunque no conocía ningún caso de una mujer que ostentara ese cargo— había decretado una distancia mínima de separación de un kilómetro, a fin de proteger la ciudad en caso de que cualquiera de los animales se escapara.

En el cartel colocado sobre la entrada al espectáculo más cercano ponía «Mairin Gome» en una florida caligrafía en verde y dorado. Se veía claramente a dos mujeres por encima del letrero, aferradas a una cuerda que colgaba de un alto armazón de postes que no estaba allí cuando se había instalado la valla de lona de Luca. Al parecer, el que los mastodontes se irguieran sobre las patas traseras de modo que se los viera desde el exterior estaba surtiendo efecto. Las mujeres se contorsionaban en unas posturas que a Nynaeve le recordaban desagradablemente lo que le había hecho Moghedien, y se las ingeniaban incluso para mantenerse en una perfecta horizontal a cada extremo de la cuerda. La multitud que aguardaba impacientemente para entrar al espectáculo de la señora Gome era casi tan numerosa como la que esperaba frente al acceso del de Luca. Ninguno de los otros espectáculos tenían nada visible desde el exterior, de modo que la cantidad de gente agrupada a sus puertas era mucho más reducida.

Librodot

Ino se negó a contestar las preguntas de la mujer ni a decir una palabra ni a hacer otra cosa que asestarle miradas ceñudas hasta que estuvieron lejos del bullicio, en un camino de carros.

—Lo que pretendo, maldita sea —gruñó entonces—, es llevaros donde podamos hablar sin que un condenado gentío os haga pedazos al intentar besar el repulgo de vuestra maldita falda cuando descubra que conocéis al jodido lord Dragón. —No había nadie a menos de treinta pasos de distancia, pero aun así Ino siguió echando ojeadas en derredor por si alguien estaba escuchando—. ¡Trueno, rayos y centellas, mujer! ¿Es que no sabéis cómo son estos cabezas de chivo? ¡La mitad están convencidos de que el Creador charla con ellos todas las malditas noches mientras cenan, y la otra mitad piensa que es el jodido Creador!

—Os agradecería que moderarais vuestro lenguaje, maese Ino. Y también que aminoraseis el paso. No estamos disputando una carrera. ¿Adónde vais y por qué he de seguiros?

El hombre puso el ojo en blanco y soltó una seca risita.

—Ahora os recuerdo bien, vaya que sí. Sois la de la lengua conde... La lengua afilada. Ragan opinaba que con ella podríais desollar y trocear a un jod... un toro a diez pasos de distancia. Chaena y Nangu decían que a cincuenta.

Al menos había aflojado el paso, pero aun así Nynaeve se paró en seco.

—¿Adónde vamos? —inquirió.

—Al interior de la ciudad. —El hombre no se detuvo. Continuó caminando a la par que le hacía señas para que lo siguiera—. No sé qué demonios estáis haciendo aquí, pero, así me abrase, recuerdo que estabais enredada con la «mujer de azul».

Mascullando entre dientes, Nynaeve se remangó la falda y echó a andar tras él apresuradamente; era la única forma de oír lo que decía. Ino siguió hablando como si la mujer no se hubiera apartado de él ni un momento:

—Este jod... lugar no es seguro para vos. Creo que puedo reunir el cond... suficiente dinero para enviaros a Tear. Según los rumores es allí donde se encuentra el lord Dragón. —De nuevo echó una mirada suspicaz en derredor—. A menos que queráis dirigiros a la isla. —Debía de referirse a Tar Valon—. Hay también unos jod... extraños rumores respecto a ese sitio. ¡Paz, vaya si los hay! —Era oriundo de una tierra que no había conocido la paz en tres mil años; los shienarianos usaban la palabra como un talismán al igual que como un juramento—. Se dice que la antigua Amyrlin ha sido depuesta, y tal vez ejecutada. Algunos afirman que hubo lucha y que prendieron fuego a toda la mald... —Hizo una pausa, respiró hondo e hizo una horrible mueca—. A toda la ciudad.

Sin dejar de caminar, Nynaeve lo observaba con sorpresa. Hacía casi un año que no lo veía y apenas si había cruzado más de dos palabras con él, y sin embargo... ¿Por qué pensarían todos los hombres que una mujer necesitaba la protección varonil? ¡Ellos eran incapaces de atarse siquiera los lazos de sus camisas sin la ayuda de una mujer!

—Nos las estamos arreglando bien por ahora, gracias. A no ser que sepáis de algún comerciante fluvial cuyo barco vaya a atracar para hacer una escala en su viaje río abajo.

—¿Nos? ¿Es que la mujer de azul está con vos? ¿O la de marrón?

Ahora debía de referirse a Moraine y a Verin. Desde luego, era muy prudente.

—No. ¿Os acordáis de Elayne? —Él hizo un brusco asentimiento con la

cabeza, y Nynaeve sintió la imperiosa necesidad de darle una lección; nada parecía desconcertar al hombre, y saltaba a la vista que sólo esperaba encargarse de su bienestar—. Pues acabáis de verla otra vez. Dijisteis que tenía —aquí adoptó un tono ronco para imitar la voz de Ino— «suficientes redaños para ser una jodida reina».

Tuvo la satisfacción de verle dar un respingo; el hombre echó una mirada a su alrededor tan furibunda que hasta dos Capas Blancas que venían a caballo dieron un rodeo para no pasar cerca de él, aunque disimularon que no lo hacían por ese motivo, naturalmente.

—¿Ella? —gruñó con incredulidad—. Pero si su jodido cabello es negro como ala de cuervo... —Entonces miró el de Nynaeve, y un instante después echaba a andar de nuevo por el camino de carros al tiempo que mascullaba entre dientes—: ¡La condenada muchacha es hija de una reina! ¡De una jodida reina! Y enseña las condenadas piernas de ese modo. —Nynaeve asintió, de acuerdo con el comentario, pero entonces Ino añadió—: ¡Vosotros, los malditos sureños, sois gente muy rara! ¡Sin una pizca de jodida decencia!

No era el más indicado para hablar así, pensó Nynaeve. Puede que los shienarianos vistieran apropiadamente, pero todavía se ponía colorada al recordar que en ese país los hombres y las mujeres se bañaban juntos cada dos por tres, sin darle importancia, con tanta naturalidad como si estuvieran compartiendo una comida.

—¿Es que vuestra madre no os enseñó nunca a hablar bien, hombre? —El ojo de Ino se estrechó y le asestó una mirada tan funesta como la del falso. En Fal Dara tanto él como todos los demás la habían tratado como a una noble. Por supuesto, resultaba difícil hacerse pasar por una dama con este vestido y con el cabello de un color que no podía ser jamás natural. Se ajustó el chal y cruzó los brazos para sujetarlo bien. La lana gris resultaba muy incómoda con este calor tan seco, si bien ella estaba empapada; no sabía de nadie que hubiese muerto por sudar demasiado, pero pensó que quizás ella podría ser la primera—. ¿Qué hacéis aquí, Ino?

El soldado miró en derredor antes de responder. No era una precaución necesaria, ya que apenas había gente ni vehículos transitando por el camino —alguno que otro carro de bueyes, unas cuantas personas con ropas de campesinos o incluso más bastas, y un jinete aquí y allí— y ninguno de ellos parecía deseoso de acercarse más de lo estrictamente necesario a Ino. Parecía la clase de hombre capaz de cortarle el cuello a uno por capricho.

—La mujer de azul nos dio un nombre de mujer en Jehannah, y nos dijo que esperáramos allí hasta que enviara instrucciones, pero la mujer de Jehannah estaba muerta y enterrada cuando llegamos. Era vieja. Murió mientras dormía, y ninguno de sus familiares había oído nunca el nombre de la mujer de azul. Entonces Masema empezó a hablarle a la gente, y... En fin, no tenía sentido quedarse allí aguardando órdenes que nunca recibiríamos aun en el caso de que llegaran. Nos hemos quedado cerca de Masema porque nos pasa dinero suficiente para ir tirando, aunque ninguno de nosotros, excepto Bartu y Nengar, hace caso a sus tonterías. —El mechón canoso se meció al sacudir la cabeza con irritación.

De repente Nynaeve se dio cuenta de que no había introducido en toda la parrafada ni una sola palabra malsonante. El soldado parecía a punto de tragarse la lengua.

—Bueno, quizá no me importaría mucho si fueseis capaz de maldecir sólo de vez en cuando. —Nynaeve suspiró—. Digamos una cada dos frases, ¿os parece? —Ino le sonrió con tanto agradecimiento que tuvo que

Librodot

contenerse para no levantar las manos en un gesto exasperado—. ¿Cómo es que Masema dispone de dinero y el resto de vosotros no? —Recordaba a Masema: un hombre sombrío y seco a quien no le gustaba nada ni nadie.

—¡Vaya, porque es el jodido Profeta al que viene a oír hablar todo el mundo! —Daba la impresión de que estaba contando las frases. Nynaeve respiró profundamente; el hombre iba a seguir su recomendación al pie de la letra—. Puede que os consiga un maldito barco, si queréis uno. En Ghealdan, lo que el Profeta quiere por lo general lo tiene. No, siempre lo consigue al final, de un modo u otro, maldición. Ese hombre era un buen soldado, pero ¿quién habría imaginado que se iba a convertir en lo que es? —Su mirada ceñuda abarcó todos los toscos poblados y la gente, incluso los espectáculos y la ciudad.

Nynaeve vaciló. ¿De modo que el Profeta que provocaba desórdenes y levantaba a la chusma era Masema? Empero, predicaba la llegada del Dragón Renacido. Casi habían llegado a las puertas de la ciudad y todavía disponía de un rato antes de quedarse quieta como un poste y dejar que Birgitte le disparara flechas. Luca se había disgustado mucho cuando la arquera insistió en que se la llamara Merian. Si Masema pudiera encontrar un barco que se dirigiera río abajo... Ese mismo día, tal vez. Por otro lado, estaban los disturbios. Si, como solía ocurrir, los rumores exageraban, entonces sólo habían muerto unos centenares de personas en las villas y ciudades más al norte. Sólo unos centenares.

—Pero no le recordéis que tenéis algo que ver con esa puñetera isla —continuó Ino mientras la miraba, caviloso. Ahora que lo pensaba, Nynaeve cayó en la cuenta de que probablemente él no sabía cuál era en realidad la relación que tenía con Tar Valon. Después de todo, las mujeres iban allí en busca de ayuda o consejos, no sólo para convertirse en Aes Sedai. El hombre era consciente de que estaba involucrada de algún modo, pero nada más—. No es mucho más amistoso con las mujeres de allí de lo que lo son los condenados Capas Blancas. Si mantenéis la boca cerrada respecto a eso, a buen seguro lo pasará por alto. Para alguien que es del mismo pueblo que el lord Dragón, Masema es muy capaz de hacer construir un jodido barco.

La gente era más numerosa en las puertas de la ciudad, a las que flanqueaban unos achaparrados torreones grises, y por ellas salían y entraban montones de hombres y mujeres, ya fuera a pie o a caballo, con todo tipo de atuendos, desde harapos a chaquetas y vestidos de seda repujada. Las propias puertas, gruesas y reforzadas con bandas de hierro, estaban abiertas y vigiladas por una docena de piqueros que lucían túnicas de láminas superpuestas como escamas y se tocaban con cascos de acero de ala plana. De hecho, los guardias estaban más pendientes de los seis Capas Blancas que deambulaban ociosamente por los alrededores que de cualquier otra cosa. Eran los hombres de níveas capas y bruñidos petos quienes vigilaban a la gente que iba y venía.

—¿Os han causado muchos problemas los Capas Blancas? —preguntó la mujer en voz baja.

Ino frunció los labios como si fuera a escupir, pero al mirarla cambió de idea.

—¿Y dónde no los causan esos bastardos? Había una mujer en uno de esos espectáculos ambulantes que hacía trucos, juegos de mano. Hace cuatro días, una condenada turba de palominos sin redaños, cabezas de chivo, arrasaron el espectáculo. —¡Valan Luca no había hecho la menor mención de ese suceso!—. ¡Paz! Querían a la mujer. Se la acusó de ser —

asestó una mirada furibunda a la gente que pasaba ante ellos y bajó la voz— una Aes Sedai. Y una Amiga Siniestra. Le rompieron el jodido cuello mientras le llevaban a la horca, según oí contar, pero de todos modos colgaron su cadáver. Masema hizo decapitar a los cabecillas, pero fueron los Capas Blancas los que incitaron a la condenada turba. —Su gesto ceñudo encajaba perfectamente con el ojo pintado en el parche—. Ha habido demasiados ahorcamientos y decapitaciones, si queréis mi opinión. El maldito Masema es tan jodidamente fanático como los puñeteros Capas Blancas en lo tocante a encontrar Amigos Siniestros hasta debajo de las piedras.

—Una cada dos frases —lo reprendió, y el hombre se puso colorado.

—¡En qué estaré pensando! —rezongó a la par que se detenía—. No puedo conduciros ahí dentro. Hay un ambiente mezcla de fiesta y de algarada, con un cortabolsas cada dos pasos, y es peligroso para una mujer salir a la calle después de oscurecer. —Parecía más escandalizado por eso que por el resto; en Shienar, una mujer estaba segura en cualquier lugar a cualquier hora (sin contar a los trollocs y los Myrddraal, claro) y cualquier hombre moriría para que fuera así—. No, no es seguro. Os llevaré de vuelta. Cuando encuentre un modo de hacerlo, iré a buscaros.

Eso fue lo que colmó su paciencia y lo que la decidió. Tirando del brazo para soltarse antes de que el hombre se lo agarrara con fuerza, apretó el paso hacia las puertas.

—Vamos, Ino, y no te retrases. Si te quedas rezagado, no te esperaré.

El hombre la alcanzó en dos zancadas al tiempo que mascullaba entre dientes sobre la terquedad de las mujeres. Una vez que Nynaeve comprobó que ése era el tema de sus rezongos y que, aparentemente, Ino no creía que su admonición contra las palabras malsonantes fuera aplicable cuando hablaba consigo mismo, dejó de prestar atención.

Librodot

CAPÍTULO 11

Encuentros en Samara

Los Capas Blancas que estaban en las puertas no prestaron más atención a Ino y a Nynaeve que al resto de la multitud que iba y venía, lo que significaba una penetrante mirada, fría, desconfiada e inquisitoria, pero rápida. Tanta gente hacía imposible cualquier otro tipo de control, y tal vez también tenían que ver en ello los guardias con armadura de láminas imbricadas.

Los soldados tampoco les prestaron mucha atención; Nynaeve se había arreglado el chal adecuadamente. El gesto ceñudo de Ino habría contribuido a que los ojos de los guardias se volvieran hacia los Capas Blancas, pero el hombre no tenía derecho a ponerse ceñudo, para empezar. Sólo le concernía a ella.

Ajustando de nuevo el chal de lana gris, Nynaeve se ató a la cintura las puntas de la prenda. Así, le marcaba el busto más de lo que ella hubiese deseado y todavía dejaba a la vista el inicio del escote, pero era mucho más recatado que el vestido. Al menos, de este modo no tendría que preocuparse más de que el chal le resbalara de los hombros. Ojalá no diera tanto calor. El tiempo tendría que sufrir un cambio a no tardar. Tampoco estaban tan al sur de Dos Ríos.

Para variar, Ino la esperó pacientemente, si bien Nynaeve no tenía muy claro si lo había hecho por simple cortesía —su semblante surcado por la cicatriz exhibía una expresión demasiado paciente—, pero finalmente entraron juntos a Samara. Al caos.

Reinaba una constante algarabía en la que se mezclaban los ruidos sin que se distinguiera un sonido de otro. La gente atestaba las calles toscamente pavimentadas con piedras, casi hombro con hombro, desde las tabernas con tejados de pizarra hasta los establos con techos de bálago, desde las bullangueras posadas con sencillos carteles pintados, como la de El Toro Azul o El Ganso Danzarín, a comercios donde los letreros no llevaban nada escrito, sólo el dibujo de un cuchillo y unas tijeras aquí, un rollo de tela allí, la balanza de un orfebre o la navaja de un barbero, una olla o una lámpara o una bota. Nynaeve vio rostros con la piel tan blanca como cualquier andoreño, y tan oscura como cualquiera de los Marinos, algunos limpios y otros sucios, y chaquetas con cuellos altos, bajos o sin ellos, de colores apagados y fuertes, sencillas y recamadas, raídas o recién hechas, de estilos raros o corrientes. Un tipo con la oscura barba partida en dos lucía cadenas plateadas a través de la pechera de la chaqueta azul lisa, y otros dos que llevaban el cabello recogido en trenzas —¡hombres, con una coleta negra colgando sobre cada oreja hasta más abajo de los hombros!— tenían campanillas de cobre cosidas a las mangas de las chaquetas rojas, así como en las vueltas de las botas, altas hasta los muslos. De dondequiera que procediesen esos dos, no eran unos necios; sus oscuros ojos eran tan duros e inquisitivos como los de Ino, y a la espalda, sujetas con correajes, llevaban espadas de hoja curvada. Un hombre con el torso descubierto, un llamativo

fajín amarillo ceñido a la cintura, la piel de un color tan tostado como una madera envejecida y unos complejos tatuajes en las manos, debía de ser un Marinero, aunque no llevaba pendientes ni anillo en la nariz.

El aspecto de las mujeres era igualmente variopinto, con toda la gama de colores en el cabello, desde el negro intenso hasta un rubio tan pálido que casi era blanco, y peinado con trenzas o recogido o suelto, y muy corto o hasta los hombros o hasta la cintura, los vestidos de lana desgastada o de buen lino o de brillante seda, con cuellos que rozaban la barbilla, de puntilla o bordados, y escotes algunos tan bajos como el que ella misma ocultaba bajo el chal. Incluso vio a una domani de tez cobriza luciendo un atuendo rojo casi transparente que le llegaba hasta el cuello ¡pero que apenas ocultaba nada! Nynaeve se preguntó lo segura que podría estar esa mujer después de oscurecer. O, ya puestos, a plena luz del día.

Los escasos Capas Blancas y soldados que había entre la muchedumbre parecían agobiados y tenían que poner tanto empeño como cualquiera en abrirse paso. Carros de bueyes y carretas tiradas por caballos avanzaban a paso de tortuga por la maraña de calles trazadas al buen tuntún; los portadores de sillas de mano progresaban a trancas y barrancas entre la muchedumbre; y, de tanto en tanto, un carruaje lacado con un tiro de cuatro o seis caballos se abría paso con mucho trabajo, precedido de lacayos con librea y guardias con casco que se esforzaban vanamente en despejar el paso. Había músicos con flautas, cítaras o bandolinas tocando en cada esquina que no estaba ocupada por un juglar o un acróbata —la destreza de ninguno de ellos tenía que preocupar a Thom ni a los Chavana—, acompañados siempre por otro hombre o mujer que sostenían un gorro para las monedas. Abundaban los mendigos harapientos que tiraban de la manga a los paseantes y tendían las pedigüeñas y mugrientas manos. Los vendedores ambulantes pululaban por doquier con bandejas de todo, desde alfileres y cintas hasta peras, y los gritos con que pregonaban las mercancías se perdían en la algarabía general.

La cabeza le daba vueltas a la antigua Zahorí para cuando Ino la condujo hacia una calle más estrecha, donde parecía que la muchedumbre no era tan numerosa, al menos en comparación con lo otro. Nynaeve se detuvo para arreglarse la ropa, que estaba retorcida por las apreturas, antes de ir en pos de él. También el ruido era menor aquí. No había artistas callejeros y pocos vendedores ambulantes y mendigos. Estos últimos mantenían las distancias con Ino, incluso después de que el soldado echara unas cuantas monedas de cobre a una pandilla de golfillos. Nynaeve no los culpaba por ello; el aspecto de Ino no era… caritativo.

Los edificios se alzaban de manera agobiante en estas callejuelas, a las que dejaban sumidas en sombras a pesar de tener sólo dos o tres pisos. Pero en el cielo había buena luz; aún faltaban horas para que anocheciera. Todavía había tiempo de sobra para regresar al espectáculo. Si es que tenía que hacerlo. Con suerte, a lo mejor estaban todos a bordo de un barco fluvial a la caída del sol.

Nynaeve dio un respingo cuando otro shienariano se les unió de manera repentina, con la espada sujeta a la espalda y la cabeza afeitada salvo el mechón de pelo en la coronilla; era un hombre de cabello oscuro y pocos años mayor que ella. Ino hizo las presentaciones de manera somera y dio explicaciones sin dejar de andar ni aminorar el paso.

—Que la Paz os favorezca, Nynaeve —saludó Ragan; la curtida piel de la mejilla se fruncía alrededor de una cicatriz triangular. Ni siquiera la sonrisa

suavizaba los duros rasgos. Nynaeve no conocía a ningún shienariano pusilánime. Esa clase de hombres no sobrevivía mucho a lo largo de la Llaga, ni tampoco las mujeres que fueran débiles—. Os recuerdo, pero vuestro cabello es diferente, ¿no? Da igual. No temáis. Os llevaremos sana y salva a Masema y adondequiera que deseéis ir después. Únicamente guardaos de mencionarle Tar Valon. —Nadie les prestaba atención, pero en cualquier caso Ragan bajó la voz—. Masema cree que la Torre intentará controlar al lord Dragón.

Nynaeve sacudió la cabeza. Otro estúpido hombre que iba a ocuparse de ella. Por lo menos no intentó darle conversación; con su estado de ánimo actual, le habría enseñado lo cáustica que podía ser aunque sólo hubiera hecho un comentario sobre el calor que hacía. En realidad su cara estaba húmeda de sudor, cosa nada extraña considerando que llevaba puesto un chal de lana con ese bochorno. De repente se acordó del comentario hecho por Ino respecto a la opinión que tenía Ragan sobre su afilada lengua. No creía haberle hecho nada más que lanzarle una mirada, pero Ragan se desplazó al otro costado de Ino como buscando refugio y luego la observó de reojo, con cautela. ¡Hombres!

Las calles se fueron estrechando aun más, y aunque los edificios de piedra que las jalonaban mantuvieron la misma altura, las más de las veces era la parte posterior de las casas lo que veían y burdas vallas grises que sólo debían de rodear pequeños patios. Finalmente, giraron por un callejón apenas lo suficientemente ancho para que los tres caminaran juntos. Al fondo de la calleja había un carruaje lacado y dorado al que rodeaban soldados con armaduras. Un poco más cerca, a mitad de camino entre ellos y el carruaje, unos tipos deambulaban a ambos lados del callejón. Casi todos iban armados con clavas o lanzas o espadas tan distintas unas de las otras como sus abigarradas chaquetas. Se los podría haber tomado por una cuadrilla de rufianes, pero ninguno de los dos shienarianos aminoró el paso, y ella tampoco.

—La calle a la que da la fachada estará repleta de imbéciles que esperan atisbar a Masema tras una puñetera ventana. —Ino mantenía un tono lo bastante bajo para que sólo lo oyera Nynaeve—. La única forma de entrar es por la parte posterior. —Guardó silencio cuando estuvieron bastante cerca para que los hombres armados pudiesen escucharlo.

Dos de ellos eran soldados con yelmos y armaduras de láminas imbricadas, con espadas a la cintura y lanzas en la mano, pero fueron los otros quienes observaron de hito en hito a los tres recién llegados mientras toqueteaban sus armas. Sus ojos eran inquietantes, demasiado penetrantes, casi febriles. Por una vez, a Nynaeve le habría gustado ver una mirada libidinosa. A estos hombres les daba igual si era una mujer o un caballo.

Sin pronunciar palabra, Ino y Ragan desabrocharon los correajes que sujetaban sus espadas a la espalda y le tendieron las armas, así como las dagas, a un hombre de mejillas orondas que podría haber sido antaño un tendero a juzgar por su traje azul de lana. Las limpias ropas habían sido de calidad, pero estaban muy desgastadas, y arrugadas como si hubiera dormido con ellas durante un mes seguido. Saltaba a la vista que conocía a los shienarianos, y aunque miró con el ceño fruncido a Nynaeve, en especial a su cuchillo del cinturón, señaló con la cabeza, sin decir palabra, una estrecha puerta de madera que había en el muro de piedra. Aquello era quizá lo más chocante de todo, que ninguno de ellos pronunciaba una sola palabra.

Librodot

Al otro lado del muro había un pequeño patio donde las malas hierbas crecían entre los adoquines. La alta casa de piedra —tres amplios pisos de un color gris pálido, con anchas ventanas, aleros y gabletes tallados en volutas y tejado de tejas rojo oscuro— debía de haber sido una de las mejores de Samara. Una vez que el portón se cerró tras ellos, Ragan dijo quedamente:

—Ha habido intentos de asesinar al Profeta.

Nynaeve tardó unos segundos en comprender que le estaba explicando la razón de que les hubieran retirado las armas.

—Pero vosotros sois sus amigos —protestó—. Todos seguisteis a Rand hasta Falme. —No le daba la gana llamarlo lord Dragón.

—Por eso nos permiten entrar, maldita sea —replicó con tono seco Ino—. Os dije que no vemos todas las cosas del mismo modo que… el Profeta. —La ligera pausa y la rápida ojeada hacia el portón para comprobar si había alguien escuchando fueron muy reveladoras. Hasta entonces lo había llamado Masema, y, a todas luces, Ino no era de los que refrenaban la lengua fácilmente.

—Por una vez, tened cuidado con lo que decís —le advirtió Ragan a la mujer—, y a buen seguro tendréis la ayuda que queréis.

Nynaeve asintió con tanta avenencia como podría desear cualquiera —sabía reconocer lo que era de sentido común cuando se lo decían aunque no hubiera pedido opinión— pero Ragan e Ino intercambiaron una mirada de incertidumbre. Como siguieran así, los iba a meter en el mismo saco con Thom y Juilin y a cortar todo lo que sobresaliera.

Por buena que fuera la casa, la cocina estaba polvorienta y desierta salvo por una mujer huesuda de cabello canoso, cuyo sencillo vestido gris y blanco delantal eran lo único limpio que se veía mientras cruzaron la estancia. La anciana apenas si levantó la vista del cazo de sopa que cocía sobre una pequeña lumbre en uno de los anchos fogones de piedra para verlos pasar. Dos cazuelas abolladas colgaban de ganchos donde podría haber habido veinte, y sobre la amplia mesa había una bandeja lacada en azul, con un descascarillado cuenco de loza.

Más allá de la cocina, unas colgaduras moderadamente elegantes decoraban las paredes. Nynaeve había desarrollado ciertos conocimientos durante el último año, y esas escenas de banquetes y cacerías de venados, osos y jabalíes sólo podían calificarse de buenas, no de excelentes. Sillas, mesas y arcones se alineaban en las paredes; los muebles estaban lacados en oscuro, con marmoleado rojo e incrustaciones de nácar. También las colgaduras y el mobiliario tenían polvo, y el suelo de baldosas rojas y blancas sólo había recibido una ligera pasada con bayeta. Las telarañas decoraban los rincones y las cornisas de los altos techos de escayola.

No vieron a ningún otro sirviente —ni a nadie— hasta que toparon con un tipo flaco que estaba sentado en el suelo, al lado de una puerta abierta; la mugrienta chaqueta de seda roja era demasiado grande para él y no encajaba con la sucia camisa y los raídos calzones de lana. El cuero de las botas estaba agrietado, y una de las suelas tenía un buen agujero; por la puntera de la otra asomaba el dedo gordo del hombre. Al verlos, levantó una mano y susurró:

—¿La Luz os ilumine y que el nombre del lord Dragón sea alabado? —Dio una entonación interrogante a la frase mientras torcía quejosamente la cara, tan sucia como la camisa, aunque por lo visto era su forma de hablar—. ¿No se puede molestar al Profeta ahora? ¿Está ocupado? ¿Tendréis que

esperar un poco?

Ino asintió pacientemente y Ragan se recostó contra la pared; obviamente ya habían pasado por lo mismo antes. Nynaeve ignoraba qué había esperado del Profeta, ni siquiera ahora que sabía quién era, pero, desde luego, no suciedad. Esa sopa le había olido a repollo y patatas, ni mucho menos la comida de un hombre que tenía a toda una ciudad bailando a su son. Y únicamente dos criados, los cuales podrían haber salido de las chozas más pobres que había en las afueras de la ciudad.

El flaco guardia, si es que era tal —no tenía armas; quizá no se fiaban de que las llevara—, no hizo objeción cuando Nynaeve se movió hasta donde podía ver a través de la puerta. El hombre y la mujer que estaban dentro no podían ser más distintos. Masema se había afeitado la cabeza del todo, incluso el mechón de la coronilla, y su chaqueta era de sencilla lana marrón, muy arrugada pero limpia, aunque el cuero de las botas de caña alta estaba arañado. Los hundidos ojos le otorgaban una expresión ceñuda a su mirada, permanentemente áspera, y una cicatriz trazaba un pálido triángulo en la curtida mejilla, casi un calco de la Ragan, sólo que más desdibujada por la edad y por estar un pelo más cerca del ojo. La mujer, con un elegante vestido de seda azul bordado en oro, debía de rondar la madurez y era bastante atractiva a pesar de la nariz, quizás un poco larga para considerarla una belleza. Un sencillo casquete azul le sujetaba el cabello oscuro, largo hasta la cintura, pero lucía un ancho collar de oro y gotas de fuego —unas piedras preciosas muy raras y valiosas—, con una pulsera a juego, así como anillos con gemas en casi todos los dedos. Mientras que Masema parecía listo para abalanzarse sobre algo, enseñando los dientes, ella hacía gala de una gracia y una reserva majestuosas.

—... tantos os siguen dondequiera que vais —estaba diciendo la mujer—, que el orden se fue al garete cuando llegasteis. La gente ya no está a salvo ni tampoco sus propiedades...

—El lord Dragón ha roto todas las leyes establecidas, todas las obligaciones estipuladas por los mortales. —La voz de Masema sonaba acalorada, pero debido a la intensidad, no a la ira—. Las Profecías dicen que el lord Dragón romperá todos los vínculos que atan, y así es. El resplandor del lord Dragón nos protegerá contra la Sombra.

—No es la Sombra la que amenaza aquí, sino los cortabolsas, los rateros y los atracadores. Algunos de vuestros seguidores, muchos, creen que pueden coger lo que quieren de quienquiera que lo tenga, sin pagar y sin permiso.

—Hay justicia en el más allá, donde volvemos a nacer. Preocuparse por las cosas de este mundo es inútil. Pero, de acuerdo. Si deseáis justicia terrenal —frunció los labios en un gesto despectivo—, que así sea. De ahora en adelante, al hombre que robe se le cortará la mano derecha, y el que se meta con una mujer u ofenda su honor o cometa asesinato, será colgado. A una mujer que robe o asesine se la flagelará. El castigo se impondrá si el acusador encuentra doce personas que están de acuerdo. Que así sea.

—Se hará como decís, por supuesto —murmuró la mujer. Su semblante mantuvo la circunspecta elegancia, pero en su voz se advertía que estaba impresionada. Nynaeve ignoraba cómo se establecían las leyes en Ghealdan, pero dudaba que se impartieran con esa despreocupación. La mujer respiró profundamente—. Queda todavía el tema de la comida. Resulta difícil alimentar a tantas personas.

—Todo hombre, mujer y niño que siga al lord Dragón debe tener el

Librodot

estómago lleno. ¡No puede ser de otro modo! Donde puede encontrarse oro, también puede encontrarse comida, y en el mundo hay mucho oro. Y demasiada preocupación por él. —Masema sacudió la cabeza con ira. No contra ella, sino en general. Era como si buscara a los que se interesaban tanto por el oro para desatar su cólera sobre ellos—. El lord Dragón ha renacido. La Sombra se cierne sobre el mundo, y sólo él puede salvarnos. Sólo la fe en el lord Dragón, la sumisión y la obediencia a la palabra del lord Dragón. Todo lo demás es inútil, aunque no pueda tildarse de blasfemia.

—Bendito sea el nombre del lord Dragón en la Luz. —Sonó como una contestación aprendida de memoria—. Ha dejado de ser un simple asunto de oro, mi señor Profeta. Encontrar y transportar la comida en suficientes cantidades...

—No soy ningún señor —la volvió a interrumpir, y ahora sí que estaba enfadado. Se inclinó hacia la mujer, los labios casi espumeando, y, aunque el semblante de la mujer no se alteró, sus manos se crisparon como si quisieran apuñar el vestido—. No hay más señor que el lord Dragón, en quien la Luz habita, y yo sólo soy un humilde heraldo suyo. ¡Recordadlo! ¡Nobles o plebeyos, los blasfemos se hacen merecedores de la flagelación!

—Perdonadme —murmuró la enjoyada dama mientras hacía una reverencia adecuada para la corte de una reina—. Es como decís, por supuesto. No hay más señor que el lord Dragón, bendito sea su nombre, y yo no soy más que una humilde seguidora suya que acude para oír la sabia guía del Profeta.

Masema se limpió las comisuras de los labios con el dorso de la mano; de repente, su actitud era fría.

—Lleváis demasiado oro encima. No dejéis que las posesiones terrenales os seduzcan. El oro es escoria. El lord Dragón lo es todo.

De inmediato, la mujer empezó a quitarse anillos de los dedos y, antes de que hubiera sacado el segundo, el tipo flaco llegó rápidamente a su lado, sacó una bolsita de la chaqueta y la sostuvo abierta para que la mujer echara las joyas dentro. A los anillos les siguieron el brazalete y el collar.

Nynaeve miró a Ino y enarcó una ceja.

—Todo, hasta el último céntimo, se destina a los pobres —dijo el soldado en voz tan baja que le costó trabajo escucharlo—, o a alguien que lo necesite. Si una maldita mercader no le hubiera dado su casa, él estaría viviendo en un jodido establo o en una de esas chozas, fuera de la ciudad.

—Hasta su comida procede de donaciones —añadió Ragan en un tono igualmente bajo—. Antes solían traerle viandas dignas de un rey, hasta que se enteraron de que lo daba todo excepto un trozo de pan y un poco de sopa o de guiso. Ahora casi ni prueba el vino.

Nynaeve sacudió la cabeza. Supuso que era un modo como otro cualquiera de obtener dinero para los pobres: simplemente quitárselo a cualquiera que no fuera indigente. Naturalmente, con ese método al final acabarían todos siendo pobres, pero podría funcionar durante un tiempo. Se preguntó si Ino y Ragan estarían al tanto de todo, de la gente que afirmaba estar recogiendo dinero para ayudar a otros y que a menudo encontraba el modo de que se quedara en sus bolsillos una buena tajada, o que le gustaba el poder que le proporcionaba el ir repartiéndolo; y le gustaba en exceso. Tenía mejor opinión de la persona que daba voluntariamente un céntimo de su propio bolsillo que del tipo que entregaba una corona de oro que había sacado a la fuerza del bolsillo de otro. Y la tenía incluso peor de los necios que abandonaban sus granjas y tiendas para seguir a este... «Profeta», sin

Librodot

tener la menor idea de dónde sacarían su próxima comida.

Dentro de la habitación, la mujer hizo una reverencia a Masema, ésta aun más pronunciada que la anterior, extendiendo los vuelos de la falda e inclinando la cabeza.

—Hasta que vuelva a tener el honor de oír las palabras y el consejo del Profeta —se despidió—. Que el nombre del lord Dragón sea bendito en la Luz.

Masema hizo distraídamente un ademán despidiéndola, olvidado ya de la mujer. Los había visto en el pasillo esperando y los observaba con una expresión lo más parecida a la complacencia que su severo rostro era capaz de transmitir, es decir, que apenas guardaba semejanza con tal emoción. La mujer salió del cuarto sin dar señales de ver a Nynaeve ni a los dos hombres. La antigua Zahorí resopló mientras el tipo delgaducho de la chaqueta roja les hacía una seña para que entraran. Para ser alguien a quien acababan de despojar de sus joyas, esa mujer se daba tantos aires como una reina.

El tipo delgado regresó a su sitio junto a la puerta mientras los tres hombres se estrechaban la mano al estilo de la Tierras Fronterizas, agarrándose por el antebrazo.

—Que la Paz propicie el uso de tu espada —dijo Ino, haciéndose eco del saludo de Ragan.

—Que la Paz sea con el lord Dragón —fue la respuesta de Masema—, y que su Luz nos ilumine a todos.

Nynaeve contuvo la respiración. No cabía otra interpretación a esa frase; significaba que el lord Dragón era la fuente de la Luz. ¡Y encima tenía el descaro de acusar de blasfemia a otros!

—¿Habéis visto por fin la Luz? —preguntó Masema.

—Caminamos bajo ella —repuso con tiento Ragan—. Como siempre.

Ino siguió callado y mantuvo inexpresivo el semblante. Por el contrario, una expresión de cansada paciencia se reflejó de manera extraña en los severos rasgos de Masema.

—No hay otro camino hacia la Luz que a través del lord Dragón. Al final veréis el camino y la verdad, porque lo habéis visto a él, y sólo aquellos cuyas almas han sido consumidas por la Sombra pueden ver y no creer. Vosotros no sois de ésos. Alcanzaréis la fe.

A despecho del calor y del chal de lana, Nynaeve sintió que se le ponía carne de gallina. La voz del hombre rebosaba una absoluta convicción, y, a tan corta distancia de él, atisbó un brillo en sus negros ojos que rayaba en la demencia. Aquellos ojos se volvieron hacia ella, y Nynaeve tensó las rodillas de manera instintiva. Este hombre hacía que el Capa Blanca más fanático pareciera transigente. Aquellos tipos del callejón eran sólo una pálida imitación de su amo.

—¿Y tú, mujer? ¿Estás dispuesta a abrazar la Luz del lord Dragón abandonando el pecado y la carne?

—Yo camino en la Luz lo mejor que puedo. —Se irritó consigo misma al darse cuenta de que escogía las palabras con tanto cuidado como Ragan. ¿Pecado? ¿Quién se creía que era?

—Estás demasiado preocupada por la carne. —La mirada de Masema resultó abrasadora al pasar por su cabeza, el vestido rojo y el ajustado chal de lana.

—¿Qué queréis decir con eso? —replicó. El único ojo de Ino se desorbitó en un gesto de sobresalto, y Ragan le hizo una leve seña para que se callara, pero ya no había modo de parar a Nynaeve—. ¿Os creéis con derecho a

decirme cómo he de vestir? —Antes de darse cuenta de lo que hacía, desató el chal y lo dejó deslizarse sobre los hombros; de todas maneras, hacía mucho calor—. ¡Ningún hombre tiene ese derecho ni sobre mí ni sobre cualquier otra mujer! ¡Si decido ir desnuda no es asunto de vuestra incumbencia!

Masema contempló su busto un momento, aunque no hubo en sus ojos hundidos el menor atisbo de admiración, sino un profundo desprecio, y después alzó la vista hacia su rostro. El ojo sano de Ino encajaba a la perfección con el pintado, mirando sañudamente al vacío, y Ragan se encogió mientras, a buen seguro, rezongaba para sus adentros.

Nynaeve tragó saliva con esfuerzo. Adiós a su pretendido control del mal genio. Tal vez por primera vez en su vida, lamentó sinceramente decir lo que pensaba sin reflexionar antes. Si este hombre podía ordenar que cortaran la mano a cualquiera y que ahorcaran a otros con sólo la parodia de un juicio, ¿de qué no sería capaz? Juzgó que estaba lo bastante furiosa para encauzar.

Sin embargo, si lo hacía... Si Moghedien o cualquiera de las hermanas Negras se encontraban en Samara... «Pero ¿y si no lo hago...?» Habría querido ajustarse el chal otra vez, subirlo hasta la barbilla, pero se negaba a claudicar estando él mirándola. Una vocecilla en su cabeza le gritó que no fuera tan estúpida, que sólo los hombres anteponían el orgullo al sentido común, pero le sostuvo la mirada a Masema con actitud desafiante, a pesar de que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tragar saliva de nuevo. El hombre frunció los labios en un gesto despectivo.

—Este tipo de ropas se lleva para tentar a los hombres, nada más. —Nynaeve no entendía cómo era posible que la voz de Masema fuera tan ferviente y tan fría al mismo tiempo—. Los pensamientos sobre la carne apartan la mente del lord Dragón y de la Luz. Me he planteado la posibilidad de prohibir vestidos que distraigan las miradas y la mente de los hombres. Que las mujeres que pierden el tiempo atrayendo a los hombres, y los hombres que atraen a las mujeres, sean azotados hasta que entiendan que sólo en la perfecta contemplación del lord Dragón y de la Luz puede encontrarse el gozo. —Realmente ya no la estaba mirando. Los ardientes ojos negros parecían mirar a través de ella algo distante—. Que las tabernas y establecimientos donde se venden bebidas fuertes, y todos los lugares que aparten la mente de las personas de esa perfecta contemplación, se cierren y se quemen hasta los cimientos. Yo frecuentaba sitios así en mis años de pecador, pero ahora lo lamento profundamente, como todo el mundo debería lamentar sus transgresiones. ¡Sólo existen el lord Dragón y la Luz! ¡Todo lo demás es ilusión, una trampa puesta por la Sombra!

—Ésta es Nynaeve al'Meara —se apresuró a decir Ino a la primera pausa que hizo Masema para respirar—. De Campo de Emond, en Dos Ríos, de donde procede el lord Dragón. —La cabeza de Masema se giró lentamente hacia el soldado tuerto, y la mujer aprovechó para ajustarse rápidamente el chal como lo llevaba antes—. Estaba en Fal Dara con el lord Dragón, y en Falme. El lord Dragón la rescató allí. El lord Dragón la aprecia como a una madre.

En cualquier otro momento Nynaeve le habría soltado unas cuantas frescas e incluso le habría dado una buena bofetada. Rand no la había rescatado —o no exactamente—, y sólo tenía cinco años más que él. Conque una madre, ¿no? ¡Y unas narices!

Masema volvió la mirada hacia ella. El anterior brillo fervoroso de sus ojos no era nada comparado con el de ahora. Parecían a punto de irradiar

Librodot

llamas.

—Nynaeve. Sí. —Su voz cobró entusiasmo—. ¡Sí! Recuerdo vuestro nombre, y vuestro rostro. Bendita sois entre las mujeres, Nynaeve al'Meara, más que ninguna salvo la propia madre del lord Dragón, ya que lo cuidasteis de niño. —La aferró de los brazos con tanta fuerza que sus dedos se le clavaron en la carne, pero el hombre no pareció advertirlo—. Hablaréis a la multitud sobre la infancia del lord Dragón, de sus primeras palabras de sabiduría, de los milagros que lo acompañaron. La Luz os ha enviado para servir al lord Dragón.

Nynaeve no sabía qué decir. Nunca había habido milagros relacionados con Rand que ella supiera. Había oído ciertos rumores en Tear, pero no podían describirse realmente como milagros las cosas que provocaba un *ta'veren*. Hasta lo ocurrido en Falme tenía una explicación racional; bueno, más o menos. En cuanto a palabras de sabiduría, la primera frase sensata que había salido de su boca había sido la ferviente promesa de que jamás volvería a tirar una piedra a nadie, y la había dicho después de que ella le hubiera dado una buena tunda en el tierno trasero por ello. No creía que hubiera oído ninguna otra palabra sensata después de eso. De todos modos, aun en el caso de que Rand hubiera dado sabios consejos desde la cuna, aunque hubiera habido cometas en la noche y apariciones en el cielo de día, no se habría quedado con este demente.

—Tengo que viajar río abajo —manifestó cautelosamente—. Para reunirme con él. Con el lord Dragón. —Pronunciar el título fue como tragarse la bilis, sobre todo habiendo pasado tan poco tiempo desde que se hiciera a sí misma la promesa de no llamarlo más que por su nombre, pero, por lo visto, en presencia del Profeta uno no se refería a Rand simplemente como «él». «Sólo estoy comportándome con sensatez, eso es todo.» Según el viejo dicho «El hombre es un roble, y la mujer, un sauce». El roble se resistía al viento y acababa rompiéndose, mientras que el sauce se doblaba cuando era preciso y sobrevivía. Eso no quería decir que tuviera que gustarle doblegarse—. Él... el lord Dragón... está en Tear y me ha mandado llamar.

—En Tear. —Masema retiró las manos, y Nynaeve se frotó los brazos con disimulo. Y no era porque quisiera ocultarlo, claro. El hombre volvía a tener la mirada perdida en el vacío—. Sí, lo he oído. —Como si hablara con alguien que no estaba allí o consigo mismo—. Cuando Amadicia haya aceptado al lord Dragón como ha hecho Ghealdan, conduciré a la gente a Tear para gozar del esplendor del lord Dragón. Enviaré discípulos para difundir la nueva del lord Dragón por todo Tarabon y Arad Doman, en Saldaea, en Kandor, en las Tierras Fronterizas y en Andor, y conduciré a la gente para que se postre a sus pies.

—Un excelente plan... eh... oh, Profeta del lord Dragón. —Un plan estúpido donde los hubiera, pensó Nynaeve. Eso no quería decir que no funcionara. Los planes absurdos solían salir bien a menudo por alguna razón, cuando los hacían hombres. A lo mejor a Rand le gustaba incluso tener a toda esa gente de rodillas ante él si es que era la mitad de arrogante de lo que decía Egwene—. Pero nosotros... no podemos esperar. Se me ha hecho llamar, y cuando el lord Dragón manda llamar a alguien, los simples mortales obedecen. —¡Algún día tendría la ocasión de soltarle una buena bofetada a Rand por verse obligada a hacer esto!—. Tengo que encontrar un barco que me lleve río abajo.

Masema la contempló fijamente durante tanto tiempo que la mujer empezó a ponerse nerviosa. Notaba cómo le corría el sudor por la espalda y

entre los senos, y ello sólo se debía en parte al calor. Aquella mirada habría hecho sudar a Moghedien.

Finalmente Masema asintió, y la expresión ferviente se disipó para dejar paso al habitual gesto severo.

—Sí —musitó—. Si se os ha llamado debéis ir. Que la Luz os acompañe y os guíe. Vestíos con más recato, porque quienes han estado cerca del lord Dragón deben ser más virtuosos que los demás, y meditad sobre el lord Dragón y su Luz.

—¿Qué me decís del barco fluvial? —insistió Nynaeve—. Debéis de estar enterado de la llegada de una embarcación a Samara o a cualquier pueblo a lo largo del río. Si tuvieseis a bien informarme dónde puedo encontrar un barco, ello contribuiría a hacer mi viaje más... rápido. —Había estado a punto de decir «más fácil», pero dudaba que facilitar las tareas le importase ni poco ni mucho a Masema.

—No me preocupo por ese tipo de cosas —repuso él, malhumorado—. Pero tenéis razón. Cuando el lord Dragón ordena, se debe obedecer prestamente. Haré indagaciones, y si hay un barco, alguien acabará informándome. —Sus ojos se volvieron hacia los otros dos hombres—. Debéis ocuparos de que esté a salvo hasta entonces. Si insiste en vestirse así, atraerá a hombres con mentes perversas. Hay que protegerla, como a una chiquilla díscola, hasta que se reúna con el lord Dragón.

Nynaeve tuvo que morderse la lengua. Un sauce, no un roble, cuando era necesario doblegarse. Se las ingenió para disimular su irritación tras una sonrisa que debía de expresar toda la gratitud que cualquier estúpido hombre pudiese desear. Aunque un estúpido peligroso. Tenía que recordarlo.

Ino y Ragan se despidieron rápidamente con el mismo tipo de saludo que al entrar, y la sacaron casi en volandas, uno de cada brazo, como si por alguna razón creyeran necesario alejarla cuanto antes de Masema. Éste parecía haberse olvidado de ellos antes de que llegaran a la puerta; ahora miraba, ceñudo, al hombre flaco, que aguardaba al lado de un tipo de aspecto rústico que vestía ropas de granjero y que estrujaba el gorro entre las gruesas manos, con una expresión de sobrecogimiento pintada en su ancho rostro.

Nynaeve no pronunció una sola palabra mientras volvían sobre sus pasos a través de la cocina, donde la mujer canosa seguía revolviendo la sopa, como si no se hubiese movido en todo el rato. Nynaeve también contuvo la lengua mientras recobraban sus armas, y siguió haciéndolo hasta que salieron del callejón a otro pasaje cuya anchura lo hacía casi merecedor de llamarse calle. Entonces se volvió hacia los dos hombres y empezó a sacudir el dedo delante de la nariz de ambos de manera alternativa.

—¿Cómo os atrevisteis a sacarme de la casa a rastras? —La gente que pasaba cerca sonrió; los hombres, de mala gana y las mujeres con aprobación, aunque nadie tenía la menor idea de por qué les estaba echando un rapapolvo—. ¡Cinco minutos más, y habría conseguido que encontrara un barco hoy! ¡Si volvéis a ponerme las manos encima...! —El sonoro resoplido de Ino la hizo enmudecer bruscamente.

—Otros cinco malditos minutos y habría sido Masema el que os hubiera puesto la mano encima. O, más bien, habría mandado que os la pusiera algún otro, ¡y entonces tened por seguro que alguien lo habría hecho, maldita sea! ¡Cuando dice que hay que hacer algo, siempre hay cincuenta puñeteras manos, o un centenar, o un condenado millar si es preciso, prestas a hacerlo!

Librodot

Echó a andar calle abajo, con Ragan a su lado, y Nynaeve tuvo que seguirlos o se habría quedado sola. Ino caminaba como si supiera que iría tras ellos. Faltó poco para que la antigua Zahorí diera media vuelta y se marchara en dirección contraria sólo para demostrarle que estaba equivocado. Seguirlos no tenía nada que ver con tener miedo o perderse en aquel laberinto de calles. Habría sabido encontrar la salida. Antes o después.

—Hizo que flagelaran, ¡que flagelaran!, a un jodido lord consejero de la Cámara Alta de la Corona sólo por hablarle en un tono ni la mitad de brusco que el que habéis empleado vos —rezongó Ino—. Desprecio por la palabra del lord Dragón, lo llamó. ¡Paz! ¡Replicarle que qué puñetero derecho tenía de criticar vuestra condenada vestimenta! Durante unos minutos lo hicisteis bastante bien, pero vi la expresión de vuestro semblante al final. Estabais a punto de atizarlo otra vez con vuestra afilada lengua, condenación. Lo único que os faltó hacer para empeorar la situación fue que nombraseis al lord Dragón. A eso lo llama blasfemia. Igual que nombrar al jodido Oscuro.

El mechón de la coronilla de Ragan se meció cuando el soldado asintió.

—Te acuerdas de lady Baelome, ¿no? Justo después de que llegaran los primeros rumores de Tear con el nombre del lord Dragón, Nynaeve, esa mujer hizo un comentario diciendo «ese tal Rand al'Thor» en presencia de Masema, y éste hizo traer un hacha y un tajo de inmediato.

—¿Hizo que la decapitaran por eso? —inquirió con incredulidad.

—No —masculló Ino, indignado—. Pero sólo porque la dama se arrastró como un condenado gusano ante él cuando comprendió que la cosa iba en serio. La sacaron a rastras y la colgaron por las jodidas muñecas a la parte trasera de su propio carruaje, y después la azotaron a todo lo largo del maldito pueblo dondequiera que fuera que estábamos entonces. Sus propios guardias se quedaron quietos como un puñado de campesinos caguetas y presenciaron los hechos sin mover un dedo.

—Cuando todo hubo acabado —añadió Ragan—, la dama le dio las gracias a Masema por su clemencia, igual que hizo lord Aleshin. —Su tono era demasiado enfático para el gusto de Nynaeve; era una moraleja e intentaba que ella lo comprendiera—. Tenían razones para hacerlo, Nynaeve. Las suyas no habrían sido las primeras cabezas que habría mandado clavar en unos postes. La vuestra podría haber sido la última. Y las nuestras de paso, si hubiésemos intentado ayudaros. Masema no hace distinciones.

Nynaeve inhaló profundamente. ¿Cómo poseía Masema tanto poder? Y no sólo entre sus seguidores, aparentemente. Claro que no había ninguna razón para que los lores y las damas no fueran tan necios como cualquier granjero; a su modo de ver, muchos de ellos lo eran incluso más. Aquella estúpida mujer de los anillos a buen seguro había sido una noble; ninguna mercader llevaba gotas de fuego. Empero, Ghealdan debía de tener leyes, tribunales y jueces. ¿Dónde estaba el rey, o la reina? No recordaba cuál de las dos cosas tenía Ghealdan. En Dos Ríos nadie había tenido mucho que ver nunca con reyes y reinas, pero para eso estaban, ¿no?; ellos y los lores y ladis eran los que tenían que ocuparse de que se impartiera justicia. Sin embargo, lo que Masema hiciera no era asunto suyo. Tenían problemas más importante de los que preocuparse que de un hato de imbéciles que permitían que un loco los pisoteara.

Aun así, la curiosidad la indujo a preguntar:

—¿Acaso se propone impedir que los hombres y las mujeres se miren? ¿Qué cree que pasará si no hay matrimonios ni nacen niños? ¿Lo siguiente que prohibirá será que la gente labre los campos o teja o haga zapatos para

Librodot

que así se dediquen a pensar en Rand al'Thor? —pronunció el nombre a propósito. Estos dos iban por ahí llamándolo «el lord Dragón» casi con tanto fervor como Masema—. Os diré algo. Si intenta decirles a las mujeres cómo deben vestir, provocará un tumulto. Contra él, claro.

Samara debía de tener una institución parecida al Círculo de Mujeres —casi todos los sitios la tenían, aunque lo llamaran de otra manera, aunque no se tratara de una agrupación establecida oficialmente; había ciertas cosas de las que los hombres no podían ocuparse porque carecían del sentido común necesario— y sin duda podían, y lo hacían, llamar al orden a una mujer por llevar atuendos inapropiados, pero no era lo mismo que un hombre metiera las narices en ello. Las mujeres no se inmiscuían en los asuntos de hombres —bueno, sólo lo necesario— y ellos no deberían inmiscuirse en los que atañían a las mujeres.

—Y espero que los hombres reaccionen igual de mal si intenta cerrar tabernas y similares —añadió Nynaeve—. No he conocido a ningún hombre que no se ponga a llorar hasta quedarse dormido si no puede tomarse una copa de vez en cuando.

—Tal vez lo ordene o tal vez no —dijo Ragan—. A veces manda hacer cosas y a veces se le olvida o lo deja a un lado porque surge algo más importante. Os sorprenderíais —añadió con tono seco— de lo que sus seguidores aceptan de él sin soltar un gemido.

Nynaeve cayó en la cuenta de que Ino y él la iban flanqueando y vigilaban con desconfianza a los tipos de la calle. Hasta para ella era evidente que los dos daban la impresión de estar prestos para desenvainar las espadas en un visto y no visto. Si de verdad estaban pensando en cumplir las instrucciones de Masema, no tardarían en descubrir que se habían equivocado.

—No está en contra del puñetero matrimonio —gruñó Ino mientras asestaba una mirada tan dura a un vendedor ambulante con empanadas de carne en una bandeja, que el hombre dio media vuelta y echó a correr sin coger el dinero de dos mujeres que sostenían empanadas en sus manos—. Tenéis suerte de que no recordara que no estáis casada, porque podría haberos enviado con el lord Dragón junto con un marido. A veces escoge a trescientos o cuatrocientos hombres solteros y a otras tantas mujeres, ¡y que me condene si no los casa! La mayoría ni siquiera se han visto antes de ese día. Si esos caguetas destripaterrones no protestan por algo así, ¿pensáis acaso que van a abrir sus jodidas bocas por no poder beber cerveza?

Ragan masculló algo entre dientes, pero Nynaeve captó lo suficiente para fruncir el ceño. «Hay un hombre que no sabe la suerte que tiene» era lo que había dicho. El soldado ni siquiera se dio cuenta de la mirada furibunda que le lanzó. Estaba demasiado ocupado vigilando la calle, atento a cualquiera que pudiera intentar fugarse con ella como si se llevara un cerdo metido en un saco. Nynaeve estuvo tentada de quitarse el chal y arrojarlo a un lado. Ragan tampoco pareció oír su resoplido. Los hombres podían ser insufriblemente ciegos y sordos cuando querían.

—Por lo menos no intentó quitarme mis joyas —dijo—. ¿Quién era esa estúpida mujer que le entregó las suyas? —No debía de tener mucho cacumen si se contaba entre los seguidores de Masema.

—Ésa —respondió Ino— era Alliandre, por la Gracia de la Luz reina de Ghealdan. Y una docena más de esos jodidos títulos que a vosotros, los sureños, tanto os gusta amontonar.

Nynaeve tropezó con un adoquín y faltó poco para que se fuera de

Librodot

bruces al suelo.

—De modo que es así como lo consigue —exclamó mientras apartaba bruscamente las manos de los hombres que intentaban ayudarla—. Si la propia reina es tan necia que le hace caso, no es de extrañar que Masema haga su santa voluntad.

—De necia nada —replicó, cortante, Ino, que le echó una rápida ojeada ceñuda antes de volver a observar la calle—. Es una mujer lista. Cuando uno se encuentra a lomos de un caballo salvaje, más le vale seguirle la corriente y cabalgar como impone el animal si es lo bastante avispado para sacar la mayor ventaja de la situación. ¿La consideráis estúpida porque Masema le quitó las joyas? Pues yo os digo que es lo suficientemente lista para saber que él podría exigirle más si dejara de llevarlas puestas cuando acude a verlo. La primera vez fue a verla él, y desde entonces ha sido al contrario, y entonces sí que le quitó los malditos anillos de los dedos. Llevaba sartas de perlas en el cabello, y Masema las rompió de un tirón. Todas sus damas de compañía se pusieron de rodillas para recoger las puñeteras perlas del suelo. La propia Alliandre recogió unas cuantas.

—Pues eso no me parece que sea el comportamiento de alguien muy listo —repuso resueltamente Nynaeve—. Más bien me suena a cobardía. — «¿Y a quién le temblaban las rodillas sólo porque ese hombre la estaba mirando?», preguntó la vocecilla de su cabeza. «¿Quién sudaba como una condenada?» Por lo menos le había plantado cara. Sí que lo hizo. Doblegarse como un sauce no era lo mismo que acobardarse como un ratón—. ¿Es o no es la reina?

Los dos hombres intercambiaron una de aquellas irritantes miradas.

—No lo entendéis, Nynaeve —dijo quedamente Ragan—. Alliandre es la cuarta que se sienta en el Trono Bendito de la Luz desde que llegamos a Ghealdan, y de eso apenas hace medio año. Johanin llevaba la corona cuando Masema empezó a atraer a pequeñas multitudes, pero lo tomó por un loco inofensivo y no hizo nada ni siquiera cuando el número de seguidores aumentó y sus nobles le aconsejaron que debía poner fin al asunto. Johanin murió en un accidente de caza...

—¡Un accidente de caza! —lo interrumpió Ino con sorna. Un vendedor ambulante que dio la casualidad de estar mirándolo en ese momento, dejó caer la bandeja con alfileres y agujas—. Difícilmente, a menos que no supiera distinguir un puñetero extremo de la jabalina del otro. ¡Condenados sureños con su condenado Juego de las Casas!

—Le sucedió Ellizelle —tomó el hilo Ragan—. Hizo que el ejército dispersara a las multitudes hasta que finalmente se produjo una batalla campal y fue el ejército el que tuvo que salir por pies.

—Valiente mierda de soldados eran ésos —rezongó Ino.

Nynaeve iba a tener que hablar otra vez con él respecto a su lenguaje. Ragan se mostró de acuerdo con un vigoroso cabeceo, pero continuó con lo que estaba contando:

—Se dijo que Ellizelle se tomó veneno después de ese fracaso, pero, muriera como muriera, le sucedió Teresia, que duró diez días en el trono tras su coronación, justo hasta que tuvo la oportunidad de mandar a dos mil soldados contra las diez mil personas que se habían reunido para escuchar a Masema a las afueras de Jehannah. Después de que los soldados sufrieran una completa derrota, Teresia abdicó para contraer matrimonio con un rico mercader. —Nynaeve lo miró con incredulidad, e Ino resopló—. Es lo que se dice —insistió el otro hombre—. En este país, casarse con un plebeyo

significa renunciar al trono para siempre, y fuera cual fuera la opinión que tuviera Beron Goraed sobre tener una bonita y joven esposa de sangre real, he oído comentar que lo sacaron a rastras de su cama varios guardias de Alliandre y lo llevaron a la fuerza al palacio de Jheda para que se celebrara la boda a altas horas de la noche. Teresia se marchó para instalarse en la nueva finca de campo de su esposo mientras que Alliandre era coronada, todo ello antes de que saliera el sol, y la nueva reina mandó llamar a Masema al palacio para comunicarle que no se lo volvería a molestar. Antes de que hubiesen transcurrido dos semanas, era ella la que acudía a la llamada de él. Ignoro si realmente cree lo que predica Masema, pero sí sé que subió al trono de un país al borde de una guerra civil, con los Capas Blancas dispuestos a entrar en él, y lo impidió del único modo que podía. Ésa es una reina inteligente, y cualquier hombre se sentiría orgulloso de servirla aunque sea una sureña.

Nynaeve abrió la boca para replicar, pero olvidó lo que iba a decir cuando Ino manifestó en un tono coloquial:

—Hay un jodido Capa Blanca siguiéndonos. No miréis atrás, mujer. No sois tan tonta como para hacer eso.

La mujer sintió que la nuca se le ponía rígida por el esfuerzo de mantener los ojos fijos al frente; un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—Gira en la próxima esquina, Ino —ordenó.

—Eso nos alejaría de las calles principales y de las malditas puertas. Podríamos despistar al puñetero tipo entre la multitud.

—¡He dicho que gires! —Inhaló lentamente y consiguió que el tono de su voz no sonara tan chillón—. Tengo que echarle una ojeada.

Ino puso un gesto tan feroz que la gente se apartó de su camino a diez pasos de distancia, pero torcieron en el siguiente cruce hacia una calle estrecha. Nynaeve volvió la cabeza un poco mientras giraban, justo lo suficiente para mirar por el rabillo del ojo antes de que la esquina de una pequeña taberna de piedra le tapara el campo visual. La nívea capa con el radiante sol se encontraba entre los transeúntes. El apuesto semblante era inconfundible, el que Nynaeve había esperado ver. Ningún Capa Blanca excepto Galad tenía razón para seguirla, y menos para seguir a Ino o a Ragan.

Librodot

CAPÍTULO 12

La Rueda gira

Tan pronto como el edificio ocultó a Galad, los ojos de Nynaeve se volvieron rápidamente hacia el fondo de la callejuela. La rabia hervía dentro de la mujer, tanto contra sí misma como contra Galadedrid Damodred. «¡Pedazo de tonta, cabeza de chorlito!» La calleja era tan estrecha como el resto, pavimentada con piedras redondas, jalonada por tiendas, casas y tabernas y transitada por un número reducido de personas. «¡Si no hubieses venido a la ciudad nunca os habría encontrado!» Demasiada poca gente para despistarlo. «¡Pero tenías que ir a ver al Profeta! ¡Tenías que engañarte pensando que el dichoso Profeta os sacaría inmediatamente de aquí, antes de que Moghedien apareciese! ¿Cuándo vas a aprender a no depender de nadie salvo de ti misma?» Al momento tomaba una decisión. Cuando Galad girara en esa esquina y no los viera, empezaría a buscar en tiendas y quizá también en tabernas.

—Por aquí. —Se recogió las faldas y corrió hacia el callejón más cercano, donde se apoyó de espaldas contra la pared. Nadie les prestó atención a pesar de su actitud furtiva; ni siquiera quiso plantearse lo que tal hecho significaba sobre cómo iban las cosas en Samara. Ino y Ragan se encontraron junto a ella antes de que Nynaeve hubiera tenido tiempo de plantar los pies, y la llevaron más al fondo del polvoriento callejón, pasando delante de un viejo y astillado cubo y de un barril de agua de lluvia, tan seco que estaba a punto de desmoronarse dentro de los flejes. Por lo menos iban hacia donde ella quería. Por decirlo de algún modo. Con las manos tensas sobre las empuñaduras de las espadas que asomaban por encima de sus hombros, los dos soldados estaban dispuestos a protegerla tanto si quería como si no. «¡Pues déjalos, tonta! ¿Acaso crees que puedes protegerte a ti misma?»

Desde luego, estaba suficientemente furiosa para hacerlo. ¡Tenía que ser Galad, precisamente! ¡Nunca debió salir del recinto del espectáculo! Un capricho estúpido que podía mandar al traste todo. Aquí, al igual que en la casa de Masema, era peligroso que encauzara. La mera posibilidad de que Moghedien o las hermanas Negras se encontraran en Samara la obligaba a depender de los dos hombres para su seguridad. Aquello bastaba para colmarla de ira; habría sido capaz de arrancar de un bocado un trozo de la pared de piedra que tenía detrás. Sabía el motivo de que las Aes Sedai tuvieran Guardianes; bueno, excepto las Rojas. Era una idea racional que su cerebro admitía, pero emocionalmente sentía ganas de bramar de rabia.

Galad apareció caminando lentamente entre la gente calle adelante, escudriñando aquí y allí. Lo lógico habría sido que continuara calle abajo, pero casi de inmediato su mirada se posó en el callejón. En ellos. Ni siquiera tuvo la decencia de mostrarse complacido o sorprendido.

Ino y Ragan se movieron a una en el momento en que Galad giró hacia el callejón. El hombre tuerto tenía la espada desenvainada en un abrir y cerrar de ojos, y Ragan se retrasó un par de segundos porque la empujó un

poco más hacia el fondo del estrecho pasaje. Se colocaron uno detrás del otro; si Galad sobrepasaba a Ino, todavía tendría que enfrentarse a Ragan.

Nynaeve rechinó los dientes. Podía hacer que todas esas espadas fueran innecesarias, inútiles; percibía la Fuente Verdadera como una luz entrevista por encima del hombro, esperando que la abrazara. Podía hacerlo. Si se atreviese.

Galad se detuvo en la entrada del callejón, con la capa echada hacia atrás y una mano apoyada al desgaire sobre la empuñadura de su espada, la viva imagen de la flexible firmeza de un muelle listo para saltar en cualquier momento, aunque a la par con una gracia elegante que, de no ser por el bruñido peto, habríase dicho que estaba en un baile.

—No quiero mataros, shienarianos —dijo sosegadamente a Ino. Nynaeve había oído hablar a Elayne y a Gawyn de la destreza de Galad con la espada, pero por primera vez fue consciente de que realmente podía ser tan bueno como decían. Al menos, él pensaba que lo era. Ante sí tenía a dos expertos soldados con las armas desnudas, y los miraba como haría un mastín con un par de chuchos callejeros, sin buscar pelea pero con la absoluta certeza de que podía vencerlos a ambos. Sin quitar ojo de los dos hombres, se dirigió a ella—. Cualquier otra persona habría entrado en una tienda o una posada, pero tú nunca haces lo que sería de esperar. ¿Me dejarás hablar contigo? No hay necesidad de obligarme a matar a estos hombres.

Ninguno de los transeúntes se había parado; pero, a pesar de que los tres hombres le tapaban el campo visual, la mujer alcanzaba a ver que algunas cabezas se giraban para echar un vistazo a lo que había atraído a un Capa Blanca. Y por fuerza tenían que fijarse en las espadas desenvainadas. Los comentarios bullirían en esas cabezas y se convertirían en rumores que se propagarían con tanta rapidez que harían parecer lentos a los vencejos en vuelo.

—Dejadlo pasar —dijo. Al ver que Ino y Ragan no se movían, repitió la orden con más firmeza. Entonces se movieron, lentamente, tanto como se lo permitía el angosto callejón; y, aunque ninguno de los dos dijo una palabra, era como si estuvieran mascullando entre sí. Galad avanzó sin brusquedad, con pasos sosegados, como si se hubiera olvidado de los shienarianos. Nynaeve imaginaba que dar tal cosa por hecho sería una equivocación; obviamente, los dos hombres del mechón en la coronilla no cayeron en ese error.

Aparte de uno de los Renegados, a Nynaeve no se le ocurría ningún otro hombre a quien le hubiera gustado menos ver en ese momento, pero cuando tuvo delante aquel hermoso rostro fue muy consciente del cambio de ritmo de su respiración y del acelerado palpitar de su corazón. Era ridículo. ¿Por qué demonios no era feo? O, al menos, corriente.

—Sabías que me había dado cuenta de que nos seguías. —El tono de acusación era palpable en su voz, bien que no estaba segura de qué lo acusaba. De que no hiciera lo que ella esperaba y quería, admitió de mala gana.

—Lo di por hecho tan pronto como te reconocí, Nynaeve. Recordé que siempre ves más de lo que das a entender.

No iba a dejar que la despistara con cumplidos. Mira adónde la había llevado eso con Valan Luca.

—¿Qué haces en Ghealdan? Creía que ibas de camino a Altara.

Durante un instante, aquellos oscuros y hermosos ojos la contemplaron fijamente, y después el joven rompió a reír.

Librodot

—A nadie más que a ti, Nynaeve, se le ocurriría hacerme la pregunta que yo te iba a plantear. De acuerdo, te responderé, aunque tendría que ser al contrario. Tenía orden de ir a Salidar, en Altara, pero todo cambió cuando ese tipo, el Profeta... ¿Qué te ocurre? ¿No te sientes bien?

Nynaeve se obligó a recobrar la compostura.

—Por supuesto que sí —replicó, irritada—. Mi salud es excelente, muchas gracias por tu amable interés. —¡Salidar! ¡Por supuesto! El nombre fue como uno de los fósforos de Aludra encendiéndose en su cabeza. Tanto devanarse los sesos y aparecía Galad y le recordaba de un modo tan absurdo lo que ella no había podido recordar. Ahora sólo hacía falta que Masema encontrara rápidamente un barco. Si es que era capaz de convencer a Galad de que no las denunciara. Y de impedir que Ino y Ragan lo mataran, por supuesto. Dijera lo que dijera Elayne, Nynaeve no podía creer que a la muchacha le hiciera gracia que su hermanastro acabara hecho rodajas. Dudaba mucho que Galad se tragara el cuento de que Elayne no estaba con ella—. Es sólo que todavía no me he recuperado de la sorpresa de encontrarte aquí.

—No tiene comparación con la que me llevé yo cuando me enteré de que os habíais escabullido de Sienda. —La severidad ensombreció su atractivo rostro, pero el timbre de su voz contrarrestó el efecto... en cierto modo. Era como si estuviese regañando a una niña que había salido de casa a escondidas por la noche para trepar a los árboles—. Estaba muerto de preocupación. En nombre de la Luz, ¿cómo hicisteis semejante locura? ¿Tienes idea de los riesgos que habéis corrido? Y además, os venís aquí, el peor lugar que podíais escoger. Elayne es de las que elegiría montar un caballo salvaje, pero creía que tú tenías más sentido común. Ese autoproclamado Profeta...

Enmudeció de repente y echó una ojeada a los otros dos hombres. Ino tenía la espada con la punta apoyada en el suelo y las manos, llenas de cicatrices, enlazadas en el pomo de la empuñadura. Ragan parecía absorto en examinar el filo de la hoja de su arma, como si fuera lo único que le interesaba.

—Ha llegado a mis oídos el rumor de que es shienariano —continuó lentamente Galad—. No puedo creer que hayáis sido tan tontas como para mezclaros con él.

En su tono había mucho de pregunta para el gusto de Nynaeve.

—Ninguno de los dos es el Profeta, Galad —replicó, cortante—. Los conozco desde hace un tiempo, y puedo asegurártelo. Ino, Ragan —llamó—, a menos que tengáis intención de cortaros las uñas de los pies con ellas, guardad esas espadas. ¿Y bien? —Los hombres vacilaron antes de hacer lo que les había mandado; Ino rezongó entre dientes y lanzó miradas furibundas, pero finalmente ambos obedecieron. Generalmente los hombres respondían a una voz firme. La mayoría. Bueno, a veces.

—Ni siquiera se me pasó por la cabeza, Nynaeve. —El tono de Galad, aun más seco que el de ella, la encrespó; pero, cuando siguió hablando, resultó evidente que más que ser de superioridad era de enfado. Y de preocupación. Cosa que la encrespó mucho más, naturalmente. Él le provocaba palpitaciones y encima tenía el descaro de estar preocupado—. No sé en qué os habréis metido Elayne y tú aquí, y no me importa, siempre y cuando pueda sacaros de ello antes de que acabéis heridas. Apenas hay comercio por el río, pero algún tipo de barco adecuado tendrá que hacer escala en los próximos días. Dime dónde puedo encontraros, y os conseguiré

Librodot

pasaje para algún punto en Altara. Desde allí, podréis llegar a Caemlyn.

Nynaeve se quedó boquiabierta muy a pesar suyo.

—¿Quieres decir que nos buscarás un barco?

—Ahora es todo lo que puedo hacer. —Su tono era de disculpa, y sacudió la cabeza como si discutiera para sus adentros consigo mismo—. Me es imposible escoltaros a un sitio seguro. Mi deber me exige permanecer aquí.

—No querríamos apartarte de tu deber —contestó ella, un tanto falta de aliento. Si Galad quería interpretarlo mal, que lo hiciera. Lo más que había esperado de él era que las dejara en paz.

—No es muy seguro mandaros solas, pero un barco os llevará lejos antes de que la situación en la frontera estalle. —Parecía tener la necesidad de defender su postura—. Cosa que ocurrirá, antes o después; sólo hace falta una chispa, y a buen seguro que el Profeta la prenderá si no lo hace otro. Tienes que ocuparte de que lleguéis a Caemlyn, tú y Elayne. Lo único que te pido es que me prometas que iréis allí. La Torre no es lugar para ninguna de las dos. Ni para... —Cerró la boca con tanta brusquedad que sus dientes sonaron, pero habría sido igual si hubiera seguido hablando y nombrado a Egwene.

No vendría mal que Galad se ocupara también de buscarles un barco. Si Masema era capaz de olvidar su propósito de cerrar las tabernas, también podía olvidarse de encargar a alguien que encontrara un barco fluvial. Sobre todo si le parecía conveniente tener un pequeño olvido para así obligarla a quedarse en esta ciudad a fin de que secundara sus planes. No vendría mal... si pudiera confiar en Galad. Si no, entonces tendría que confiar en que no era tan bueno con esa espada como él creía. Una idea cruel y drástica, pero no tanto como lo que podría ocurrirles —lo que les ocurriría— si resultaba no ser digno de confianza.

—Soy lo que soy, Galad, y lo mismo te digo de Elayne. —Doblegarse ante Masema le había dejado un regusto amargo en la boca, de modo que recurrir al estilo de la Torre esquivando una respuesta directa era lo más que se sentía capaz de hacer ahora—. Y tú eres lo que eres. —Enarcó las cejas significativamente al mirar la blanca capa—. Esa gente odia a la Torre y también a las mujeres que pueden encauzar. Ahora que eres uno de ellos, ¿por qué no voy a sospechar que habrá cincuenta de vosotros persiguiéndome dentro de una hora e intentando clavarme una flecha en la espalda si no les es posible meterme en una celda? A mí, y también a Elayne.

Galad sacudió la cabeza con irritación. O tal vez se sentía ofendido.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Jamás permitiría que le ocurriera nada malo a mi hermana. Ni a ti.

En verdad que era irritante darse cuenta de que le molestaba el que hubiera hecho una pausa con la que quedaba claro que ella estaba en un segundo plano. No era una chiquilla estúpida para que se quedara entontecida porque un hombre tuviera unos ojos que, de algún modo, daban la impresión de ser dulces e increíblemente penetrantes al mismo tiempo.

—Si tú lo dices —repuso, y él volvió a sacudir la cabeza.

—Dime dónde os alojáis e iré a avisaros u os mandaré recado en cuanto localice una embarcación adecuada.

Si Elayne tenía razón, para Galad era tan imposible decir una mentira como para una Aes Sedai que hubiera prestado los Tres Juramentos; aun así, vaciló. Un error en esto y sería el último que cometería. Tenía derecho a

Librodot

correr riesgos consigo misma, pero éste afectaba también a Elayne. Y a Thom y a Juilin, por supuesto; era responsable de ellos, por mucho que quisieran pensar lo contrario. Ahora estaba allí y la decisión era suya; aunque, francamente, no podía ser de otro modo.

—Por la Luz, mujer, ¿qué más quieres de mí? —gruñó Galad, que hizo intención de levantar las manos, como si fuera a cogerla por los hombros. La espada de Ino se interpuso entre ambos en un movimiento relampagueante, pero el hermano de Elayne la apartó con la despreocupación de quien retira una ramita—. No es mi intención perjudicaros, ni ahora ni nunca; lo juro por el nombre de mi padre. Dijiste que eras lo que eras, ¿no? Bueno, pues yo sé lo que eres. Y lo que no. Quizás una de las razones principales de que lleve esto —tocó el borde de la nívea capa—, es porque la Torre os envió fuera, a ti, a Elayne y a Egwene, por sabe la Luz qué motivos, cuando sois lo que sois. Fue como mandar a la guerra a un chiquillo que acaba de aprender a sostener la espada, y nunca los perdonaré por ello. Todavía estáis a tiempo las dos de dar media vuelta; no tenéis que cargar con esa espada. La Torre es demasiado peligrosa para ti y para mi hermana, especialmente ahora. ¡Medio mundo se está volviendo demasiado peligroso para vosotras! Déjame que os ayude a conduciros a un lugar seguro. —La tensión de su voz desapareció, aunque fue sustituida por un timbre áspero—. Te lo suplico, Nynaeve. Si le ocurre algo a Elayne... Casi desearía que Egwene estuviera con vosotras, porque así podría... —Se pasó los dedos por el cabello y miró a derecha e izquierda, como si buscara el modo de convencerla. Ino y Ragan sostenían sus armas prestas para asestarle una estocada, pero el joven no pareció reparar en ellos—. En nombre de la Luz, Nynaeve, te pido por favor que me permitas hacer lo que está en mi mano.

Fue un detalle muy simple lo que finalmente la hizo decidirse. Se encontraban en Ghealdan. Amadicia era el único país que contemplaba como un delito el que una mujer encauzara, y estaban al otro lado del río. Aquello reducía la lucha interna de Galad y sus juramentos como Hijo de la Luz a anteponer la seguridad de Elayne a su deber. A su entender, la sangre tenía más peso en esa pugna y llevaba las de ganar. Además, era demasiado hermoso para dejar que Ino y Ragan lo mataran. Aunque tal cosa no había influido en su decisión, por supuesto.

—Estamos con la compañía de Valan Luca —dijo al cabo.

—¿Valan Luca...? —Galad parpadeó y frunció el ceño—. ¿Te refieres a uno de los espectáculos ambulantes? —En su voz se había hecho patente la incredulidad y el desagrado—. En nombre de la Luz, ¿se puede saber qué demonios hacéis con ese tipo de gente? Los que forman parte de ese tipo de espectáculos no son mejores que... Da igual. Si necesitáis dinero, puedo daros algo. Lo suficiente para que estéis en una posada decente.

Su tono exteriorizaba su convencimiento de que harían lo que quería él. Nada de «¿puedo ayudaros con unas cuantas coronas?» ni «¿quieres que os busque una habitación?». Pensaba que debían estar en una posada, así que irían a una. Puede que el hombre fuera lo bastante observador para saber que se metería en un callejón, pero por lo visto no la conocía en absoluto. Además, había otras razones para quedarse con Luca.

—¿Es que crees que hay una habitación o incluso un pajar en toda Samara que no esté ocupado? —preguntó con un timbre más cáustico de lo que era su intención.

—Estoy convencido de que puedo encontrar...

—En el último sitio en que se le ocurriría a alguien buscarnos sería en

los espectáculos —lo interrumpió. Nadie las buscaría allí excepto Moghedien, claro—. Estarás de acuerdo en que cuanto menos a la vista estemos, mejor, ¿no? Aun en el caso de que encontrases una habitación, es más que probable que tuvieras que echar a alguien de ella. ¿Un Hijo de la Luz proporcionando alojamiento a dos mujeres? Eso daría que hablar y atraería las miradas como atrae un montón de basura a las moscas.

No le hizo ninguna gracia, y su gesto crispado lo puso de manifiesto, así como la mirada furibunda que asestó a Ino y a Ragan como si la culpa fuera de ellos, pero era lo bastante sensato para admitir que tenía sentido su razonamiento.

—No es sitio adecuado para ninguna de las dos, pero probablemente sea más seguro que cualquier otro lugar dentro de la ciudad. Puesto que al menos has accedido a ir a Caemlyn, no insistiré más.

Nynaeve no alteró su gesto relajado y dejó que creyera lo que quisiera. Si daba por sentado que le había prometido algo cuando no lo había hecho, era su problema. Sin embargo, tenía que mantenerlo lejos del espectáculo lo más posible. Si veía a su hermana con aquellas calzas ajustadas y con lentejuelas, el escándalo que organizaría dejaría pequeña cualquier algarada que Masema pudiera ocasionar.

—Tendrás que permanecer apartado del espectáculo, tenlo presente. Al menos, hasta que encuentres un barco. Entonces ve a los carromatos de los artistas a la caída de la noche y pregunta por Nana. —Eso le gustó aun menos, si tal cosa era posible, pero Nynaeve se adelantó a cualquier protesta—: No he visto a un solo Hijo de la Luz cerca de ninguno de los espectáculos. Si visitas uno de ellos, ¿no crees que la gente se dará cuenta y se preguntará el porqué?

La sonrisa de Galad seguía siendo arrebatadora, pero enseñaba demasiado los dientes.

—Por lo visto tienes respuesta para todo. ¿Me permites al menos que te escolte de vuelta hasta allí o hay alguna objeción?

—Pues claro que la hay. Bastantes rumores va a levantar el que estemos hablando aquí, donde nos deben haber visto más de cien personas. —Ya no veía la calle porque los tres hombres se la tapaban, pero no le cabía duda de que los viandantes seguían echando ojeadas al callejón, e Ino y Ragan no habían envainado sus espadas—. Pero si me acompañas, ese centenar que nos ha visto se multiplicará por diez.

La mueca del hombre fue entre lastimosa y jovial.

—Respuesta para todo —murmuró—. Pero tienes razón. —Saltaba a la vista que habría deseado que no fuera así—. Escuchadme, shienarianos —dijo mientras volvía la cabeza, y de repente su voz se tornó acerada—. Soy Galadedrid Damodred, y esta mujer está bajo mi protección. En cuanto a su compañera, considero una minucia morir con tal de evitarle el menor daño. Si permitís que les ocurra lo más mínimo a cualquiera de las dos, os encontraré y os mataré. —Haciendo tan poco caso de la peligrosa expresión que apareció de repente en los rostros impasibles de los dos soldados como había hecho antes de sus espadas, volvió los ojos hacia Nynaeve—. Supongo que sigues sin querer decirme dónde está Egwene.

—Lo único que necesitas saber es que está lejos de aquí. —Se cruzó de brazos, y notó palpitar su corazón contra las costillas. ¿No estaría cometiendo un terrible error por una cara guapa?—. Y más segura de lo que cualquier intervención tuya podría conseguir.

No pareció creerle, pero no insistió en el asunto.

Librodot

—Con suerte, habré encontrado una embarcación en uno o dos días. Hasta entonces, no os mováis del... espectáculo de Valan Luca. Y procurad no llamar la atención. Al menos, todo cuanto sea posible con ese color de cabello que llevas. Y dile a Elayne que no vuelva a huir de mí. La Luz ha tenido que brillar sobre vosotras para que haya logrado encontraros en una pieza, y tendría que resplandecer con el doble de intensidad para que no os acaeciera ningún mal si cometéis la insensatez de intentar huir a través de Ghealdan. Los rufianes blasfemos de este Profeta están por todas partes, actuando sin respeto a las leyes ni a las personas, aparte de los bandidos que campan por sus respetos aprovechando el caos. La propia Samara es un avispero, pero si actúas con discreción, y de paso convences a mi testaruda hermana de que haga lo mismo, hallaré el modo de sacaros de aquí antes de que os hayan picado.

Le costó un arduo esfuerzo mantener la boca cerrada. ¡Mira que aprovecharse de lo que le había dicho para utilizarlo como una orden expresa! ¡Lo siguiente que querría sería envolverlas en algodón y ponerlas en una estantería! «¿Y no convendría que alguien lo hiciera? —preguntó aquella vocecilla en su cabeza—. ¿Es que aún no has causado bastantes problemas por querer hacer las cosas a tu modo?» Ordenó a la cargante voz que se callara, pero ésta no le hizo caso y empezó a enumerar los desastres y casi desastres surgidos por su propia obstinación.

Tomando, al parecer, por aquiescencia su silencio, Galad se dio media vuelta... y se detuvo. Ragan e Ino habían tomado posiciones para cerrarle el paso a la calle y la miraban a ella con aquella extraña y engañosa calma que tan a menudo adoptaban los hombres cuando estaban a punto de dar rienda suelta a la violencia. El aire pareció cargarse de chispas, hasta que Nynaeve hizo un ademán apresuradamente. Los shienarianos bajaron las armas y se apartaron, y Galad retiró las manos de su espada, pasó entre ellos empujándolos, y se perdió entre la multitud sin volver la vista atrás una sola vez.

Nynaeve asestó a Ino y a Ragan una mirada furibunda antes de echar a andar en la dirección contraria a la tomada por Galad. Tanto esfuerzo para arreglar la situación, y ellos habían estado a punto de echarlo todo a rodar. Los hombres parecían pensar que con violencia podía solucionarse cualquier asunto. Si hubiese tenido a mano un buen palo, les habría dado de golpes a los tres hasta hacerlos entrar en razón.

Los shienarianos parecían comprenderlo ahora; la alcanzaron, de nuevo con las espadas envainadas a la espalda, y la siguieron sin decir palabra, incluso cuando se equivocó dos veces al tomar un desvío y tuvieron que volver sobre sus pasos. Más les valía guardar silencio, porque ya estaba harta de contener la lengua. Primero, Masema, y después, Galad. Sólo esperaba la menor excusa para decirle a quien fuera lo que pensaba. Sobre todo cuando la dichosa vocecilla de su cabeza no dejaba de importunarla, reducida ahora a un molesto zumbido pero negándose a callar.

Para cuando hubieron salido de Samara y echaron a andar por el camino de tierra para carros, apenas sin tránsito, la vocecilla rehusó a que hiciera caso omiso de ella por más tiempo. Le preocupaba la arrogancia de Rand, pero la suya los había conducido, tanto a ella como a los demás, si no al desastre total, casi. Quizás en el caso de Birgitte había sobrepasado la línea, a pesar de que estuviera viva. Lo mejor que podía hacer era no volver a hacerles frente, ni al Ajah Negro ni a Moghedien, hasta que alguien que supiera lo que se traían entre manos pudiera decidir cuál era el mejor curso

de acción. Una reacción de protesta pugnó por imponerse dentro de ella, pero Nynaeve la pisoteó con tanta firmeza como la que solía emplear con Thom o Juilin. Viajaría a Salidar y pondría el asunto en manos de las Azules. Eso sería lo que haría. Estaba decidida.

—¿Habéis comido algo agrio? —inquirió Ragan—. Tenéis un gesto en la boca como si hubieseis masticado un trozo de limón.

Nynaeve le asestó tal mirada que el hombre cerró la boca bruscamente y siguió caminando. Los shienarianos marchaban uno a cada lado de la mujer.

¿Qué iba a hacer con ellos? Que debía sacar provecho de su presencia era indudable; su aparición resultaba demasiado providencial para desperdiciarla. Para empezar, otros dos pares de ojos —bueno, un par y medio; iba a acostumbrarse a mirar aquel parche sin tragar saliva con esfuerzo por mucho que le costara— dedicados a buscar una embarcación podría significar encontrarla antes. Le parecía muy bien que Masema o Galad les proporcionaran un barco, pero no quería que ninguno de los dos estuviera enterado de sus movimientos más de lo estrictamente necesario. Cualquiera sabía lo que eran capaces de hacer.

—¿Me seguís porque Masema os ordenó que me cuidaseis o porque lo dijo Galad? —inquirió.

—¿Qué puñetera diferencia hay? —rezongó Ino—. Si el lord Dragón os ha mandado llamar, maldito si... —Enmudeció, fruncida la frente, cuando la mujer levantó un dedo. Ragan lo miraba como si fuera un arma.

—¿Os proponéis ayudarnos a Elayne y a mí a reunirnos con Rand?

—No tenemos nada mejor que hacer —repuso secamente Ragan—. Tal y como están las cosas, no volveremos a ver Shienar hasta que estemos canos y desdentados, así que tanto da si cabalgamos con vos hasta Tear o dondequiera que esté él.

Nynaeve no se lo había planteado así, pero tenía sentido. Dos más para ayudar a Thom y a Juilin con las tareas cotidianas y las guardias. No era menester aclararles que alcanzar su punto de destino podría tardar mucho tiempo o cuántas paradas o desvíos podían encontrar en el camino. Podría ocurrir que las Azules agrupadas en Salidar no les permitieran continuar el viaje a ninguno de ellos. Una vez que se encontraran con las Aes Sedai, volverían a ser únicamente Aceptadas. «¡No le des más vueltas al asunto! ¡Vas a hacerlo!»

La multitud apiñada delante del chillón letrero de Luca no parecía ser menos numerosa que antes. Un río de gente seguía llegando a la pradera para sumarse a la multitud, mientras que otro serpenteaba en sentido contrario lanzando exclamaciones sobre lo que había visto. De vez en cuando los «mastodontes paquidercus» surgían a la vista por encima de la valla de lona al levantarse de patas, lo cual provocaba un coro de exclamaciones maravilladas entre los que esperaban para entrar. Cerandin los estaba poniendo a prueba otra vez. La seanchan se ocupaba siempre de que los *s'redit* tuvieran mucho descanso. En esto se mostraba muy firme, ni que quisiera Luca ni que no. Los hombres hacían lo que se les decía cuando una dejaba muy claro que no quedaba otra alternativa. Bueno, generalmente lo hacían.

Tras haber caminado un trecho sobre la pisoteada hierba marchita, Nynaeve hizo un alto y se volvió hacia los dos shienarianos. Mantuvo una expresión tranquila, si bien la de ellos era satisfactoriamente recelosa, aunque en el caso de Ino, por desgracia, significaba que no dejaba de toquetearse el parche del ojo de un modo que daba grima. La gente que

entraba o salía del espectáculo no les prestaba atención.

—Entonces no será por lo que os dijeron Masema ni Galad —manifestó firmemente—. Si vais a viajar conmigo, haréis lo que yo os diga, o podéis seguir vuestro camino porque no os quiero a mi lado.

Ni que decir tiene que, antes de aceptar con un cabeceo, los dos hombres tuvieron que intercambiar una mirada.

—Si ha de ser así —gruñó Ino—, entonces de acuerdo, maldita sea. Si no tenéis a nadie que se ocupe de vos como es debido, nunca llegaréis viva a presencia del lord Dragón, me apuesto mi jodida cabeza. Cualquier granjero cagueta os abriría en canal y os merendaría por culpa de vuestra puñetera lengua. —Ragan le lanzó una mirada cautelosa que denotaba que estaba completamente de acuerdo con él pero que albergaba serias dudas sobre la sensatez de Ino por manifestarlo en voz alta. Al parecer, Ragan no tenía un pelo de tonto.

En cualquier caso, si aceptaban sus condiciones no importaba realmente por qué motivo. De momento. Habría tiempo de sobra para ponerlos en su sitio.

—Estoy seguro de que los otros también aceptarán —comentó Ragan.

—¿Los otros? —repitió ella mientras parpadeaba, desconcertada—. ¿Quieres decir que no sois sólo vosotros dos? ¿Cuántos hay?

—Ahora sólo somos quince en total. Dudo que Bartu o Nengar vengan.

—Están como tontos con el puñetero Profeta. —Ino volvió la cabeza y escupió para dejar claro lo que opinaba de eso—. Sólo quince. Sar se despeñó por aquel jodido precipicio en las montañas, y el imbécil de Mendao tuvo que enzarzarse en un maldito duelo con tres cazadores del Cuerno, y…

Nynaeve estaba demasiado ocupada procurando no quedarse boquiabierta para prestarle atención. ¡Quince! No paraba de echar cuentas para sus adentros sobre lo que costaría alimentar a quince hombres. Aunque no tuvieran mucha hambre, Thom y Juilin comían, cada uno de ellos, el doble de lo que consumían Elayne y ella juntas. ¡Luz!

Por otro lado, con quince soldados shienarianos no hacía falta esperar a que hubiera una embarcación. Sin duda un barco fluvial era el medio de transporte más rápido para llegar a su destino —ahora recordaba haber oído hablar sobre Salidar; era una villa ribereña o a corta distancia del río, así que un barco podría llevarlos directamente allí—, pero con una escolta de shienarianos el carromato resultaría igualmente seguro, tanto de los Capas Blancas como de los bandidos o los seguidores del Profeta. Aunque, eso sí, sería mucho más lento. Además, un único carromato saliendo de Samara con semejante escolta, a buen seguro llamaría mucho la atención. Sería como poner un poste indicativo para Moghedien o el Ajah Negro. «¡Dejaré que sean las Azules quienes se ocupen de ellas, y no hay más que hablar!»

—¿Pasa algo? —preguntó Ragan.

—No debería haber contado cómo murió Sakaru —añadió Ino con un tono de disculpa. ¿Sakaru? se extrañó Nynaeve. Debía de haberse referido a ése después de que dejara de prestarle atención—. No suelo pasar mucho tiempo cerca de las puñe… Cerca de las damas. Olvidé que se les revuelven las trip… Eh, quiero decir que son sensibles.

Como no dejara de darse tirones a aquel horrible parche, se iba a enterar lo sensible que tenía el estómago, desde luego.

¿Qué más daba si eran más hombres? Si dos shienarianos venían bien, quince sería fabuloso. Su propio ejército privado. Se habían acabado las preocupaciones sobre los Capas Blancas o los bandidos o los disturbios o si

Librodot

había cometido un error al juzgar a Galad. ¿Cuántos jamones se comerían quince hombres en un día? Una voz firme, eso era lo que hacía falta ahora.

—Bien, de acuerdo. Todas las noches, justo después de oscurecer, uno de vosotros, repito ¡uno!, vendrá y preguntará por Nana. Es el nombre por el que me conocen aquí. —No tenía motivo para dar esa orden, excepto irlos acostumbrando a que hicieran lo que les mandara—. Elayne utiliza el nombre de Morelin, pero preguntad por Nana. Si necesitáis dinero, acudid a mí, no a Masema. —Tuvo que refrenar una mueca cuando pronunció esas palabras. Todavía quedaba oro en la chimenea del carromato, pero Luca no había exigido aún el pago de sus cien coronas, y lo haría. No obstante, podían recurrir a las joyas si era preciso. Tenía que asegurarse de que perdieran la costumbre de recurrir a Masema—. Aparte de esos contactos, ninguno de vosotros debe acercarse a mí ni al espectáculo. —Sin esta advertencia, a buen seguro que montarían guardia o cualquier otra estupidez por el estilo—. A no ser que llegue un barco fluvial. En tal caso, venid de inmediato a avisarme. ¿Habéis comprendido?

—No —murmuró Ino—. ¿Por qué puñetas tenemos que mantenernos alejados de...? —Echó bruscamente la cabeza hacia atrás cuando el dedo admonitorio de la antigua Zahorí se levantó y casi le tocó la nariz.

—¿Has olvidado lo que te dije acerca de ese sucio lenguaje? —Tuvo que obligarse a mirarlo directamente a la cara; aquel ojo ceñudo y rojo del parche conseguía que el estómago se le subiera a la boca—. Si no consigues recordarlo, vas a enterarte de por qué los hombres de Dos Ríos hablan de un modo correcto.

Vio que reflexionaba sobre aquello. Ino no sabía qué relación tenía con la Torre, únicamente que existía una. Podría ser una informadora o estar estudiando allí o incluso ser una Aes Sedai, aunque en este caso una que no llevaba el chal hacía mucho. Y la amenaza era lo bastante vaga para que él mismo le diera la peor interpretación que pudiera imaginar. Nynaeve conocía esta táctica mucho antes de que Juilin se la mencionara a Elayne.

Cuando, aparentemente, la idea quedó asimilada —y antes de darle tiempo para hacer preguntas— bajó la mano.

—No os acercaréis aquí por la misma razón que no lo hará Galad: para no llamar la atención. En cuanto a lo demás, lo haréis porque yo lo digo. Si tengo que daros explicaciones de cada decisión que tome no me quedará tiempo para hacer nada más, de modo que sacad el mejor partido de ello.

Era un comentario muy propio de una Aes Sedai. Además, no tenían otra opción si se proponían ayudarla a llegar junto a Rand, como ellos creían, lo que significaba que no podían hacer otra cosa. En resumen, Nynaeve se sentía muy satisfecha de sí misma cuando los despachó con un ademán para que regresaran a Samara y pasó ente la multitud bajo el letrero con el nombre de Valan Luca.

Para su sorpresa, había una atracción más. En una plataforma nueva, cerca de la entrada, una mujer vestida con pantalones de un fuerte color amarillo hacía equilibrios sobre la cabeza, con los brazos extendidos a ambos lados y una paloma blanca en cada mano. Al fijarse mejor vio que no se sostenía sobre la cabeza; la mujer se sujetaba a una especie de armazón de madera *con los dientes* y guardaba equilibrio en ese punto. Mientras Nynaeve contemplaba, pasmada, a la peculiar acróbata, ésta bajó las manos hacia la plataforma un momento mientras se doblaba por la mitad hasta dar la impresión de estar sentada boca abajo. Pero eso no era todo. Dobló las piernas por delante y después, increíblemente, hacia atrás por debajo de los

Librodot

brazos, después de lo cual cambió a las palomas de sus manos a las plantas de los pies vueltos, que ahora eran la parte más alta del retorcido nudo que había hecho de su cuerpo. Los espectadores exhalaron con asombro y aplaudieron, pero la imagen de la mujer hizo temblar a Nynaeve. Resultaba un recordatorio bastante exacto de lo que Moghedien le había hecho a ella.

«Por eso quiero que se encarguen de ella las Azules —se dijo—. Simplemente no quiero provocar más calamidades.» Tal cosa era verdad, pero también le daba miedo que la próxima vez no pudiera escapar tan fácilmente y con tan pocas consecuencias. Pero eso no lo admitiría ante nadie. No le gustaba admitirlo ni siquiera para sus adentros.

Tras echar una última mirada estupefacta a la contorsionista —no habría sabido dilucidar en qué forma acababa de retorcerse en ese momento— giró sobre sus talones. Y dio un respingo cuando Elayne y Birgitte aparecieron de repente a su lado, saliendo de entre la multitud apiñada. La heredera del trono se cubría con una capa el indecente atuendo blanco; por su parte, Birgitte casi hacía alarde del escotado vestido rojo. No, nada de casi. Iba aun más erguida que nunca y se había echado la coleta hacia atrás para que nada le tapara lo más mínimo. Nynaeve manoseó con nerviosismo el nudo del chal en su cintura, deseando que todas y cada una de las apreciativas miradas dirigidas a la otra mujer no le recordaran lo mucho que ella misma estaría enseñando una vez que se quitara la prenda de lana. Birgitte llevaba la aljaba colgada del cinturón y sostenía en la mano el arco que Luca le había encontrado. Seguramente la tarde ya estaba demasiado avanzada para hacer el número disparando las flechas.

Una rápida ojeada al cielo le hizo comprender que había calculado mal. A pesar de todo lo ocurrido, el sol se encontraba todavía muy por encima del horizonte. Las sombras eran alargadas, pero se temió que no lo bastante para disuadir a Birgitte.

En un intento de disimular su ojeada al sol, señaló con un gesto de la cabeza a la mujer de los pantalones chillones, que ahora empezaba a retorcerse en una postura que Nynaeve no habría creído posible. Y todo ello manteniéndose en equilibrio con los dientes.

—¿De dónde ha salido?

—Luca la contrató —respondió sosegadamente Birgitte—. También trajo unos leopardos. Se llama Muelin.

Si la arquera era la personificación de la fría serenidad, Elayne casi temblaba de emoción.

—¿Que de dónde ha salido? —balbució—. ¡De un espectáculo que la multitud casi destruyó!

—He oído algo sobre eso —repuso Nynaeve—, pero no es lo que importa. Yo…

—¡Que no importa! —Elayne alzó los ojos al cielo como pidiendo paciencia—. ¿Has oído también el motivo? No sé si serían los Capas Blancas o ese Profeta, pero alguien azuzó a la muchedumbre porque pensaba que… —Echó un vistazo en derredor y bajó el tono de voz; no había nadie parado cerca de ellas, pero todos los que pasaban a su lado las miraban con interés al advertir que eran dos de las artistas—, que una mujer del espectáculo podía llevar un chal… de siete colores. —Puso énfasis en las últimas palabras con clara intención—. Una estupidez imaginar que estaría en un espectáculo ambulante. Claro que ése es nuestro caso. Y tú vas y te marchas a la ciudad sin decir una palabra a nadie. Hemos oído diferentes versiones, desde que un hombre calvo te llevaba sobre el hombro hasta que besaste a

un shienariano y luego te marchaste con él agarrada de su brazo.

Nynaeve seguía pasmada cuando Birgitte añadió:

—Luca estaba furioso, fuera cual fuera la versión. Dijo... —Se aclaró la garganta y adoptó un timbre más grave—: «Conque le gustan los tipos duros, ¿no? ¡Bien, pues yo puedo ser tan duro como un trozo de granito!». Y salió a buscarte acompañado por dos tipos con los hombros como dos picapedreros. Thom Merrilin y Juilin Sandar también se marcharon, y no de mucho mejor humor. Eso no contribuyó a mejorar el de Luca, pero estaban tan furiosos contigo que no les quedaba más ira para enojarse entre ellos.

Por un instante Nynaeve se quedó estupefacta. ¿Que le gustaban los hombres duros? ¿Qué demonios querría decir con ese comentario? Entonces lo comprendió de golpe.

—Oh, no —gimió—. Era lo único que nos faltaba.

Y Thom y Juilin recorriendo las calles de Samara. ¡La Luz sabía en qué líos podían meterse!

—Todavía quiero saber qué demonios estuviste haciendo —insistió Elayne—, pero aquí estamos perdiendo el tiempo.

Nynaeve dejó que la condujeran lejos de la multitud, una a cada lado, pero a pesar de las noticias sobre Luca y los otros se sentía satisfecha con los logros del día.

—Con suerte, habremos salido de esta ciudad dentro de un día o dos. Si Galad no nos encuentra un barco, lo hará Masema. Resulta que el Profeta es él. ¿Te acuerdas de Masema, Elayne? Aquel shienariano de gesto agrio que vimos en... —Reparó en que la heredera del trono se había parado, de modo que se detuvo para que la alcanzara.

—¿Galad? —inquirió con incredulidad la joven, tan sorprendida que olvidó mantener cerrada la capa—. ¿Viste... hablaste con Galad? ¿Y con el Profeta? Tienes que haberlo hecho o, de otro modo, ¿por qué iban a estar buscándonos un barco? ¿Tomaste el té con ellos o simplemente os reunisteis en la sala de una taberna? Seguro que fue a donde te condujo el hombre calvo. ¿Estaba también el rey de Ghealdan? ¿Te importaría decirme algo que me convenza de que sólo estoy soñando para saber que puedo despertar?

—Contrólate —espetó firmemente Nynaeve—. Ahora es una reina lo que hay en Ghealdan, no un rey, y sí, sí que estaba. Y no era calvo; tenía un mechón de pelo en lo alto de la cabeza. Me refiero al shienariano, no al Profeta. Él sí que lleva toda la cabeza afeitada... —Lanzó una mirada furibunda a Birgitte hasta que la risita de la mujer cesó. El gesto ceñudo se suavizó un tanto cuando Nynaeve recordó a quién estaba mirando así y lo que le había hecho, pero si Birgitte no hubiese contenido su regocijo habrían descubierto si el genio de la antigua Zahorí se imponía finalmente para soltarle un bofetón que la dejara bizca. Echaron a andar otra vez, y añadió con toda la calma de que fue capaz—: Esto es lo que ha ocurrido. Vi a Ino, uno de los shienarianos que estuvo en Falme, presenciando tu número en la cuerda, Elayne. Por cierto, no tiene mejor opinión que yo sobre el hecho de que la heredera del trono de Andor enseñe las piernas así. Sea como sea, el caso es que Moraine les mandó venir aquí después de Falme, pero...

Les contó todo rápidamente mientras caminaban entre la muchedumbre, haciendo caso omiso de las exclamaciones cada vez más pasmadas de Elayne, que no daba crédito a sus oídos, y respondiendo a las preguntas de las dos mujeres del modo más sucinto posible. Aparte de un fugaz interés por los cambios habidos en el trono de Ghealdan, Elayne se centró en lo que Galad había dicho exactamente y por qué Nynaeve había

Librodot

sido tan necia como para acercarse al Profeta, quienquiera que fuese. Aquel apelativo —necia— salió a relucir con la frecuencia suficiente para que Nynaeve tuviera que hacer un gran esfuerzo para controlar su genio. Tal vez no se sintiera capaz de abofetear a Birgitte, pero con Elayne no tenía ese problema, ni que fuera la heredera del trono ni que no. Unas cuantas repeticiones más de la dichosa palabra y la chica lo iba a descubrir. Birgitte se mostró más interesada en las intenciones de Masema por un lado, y en los shienarianos por el otro. Por lo visto había conocido hombres de las Tierras Fronterizas en vidas anteriores, aunque los nombres de las naciones eran otros por aquel entonces, y en términos generales tenía buena opinión de ellos. Realmente no fue muy locuaz al respecto, pero daba la impresión de que aprobaba el compromiso arrancado a los shienarianos.

Nynaeve había esperado que la noticia sobre Salidar las sorprendiera o las animara o cualquier cosa excepto la reacción que tuvieron. Birgitte se lo tomó con tanta indiferencia como si le hubiese dicho que iban a cenar con Thom y Juilin esa noche. Era obvio que se disponía a ir a donde fuera Elayne, y todo lo demás importaba poco. Por su parte, Elayne se mostró dubitativa. ¡Dubitativa!

—¿Estás segura? Has intentado recordarlo con tanto empeño sin... En fin, que me parece chocante que Galad lo mencionara por casualidad.

—Por supuesto que estoy segura —repuso, ceñuda, la otra mujer—. A veces ocurren esas casualidades. La Rueda gira según sus designios, como ya habrás oído decir. Ahora recuerdo que también lo mencionó en Sienda, pero estaba tan preocupada por el desasosiego que te causaba su presencia que no... —Enmudeció de repente.

Habían llegado a una zona estrecha y larga, al norte de la valla, marcada con cuerdas. A un extremo se alzaba algo parecido a un trozo de valla de madera, de dos pasos de ancho y dos de alto. La gente se alineaba a lo largo de las cuerdas en filas de a cuatro, con los niños sentados delante en cuclillas, agarrados a la pierna del padre o a las faldas de la madre. Se alzó un murmullo al aparecer las mujeres. Nynaeve se habría quedado plantada en el sitio, negándose a dar un paso, pero Birgitte la agarró por el brazo y sólo tuvo dos opciones: o caminar o ser llevada a rastras.

—Creí que íbamos al carromato —dijo débilmente. Absorta en la conversación, no había prestado atención hacia dónde se encaminaban.

—No a menos que quieras que dispare estando oscuro —contestó Birgitte. Hablaba con demasiada decisión para hacer siquiera el menor intento de disuadirla.

Nynaeve habría deseado hacer algo más que soltar un chillido. El trozo de valla ocupó todo su campo visual a medida que avanzaban hacia el hueco despejado, con exclusión de los espectadores. Hasta el creciente murmullo le sonaba lejano. Y la valla parecía estar a un kilómetro del punto en el que Birgitte se situaría.

—¿Seguro que lo juró por... nuestro padre? —demandó con acritud Elayne. Admitir que Galad era su hermano incluso de un modo tan indirecto le resultaba desagradable.

—¿Qué? Sí. Ya te lo dije, ¿no? Escucha, si Luca está en la ciudad, no sabrá si hicimos esto o no hasta que sea demasiado tarde para... —Nynaeve comprendió que estaba balbuceando, pero parecía incapaz de controlar su lengua. De algún modo nunca había sido plenamente consciente de cuán largo era un tramo de cien pasos. En Dos Ríos, los hombres siempre disparaban a dianas situadas al doble de esa distancia. Claro que ella no

Librodot

había sido nunca una de aquellas dianas—. Quiero decir que ya se ha hecho muy tarde. Las sombras... el deslumbramiento del sol bajo... De verdad creo que deberíamos hacerlo por la mañana, cuando la luz es...

—Si lo juró por él —manifestó Elayne como si no la hubiera escuchado—, entonces lo mantendrá por encima de todo. Antes rompería un juramento por su esperanza de salvación y renacimiento. Creo... No, sé que podemos confiar en él. —Sin embargo, no parecía hacerle mucha gracia.

—La luz es perfecta —repuso Birgitte con un dejo divertido en su voz sosegada—. Podría intentarlo con los ojos vendados. Creo que a esta pandilla le gustaría que fuera más difícil todavía.

Nynaeve abrió la boca, pero no emitió ningún sonido. Esta vez se habría conformado con un chillido. Birgitte sólo estaba bromeando. Tenía que ser una broma.

La pusieron con la espalda pegada contra la áspera valla de madera, y Elayne empezó a soltar el nudo del chal mientras Birgitte regresaba por donde habían venido al tiempo que sacaba una flecha de la aljaba.

—Esta vez realmente hiciste una estupidez —murmuró Elayne—. Podemos confiar en el juramento de Galad, estoy segura, pero no podías saber de antemano lo que iba a hacer. ¡Mira que entrevistarte con el Profeta! —Quitó el chal de los hombros de Nynaeve de un seco tirón—. No tenías la más remota idea de cuál sería su reacción. ¡Preocupaste a todo el mundo y lo arriesgaste todo!

—Lo sé —consiguió articular Nynaeve. El sol le daba en los ojos; ya no veía a Birgitte. Pero Birgitte podía verla a ella. Pues claro que sí. Eso era lo importante.

—¿Que lo sabes? —Elayne la observó con desconfianza.

—Sé que lo arriesgué todo. Debería haber hablado contigo antes, pedir tu opinión. Sé que he sido una estúpida. No debería dejárseme salir sin un guardián. —Las palabras salieron en un precipitado susurro. Birgitte tenía que verla a la fuerza.

—¿Te encuentras bien? —La desconfianza de Elayne había dado paso a la preocupación—. Si realmente no quieres hacer esto...

La muchacha creía que tenía miedo. Y ella no podía, no debía permitir que pensara tal cosa. Se obligó a sonreír, confiando en no tener demasiado desorbitados los ojos. Notaba el rostro tenso.

—Por supuesto que quiero. De hecho, lo estoy deseando.

Elayne la observó con la frente fruncida, el gesto dudoso, pero finalmente hizo un gesto de asentimiento.

—¿Estás segura de lo de Salidar?

No esperó a que le respondiera, sino que se retiró rápidamente a un lado mientras doblaba el chal. Por alguna razón, Nynaeve no lograba indignarse por la pregunta ni porque Elayne no hubiera esperado a que la contestara. Su respiración era tan acelerada que fue vagamente consciente de que podía salirse por el bajo escote del vestido, aunque ni siquiera esa idea cobró trascendencia en su cerebro. El sol la cegaba; si hubiera entrecerrado los ojos, quizás habría podido vislumbrar a Birgitte al cabo de un tiempo, pero sus ojos tenían voluntad propia y seguían abriéndose más y más. No había nada que ella pudiera hacer ahora. Era un castigo por correr riesgos estúpidos. Sólo consiguió sentir un minúsculo atisbo de enojo por que se la castigara después de haber solucionado las cosas tan bien. ¡Y Elayne ni siquiera creía lo de Salidar! Tendría que aceptarlo con estoicismo. Tendría...

Librodot

Saliendo aparentemente de la nada, una flecha se clavó con un seco golpe en la madera y se cimbreó junto a su muñeca derecha. Una segunda flecha rozó la otra muñeca, provocando que su chillido sonara con un timbre más agudo. Era tan incapaz de detener sus gritos como los disparos de Birgitte. Flecha tras flecha, los chillidos subieron de intensidad, al igual que las aclamaciones y los aplausos. Para cuando su silueta quedó perfilada desde la cabeza a las rodillas, los aplausos eran atronadores. En honor a la verdad, sintió cierta irritación al final, cuando la multitud corrió a apiñarse alrededor de Birgitte, dejándola a ella plantada allí, mirando de hito en hito las flechas que la rodeaban. Algunas todavía se cimbreaban. Y ella todavía temblaba.

Se retiró del trozo de valla de madera y se escabulló hacia los carromatos tan deprisa como pudo antes de que alguien advirtiera cómo le temblaban las piernas. A decir verdad, nadie le prestaba la menor atención. Lo único que había hecho ella era estar de pie allí, rezando para que Birgitte no estornudara o le entrara algún picor. Y mañana tendría que volver a pasar por lo mismo. O el mal trago o dejar que Elayne —y, lo que era peor, Birgitte— comprendieran que era incapaz de afrontarlo.

Cuando Ino acudió esa noche preguntando por Nana, le dijo, en unos términos que no dejaban lugar a duda, que metiera prisa a Masema hasta donde se atreviera y que buscara a Galad y le dijera que tenía que encontrar un barco rápidamente, por los medios que fuera. Después se marchó a la cama sin cenar e intentó convencerse de que podría persuadir a Elayne y a Birgitte de que estaba demasiado indispuesta para sostenerse de pie contra la valla. Sólo que estaba completamente segura de que las dos mujeres sabrían exactamente cuál era la clase de indisposición que sufría. El hecho de que Birgitte seguramente se mostrara toda compasión hacia ella sólo conseguía que se sintiera peor. ¡Uno de esos estúpidos hombres tenía que encontrar un barco fluvial cuanto antes!

Librodot

CAPÍTULO 13

La artesanía de Kin Tovere

Con una mano sobre la empuñadura de la espada y sosteniendo en la otra el fragmento de lanza seanchan, rematado por el penacho verde y blanco, Rand hizo caso omiso, momentáneamente, de los otros que estaban en la cumbre de la colina poco poblada de árboles mientras observaba los tres campamentos que se extendían allá abajo, a la luz del sol de media mañana. Tres campamentos perfectamente delimitados, y ésa era la dificultad. Eran todas las fuerzas cairhieninas y tearianas que tenía a su disposición. El resto de los hombres capaces de blandir una espada o una lanza estaban atrincherados en la ciudad o la Luz sabía dónde.

Los Aiel habían ido rodeando y agrupando hordas enteras de refugiados desde el paso de Jangai hasta aquí, y unos cuantos incluso se habían agregado por propia iniciativa, atraídos por los rumores de que estos Aiel al menos no mataban a todo el que veían, o por estar tan desalentados que había dejado de importarles nada mientras disfrutaran de una comida antes de morir. Eran muchos, demasiados, los que creían que iban a morir, ya fuera a manos de los Aiel o a las del Dragón Renacido o en la Última Batalla, la cual parecían pensar que tendría lugar cualquier día de aquéllos. En conjunto su número era considerable, pero en su mayoría eran granjeros, artesanos o tenderos. Algunos sabían cómo usar un arco o una honda para abatir un conejo, pero no había un solo soldado entre ellos ni tiempo para entrenarlos. La propia ciudad de Cairhien se encontraba unos ocho kilómetros al oeste, y algunas de sus legendarias Torres Infinitas se divisaban por encima de las frondas que había entremedias. La urbe se extendía sobre los cerros, junto al río Alguenya, y estaba cercada por los Shaido de Couladin y aquellos que se les habían unido.

En un campamento de lumbres y tiendas distribuidas al azar por el largo y poco profundo valle que había a los pies de Rand, se encontraban unos ochocientos tearianos, armados y con corazas. Casi la mitad eran Defensores de la Ciudadela, con sus bruñidos petos y yelmos, y las mangas de los jubones acuchilladas en negro y oro. El resto eran levas de un puñado de lores cuyos estandartes e insignias formaban un círculo en el centro del campamento, alrededor de la plateada enseña de la Media Luna y Estrellas del Gran Señor Weiramon. Una nutrida guardia vigilaba las hileras de caballos atados, como si esperaran un ataque contra los animales en cualquier momento.

A trescientos pasos de distancia, un segundo campamento vigilaba sus monturas tan estrechamente como ellos. Los animales formaban un grupo variado en el que muy pocos de ellos se aproximaban a la excelente calidad de la yeguada teariana ya que la mayoría había salido de las labores del campo, si Rand no se equivocaba en su apreciación. Los cairhieninos superaban en un centenar más o menos a los tearianos, pero el número de sus tiendas era inferior y gran parte de ellas tenían parches; los estandartes y los *con* representaban a unos setenta lores. Eran contados los nobles

cairhieninos que todavía tenían muchos hombres de armas a su servicio, mientras que el ejército se había desbaratado a poco de empezar la guerra civil.

El tercer campamento se alzaba otros quinientos pasos más allá, ocupado por cairhieninos en su mayor parte, pero clara y tajantemente separado del anterior por algo más que la mera distancia material. Mayor que los otros dos campamentos juntos, éste apenas si tenía tiendas y caballos. No ondeaban en él banderas, y sólo los oficiales portaban *con*, si bien los pequeños estandartes de fuertes colores tenían como fin que sus hombres pudieran localizarlos, más que representar una de las casas. La infantería podría ser necesaria, pero raro era el lord de Tear o de Cairhien, tanto daba, que lo admitiría. Ni que decir tiene que ninguno de ellos accedería a dirigir una de esas unidades. Empero, de los tres campamentos era el instalado con más orden, con las lumbres colocadas en hileras, las largas picas puestas derechas, donde se las podía coger en un momento, y montones de arqueros o ballesteros apostados a lo largo de las líneas. Según Lan, la disciplina mantenía vivos a los hombres en la batalla, pero a buen seguro que la infantería lo sabía y lo creía más que la caballería.

Se suponía que los tres campamentos estaban juntos, bajo el mismo mando —el Gran Señor Weiramon los había conducido hasta allí el día anterior, procedentes del sur— pero los dos agrupamientos de caballería se observaban entre sí casi con tanta desconfianza como a los Aiel acampados en las colinas circundantes; los tearianos mostraban cierta dosis de desprecio que los cairhieninos emulaban haciendo caso omiso del tercer grupo, que a su vez observaba hoscamente a los dos primeros. Eran los seguidores de Rand, sus aliados, y se mostraban tan dispuestos a combatir entre sí como contra el enemigo común.

Todavía fingiendo que estudiaba los campamentos, Rand observó a Weiramon, que estaba cerca, destocado de yelmo y con la espalda tan derecha como si se hubiera tragado un palo. Dos hombres más jóvenes, nobles tearianos de segunda fila, permanecían pegados a los talones del Gran Señor, con sus oscuras barbas recortadas y untadas en una fiel imitación de la de Weiramon, salvo porque la de éste tenía hebras canosas. Sus bruñidos petos, puestos sobre las chaquetas rayadas de llamativos colores, estaban adornados con filigranas doradas sólo ligeramente más sencillas que las de él. Apartados, sin mezclarse con los demás que se encontraban en lo alto de la colina, pero cerca de Rand, por su actitud habríase dicho que esperaban algún tipo de ceremonia marcial en una corte real, excepto porque el sudor les corría por la cara. No obstante, también hacían caso omiso de ese detalle.

A la insignia del Gran Señor sólo le faltaban unas pocas estrellas para ser la copia exacta de la de Lanfear, si bien el narigudo noble —con el cabello, casi canoso del todo, untado al igual que la barba y peinado en un vano intento de disimular su escasez— no era la Renegada bajo un disfraz. Iba de camino al norte con tropas de refuerzo desde Tear cuando supo que los Aiel estaban atacando la capital, y, en lugar de dar media vuelta o quedarse a la expectativa, continuó hacia el norte a un paso tan rápido como podían aguantar los caballos y reuniendo las tropas que encontraron en el camino.

Ésa era la parte buena de Weiramon. La mala era que tenía el convencimiento de poder dispersar a los Shaido que rodeaban Cairhien con las fuerzas que traía —aún lo pensaba—, y no le hizo mucha gracia que

Rand no le permitiera llevar a cabo su propósito ni el hecho de estar rodeado por otros Aiel. Para Weiramon, todos los Aiel eran iguales. A decir verdad, ésa era la opinión generalizada. Uno de los jóvenes nobles tenía por costumbre olisquear ostentosamente un pañuelo de seda perfumado cada vez que miraba a un Aiel. Rand se preguntaba cuánto iba a durar vivo el tipo. Y qué tendría que hacer él cuando el petimetre muriera.

Weiramon advirtió el escrutinio de Rand y carraspeó.

—Mi señor Dragón —empezó en un tono seco y grave—, si lanzáramos una buena carga los dispersaríamos como a codornices. —Se golpeó sonoramente la palma de la mano con los guanteletes—. La infantería nunca ha conseguido resistir a la caballería. Enviaré a los cairhieninos para levantarlos como piezas de caza, y a continuación atacaré con mi...

Rand lo atajó. ¿Es que el hombre no sabía contar? ¿Acaso el número de Aiel que se veía desde allí no le daba una pista de los que tenía que haber en total alrededor de la ciudad? En cualquier caso, a Rand le daba igual; ya estaba muy harto de oír la misma canción y no lo aguantaba más.

—¿Estáis seguro de las noticias que traíais de Tear?

—¿Noticias, mi señor Dragón? —Weiramon parpadeó—. ¿Qué...? ¡Ah, eso! Así se abrase mi alma, no hay de qué preocuparse. Los piratas illianos a menudo intentan atacar a lo largo de la costa.

Por lo que había dicho a su llegada, era algo más que intentos.

—¿Y los ataques a los llanos de Maredo? ¿También son cosa habitual?

—Rayos y truenos, ésos sólo eran unos bandidos. —Más que protesta, lo dijo como un hecho probado—. Quizá ni siquiera fueran illianos, y, desde luego, no eran soldados. Con su costumbre de embrollar las cosas, quién sabe si es el rey o la Corporación o el Consejo de los Nueve quien tiene la sartén por el mango de un día para otro. Pero, si se deciden a hacer algún movimiento, enviarán ejércitos contra Tear bajo el mando de los Aguijones Dorados, no unos simples salteadores que prenden fuego a las carretas de mercaderes o a las granjas fronterizas, eso os lo puedo asegurar.

—Si vos lo decís —contestó Rand con la mayor cortesía posible. Fuera cual fuera el poder que ostentara la Corporación o el Consejo de los Nueve o Mattin Stepaneos den Balgar, sería el que Sammael les dejara tener. Pero eran relativamente pocos los que estaban enterados de que los Renegados ya andaban libres por el mundo. Algunos que deberían saberlo se negaban a creerlo o no hacían caso, como si así los Renegados fueran a desaparecer, o parecían pensar que si tal cosa había de ocurrir sería en un impreciso, y preferiblemente lejano, futuro. No tenía sentido convencer de ello a Weiramon, estuviera entre los primeros o los segundos. El que este hombre le creyera o no carecía de importancia.

El Gran Señor contempló con gesto ceñudo el valle entre las colinas; más concretamente, los dos campamentos cairhieninos.

—Sin tener todavía un mando adecuado aquí, quién sabe qué gentuza se ha desplazado hacia el sur. —Torció el gesto al tiempo que volvía a golpearse la palma con los guanteletes, esta vez con más fuerza que antes, y se giró hacia Rand—. En fin, pronto los meteremos en cintura para vos, mi señor Dragón. Si quisierais dar la orden, podría conducir a...

Rand pasó junto al hombre sin prestar atención a sus palabras, aunque Weiramon fue tras él todavía pidiendo permiso para atacar, y con los dos lechuguinos siguiéndolo como perros fieles. Este hombre era un completo necio.

No estaban ellos solos, naturalmente. La cumbre de la colina se

encontraba abarrotada, a decir verdad. Para empezar, Sulin tenía a un centenar de *Far Dareis Mai* apostadas alrededor de la cima, todas ellas aparentemente más dispuestas a cubrirse con los velos de lo que siempre lo estaban los Aiel. No era únicamente la proximidad de los Shaido lo que tenía a Sulin con los nervios de punta. Para escarnio del desprecio que despertaba en Rand la desconfianza entre los campamentos de allí abajo, Enaila y otras dos Doncellas nunca estaban lejos de Weiramon y sus lechuguinos, y cuanto más se acercaban los tres hombres a Rand, más dispuestas parecían las tres mujeres a velarse el rostro.

A corta distancia, Aviendha hablaba con una docena o más de Sabias, todas ellas con los chales echados por el doblez de los brazos y, salvo la joven, engalanadas con montones de brazaletes y collares. Sorprendentemente, era una mujer descarnada y con el pelo cano, más vieja incluso que Bair, quien parecía llevar la batuta. Rand habría esperado que fueran Amys o Bair, pero hasta ellas dos cerraban el pico en cuanto Sorilea hablaba. Melaine estaba con Bael, a mitad de camino entre las otras Sabias y los demás jefes de clan. La mujer no dejaba de arreglarle la chaqueta del *cadin'sor*, como si no supiera vestirse solo; Bael tenía el aire sufrido del hombre que está recordándose todas y cada una de las razones por las que se casó. Tal vez fuera impresión suya, pero Rand tenía la sensación de que las Sabias estaban intentando de nuevo influir sobre los jefes de clan. Si tal era el caso, no tardaría en enterarse de los detalles.

No obstante, era Aviendha de quien Rand estaba pendiente. La joven le sonrió brevemente antes de prestar atención de nuevo a lo que decía Sorilea. Una sonrisa amistosa, nada más. En fin, al menos era algo. No había vuelto a lanzarle invectivas desde lo ocurrido entre ambos, y si la muchacha hacía un comentario mordaz alguna vez, no era más áspero de lo que cabría esperar por parte de Egwene. Excepto en una ocasión en la que él volvió a mencionar el tema del matrimonio; entonces sí que le había calentado las orejas de tal modo que a partir de ese momento dio por terminado el asunto. Sin embargo, a pesar de que a todo lo más que llegaba su relación era un trato amistoso, a veces la joven se desnudaba despreocupadamente delante de él por las noches; porque seguía insistiendo en dormir, como mucho, a tres pasos de él.

En cualquier caso, las Doncellas parecían estar seguras de que había mucho menos distancia entre las mantas de ambos, y Rand seguía esperando que esa opinión se difundiera, pero hasta ahora no había ocurrido así. Egwene se le habría echado encima como un árbol talado si tuviera la más remota sospecha de algo así. Para ella era muy fácil hablar de Elayne, pero Rand no quería pensar cómo reaccionaría con lo de Aviendha, y ésta se encontraba aquí, a un paso de él. Total, que estaba más tenso que nunca cuando miraba a la Aiel, pero ella parecía más sosegada de lo que jamás la había visto. De un modo u otro, tal actitud parecía justo la contraria a la que sería normal. Con esta mujer todo parecía ser al contrario. Claro que, pensándolo bien, Min era la única fémina que no le había hecho tener la impresión de estar cabeza abajo la mitad del tiempo.

Soltó un suspiro y siguió caminando, todavía sin prestar atención a Weiramon. Algún día conseguiría entender a las mujeres. Cuando tuviera tiempo para dedicarse a ello. Empero, sospechaba que toda una vida no sería suficiente.

Los jefes de clan tenían su propia reunión con jefes de septiar y representantes de las asociaciones. Rand reconoció a algunos de ellos; el

Librodot

sombrío Heirn, jefe de los Jindo Taardad; Mangin, que le hizo un amistoso gesto con la cabeza, mientras que a los tearianos les dedicaba una mueca desdeñosa; Juranai, esbelto como una lanza, cabecilla en esta expedición de los *Aethan Dor*, los Escudos Rojos, a pesar de que algunos mechones blancos surcaban su cabello castaño claro; y Roidan, ancho de hombros y entrecano, que dirigía a los *Sha'mad Conde*, los Hijos del Relámpago. Desde que habían dejado atrás el paso de Jangai, estos cuatro se habían sumado algunas veces a los entrenamientos de la lucha Aiel sin armas que Rand practicaba.

—¿Quieres ir de caza hoy? —le preguntó Mangin cuando Rand pasó junto a él, y el joven lo miró sorprendido.

—¿De caza?

—No hay mucho donde escoger, pero podríamos intentar atrapar ovejas en un saco. —La sesgada mirada que Mangin dirigió a los tearianos no dejaba lugar a dudas de a qué «ovejas» se refería, aunque Weiramon y los otros no lo entendieron. O fingieron no entenderlo. El lechuguino del pañuelo perfumado lo olisqueó otra vez.

—Quizás en otro momento —contestó Rand mientras sacudía la cabeza. Creía que podría haberse hecho amigo de cualquiera de los cuatro, pero en especial de Mangin, quien tenía un sentido del humor muy parecido al de Mat. Sin embargo, si no tenía tiempo para dedicarse a estudiar el carácter femenino, tampoco lo tenía para hacer nuevos amigos. En realidad, ni siquiera lo tenía para los viejos amigos. Mat lo preocupaba.

En la parte más alta de la colina, una pesada torre de tablones asomaba por encima de las copas de los árboles, con la ancha plataforma que la remataba elevándose quince metros o más sobre el suelo. Los Aiel no sabían cómo trabajar la madera a semejante escala, pero entre los refugiados cairhieninos había gente de sobra familiarizada en la materia.

Moraine esperaba al pie de la primera escala inclinada, acompañada por Lan y por Egwene. Ésta había tomado mucho el sol y de hecho podría haber pasado por una Aiel de no ser por el color oscuro de sus ojos. Rand escudriñó rápidamente su rostro, pero no advirtió en él nada excepto cansancio. Amys y las otras Sabias debían de haberla hecho trabajar de firme en su entrenamiento. Empero, la joven no le agradecería su intercesión.

—¿Te has decidido ya? —preguntó Rand, deteniéndose ante ella. Por fin Weiramon interrumpió su parloteo.

Egwene vaciló, pero Rand advirtió que la muchacha no miró a Moraine antes de asentir con la cabeza.

—Haré lo que esté en mi mano.

Su renuencia le molestaba. No se lo había pedido a Moraine, quien no podía utilizar el Poder Único como arma contra los Shaido a menos que la amenazaran o si Rand la convencía de que todos eran Amigos Siniestros, pero Egwene no había prestado los Tres Juramentos y dio por sentado que la joven comprendería la necesidad de actuar así. En cambio, se había quedado pálida cuando se lo sugirió y lo estaba esquivando desde hacía tres días. Por lo menos había accedido. Cualquier cosa que acortara la lucha contra los Shaido sería para bien de todos.

El gesto de Moraine no cambió en ningún momento, aunque Rand sabía con seguridad lo que opinaba al respecto. Aquellos rasgos tersos de Aes Sedai, aquellos ojos, eran muy capaces de exteriorizar una fría desaprobación sin alterarse un ápice.

Librodot

Metió el trozo de lanza por debajo del cinturón, plantó el pie en el primer travesaño...

—¿Por qué vuelves a llevar una espada? —inquirió Moraine.

Era lo último que esperaba que le preguntara.

—¿Y por qué no iba a llevarla? —rezongó, para de inmediato empezar a trepar rápidamente por la escala. No era una buena contestación, pero lo había cogido desprevenido.

La herida a medio curar de su costado le tiró mientras ascendía; no es que le doliera, pero aun así daba la impresión de que podía abrirse en cualquier momento. No hizo caso; a menudo le ocurría esto cuando hacía un gran esfuerzo físico.

Rhuarc y los demás jefes de clan fueron en pos de él —Bael fue el último, tras apartarse de Melaine —, pero afortunadamente Weiramon y sus dos lameculos se quedaron abajo. El Gran Señor sabía ya la tarea que tenía encomendada; ni necesitaba ni quería más información. Sintiendo los ojos de Moraine prendidos en él, Rand miró hacia abajo. No era Moraine, sino Egwene la que lo seguía con la mirada mientras subía; la expresión del rostro era tan semejante a la de una Aes Sedai que habría sido imposible hacer pasar un cabello por la diferencia. Moraine tenía la cabeza muy cerca de la de Lan. Rand confió en que Egwene no cambiara de parecer.

En la amplia plataforma de lo alto, dos jóvenes bajos y sudorosos, en mangas de camisa, estaban instalando un tubo de madera forrado de bronce, de tres pasos de longitud y con un diámetro superior al de los brazos de cualquiera de los dos, sobre un soporte giratorio que se había fijado a la baranda. Había otro tubo idéntico ya instalado a unos cuantos pasos de distancia, donde había estado casi desde que se había terminado la torre el día anterior. Un tercer hombre sin chaqueta se enjugaba la calva cabeza con un pañuelo de rayas sin quitarles ojo a los otros dos.

—Con mucho cuidado. ¡He dicho con cuidado! Como desviéis las lentes, pedazos de comadrejas sin madre, os romperé el cuello. Átalo bien fuerte, Jol. ¡Fuerte! Si se cae mientras el lord Dragón está mirando a través de él, más os vale a los dos que saltéis detrás. Y no sólo por él. Echad a perder mi trabajo y desearéis que os hubiera roto la crisma.

Jol y el otro tipo, Cail, siguieron trabajando a buen ritmo pero, al menos en apariencia, nada preocupados. Llevaban suficientes años con Kin Tovere para haberse acostumbrado a su forma de hablar. Encontrar a un artesano que fabricaba lentes y visores —y a sus dos aprendices— entre los refugiados fue lo que le dio a Rand la idea de construir esa torre.

Al principio ninguno de los tres advirtió que ya no estaban solos. Los jefes de clan trepaban sin hacer ruido, y la perorata de Tovere bastó para encubrir el ruido de las botas de Rand. El propio Rand se sobresaltó cuando Lan asomó la cabeza por la trampilla abierta, detrás de Bael; a pesar de calzar botas, el Guardián era tan silencioso como un Aiel. Incluso Han, con ser el más bajo del grupo, era un palmo más alto que los cairhieninos.

Cuando por fin advirtieron la presencia de los recién llegados, los dos aprendices dieron un respingo, los ojos desorbitados, como si fuera la primera vez que veían a un Aiel, y después hicieron una reverencia a Rand y se quedaron así, doblados por la cintura. El artesano reaccionó casi con tanto sobresalto como sus aprendices a la vista de los Aiel, pero su reverencia fue más comedida, y aprovechó mientras tanto para enjugarse de nuevo el sudor de la cabeza.

—Os dije que tendría terminado el segundo hoy, mi señor Dragón. —

Tovere se las ingenió para dar un timbre respetuoso a su voz sin perder por ello su tono gruñón—. Una idea genial, la de esta torre. Jamás se me habría ocurrido, pero una vez que empezasteis a preguntar hasta dónde se alcanzaba a ver con un visor de lentes... Dadme tiempo y os proporcionaré uno con el que podréis ver Caemlyn desde aquí. Si la torre se ha construido lo bastante alta, claro —añadió juiciosamente—. Siempre hay límites.

—Lo que habéis hecho es más que suficiente, maese Tovere. —Más de lo que Rand había esperado, indudablemente. Ya había echado un vistazo por el primer visor de lentes.

Jol y Cail seguían doblados en ángulo recto, las cabezas gachas.

—Quizá sería mejor que llevaseis a vuestros aprendices abajo —sugirió Rand—. Así no estaremos apiñados.

Había espacio de sobra para cuatro veces los que estaban, pero Tovere azuzó de inmediato a Cail en el hombro con su grueso índice.

—Vamos, ignorantes mozos de cuadra. Estamos estorbando al lord Dragón.

Los aprendices apenas se irguieron lo suficiente para ir tras él mientras echaban ojeadas furtivas, con los ojos muy abiertos, a Rand más incluso que a los Aiel conforme desaparecían por la escala. Cail era un año mayor que Rand, y Jol, dos. Ambos habían nacido en ciudades más grandes de lo que él había imaginado que existían antes de salir de Dos Ríos, habían visitado Cairhien y habían visto al rey y a la Sede Amyrlin, aunque fuera desde lejos, mientras él todavía se ocupaba de las ovejas. Probablemente, aun hoy sabían más del mundo que él en ciertos aspectos. Sacudió la cabeza y se inclinó para mirar por el nuevo visor.

Cairhien pareció agigantarse de repente. Los bosques, no muy frondosos para alguien nacido en Dos Ríos, se interrumpían brusca y totalmente a corta distancia de la urbe, por supuesto. Las murallas, altas y grises, jalonadas por torreones, trazaban un cuadrado perfecto en marcado contraste con el sinuoso cauce del río y las suaves curvas de los cerros. En el interior, más torres se elevaban en un preciso diseño, marcando los puntos de una cuadrícula, unas veinte veces más altas que la muralla, pero aun así rodeadas de andamios. Las legendarias torres inacabadas todavía se estaban reconstruyendo después de haber ardido en la Guerra de Aiel.

La última vez que Rand había visto Cairhien, otra ciudad la rodeaba de una margen a otra del río: extramuros, una madriguera construida con madera toda ella, tan ruidosa y tosca como solemne era Cairhien. Ahora sólo una ancha franja de ceniza y vigas carbonizadas bordeaba las murallas. Rand no alcanzaba a entender cómo se había conseguido frenar un incendio de tales proporciones para que no se propagara a la ciudad propiamente dicha.

Los estandartes ondeaban en todas las torres de la urbe, demasiado lejanos para divisarlos con claridad, pero los exploradores se los habían descrito. La mitad de ellos llevaban las Tres Lunas Crecientes de Tear; la otra mitad, algo quizá no tan sorprendente, eran un duplicado de la enseña del Dragón que Rand había dejado ondeando sobre la Ciudadela de Tear. Ninguna lucía el Sol Naciente de Cairhien.

Desplazó sólo un poco el visor y perdió de vista la ciudad. En la orilla más alejada del río todavía se alzaban las ennegrecidas ruinas de los graneros de piedra. Algunos de los cairhieninos con los que Rand había hablado aseguraban que el incendio de los graneros había provocado disturbios y posteriormente la muerte del rey Galldrain, lo que desembocó

Librodot

finalmente en la guerra civil. Otros decían que el asesinato de Galldrain era lo que había ocasionado las algaradas y los incendios. Rand dudaba mucho que alguna vez llegara a descubrir cuál de las dos versiones era la verdadera o si lo era alguna de ellas.

Un número indeterminado de masas carbonizadas salpicaba ambas márgenes del río, pero ninguna de ellas estaba cerca de la ciudad. Los Aiel sentían inquietud —el término «miedo» habría sido demasiado fuerte— hacia cualquier extensión de agua que no pudiera cruzarse a pie o vadeando, pero Couladin se las había ingeniado para situar barreras de troncos flotantes a través del Alguenya, tanto en el tramo más arriba de Cairhien como en el de más abajo, junto con suficientes hombres para asegurarse de que no las atravesaran. Las flechas incendiarias habían hecho el resto. Nada ni nadie, excepto las ratas y los pájaros, podían entrar o salir de Cairhien sin permiso de Couladin.

En las colinas circundantes apenas había señales del ejército sitiador. Aquí y allí los buitres aleteaban pesadamente, a buen seguro dándose un festín con los restos de algún intento fallido de escapar al cerco, pero no se veía a un solo Shaido. Los Aiel rara vez resultaban visibles a menos que lo quisieran ellos.

Esperando. Rand movió el visor de lentes hacia la cima pelada de un cerro situado a menos de dos kilómetros de las murallas de la ciudad, de vuelta a un agrupamiento de hombres. No distinguía sus rostros ni gran cosa más aparte del hecho de que todos vestían el *cadin'sor*. Y otra cosa más: uno de aquellos hombres iba con los brazos al aire. Couladin. Rand estaba seguro de que tenía que ser imaginación suya, pero le pareció que cuando Couladin se movía podía distinguir la luz del sol reflejándose en las escamas metálicas que rodeaban los antebrazos del hombre, a semejanza de las suyas. Asmodean era el responsable de que el Aiel las tuviera. Sólo había sido un intento de desviar la atención de Rand hacia otro, de tenerlo ocupado mientras él ponía en marcha sus propios planes, pero sin eso ¿cuántas cosas habrían sido diferentes? Desde luego, ahora no estaría en esta torre observando una ciudad sitiada y esperando una batalla.

De repente, algo centelleante surcó el aire en aquella distante colina, un manchón alargado, y dos de los hombres que estaban allí se desplomaron en medio de sacudidas. Con la mirada prendida en los hombres caídos, los dos aparentemente traspasados por la misma lanza, Couladin y los demás parecían tan estupefactos como Rand. Éste movió el visor de lentes, buscando al hombre que había lanzado con una fuerza tan impresionante. Tenía que ser un valiente —y un necio— para encontrarse tan cerca. La búsqueda de Rand se extendió por el horizonte, más allá de cualquier posible alcance de tiro que podría conseguir un brazo humano. Empezaba a plantearse la posibilidad de un tirador Ogier —no era muy probable, ya que hacía falta mucho para empujar a la violencia a un miembro de esta raza— cuando otro relampagueante manchón atrajo su mirada.

Sobresaltado, se incorporó a medias con un respingo antes de volver a acercar el ojo al visor y enfocar éste rápidamente en las murallas de Cairhien. La lanza —o lo que quiera que fuese— había salido de allí. Ahora estaba seguro de ello. El cómo ya era otro asunto completamente distinto. A esa distancia lo único que lograba distinguir era algún movimiento esporádico en las murallas o en lo alto de una torre.

Levantó la cabeza y vio que Rhuarc se apartaba del otro visor de lentes para dejar el sitio a Han. Aquélla era la única razón para la torre y las lentes.

Librodot

Los exploradores les llevaban la información que podían respecto al despliegue de los Shaido, pero de este modo los jefes podían ver por sí mismos el terreno en el que se disputaría la batalla. Ya habían trazado un plan entre todos, pero echar otro vistazo al panorama no estaba de más. Rand sabía poca cosa sobre batallas, pero Lan opinaba que el plan era bueno. Es decir, Rand no sabía mucho conscientemente, pero a veces se colaban en su mente ciertos recuerdos y entonces parecía saber más de lo que habría deseado.

—¿Viste eso? ¿Esas... lanzas?

Aparentemente, Rhuarc estaba tan desconcertado como Rand imaginaba que debía de parecerlo él, pero el Aiel asintió.

—La última alcanzó a otro Shaido, pero no lo mató porque se apartó gateando. Lástima que no fuera Couladin. —Señaló el visor de lentes y Rand le dejó sitio.

¿Realmente podría considerarse eso mala suerte? La muerte de Couladin no pondría fin a la amenaza cernida sobre Cairhien o cualquier otro sitio. Ahora que se encontraban a este lado de la Pared del Dragón los Shaido no darían media vuelta con las orejas gachas sólo porque el hombre que creían el *Car'a'carn* muriese. Sería un golpe para ellos, cierto, pero no tan fuerte como para hacerlos regresar. Y, después de lo que había visto, Rand no creía que Couladin mereciera una salida tan fácil.

«Puedo ser tan duro como me lo exijan las circunstancias. Por él, sí puedo serlo», pensó mientras acariciaba la empuñadura de la espada.

Librodot

CAPÍTULO 14

Antes de la flecha

El techo de la tienda por dentro debía de ser la vista más aburrida del mundo, pero Mat permanecía tumbado boca arriba, en mangas de camisa, sobre los cojines escarlatas y con borlas que Melindhra había adquirido, observando fijamente la tela de color pardo. O, más bien, miraba más allá de ella, al vacío. Con un brazo doblado debajo de la cabeza, movió una copa de plata batida con la otra mano, haciendo dar vueltas al contenido, un buen vino procedente del sur de Cairhien. El pequeño barril le había costado el equivalente al precio de dos buenos caballos —es decir, lo que habrían costado dos caballos si el mundo y todo lo demás no estuvieran patas arriba— pero lo consideraba un precio pequeño por algo decente. De vez en cuando, y debido al movimiento giratorio, rebosaban una o dos gotas que le caían en la mano, pero ni siquiera lo advertía y tampoco tomó un solo sorbo.

Desde su punto de vista, hacía mucho que las cosas habían sobrepasado con creces el adjetivo de ser simplemente serias. Así podían calificarse el estar atascado en el Yermo sin tener idea de cómo salir de él, los ataques de trollocs por la noche, la aparición de los Myrddraal que helaban la sangre en las venas con su mirada sin ojos. Ése era el tipo de cosas que ocurrían de manera repentina y que por lo general acababan sin que uno tuviera tiempo para pensar. No es que uno lo buscara a propósito, por supuesto, pero sí que acababa acostumbrándose si lograba sobrevivir a ello. Empero, hacía días que sabía adónde iban y por qué. Nada de repentino en ello. Días para pensarlo.

«No soy un jodido héroe ni un jodido soldado», rezongó para sus adentros. Enfurecido, relegó al rincón más hondo de su mente un recuerdo de ir caminando por las murallas de una fortaleza mientras daba órdenes a sus últimos subordinados de acudir al lugar donde otro montón de escalas de asalto de los trollocs acababan de aparecer. «¡Ése no era yo, así la Luz consuma a quienquiera que fuese! Yo soy...» No sabía quién era —un amargo pensamiento—, pero en cualquier caso su vida se componía de tabernas, juego, mujeres y baile. De eso no le cabía duda alguna. Y también un buen caballo y todas las calzadas del mundo para elegir, no quedarse sentado y esperando que alguien le disparara flechas e intentara clavarle una espada o una lanza en las costillas. Lo contrario sería actuar como un necio, y él no estaba dispuesto a ser tal cosa, ni por Rand ni por Moraine ni por ningún otro.

Se sentó y el medallón de la cabeza de zorro plateada, colgado del cordón de cuero, se salió por el escote desanudado de la camisa. Volvió a meterlo debajo de la prenda antes de echar un buen trago de vino. El medallón lo mantenía a salvo de Moraine o de cualquier otra Aes Sedai mientras que no se lo quitaran —a buen seguro que alguna lo intentaría antes o después— pero únicamente su caletre lo mantenía a salvo de que cualquier necio lo matara junto con otros cuantos miles de idiotas. O de Rand; o de ser *ta'veren*.

Un hombre debía de ser capaz de sacar provecho de algo así, de que los acontecimientos giraran en torno a él. Desde luego, Rand lo había hecho en cierto modo. En lo tocante a él, nunca había notado que nada girase en torno a él a no ser los dados. No les daría la espalda a algunas de las cosas que les sucedían a los *ta'veren* en los relatos. La riqueza y la fama entraban a raudales en sus bolsillos como caídas del cielo; los hombres que querían matarlos acababan por seguirlos, y las mujeres en cuyos ojos había hielo acababan dejando que éste se derritiera.

En realidad no protestaba por la parte que le había tocado en suerte, y, desde luego, no envidiaba la que le había tocado a Rand; ése era un precio muy alto para participar en el juego. El problema estaba en que parecía sufrir todos los inconvenientes de ser *ta'veren* sin disfrutar de ninguna de las ventajas.

—Es hora de largarse —dijo a la vacía tienda, tras lo cual se quedó pensativo y bebió un sorbo de vino—. Es hora de montar a *Puntos* y cabalgar. A Caemlyn, por ejemplo. —Era una ciudad que no estaba mal siempre y cuando evitara el Palacio Real—. O a Lugard. —Había oído rumores sobre esa urbe. Un sitio estupendo para gente como él—. Es hora de que deje a Rand tras el polvo del camino. Tiene a todo un puñetero ejército Aiel y a más Doncellas de las que puede contar para ocuparse de él y protegerlo. Ya no me necesita.

Eso último no era estrictamente cierto. Por alguna extraña razón, estaba vinculado al éxito o al fracaso de Rand en el Tarmon Gai'don, y Perrin también. Tres *ta'veren* enredados entre sí. Seguramente los relatos mencionarían sólo a Rand; había pocas probabilidades de que Perrin o él encontraran un lugar en esas historias. Y luego estaba el Cuerno de Valere, en el que no quería pensar ni pensaría. No hasta que tuviera que hacerlo. Puede que todavía hubiera algún modo de escabullirse de ese cisco en particular. Lo mirara como lo mirara, el Cuerno era un problema para otro día. Un día lejano. Con suerte, todos esos pagarés vencerían a muy, muy largo plazo. Sólo que para que ocurriera tal cosa a lo mejor hacía falta más suerte de la que tenía.

El asunto ahora era que había dicho todo eso sobre marcharse y no había sentido apenas remordimiento. Poco tiempo atrás, ni siquiera era capaz de hablar de marcharse; cuando en alguna ocasión se había alejado demasiado de Rand, había sido arrastrado de vuelta a él como un pez enganchado en el anzuelo y a un sedal invisible. Después fue capaz de decirlo, incluso de hacer planes, pero cualquier menudencia lo distraía, lo hacía dejar de lado sus proyectos para escabullirse. Incluso en Rhuidean, cuando le dijo a Rand que se iba, había tenido la certeza de que ocurriría algo que se lo impediría. Y, en cierto modo, había ocurrido; se había marchado del Yermo, pero no estaba ni un metro más lejos de Rand que antes. Esta vez, no creía que pasara nada que lo desviara de su propósito.

—No es como si lo abandonara —murmuró—. Si ahora es incapaz de cuidar de sí mismo, nunca lo será. No soy su jodida niñera.

Apuró la copa, se metió la chaqueta verde, colocó los cuchillos en sus escondites, anudó el pañuelo de seda amarillo oscuro para taparse la cicatriz del cuello y después cogió el sombrero y salió de la tienda.

El calor fue como una bofetada en comparación con la relativa frescura del interior de la tienda. No sabía cómo eran los cambios de estación allí, pero el verano duraba ya demasiado para su gusto. Una de las cosas que lo habían hecho desear salir del Yermo era la llegada del otoño. Un poco de

Librodot

fresco. Allí, desde luego, no iba a tener esa suerte. Por lo menos la ancha ala del sombrero lo protegía del sol.

Los bosques montañosos de Cairhien eran ridículos, con más claros que árboles, la mitad de ellos con las hojas marchitas por la sequía. En conjunto, no cubrirían ni una mínima parte del Bosque del Oeste, allí en casa. Las bajas tiendas Aiel se alzaban por doquier, bien que desde la distancia semejaban montones de hojas secas sobre un promontorio pelado, a no ser que tuvieran los laterales levantados, e incluso entonces no eran fáciles de distinguir. Los Aiel con los que se cruzó siguieron con sus ocupaciones sin apenas prestarle atención.

Mientras cruzaba el campamento, desde lo alto de una cresta divisó las carretas de Kadere, colocadas en círculo, con los conductores tendidos a la sombra debajo de los vehículos, pero al buhonero no se lo veía por ninguna parte. Kadere se quedaba cada vez más tiempo metido en su carromato, asomando la nariz rara vez salvo cuando Moraine se acercaba para inspeccionar la carga. Los Aiel apostados alrededor de las carretas en pequeños grupos, armados con lanzas y rodelas, arcos y aljabas, no simulaban que estaban allí de guardia. Moraine debía de pensar que Kadere o alguno de sus hombres podrían intentar marcharse con lo que ella había sacado de Rhuidean. Mat se preguntó si Rand se daría cuenta de que le estaba dando a Moraine todo cuanto le pedía. Durante un tiempo Mat había creído que su amigo le había ganado por la mano a la Aes Sedai, pero ya no estaba tan seguro aunque a Moraine sólo le faltara hacerle reverencias y alcanzarle la pipa.

La tienda de Rand estaba en lo alto del cerro, sola, naturalmente, con aquel estandarte rojo plantado en el astil en la parte delantera. Ondeaba con una ligera brisa, y a veces se extendía lo suficiente para mostrar el disco blanco y negro. Este emblema le ponía la piel de gallina a Mat tanto como le había ocurrido con el del dragón. Si un hombre quería evitar enredarse con las Aes Sedai, como cualquiera salvo un idiota haría, lo último que se le ocurriría sería utilizar ese símbolo.

Las laderas del cerro estaban peladas, pero las tiendas de las Doncellas rodeaban la base y se extendían entre los árboles por las cuestas de las colinas circundantes. También eso era lo normal, así como que el campamento de las Sabias estuviera dentro del de las *Far Dareis Mai*: varias docenas de tiendas bajas instaladas a tiro de piedra del cerro de Rand, con los *gai'shain* vestidos de blanco yendo y viniendo en sus tareas.

Sólo se veía a unas pocas Sabias, pero compensaron su escaso número con las penetrantes miradas con que siguieron su paso. Mat no tenía idea de cuántas de ellas eran capaces de encauzar, pero ninguna se quedaba atrás respecto a las Aes Sedai a la hora de sopesar y medir a uno con la mirada. Apretó el paso al tiempo que se obligaba a no encoger los hombros con inquietud; notaba aquellos ojos clavados en su espalda como si lo estuvieran azuzando con un palo. Y todavía le faltaba pasar por lo mismo a la vuelta. En fin, unas cuantas palabras con Rand y sería la última vez que tendría que aguantarlo.

Sólo que cuando se agachó y entró en la tienda de Rand el único que estaba dentro era Natael, tendido sobre los cojines, con su dorada arpa en forma de dragón apoyada contra la rodilla y una copa de oro en la mano.

Mat torció el gesto y masculló un juramento entre dientes. Tendría que haberlo adivinado. Si Rand hubiese estado allí él tendría que haber pasado a través del anillo de Doncellas que habría rodeado la tienda. Seguramente

Rand se encontraría en la torre recién construida. Ésa había sido una buena idea. Reconocer el terreno. Tal era la segunda regla, a continuación de «conoce a tu enemigo», y siempre sin descuidar la una por la otra.

El razonamiento provocó un rictus amargo en su boca. Esas reglas provenían de los recuerdos de otro hombre; las únicas que él quería recordar eran: «nunca beses a una chica cuyo hermano tiene cicatrices de cuchilladas» y «nunca juegues sin antes saber dónde está la salida de atrás». Casi deseó que aquellos recuerdos de otros hombres siguieran siendo amasijos aislados en su cerebro en lugar de infiltrarse en su mente cuando menos se lo esperaba.

—¿Problemas de bilis en el estómago? —inquirió perezosamente Natael—. Quizás alguna de la Sabias tenga cierta raíz para curarlo. O también puedes intentarlo con Moraine.

A Mat no le caía bien el hombre; era como si en todo momento estuviera pensando en una broma que no compartía con nadie. Y también daba la impresión de que dispusiera de tres sirvientes para que cuidaran de sus ropas. Todas esas puntillas níveas en los cuellos y los puños que siempre parecían estar recién lavadas. Y el tipo tampoco parecía sudar nunca. Para él era un misterio el motivo de que Rand quisiera tenerlo a su lado. Casi nunca tocaba una melodía alegre con su arpa.

—¿Va a volver pronto?

—Cuando lo decida —repuso Natael mientras se encogía de hombros—. Tal vez pronto o tal vez tarde. Ningún hombre controla el tiempo del lord Dragón. Y muy pocas mujeres. —De nuevo surgió aquella sonrisa burlona, reservada, esta vez un tanto triste.

—Esperaré. —Estaba dispuesto a no retrasarlo más. Eran demasiadas las veces que había aplazado la marcha.

Natael bebió un sorbo de vino mientras lo observaba por encima del borde de la copa.

Bastante incómodo había sido que Moraine y las Sabias lo miraran de ese modo escrutador, en silencio —a veces también Egwene lo hacía; la chica había cambiado, desde luego, y ahora era una mezcla de Sabia y de Aes Sedai—, pero que además lo hiciera el juglar de Rand bastaba para que le diera dentera. Lo mejor de marcharse sería que ya no habría nadie que lo mirara como si supiera lo que estaba pensando e incluso si se había cambiado de ropa interior.

Cerca del agujero de la lumbre había dos mapas extendidos. Uno de ellos, una copia detallada de otro muy estropeado que había sido encontrado en una ciudad medio quemada, comprendía la zona septentrional de Cairhien desde el oeste del Alguenya hasta la mitad de camino a la Columna Vertebral del Mundo, mientras que el otro, recién trazado y sólo en bosquejo, mostraba el área alrededor de la ciudad. Sobre los mapas aparecían varias tiras de pergamino sujetas con piedrecillas. Puesto que se iba a quedar a esperar, y si quería hacer caso omiso de la mirada inquisitiva de Natael, lo único que podía hacer era estudiar los mapas.

Con la puntera de la bota movió unas cuantas piedrecillas del de la ciudad para así ver qué había escrito en los fragmentos de papel. A despecho de sí mismo, se encogió. Si se daba crédito a los exploradores Aiel, Couladin contaba con cerca de ciento sesenta mil lanzas, tanto de los Shaido como de los que supuestamente se había unido con sus asociaciones entre este clan. Un hueso duro de roer; y de tragar. A este lado de la Columna Vertebral del Mundo no se había visto un ejército así desde la época de Artur Hawkwing.

Librodot

El segundo mapa mostraba las posiciones de los otros clanes que habían cruzado la Pared del Dragón. Todos lo habían hecho a estas alturas, ya fuera para unirse a una fuerza o a la otra; tras desfilar por el paso de Jangai, se habían distribuido sobre el terreno, pero demasiado próximos para que Mat se sintiera cómodo. Los Shiande, los Codarra, los Daryne y los Miagoma. Entre todos, aparentemente tenían al menos tantas lanzas como Couladin; si tal cosa era cierta, no habían dejado atrás a muchos. Los siete clanes que estaban con Rand casi duplicaban esa cifra, suficientes para hacer frente a Couladin o a los cuatro clanes. A unos o a otros, pero no a ambos y no a la vez. Empero, tal vez era a los dos al mismo tiempo a lo que Rand tendría que enfrentarse.

Lo que los Aiel llamaban marasmo debía de afectar también a esos clanes —todavía había hombres que a diario tiraban sus armas y desaparecían—, pero sólo un necio pensaría que reducía su número más de lo que lo hacía en las tropas de Rand. Y siempre cabía la posibilidad de que algunos de ésos se fueran con Couladin. Los Aiel no hablaban de ello mucho ni abiertamente, y enmascaraban la verdad hablando de unirse a las asociaciones, pero incluso a estas alturas había hombres y Doncellas que decidían que no podían aceptar a Rand o lo que éste les había dicho sobre sus orígenes. Todas las mañanas faltaban algunos, y no todos ellos dejaban atrás sus lanzas.

—Una bonita situación, ¿no te parece?

Mat alzó bruscamente la cabeza al oír la voz de Lan, pero el Guardián había entrado en la tienda solo.

—Sólo me entretenía mirándolo mientras espero. ¿Viene Rand hacia aquí?

—Enseguida se reunirá con nosotros. —Lan, con los pulgares metidos en el talabarte, se puso al lado de Mat y miró el mapa. Su rostro traslucía tanto como el de una estatua—. Mañana tendrá lugar la batalla más grande desde los tiempos de Artur Hawkwing.

—No me digas. —¿Dónde se había metido Rand? Probablemente seguiría en lo alto de la torre. Quizá debería ir a buscarlo allí. No, o acabaría recorriéndose todo el campamento, llegando siempre tarde donde Rand acabara de marcharse un momento antes. Antes o después terminaría por regresar allí. Quería hablar de otra cosa que no fuera Couladin. «Ésta no es mi batalla. No estoy huyendo de nada que me concierna ni poco ni mucho»—. ¿Y qué pasa con ellos? —Señaló las tiras de papel que representaban a los Miagoma y a los otros—. ¿Alguna noticia sobre que tengan intención de unirse a Rand o es que piensan limitarse a quedarse ahí observando?

—¿Quién sabe? Respecto a eso, Rhuarc sabe tan poco como yo, y si las Sabias están enteradas de algo no lo dicen. Lo único seguro es que Couladin no va a ninguna parte.

Otra vez Couladin. Mat rebulló con nerviosismo y hasta dio un paso hacia la entrada. No. Iba a esperar. Centrando la mirada en los mapas, fingió estudiarlos con más detalle. A lo mejor Lan se callaba y lo dejaba en paz. Lo único que quería era decirle a Rand lo que tenía que decirle y largarse de allí.

Pero, por lo visto, el Guardián tenía ganas de charlar.

—¿Qué opináis vos, maese juglar? ¿Deberíamos lanzarnos mañana contra Couladin con todos nuestros efectivos y aplastarlo?

—A mí me parece tan buen plan como cualquier otro —contestó con gesto hosco Natael, que se echó a coleto la copa de vino, la soltó en la alfombra y cogió el arpa para empezar a pulsar una melodía fúnebre—. Yo

no dirijo ejércitos, Guardián. Sólo mando sobre mí mismo, y a veces ni siquiera eso.

Mat gruñó y Lan le echó una rápida ojeada antes de volver a estudiar los mapas.

—¿No te parece un buen plan? ¿Por qué no?

Hizo el comentario con un tono tan despreocupado, tan coloquial, que Mat respondió sin pensarlo:

—Por dos razones. Si rodeáis a Couladin, atrapándolo entre vosotros y la ciudad, quizá lo aplastéis contra las murallas. —¿Cuánto más iba a tardar Rand?—. Pero también podríais empujarlos por encima de ellas. Por lo que he oído comentar, ya han estado a punto de conseguirlo dos veces, incluso sin zapadores ni máquinas de asalto, y la defensa de la ciudad pende de un hilo. La idea es salvarla, no terminar de destruirla. —Aquellos trozos de papel extendidos en los mapas, los propios mapas, lo dejaban muy claro. Con el entrecejo fruncido, se puso en cuclillas, con los codos apoyados en las rodillas. Lan se agachó junto a él, pero Mat apenas se percató. Un problema peliagudo. Y fascinante.

»Sería mejor que intentaseis empujarlos a campo abierto. Lanzando el ataque desde el sur principalmente. —Señaló el río Gaelin, que se unía al Alguenya varios kilómetros al norte de la ciudad—. Hay puentes ahí arriba. Dejad un paso abierto a Couladin en esa dirección. Dejad siempre una salida a menos que queráis descubrir hasta qué punto puede luchar un hombre cuando no tiene nada que perder. —Su dedo se deslizó hacia el este, una zona que, aparentemente, era en su mayoría colinas boscosas, probablemente un terreno muy semejante a aquel donde se encontraban ahora—. Una fuerza aquí, para cerrar este lado del río, asegurará que se dirijan hacia los puentes, si es lo bastante numerosa y está bien situada. Una vez en movimiento, Couladin no querrá enzarzarse en un combate con tropas al frente mientras lo estáis acosando por la retaguardia. —Sí, era casi igual que en Jenje.

»No lo hará a menos que sea un redomado idiota. Así podrían retirarse hacia el río con orden, aunque en esos puentes se atascarán. No imagino nadando a los Aiel; ni siquiera los veo buscando vados, a decir verdad. Mantened la presión para empujarlos a cruzar. Con suerte, estaréis en condiciones de azuzarlos todo el camino hasta las montañas. —También era como en los vados de Cuaindaigh, en las postrimerías de la Guerra de los Trollocs, y más o menos a la misma escala. Tampoco se diferenciaba mucho de Tora Shan. Ni del desfiladero de Sulmein, antes de que Hawkwing se lo tomara con calma. Los nombres acudían a su mente como fugaces destellos, así como imágenes de batallas olvidadas incluso por los historiadores. Absorto como estaba en los mapas, no los identificó como otra cosa que no fueran sus propios recuerdos—. Lástima que no tengáis más caballería. La caballería ligera es mejor para hostigar a tropas en retirada. Ataques rápidos por los flancos, forzándolos a mantener la carrera y sin darles un momento de respiro para que paren a luchar. Aunque los Aiel podrían hacerlo casi tan bien.

—¿Y la otra razón? —preguntó Lan en voz queda.

A estas alturas Mat estaba enfrascado en ello, volcado por completo en los planes de batalla. Su afición por el juego era mucho más que un simple pasatiempo; en realidad lo apasionaba. Y batallar era un juego que convertía las partidas de dados en las tabernas en una cosa de niños y de viejos inválidos y desdentados. Aquí eran vidas lo que estaba en juego, tanto la de

Librodot

uno mismo como las de otros hombres, unos hombres que ni siquiera se encontraban allí. Si uno metía la pata, si hacía una tonta apuesta, se perdían ciudades o naciones enteras. La tétrica música de Natael constituía un acompañamiento muy adecuado. Al mismo tiempo, éste era un juego que encendía la sangre.

—Lo sabes tan bien como yo —resopló, sin alzar la vista del mapa—. Si uno solo de esos cuatro clanes decide ponerse de parte de Couladin, os atacarán por detrás cuando todavía estéis de Shaido hasta las cejas. Couladin será el yunque, y ellos, el martillo, con vosotros haciendo de nuez entremedias. Lanzad sólo la mitad de vuestras tropas contra Couladin. Con eso las fuerzas están equilibradas, pero tendréis que conformaros. —En la guerra no había lugar para la honorabilidad. Uno se lanzaba contra el enemigo por la retaguardia cuando éste menos se lo esperaba, en el momento y el lugar en que era más débil—. Todavía tenéis una ventaja, y es que él tiene que preocuparse de una posible salida de tropas de la ciudad. La otra mitad de vuestros efectivos, habréis de dividirla en tres unidades: una para crear un pasillo que conduzca a Couladin hacia el río, y las otras dos situadas a unos cuantos kilómetros de distancia, entre la ciudad y los cuatro clanes.

—Muy ingenioso —opinó Lan mientras asentía con la cabeza. La expresión del pétreo semblante no varió un solo momento, pero, aunque leve, en su voz se advertía un timbre de aprobación—. Ningún clan sacaría nada en limpio atacando a cualquiera de esas fuerzas, sobre todo existiendo la posibilidad de que la otra podría lanzarse contra su retaguardia. Y ninguno intentaría interferir en lo que ocurra alrededor de la ciudad por la misma razón. Claro que cabe la posibilidad de que se unieran los cuatro clanes. Si aún no han aunado fuerzas, no parece probable, pero si lo hacen todo cambiaría.

—Todas las cosas cambian siempre —rió Mat de buena gana—. Incluso el mejor plan dura únicamente hasta que la primera flecha sale volando del arco. Esto sería coser y cantar, fácil hasta para que un niño pudiera dirigirlo si no fuera porque Indirian y los demás aún no tienen claro qué van a hacer. Si al final deciden apoyar a Couladin, entonces tirad los dados y cruzad los dedos, porque podéis dar por seguro que el propio Oscuro ha entrado en el juego. Por lo menos contaréis con bastantes tropas situadas lejos de la ciudad para estar casi a la par con ellos. Suficientes para contenerlos el tiempo que os haga falta. Olvidad la idea de perseguir a Couladin y volved todas las tropas en su dirección tan pronto como tengáis la certeza de que los Shaido están cruzando el Gaelin. Sin embargo, yo apostaría a que los cuatro clanes se quedarán a la expectativa y se unirán a vosotros una vez que Couladin haya sido derrotado. La victoria aclara ideas y borra muchas indecisiones en la mente de la mayoría de los hombres.

La música se había parado. Mat miró de soslayo a Natael y se encontró con que el hombre sostenía el arpa en una postura rígida mientras lo observaba con más intensidad que nunca, mirándolo de hito en hito como si no lo hubiese visto jamás, como si no supiera quién era. Los ojos del juglar semejaban dos oscuros cristales pulidos, y sus nudillos estaban blancos por la fuerza con que apretaba la dorada madera del instrumento.

Aquello bastó para que Mat fuera consciente de todo, de cuanto había dicho, de todos los recuerdos que había estado evocando. «¡Así me abrase la Luz por ser un idiota que no sabe mantener la boca cerrada!» ¿Por qué había tenido Lan que llevar la conversación hacia esos derroteros? ¿Por qué no se

había limitado a charlar sobre caballos o el tiempo que hacía o simplemente quedarse calladito? El Guardián nunca se había mostrado tan deseoso de hablar. Claro que también él debería haber tenido la cabeza en lo que debía y no ponerse a divagar, además de mantener quietecita la lengua. Por lo menos no había estado chapurreando en la Antigua Lengua. «¡Rayos y truenos, espero no haberlo hecho!»

Se incorporó de un salto y giró sobre sus talones, dispuesto a marcharse; se dio de cara con Rand, que estaba plantado justo en la entrada mientras hacía girar entre sus dedos aquel raro fragmento de lanza con penacho, el gesto abstraído, como si no se percatara de estar haciéndolo. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? Bah, daba igual. Mat soltó de corrido todo lo que tenía pensado decir:

—Me marcho, Rand. Mañana, con las primeras luces del alba, estaré en mi caballo y de camino. Me iría ahora mismo si pudiera llegar lo bastante lejos en medio día para que me apeteciera detenerme. Me propongo poner tantos kilómetros entre los Aiel, cualquier Aiel, y yo como *Puntos* sea capaz de cubrir antes de tener que acampar. —No tenía sentido meterse en el petate si se encontraba lo bastante cerca para que los exploradores de unos u otros le echaran el guante y lo pusieran a secar colgado como un jamón; Couladin también debía de tener sus propias patrullas e incluso cabía la posibilidad de que los de este bando no lo reconocieran antes de que una lanza le hubiera atravesado el hígado.

—Lamentaré verte partir —musitó Rand.

—No intentes convencerme para que no... —Mat parpadeó—. ¿Eso es todo? ¿Que lamentarás verme partir?

—Nunca traté de retenerte, Mat. Perrin se marchó cuando tuvo que hacerlo, y lo mismo reza para ti.

Mat abrió la boca y luego volvió a cerrarla. Rand no había intentado nunca retenerlo, cierto. Sólo lo había hecho sin intentarlo. No obstante, ahora no había ni el más ligero atisbo del tirón del *ta'veren*, ninguna sensación de que estuviera haciendo algo indebido. Su propósito era firme y claro.

—¿Adónde irás?

—Al sur. —Tampoco es que tuviera muchas opciones sobre qué dirección tomar. Las otras conducían al Gaelin, al norte del cual no había nada que le interesara, o a los Aiel, uno de cuyos grupos estaba dispuesto a matarlo y el otro, a lo mejor sí o a lo mejor no, dependiendo de lo cerca que estuviera Rand y de lo que hubieran tomado de cena la noche anterior. A su modo de ver, la apuesta era poco favorable—. Al menos de momento. Después, a algún sitio donde haya una taberna y algunas mujeres que no lleven lanzas. —Melindhra. A lo mejor le planteaba algún problema. Tenía la impresión de que era el tipo de hembra que no renunciaría a una relación hasta que ella quisiera romperla. En fin, de un modo u otro, se las apañaría. Tal vez se limitaría a largarse antes de que la mujer se enterara.

»Esto no es para mí, Rand. No sé nada sobre batallas y tampoco quiero saberlo. —Evitó mirar a Lan y a Natael. Si cualquiera de los dos hacía la más mínima intención de abrir la boca, se la cerraría de un puñetazo. Incluso al Guardián—. Lo comprendes, ¿verdad?

El gesto de asentimiento de Rand podía ser de afirmación. A lo mejor lo era.

—Yo que tú no me despediría de Egwene. Ya no estoy seguro de cuánto de lo que le digo es como si se lo estuviera contando a Moraine o a las Sabias

Librodot

o tanto a una como a las otras.

—Yo llegué a esa conclusión hace mucho tiempo. Ha dejado atrás Campo de Emond mucho más que cualquiera de nosotros. Y lo lamenta menos.

—Es posible —convino tristemente Rand—. Que la Luz te acompañe, Mat —añadió mientras le tendía la mano—, y que te lleve por caminos fáciles, con buen tiempo y agradable compañía hasta que volvamos a vernos.

Tal cosa no ocurriría pronto, si Mat se salía con la suya. Aquello le hizo sentir un poco de pena, y que era idiota por sentirse triste, pero un hombre debía mirar por sus propios intereses. Y eso lo resumió todo.

El apretón de Rand resultó más fuerte que nunca —tanta práctica con la espada le había hecho nuevos callos encima de los que tenía antes por el tiro con arco—, pero el relieve de la marca de la garza en la palma resultó obvio contra la de Mat. Un pequeño recordatorio, por si había olvidado esas otras ocultas bajo las mangas de la chaqueta o las cosas aun más raras que había dentro de su cabeza y que le permitían encauzar. Si podía olvidar que Rand encauzaba —y no había pensado en ello hacía días; ¡días!— entonces es que era hora más que de sobra de que se largara.

Dijo unas cuantas palabras más, torpemente, plantado allí como un pasmarote; Lan pareció no oírlas, cruzado de brazos mientras estudiaba en silencio los mapas, en tanto que Natael había empezado a tocar ociosamente las cuerdas del arpa. Mat tenía buen oído para la música, y a su modo de entender esa melodía tenía mucho de irónica; se preguntó por qué el tipo habría elegido algo así. Unos instantes más y el propio Rand, dando un paso hacia un lado, puso fin al asunto y Mat se encontró fuera de la tienda. Había una multitud allí: su buen centenar de Doncellas diseminadas alrededor de la cumbre y caminando de puntillas como si en cualquier momento fueran a atravesar a alguien con sus lanzas; los siete jefes de clan al completo, aguardando pacientemente y tan inmóviles como si fueran de piedra; tres lores tearianos disimulando que no estaban sudando y que los Aiel no existían.

Se había enterado de la llegada de los nobles e incluso había ido a echar un vistazo a su campamento —o sus campamentos—, pero no vio a nadie conocido ni que estuviera dispuesto a echar una partida de dados o de cartas. Estos tres lo observaron de arriba abajo, fruncieron el entrecejo con desdén y, aparentemente, decidieron que no era mucho mejor que un Aiel, lo que significaba que no era merecedor de ser visto por ellos.

Mat se puso el sombrero y se caló el ala casi hasta los ojos, observando a su vez fríamente a los tearianos un instante. Antes de echar a andar cuesta abajo, tuvo la satisfacción de ver que los dos más jóvenes, al menos, se ponían nerviosos bajo su escrutinio. El de la barba canosa seguía mostrando una mal disimulada impaciencia por entrar en la tienda de Rand, pero en realidad nada de ello importaba. Nunca los volvería a ver a ninguno de ellos.

En realidad no sabía por qué no se había limitado a hacer caso omiso de ellos. Excepto que ahora sus pasos eran más ligeros y estaba de un humor avinagrado. No era de extrañar considerando que por fin se marchaba mañana. Los dados parecían rodar en su cabeza y resultaba imposible saber qué puntos habría cuando se detuvieran. Aquello era raro. Tenía que deberse a Melindhra, que le preocupaba. Sí. Definitivamente saldría temprano y más sigiloso que un ratón caminando sobre plumas.

Se puso a silbar y se encaminó hacia su tienda. ¿Qué melodía era? Ah,

sí. *Bailar con la Dama de las Sombras*. No tenía la menor intención de bailar con la muerte, pero la melodía tenía un aire animado, por lo que continuó silbándola mientras intentaba planear la ruta para alejarse de Cairhien.

Rand siguió con la mirada prendida por donde Mat se había ido aun mucho después de que desapareciera tras la solapa de la tienda.

—Sólo escuché un poco al final —dijo al cabo—. ¿Fue todo igual?

—Casi —contestó Lan—. Después de estudiar los mapas sólo unos minutos, expuso un plan de batalla muy semejante al presentado por Rhuarc y los otros. Vio las dificultades y los peligros, y cómo salirles al paso. Sabe de minadores y de máquinas de asalto, y de utilizar caballería ligera para hostigar a un enemigo vencido.

Rand lo miró. El Guardián no denotaba la menor señal de sorpresa, ni siquiera un leve pestañeo. Claro que había sido él quien había comentado que Mat parecía tener unos increíbles conocimientos de temas militares. Y Lan tampoco iba a hacer la pregunta obvia, cosa que era de agradecer. Rand no tenía derecho a darle la respuesta que tenía, a pesar de lo escueta e insuficiente que fuera.

Él mismo habría hecho gustoso unas cuantas, como por ejemplo, qué tenían que ver los minadores con las batallas. O puede que sólo fuera con los asedios. En cualquier caso, la mina más cercana estaba en la Daga del Dragón, y desde luego ya no había nadie allí extrayendo mineral. En fin, esta batalla se llevaría a cabo sin minadores. Lo importante era que sabía que Mat había sacado algo más del otro lado del umbral *ter'angreal* que una tendencia a parlotear en la Antigua Lengua cuando estaba absorto. Y, sabiéndolo, sin duda habría hecho uso de ello.

«No tienes que volverte más duro aun», pensó con amargura. Había visto a Mat subiendo hacia su tienda y no vaciló en enviar a Lan para que descubriera qué podía salir a relucir en una ociosa conversación, a solas con él. Había sido algo deliberado. El resto podía serlo o no, pero ocurriría. Esperaba que Mat se divirtiera mientras estuviera libre. Confiaba en que Perrin estuviera disfrutando en Dos Ríos, presentando a Faile a sus padres y hermanas y tal vez casándose con ella. Lo esperaba porque sabía que volvería a atraerlos hacia él, *ta'veren* tirando de *ta'veren*, y él era el más fuerte. Moraine había dicho que no era una coincidencia que hubiera tres de ellos criados en el mismo pueblo, todos casi de la misma edad; la Rueda tejía las casualidades y las coincidencias en el Entramado, pero no colocaba a tres personas como ellos juntos sin una razón. Al final acabaría atrayendo hacia sí a sus amigos, por muy lejos que éstos se marcharan, y cuando acudieran los utilizaría como mejor conviniera. Del modo que tuviera que hacerlo. Porque no había otro remedio. Porque, dijera lo que dijera la Profecía del Dragón, estaba seguro de que la única oportunidad que tenía de vencer en el Tarmon Gai'don era estando los tres juntos de nuevo. No, no hacía falta que se volviese más duro. «¡Ya eres lo bastante hipócrita y vil para hacer escupir a un seanchan!»

—Toca *La marcha de la Muerte* —ordenó con un tono más seco de lo que era su intención, y Natael lo miró desconcertado un instante. El hombre había escuchado todo; tendría preguntas que hacer, pero no hallaría respuestas. Si no podía contarle a Lan los secretos de Mat, no iba a pregonarlos ante uno de los Renegados por muy sometido que pareciera estar. Esta vez dio un timbre deliberadamente duro a su voz y señaló al hombre con el fragmento de la lanza—. Tócala, a no ser que conozcas otra

Librodot

más triste. Toca algo que haga llorar a tu alma. Si es que todavía tienes una.

Natael le dedicó una sonrisa aduladora y una inclinación de cabeza, pero sus ojos estaban tan desorbitados que el blanco rodeó completamente los iris. Fue, efectivamente, *La marcha de la Muerte* lo que empezó a tocar, bien que la melodía tenía un toque más punzante que en otras ocasiones, un filo aguzado como el de una daga que sin duda haría llorar a cualquier alma. No apartó la vista de Rand, como si esperara atisbar alguna reacción en él.

Rand se dio media vuelta y se acomodó en las alfombras, enfrascado en los mapas, con el codo apoyado en un cojín rojo y dorado.

—Lan, ¿querrás decirles a los otros que entren ahora?

El Guardián hizo una reverencia antes de salir. Era la primera vez que hacía algo así, pero Rand sólo reparó a medias en el detalle.

La batalla tendría lugar al día siguiente. Era una maniobra ficticia y política el que él ayudara a Rhuarc y a los demás a hacer planes. Era lo bastante listo para darse cuenta de que no sabía y, a despecho de todas las conversaciones con Lan y Rhuarc, era consciente de que no estaba preparado. «¿Cómo que no? He planeado cientos de batallas de este calibre o de mayor envergadura y he dado órdenes para dirigir a un número de hombres diez veces superior al de ahora.» No era un pensamiento suyo. Lews Therin sabía de guerras —había sabido de guerras— pero no Rand al'Thor, y ése era él. Escuchaba, hacía preguntas y asentía como si entendiera cuando los jefes decían que una cosa tenía que hacerse así o asá. A veces sí que lo entendía y en esas ocasiones habría querido no entenderlo, porque sabía de dónde le venía tal conocimiento. Su única contribución real había sido decir que a Couladin había que derrotarlo sin destruir la ciudad. En cualquier caso, como mucho esta reunión sólo añadiría algunos toques a lo ya estipulado. Mat habría resultado muy útil con sus recién adquiridos conocimientos.

No. No pensaría en sus amigos ni en lo que haría con ellos antes de que todo esto hubiese acabado. Incluso dejando la batalla a un lado, había mucho de lo que ocuparse, sobre lo que podía hacer algo. La ausencia de banderas cairhieninas ondeando sobre la ciudad apuntaba un problema importante, así como las continuas escaramuzas con los andoreños. Y lo que Sammael se traería entre manos, y...

Los jefes entraron sin seguir ningún orden en particular. Esta vez fue Dhearic el primero en pasar, con Rhuarc y Erim cerrando el grupo, junto con Lan. Bruan y Jheran tomaron asiento a ambos lados de Rand. A ellos no les preocupaban las preferencias, y al *Aan'allein* podía decirse que lo consideraban como uno más de ellos.

Weiramon fue el último en entrar, con los lechuguinos pisándole los talones, y los labios apretados en una fina línea. A éste, desde luego, sí que le importaban las preferencias. Mascullando entre su untada barba, rodeó el agujero de la lumbre y se colocó detrás de Rand. Finalmente, las frías e intensas miradas de los jefes consiguieron hacer mella en él. Entre los Aiel, sólo un familiar cercano o un hermano de asociación podía ocupar esa posición, por la posibilidad siempre existente de que un cuchillo se clavara en la espalda. Empero, el teariano miró ceñudo a Jheran y a Dhearic, como si esperara que cualquiera de ellos le hiciese un hueco.

Por último Bael le señaló un sitio a su lado, enfrente de Rand y, tras una pausa, Weiramon caminó hacia allí para sentarse cruzado de piernas, muy tieso, mirando fijamente al frente con la actitud del hombre que se ha tragado una ciruela verde. Los tearianos más jóvenes se pusieron detrás de

él, casi igual de tiesos, aunque uno de ellos tuvo la decencia de mostrarse avergonzado.

Rand reparó en el detalle pero no dijo una palabra, limitándose a apretar con el pulgar el tabaco que llenaba la cazoleta de su pipa y aferrar el *Saidin* justo lo suficiente para encenderlo. Tenía que hacer algo respecto a Weiramon; el hombre exacerbaba viejos problemas y provocaba otros nuevos. En las facciones de Rhuarc no hubo el más leve gesto, pero las expresiones de los otros jefes iban desde el agrio desagrado de Han a la obvia disposición reflejada en la fría mirada de Erim de danzar las lanzas en ese mismo instante. Quizá sería un modo de conseguir al mismo tiempo que Rand se librara del problema de Weiramon y comenzara otra de sus preocupaciones. Siguiendo su ejemplo, Lan y los jefes empezaron a llenar sus pipas.

—Sólo veo necesarios unos pequeños cambios —dijo Bael mientras chupaba la pipa para encenderla, y ganándose una mirada furibunda de Han, como era habitual.

—¿Esos pequeños cambios conciernen a los Goshien o quizás a algún otro clan?

Rand alejó el asunto de Weiramon de su mente y se dispuso a prestar atención a las variaciones que se requerían tras su reciente observación del terreno. De vez en cuando, uno de los Aiel echaba una ojeada a Natael, y una fugaz tensión en sus ojos o en sus labios sugería que la fúnebre melodía le tocaba alguna fibra. Incluso los tearianos esbozaban una triste mueca. Las notas, sin embargo, pasaban sobre Rand sin causar efecto alguno. Las lágrimas eran un lujo que ya no podía permitirse, ni siquiera por dentro.

Librodot

CAPÍTULO 15

En ese lugar, ese día

A la mañana siguiente Rand se levantó y se vistió bastante antes del alba. A decir verdad, no durmió y no fue porque Aviendha lo mantuviera despierto, ni siquiera después de que empezara a desnudarse antes de que él hubiese apagado las lámparas y de que la joven volviera a encender una encauzando tan pronto como él las hubo apagado al tiempo que comentaba con sorna que era incapaz de ver en la oscuridad aunque él sí pudiera. Rand no contestó y horas más tarde apenas si notó cuando ella se levantó, por lo menos una hora antes que él, se vistió y se marchó. Ni siquiera se preguntó adónde iría.

Las ideas que lo habían tenido en vela a lo largo de la noche todavía bullían en su cabeza. Ese día morirían hombres. Muchos, aun en el caso de que todo saliera perfectamente. Ahora no había nada que él pudiera hacer para cambiarlo; el día transcurriría conforme a lo dispuesto por el Entramado. Empero, reflexionó una y otra vez sobre las decisiones que había tomado desde que había entrado en el Yermo. ¿Podría haber actuado de manera diferente, haber hecho algo que hubiese evitado ese día y ese lugar? Quizá la próxima vez. El fragmento de lanza con borlas yacía sobre el talabarte y la vaina de la espada, junto a las mantas. Habría una próxima vez, y otra más, y otra.

Cuando todavía estaba oscuro, los jefes entraron en grupo para un último cambio de impresiones y para informar que sus hombres ya estaban en sus puestos y preparados. Nadie habría esperado lo contrario. A pesar de los pétreos rostros, se advertían ciertas emociones en ellos, una extraña mezcla, un atisbo de entusiasmo sobreponiéndose a una taciturna seriedad. De hecho, Erim esbozaba una leve sonrisa.

—Un buen día para ver el fin de los Shaido —dijo finalmente. Parecía ir caminando de puntillas.

—Si la Luz lo quiere —añadió Bael, cuya cabeza rozaba el techo de la tienda—, habremos lavado las lanzas con la sangre de Couladin antes de la puesta de sol.

—Hablar de ello traerá mala suerte —murmuró Han. La capa de entusiasmo en él era muy superficial, por supuesto—. El destino decidirá.

—Quiera la Luz que no mueran muchos de los nuestros —dijo Rand mientras asentía con la cabeza. Deseó que su preocupación se debiera únicamente a que unos cuantos hombres fueran a morir porque la vida no debería arrebatársele a nadie, pero todavía estaban por llegar muchos otros días. Necesitaría todas las lanzas para imponer el orden a este lado de la Pared del Dragón. Esto era una cuenta pendiente entre Couladin y él aparte de todo lo demás.

—La vida es un sueño —comentó Rhuarc, y Han y los demás asintieron en conformidad con sus palabras. La vida sólo era un sueño y todos los sueños tenían que terminar. Los Aiel no buscaban la muerte, pero tampoco la esquivaban.

Cuando se marchaban, Bael hizo una pausa.

—¿Estás seguro de lo que quieres que hagan las Doncellas? Sulin ha estado hablando con las Sabias.

Así que esto era sobre lo que Melaine había hablado con Bael. A juzgar por el modo en que Rhuarc se paró para escuchar, también él había tenido que oír lo mismo por parte de Amys.

—Todos los demás están haciendo lo que se les ha indicado sin protestar, Bael. —No era justo, pero lo que tenían ante ellos no era un juego—. Si las Doncellas quieren un trato especial, Sulin puede acudir a mí, no ir corriendo a las Sabias.

Si estos hombres no hubiesen sido Aiel, Rhuarc y Bael habrían salido de la tienda sacudiendo la cabeza. Rand imaginó que los dos recibirían sendos tirones de orejas por parte de sus esposas, pero tendrían que resignarse. Si las *Far Dareis Mai* defendían su honor, esta vez tendrían que hacerlo allí donde él deseaba.

Para sorpresa de Rand, Lan apareció justo en el momento en que él se disponía a salir. La capa del Guardián colgaba por su espalda, alterando la visión al ondear con sus movimientos.

—¿Está Moraine contigo? —preguntó Rand, que esperaba que el hombre estuviera pegado a la Aes Sedai como con goma.

—Está en su tienda, preocupada. Es de todo punto imposible que cure ni siquiera todas las heridas graves que habrá hoy. —Tal era el modo que había elegido de ayudar ese día; no podía utilizar el Poder como arma, pero sí podía curar—. El despilfarro de vidas siempre la encoleriza.

—Nos encoleriza a todos —espetó Rand. El hecho de que él hubiese recurrido a Egwene seguramente también la irritaba. Que él supiera, Egwene no era muy buena en la Curación, pero podría haber ayudado a Moraine. En fin, necesitaba que la joven mantuviera su promesa—. Dile a Moraine que si necesita ayuda se la pida a algunas de las Sabias capaces de encauzar. —Eran contadas las Sabias que tenían algún conocimiento de la Curación—. Puede coligarse con ellas y utilizar su fuerza. —Vaciló. ¿Le había mencionado Moraine alguna vez el coligarse?—. No has venido para decirme que Moraine está preocupada —añadió, irritado. A veces era muy difícil distinguir de quién había cogido una idea, si de ella o de Asmodean o si era algo que emergía de Lews Therin.

—Vine para preguntarte por qué vuelves a llevar espada.

—Eso ya me lo preguntó Moraine. ¿Te envió para...?

La expresión de Lan no cambió, pero lo interrumpió bruscamente:

—Quiero saberlo. Puedes crear una espada de Poder o matar sin una, pero de repente vuelves a llevar una hoja de acero a la cadera. ¿Por qué?

De manera inconsciente Rand se llevó la mano a la larga empuñadura del arma que llevaba al costado.

—No es justo utilizar el Poder de ese modo. Sobre todo contra alguien que no puede encauzar. Sería como si luchara contra un niño.

El Guardián permaneció callado largos instantes mientras lo observaba.

—Te propones matar personalmente a Couladin —dijo al cabo con voz inexpresiva—. Esa espada contra sus lanzas.

—No voy a buscarlo a propósito, pero ¿quién sabe lo que puede pasar? —Rand se encogió de hombros con desasosiego. No pensaba rastrear al hombre, pero si la suerte estaba de su parte lo pondría frente a frente con Couladin—. Además, no descarto que sea él quien me busque a mí. Las amenazas que hizo fueron personales, Lan. —Levantó un brazo de manera

Librodot

que la manga de la chaqueta carmesí se retiró lo suficiente para dejar a la vista la parte delantera de un dragón de crines doradas—. Couladin no descansará mientras yo siga vivo, mientras ambos llevemos esto.

A decir verdad, tampoco él descansaría hasta que quedara vivo sólo un hombre con la marca de los dragones. En justicia debería acabar también con Asmodean, ya que había sido éste el que había marcado al Shaido. Pero había sido la ambición sin límites de Couladin la que lo había hecho posible; su ambición y su negativa a cumplir la ley y las costumbres Aiel los habían llevado inevitablemente a ese lugar, a ese día. Aparte del marasmo y la guerra entre Aiel, Couladin era responsable de la matanza de Taien, de Selean y de docenas de villas y pueblos destruidos desde entonces, así como cientos y cientos de granjas incendiadas. Hombres, mujeres y niños sin enterrar habían sido el banquete de los buitres. Si él era el Dragón Renacido, si es que lo asistía algún derecho a exigir que cualquier nación lo siguiera, y la que menos Cairhien, entonces lo mínimo que les debía era justicia.

—En ese caso, ordena que lo decapiten cuando se lo prenda —adujo duramente Lan—. Asigna a un centenar de hombres, o a un millar, a la única tarea de encontrarlo y prenderlo. ¡Pero no cometas la insensatez de luchar con él! Ahora eres bueno con una espada, muy bueno, pero los Aiel es como si hubieran nacido con las lanzas y la adarga en las manos. Una lanza en tu corazón y todo esto no habrá servido de nada.

—Entonces ¿habré de eludir la lucha? ¿Lo harías tú si Moraine no tuviera ascendiente sobre ti? ¿Lo haría Rhuarc, o Bael o cualquiera de ellos?

—Yo no soy el Dragón Renacido. El destino del mundo no depende de mí. —A pesar de sus palabras, en su voz ya no había el timbre encolerizado de antes. Sin Moraine, el Guardián habría estado allí donde la lucha fuera más encarnizada. Incluso parecía lamentar las increpaciones que le había hecho.

—No correré riesgos inútiles, Lan, pero me es imposible eludirlos todos. —El trozo de lanza seanchan se quedaría hoy en la tienda; lo único que haría sería estorbarle si topaba con Couladin—. Vamos, o los Aiel pondrán fin a la batalla sin nosotros si nos quedamos más tiempo aquí.

Cuando salió al exterior en el cielo sólo quedaban unas pocas estrellas, y un estrecho filo luminoso perfilaba marcadamente el horizonte oriental. Pero no fue por eso por lo que se paró, y Lan con él. La Doncellas habían formado un cerco alrededor de la tienda, hombro contra hombro y mirando hacia adentro. Eran un grueso cerco que se extendía por las oscuras cuestas, cubriéndolas; las mujeres ataviadas con el *cadin'sor* estaban tan apiñadas que ni siquiera un ratón habría podido traspasar sus filas. A *Jeade'en* no se lo veía por ningún sitio, aunque un *gai'shain* había recibido la orden de tenerlo ensillado y listo.

No sólo había Doncellas. En primera fila había dos mujeres vestidas con amplias faldas y blusas claras, el cabello sujeto con pañuelos doblados. Todavía estaba demasiado oscuro para distinguir los rasgos con certeza, pero había algo en las figuras de esas dos mujeres, en su modo de tener cruzados los brazos, que las señalaba como Egwene y Aviendha.

Sulin se adelantó antes de que Rand pudiera abrir la boca para preguntar qué se proponían.

—Venimos a escoltar al *Car'a'carn* hasta la torre con Egwene Sedai y con Aviendha.

—¿Quién os ha inducido a esto? —demandó Rand. Una rápida ojeada a Lan le confirmó que no había sido él. Incluso en la oscuridad resultaba

patente que el Guardián estaba asombrado, aunque sólo fue un instante, un breve gesto brusco con la cabeza; nada sorprendía a Lan mucho tiempo—. Se supone que Egwene debería estar de camino a la torre, y las Doncellas se suponía que debían estar con ella para protegerla. Lo que tiene que hacer hoy es muy importante, de modo que hay que protegerla mientras lo lleva a cabo.

—La protegeremos. —La voz de Sulin sonaba impasible—. Y al *Car'a'carn*, que entregó su honor a las *Far Dareis Mai* para que lo guardaran. —Un murmullo de aprobación se alzó entre las Doncellas.

—Es de sentido común, Rand —dijo Egwene desde su posición—. Si una persona utilizando el Poder como arma acortará la batalla, tres la harán aun más breve. Y tú eres más fuerte que Aviendha y yo juntas. —No parecía que le hubiera gustado decir esto último. Aviendha no pronunció ni una palabra, pero su actitud era elocuente.

—Esto es ridículo —protestó, iracundo, Rand—. Dejadme pasar e id a la posición que se os ha asignado.

Sulin no cedió un ápice.

—Las *Far Dareis Mai* defienden el honor del *Car'a'carn* —dijo sosegadamente, y su frase fue coreada por otras. No alzaron el tono, pero las voces de tantas mujeres repitiéndolo al unísono hicieron que sonara como un estruendo:

—Las *Far Dareis Mai* defienden el honor del *Car'a'carn*. Las *Far Dareis Mai* defienden el honor del *Car'a'carn*. Las *Far Dareis Mai* defienden el honor del *Car'a'carn*.

—He dicho que me dejéis pasar —exigió cuando el sonido cesó. Como si les hubiera dicho que empezaran de nuevo, la situación se repitió:

—Las *Far Dareis Mai* defienden el honor del *Car'a'carn*. Las *Far Dareis Mai* defienden el honor del *Car'a'carn*. Las *Far Dareis Mai* defienden el honor del *Car'a'carn*.

Sulin se limitó a quedarse allí plantada, mirándolo, mientras continuaba la cantinela. Al cabo de un momento, Lan se inclinó para hablarle al oído con un seco murmullo:

—Una mujer no deja de ser mujer porque lleve una lanza. ¿Conoces a alguna a la que se pueda apartar de algo que realmente quiere? Date por vencido o nos quedaremos plantados aquí todo el día, tú discutiendo en vano y ellas coreando el mismo grito. —El Guardián vaciló antes de añadir—: Además, lo que pretenden tiene sentido.

Egwene abrió la boca cuando la letanía cesó de nuevo, pero Aviendha le puso la mano en el brazo mientras le susurraba unas cuantas palabras, y la otra joven no dijo nada. Rand sabía lo que Egwene había estado a punto de decir: que era un estúpido cabezota o que tenía menos seso que un mosquito o algo por el estilo.

El problema era que empezaba a sentirse como si lo fuera. Lo de ir a la torre tenía sentido. No había nada que pudiera hacer en otra parte —la batalla estaba ahora en manos de los jefes y del destino—, y él sería de más utilidad encauzando que cabalgando de aquí para allí con la esperanza de topar con Couladin. Si ser *ta'veren* podía atraer a Couladin hacia sí, podría llevarlo hacia la torre igual que hacia cualquier otro sitio. Empero, así no tendría mucha oportunidad de verlo después de haber ordenado a todas las Doncellas que defendieran la torre.

Sin embargo, ¿cómo podía ceder y seguir conservando un mínimo de dignidad después de bramar a diestro y siniestro?

Librodot

—He decidido que puedo hacer más desde la torre —anunció a la par que enrojecía violentamente.

—Como ordene el *Car'a'carn* —respondió Sulin sin el menor atisbo de burla en el tono, sino como si la idea hubiese sido de él desde el principio. Lan asintió y después se marchó por el estrecho paso que abrieron las Doncellas.

La brecha se cerró inmediatamente detrás del Guardián, y cuando las mujeres empezaron a moverse a Rand no le quedó más remedio que ir con ellas. Podría haber encauzado, naturalmente, arrojar Fuego y derribarlas con Aire, pero no era el modo de tratar a quienes estaban de su parte, y menos aun a unas mujeres. Además, no estaba seguro de lograr librarse de ellas a no ser matándolas, y puede que ni aun entonces. En cualquier caso, había decidido que sería más útil en la torre, después de todo.

Egwene y Aviendha permanecieron tan calladas como Sulin mientras caminaban, cosa que Rand agradeció. Por supuesto que, al menos en parte, su silencio se debía a tener que subir y bajar cuestas en la oscuridad sin romperse el cuello. Aviendha mascullaba algo de vez en cuando, pero Rand sólo consiguió captar algo sobre tener que caminar con faldas. Pero ninguna de las dos se mofaba de él por haber dado marcha atrás de un modo tan notorio. Aunque eso podía muy bien venir después. A las mujeres parecía divertirles pinchar a uno y hurgar con la aguja cuando uno creía que el peligro había pasado.

El cielo empezó a ponerse de color gris, y cuando la torre de troncos surgió a la vista, por encima de los árboles, fue él quien rompió el silencio:

—No esperaba que tomaras parte en esto, Aviendha. Creí oírte decir que las Sabias no participaban en las batallas. —Estaba seguro de que lo había dicho. Una Sabia podía caminar en medio de una batalla sin que le tocaran un solo cabello o entrar en cualquier dominio o septiar de un clan que tuviera un pleito de sangre con el suyo, pero no participaba en la lucha y menos aún encauzando. Hasta que él llegó al Yermo la gran mayoría de los Aiel ignoraba que algunas Sabias podían encauzar, bien que corrían rumores de ciertas habilidades extrañas y a veces algo que los Aiel consideraban muy parecido a encauzar.

—Todavía no soy una Sabia —contestó ella con voz grata mientras se colocaba el chal—. Si una Aes Sedai como Egwene puede hacer esto, entonces yo también puedo. Lo arreglé esta mañana, mientras todavía dormías, pero lo había estado pensando desde que se lo pediste a Egwene por primera vez.

Ahora había luz suficiente para que Rand advirtiera el repentino sofoco de Egwene. Cuando la joven advirtió que la estaba mirando, dio un traspié aunque no tropezó con nada, y Rand tuvo que sujetarla del brazo para evitar que cayera de bruces al suelo. Eludiendo su mirada, Egwene se soltó de un tirón. A lo mejor no tendría que preocuparse de las pullas de la joven después. Empezaron a remontar la cuesta entre los escasos árboles en dirección a la torre.

—¿Y no intentaron impedírtelo? Me refiero a Amys, a Bair y a Melaine. —Sabía que no, porque si lo hubieran hecho Aviendha no estaría ahora allí.

La joven Aiel sacudió la cabeza y frunció el entrecejo en un gesto meditabundo.

—Hablaron largo rato con Sorilea y después me dijeron que hiciera lo que pensaba que debía hacer. Por lo general son ellas las que me dicen lo que «consideran» que debo hacer. —Lo miró de reojo y añadió—: Le oí

comentar a Melaine que traías el cambio a todo.

—Y lo hago —repuso mientras ponía un pie en el primer travesaño de la escala—. La Luz me asista, pero lo hago.

El panorama desde la plataforma era magnífico incluso a simple vista, con la tierra extendiéndose hasta el horizonte en boscosas colinas. La fronda era lo bastante densa para ocultar a los Aiel que se dirigían hacia Cairhien —de hecho la mayoría debía de estar ya en posición—, pero el amanecer arrojaba una luz dorada sobre la propia ciudad. Una rápida ojeada con uno de los visores de lentes le mostró los pelados cerros que rodeaban el río tranquilos y aparentemente desiertos. Pronto cambiarían. Los Shaido estaban allí, aunque ocultos en este momento. No seguirían escondidos cuando él empezara a... ¿Qué? Desde luego, nada de lanzar fuego compacto. Hiciera lo que hiciera, tenía que acobardar lo más posible a los Shaido antes de que sus Aiel atacaran.

Egwene y Aviendha se habían estado turnando para mirar por el otro tubo largo, con cortas pausas entremedias para cambiar impresiones en voz baja, pero ahora se limitaban a charlar en voz baja. Finalmente intercambiaron sendos asentimientos de cabeza, se acercaron a la barandilla y se quedaron con las manos apoyadas en el tosco palo mientras contemplaban fijamente la ciudad. De repente Rand sintió que se le ponía piel de gallina. Una de ellas estaba encauzando, o tal vez las dos.

Lo primero que notó fue el viento, soplando hacia la ciudad. No una simple brisa, sino viento de verdad, el primero que sentía en ese país. Y se empezaban a formar nubes sobre Cairhien, más espesas por el sur, que se iban tornando más cerradas y más negras mientras las miraba. Sólo allí, encima de Cairhien y de los Shaido; en el resto, hasta donde alcanzaba a ver, el cielo seguía despejado y azul, con sólo alguno que otro jirón fino y blanco. Empero, se oyó el largo y contundente retumbar de un trueno, y de repente se descargó un rayo, un trazo irregular y plateado que cayó en lo alto de un cerro próximo a la ciudad. Antes de que el estampido del primer relámpago llegara a la torre, otros dos más chisporrotearon sobre la tierra. Las chispas eléctricas surcaban el cielo, pero aquellas lanzas cegadoramente blancas siguieron descargándose con la regularidad de los latidos de un corazón. De pronto, el suelo explotó allí donde no había caído ningún rayo; la tierra y las piedras se alzaron quince metros en el aire, y a continuación en otro sitio, y en otro más.

Rand no tenía ni idea de cuál de las dos mujeres provocaba aquello, pero desde luego las explosiones parecían destinadas a hacer perder los nervios a los Shaido. Le tocaba a él hacer su parte, o de lo contrario sólo sería un espectador más. Buscó el contacto con el *Saidin* y lo aferró. Un fuego helado rozó el exterior del vacío que rodeaba a lo que era Rand al'Thor. Fríamente, hizo caso omiso de la untuosa contaminación que penetraba en él junto con los torrentes de Poder que amenazaban con arrastrarlo.

A esa distancia, existían límites para lo que podía hacer. De hecho, era casi el máximo de distancia a la que era capaz de hacer algo sin un *angreal* o *sa'angreal*. Probablemente era la razón de que las dos mujeres estuvieran encauzando los rayos uno por uno, así como las explosiones; si él estaba al límite, ellas debían de estar sobrepasándolo.

Un recuerdo se filtró a través del vacío, pero no era suyo, sino de Lews Therin. Por una vez, no le importó. Un instante después encauzaba y una bola de fuego envolvía la cumbre de un cerro situado a unos ocho kilómetros, una hirviente masa de llamas casi blancas. Cuando se

Librodot

consumió, Rand vio sin necesidad de utilizar el visor de lentes que el cerro era ahora más bajo y que estaba negro en la parte superior, como si se hubiese fundido. Entre ellos tres, puede que no hiciera falta que los clanes lucharan contra Couladin ni poco ni mucho.

«¡Ilyena, amor mío, perdóname!»

El vacío tembló; por un instante, Rand se tambaleó al borde de la destrucción. Oleadas de Poder Único rompieron contra él entre espuma de miedo; la contaminación pareció formar una capa sólida alrededor de su corazón, cual una piedra calcinada.

Apretó la barandilla hasta que los nudillos le dolieron y se obligó a recobrar la calma, a mantener la impasibilidad del vacío. De ahí en adelante rehusó escuchar los pensamientos que surgían en su mente, y en lugar de ello se concentró totalmente en encauzar, en devastar un cerro tras otro de manera metódica.

Manteniéndose bastante detrás de la línea de árboles que había en la cumbre, Mat sujetó el hocico de *Puntos* para evitar que el castrado relinchara mientras veía cómo un millar más o menos de Aiel descendía por las colinas en su dirección, procedente del sur. El sol acababa de asomar por el horizonte, proyectando largas sombras a un lado de la masa de guerreros al trote. La calidez nocturna empezaba a dar paso al calor del día; la temperatura sería sofocante en cuanto el sol estuviera un poco más alto. De hecho, él había empezado a sudar.

Los Aiel no lo habían visto todavía, pero si seguía allí parado acabarían descubriéndolo sin ningún género de dudas. No tenía mucha importancia que casi con toda seguridad fueran hombres de Rand —si Couladin tenía hombres al sur, el día iba a ponerse muy interesante para aquellos tan estúpidos como para encontrarse en el medio de la batalla— y no importaba porque él no iba a correr el riesgo de dejarse ver. Ya le había pasado demasiado cerca una flecha esa mañana para actuar con tanta imprudencia. Con gesto mecánico se tanteó el limpio rasgón que tenía la hombrera de la chaqueta. Buen disparo, considerando que se había hecho sobre una diana móvil apenas entrevista entre los árboles. Habría admirado más la destreza del arquero si la diana no hubiese sido él.

Sin quitar los ojos de los Aiel que se aproximaban, hizo retroceder con gran cuidado a *Puntos* más adentro de la rala fronda; si lo veían y aceleraban el paso, quería saberlo. La gente decía que los Aiel eran capaces de superar por agotamiento a un hombre a caballo, y se proponía contar con una gran ventaja si lo intentaban.

Hasta que los perdió de vista tras los árboles, Mat no apresuró su propio paso y condujo a *Puntos* por las riendas hasta la ladera contraria antes de montar y virar hacia el oeste. Todas las precauciones eran pocas si quería seguir vivo en ese día y en ese lugar. Masculló para sus adentros mientras cabalgaba, con el sombrero bien calado y la lanza de mango negro cruzada sobre la perilla de la silla. Al oeste otra vez.

El día había empezado muy bien, un par de horas antes del alba, cuando Melindhra abandonó la tienda para alguna reunión de las Doncellas. Creyéndolo dormido, ni siquiera lo miró al salir mientras rezongaba entre dientes algo sobre Rand al'Thor, y el honor y «*Far Dareis Mai* por encima de todo». Era como si discutiera consigo misma, pero, francamente, a él le importaba poco si lo que la mujer quería era hacer picadillo a Rand y preparar un guiso con él. No había pasado un minuto desde la marcha de

Melindhra cuando Mat ya estaba llenando a reventar las alforjas. Nadie le había prestado atención cuando ensilló a *Puntos* y se escabulló como una sombra hacia el sur. Un buen comienzo. Sólo que no había contado con las columnas de Taardad y Tomanelle y de todos los otros malditos clanes dando un rodeo por el sur. No lo consoló el hecho de que la maniobra fuera muy semejante a la que le había expuesto a Lan en su parloteo. Quería ir al sur, y aquellos Aiel lo habían obligado a dirigirse hacia el Alguenya. Hacia donde estaría la lucha.

Al cabo de dos o tres kilómetros, hizo que *Puntos* remontara la ladera con gran precaución y se detuvo al resguardo de los árboles de la cumbre. Era una de las colinas más altas de la zona, y desde allí disfrutaba de una buena vista. Esta vez no divisó Aiel, pero la columna que serpenteaba a lo largo del sinuoso valle entre cerros era casi igual de peligrosa. Tearianos montados iban a la cabeza, detrás de un puñado de enseñas de lores de variados colores. Una brecha separaba la caballería de un bosque de afiladas picas: los soldados de a pie, que avanzaban en apretadas filas tras el polvo levantado por los tearianos; a continuación otro cuerpo de caballería, éste cairhienino, con multitud de estandartes, banderas y *con*. Los cairhieninos no mantenían orden ninguno, y se movían atrás o adelante conforme lo hacían sus lores para conversar entre sí, pero al menos llevaban flanqueadores a ambos lados. Fuera como fuese, tan pronto como hubiesen pasado él dispondría de una clara ruta hacia el sur. «¡Y no pararé hasta estar a mitad de camino del puñetero Erinin!»

Un leve movimiento atrajo su atención, bastante delante de la columna que marchaba allá abajo. No lo habría advertido de no haberse encontrado a tanta altura. Desde luego, ninguno de los jinetes podía haberlo visto. Sacó el pequeño visor de lentes de sus alforjas —a Kin Tovere le gustaba jugar a los dados— y escudriñó en la dirección que había atisbado el movimiento. Soltó un quedo silbido entre dientes. Aiel, al menos tantos como los hombres que avanzaban por el valle, y si no eran de Couladin, entonces es que pensaban darles una sorpresa de cumpleaños, porque estaban agazapados entre los agostados arbustos y las hojas muertas.

Tamborileó los dedos un momento sobre su muslo; a no mucho tardar, ahí abajo iba a haber algunos cadáveres. Y no precisamente de Aiel. «No es asunto mío. Estoy fuera de esto, de aquí, y me dirijo al sur.» Esperaría un poco y después se alejaría mientras estuvieran demasiado ocupados para reparar en él.

El tal Weiramon —ayer había oído el nombre del tipo de barba canosa— era un completo necio. «Ni patrullas ni exploradores, o de otro modo sabría lo que le espera.» Pensándolo bien, con la configuración del terreno, el modo en que estaban las colinas y en que el valle se retorcía, tampoco los Aiel podían ver a la columna, sólo la nubecilla de polvo que levantaba. Desde luego ellos sí habían tenido exploradores para estar apostados donde se encontraban; era imposible que se hubiesen quedado esperando allí por pura casualidad.

Mientras silbaba despreocupadamente *Bailar con la Dama de las Sombras*, se llevó de nuevo el visor de lentes al ojo y estudió las cumbres de las colinas. Sí. El comandante de los Aiel había apostado unos cuantos hombres en puntos desde los que podrían dar una señal justo antes de que la columna entrara en el terreno escogido para la masacre, aunque ni siquiera ellos podían ver nada todavía. Dentro de unos minutos los primeros tearianos aparecerían a la vista, pero hasta entonces...

Librodot

Casi le dio un patatús cuando, inconscientemente, taloneó a *Puntos* lanzándolo a galope colina abajo. «En nombre de la Luz, ¿qué demonios estoy haciendo?» Bueno, tampoco podía quedarse mirando cómo se dirigían hacia su muerte como gansos al cuchillo del carnicero. Los alertaría. Nada más. Les diría lo que tenían delante y luego se marcharía.

Los primeros jinetes cairhieninos lo vieron antes de que llegara al final de la cuesta, cosa lógica considerando que *Puntos* bajaba a todo galope. Dos o tres inclinaron las lanzas; a Mat no le hacía maldita la gracia tener dos palmos de acero apuntándolo, y menos aun si eso se multiplicaba por tres, pero obviamente un jinete solo no era una amenaza, aunque cabalgara como un poseso, ya que lo dejaron pasar. Hizo un quiebro cerca ya de los lores cairhieninos que marchaban a la cabeza de la unidad de caballería y frenó un momento, justo lo suficiente para gritar:

—¡Alto, deteneos! ¡En nombre del lord Dragón! ¡Parad o encauzará para meteros la cabeza en las tripas y os hará merendaros vuestros propios pies!

Hincó los talones en los ijares de *Puntos* y salió de nuevo a galope hacia adelante. Sólo echó un vistazo por encima del hombro a fin de comprobar que obedecían su orden —cosa que hacían, bien que con evidente desconcierto; las colinas todavía los ocultaban de los Aiel y, una vez que se posara la nube de polvo que levantaban, los Aiel no tendrían modo de saber dónde se encontraban—, y acto seguido se pegó contra el cuello del castrado al tiempo que azuzaba a *Puntos* con el sombrero y pasaba a galope tendido junto a la unidad de infantería.

«Si espero a que Weiramon dé las órdenes, será demasiado tarde, pero no pienso hacer nada más.» Daría la alerta y luego se marcharía.

Los soldados de a pie marchaban en batallones de unos doscientos piqueros, con un oficial montado delante de cada uno y unos cincuenta arqueros o ballesteros en la retaguardia. La mayoría lo observó con curiosidad mientras pasaba a lomos de *Puntos*, cuyos cascos levantaban pegotes de tierra, pero ninguno de ellos dejó de marcar el paso. Algunas de las monturas de los oficiales cabriolaron como si sus jinetes quisieran seguirlo para ver qué motivaba su prisa, pero tampoco ninguno de ellos dejó su puesto ni cambió el paso. Buena disciplina. Iban a necesitarla.

La columna de tearianos la cerraban Defensores de la Ciudadela, con sus petos y sus chaquetas de mangas acuchilladas en negro y oro; penachos de distintos colores coronaban los yelmos de oficiales y suboficiales. El resto iba equipado igual, sólo que lucían los colores de diferentes nobles en las mangas. Los propios lores, con sus chaquetas de seda y sus ornamentados petos y grandes penachos, marchaban delante seguidos por los estandartes que ondeaban con la brisa que empezaba a soplar. Mat sofrenó a *Puntos* al tiempo que giraba para ponerse delante de ellos y su maniobra fue tan brusca que el castrado corcovó.

—¡Alto, en nombre del lord Dragón! —gritó.

Parecía el método más rápido de detenerlos, pero por un instante temió que iban a pasar sobre él. Casi en el último momento un joven noble al que Mat recordaba haber visto fuera de la tienda de Rand levantó una mano y a continuación todos tiraron de las riendas mientras la orden de detenerse pasaba rápidamente de fila en fila hasta el final de la columna. Weiramon no estaba allí, y ninguno de los lores presentes era ni diez años mayor que Mat.

—¿Qué significa esto? —demandó el tipo que había levantado la mano. Los oscuros ojos miraban con arrogancia sobre una afilada nariz, y la barbilla se levantaba de tal modo que la puntiaguda barba parecía a punto

de asestar un golpe. El sudor que le resbalaba por el rostro echaba a perder el efecto sólo un poco—. El propio lord Dragón me ordenó esto. ¿Quién eres para…?

Se interrumpió cuando otro hombre al que Mat también reconoció lo cogió por la manga y le susurró algo apresuradamente. El rostro de Estean, tan semejante a una patata, aparecía demacrado bajo el yelmo —los Aiel le habían arrancado a la fuerza las condiciones concernientes a la ciudad, según había oído comentar Mat—; pero también había jugado a las cartas con él y sabía exactamente quién era. Sólo el peto de Estean mostraba mellas en los dorados adornos; ninguno de los otros había hecho otra cosa que lucirse a caballo y presumir. Todavía.

La barbilla del de la nariz afilada bajó mientras escuchaba, y cuando Estean le soltó el brazo habló con un tono más moderado.

—No os quise ofender… eh… lord Mat. Soy Melanril, de la casa Asegora. ¿Cómo puedo servir al lord Dragón? —Al final de la frase, la moderación había dado paso a la incertidumbre.

—¿Por qué hemos de parar? —intervino Estean con nerviosismo—. Sé que el lord Dragón nos dijo que nos quedáramos en posición hasta nueva orden, pero, así se abrase mi alma. No hay honor en esperar sentados y dejar que los Aiel sean los únicos que luchen. ¿Por qué vamos a conformarnos con perseguirlos después de que estén derrotados? Además, mi padre está en la ciudad, y… —Enmudeció ante la severa mirada de Mat.

Éste sacudió la cabeza mientras se abanicaba con el sombrero. Los muy necios ni siquiera estaban donde se les había ordenado. Y tampoco había posibilidad de hacerles dar media vuelta. Aun en el caso de que Melanril diera la orden de regresar —y sólo con mirarlo Mat no las tenía todas consigo de que accediera a hacerlo, ni que fueran supuestas órdenes del lord Dragón ni que no— seguía sin ser posible. Estaba parado a plena vista de los centinelas Aiel; si la columna empezaba a dar media vuelta, comprenderían que habían sido descubiertos y probablemente lanzaran su ataque mientras tearianos y cairhieninos estaban enredados unos con otros. Sería una carnicería tan definitiva como si hubiesen seguido adelante sin esperar la emboscada.

—¿Dónde está Weiramon?

—El lord Dragón lo envió de regreso a Tear —informó lentamente Melanril—, para ocuparse de los piratas illianos y de los bandidos de los llanos de Maredo. Era reacio a marcharse, naturalmente, a pesar de haberle sido encomendada una misión de tanta responsabilidad, pero… Disculpad, lord Mat, pero si el lord Dragón os envió, ¿cómo es que no sabíais…?

—No soy ningún lord —lo cortó secamente—. Y si quieres cuestionar lo que Rand dice y no dice a la gente, pregúntaselo a él. —Aquello bastó para que el tipo recogiera velas; no parecía muy dispuesto a hacerle ningún tipo de preguntas al puñetero lord Dragón. Weiramon era un necio, pero al menos tenía edad suficiente para haber participado en batallas. A excepción de Estean, que parecía un saco de nabos atado al caballo, toda la experiencia en la lucha de esta pandilla se reducía a una o dos peleas de taberna y quizás alguno que otro duelo. De mucho les iba a servir eso—. Y ahora, escuchadme bien. Cuando paséis por la quebrada que hay más adelante, entre las dos siguientes colinas, los Aiel van a caer sobre vosotros como una avalancha.

La reacción fue como si les hubiera dicho a estos lechuguinos que iba a haber un baile con mujeres cantando para recibirlos. Unas sonrisas

Librodot

ansiosas asomaron a sus rostros y empezaron a hacer cabriolear a sus caballos mientras se palmeaban los hombros unos a otros y hacían alarde de cuántos matarían. Estean fue el único que no mostró el menor entusiasmo y se limitó a suspirar y a probar si su espada salía suavemente de la vaina.

—¡No miréis hacia arriba! —espetó Mat. ¡Los muy necios! ¡Eran muy capaces de dar la orden de ataque en cualquier momento!—. Mantened los ojos fijos en mí. ¡En mí!

Sólo el hecho de ser amigo de quien era logró tranquilizarlos. Melanril y los demás, con sus bonitas e intactas armaduras, fruncieron el entrecejo en un gesto impaciente, sin comprender por qué no quería que se pusieran a matar salvajes Aiel. Si no hubiese sido amigo de Rand, probablemente los habrían arrollado a él y a *Puntos*.

Podía dejar que salieran a la carga; lo harían fragmentando la unidad, dejando a los piqueros y a los cairhieninos detrás, aunque éstos tal vez se sumaran al ataque cuando se dieran cuenta de lo que pasaba. Y todos morirían. Si fuese listo les permitiría salirse con la suya mientras que él se marchaba en dirección contraria. El problema era que después de que estos idiotas actuaran de modo que los Aiel comprendieran que su emboscada había sido descubierta, éstos podrían muy bien decidir hacer algo inesperado, como dar un rodeo para atacar por los flancos la columna estirada de estos estúpidos. Si tal cosa ocurría, ya no estaría segura su escapada.

—Lo que el lord Dragón quiere que hagáis —empezó— es continuar adelante al paso, como si no hubiese un solo Aiel en cien kilómetros a la redonda. Tan pronto como los piqueros entren en la quebrada, formarán un cuadro hueco y os meteréis dentro a paso redoblado.

—¡Dentro! —protestó Melanril. Unos murmullos iracundos se alzaron entre los otros jóvenes nobles, excepto Estean, que parecía pensativo—. ¡No es honroso esconderse tras unos apestosos...!

—¡Lo haréis, maldita sea! —bramó Mat, que condujo a *Puntos* cerca del caballo del teariano—. ¡Y si los Aiel no os matan, lo hará Rand, y si se deja alguno yo mismo lo trocearé para hacer salchichas! —Esto se estaba alargando demasiado; a estas alturas los Aiel tenían que estar preguntándose de qué hablaban—. Con un poco de suerte, estaréis colocados antes de que los Aiel se os echen encima. Si lleváis arcos cortos, utilizadlos, y si no, mantened vuestra posición. ¡Tendréis vuestra jodida carga y se os dirá cuándo, pero si os movéis demasiado pronto...! —Casi podía sentir cómo pasaban los segundos.

Apoyó el extremo de su peculiar arma en el estribo como si fuera una lanza y taloneó a *Puntos*, dirigiéndolo a lo largo de la columna. Cuando miró hacia atrás, Melanril y los otros hablaban entre sí y le echaban ojeadas. Por lo menos no se habían lanzado a galope valle adelante.

El comandante de los piqueros resultó ser un cairhienino delgado, de tez pálida, unos diez centímetros más bajo que Mat, que iba montado en un castrado gris con aspecto de haber pasado de sobra la edad de que lo jubilaran. Empero, Daerid tenía una mirada dura, la nariz rota por varios sitios, y tres cicatrices blancas marcándole la cara, una de ellas bastante reciente. Se despojó del yelmo con forma de campana mientras hablaba con Mat; llevaba la parte delantera de la cabeza afeitada, lo que indicaba que no era un lord. Quizás había pertenecido al ejército antes de que estallara la guerra civil. Sí, sus hombres sabían cómo formar un erizo. En respuesta a sus preguntas, contestó que no había luchado contra Aiel, pero sí que se

Librodot

había enfrentado a bandas de asaltantes y a la caballería andoreña; también dio a entender que había combatido contra otros cairhieninos al servicio de una casa que aspiraba al trono. Daerid no se mostraba ansioso ni renuente, sino como un hombre que tiene que realizar una tarea que es su oficio.

La columna reanudó la marcha a paso más rápido mientras Mat taconeaba a *Puntos* en dirección contraria. Avanzaban a un paso regular, y una rápida ojeada más allá le reveló a Mat que los tearianos mantenían el mismo ritmo pausado.

Dejó que *Puntos* trotara un poco más deprisa, pero no demasiado. Tenía la sensación de notar los ojos Aiel clavados en la espalda, y que se estaban preguntando qué habría dicho a las tropas y adónde iba ahora y por qué. «Un simple mensajero que entrega los comunicados y se marcha. Nada de que preocuparse.» Sinceramente confiaba en que fuera eso lo que los Aiel pensaban, pero sus hombros no soltaron la tensión hasta que estuvo seguro de que ya no lo veían.

Los cairhieninos seguían esperando donde los había dejado, y también mantenían a los flanqueadores en sus posiciones. Los estandartes y los *con* estaban apiñados donde los lores se habían reunido, uno o más por cada diez soldados. La mayoría llevaba petos sencillos, y en el que había adornos dorados o plateados, éstos aparecían abollados como si un herrero borracho se hubiera ocupado de ellos. Algunas de las monturas hacían que la de Daerid pareciese el caballo de guerra de Lan. ¿Podrían hacer la parte que les iba a encomendar? Con todo, los rostros que se volvieron hacia él eran duros, y las miradas, incluso más.

Mat había llegado a una zona que estaba fuera del alcance de la vista de los Aiel, de modo que podría seguir camino; bueno, después de decirles a éstos lo que esperaba de ellos. Había mandado a los otros a la trampa de los Aiel, y no podía abandonarlos, sencillamente.

Talmanes de la casa Delovinde, cuyo *con* mostraba tres estrellas amarillas sobre fondo azul y su estandarte un zorro negro, era aun más bajo que Daerid y tenía como mucho tres años más que Mat, pero dirigía a estos cairhieninos aunque eran hombres mayores que él y algunos ya peinaban canas. Sus ojos traslucían tan poca expresión como los de Daerid, y él en sí parecía un látigo enroscado. Su armadura y su espada eran tremendamente sencillas; una vez que le dijo su nombre a Mat, se limitó a escuchar en silencio mientras éste exponía su plan, un poco ladeado en la silla para trazar líneas en el suelo con la punta de la afilada hoja de la lanza.

Los otros lores cairhieninos se situaron alrededor de ellos con los caballos, observando, pero ninguno con tanta intensidad como Talmanes, quien estudió el mapa que ya conocía y lo estudió a él desde las botas hasta el sombrero, pasando por la extraña lanza. Cuando Mat hubo acabado, el tipo siguió sin hablar.

—¿Y bien? —espetó Mat—. Me importa poco si lo tomas o lo dejas, pero tus amigos estarán metidos hasta el cuello con los Aiel a no mucho tardar.

—Los tearianos no son mis amigos. Y Daerid es... útil, pero, desde luego, no un amigo. —Unas risas secas se alzaron entre los lores que observaban—. Pero me ocuparé de dirigir a la mitad si tú diriges a la otra.

Talmanes se quitó uno de los guanteletes reforzados con acero en el dorso y le tendió la mano. Mat se quedó mirándola fijamente. ¿Dirigir? ¿Él? «Soy un jugador, no un soldado. Un mujeriego.» Recuerdos de batallas libradas largo tiempo atrás bulleron en su mente, pero se obligó a rechazarlos. Lo único que tenía que hacer era marcharse a galope; claro que

Librodot

entonces Talmanes dejaría a Estean, Daerid y los demás en la estacada, para que se asaran bien en el espetón donde él los había colgado. Se sorprendió a sí mismo al estrechar la mano tendida del noble.

—Cuento con que estarás allí cuando llegue el momento —dijo.

Por toda respuesta, Talmanes empezó a llamar por los nombres a los cairhieninos, y los lores y nobles nombrados condujeron sus monturas hacia Mat, cada uno de ellos seguido por un portaestandarte y alrededor de una docena de soldados, hasta que tuvo a su mando unos cuatrocientos hombres. Talmanes poco tuvo que decir después de aquello, de modo que condujo a los demás al trote, dejando tras de sí una nube de polvo.

—Manteneos juntos —ordenó Mat a su tropa—. Cargad cuando yo diga que carguéis, corred cuando yo diga que corráis y no hagáis ningún ruido que no sea necesario.

Hubo crujidos de sillas de montar y el trapaleo de cascos cuando lo siguieron, claro está, pero al menos no hablaron ni preguntaron.

Una última ojeada al otro grupo de estandartes y *con*, y a continuación el otro grupo se perdió de vista en un recodo del camino. ¿Cómo se había metido en esto? Todo había empezado de una forma sencilla, sólo dar la alarma y marcharse. Todos los pasos posteriores habían parecido tan lógicos, tan necesarios, y ahora estaba metido hasta el cuello en barro sin más opción que seguir adelante. Confiaba en que Talmanes apareciera como había dicho. El hombre ni siquiera le había preguntado quién era.

El sinuoso valle entre colinas giraba y se bifurcaba hacia el norte, pero Mat tenía un buen sentido de la orientación. Por ejemplo, sabía con exactitud hacia dónde quedaba el sur y la seguridad, y no era hacia allí donde se dirigía. Unos nubarrones negros se estaban formando encima de la ciudad, los primeros tan densos que Mat había visto desde hacía mucho tiempo. La lluvia acabaría con la sequía —buena cosa para los granjeros, si es que quedaba alguno— y posaría el polvo, lo que convenía a los jinetes, porque de ese modo no anunciarían su presencia demasiado pronto. Si llovía a lo mejor los Aiel se darían por vencidos y volverían a casa. También empezaba a soplar el viento, trayendo un poco de frescor al ambiente, para variar.

El sonido de lucha llegó por encima de las cumbres de los cerros, de gritos de hombres, de alaridos. Había empezado.

Mat hizo girar a *Puntos*, levantó la lanza y la movió a derecha e izquierda. Casi se sorprendió cuando los cairhieninos formaron en una larga hilera a ambos lados de él, de cara a la empinada ladera. El gesto había sido instintivo, de otro tiempo y otro lugar, pero estos hombres habían presenciado batallas. Azuzó a *Puntos* cuesta arriba, entre los escasos árboles, a paso lento, y avanzaron entre el apagado sonido metálico de las bridas.

La primera reacción de Mat al llegar a la cima del cerro fue de alivio al divisar a Talmanes y a sus hombres remontando la cima que había enfrente. La segunda fue soltar una imprecación.

Daerid había formado un erizo, las densas hileras de picas en cuatro filas de fondo, intercaladas con arqueros, para hacer un gran cuadrado. Las largas picas dificultaban el avance de los Shaido, pero aun así los Aiel se habían lanzado a la carga, y los arqueros y ballesteros intercambiaban disparos sin cesar con ellos. Los hombres caían en ambos bandos, pero los piqueros se limitaban a cerrar el hueco cuando uno de ellos era abatido, cerrando más el cuadro. Ni que decir tiene que los Shaido no daban señales

Librodot

de aflojar en su ataque.

Los Defensores estaban desmontados en el centro, y quizá la mitad de los lores tearianos con sus soldados. La mitad. Por eso había soltado una maldición. Los demás corrían de aquí para allá entre los Aiel, asestando golpes y estocadas con lanzas y espadas, en grupos de cinco o diez o solos. Docenas de caballos sin jinete ponían de manifiesto lo bien que lo estaban haciendo. Melanril estaba allí fuera, sólo con su portaestandarte, asestando estocadas a diestro y siniestro. Dos Aiel se acercaron velozmente y desjarretaron limpiamente al caballo del pisaverde; el animal cayó sacudiendo la cabeza —Mat estaba seguro de que relinchó, pero el estruendo ahogó el sonido— y entonces Melanril desapareció detrás de figuras vestidas con *cadin'sor* que arremetían con sus lanzas. El portaestandarte duró unos segundos más.

«Vete con viento fresco» pensó, sombrío, Mat. Se incorporó sobre los estribos, levantó su singular lanza y después la movió hacia adelante al tiempo que gritaba:

—¡Los! ¡Los caba'drin!

Se habría tragado las palabras de haber podido, y no porque fueran en la Antigua Lengua; allá abajo, en el valle, era un caldero hirviendo. Pero, hubiera o no entendido algún cairhienino la orden de «jinetes al ataque» en la Antigua Lengua, sí que comprendieron el gesto, sobre todo cuando él se sentó de nuevo y clavó los talones en los ijares de su caballo. No es que deseara hacerlo, pero ahora no tenía otra opción; él había metido a esos hombres ahí abajo —algunos podrían haber escapado si les hubiera ordenado dar media vuelta y huir— y no le quedaba más remedio.

Con los estandartes y los *con* ondeando al aire, los cairhieninos cargaron ladera abajo tras él a la par que lanzaban gritos de guerra. Imitándolo a él, sin duda, aunque lo que Mat aullaba a pleno pulmón era «¡Rayos y truenos!». En la colina al otro lado del valle Talmanes descendía también a galope tendido.

Convencidos de que tenían atrapados a todos los hombres de las tierras húmedas, los Shaido no vieron a los otros hasta que se les echaron encima por ambos lados. Fue entonces cuando los rayos empezaron a descargarse. Y, después de eso, las cosas se pusieron verdaderamente espeluznantes.

Librodot

CAPÍTULO 16

La tristeza menor

Rand tenía pegada la camisa con el sudor debido al esfuerzo, pero no se quitó la chaqueta para protegerse del viento que aullaba hacia Cairhien. Todavía faltaba una hora para que el sol alcanzara su cenit, pero él se sentía como si hubiese estado corriendo toda la mañana y al final lo hubieran breado a garrotazos. Envuelto en el vacío, sólo era vagamente consciente de su agotamiento, de los fuertes pinchazos en sus brazos y en sus hombros, del insoportable dolor de riñones, de las punzadas alrededor de la tierna herida del costado. El hecho de que lo notara hablaba por sí mismo. Henchido de Poder, era capaz de distinguir cada hoja de los árboles a un centenar de pasos, pero lo que quiera que le estuviese ocurriendo a él físicamente tendría que haber sido como si le pasara a otra persona.

Hacía mucho tiempo que había empezado a absorber el *Saidin* a través del *angreal* que llevaba en el bolsillo, la figurilla de piedra del hombrecillo gordo. Aun así, trabajar con el Poder a una distancia de kilómetros era una dura prueba, pero sólo la sensación putrefacta de la contaminación lo frenaba de absorber más y más, de intentar asimilarlo todo dentro de sí. Tal era la dulzura del Poder, con contaminación o sin ella. Después de encauzar sin pausa durante horas, estaba así de cansado; pero, al mismo tiempo, tenía que luchar con el propio *Saidin* con mayor empeño, emplear más de su energía en impedir que lo abrasara hasta convertirlo en cenizas allí mismo, de destruir su mente en una llamarada. Jamás fue tan difícil frenar la destrucción del *Saidin*, de resistir el deseo de absorber más, de manejar lo que absorbía. Una desagradable espiral descendente, y aún faltaban horas para que se decidiera el final de la batalla.

Se enjugó el sudor de los ojos y apretó entre los dedos la burda barandilla de madera. Casi había llegado al límite, pero era más fuerte que Egwene o Aviendha. La joven Aiel estaba de pie, escudriñando Cairhien y las nubes tormentosas, agachándose de vez en cuando para mirar por el visor de lentes; Egwene se había sentado cruzada de piernas, apoyada contra un montante que todavía conservaba la corteza gris, y tenía los ojos cerrados. El aspecto de ambas era de estar tan agotadas como se sentía él.

Antes de que tuviera ocasión de hacer nada —y no es que supiera qué, ya que no tenía habilidad para la Curación— Egwene abrió los ojos y se puso de pie; intercambió unas cuantas palabras con Aviendha en un tono tan bajo que el viento se las llevó sin que él consiguiera captarlas, a pesar de tener el sentido del oído aguzado por el *Saidin*. Entonces Aviendha se sentó en el sitio ocupado antes por Egwene y recostó la cabeza en el montante. Los nubarrones negros que cubrían la ciudad siguieron descargando relámpagos, pero ahora eran trazos zigzagueantes y bifurcados más que rayos individuales.

De modo que estaban haciendo turnos para darse un descanso. Habría sido agradable contar con alguien que hiciera lo mismo con él, pero no lamentaba haber ordenado a Asmodean que permaneciera en la tienda.

Jamás se fiaría de él para dejarlo encauzar. Sobre todo ahora. ¿Quién sabe lo que habría hecho al verlo tan debilitado como estaba?

Con un leve tambaleo, Rand giró su visor de lentes para escudriñar las colinas que rodeaban la ciudad. Ahora sí que era evidente que había vida y movimiento en ellas. Y también muerte. Dondequiera que mirase se sostenían combates, Aiel contra Aiel, un millar aquí, cinco mil allí, hormigueando sobre los cerros pelados y demasiado entremezclados para que él pudiese hacer nada. No consiguió localizar la columna de caballería y piqueros.

Los había visto tres veces, una luchando contra un número de Aiel que duplicaba sus fuerzas. Estaba seguro de que seguían ahí fuera. No albergaba muchas esperanzas de que Melanril hubiese obedecido sus órdenes en este momento tardío. Elegir al joven noble porque hubiese tenido la decencia de avergonzarse por el comportamiento de Weiramon había sido una equivocación, pero tampoco quedaba mucho tiempo para hacer una elección y no tenía más remedio que librarse del Gran Señor tearianо. Ahora ya no podía hacerse nada al respecto. Tal vez pudiera ponerse al mando a un cairhienino, si es que siquiera una orden directa suya conseguía que los tearianos siguieran a un cairhienino.

Una multitud que se hallaba apiñada justo al pie de la gris muralla de la ciudad atrajo su mirada. Los altos portones reforzados con hierro estaban abiertos y los Aiel combatían contra jinetes y piqueros casi a las mismas puertas mientras que otros hombres intentaban cerrarlas y fracasaban debido a la presión de los cuerpos. Caballos sin jinetes y hombres de armadura tendidos inmóviles en el suelo a menos de un kilómetro de los portones señalaban el punto donde habían rechazado el ataque del interior. Las flechas llovían desde la muralla, así como pedruscos grandes del tamaño de una cabeza —incluso alguna que otra lanza arrojada con bastante fuerza para ensartar a dos o tres hombres, aunque todavía no había conseguido ver desde dónde partían— pero los Aiel pasaban por encima de sus muertos, cada vez más cerca, para forzar la entrada. Una rápida ojeada por los alrededores le descubrió otras dos columnas Aiel trotando hacia las puertas, quizás unos tres mil hombres en total. No dudó ni por un instante que también eran tropas de Couladin.

Fue consciente de que estaba rechinando los dientes. Si los Shaido entraban en Cairhien jamás lograría empujarlos hacia el norte, tendría que sacarlos calle por calle; el coste en vidas haría que en comparación pareciese pequeño el de los que habían muerto ya, y la ciudad en sí acabaría en ruinas como Eianrod, si no como Taien. Cairhieninos y Shaido estaban mezclados como hormigas en un cuenco, pero él tenía que hacer algo.

Inhalando profundamente, encauzó. Las dos mujeres habían establecido las condiciones al haber creado las nubes de tormenta; no necesitaba ver los flujos para poder sacar provecho de ellos. Unos imponentes rayos azulplateados se descargaron sobre los Aiel una vez, y otra, y otra, tan deprisa como un hombre podía dar palmas.

Rand levantó bruscamente la cabeza y parpadeó para librarse de las cegadoras líneas que todavía parecían grabadas en sus retinas, y cuando volvió a mirar a través del largo tubo los Shaido yacían cual cebada segada todo en derredor de la zona donde habían caído los rayos. Hombres y caballos también se sacudían en el suelo más cerca de las puertas, y algunos no se movían en absoluto; sin embargo, los que estaban ilesos arrastraban a los heridos hacia los portones, que empezaban a cerrarse.

Librodot

«¿Cuántos no podrán regresar al interior? ¿Cuántos de los míos habré matado?» La fría verdad era que no importaba. Tenía que hacerse y se había hecho.

Por suerte. Vagamente, sintió que las rodillas le fallaban. Tendría que evitar prodigarse en exceso si quería aguantar el resto del día. No podía seguir volcándose al máximo en todas partes; tenía que localizar allí donde su ayuda era realmente necesaria, donde pudiera hacer...

Las nubes tormentosas estaban apiñadas sólo sobre la ciudad y los cerros del sur, pero eso no impidió que un rayo se descargara del cielo despejado y azul que había encima de la torre y cayera entre las agrupadas Doncellas que había abajo, en medio de un estallido ensordecedor.

Con el cabello erizado por la electricidad que cargaba el aire, Rand miró de hito en hito. Podía sentir ese rayo de manera distinta, notar el tejido del *Saidin* que lo había creado. «De modo que Asmodean no aguantó la tentación incluso quedándose en las tiendas.»

No había tiempo para pensar, sin embargo. Como una rápida secuencia de golpes en un tambor gigantesco, se descargaron rayo tras rayo sobre las Doncellas hasta que el último alcanzó la base de la torre e hizo saltar por el aire fragmentos astillados del tamaño de brazos y piernas.

Mientras la torre empezaba a inclinarse lentamente, Rand se abalanzó sobre Egwene y Aviendha y de algún modo consiguió rodearlas a ambas jóvenes con uno de sus brazos mientras que enlazaba el otro en torno al montante del lado de la plataforma que estaba más alto ahora. Las jóvenes lo miraron con los ojos desorbitados y abrieron la boca, pero tampoco había tiempo para hablar. La tronchada torre se desplomó sobre las copas de los árboles en medio de los chasquidos de las ramas partiéndose. Durante un instante Rand creyó que amortiguarían la caída.

Con un seco chasquido, el montante al que se agarraba se partió, el suelo pareció salir a su encuentro y el impacto lo dejó sin aliento un instante antes de que las dos mujeres le cayeran encima. La oscuridad lo envolvió.

Recobró el sentido lentamente, y el oído fue lo primero que recuperó.

—... nos has extraído de la tierra como un peñasco y nos has echado a rodar ladera abajo en medio de la noche. —Era la voz de Aviendha, muy queda, como si hablara para sí misma. Notaba algo moviéndose sobre su cara—. Nos has quitado lo que somos, lo que éramos, así que tienes que darnos algo a cambio, algo que ser. Te necesitamos. —La cosa que se movía lo hizo más despacio, con mayor suavidad—. Te necesito. No para mí, tienes que entenderlo, sino para Elayne. Lo que hay entre ella y yo ahora es sólo entre nosotras, pero te entregaré a ella. Lo haré. ¡Si mueres, le llevaré tu cadáver! ¡Si mueres...!

Rand abrió los ojos de golpe y por un momento los dos se miraron casi rozando nariz con nariz. El cabello de la joven estaba completamente despeinado, sin el pañuelo doblado que lo sujetaba a las sienes, y una contusión purpúrea le desfiguraba la mejilla. Ella se enderezó bruscamente mientras doblaba un trapo manchado de sangre y empezaba a enjugarle con él la frente con bastante más fuerza que antes.

—No tengo intención de morir —le dijo él, aunque en honor a la verdad no estaba seguro de ello ni mucho menos. El vacío y el *Saidin* habían desaparecido, por supuesto. La mera idea de cómo los había perdido lo hizo temblar; era pura suerte que el *Saidin* no le hubiera destruido la mente en aquel último instante. Sólo pensar en aferrar la Fuente otra vez lo hizo gemir. Sin el aislamiento del vacío sentía cada pinchazo, cada contusión y

cada arañazo al máximo. Estaba tan exhausto que podría haberse quedado dormido de golpe si no hubiera estado tan dolorido. Entonces, menos mal que le dolía todo, porque desde luego no podía dormirse; ni podría hacerlo en mucho tiempo.

Metió una mano por debajo de la chaqueta para tocarse el costado y luego se limpió subrepticiamente los dedos manchados de sangre en la camisa antes de volver a sacar la mano. No era de extrañar que una caída así le hubiera abierto de nuevo la herida que nunca se había llegado a curar. No parecía que estuviera sangrando demasiado; pero, si las Doncellas o Egwene o incluso Aviendha lo veían, seguramente tendría que enfrentarse a ellas para impedir que lo llevaran a rastras ante Moraine para que lo curara. Todavía le quedaba mucho que hacer antes —pasar por la Curación encima de todo lo demás sería como recibir un garrotazo en la sien— y además la Aes Sedai debía de tener que atender a mucha gente con peores heridas que la de él.

Haciendo una mueca de dolor y reprimiendo otro gemido, se puso de pie con sólo un poco de ayuda de Aviendha. Al instante se olvidó de sus heridas.

Sulin estaba sentada a corta distancia, y Egwene le vendaba una brecha sangrante en el cuero cabelludo mientras mascullaba ferozmente entre dientes porque no sabía cómo curar, pero la Doncella de pelo blanco no era la única herida ni la que estaba en peores condiciones. Mujeres vestidas con el *cadin'sor* cubrían con mantas los cadáveres por doquier y atendían a las que simplemente estaban quemadas, si es que podía utilizarse el término «simplemente» para quemaduras de un rayo. Salvo por los rezongos de Egwene, la cumbre de la colina estaba sumida casi por completo en el silencio, ni siquiera roto por las mujeres heridas a excepción de sus trabajosas respiraciones.

La torre de troncos, irreconocible ahora, había ocasionado numerosas bajas entre las Doncellas al desplomarse, rompiendo brazos y piernas, abriendo desgarrones impresionantes. Contempló cómo se cubría con una manta a una Doncella de cabello rubio rojizo, de un tono muy parecido al de Elayne, con la cabeza doblada en un ángulo forzado y los ojos vidriosos muy abiertos, sin vida. Era Jolien, una de los primeros que habían cruzado la Pared del Dragón en busca de El que Viene con el Alba. Había ido a la Ciudadela de Tear por él, y ahora estaba muerta. Por él. «Qué bien te has ocupado de apartar del peligro a las Doncellas —pensó amargamente—. ¡Oh, sí, lo has hecho muy bien!»

Todavía podía percibir los rayos o, más bien, los residuos de su elaboración. Casi como la imagen grabada en sus retinas un rato antes, era capaz de rastrear el tejido aunque éste empezaba a desvanecerse. Para su sorpresa, apuntaba hacia el oeste, no hacia las tiendas. Entonces no había sido Asmodean.

«Sammael.» Estaba seguro de ello. El Renegado había lanzado el ataque en el Jangai, estaba detrás de los ataques de los piratas y las incursiones en Tear, y había sido el autor de esto. Hizo una mueca, como un gruñido silencioso, que dejó a la vista sus dientes.

—¡Sammael! —Su voz fue un áspero susurro. Rand no se percató de que había dado un paso hasta que Aviendha lo agarró del brazo.

Un instante después, Egwene lo cogía del otro; las dos mujeres se aferraron a él como si se propusieran inmovilizarlo en el sitio.

—No seas un completo cabeza hueca —dijo Egwene, que dio un respingo ante la feroz mirada que le asestó, pero no le soltó el brazo. La

Librodot

joven se había puesto de nuevo el pañuelo ceñido a la frente, pero pasarse los dedos por el cabello no había servido para peinarlo, y el polvo todavía le cubría la blusa y la falda—. Quienquiera que hiciese esto ¿por qué crees que esperó tanto, hasta que estuvieras cansado? Porque si su intento de matarte fracasaba, si lo perseguías, serías un bocado fácil de tragar. ¡Apenas puedes tenerte en pie!

Tampoco Aviendha parecía dispuesta a soltarlo y le sostuvo la mirada con otra igualmente desafiante.

—Haces falta aquí, Rand al'Thor. Aquí, *Car'a'carn*. ¿Es que tu honor está en matar a ese hombre o está aquí, con aquellos que trajiste a esta tierra?

Un joven Aiel subió corriendo entre las Doncellas, con el *shoufa* alrededor de los hombros y sosteniendo las lanzas y la adarga con grácil facilidad. Si le pareció extraño encontrar a dos mujeres sosteniendo a Rand no lo dio a entender. Observó los restos destrozados de la torre, los muertos y los heridos con ligera curiosidad, como preguntándose cómo habría ocurrido y dónde estarían los enemigos muertos. Bajó las puntas de las lanzas ante Rand y se presentó:

—Soy Seirin, del septiar Shorara de los Tomanelle.

—Te veo, Seirin —saludó Rand del mismo modo ceremonioso, cosa nada fácil considerando que dos mujeres lo sujetaban como si temieran que fuese a echar a correr.

—Han de los Tomanelle envía un mensaje al *Car'a'carn*. Los clanes del este se mueven unos hacia otros. Los cuatro. Han se propone unirse con Dhearic, y ha mandado llamar a Erim para que se reúna con ellos.

Rand respiró con cuidado y confió en que las mujeres creyeran que su mueca se debía a las noticias que habían recibido; el costado le ardía y sentía cómo la sangre se extendía poco a poco en su camisa. Así que no habría ninguna fuerza que obligara a Couladin a dirigirse hacia el norte cuando los Shaido huyeran. Si es que huían; que él hubiese visto, hasta el momento no habían dado señales de ello. ¿Por qué se estaban reuniendo los Miagoma y los otros? Si se disponían a ir contra él, entonces habían delatado sus intenciones; empero, si lo que se proponían era atacarlos, Han, Dhearic y Erim estarían en desventaja numérica, y si los Shaido aguantaban lo suficiente y los otros cuatro clanes conseguían abrir brecha... Por encima de las colinas boscosas pudo ver que había empezado a llover sobre la ciudad ahora que Egwene y Aviendha no estaban controlando las nubes. Eso estorbaría a ambos bandos; pero, a menos que las dos mujeres estuvieran en mejores condiciones de lo que aparentaban, seguramente serían incapaces de recobrar el control desde esta distancia.

—Dile a Han que haga lo que sea preciso para impedir que se pongan a nuestra espalda.

A pesar de su juventud —aunque en realidad debía de tener más o menos la misma edad que Rand— Seirin enarcó una ceja en un gesto de sorpresa. Claro. Han no habría actuado de otra manera y Seirin lo sabía. El Aiel sólo esperó el tiempo suficiente para estar seguro de que Rand no tenía más mensajes que transmitir y luego se marchó corriendo colina abajo, tan deprisa como había llegado. A buen seguro esperaba estar de regreso sin haberse perdido ni un minuto más de lo necesario de la lucha, la cual muy bien podía haber dado ya comienzo, allí en el este.

—Necesito que alguien me traiga a *Jeade'en* —manifestó Rand tan pronto como Seirin se hubo marchado a todo correr. Las dos jóvenes no se

Librodot

parecían mucho físicamente, pero aun así se las arreglaron para poner una expresión desconfiada que eran calcos la una de la otra; ese modo de fruncir el ceño debía de ser una de las cosas que todas las madres enseñaban a sus hijas—. No voy tras Sammael. —Todavía no—. Pero he de acercarme más a la ciudad —explicó mientras señalaba la torre desplomada con la barbilla, el único gesto que podía hacer teniéndolas colgadas a él como las tenía. A lo mejor maese Tovere podía salvar las lentes de los visores, pero no quedaba un solo tronco de la torre entero; se había acabado observar todo desde una posición alta por ese día.

Egwene no parecía convencida en absoluto, pero Aviendha apenas vaciló antes de pedir a una joven Doncella que fuera donde los *gai'shain* para que trajeran a *Jeade'en*... y también a *Niebla*, algo con lo que Rand no había contado. Egwene empezó a sacudirse el polvo de la ropa mientras rezongaba entre dientes, y Aviendha consiguió un peine de marfil y otro pañuelo en alguna parte. A pesar de la caída, las dos muchachas tenían un aspecto mucho menos desaliñado que el de él. El cansancio todavía se marcaba en sus semblantes, pero mientras fueran capaces de encauzar resultarían útiles.

Aquello lo hizo pensar. ¿Es que ahora nunca pensaba en nadie salvo para plantearse lo útiles que podían ser? Debería ocuparse de mantenerlas tan seguras como lo habían estado en lo alto de la torre, aunque, al final, resultó que la torre no era tan segura. Pero esta vez arreglaría mejor las cosas.

Sulin se puso de pie al verlo acercarse; un pálido vendaje de *algode* le cubría la cabeza como un gorro bajo el cual asomaba su blanco cabello.

—Me traslado más cerca de la ciudad —le dijo—, donde pueda ver lo que está ocurriendo y tal vez hacer algo al respecto. Todos los heridos tienen que permanecer aquí junto con las personas suficientes para protegerlos si es preciso. Organiza una guardia fuerte, Sulin; yo sólo necesito que me acompañe un puñado, y sería una pobre recompensa por el honor que las Doncellas me han demostrado si dejo a las que están heridas sin protección para que puedan masacrarlas. —Eso dejaría a la gran mayoría apartadas de la lucha. Él mismo tendría que mantenerse lejos para que las restantes no se vieran involucradas; pero, teniendo en cuenta cómo se sentía, no le costaría mucho esfuerzo hacerlo—. Quiero que te quedes aquí, y...

—Yo no soy una de las heridas —adujo la mujer con gesto estirado, y Rand vaciló y después asintió lentamente.

—De acuerdo. —No le cabía duda de que su herida era grave, pero tampoco la tenía respecto a lo dura que era la mujer. Si se quedaba, él podría encontrarse con alguien como Enaila dirigiendo su guardia, y si ser tratado como un hermano resultaba molesto, no tenía ni punto de comparación con ser tratado como un hijo. No estaba de humor para aguantar esto último—. Pero confío en que te ocupes de que no venga nadie que esté herido, Sulin. Tendré que desplazarme constantemente, y no puedo permitirme llevar a nadie que me retrase o a quien tenga que dejar atrás.

La mujer asintió con tanta prontitud que Rand tuvo la seguridad de que obligaría a quedarse a cualquier Doncella que tuviera un simple arañazo. Excepto ella misma, naturalmente. Ésta era una de las contadas ocasiones en las que Rand no se sentía culpable de utilizar a una persona. Las Doncellas habían elegido llevar la lanza, pero también habían escogido seguirlo. Bueno, tal vez el término «seguirlo» no era el más adecuado si se tenían en cuenta algunas de las cosas que hacían, pero eso no cambiaba

Librodot

nada su modo de ver. Él no podía, no quería, enviar a una mujer a la muerte, y no había más que hablar. En honor a la verdad, había esperado algún tipo de protesta u oposición, y agradecía que no hubiese ocurrido así. «Debo de ser más sutil de lo que creía.»

Dos *gai'shain* llegaron llevando a *Jeade'en* y a *Niebla* por las riendas; los seguían muchos más cargados con vendajes, ungüentos y odres de agua bajo la dirección de Sorilea y una docena más de Sabias. Rand pensó que como mucho se sabía los nombres de la mitad.

Saltaba a la vista que Sorilea estaba al mando y a no tardar tenía a los *gai'shain* y a otras Sabias por igual moviéndose entre las Doncellas para ocuparse de las heridas. La mujer los miró a Egwene, Aviendha y él con el entrecejo fruncido y prietos los finos labios, obviamente pensando que por su aspecto los tres necesitaban sus cuidados. Aquella mirada bastó para que Egwene montara en la yegua gris con una sonrisa, y la anciana Sabia asintió con la cabeza. Si los Aiel hubiesen estado más familiarizados con cabalgar, Sorilea se habría dado cuenta de que los movimientos torpes y envarados de la muchacha no eran normales. Y un buen indicador de las condiciones en las que se encontraba Aviendha fue que permitiera que Egwene la ayudara a subir a la silla sin proferir la menor protesta. También ella le sonrió a Sorilea.

Rand apretó los dientes y montó con un único y ágil movimiento. La protesta de los doloridos músculos quedó ahogada por el intensísimo dolor en el costado, como si se lo hubiesen traspasado de nuevo, y tuvo que pasar un minuto para que pudiera volver a respirar, pero no dejó que nada de ello se reflejara en su semblante.

Egwene condujo a *Niebla* cerca de *Jeade'en*, lo bastante para susurrar:

—Si eso es lo mejor que puedes montar a caballo, Rand al'Thor, quizá deberías renunciar a cabalgar durante un tiempo.

Aviendha exhibía una de aquellas expresiones impertérritas propia de los Aiel, pero sus ojos lo observaban con intensidad.

—También yo me fijé cómo montabas tú —repuso él en voz queda—. A lo mejor deberías quedarte y ayudar a Sorilea hasta que te sientas mejor.

Aquello la hizo callar, bien que apretó los labios con un gesto agrio. Aviendha sonrió de nuevo a la anciana Sabia, que seguía observándolos.

Rand taloneó al rodado y empezó a descender por la ladera al trote; cada paso le producía una dolorosa punzada en el costado que lo obligaba a respirar entre los dientes, pero tenía que cubrir unos kilómetros y se sabía incapaz de hacerlo a pie. Además, la mirada de Sorilea había empezado a ponerle los nervios de punta.

Niebla alcanzó a *Jeade'en* antes de que el caballo hubiera bajado cincuenta pasos por la inclinada ladera, y al cabo de otros cincuenta se les unieron Sulin y una columna de Doncellas, algunas de las cuales apretaron el paso para situarse por delante. Eran más de las que Rand esperaba ver, pero eso no importaba. Lo que tenía que hacer no implicaba llegar muy cerca de la contienda, y ellas podrían quedarse a esa distancia segura con él.

Aferrar el *Saidin* resultó un esfuerzo en sí mismo, incluso a través del *angreal*, y el empuje de su ímpetu sobre él pareció más aplastante que nunca y la contaminación más fuerte. Por lo menos el vacío lo escudaba de su propio dolor; en cierta medida, para ser sincero. Y si Sammael intentaba más jueguecitos con él...

Hizo que *Jeade'en* apretara el paso. Hiciera lo que hiciera Sammael, él todavía tenía trabajo pendiente.

La lluvia resbalaba por el ala del sombrero de Mat y de vez en cuando el joven tenía que bajar el visor de lente para limpiar el extremo del tubo. El aguacero había amainado en la última hora, pero el escaso ramaje no ofrecía cobijo alguno. Hacía mucho que su chaqueta estaba empapada, y *Puntos* llevaba gachas las orejas; el caballo se había plantado como si no tuviera la menor intención de dar un paso por mucho que Mat le diera taconazos.

El joven no sabía a ciencia cierta qué hora era; sobre media tarde, más o menos, calculó, aunque los oscuros nubarrones no habían disminuido con la lluvia y ocultaban el sol donde se encontraba él. Por otro lado, tenía la sensación de que hubiesen pasado tres o cuatro días desde que había cabalgado colina abajo para advertir a los tearianos. Todavía ignoraba por qué había hecho aquello.

Era al sur hacia donde oteaba, y una ruta para escapar lo que buscaba. Una salida para tres mil hombres; ésos eran los que todavía sobrevivían, aunque no tenían ni idea de qué era lo que se proponía. Creían que buscaba otra batalla para ellos, pero las tres sostenidas hasta el momento ya eran tres más de las que tenía apuntadas en su agenda. Solo habría podido huir, siempre y cuando mantuviera los ojos bien abiertos y las ideas claras. No obstante, tres mil hombres llamaban la atención por dondequiera que fueran, y no se movían con rapidez teniendo en cuenta que más de la mitad iban a pie. Por eso era por lo que estaba en lo alto de esta colina olvidada de la Luz y por lo que los tearianos y los cairhieninos se apiñaban en la larga y angosta cañada que discurría entre ese cerro y el siguiente. ¿Y si se limitaba simplemente a intentar la evasión?

Volvió a llevarse al ojo el visor de lentes y escudriñó hacia el sur, donde se encontraban las colinas apenas arboladas. Aquí y allí había agrupaciones de árboles, algunas bastante extensas, pero la mayor parte del terreno estaba cubierta de matorrales y hierba. Había puesto rumbo de nuevo hacia el este, aprovechando cada pliegue del terreno que pudiera ocultar a un ratón, conduciendo a la columna fuera de la zona arbolada hacia cualquier cobertura visible, lejos de aquellos malditos rayos y bolas de fuego; no estaba seguro de cuál de las dos cosas era peor, si cuando les caían encima o cuando la tierra explotaba inesperadamente con un estruendo horrible por ninguna razón aparente. Tanto esfuerzo, y resultó que la batalla se desplazaba en la misma dirección; parecía incapaz de salirse del centro mismo del conflicto.

«¿Dónde demonios está mi jodida suerte ahora que la necesito?» Era un completo necio por quedarse; sólo porque se las hubiera arreglado para mantener con vida a los otros durante todo este tiempo no significaba que pudiera seguir haciéndolo. Tarde o temprano saldría la tirada de los dados los «Ojos del Oscuro». «Ellos son los puñeteros soldados. Debería dejar que se las arreglaran solos y largarme.»

Pero siguió buscando, escudriñando las cimas boscosas y los riscos. Proporcionaban cobertura a los Aiel de Couladin tanto como a él, pero aquí y allí conseguía atisbarlos. No todos estaban enzarzados en batallas campales, pero hasta el último de esos grupos era más numeroso que el suyo, y todos ellos se interponían entre él y la seguridad del sur, y no había forma de saber quién era quién hasta que quizá fuera demasiado tarde. Los propios Aiel parecían saberlo con un rápido vistazo, pero eso no le servía de mucho a él.

Uno o dos kilómetros más allá, unos pocos centenares de figuras vestidas con *cadin'sor*, que corrían en filas de ocho de frente en dirección

Librodot

este, coronaron un altozano donde media docena de cedros imitaban una raquítica arboleda. Antes de que los corredores del frente empezaran a descender por la otra ladera, un rayo cayó en medio de la tropa y lanzó por el aire hombres y tierra como haría una piedra al caer en un estanque. *Puntos* no se amilanó cuando la onda expansiva alcanzó a Mat; el castrado estaba acostumbrado a impactos más próximos que ése.

Algunos de los caídos se incorporaron y se unieron, cojeando, a los que habían mantenido el equilibrio, para hacer una rápida inspección de los que seguían tirados. Sólo una docena más o menos fueron cargados a hombros antes de que el grupo descendiera a toda prisa el cerro, de vuelta por donde había venido. Ninguno se paró para mirar el cráter abierto. Mat los había visto aprender esa lección; detenerse era como una invitación a que cayera otra de aquellas plateadas lanzas desde las nubes. En cuestión de segundos habían desaparecido todos; excepto los muertos.

Giró el visor de lentes hacia el este; en aquella dirección se veía brillar la luz del sol. La torre de troncos debería divisarse, asomando por encima de los árboles, pero hacía tiempo que no lograba localizarla. Quizás estaba mirando en los sitios equivocados. Daba igual. Los rayos tenían que ser obra de Rand, y todo lo demás también. «Si pudiera alejarme en esa dirección…»

Entonces estaría exactamente donde había empezado. Aunque no se tratara del tirón del *ta'veren* haciéndolo regresar, iba a tener difícil volver a marcharse si Moraine lo descubría. Y además no tenía que olvidarse de Melindhra. No sabía de ninguna mujer que no se tomara a la tremenda el que un hombre intentara salir de su vida sin decírselo.

Mientras movía lentamente el visor de lentes buscando la torre, un cerro salpicado de árboles estalló repentinamente en llamas, cada árbol convertido en una antorcha de manera instantánea.

Bajó lentamente el tubo forrado de latón; no lo necesitaba para ver claramente el fuego ni la espesa columna de humo gris que se elevaba en el cielo. No necesitaba señales para reconocer el encauzamiento cuando lo veía, y menos de ese estilo. ¿Es que Rand había sobrepasado finalmente el borde de la locura? Quizás era que Aviendha había llegado al límite de aguantar que la obligaran a estar cerca de él. Nunca se debía encolerizar a una mujer capaz de encauzar; ésa era una regla que Mat casi nunca era capaz de seguir, a pesar de que lo intentaba.

«Ahórrate la labia para otro que no seas tú», se increpó con aspereza. Lo que ocurría era que estaba tratando de no pensar en la tercera alternativa. Si Rand no se había vuelto loco y Aviendha o Egwene o una de las Sabias no habían decidido librarse de él, entonces es que había alguien más metiendo baza en los acontecimientos de ese día. Sabía sumar dos y dos sin que el resultado fuera cinco. «Sammael.» Podía despedirse de buscar una salida, porque no la había. «¡Rayos y centellas! ¿Qué ha sido de mi…?»

Una rama chascó debajo del pie de alguien a su espalda, y Mat reaccionó sin pensar, valiéndose más de las rodillas que de las riendas para hacer que *Puntos* girara en un círculo cerrado al tiempo que la lanza de cuchilla se volvía velozmente sobre la perilla de la silla.

Estean casi dejó caer el yelmo y sus ojos se desorbitaron cuando la corta cuchilla se detuvo a un centímetro de su cabeza. La lluvia le había pegado el cabello en la cara. También a pie, Nalesean sonrió, en parte sobresaltado y en parte divertido por el susto que se había llevado el otro joven teariano. De rostro cuadrado y constitución robusta, Nalesean era el segundo de Melanril al frente de la caballería teariana. Talmanes y Daerid

también estaban allí, un paso más atrás, como siempre, y los rostros inexpresivos bajo sus yelmos con forma de campana, también como siempre. Los cuatro habían dejado sus caballos más atrás, entre los árboles.

—Unos Aiel vienen directamente hacia nosotros, Mat —informó Nalesean mientras Mat enderezaba la lanza con las marcas de los cuervos—. Que la Luz abrase mi alma si son uno menos de cinco mil. —También sonrió tras ese comentario—. No creo que sepan que estamos aquí esperándolos.

Estean asintió una vez para mostrar su conformidad con esa opinión.

—Avanzan por los valles y las cañadas, ocultándose de... —Echó una rápida ojeada a las nubes y se estremeció. Por lo visto, Mat no era el único que se preocupaba por lo que podría venir del cielo; los otros tres también miraron hacia arriba—. En fin, que es obvio que piensan pasar por donde están los hombres de Daerid. —En su voz hubo un atisbo de respeto al mencionar a los piqueros. A regañadientes, cierto, y no muy fuerte, pero resultaba difícil mirar por encima del hombro a alguien que le ha salvado a uno el cuello varias veces—. Estarán encima de nosotros antes de que nos hayan visto.

—Fantástico —musitó Mat—. Eso es jodidamente fantástico.

Lo dijo con sarcasmo, pero Nalesean y Estean no captaron el tono, por supuesto. Saltaba a la vista que estaban ansiosos, pero el rostro surcado de cicatrices de Daerid traslucía tanta emoción como un pedazo de piedra, y Talmanes enarcó una ceja durante una fracción de segundo al mirar a Mat y sacudió la cabeza tan levemente que apenas se notó. Esos dos sabían lo que era un combate.

El primer encuentro con los Shaido había sido un toma y daca en el mejor de los casos, una apuesta que Mat jamás habría aceptado de poder elegir. El hecho de que todos aquellos rayos hubiesen alarmado a los Aiel lo bastante para que se convirtiera en una completa derrota no cambiaba nada. Más tarde, ese mismo día, habían tenido acción otras dos veces más, cuando Mat se encontró en la disyuntiva de atacar o ser atacado, y ninguna de ellas había salido ni con mucho tan bien como los tearianos pensaban. Una había quedado en tablas, pero sólo porque Mat había podido despistar a los Shaido cuando éstos retrocedieron para reagruparse. Al menos no habían atacado otra vez mientras sacaba a todo el mundo de allí por los sinuosos valles entre colinas; imaginaba que los Aiel habían encontrado otra cosa de la que ocuparse, quizá más rayos o bolas de fuego o la Luz sabía qué. Sabía muy bien lo que les había permitido salir de la última refriega sin perder el pellejo: otro grupo Aiel atacando por la retaguardia a los que luchaban contra ellos, justo a tiempo de impedir que los piqueros fueran arrollados. Los Shaido habían decidido retirarse hacia el norte, y los otros —Mat todavía no sabía quiénes eran— se habían desplazado hacia el oeste dejándolos en posesión de la zona. Nalesean y Estean lo consideraron una clara victoria, pero Daerid y Talmanes sabían a qué atenerse y no compartían esa opinión.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Mat.

—Media hora. —Fue Talmanes quien contestó—. Puede que un poco más si la suerte nos sonríe.

Los tearianos no parecían muy convencidos; por lo visto aún no eran conscientes de lo deprisa que podían moverse los Aiel.

Mat no se hacía ilusiones. Ya había estudiado el terreno, pero volvió a mirar en derredor y suspiró. Había una buena vista desde aquella colina, y se encontraban justo en la única arboleda medianamente decente que había en un kilómetro a la redonda. El resto sólo eran arbustos que llegaban como

mucho a la cintura y alguno que otro cedro o roble. Esos Aiel sin duda enviarían exploradores allí arriba para echar un vistazo al panorama, y no había la menor posibilidad de alejarse y alcanzar un sitio cubierto antes de que llegaran; ni siquiera la caballería lo conseguiría, y los piqueros estarían en mitad de campo abierto. Sabía lo que había que hacer —otra vez era atacar o ser atacado— pero no por ello tenía que gustarle.

Echó un vistazo en derredor, pero antes de que pudiera abrir la boca se le adelantó Daerid:

—Mis exploradores me han informado que el propio Couladin está con este grupo. Al menos, el que los dirige lleva los brazos al aire y luce unas marcas iguales a las que según se cuenta tiene el lord Dragón.

Mat gruñó. Couladin, y dirigiéndose hacia el este. Si hubiese algún modo de quitarse de en medio, el tipo iría de cabeza directamente contra Rand. Puede que fuera eso precisamente lo que se proponía. Mat se dio cuenta de que estaba furioso y que no se debía a que Couladin quisiera matar a Rand. Tal vez el jefe Shaido, o lo que quiera que fuese ese hombre, lo recordara como alguien que andaba siempre cerca de Rand, pero ante todo Couladin era la razón de que él estuviera atascado allí en medio de una batalla, procurando salir con vida, preguntándose si en cualquier momento todo iba a desembocar en una lucha personal entre Rand y Sammael, una contienda que podía acabar con todo cuanto hubiera en un radio de cuatro o cinco kilómetros. «Eso si antes no me encuentro con una lanza clavada en las tripas.» Y sin tener más oportunidad de evitarlo que la que tenía un ganso colgado por las patas en la puerta de la cocina. Nada de aquello estaría pasando si no fuese por Couladin.

Lástima que nadie lo hubiera matado hacía años, y no porque no hubiese dado motivos de sobra. Los Aiel rara vez demostraban su cólera, y cuando lo hacían era de un modo frío y controlado. Por el contrario, Couladin aparentemente estallaba dos o tres veces al día y perdía la cabeza con un ataque de abrasadora furia tan rápida y fácilmente como quien parte una paja. Era un milagro que todavía siguiera vivo, y la mismísima suerte del Oscuro.

—Nalesean, da con tus tearianos un amplio rodeo hacia el norte y ataca a esos tipos por la retaguardia —ordenó, iracundo—. Nosotros los mantendremos ocupados, así que cabalgad a galope tendido y caed sobre ellos como un edificio desplomándose. —«Así que tiene la suerte del Oscuro, ¿no? Rayos y centellas, espero que la mía haya vuelto»—. Talmanes, vosotros haced lo mismo por el sur, Moveos, los dos. Apenas tenemos tiempo y lo estamos perdiendo.

Los dos tearianos hicieron una precipitada reverencia y corrieron hacia sus caballos mientras se encasquetaban los yelmos. La reverencia de Talmanes fue más ceremoniosa.

—Que la gracia favorezca tu espada, Mat. O tal vez debería decir tu lanza. —Dicho esto también se marchó.

Cuando los tres desaparecieron colina abajo, Daerid alzó la vista hacia Mat mientras se limpiaba la lluvia de los ojos con un dedo.

—Así que esta vez os quedáis con los piqueros. No debéis dejar que os domine la cólera contra ese tal Couladin. Una batalla no es el lugar propicio para dirimir un duelo.

Mat reprimió a duras penas el impulso de quedarse boquiabierto. ¿Un duelo? ¿Él? ¿Y con Couladin? ¿Por eso pensaba Daerid que se quedaba con la infantería? Lo había decidido porque era más seguro estar detrás de las

Librodot

picas, ésa era la razón, la única razón.

—No te preocupes, soy una persona que sabe refrenarse. —Y él que había pensado que Daerid era el más sensato de esta pandilla.

El cairhienino se limitó a asentir con la cabeza.

—Eso me pareció —dijo—. Juraría que habéis visto un erizo de picas con anterioridad y habéis afrontado una o dos cargas. Talmanes es de los que harán un elogio cuando haya dos lunas en el cielo, pero sin embargo le he oído decir en voz alta que os seguiría dondequiera que nos condujeseis. Algún día me gustaría oír vuestra historia, andoreño; pero sois joven, aunque la Luz sabe que no es mi intención mostrarme irrespetuoso, y los jóvenes tienen caliente la sangre.

—La lluvia la mantendrá fría si no lo hacen otras cosas. —¡Rayos y centellas! ¿Es que estaban todos locos? ¿Que Talmanes lo elogiaba? Se preguntó qué dirían si descubrieran que sólo era un jugador que se dejaba guiar por recuerdos fragmentados de hombres muertos hacía mil años o más. Echarían a suertes cuál de ellos lo ensartaba como a un cerdo en la primera oportunidad que se les presentara, en especial los lores. A nadie le gustaba que lo hicieran parecer un necio, pero a los nobles les hacía menos gracia que a nadie, quizá porque ellos mismos se las arreglaban para quedar como idiotas tantas veces. En fin, de un modo u otro, estaba dispuesto a encontrarse a muchos kilómetros de distancia cuando eso se supiera. «Maldito Couladin. ¡Me gustaría atravesarle la garganta con esta lanza!» Taloneó a *Puntos* y se dirigió hacia la ladera opuesta, al pie de la cual aguardaba la infantería.

Daerid montó en su caballo y se situó al lado de Mat; fue asintiendo con la cabeza a medida que el joven exponía su plan: los arqueros en las laderas, desde donde podían cubrir los flancos, pero a cubierto, escondidos tras los arbustos hasta el último momento; un hombre en la cumbre para hacer una señal cuando los Aiel estuvieran a la vista; y los piqueros preparados para ponerse en movimiento y marchar directamente hacia el enemigo tan pronto como llegara esa señal.

—No bien nosotros divisemos a los Shaido, iniciaremos la retirada tan deprisa como sea posible hasta llegar casi a la quebrada que hay entre estas dos colinas, y después nos volveremos para hacerles frente.

—Creerán que intentamos huir, se darán cuenta de que no podemos y supondrán que nos revolvemos como lo haría un oso acosado por una jauría de sabuesos. Al ver que somos menos de la mitad que ellos y que luchamos sólo porque no tenemos otro remedio, lo lógico es que decidan abalanzarse sobre nosotros. Los mantendremos ocupados hasta que la caballería se les eche encima por la retaguardia... —El cairhienino esbozó una mueca—. Es utilizar las tácticas de los Aiel contra ellos.

—Más vale que los mantengamos ocupados. —El tono de Mat era tan seco como empapado estaba él—. Para estar seguro de que no nos... Para asegurarnos de que ellos no empiezan a dar rodeos para sorprendernos por los flancos, quiero que se alce un grito cuando interrumpáis la retirada: «Proteged al lord Dragón».

Esta vez Daerid rió de buena gana. Eso haría que los Shaido se lanzaran al ataque directamente, sobre todo si Couladin iba a la cabeza. Si tal era el caso, si el jefe Shaido pensaba que Rand estaba con los piqueros, si los piqueros no resistían hasta que la caballería llegase... Demasiados «síes» condicionales. Mat oía de nuevo los dados rodando en su cabeza. Aquélla era la partida más importante y la mayor apuesta de su vida. Se preguntó

cuánto faltaba para oscurecer; un hombre solo tendría oportunidad de escapar en medio de la noche. Ojalá esos dados desaparecieran de su cabeza o, si no, que pararan de una vez y así podría ver qué tirada salía. Ceñudo, empapado por la lluvia, taconeó a *Puntos* y descendió colina abajo.

Jeade'en se detuvo en una cima en la que una docena de árboles conformaba un ralo penacho, y Rand se encorvó ligeramente para aguantar el dolor del costado. La luna en su cuarto creciente, cada vez más alta en el cielo, arrojaba una pálida luz, pero incluso para su vista aguzada por el *Saidin* todo lo que había a más de cien pasos de distancia no eran más que sombras informes. La noche se tragaba las colinas de los alrededores, y Rand sólo era consciente de vez en cuando de la presencia de Sulin cerca de él y de las Doncellas rodeándolo. Claro que él sólo era capaz de mantener los ojos entreabiertos; los sentía irritados, como si le hubiera entrado arenilla. Seguramente lo único que lo mantenía despierto era el mordiente dolor del costado. No pensaba en él a menudo; pensar no sólo era algo distante ahora, sino un proceso lento.

¿Eran dos las veces que Sammael había atentado contra su vida ese día o eran tres? ¿O más? Debería ser capaz de recordar en cuántas ocasiones alguien había intentado matarlo. No, matarlo no. Hostigarlo, atraerlo con un señuelo. «¿Tanta es tu envidia todavía, Tel Janin? ¿Alguna vez te hice un desaire o no reconocí tus méritos como correspondía?»

Rand se tambaleó ligeramente y se pasó los dedos por el cabello. Había habido algo extraño en ese último pensamiento, pero no recordaba qué. Sammael... No. Se ocuparía de él cuando... si... Bah, daba igual. En otra oportunidad. Por el momento, Sammael sólo era una distracción que lo apartaba de lo realmente importante. Puede que incluso se hubiese marchado.

Tenía la vaga sensación de que no había habido ataques después de... ¿De qué? Recordaba haber respondido al último movimiento de Sammael con algo particularmente desagradable, pero era incapaz de acordarse exactamente qué. Nada de fuego compacto. «No debe utilizarse eso. Pone en peligro el tejido del Entramado. ¿Ni siquiera por Ilyena? Oh, prendería fuego al mundo entero y utilizaría mi alma como yesca con tal de oírla reír otra vez.»

Otra vez su mente iba a la deriva, alejándose de lo que era importante.

Hiciera mucho o poco que el sol se había metido, lo había hecho con la lucha en pleno apogeo; las sombras se habían ido alargando gradualmente y devorando la luz dorada rojiza, mientras los hombres mataban y morían. Ahora, el viento racheado y errabundo traía todavía el lejano sonido de gritos y alaridos. Por culpa de Couladin, cierto; pero, en el fondo, por culpa suya.

Durante un instante no logró recordar su nombre.

—Rand al'Thor —dijo en voz alta, y entonces se estremeció a pesar de que tenía la chaqueta empapada de sudor, porque durante un fugaz momento el nombre que había pronunciado le había sonado extraño—. Soy Rand al'Thor, y necesito... necesito ver.

No había comido nada desde por la mañana, si bien la contaminación del *Saidin* ahuyentaba toda sensación de hambre. El vacío vacilaba de manera constante y él se aferraba a la Fuente Verdadera con uñas y dientes. Era como cabalgar sobre un toro enloquecido tras tragarse una cerecilla o como nadar desnudo en un río de fuego con espumantes rápidos entre afilados peñascos de hielo. Con todo, cuando no estaba al borde de ser

corneado, reventado o ahogado, el *Saidin* parecía ser la única energía que quedaba dentro de él. El *Saidin* estaba allí, hinchiéndolo hasta casi rebosar, tratando de erosionar o corroer su mente, pero listo para ser utilizado.

Con un brusco cabeceo, Rand encauzó y algo ardió muy alto en el cielo. Algo. Una bola de burbujeantes llamas azules que ahuyentaron las sombras con un fuerte resplandor.

Las colinas se alzaban todo en derredor, con los árboles cual siluetas negras en contraste con la fuerte luminosidad. No se movía nada. Una ráfaga de viento le llevó un débil sonido; aclamaciones quizá, o cánticos. O puede que sólo se lo hubiera imaginado, ya que fue algo muy débil y tan fugaz que se perdió con el viento.

De repente fue consciente de las Doncellas que lo rodeaban, a cientos. Algunas, incluida Sulin, lo miraban fijamente, pero muchas tenían cerrados prietamente los ojos; sólo tardó un segundo en comprender que las mujeres intentaban mantener intacta la visión nocturna. Frunció el entrecejo al tiempo que recorría con la mirada el entorno. Egwene y Aviendha ya no estaban allí; tuvo que pasar otro largo instante para que se acordara de soltar el tejido del encauzamiento y dejar que la oscuridad reclamara la noche. Para sus ojos fue como si hubiese caído un manto profundamente negro.

—¿Dónde están? —Se sintió vagamente irritado cuando tuvo que aclarar a quiénes se refería, e igualmente vaga fue la sensación de comprender que no tenía razón para irritarse.

—Se marcharon con Moraine Sedai y con las Sabias al oscurecer, *Car'a'carn* —contestó Sulin, que se acercó a *Jeade'en*. Su corto cabello blanco resaltaba con la luz de la luna. No; llevaba vendada la cabeza. ¿Cómo podía haberlo olvidado?—. Hace sus buenas dos horas de eso. Saben que un cuerpo no es de piedra. Hasta las piernas más resistentes sólo pueden correr hasta cierto límite.

Rand frunció el entrecejo. ¿Piernas? Las dos muchachas habían ido montadas en *Niebla*. Lo que decía esta mujer no tenía sentido.

—He de ir en su busca.

—Están con Moraine Sedai y con las Sabias, *Car'a'carn* —repitió lentamente. A Rand le pareció que también tenía fruncido el entrecejo, pero resultaba difícil saberlo con seguridad.

—No me refiero a ellas —masculló—. Tengo que encontrar a los míos. Todavía están ahí fuera, Sulin. —¿Por qué no se movía el caballo?—. ¿No los oyes? Ahí fuera, en medio de la noche, luchando todavía. He de ayudarlos. —Por supuesto; tenía que talonear en los ijares del rodado. Sin embargo, cuando lo hizo, *Jeade'en* sólo se desplazó de lado, con Sulin agarrada a la brida. No recordaba que la mujer hubiera estado sujeta a las bridas.

—Las Sabias tienen que hablar contigo ahora, Rand al'Thor. —Su voz había cambiado, pero estaba demasiado exhausto para precisar en qué sentido.

—¿No pueden esperar? —Debía de haber pasado por alto al corredor que había llevado el mensaje—. He de encontrarlos, Sulin.

Enaila pareció surgir de repente al otro lado de la cabeza del semental.

—Ya has encontrado a los tuyos, Rand al'Thor.

—Las Sabias te están esperando —añadió Sulin. Enaila y ella hicieron volver grupas a *Jeade'en* sin esperar a que él diera su consentimiento. Por alguna razón, las Doncellas se apiñaron a su alrededor mientras emprendían la marcha colina abajo, descendiendo en zigzag. La luna se reflejaba en sus

Librodot

rostros cuando éstos se alzaban hacia él, tan cerca que sus hombros rozaban los flancos del caballo.

—Sea lo que sea lo que quieren —rezongó—, tendrá que ser una reunión rápida. —No era necesario que las mujeres condujeran al rodado, pero para él era un esfuerzo excesivo empezar a discutir con ellas por ese motivo. Se giró para mirar hacia atrás, y el dolor que sintió en el costado le hizo soltar un gruñido; la cima ya había sido engullida por la noche—. Todavía tengo mucho que hacer. He de encontrar... —Couladin. Sammael. Los hombres que estaban luchando y muriendo por él—. Tengo que encontrarlos. —Qué cansado estaba; pero todavía no podía ir a dormir.

Las lámparas colgadas en postes alumbraban el campamento de las Sabias, así como las pequeñas lumbres donde hombres y mujeres vestidos de blanco retiraban las ollas con agua y las sustituían inmediatamente por otras en cuanto empezaban a hervir. Los *gai'shain* iban y venían apresuradamente de aquí para allí, al igual que las Sabias, atendiendo a los heridos que abarrotaban el campamento y que seguían llegando. Moraine se movía lentamente a lo largo de las largas filas de los que no podían estar de pie, sólo deteniéndose muy de vez en cuando para poner las manos sobre un Aiel que de inmediato se sacudía con los efectos de la Curación. Cada vez que se incorporaba, la Aes Sedai se tambaleaba, y Lan iba pisándole los talones como si quisiera sostenerla o esperara tener que hacerlo en cualquier momento. Sulin intercambió unas palabras con Adelin y Enaila en un tono tan bajo que Rand no entendió qué decían, y la mujer más joven corrió hacia la Aes Sedai.

A pesar del gran número de heridos, no todas las Sabias estaban atendiéndolos; dentro del pabellón levantado a un lado, había unas veinte sentadas en círculo escuchando lo que decía una que estaba de pie en el centro. Cuando ésta tomó asiento, otra ocupó su lugar. Varios *gai'shain* permanecían arrodillados fuera, alrededor del pabellón, pero ninguna de las Sabias parecía estar interesada en el vino ni en ninguna otra cosa excepto en la conversación que se mantenía. A Rand le pareció ver que la que hablaba en ese momento era Amys.

Para su sorpresa, Asmodean también estaba ayudando con los heridos; llevaba un odre de agua colgado de cada hombro, cosa que resultaba muy chocante con su chaqueta de terciopelo y puntillas blancas. Al levantarse después de dar de beber a un hombre al que de cintura para arriba sólo lo cubrían los vendajes, vio a Rand y vaciló.

Un instante después le entregó los odres a uno de los *gai'shain* y se abrió paso entre las Doncellas en dirección a Rand. Las mujeres no le hicieron caso alguno —todas parecían pendientes de Adelin y Enaila, que hablaban con Moraine, o del propio Rand— y su semblante estaba tenso para cuando tuvo que detenerse ante el cerrado círculo que rodeaba a *Jeade'en*. Las Doncellas abrieron un hueco lentamente, y sólo lo suficiente para dejarlo pasar hasta el estribo del caballo.

—Estaba seguro de que estabais a salvo. Estaba seguro. —A juzgar por el tono de su voz, aquello no era cierto. Al no recibir respuesta de Rand, Asmodean se encogió de hombros con inquietud—. Moraine insistió en que repartiera agua. Una mujer de mucho carácter, demasiado para permitir siquiera que el bardo del lord Dragón se... —Dejó la frase en el aire y se lamió los labios—. ¿Qué ocurrió?

—Sammael —dijo Rand, pero no como respuesta; simplemente manifestaba en voz alta los pensamientos que se colaban en el vacío—.

Recuerdo cuando por primera vez se lo llamó Destructor de la Esperanza. Fue después de su traición en Puertas de Hevan y de que condujera a la Sombra hacia Rorn M'doi y al corazón de Satelle. La esperanza pareció morir aquel día. Culan Cuhan lloró. ¿Qué ocurre? —El rostro de Asmodean se había tornado tan blanco como el vendaje de Sulin, pero el hombre se limitó a sacudir lentamente la cabeza, en silencio. Rand miró hacia el pabellón. No conocía a la Sabia que había tomado la palabra—. ¿Es allí donde me están esperando? Entonces creo que debería reunirme con ellas.

—Todavía no te recibirán —dijo Lan apareciendo de repente al lado de Asmodean, que dio un brinco—, ni a ningún hombre. —Tampoco Rand había oído acercarse al Guardián, pero sólo volvió la cabeza hacia él. Hasta ese simple gesto le costó un esfuerzo ímprobo, y tuvo la sensación de que la cabeza era de otra persona—. Están reunidas con las Sabias de los Miagoma, los Codarra, los Shiande y los Daryne.

—Los clanes vienen a mí —proclamó, impasible, Rand. Pero habían esperado demasiado; lo bastante para que ese día hubiera sido más sangriento. En los relatos estas cosas no pasaban nunca.

—Eso parece. Pero los cuatro jefes no se reunirán contigo hasta que las Sabias hayan hecho todos los arreglos —agregó Lan en tono seco—. Ven, Moraine podrá explicártelo mucho mejor que yo.

—Lo hecho, hecho está. —Rand sacudió la cabeza—. Puedo enterarme de los detalles después. Si ya no es necesario que Han los tenga vigilados para que no nos ataquen por la espalda, entonces quiero verlo. Sulin, envía a un corredor. Han...

—Ha acabado, Rand —lo atajó el Guardián firmemente—. Todo. Sólo quedan unos pocos Shaido al sur de la ciudad. Se han hecho miles de prisioneros, y casi todos los restantes están cruzando el Gaelin. Se te habría informado hace una hora si alguien hubiese sabido dónde encontrarte. No has dejado de moverte de un sitio para otro. Ven y deja que Moraine te lo cuente todo.

—¿Se ha acabado? ¿Hemos vencido?

—Has vencido. Completamente.

Rand miró a los hombres a los que estaban vendando heridas, a los que esperaban pacientemente en largas filas a que pudieran ocuparse de ellos y a los que se marchaban una vez que se los había curado. Las filas casi no avanzaban. Moraine seguía haciendo su lento recorrido ante los cuerpos tendidos, deteniéndose, inestable, aquí y allí para curar. Sólo unos pocos de los heridos debían de estar allí, por supuesto. Habrían estado llegando como buenamente pudieran a lo largo del día y se habrían ido marchando una vez estuvieran en condiciones de hacerlo. Si es que podían. Los muertos no estaban allí. «Sólo una batalla perdida es más triste que una batalla ganada.» Creyó recordar haber dicho eso mucho tiempo atrás. A lo mejor lo había leído.

No. Había demasiadas personas vivas que eran su responsabilidad para preocuparse por los que estaban muertos. «Pero ¿cuántos rostros muertos me serán familiares, como el de Jolien? ¡Jamás podré olvidar a Ilyena ni aunque el mundo entero se abrase!»

Con el ceño fruncido, se llevó la mano a la cabeza. Aquellos pensamientos parecían haber venido apelotonados, desde lugares diferentes; estaba tan cansado que casi no podía pensar, pero tenía que hacerlo, tenía que discurrir ideas que no se escabulleran y quedaran fuera de su alcance. Soltó la Fuente y el vacío, y un espasmo lo sacudió violentamente cuando el

Librodot

Saidin estuvo a punto de arrastrarlo con su fuerza en aquel instante de retirada. Apenas si tuvo tiempo para darse cuenta de su error. Desconectado del Poder, el agotamiento y el dolor cayeron sobre él como una losa.

Fue consciente de los rostros alzados hacia él mientras se desplomaba de la silla, de bocas moviéndose, de manos tendidas para agarrarlo, para frenar su caída.

—¡Moraine! —gritó Lan, cuya voz sonó hueca en los oídos de Rand—. ¡Está sangrando mucho!

Sulin le acunaba la cabeza en sus brazos.

—Aguanta, Rand al'Thor —instó con voz apremiante—. Aguanta.

Asmodean no dijo nada, pero su expresión era desolada, y Rand sintió un chorrillo de *Saidin* fluyendo desde el hombre a él. La oscuridad lo envolvió.

CAPÍTULO 17

Después de la tormenta

Sentado en un pequeño peñasco que afloraba al pie de la vertiente, Mat hizo un gesto de dolor al calarse el sombrero para protegerse del sol de media mañana, en parte para resguardarse los ojos del resplandor del sol, pero también porque había algo más que no deseaba ver, si bien los cortes y contusiones se lo recordaban, en especial el tajo abierto por una flecha en la sien, y que ahora apretaba el borde del sombrero. Un ungüento que Daerid llevaba en las alforjas había detenido la hemorragia, en esa herida y en otras, pero todas le seguían doliendo, y la mayoría escocían. Esto último empeoraría. El calor del día sólo estaba empezando, pero el sudor le perlaba la cara y ya sentía húmedas la ropa interior y la camisa. Se preguntó si el otoño llegaría alguna vez en Cairhien. Por lo menos, el malestar hacía que se olvidara de lo cansado que estaba; a despecho de haber pasado la noche en vela habría sido incapaz de conciliar el sueño en un colchón de plumas, cuanto menos tendido entre mantas sobre el duro suelo. De todos modos no quería estar más cerca de su tienda.

«Menudo panorama. Casi me han matado, estoy sudando como un cerdo, no encuentro un sitio cómodo donde tumbarme y no me atrevo a emborracharme. ¡Rayos, truenos y centellas!» Dejó de toquetear un corte que tenía la pechera de la chaqueta —por dos dedos aquella lanza no le había atravesado el corazón; ¡Luz, qué diestro había sido aquel hombre!— y desechó esa idea de su cabeza. No es que resultara fácil hacerlo con todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Por una vez, a los tearianos y los cairhieninos no parecía importarles ver tiendas Aiel por doquier. Había Aiel incluso en el campamento y, lo que era casi igualmente milagroso, los tearianos compartían con los cairhieninos las humeantes lumbres. Y no es que alguien estuviera comiendo; los cazos de calentar agua no se habían puesto sobre el fuego, aunque sí se olía carne asándose en alguna parte. Sin embargo, la mayoría estaban tan borrachos como habían podido conseguir a base de vino, brandy o el *oosquai* Aiel; todo eran risas y celebraciones. No muy lejos de donde se encontraba sentado él, una docena de Defensores de la Ciudadela, sudorosos y en mangas de camisa, bailaban acompañados por las palmas de un centenar o más de espectadores, cerca de un poste de tres metros de altura que estaba hincado en el suelo —Mat apartó rápidamente los ojos de él— donde otros tantos Aiel también brincaban y pateaban. Mat suponía que era alguna clase de danza; otro Aiel tocaba la zampoña para acompañarlos. Los bailarines saltaban tan alto como podían, levantaban más aun uno de los pies, y después caían sobre ese mismo pie para de inmediato saltar otra vez, más y más deprisa, a veces girando como trompos horizontales en la cúspide del salto o dando volantines o piruetas. Siete u ocho tearianos y cairhieninos estaban sentados tras haberse roto algún hueso por intentar emularlos, pero seguían jaleando y riendo como dementes mientras se iban pasando una escudilla de piedra con algún tipo de bebida. Había más grupos de hombres bailando y puede

Librodot

que cantando, pero con la algarabía reinante resultaba difícil asegurarlo. Desde su posición, sin girarse, podía contar diez zampoñas, por no mencionar el doble de silbatos metálicos, y un instrumento de viento que tenía un aspecto entre flauta y cuerno que un cairhienino delgaducho, vestido con una chaqueta andrajosa, soplaba con entusiasmo. Y los tambores eran incontables, aunque la mayoría no eran otra cosa que pucheros que golpeaban con cucharas.

A no tardar, el campamento era una casa de locos y los bailes se fusionaron en una sola celebración. A Mat le resultaba familiar, principalmente por los recuerdos que todavía podía asignar a otros hombres si se concentraba lo suficiente: era la celebración por seguir vivos. Una vez más se habían paseado ante las narices del Oscuro y habían sobrevivido para contarlo. Una vez más la danza al filo de la cuchilla había terminado. Casi muertos ayer, tal vez muertos mañana, pero vivos, gloriosamente vivos, hoy. A Mat no le parecía que hubiese nada que celebrar. ¿De qué servía estar vivo si ello significaba encontrarse encerrado en una jaula?

Sacudió la cabeza al ver pasar a Daerid, Estean y a un fornido y pelirrojo Aiel a quien no conocía tambaleándose y agarrándose unos a los otros. Apenas perceptible por el ensordecedor jolgorio, Mat oyó que Daerid y Estean intentaban enseñar al tipo más alto que iba entre los dos la letra de *Bailar con la Dama de las Sombras*:

Cantando toda la noche y todo el día bebiendo,
con las chicas guapas nuestra paga gastaremos,
y cuando hayamos gastado hasta el último céntimo
a bailar con la Dama de las Sombras nos iremos.

El atezado Aiel no mostraba interés alguno en aprender, por supuesto —y no lo haría a no ser que lo convencieran de que era un himno guerrero en toda regla—, pero escuchaba la letra, y no era el único. Para cuando los tres se hubieron perdido entre la muchedumbre, los seguían otros veinte hombres que llevaban el ritmo con las abolladas jarras de peltre o las deterioradas tazas de cuero, todos ellos berreando a voz en grito la canción.

Para mí es un placer tomar cerveza y vino,
y disfruto con las chicas de tobillo fino,
pero mi mayor deleite es y siempre ha sido
bailar con la Dama de las Sombras a capricho.

Mat hubiese querido no haberle enseñado la canción a ninguno de ellos. Sólo lo había hecho para tener la mente ocupada mientras Daerid le paraba la hemorragia que lo estaba desangrando; aquel ungüento escocía tanto como las propias heridas, y Daerid jamás se ganaría la vida como sastre considerando la «delicadeza» con que utilizaba la aguja y el hilo para coser. El problema era que la canción se había popularizado con la rapidez con que se propaga un incendio en la pradera. Tearianos y cairhieninos, de caballería o infantería, todos la cantaban cuando regresaron al amanecer.

Cuando regresaron. De vuelta al valle entre colinas donde habían

empezado a luchar, al pie de la derruida torre de troncos, sin que le dieran la oportunidad de largarse. Se había ofrecido a cabalgar por delante de las tropas, y Talmanes y Nalesean casi habían llegado a las manos por ser el uno o el otro quien le proporcionara la escolta. No todos se habían convertido en amigos del alma. Lo único que le faltaba ahora era que Moraine apareciera para preguntarle dónde había estado y por qué, y que le diera la charla sobre *ta'veren* y el deber, sobre el Entramado y Tarmon Gai'don, hasta conseguir marearlo. A buen seguro estaría con Rand ahora, pero antes o después iría a buscarlo.

Alzó la vista hacia la cumbre de la colina y al amasijo de troncos astillados entre árboles rotos. Ese tipo cairhienino que había construido los visores de lentes para Rand estaba allí arriba con sus aprendices, revolviendo entre los restos de la destrozada torre. Los Aiel se habían mostrado muy ufanos de lo ocurrido allí. Definitivamente había llegado de sobra el momento de marcharse. El medallón de la cabeza de zorro lo protegía de mujeres que encauzaban, pero había visto y oído a Rand lo suficiente para comprender que el encauzamiento de un hombre era diferente, y no tenía el menor interés en descubrir si el colgante lo protegía también de Sammael y los de su clase.

Torciendo el gesto por las dolorosas punzadas de las heridas, se valió de la lanza de mango negro para ponerse de pie. A su alrededor la celebración continuaba; si se dirigía como quien no quiere la cosa hacia donde los caballos estaban atados en hileras... La verdad era que no tenía pizca de ganas de ponerse a ensillar a *Puntos*.

—El héroe no debería estar sin beber.

Giró rápidamente sobre sus talones, sobresaltado, gruñendo por las punzadas de las heridas, y se encontró con Melindhra. La mujer tenía una enorme jarra de loza en la mano, no llevaba lanzas y su rostro no estaba velado, pero sus ojos parecían estar sopesándolo.

—Escucha, Melindhra, puedo explicarlo todo.

—¿Qué hay que explicar? —preguntó mientras le echaba el brazo libre por los hombros. A pesar del intenso dolor que le causaba hacerlo, Mat se irguió cuanto pudo; no estaba acostumbrado a tener que levantar los ojos para mirar a una mujer—. Sabía que buscarías tu propio honor. El *Car'a'carn* arroja una gran sombra, pero ningún hombre querría pasarse la vida bajo ella.

Tragándose lo que iba a decir, Mat cerró la boca de golpe.

—Claro —logró farfullar. La mujer no iba a intentar matarlo—. Eso es exactamente. —Tan grande era su alivio que cogió la jarra a la Aiel, pero el trago que se echó a la boca salió despedido violentamente. Era el brandy más fuerte y abrasador que había probado en toda su vida.

Melindhra recuperó la jarra para dar un sorbo, después suspiró con deleite y se la devolvió a Mat.

—Era un hombre de mucho honor, Mat Cauthon. Habría sido mejor que lo hubieses capturado, pero incluso matarlo te ha proporcionado mucho *ji*. Estuviste acertado al buscarlo.

A despecho de sí mismo, los ojos de Mat se dirigieron hacia aquello que había estado intentando no mirar. Una correa de cuero atada en el corto cabello pelirrojo sostenía la cabeza de Couladin en lo alto del poste de tres metros, cerca de donde danzaban los Aiel. El despojo parecía estar sonriendo. Sonriéndole a él.

¿Buscar a Couladin? ¡Pero si había hecho todo lo posible para poner

cuantas más picas mejor entre él y cualquier Shaido! Sin embargo, aquella flecha le había abierto un corte a un lado de la cabeza, y antes de que supiera lo que pasaba estaba tendido en el suelo y esforzándose para ponerse de pie, con lo más encarnizado de la lucha a su alrededor, moviendo la lanza con la marca de los cuervos a uno y otro lado mientras procuraba regresar donde estaba *Puntos*. Y entonces Couladin había aparecido como materializándose en el aire, con el rostro velado para matar; pero los brazos desnudos borraron toda duda sobre su identidad, con aquellos relucientes dragones dorados y rojos como enroscados en ellos. El hombre se había abierto paso entre los piqueros con sus lanzas como hace un segador en el trigo, y mientras tanto no dejaba de gritar que Rand diera la cara y que el *Car'a'carn* era él. Quizás a esas alturas ya se lo creía realmente. Mat no sabía si Couladin lo había reconocido o no, pero tampoco importaba gran cosa ese detalle cuando el tipo estaba decidido incluso a abrir un agujero a través de él con tal de llegar hasta Rand. Y tampoco sabía quién le había cortado la cabeza a Couladin posteriormente.

«Estaba demasiado ocupado en seguir con vida para fijarme», pensó con acritud. Y en no desangrarse hasta morir. Allá, en Dos Ríos, había sido tan bueno como cualquiera con la vara de combate, y ese tipo de arma no era tan diferente de la lanza que manejaba ahora, pero podía decirse que Couladin había nacido con ellas en las manos. Claro que toda esa destreza no le había servido de mucho al final. «A lo mejor todavía me queda un poquito de suerte. ¡Luz, por favor, que se me muestre propicia ahora!»

Estaba pensando cómo librarse de Melindhra para ponerse a ensillar a *Puntos* cuando Talmanes se presentó e hizo una reverencia ceremoniosa, con la mano sobre el corazón, al estilo de Cairhien.

—La gracia te sea propicia, Mat.

—Y a ti —respondió el joven con aire ausente. La Aiel no se iba a marchar porque se lo pidiera él. Y pedírselo sería como meter un zorro en un gallinero. A lo mejor podía decirle que le apetecía cabalgar un rato. Claro que los Aiel eran capaces de aguantar corriendo más que un caballo.

—Anoche vino una delegación de la ciudad, y habrá un desfile triunfal para el lord Dragón como agradecimiento de Cairhien.

—No me digas. —Melindhra debía de tener servicios asignados como las demás Doncellas, que siempre andaban apiñadas alrededor de Rand; quizá tuviera que irse para hacer su turno. No obstante, tras echarle una ojeada a la mujer, Mat pensó que lo mejor era no hacerse ilusiones al respecto. Su amplia sonrisa traslucía... un aire posesivo.

—La delegación la envió el Gran Señor Meilan —informó Nalesean, que se reunió con ellos. Su reverencia fue tan formal con la del cairhienino, pero más precipitada—. Es él quien ofrece el desfile al lord Dragón.

—Lord Dobraine, lord Maringil y lady Colavaere, entre otros, también se presentaron ante el lord Dragón.

Mat se obligó a prestar atención al momento presente. Estos dos estaban intentando hacer como si el otro no existiera —ambos mirándolo directamente sin dirigirse entre sí ni un vistazo de reojo— pero el gesto de sus semblantes era tenso como sus palabras por el esfuerzo de disimular, y sus nudillos estaban blancos de tanto apretar las manos sobre las empuñaduras de las espadas. Sólo faltaba que estos dos llegaran a las manos para poner la guinda en el pastel y que él acabara atravesado accidentalmente por la espada de cualquiera de ellos mientras intentaba quitarse de en medio renqueando.

—¿Y qué importancia tiene quién envió la delegación mientras que Rand tenga su desfile?

—La importancia de que debes pedirle que, por derecho, hemos de ser nosotros quienes lo encabecemos —se apresuró a responder Talmanes—. Mataste a Couladin y ello nos otorga ese derecho.

Nalesean cerró la boca y frunció el ceño; evidentemente, había estado a punto de decir lo mismo.

—Pedídselo vosotros —repuso Mat—. A mí no me concierne. —Sintió que la mano de Melindhra se tensaba sobre la parte posterior de su cuello, pero no le importó. A buen seguro, Moraine no estaría lejos de Rand, y no estaba dispuesto a meter la cabeza en un segundo cepo cuando todavía intentaba encontrar el modo de escaparse del primero.

Talmanes y Nalesean lo miraron boquiabiertos, como si se hubiese vuelto loco.

—Eres nuestro cabecilla de la batalla —protestó Nalesean—. Nuestro general.

—Mi asistente te limpiará las botas —intervino Talmanes con una sonrisilla que puso buen cuidado en no dirigir al irritado tearianо—, y te cepillará y remendará las ropas. Ofrecerás tu mejor aspecto.

Nalesean se dio un tirón de la puntiaguda barba; sus ojos se desviaron fugazmente hacia el otro hombre antes de que pudiera contener el gesto.

—Si me lo permites, te ofrezco una buena chaqueta que creo que es de tu talla. Es de satén dorado y carmesí.

Ahora le tocó al cairhienino torcer el gesto.

—¡General! —exclamó Mat, ayudándose de la lanza para erguirse—. ¡Yo no soy ningún jodido...! Quiero decir, que no deseo usurpar el puesto que le corresponde a otro. —Que dilucidaran ellos a cuál de los dos se refería.

—Así se abrase mi alma —dijo Nalesean—, fue tu diestra dirección en la batalla la que nos hizo vencer y nos mantuvo con vida. Por no mencionar tu suerte. Me he enterado de que siempre sacas la mejor carta, pero es algo más que eso. Te seguiría aunque no conocieses al lord Dragón.

—Eres nuestro líder —se apresuró a intervenir Talmanes con un tono de voz más sobrio aunque igualmente convencido—. Hasta ayer seguí a hombres de otras tierras porque debía hacerlo. A ti te seguiré porque quiero. Puede que no seas un lord en Andor, pero aquí, yo afirmo que lo eres y me tienes a tus órdenes.

Cairhienino y tearianо se contemplaron como sorprendidos de haber manifestado en voz alta el mismo sentimiento, y luego, lentamente y de mala gana, intercambiaron unos breves cabeceos de conformidad. Aunque no se tragaran —y de eso se daba cuenta hasta el más necio— en esto estaban de acuerdo. Hasta cierto punto.

—Te enviaré a mi mozo de cuadra para que almohace tu caballo para el desfile —dijo Talmanes y apenas frunció el ceño cuando Nalesean añadió:

—El mío compartirá esa tarea. Tu montura debe tener un aspecto que nos haga enorgullecernos. Y, así me abrase, necesitamos un estandarte. Tu estandarte.

El cairhienino mostró su conformidad a esto último con un rotundo cabeceo.

Mat no sabía si reírse como un loco o sentarse y ponerse a llorar. Aquellos malditos recuerdos. De no ser por ellos, habría seguido su camino, como estaba planeado. De no ser por Rand, nunca habrían entrado en su cabeza. Podía seguirlos paso a paso, cada uno necesario en ese preciso

Librodot

momento y con un propósito en sí mismo, todos ellos conduciendo, inevitablemente, al siguiente. Al principio de todo ello estaba Rand. Y los puñeteros *ta'veren*. No lograba entender cómo el hecho de hacer algo que parecía absolutamente necesario y poniendo el máximo empeño para que resultara casi inofensivo siempre parecía conducirlo más dentro del cenagal. Melindhra había empezado a acariciarle la nuca en lugar de apretársela. Sólo le faltaba que...

Alzó la vista a la colina y allí estaba. Moraine, en su montura de elegante paso, con Lan a su lado, empequeñeciéndola sobre su negro corcel. El Guardián se inclinó hacia ella como para escuchar y pareció que surgía una pequeña discusión entre ambos, una protesta violenta por parte de él, pero al cabo de un momento la Aes Sedai hizo que *Aldieb* volviera grupas y se perdió de vista por la otra ladera. Lan se quedó donde estaba, sobre *Mandarb*, observando el campamento que había al pie de la colina. Vigilando a Mat.

El joven se estremeció. De verdad que la cabeza de Couladin parecía estar sonriéndole directamente a él. Casi podía oír hablar al hombre. *Me habrás matado, pero has metido el pie justo en el cepo. Yo estoy muerto, pero tú nunca estarás libre.*

—Genial. Condenadamente genial —rezongó, y echó un trago del fuerte brandy que le cortó la respiración. Talmanes y Nalesean parecían creer que lo había dicho en serio, y Melindhra rió con complacencia.

Se habían reunido unos cincuenta tearianos y cairhieninos para presenciar la conversación entre los dos lores y él, y su gesto de beber fue como una señal para que empezaran a darle una serenata con una estrofa de su propia cosecha:

> *Tiraremos los dados y que caigan como caigan,*
> *achucharemos a las chicas ya sean bajas o altas,*
> *y luego seguiremos al joven Mat, vaya donde vaya,*
> *a bailar con la Dama de las Sombras que nos aguarda.*

Con una risa resollante e incontenible, Mat se volvió a sentar en el peñasco y se dispuso a vaciar la jarra. Tenía que haber algún modo de escapar de esto. Tenía que haberlo.

Rand abrió los ojos muy despacio y contempló el techo de su tienda. Estaba desnudo bajo la manta. La ausencia de dolor casi fue alarmante, pero se sentía más cansado de lo que recordaba haberlo estado jamás. Y recordaba. Había dicho cosas, pensado cosas que... Se quedó helado. «No puedo dejar que él tome el control. ¡Yo soy yo! ¡Yo!» Tanteó torpemente debajo de la manta y encontró la suave cicatriz redonda en su costado, todavía tierna pero cerrada.

—Moraine Sedai te curó —dijo Aviendha, y Rand se llevó un buen susto.

No la había visto, sentada con las piernas cruzadas sobre las alfombrillas que había junto al hoyo de la lumbre, bebiendo en una copa de plata con leopardos cincelados. Asmodean estaba tendido boca abajo en los cojines, con la barbilla apoyada en los brazos. Ninguno de los dos parecía haber dormido, pues tenían marcadas unas oscuras ojeras.

—No habría tenido que hacerlo —continuó Aviendha con tono frío.

Librodot

Cansada o no, estaba perfectamente peinada y sus ropas aseadas marcaban un brusco contraste con el arrugado atuendo de oscuro terciopelo de Asmodean. De vez en cuando la Aiel daba vueltas al brazalete de marfil con las rosas y espinas talladas que él le había regalado, como si no se diera cuenta de lo que hacía. También lucía el collar de plata de copos de nieve; todavía no le había dicho quién se lo había dado, y cuando comprendió que realmente él quería saberlo pareció hacerle gracia. Desde luego, su expresión ahora no era nada divertida—. Moraine Sedai estaba casi agotada por el esfuerzo de curar a los heridos. *Aan'allein* tuvo que llevarla en brazos a su tienda. Y todo por tu culpa Rand al'Thor, porque curarte acabó con la escasa energía que le quedaba y se desplomó.

—La Aes Sedai ya está de pie —intervino Asmodean mientras reprimía un bostezo. Hizo caso omiso de la acerada mirada que le dirigió la joven Aiel—. Ha venido dos veces desde que salió el sol, aunque dijo que te recuperarías. Me parece que no lo tenía tan claro anoche. Y tampoco yo. —Cogió el arpa y la puso ante sí, pulsó ociosamente las cuerdas y habló con tono indiferente—. Hice cuanto pude por ti, desde luego, ya que mi vida y mi fortuna van unidas a tu persona, pero mis talentos no tienen nada que ver con la Curación, ya me entiendes. —Pulsó unas notas como para ratificar su afirmación—. Tengo entendido que un hombre puede matarse o amansarse haciendo lo que hiciste tú. Ser fuerte en el Poder no sirve de nada si el cuerpo está agotado, y el *Saidin* puede matar fácilmente cuando se está en esas condiciones físicas. O eso es lo que tengo entendido.

—¿Has acabado de compartir tus conocimientos, Jasin Natael? —El tono de Aviendha era aun más frío que antes, y la joven no esperó repuesta antes de volver aquella gélida mirada azul hacia Rand. Por lo visto, la interrupción era también culpa suya—. Un hombre puede actuar como un necio a veces, pero cuanto menos, mejor, y un jefe debe hacerlo incluso menos que un hombre corriente, y un jefe de jefes, menos todavía. No tenías derecho a forzar tu resistencia hasta el borde de la muerte. Egwene y yo intentamos hacer que regresaras con nosotras cuando nos sentimos demasiado exhaustas para continuar, pero no quisiste atender a razones. Puede que seas más fuerte que las dos como Egwene afirma, pero aun así eres de carne y hueso. Y eres el *Car'a'carn*, no un nuevo *Seia Doon* que busca el honor. Tienes *toh*, un deber, para con los Aiel, Rand al'Thor, y no podrás cumplirlo si mueres. No puedes hacerlo todo tú solo.

Durante unos instantes sólo fue capaz de mirarla boquiabierto. ¡Pero si apenas había hecho nada, si había dejado la batalla en manos de otros a todos los efectos mientras que él iba de aquí para allí tratando de ser útil en algo! Ni siquiera había sido capaz de impedir que Sammael atacara donde y como le dio la gana. ¿Y ahora le echaba un rapapolvo porque había hecho demasiado?

—Intentaré recordarlo —dijo al cabo. Aun así, la joven parecía dispuesta a proseguir con la regañina—. ¿Qué noticias hay de los Miagoma y los otros tres clanes? —preguntó, tanto para distraerla hacia otros asuntos como porque tenía interés en saberlo. Rara vez las mujeres se mostraban dispuestas a dejar de machacarlo a uno hasta que lo tenían clavado en el suelo, a no ser que se las distrajera.

Funcionó. Aviendha siempre presumía de lo que sabía, naturalmente, y ponía tanto entusiasmo en instruir como en reprender. La suave melodía de Asmodean —para variar algo agradable, incluso bucólico— puso un extraño fondo a sus palabras.

Librodot

Los Miagoma, los Shiande, los Daryne y los Codarra estaban acampados a la vista unos de los otros, a unos cuantos kilómetros al este. Había un continuo reguero de hombres y Doncellas yendo y viniendo entre los distintos campamentos, incluido el de Rand, pero sólo entre sociedades, e Indirian y los otros jefes no se movían. Sin duda al final se unirían a Rand, pero no hasta que las Sabias hubieran acabado sus conversaciones.

—¿Todavía están hablando? —preguntó Rand—. En nombre de la Luz, ¿qué es lo que tienen que discutir para que les lleve tanto tiempo? Los jefes vienen para seguirme a mí, no a ellas.

La joven le lanzó una de aquellas miradas impasibles que no tenían nada que envidiar a las de Moraine.

—Lo que hablen las Sabias sólo les incumbe a ellas, Rand al'Thor. —Como si hiciera una concesión añadió, vacilante—: Egwene podría contarte algo, pero cuando hayan terminado. —Su tono daba a entender que Egwene muy bien podría no decírselo tampoco.

Se resistió a los intentos de Rand de que le contara algo más y él acabó dándose por vencido. Había tantas posibilidades de que lo descubriera antes de que lo mordiera como que no, pero en cualquier caso no iba a sacarle una sola palabra que ella no quisiera decir. Las Sabias no se quedaban atrás con respecto a las Aes Sedai en cuanto a guardar secretos y rodearse de misterio. Aviendha estaba aprendiendo muy bien esa lección en particular.

La presencia de Egwene en la reunión de las Sabias lo sorprendió, como también la ausencia de Moraine —Rand habría esperado que la Aes Sedai estuviera metida en el ajo, tirando de las cuerdas a favor de sus planes—, pero resultó que lo uno estaba relacionado con lo otro. Las Sabias recién llegadas habían querido hablar con una de las Aes Sedai que seguían al *Car'a'carn*, y aunque Moraine ya estaba en pie y recuperada de la Curación que le había practicado, adujo que no disponía de tiempo, de modo que habían sacado de sus mantas a Egwene para que la reemplazara.

Aquello hizo que Aviendha se riera. La joven Aiel estaba fuera cuando Sorilea y Bair sacaron prácticamente a rastras a Egwene de la tienda, intentando vestirla mientras la llevaban casi en volandas.

—Le grité que esta vez tendría que excavar agujeros con los dientes si la habían pillado en algún renuncio, y estaba tan adormilada que me creyó. Empezó a protestar con tanto ardor que no pensaba hacerlo que Sorilea empezó a preguntarle qué era lo que había hecho para pensar que merecía el castigo. Tendrías que haber visto la cara de Egwene. —Se echó a reír con tantas ganas que casi se cae.

De hecho, Asmodean la miró con prevención aunque, considerando quién y qué era él, Rand no entendía por qué lo hacía; sin embargo, Rand se limitó a esperar a que remitiera su estallido de jolgorio y recobrara el aliento. Teniendo en cuenta el humor Aiel, no era una broma pesada. Más bien era de la clase que podría esperarse de Mat, no de una mujer; pero, aun así, seguía siendo ligera. Cuando por fin la muchacha se irguió, enjugándose los ojos, Rand preguntó:

—¿Qué pasa con los Shaido? ¿O también están sus Sabias en el cónclave?

Aviendha le contestó todavía entre risitas contenidas y sorbiendo vino; consideraba acabados a los Shaido, ni siquiera merecedores de ser tenidos en cuenta. Se habían hecho miles de prisioneros, y aún seguían llegando más en número reducido; la batalla había cesado excepto en alguna pequeña escaramuza que otra. Empero, cuanta más información le daba, menos le

Librodot

parecía a Rand que el clan estuviera acabado. Debido a que los otros cuatro clanes habían tenido ocupado a Han, el grueso de las fuerzas de Couladin había cruzado el Gaelin de manera ordenada, incluso llevándose consigo a los prisioneros cairhieninos que habían capturado. Y, lo que era peor, habían destruido los puentes de piedra una vez que los cruzaron.

Aquello no le concernía a Aviendha, pero sí a él. Diez mil Shaido al norte del río, sin modo de llegar a ellos hasta que se reemplazaran los puentes, e incluso construir unas pasarelas de madera llevaría bastante tiempo. Un tiempo del que no disponía.

Al final, cuando parecía que ya estaba dicho todo sobre los Shaido, la Aiel le habló de algo que le hizo olvidar sus preocupaciones por este clan y los problemas que pudiera ocasionar. Aviendha lo dejó caer, como si se hubiese olvidado de mencionarlo.

—¿Que Mat mató a Couladin? —repitió Rand con incredulidad—. ¿Mat?

—¿No es lo que acabo de decirte? —Su tono era cortante, pero falto de entusiasmo. Por su forma de mirarlo por encima del borde de la copa habríase dicho que estaba más interesada en cómo tomaría él la noticia que en si ponía en duda sus palabras.

Asmodean tocó unas cuantas notas marciales; el arpa parecía el eco de tambores y trompetas.

—En ciertos aspectos, es un joven que guarda tantas sorpresas como tú —comentó—. De verdad que estoy deseando conocer al tercero del grupo, al tal Perrin.

Rand sacudió la cabeza. Así que Mat no había escapado del tirón de *ta'veren* a *ta'veren* después de todo. O quizás era que el Entramado lo había atrapado en sus hilos por ser él mismo *ta'veren*. Se debiera a lo uno o a lo otro, Rand sospechaba que su amigo no debía de sentirse muy feliz en este momento. Mat no había aprendido la lección que él sabía tan bien: intenta huir, y el Entramado te hará volver, a menudo con pocas contemplaciones; muévete en la dirección en que la Rueda te teje, y a veces te las arreglas para tener un poco de control sobre tu propia vida. A veces. Con suerte, tal vez más de las que nadie esperaría, al menos en lo referente a largo trecho. Empero había cosas más urgentes de las que ocuparse que Mat o los Shaido.

Una ojeada a la entrada le mostró que el sol había salido hacía muchas horas, aunque lo único que alcanzaba a ver eran dos Doncellas sentadas en cuclillas, con las lanzas cruzadas sobre las rodillas. Había estado inconsciente toda una noche y gran parte de la mañana, pero o Sammael no había intentado encontrarlo o había fracasado en su propósito.

Debía tener cuidado con utilizar ese nombre, incluso para sus adentros, aunque ahora había otro que flotaba en el límite de su mente: Tel Janin Aellinsar. Ningún relato de la historia mencionaba ese nombre ni había referencia en la biblioteca de Tar Valon; Moraine le había contado todo lo que las Aes Sedai sabían sobre los Renegados, y era poco más que lo que se relataba en los cuentos de los pueblos. Incluso Asmodean le había llamado siempre Sammael, aunque por razones diferentes. Mucho antes de que acabara la Guerra de la Sombra, los Renegados habían adoptado los nombres que los hombres les habían puesto, como símbolos de su renacimiento en la Sombra. El verdadero de Asmodean —Joar Addam Nessosin— hacía que el hombre se encogiera, y afirmaba que había olvidado los de los otros en el transcurso de tres milenios.

Quizá no había una verdadera razón para ocultar lo que rumiaba para sus adentros —tal vez no era más que un deseo de no querer ver la

Librodot

realidad— pero Sammael, el hombre, permanecería. Y como Sammael pagaría con creces por cada Doncella que había matado. Las que él había sido incapaz de mantener a salvo.

Incluso cuando todavía tomaba esta resolución, hizo una mueca. Él había dado pie a aquello al enviar a Weiramon de regreso a Tear —hasta el momento, sólo Weiramon y él, la Luz lo quisiera, sabían la importancia de esta decisión—, pero no podía perseguir a Sammael por mucho que lo deseara y a pesar de lo que jurase. Todavía no. Había asuntos de los que ocuparse primero aquí, en Cairhien. Puede que Aviendha creyese que él no entendía de *ji'e'toh*, y tal vez tuviera razón, pero sí entendía de deber y tenía uno con Cairhien. Además, había formas de ir tras Weiramon para reforzar su misión.

Se sentó, procurando no poner de manifiesto lo mucho que le costaba, se tapó tan decentemente como se lo permitía la manta y se preguntó dónde estarían sus ropas; sólo veía las botas, detrás de Aviendha. Probablemente ella lo sabía. Posiblemente habían sido *gai'shain* quienes lo habían desnudado, pero también podía haberlo hecho ella misma.

—Tengo que ir a la ciudad. Natael, haz que ensillen a *Jeade'en* y lo traigan aquí.

—Quizá mañana —le dijo firmemente Aviendha mientras agarraba a Asmodean por la manga cuando éste empezaba a levantarse—. Moraine Sedai dijo que te hacía falta descansar durante...

—Hoy, Aviendha. Ahora. Ignoro por qué no está Meilan aquí, si es que sigue vivo, pero me propongo averiguarlo. Natael, mi caballo.

La joven adoptó una expresión obstinada, pero Asmodean se soltó de un tirón.

—Meilan estuvo aquí —informó mientras se alisaba la manga de terciopelo—, con otros.

—No había que contarle que... —empezó, furiosa, Aviendha, que luego apretó los labios antes de acabar—. Necesita descansar.

Así que las Sabias pensaban que podían ocultarle ciertas cosas. Bueno, pues no estaba tan débil como se imaginaban. Intentó ponerse de pie, manteniendo ceñida la manta, pero en lugar de ello rebulló en el sitio cuando las piernas se negaron a obedecerlo. Quizá sí que estaba tan débil como pensaban. Pero no iba a permitir que tal cosa lo detuviera.

—Ya descansaré cuando esté muerto —manifestó, y al momento deseó no haberlo dicho cuando la vio encogerse como si la hubiese abofeteado. No, Aviendha no se habría encogido por un golpe. El que conservara la vida era importante para ella por el bien de los Aiel, y cualquier cosa que significara una amenaza para tal fin le haría más daño que un puñetazo—. Cuéntame qué quería Meilan, Natael.

Aviendha se sumió en un obstinado silencio, aunque, si las miradas surtieran efecto, Asmodean se habría quedado mudo.

Un jinete había llegado durante la noche, enviado por Meilan como portador de alabanzas y afirmaciones de eterna lealtad. Al amanecer, el propio Meilan apareció en el campamento con otros seis Grandes Señores de Tear que estaban en la ciudad, así como una pequeña hueste de soldados tearianos que toqueteaban las empuñaduras de sus espadas y aferraban las astas de sus lanzas como si esperaran tener que luchar en cualquier momento contra los Aiel que habían presenciado en silencio su entrada en el campamento.

—Y faltó poco —comentó Asmodean—. El tal Meilan no es de los que

Librodot

admiten bien que se les lleve la contraria, a mi modo de ver, y los otros no le andan muy a la zaga. En especial el de facciones toscas como un terrón reseco... ¿Torean? y el tal Simaan. Ése tiene unos ojos tan afilados como su nariz. Sabes que estoy acostumbrado a compañías peligrosas, pero, a su modo, estos hombres lo son tanto como cualquiera de los que conozco.

Aviendha aspiró ruidosamente el aire por la nariz.

—Estén acostumbrados a lo que estén, no tenían la menor oportunidad con Sorilea, Amys, Bair y Melaine por un lado, y Sulin con un millar de *Far Dareis Mai* por el otro. Y también había algunos Soldados de Piedra —admitió—, y unos cuantos Buscadores de Agua y también unos pocos Escudos Rojos. Si de verdad sirves al *Car'a'carn* como afirmas, Jasin Natael, deberías velar por su descanso como lo hacen ellos.

—Es al Dragón Renacido a quien sirvo, jovencita. El *Car'a'carn* os lo dejo a vosotros.

—Vamos, Natael, continúa —instó Rand con impaciencia, por lo que se ganó otro resoplido de la Aiel.

Aviendha estaba en lo cierto en cuanto a que los tearianos no habrían tenido la menor oportunidad en un enfrentamiento con los Aiel, aunque probablemente el que las Doncellas y otros toquetearan sus velos debió de impresionarlos más que la presencia de las Sabias. Sea como fuere, incluso Aracome, un hombre canoso y esbelto con un temperamento flemático, estaba a punto de estallar en cólera cuando hicieron volver grupas a sus corceles, y Gueyam, calvo como un canto de río y corpulento como un herrero, estaba lívido de rabia. Asmodean no sabía de seguro si había sido la certeza de saberse superados por los Aiel lo que los había hecho desistir de desenvainar las espadas o el ser conscientes de que, si de algún modo conseguían abrirse paso hasta Rand, era improbable que éste les diera la bienvenida llevando las armas tintas con la sangre de sus aliados.

—A Meilan los ojos se le salían de las órbitas —terminó Asmodean—. Pero antes de marcharse manifestó a voz en grito su lealtad y fidelidad hacia ti. Tal vez pensó que podrías oírlo. Los otros se hicieron eco de sus palabras de inmediato, aunque Meilan añadió algo que hizo que lo miraran de hito en hito: «Entrego Cairhien al lord Dragón como un presente», manifestó. Luego anunció que prepararía una ceremonia triunfal para cuando estuvieses en condiciones de entrar en la ciudad.

—Hay un dicho en Dos Ríos —comentó secamente Rand—: «Cuanto más alta sea la voz de un hombre proclamando su honradez, más fuerte debes sujetar tu bolsa de dinero». Y hay otro que dice: «A menudo el zorro ofrece darles a los patos su propio estanque». —Cairhien era suyo sin que Meilan se lo regalara.

Sabía muy bien hasta dónde llegaba la lealtad del hombre: duraría mientras Meilan creyera que pagaría las consecuencias si lo sorprendían traicionándolo. Si lo sorprendían; ése era el quid. Aquellos siete Grandes Señores que estaban en Cairhien habían sido los que con más asiduidad habían intentado asesinarlo en Tear. Tal era la razón por la que los había enviado allí. Si hubiese ejecutado a todos los nobles tearianos que conspiraban contra él, probablemente no habría quedado ninguno vivo. En aquel momento, encomendarles la tarea de ocuparse de la anarquía, la hambruna y una guerra civil localizadas a mil quinientos kilómetros de Tear le pareció un buen modo de poner trabas a sus intrigas al tiempo que llevaban a cabo algo positivo allí donde hacía falta. Claro que por aquel entonces ignoraba la existencia de Couladin y que éste lo conduciría a

Librodot

Cairhien.

«Esto sería más fácil si fuese un relato épico», pensó. En los relatos sólo había tantos imprevistos cuando el héroe sabía cuanto era necesario; él, por el contrario, únicamente parecía saber una cuarta parte de todo.

Asmodean vaciló —el viejo dicho de hombres clamando a voces su lealtad podía aplicársele a él también, y sin duda era consciente de ello— pero, al ver que Rand no decía nada, añadió:

—Creo que desea proclamarse rey de Cairhien. Supeditado a ti, por supuesto.

—Y preferiblemente teniéndome muy lejos. —A buen seguro que Meilan esperaba que él regresase a Tear, y a Callandor. Ciertamente al Gran Señor no le asustaría nunca tener mucho poder.

—En efecto. —El tono de Asmodean sonó incluso más seco que el de Rand—. Hubo otra visita entre esas dos. —Había acudido una docena de lores y ladis cairhieninos, sin escoltas, cubiertos con capas y embozos a pesar del calor reinante. Saltaba a la vista que sabían que los Aiel despreciaban a Cairhien, sentimiento que era correspondido al ciento por ciento, pero los ponía tan nerviosos el que Meilan descubriese que habían venido como que los Aiel decidiesen matarlos—. Cuando me vieron —dijo, torciendo el gesto—, la mitad de ellos parecieron dispuestos a matarme por miedo de que fuese teariano. Tienes que agradecer a las *Far Dareis Mai* el que todavía cuentes con un bardo.

A pesar de los pocos que eran, había costado más trabajo hacerles dar media vuelta a los cairhieninos que a Meilan; y, aunque sudaban más copiosamente y se ponían más lívidos de minuto en minuto, insistieron obstinadamente en que querían ver al lord Dragón. La medida de su ansiedad la dieron cuando finalmente se rebajaron a suplicar sin rebozo. Asmodean podría pensar que los Aiel tenían un sentido del humor extraño o rudo, pero no pudo evitar reírse a costa de los nobles, con sus chaquetas de seda y sus vestidos de amazonas intentando pasar inadvertidos mientras se arrodillaban para coger las faldas de lana de las Sabias.

—Sorilea los amenazó con hacerlos regresar a la ciudad desnudos y azotados. —Su queda risita se tornó en un gesto de incredulidad—. Incluso lo discutieron entre ellos. Creo que si tal cosa hubiese sido la condición para poder llegar hasta ti, algunos lo habrían aceptado.

—Sorilea tendría que haberlo hecho —convino sorprendentemente Aviendha—. Los quebrantadores de juramentos no tienen honor. Al menos Melaine y las Doncellas los echaron en las sillas de los caballos como si fueran sacos y azuzaron a los animales, que salieron a galope del campamento, con los quebrantadores de juramentos sujetándose como buenamente podían.

—Sí —asintió Asmodean—. Pero, antes, dos de ellos, lord Dobraine y lady Colavaere, hablaron conmigo una vez que estuvieron seguros de que no era un espía teariano. Disimularon el sentido de sus palabras bajo tantas insinuaciones e indirectas que no estoy seguro de lo que querían exactamente, pero no me sorprendería que su intención fuese ofrecerte el Trono del Sol. Son tan sibilinos que podrían sostener una conversación con… ciertas personas con las que solía relacionarme.

Rand soltó una risotada.

—Y tal vez lo hagan, si ven posibilidad de alcanzar el trato en los mismos términos que Meilan. —No era necesario que Moraine le dijese que los cairhieninos practicaban el Juego de las Casas hasta en sueños ni que

Librodot

Asmodean apuntara que lo intentarían con los Renegados. Los Grandes Señores a la izquierda y los cairhieninos a la derecha. Una batalla recién terminada y otra, de un tipo diferente pero no por ello menos peligrosa, que empezaba.

»En cualquier caso, tengo intención de poner en el Trono del Sol a alguien que tenga derecho a él. —Pasó por alto la expresión especulativa que traslucía el semblante de Asmodean; a lo mejor el hombre lo había ayudado anoche y a lo mejor, no, pero no se fiaba de él lo bastante para hacerlo partícipe de sus planes. Por mucho que el futuro de Asmodean estuviese unido al suyo, su lealtad estaba basada en una necesidad perentoria, y seguía siendo el mismo hombre que antaño había elegido entregar su alma a la Sombra.

»Así que Meilan se propone ofrecerme una entrada triunfal cuando esté listo, ¿no? Entonces tanto mejor si me presento allí antes de lo que espera para descubrir cómo están las cosas realmente. —De pronto se le ocurrió la razón de que Aviendha se estuviese mostrando tan agradable y tan bien dispuesta a ayudar a que la conversación prosiguiera. Mientras continuara allí, sentado y hablando, estaba haciendo exactamente lo que ella pretendía—. ¿Vas a buscarme el caballo, Natael, o tendré que ir yo personalmente?

La reverencia de Asmodean fue marcada, ceremoniosa y, en apariencia al menos, sincera.

—Estoy al servicio del lord Dragón.

Librodot

CAPÍTULO 18

Otras batallas, otras armas

Rand, ceñudo, siguió con la mirada a Asmodean mientras se preguntaba hasta dónde podía confiar en ese hombre; estaba tan absorto que se sobresaltó cuando Aviendha soltó la copa bruscamente, derramando el vino en las alfombrillas. Los Aiel no desperdiciaban ningún líquido que pudiera beberse, no sólo el agua.

La joven miró la mancha del vino derramado, al parecer tan sobresaltada como él; pero fue una reacción momentánea, ya que un instante después se ponía en jarras, a pesar de estar sentada, y le asestaba una mirada iracunda.

—Así que el *Car'a'carn* entrará en la ciudad cuando apenas se sostiene sentado, ¿no? Dije que el *Car'a'carn* debía ser más que un hombre corriente, pero ignoraba que fuera más que un simple mortal.

—¿Dónde están mis ropas, Aviendha?

—¡Eres de carne y hueso, no de hierro!

—¿Y mis ropas?

—No olvides tu deber, Rand al'Thor. Si yo puedo recordar el *ji'e'toh*, tú también puedes. —Aquello sonaba extraño; el sol saldría a medianoche antes que la Aiel olvidara el menor retazo del *ji'e'toh*.

—Si no cambias de actitud, empezaré a pensar que te preocupas por mí —apuntó él con una sonrisa.

Lo dijo como una broma —sólo había dos modos de tratar con ella, o bromeando o simplemente no haciéndole caso; discutir era un error fatal—, y además era suave si se tenía en cuenta que habían pasado una noche el uno en los brazos del otro, pero los ojos de la Aiel se abrieron mucho en un gesto ultrajado y se tiró del brazalete de marfil como si fuera a quitárselo y a arrojárselo.

—El *Car'a'carn* está tan por encima de los pobres mortales que no necesita ropas —escupió—. ¡Si el *Car'a'carn* desea marcharse, que lo haga desnudo! ¿Es que tengo que traer a Sorilea y a Bair? ¿O tal vez a Enaila y a Somara y a Lamelle?

Rand se puso envarado. De todas las Doncellas que lo habían tratado como a un hijo de diez años perdido hacía mucho tiempo, Aviendha había nombrado a las tres peores. Lamelle incluso le llevaba sopa; la mujer no tenía ni puñetera idea de cocinar, ¡pero se empeñaba en prepararle sopa!

—Trae a quien quieras —le respondió en un tono impasible y tenso—, pero soy el *Car'a'carn*, y voy a ir a la ciudad. —Con suerte, encontraría sus ropas antes de que hubiese regresado. Somara era casi tan alta como él y, en ese momento, seguramente más fuerte. El Poder Único no contaba, ya que sería incapaz de abrazar el *Saidin* aunque el propio Sammael apareciese ante él, cuanto menos mantenerlo aferrado y utilizarlo.

La joven le sostuvo la mirada unos largos segundos y después recogió bruscamente la copa con las tallas de leopardos y volvió a llenarla con una jarra de plata batida.

—Si eres capaz de encontrar tus ropas y ponértelas sin desplomarte, puedes irte —manifestó calmosamente—. Pero te acompañaré, y, si te sientes demasiado débil para seguir adelante, regresarás aquí aunque para ello Somara tenga que cogerte en brazos.

Rand la observó mientras se recostaba sobre un codo, se arreglaba las faldas con todo cuidado y empezaba a beber vino. Si le mencionara otra vez lo de casarse, a buen seguro que le soltaría otro tremendo bofetón, pero en ciertos aspectos se comportaba como si estuviesen casados. En la parte peor de un matrimonio, al menos. En la que, a su modo de ver, no se diferenciaba ni el canto de un céntimo con el trato que le daban Enaila o Lamelle en sus peores momentos.

Mascullando entre dientes, se ciñó la manta y se arrastró entre la joven y el hoyo de la lumbre para coger sus botas. Dentro había unos calcetines limpios doblados, pero eso era todo. Podría llamar a los *gai'shain*. Sí, y de ese modo todo el campamento estaría al tanto de lo que pasaba. Por no mencionar la posibilidad de que las Doncellas tomasen cartas en el asunto después de todo; entonces la cuestión se ceñiría a si él era el *Car'a'carn*, al que había que obedecer, o simplemente Rand al'Thor, un hombre más a sus ojos. Una alfombrilla enrollada al fondo de la tienda atrajo su mirada; las alfombrillas siempre estaban extendidas. Dentro encontró su espada, con el cinturón de la hebilla del dragón envuelto en la vaina.

Musitando para sí, con los ojos entrecerrados, como si estuviese medio dormida, Aviendha lo observó mientras buscaba.

—Ya no necesitas... eso. —Pronunció la palabra con tanto desprecio que nadie habría dicho que la espada se la había regalado ella.

—¿A qué te refieres? —En la tienda sólo había unos pocos arcones de latón o taraceados con nácar o, en un único caso, forrado con pan de oro. Los Aiel preferían guardar las cosas en bultos. En ninguno de ellos estaban sus ropas. El arcón dorado, con dibujos de animales desconocidos, contenía bolsas de cuero cerradas prietamente que desprendieron olor a especias cuando levantó la tapa.

—Couladin está muerto, Rand al'Thor.

Se detuvo, sobresaltado, y la miró de hito en hito.

—¿De qué hablas? —¿Se lo habría contado Lan? Nadie más lo sabía. Pero ¿por qué?

—No me lo dijo nadie, si es eso lo que estás pensando. Ahora te conozco, Rand al'Thor. Y te conozco un poco más cada día.

—Ni siquiera se me pasó por la cabeza —gruñó—. Nadie puede haberte dicho nada porque no hay nada que decir. —Irritado, aferró bruscamente la espada envainada y la llevó con torpeza debajo del brazo mientras seguía buscando. Aviendha continuó dando sorbitos al vino, y Rand sospechó que lo hacía para ocultar una sonrisa.

Fantástico. Los Grandes Señores de Tear sudaban cuando Rand al'Thor los miraba, y los cairhieninos quizá le ofrecieran el trono. El mayor ejército Aiel que jamás viera el mundo había cruzado la Pared del Dragón al mando del *Car'a'carn*, el jefe de jefes. Las naciones temblaban al oír mencionar al Dragón Renacido. ¡Las naciones! Y ahora resultaba que si no encontraba sus ropas tendría que quedarse sentado hasta que un montón de mujeres, que creían que sabían más de todo que él, le dieran permiso para salir de una tienda.

Por fin las encontró cuando reparó en un puño de manga, bordado en oro, que asomaba por debajo de Aviendha. ¡Había estado sentada encima

todo el tiempo! La joven gruñó cuando le dijo que se moviera, pero se quitó. Después de insistirle.

Como era habitual, lo observó mientras se afeitaba y se vestía, y encauzó para calentarle el agua sin hacer ningún comentario —y sin que él se lo hubiese pedido— después de que se hubiese cortado por tercera vez al tiempo que rezongaba algo sobre el agua fría. A decir verdad, esta vez su incomodidad por sentirse observado se debía tanto a que la joven podría advertir su inestabilidad como a otros motivos. «Uno acaba acostumbrándose a todo si dura mucho», pensó con ironía.

—A Elayne no le importará si te miro, Rand al'Thor —dijo ella, interpretando mal su gesto de sacudir la cabeza.

Dejó de abrocharse las lazadas del cuello de la camisa y la miró fijamente.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto. Tú le perteneces, pero no posee la exclusiva de mirarte.

Riendo para sus adentros, Rand continuó anudando las lazadas. Estaba bien que se le recordara que su recién desvelado misterio ocultaba más ignorancia que ninguna otra cosa. No pudo menos que sonreír con engreimiento mientras acababa de vestirse, abrochar el cinturón de la espada y coger el fragmento de lanza seanchan. Esto último hizo que su sonrisa se tornara lúgubre. Al principio la llevaba simplemente como un recordatorio de que los seanchan estaban en el mundo, pero ahora le servía para recordarle todas las cosas con las que tenía que habérselas y hacer juegos malabares con ellas: cairhieninos y tearianos; Sammael y los demás Renegados; los Shaido y las naciones que todavía no lo conocían, pero que tendrían que conocerlo antes del Tarmon Gai'don. Entendérselas con Aviendha resultaba realmente sencillo comparado con eso.

Las Doncellas se incorporaron de un brinco cuando salió de la tienda rápidamente para ocultar la inestabilidad de sus piernas. No las tenía todas consigo de si sería capaz de salir airoso de la prueba. Aviendha se mantuvo a su lado no sólo como si fuera a sujetarlo si se desplomaba, sino como si estuviese convencida de que le iba a ocurrir tal cosa. No ayudó precisamente a mejorar su humor el hecho de que Sulin, que todavía llevaba el vendaje en la cabeza, le dirigiese una mirada interrogante a Aviendha —¡a Aviendha, no a él!— y esperara a que la muchacha asintiera antes de ordenar a las Doncellas que se prepararan para ponerse en marcha.

Asmodean llegó trotando cuesta arriba en su mula y conduciendo por las riendas a *Jeade'en*. De algún modo se las había ingeniado para encontrar tiempo de ponerse ropas limpias, todas de seda en color verde oscuro; y con montones de puntillas, naturalmente. El arpa dorada colgaba a su espalda, pero ya había renunciado a la capa de juglar, y tampoco llevaba el estandarte carmesí con el ancestral símbolo de los Aes Sedai. Esa función recaía ahora en un refugiado cairhienino llamado Pevin, un tipo de gesto impasible vestido con una chaqueta de campesino remendada y hecha de un basto paño de lana de color gris oscuro, que venía montado en una mula castaña a la que debían de haber cogido en un pastizal donde descansaba después de muchos años de tirar de algún carro. Una larga cicatriz, todavía roja, le surcaba un lado del estrecho rostro, desde el nacimiento del cabello, que empezaba a escasear, hasta la mandíbula.

Pevin había perdido a su esposa y a su hermana por causa de la hambruna, y a su hermano y a un hijo por la guerra civil. No tenía idea de a qué casa pertenecían los hombres que los mataron o a quién apoyaban ellos

Librodot

para el Trono del Sol. Huir hacia Andor le había costado otro hijo a manos de soldados andoreños y un segundo hermano a manos de los bandidos, y regresar le había costado el último hijo, muerto por una lanza de los Shaido, y también su hija, a quien se la llevaron mientras que a Pevin lo dejaban dándolo por muerto. El hombre rara vez hablaba, pero, por lo que Rand podía sacar en conclusión, sus convicciones habían sido aventadas como el trigo y se habían reducido a tres: el Dragón había renacido, la Última Batalla se aproximaba, y, si se quedaba cerca de Rand al'Thor, se ocuparía de vengar a su familia antes de que el mundo fuera destruido. El mundo acabaría, sí, pero no importaba; nada importaba mientras él viera cumplida su venganza. Hizo una reverencia a Rand en silencio desde lo alto de la mula cuando ésta coronó la pendiente. Su rostro era totalmente inexpresivo, pero mantenía el estandarte recto y firme.

Rand montó a *Jeade'en* y aupó a Aviendha para montarla detrás de él, sin dejar que se apoyara en el estribo sólo para demostrarle que podía hacerlo, y taloneó al rodado para que emprendiera la marcha antes de que la joven se hubiese acomodado en la grupa. Aviendha ciñó los brazos en torno a su cintura rápidamente y rezongó algo sin bajar demasiado la voz, de modo que él oyó unas cuantas puntadas más sobre la opinión que tenía de Rand al'Thor y también del *Car'a'carn*. Empero, no hizo intención de soltarse, cosa que él agradeció. No sólo era agradable tenerla apretada contra la espalda, sino que también era bienvenido el punto de apoyo que le daba. Cuando la tenía aupada a mitad de camino de la silla, no estuvo seguro de si conseguiría subirla del todo o sería él el que acabaría cayendo. Confiaba en que ella no lo hubiese notado. Y confiaba en que no fuera ésa la razón por la que lo sujetaba tan prietamente.

El estandarte carmesí con el gran símbolo blanco y negro ondeaba tras Pevin mientras bajaban la colina en zigzag y avanzaban por los sinuosos valles. Como siempre, los Aiel apenas prestaron atención al grupo mientras pasaba, aunque el estandarte señalaba su presencia tanto como el anillo de escolta de varios centenares de *Far Dareis Mai*, que mantenían fácilmente el paso de *Jeade'en* y las mulas. Los Aiel continuaron con sus ocupaciones entre las tiendas que cubrían las laderas, como mucho levantando brevemente la vista al oír el ruido de los cascos.

Lo había sorprendido la noticia de que se habían tomado casi veinte mil prisioneros entre los seguidores de Couladin —hasta que salió de Dos Ríos nunca había creído que hubiese tanta gente en un solo sitio—, pero verlos fue un impacto mucho mayor. En grupos de cuarenta o cincuenta, salpicaban las laderas de las colinas como una plantación de coles, sentados en el suelo, desnudos hombres y mujeres por igual, cada grupo sólo bajo la vigilancia de un *gai'shain* si es que había alguien. Ciertamente, nadie les prestaba mucha atención, aunque de vez en cuando un hombre o una mujer vestido con *cadin'sor* se acercaba a uno de los grupos y enviaba a un hombre o a una mujer con algún encargo. Quienquiera que fuese elegido salía corriendo, sin vigilantes, y Rand vio a varios que regresaban para ocupar de nuevo su sitio. En cuanto al resto, se limitaban a permanecer sentados en silencio, casi con aire aburrido, como si no tuviesen razón para estar en cualquier otra parte ni deseos de estarlo.

En estas circunstancias habrían podido ponerse las ropas de *gai'shain*. No obstante, Rand no pudo evitar recordar la facilidad con que esta misma gente había violado ya sus propias costumbres y leyes. Era Couladin quien había empezado a violarlas u ordenarles que lo hicieran, pero ellos lo habían

Librodot

seguido y obedecido.

Frunció el entrecejo al observar a los prisioneros —veinte mil y aún faltaban por llegar más; desde luego él jamás se fiaría de que ninguno de ellos cumpliera con el compromiso como *gai'shain*— y le costó unos segundos reparar en algo chocante en los otros Aiel. Las Doncellas y los guerreros que manejaban las lanzas nunca llevaban en la cabeza nada excepto el *shoufa*, y jamás de un color que no se confundiera con el entorno, pero ahora veía hombres con estrechas cintas escarlatas ceñidas a la frente. Calculó que uno de cada cuatro o cinco llevaba esa cinta de tela ceñida a las sienes, con un disco bordado o pintado encima del entrecejo en el que se unían dos lágrimas, negra y blanca. Y tal vez lo más raro de todo era que los *gai'shain* también la llevaban; la mayoría iba con la capucha echada, pero todos los que tenían la cabeza descubierta llevaban puesta una. Y los *algai'd'siswai*, vestidos con el *cadin'sor*, veían tal cosa y no hacían nada al respecto, llevaran o no la banda. Los *gai'shain* jamás podían ponerse nada que formara parte del atuendo de los que podían tocar las armas. Nunca.

—No lo sé —fue la escueta respuesta de Aviendha cuando le preguntó qué significaba aquello. Rand trató de sentarse más erguido; en verdad parecía estar sujetándolo más estrechamente de lo necesario—. Bair me amenazó con darme una buena tunda si volvía a mencionarlo, y Sorilea me atizó un golpe en los hombros con un palo, pero creo que son los que dicen llamarse *siswai'aman*.

Rand abrió la boca para inquirir cuál era el significado de ese término —sabía unas cuantas palabras del la Antigua Lengua, nada más— cuando la interpretación afloró a su mente por sí misma. *Siswai'aman*, literalmente, «la lanza del Dragón».

—A veces —rió Asmodean— es difícil apreciar la diferencia entre uno mismo y el enemigo. Ellos quieren poseer el mundo, pero por lo visto tú ya posees tu propio pueblo.

Rand volvió la cabeza hacia él y lo miró fijamente hasta que se borró todo rastro de alborozo en el hombre, quien se encogió de hombros con nerviosismo y dejó que su mula se quedara más atrás, junto a Pevin y el estandarte. El problema radicaba en que el significado apuntaba —más que apuntar— posesión; eso también procedía de los recuerdos de Therin. Parecía algo imposible poseer personas; pero, si era posible, él no quería ser su dueño. «Lo único que quiero es utilizarlos», pensó con amargo sarcasmo.

—Por lo que veo tú no lo crees —dijo por encima del hombro a Aviendha. Ninguna de las Doncellas se había puesto la condenada cinta.

La joven vaciló antes de responder.

—No sé qué creer. —Habló tan bajo como antes, pero a pesar de ello su tono sonaba irritado e inseguro—. Hay muchas creencias, y las Sabias guardan silencio a menudo, como si ignorasen la verdad. Algunos afirman que siguiéndote expiamos el pecado de nuestros antepasados por... por fallarles a las Aes Sedai.

Su voz entrecortada lo impresionó; nunca se había planteado que a Aviendha le preocupara tanto como a cualquier otro Aiel lo que les había revelado sobre su pasado. Avergonzar sería un término más adecuado que preocupar; la vergüenza era una parte importante del *ji'e'toh*. Se avergonzaban de lo que habían sido —seguidores de la Filosofía de la Hoja— y al mismo tiempo se avergonzaban de haber abandonado su compromiso con ella.

—A estas alturas hay demasiados que han oído versiones de una parte

Librodot

de la Profecía de Rhuidean —continuó la joven con un timbre más controlado, como si ella no hubiese ignorado por completo la existencia de la dichosa profecía antes de iniciar su preparación para convertirse en Sabia—, pero están tergiversadas. Saben que nos destruirás... —Su supuesto control flaqueó lo que tardó en hacer una profunda inhalación—. Pero muchos creen que nos matarás a todos en interminables danzas con las lanzas, como un sacrificio para expiar el pecado. Otros creen que el marasmo en sí es una prueba, una criba para apartar a todos los que no sean lo bastante duros antes de la Última Batalla. Incluso he oído decir a algunos que los Aiel son ahora tu sueño, y que cuando despiertes de esta vida dejaremos de existir.

Una sombría serie de creencias, aquélla. Mal asunto haberles revelado un pasado que veían vergonzante. Era un milagro que no lo hubiesen abandonado todos. O que no se hubieran vuelto locos.

—¿Y qué es lo que piensan la Sabias? —preguntó en un tono tan quedo como el de ella.

—Que lo que ha de ser, será. Salvaremos lo que pueda salvarse, Rand al'Thor. No esperamos hacer nada más.

Esperamos. Se incluía entre las Sabias, igual que Egwene y Elayne se incluían entre las Aes Sedai.

—Bien —repuso con tono ligero—, imagino que Sorilea cree que como poco habría que darme de bofetadas. Y probablemente Bair lo piensa también. Y ni que decir tiene que Melaine.

—Entre otras cosas —masculló. Con gran decepción de Rand la muchacha se separó de él, aunque se mantuvo agarrada a la chaqueta—. Piensan muchas cosas que me gustaría que no pensaran.

Rand sonrió a despecho de sí mismo. Así que Aviendha no creía que necesitara unos buenos bofetones. La primera cosa agradable desde que se había despertado.

Las carretas de Hadnan Kadere se encontraban a un par de kilómetros de su tienda, colocadas en un círculo en una amplia depresión entre dos colinas, donde los Soldados de Piedra montaban guardia. El Amigo Siniestro llevaba una chaqueta de color cremoso, y alzó la vista mientras se enjugaba el sudor con el inevitable pañuelo grande cuando Rand pasó por allí con su estandarte y su escolta de corredoras. Moraine estaba con él, examinando la carreta donde el umbral *ter'angreal* iba atado y cubierto con lonas detrás del pescante. Ni siquiera volvió la vista hasta que Kadere le dijo algo; era obvio que éste le estaba sugiriendo que quizá quisiera acompañar a Rand. De hecho, parecía ansioso por que la Aes Sedai se marchara. Ciertamente tendría que felicitarse por haber conseguido ocultar durante tanto tiempo su condición de Amigo Siniestro, pero cuanto más tiempo pasara cerca de una Aes Sedai más probabilidades había de que lo descubrieran.

Realmente fue una sorpresa para Rand ver que el hombre seguía allí. Al menos la mitad de los carreteros que habían entrado en el Yermo con él se habían escabullido después de cruzar la Pared del Dragón, y hubo que reemplazarlos por refugiados cairhieninos elegidos por el propio Rand a fin de asegurarse de que no fueran de la calaña de Kadere. Todas las mañanas esperaba encontrarse con que el buhonero se había marchado, y más desde que Isendre había escapado. Las Doncellas casi habían desmontado las carretas para dar con ella, mientras Kadere empapaba tres pañuelos con sudor. Rand no lamentaría si el tipo se las ingeniaba para escabullirse una noche. Los centinelas Aiel tenían la orden de dejarlo marchar siempre y cuando no intentara llevarse los preciados carromatos de Moraine. Cada día

Librodot

se hacía más evidente que aquella carga era un tesoro para la Aes Sedai, y Rand estaba dispuesto a impedir que la perdiera.

Echó una ojeada por encima del hombro, pero Asmodean tenía la vista fija al frente, haciendo caso omiso de las carretas. El Renegado afirmaba no haber tenido contacto con Kadere desde que Rand lo había capturado, y éste era de la opinión que tal cosa podía ser verdad. Ciertamente el buhonero nunca se alejaba de la caravana y estaba a la vista de los centinelas en todo momento, salvo cuando se metía en su propio carromato.

Al otro lado de la caravana Rand casi sofrenó su caballo de manera inconsciente. Era muy probable que Moraine quisiera acompañarlo a Cairhien; le había llenado la cabeza de datos, pero siempre parecía que hubiese algo más que deseaba transmitirle, y esta vez precisamente a Rand le vendría bien contar con su presencia y su consejo. Sin embargo, la Aes Sedai se limitó a mirarlo durante unos instantes interminables y después se volvió hacia la carreta.

Fruncido el entrecejo, Rand taconeó al rodado para que continuara. No era mala cosa recordar que Moraine tenía otras ovejas que trasquilar aparte de las que él sabía. Se había vuelto muy confiado. Más le valía ser tan cauteloso con ella como lo era con Asmodean.

«No confíes en nadie», se exhortó amargamente para sus adentros. Por un instante no supo si la idea era suya o de Lews Therin, pero finalmente decidió que tanto daba. Todo el mundo tenía sus propias metas, sus propios deseos. Lo mejor era no confiar plenamente en nadie salvo en sí mismo. Empero, se preguntó hasta qué punto podía fiarse de sí mismo, con la presencia de otro hombre insinuándose en lo más recóndito de su mente.

Los buitres cubrían el cielo por encima de Cairhien en espirales superpuestas de negras alas. En el suelo aleteaban entre nubes de moscas, graznando roncamente a los relucientes cuervos que intentaban usurpar sus derechos sobre los cadáveres. Allí donde los Aiel recorrían los pelados cerros para recoger los cuerpos de sus muertos, las aves levantaban pesadamente el vuelo a la par que gritaban en protesta y después volvían a posarse en el suelo tan pronto como los humanos vivos se alejaban unos cuantos pasos. Buitres, cuervos y moscas juntos realmente no podrían ensombrecer la luz del día, pero ésa era la impresión que daba.

Sintiendo revuelto el estómago y procurando no mirar, Rand taloneó a *Jeade'en* para que trotara más deprisa hasta que Aviendha tuvo que pegarse de nuevo contra su espalda y las Doncellas acelerar el trote y convertirlo en carrera. Nadie protestó, y Rand no creía que se debiese únicamente a que los Aiel eran capaces de mantener esa velocidad durante horas. Incluso Asmodean parecía haber palidecido. La expresión de Pevin no varió, bien que el brillante estandarte que ondeaba tras él parecía una burla sórdida en ese lugar.

Lo que había más adelante no era mucho mejor. Rand recordaba extramuros como una bulliciosa colmena, un laberinto de callejas llenas de ruido y color. Ahora era una franja de cenizas amontonadas y silenciosas que rodeaba las murallas de Cairhien por tres de los cuatro lados. Vigas carbonizadas yacían al buen tuntún sobre los cimientos de piedra, y aquí y allí todavía se alzaba alguna chimenea, negra de hollín, que en ocasiones mantenía un precario equilibrio de puro ladeada que estaba. En algunos sitios aparecía una silla intacta tirada en la calle de tierra, o un hatillo que alguien había dejado caer en su precipitada huida, o una muñeca de trapo; todo ello hacía resaltar aun más la desolación.

La brisa agitaba los estandartes de las torres de la ciudad y a lo largo de las murallas: un dragón rojo y dorado sobre fondo blanco en unos sitios, y las Tres Lunas Crecientes de Tear, blancas sobre campo rojo y oro, en otros. El par central de las puertas de Jangai estaba abierto; el acceso era un conjunto de tres altos arcos cuadrados en la piedra gris guardados por soldados tearianos con sus característicos yelmos. Algunos montaban caballos, pero la mayoría estaban a pie, y las amplias mangas acuchilladas en diversos colores ponían de manifiesto que pertenecían a la guardia de varios lores.

Lo que quiera que se supiera en la ciudad respecto a haber ganado la batalla y a la llegada de Aiel en su ayuda, la visión de medio millar de *Far Dareis Mai* causó una pequeña conmoción. Las manos fueron con incertidumbre hacia las empuñaduras de las espadas o a las picas y los largos escudos o a las lanzas. Algunos de los soldados hicieron amago de querer cerrar las puertas mientras miraban a su oficial, que lucía tres plumas en el yelmo. Éste vaciló al tiempo que se erguía sobre los estribos y hacía visera con la mano para resguardar los ojos de la luz del sol a fin de examinar el estandarte carmesí. Y sobre todo a Rand.

De repente el oficial se sentó de nuevo mientras decía algo, con el resultado de que los otros dos tearianos montados regresaron a galope a través de las puertas. Casi de inmediato, el oficial hacía señas a los otros hombres para que se apartaran a la par que gritaba:

—¡Dejad paso al lord Dragón Rand al'Thor! ¡Que la Luz ilumine al lord Dragón! ¡Toda la gloria para el Dragón Renacido!

Los soldados parecían seguir inquietos por la presencia de las Doncellas, pero formaron en línea a ambos lados de las puertas e hicieron una profunda reverencia cuando Rand pasó ante ellos. Aviendha soltó un sonoro resoplido a su espalda, y otro más cuando él se echó a reír. La joven no entendía su regocijo, y Rand no tenía la menor intención de explicárselo. Lo que lo hacía reír era la convicción de que por mucho que los tearianos, los cairhieninos o cualesquiera otros hicieran para adularlo e hinchar su orgullo, él podía confiar al menos en Aviendha y en las Doncellas para que le bajasen los humos. Y en Egwene. Y en Moraine. Y en Elayne y Nynaeve, ya puestos, si es que volvía a verlas alguna vez. La verdad era que, pensándolo bien, todas ellas parecían haber hecho de eso una de las principales tareas de su vida.

La vista de la ciudad al otro lado de las puertas acalló su risa.

Las calles estaban pavimentadas, algunas lo bastante anchas para que cupieran doce o más carretas grandes en fondo; todas eran rectas como tajos de cuchillo y se cruzaban en ángulo recto. Los cerros que se alzaban fuera de las murallas estaban cortados y esculpidos en terrazas, con las laderas revestidas con piedra; por su aspecto habríase dicho que eran creaciones salidas de la mano del hombre tanto como los edificios con sus severas líneas rectas y sus ángulos, o las grandes torres con sus cúspides sin terminar y rodeadas de andamios. La gente abarrotaba avenidas y callejas, gentes con los ojos sin brillo y las mejillas hundidas, acurrucadas debajo de improvisadas chabolas o andrajosas mantas colocadas a modo de tiendas o simplemente apelotonadas a cielo raso, con las oscuras ropas preferidas por los cairhieninos habitantes de la ciudad o los llamativos colores de los que vivían en extramuros o atuendos de granjeros y pueblerinos. Hasta los andamios estaban ocupados, desde el primer nivel hasta el último, allí donde la altura empequeñecía a las personas. Sólo permaneció despejado el centro

Librodot

de las calles, por donde Rand y las Doncellas avanzaban, y eso únicamente hasta que la multitud lo vio y se acercó en tropel para arracimarse a su alrededor.

Fue la gente la que truncó su jovialidad. Aun estando mal nutrida, agotada, harapienta, apiñada como ovejas en un redil demasiado pequeño, lo aclamaba. Rand no tenía ni idea de cómo sabían quién era, a menos, claro está, que los gritos del oficial de las puertas se hubiesen oído, pero un clamor se levantaba más adelante a medida que avanzaba por las calles mientras las Doncellas le abrían paso entre la apiñada multitud. El vocerío ahogaba cualquier palabra excepto alguno que otro «lord Dragón» cuando eran muchos los que lo gritaban a la par, pero el significado era claro en los hombres y mujeres que sostenían niños en alto para que lo vieran pasar, en los pañuelos y trozos de tela agitándose en todas las ventanas, en las personas que intentaban colarse entre las Doncellas con las manos extendidas hacia él.

Ciertamente no temían a las Aiel ni los amedrentaba la oportunidad de poner aunque sólo fuera un dedo en las botas de Rand, y eran tan numerosos y tanta la presión ejercida por centenares de cuerpos que empujaban hacia adelante, que algunos conseguían abrirse paso hasta ellos. De hecho, muchos tocaron a Asmodean en lugar de a Rand —realmente tenía aspecto de lord con todas aquellas chorreras de encaje, y quizá pensaban que el lord Dragón tenía que ser un hombre de más edad que el joven de la chaqueta roja— pero eso no suponía ninguna diferencia. La alegría traslucía en el rostro de todo aquel que se las ingeniaba para poner la mano sobre la bota o el estribo de cualquiera de ellos, incluso de Pevin, y pronunciaba «lord Dragón» en medio del ensordecedor clamor aun cuando las Doncellas lo obligaban a retroceder con las adargas.

Entre las aclamaciones y los jinetes enviados por el oficial de las puertas, no fue una sorpresa cuando Meilan apareció con una escolta de una docena de nobles tearianos de menor raigambre, así como cincuenta Defensores de la Ciudadela que abrían paso usando el extremo romo de sus lanzas a diestro y siniestro. Con el canoso cabello, el porte esbelto realzado por la excelente chaqueta de seda con rayas y puños de satén verde, el Gran Señor montaba con la fácil apostura de quien ha aprendido a cabalgar y dominar un corcel casi antes de saber caminar. Hacía caso omiso del sudor que le humedecía el rostro tanto como de la posibilidad de que su escolta arrollara a alguien bajo los cascos de sus caballos. Lo uno y lo otro sólo constituían meros inconvenientes, y, probablemente, el más molesto de los dos era la transpiración.

Edorion, el joven noble de mejillas sonrosadas que había venido a Eianrod, se encontraba entre ellos, no tan relleno como estaba antes, de modo que la chaqueta de rayas rojas le colgaba floja. Rand sólo reconoció a otro más, un tipo de hombros anchos con el atuendo en tonalidades verdes; si no recordaba mal, Reimon había jugado a las cartas con Mat en la Ciudadela. Los demás eran hombres maduros en su mayor parte, y ninguno de ellos mostró más consideración por la multitud que Meilan mientras avanzaban hacia él. En el grupo no había un solo cairhienino.

Las Doncellas dejaron que Meilan pasara cuando Rand asintió con la cabeza, pero enseguida volvieron a cerrar filas para dejar fuera a los demás, algo que el Gran Señor no advirtió al principio. Cuando lo hizo, sus oscuros ojos centellearon iracundos. Meilan estaba casi siempre furioso, desde que Rand había pisado por primera vez la Ciudadela de Tear.

Librodot

El clamor empezó a disminuir con la llegada de los tearianos hasta quedar reducido a un apagado murmullo para cuando Meilan hizo una rígida reverencia a Rand desde su caballo. Su mirada se desvió fugazmente hacia Aviendha antes de decidir pasarla por alto como si no existiese, del mismo modo que hacía con las Doncellas.

—Que la Luz os ilumine, mi señor Dragón. Sed bienvenido a Cairhien. He de disculparme por los campesinos, pero ignoraba que tuvieseis intención de entrar en la ciudad ahora. De haberlo sabido, se habrían despejado las calles de esta chusma. Me proponía daros una grandiosa bienvenida, como corresponde al Dragón Renacido.

—La he tenido —repuso Rand, y el otro hombre pestañeó.

—Como vos digáis, mi señor Dragón —manifestó al cabo de un momento, pero su tono traslucía que no lo había entendido—. Si gustáis acompañarme al Palacio Real, os he preparado una pequeña recepción. Muy pequeña, me temo, puesto que no estaba enterado de vuestra llegada, aunque para esta noche me ocuparé de…

—Lo que quiera que hayáis preparado para ahora será suficiente —lo interrumpió Rand, y por respuesta obtuvo otra reverencia y una fina y untuosa sonrisa.

Ahora el tipo era todo servilismo, y dentro de una hora le estaría hablando como si fuera una persona de cortos alcances que no entendía los hechos que tenía ante sus narices, pero bajo todo ello yacía un desprecio y un odio que él creía que Rand no advertía a pesar de reflejarse claramente en sus ojos. Desprecio porque Rand no era un lord —realmente no, a entender de Meilan, porque no lo era de nacimiento— y odio porque en sus manos había tenido poder sobre la vida y la muerte antes de que Rand llegara. Creer que las Profecías del Dragón se cumplirían algún día era una cosa, y otra muy distinta que el propio poder se viera menguado por tal motivo.

Se produjo un momento de confusión antes de que Rand indicase a Sulin que permitiera a los otros lores tearianos pasar con sus caballos y situarse detrás de Asmodean y del estandarte enarbolado por Pevin. De ser por Meilan habría utilizado otra vez a los Defensores de la Ciudadela para despejar el camino, pero Rand ordenó, categórico, que se integraran en el cortejo detrás de las Doncellas. Los soldados obedecieron, los rostros impasibles bajo las viseras de los yelmos, aunque el oficial sacudió la cabeza y el Gran Señor sonrió con aire prepotente. Aquella sonrisa se desvaneció cuando se hizo evidente que la muchedumbre se apartaba fácilmente al paso de las Doncellas, quienes no tenían que repartir golpes para abrirse camino; el teariano lo atribuyó a la reputación de salvajismo que tenían los Aiel, y frunció el ceño cuando Rand no respondió a su comentario. Hubo algo de lo que sí tomó nota Rand: ahora que los tearianos iban con él, no volvieron a lanzarse aclamaciones.

El Palacio Real de Cairhien ocupaba completamente el cerro más alto de la ciudad, situado en su mismo centro; era una construcción cuadrada, oscura e imponente. A decir verdad, con todos esos niveles y cortes en terrazas revestidas de piedra resultaba difícil distinguir que hubiese en realidad un cerro. Arcadas elevadas y ventanales altos y estrechos, muy por encima del suelo, hacían tan poco para aliviar la rigidez de líneas como las grises torres escalonadas levantadas con precisión en cuadrados concéntricos de creciente altura. La calle daba paso a una larga y ancha rampa que conducía a unas grandes puertas de bronce y a un enorme patio

Librodot

cuadrado que había detrás, en el que filas de soldados tearianos en formación aguardaban firmes como estatuas, con las picas inclinadas. Había más en las balconadas de piedra que se asomaban al patio.

Un murmullo pasó por las filas de soldados al aparecer las Doncellas, pero quedó ahogado enseguida con los gritos entonados de «¡Gloria al Dragón Renacido! ¡Gloria al lord Dragón y a Tear! ¡Gloria al lord Dragón y al Gran Señor Meilan!». Por la expresión de este último, habríase dicho que todo aquello era espontáneo.

Sirvientes con uniformes oscuros, los primeros cairhieninos que Rand veía dentro de palacio, salieron apresuradamente con palanganas doradas y blancas toallas de lino mientras Rand pasaba la pierna por encima de la alta perilla del fuste de la silla y desmontaba. Otros sirvientes acudieron a encargarse de las riendas. Se valió de la excusa de lavarse la cara y las manos con agua fresca para dejar que Aviendha desmontara por sí misma. Intentar ayudarla a bajar podría muy bien haber acabado con los dos despatarrados en el empedrado del suelo.

Sin necesitar que se lo ordenara, Sulin eligió a veinte Doncellas además de ella para acompañarlo al interior. Por un lado, Rand se alegró de que la Aiel no intentara mantener hasta la última lanza a su alrededor. Por otro lado, deseó que Enaila, Lamelle y Somara no hubiesen estado entre las veinte escogidas. Las atentas miradas que le dedicaban —sobre todo Lamelle, una mujer delgada, de mandíbula firme, con el cabello rojo oscuro y casi veinte años mayor que él— le hicieron rechinar los dientes. De algún modo Aviendha tenía que habérselas arreglado para hablar con ellas y con Sulin a su espalda. «Tal vez no pueda hacer nada respecto a las Doncellas —pensó, sombrío, mientras echaba la toalla de lino a uno de los sirvientes—, ¡pero que me abrase si queda una sola Aiel a la que no deje bien claro que soy el *Car'a'carn*!»

Los otros Grandes Señores lo recibieron al pie de la amplia escalinata gris que subía desde el patio, todos ellos ataviados con chaquetas de seda en fuertes colores, con franjas satinadas y botas trabajadas con adornos de plata. Saltaba a la vista que ninguno de ellos sabía que Meilan había salido a buscarlo hasta que ya estaba todo hecho. Torean, con su basta cara de patata y un extraño aire lánguido en un hombre de aspecto tan tosco, aspiró con nerviosismo el pañuelo perfumado. Gueyam, la barba ungida con aceites que hacía resaltar más aun su calvicie, apretaba los puños, del tamaño de jamones pequeños, y asestaba una mirada furibunda a Meilan incluso mientras hacía una reverencia a Rand. La afilada nariz de Simaan temblaba de indignación; Maraconn, cuyos ojos de color azul eran poco corrientes en Tear, tenía los finos labios tan apretados que casi le habían desaparecido; y, aunque la estrecha cara de Hearne era toda sonrisas, el hombre se daba tirones inconscientemente del lóbulo de una oreja, gesto habitual en él cuando estaba furioso. Sólo Aracome, esbelto como un sable, no traslucía emoción alguna; claro que este hombre sabía disimular la ira hasta que estaba a punto de estallar.

Era una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla. Agradeciendo para sus adentros a Moraine todo lo que le había enseñado —era más fácil hacer tropezar a un necio que derribarlo de un golpe, decía la Aes Sedai— Rand estrechó afectuosamente la regordeta mano de Torean, palmeó a Gueyam en el fornido hombro, devolvió la sonrisa a Hearne con otra tan cálida como si se la dedicara a un amigo íntimo, y saludó con un breve cabeceo a Aracome a la par que le lanzaba una intensa y,

aparentemente, significativa mirada. A Simaan y Maraconn no les hizo más caso que una breve e impasible ojeada a cada uno, tan fría como un estanque en pleno invierno.

De momento no hacía falta más, aparte de observar cómo movían los ojos y los rostros se ponían tensos mientras le daban vueltas al asunto. Habían participado en el *Da'es Daemar*, el Juego de las Casas, a lo largo de toda su vida, y el estar entre cairhieninos, que hacían mil cábalas por el simple gesto de enarcar una ceja o de toser, había agudizado su susceptibilidad. Cada uno de ellos sabía que Rand no tenía motivo para mostrarse amistoso con él, pero cada cual se estaría preguntando si no lo habría saludado así a él para ocultar algo real con cualquier otro. Los que parecían más preocupados eran Simaan y Maraconn, pero los restantes observaban a esos dos quizás abrigando más sospechas que con los demás. Tal vez la frialdad demostrada había sido la verdadera tapadera. O quizás era eso precisamente lo que se intentaba que pensaran.

Rand se dijo que Moraine se sentiría orgullosa de él, y también Thom Merrilin. Aun en el caso de que ninguno de estos siete estuviera tramando nada contra él en la actualidad —cosa que jamás creería aunque Mat apostara por ello— los hombres de su posición podían hacer mucho para echar a perder sus planes sin verse implicados, y lo harían aunque sólo fuese por la fuerza de la costumbre aunque no hubiese otra razón. O lo habrían hecho. Ahora los había cogido por sorpresa y los tenía desconcertados. Si era capaz de mantenerlos en ese estado, estarían demasiado ocupados vigilándose entre sí para crearle problemas a él. Puede que incluso obedecieran, para variar, sin encontrar cien razones para que las cosas se hiciesen de un modo distinto del que él quería. En fin, eso sería mucho pedir.

Su satisfacción se desvaneció al advertir la mueca sarcástica de Asmodean. Y peor fue la interrogante mirada de Aviendha. Ella había estado en la Ciudadela de Tear, sabía quiénes eran estos hombres y por qué los había mandado allí. «Hago lo que debo», pensó amargamente, y habría deseado que no sonara como si quisiera disculparse.

—Entremos —dijo con un timbre más cortante de lo que pretendía, y los siete Grandes Señores dieron un brinco como si de repente hubiesen recordado quién y qué era él.

Trataron de arremolinarse a su alrededor mientras remontaba la escalinata, pero salvo Meilan, que le indicaba el camino, las Doncellas simplemente formaron un sólido cerco en torno a Rand, y los Grandes Señores tuvieron que ponerse detrás con Asmodean y los nobles de segunda fila. Aviendha se mantuvo cerca, por supuesto, y Sulin iba al otro lado, con Somara, Lamelle y Enaila pisándole los talones. Sólo con alzar el brazo habrían podido tocarle la espalda, sin necesidad de estirarlo. Rand asestó a Aviendha una mirada acusadora, y la joven enarcó las cejas en una expresión tan interrogante que él casi creyó que no tenía nada que ver. Sólo casi.

Los pasillos del palacio estaban desiertos a excepción de los uniformados sirvientes que hacían exageradas reverencias a su paso, pero cuando entró en el Gran Salón del Sol comprobó que la nobleza cairhienina no había sido excluida completamente de la corte.

—Llega el Dragón Renacido —anunció un hombre de cabello blanco que se encontraba al otro lado de las enormes puertas doradas con el Sol Naciente cincelado en ellas. Su chaqueta roja con las estrellas de seis puntas

Librodot

bordadas en azul, que le quedaba un poco grande tras su estancia en Cairhien, lo señalaba con un sirviente de alto rango de la casa de Meilan—. ¡Salve, lord Dragón Rand al'Thor! ¡Honor y gloria al lord Dragón!

Se alzó un clamor en la cámara que resonó en la bóveda en ángulo del techo, quince metros más arriba:

—¡Salve, lord Dragón Rand al'Thor! ¡Honor y gloria al lord Dragón!

En comparación, el silencio que siguió pareció mucho más intenso. Entre las inmensas columnas cuadradas de mármol, veteadas en un tono azul tan oscuro que casi parecía negro, había muchos más tearianos de lo que Rand esperaba, filas de Señores y Señoras de la Tierra ataviados con sus mejores atuendos: sombreros picudos de terciopelo y chaquetas de mangas abullonadas y rayadas ellos; vestidos de vivos colores con gorgueras de encaje y minúsculos casquetes trabajados con complejos bordados o recamados de perlas o pequeñas gemas ellas.

Detrás de los tearianos estaban los cairhieninos, vestidos en tonos oscuros excepto por los acuchillados de color que cruzaban la pechera de los vestidos o de las largas casacas. Cuantos más acuchillados con los colores de las casas, más alto el rango de quien los llevaba, pero tanto hombres como mujeres que lucían franjas desde el cuello hasta la cintura o más abajo estaban detrás de tearianos que claramente pertenecían a casas de segunda fila, con bordados en hilo dorado en vez de hilo de oro, y paño de lana en lugar de seda. No eran pocos los hombres cairhieninos que se habían afeitado y empolvado la parte delantera de la cabeza; todos los jóvenes la llevaban de tal guisa.

Los tearianos se mostraban expectantes aunque intranquilos; los rostros cairhieninos parecían estar tallados en hielo. Imposible saber quiénes habían aclamado y quiénes no, pero Rand sospechaba que la mayoría de las salutaciones se habían producido en las filas delanteras.

—Son muchos los que desean serviros aquí —murmuró Meilan mientras cruzaban por el suelo de baldosas azules con el gran mosaico del Sol Naciente. Las reverencias e inclinaciones de cabezas se sucedieron a su paso.

Rand se limitó a responder con un gruñido. ¿Que deseaban servirle? No necesitaba a Moraine para saber que estos nobles de segunda fila confiaban en hacerse más grandes merced a los predios y feudos desgajados de Cairhien. Sin duda Meilan y los otros seis Grandes Señores ya habían insinuado, si no prometido, qué tierras pertenecerían a quién.

Al otro extremo del Gran Salón, el Trono del Sol se alzaba en el centro de una amplia plataforma en gradas de mármol azul oscuro. Incluso aquí la sobriedad cairhienina se mantenía, considerando que era un trono. El gran sillón de robustos reposabrazos relucía con dorados y seda, pero de algún modo daba la impresión de ser todo él simples líneas verticales, a excepción del radiante Sol Naciente que quedaría sobre la cabeza de quienquiera que se sentara en él.

Y ese quién se suponía que era él, comprendió Rand mucho antes de llegar a los siete peldaños que conducían a lo alto de la plataforma. Aviendha los subió con él, y Asmodean, en su condición de bardo del lord Dragón, también los remontó, pero Sulin se apresuró a situar a las otras Doncellas alrededor de la base de la plataforma, quienes sostuvieron las lanzas de manera que cortaron el paso a Meilan y al resto de los Grandes Señores. La frustración se pintó en aquellos semblantes tearianos. El silencio reinante en el Gran Salón era tan profundo que Rand podía oír su propia respiración.

Librodot

—Esto pertenece a otra persona —dijo finalmente—. Además, he pasado demasiado tiempo sobre la silla de montar para sentirme a gusto en un asiento tan duro. Traedme algo más cómodo.

Hubo un momento de estupefacto silencio antes de que un murmullo recorriera la cámara. La expresión de Meilan se tornó de repente tan calculadora —aunque rápidamente la ocultó— que Rand estuvo a punto de reír. Era muy probable que Asmodean tuviera razón respecto a este hombre. El propio Renegado observaba a Rand con un gesto insinuante apenas velado.

Pasaron varios minutos antes de que el tipo de la chaqueta con estrellas bordadas regresara, jadeante, y subiera a la plataforma seguido de dos sirvientes cairhieninos uniformados que cargaban con un sillón de respaldo alto, con montones de mullidos cojines de seda, y les indicara dónde colocarlo mientras lanzaba constantes ojeadas inquietas a Rand. Unas líneas verticales doradas recorrían las sólidas patas y el respaldo del sillón, pero su aspecto resultaba insignificante junto al Trono del Sol.

Mientras los tres sirvientes se retiraban haciendo reverencias sin parar, doblándose por la cintura a cada paso, Rand tiró a un lado la mayor parte de los cojines y se sentó agradecido; colocó sobre sus rodillas el fragmento de lanza seanchan, pero tuvo buen cuidado de no suspirar. Aviendha lo estaba observando atentamente por si advertía en él algún gesto de debilidad, y el modo en que los ojos de Somara iban de la joven a él alternativamente confirmó sus sospechas.

Sin embargo, fueran cuales fueran los problemas que tenía con Aviendha y las *Far Dareis Mai*, los presentes en la sala aguardaban sus palabras con ansiedad e inquietud a partes iguales. «Al menos saltarán si digo "rana"», pensó. Puede que no les gustase, pero lo harían.

Con la ayuda de Moraine había urdido lo que debía hacer allí. Algunas cosas sabía de antemano que eran correctas sin que ella se las sugiriese, pero habría sido conveniente tenerla a su lado para que le aconsejara al oído cuando fuera necesario, en vez de tener a Aviendha dispuesta a hacer una seña a Somara, pero no tenía sentido alargar más el momento. A buen seguro que toda la nobleza teariana y cairhienina instalada en la ciudad se encontraba presente en la sala.

—¿Por qué se han quedado detrás los cairhieninos? —inquirió en voz alta, y la multitud de nobles rebulló al tiempo que se intercambiaban miradas desconcertadas—. Los tearianos vinieron para prestar ayuda, pero eso no es razón para que los cairhieninos se queden relegados en las filas posteriores. Que todos los presentes se coloquen conforme al rango. Todos.

Habría resultado difícil decir cuál de los dos grupos, tearianos y cairhieninos, estaba más estupefacto, si bien Meilan parecía a punto de tragarse la lengua, y los otros seis Grandes Señores no le andaban muy a la zaga. Incluso el flemático Aracome se había quedado pálido. En medio de mucho arrastrar de pies y apartar a un lado las faldas y numerosas miradas gélidas por parte de ambos grupos, los asistentes se colocaron como Rand había requerido, hasta que en primera fila sólo hubo hombres y mujeres con franjas de colores a través de las pecheras, y en la segunda, sólo unos pocos tearianos entre cairhieninos. A Meilan y sus iguales se les habían unido al pie de la plataforma lores y ladis cairhieninos en un número que duplicaba el suyo, la mayoría de los cuales peinaban canas, y todos lucían franjas de colores desde el cuello hasta casi las rodillas; aunque el término «unírseles» no era el apropiado. Formaban dos grupos separados por un trecho de tres

Librodot

pasos, y evitaban mirarse entre sí con tal empeño que tanto habría dado si hubiese agitado los puños y la hubiesen emprendido a gritos. Todas las miradas estaban prendidas en Rand, y si las de los tearianos traslucían cólera, las de los cairhieninos seguían siendo gélidas, con sólo atisbos de deshielo en el modo conjeturador con que lo estudiaban.

—Me he fijado en los estandartes que ondean sobre Cairhien —prosiguió cuando dejaron de moverse—. Está bien que flameen tantas Lunas Crecientes de Tear. Sin el grano tearianо, la gente de esta ciudad no habría vivido para izar ninguna bandera. Y, sin las espadas tearianas, la gente de esta ciudad que hubiese sobrevivido hasta hoy, tanto nobles como plebeyos, estaría aprendiendo a obedecer a los Shaido. Tear es digna de elogio. —Aquello hizo que los tearianos se hincharan de orgullo, naturalmente, y provocó feroces cabeceos de asentimiento y aun más feroces sonrisas, aunque ciertamente pareció desconcertar a los Grandes Señores. En realidad, los cairhieninos que estaban al pie de la plataforma se miraban entre sí con incertidumbre—. Pero yo no necesito tantos estandartes en mi honor. Dejad una sola enseña del Dragón en la torre más alta de la ciudad para que así todos cuantos se aproximen la vean, pero quitad las demás y reemplazadlas por las de Cairhien. Estamos en Cairhien, y el Sol Naciente debe ondear, y ondeará, orgullosamente. Cairhien tiene su propio honor, y lo conservará.

La sala estalló en un clamor tan repentino que las Doncellas enarbolaron las lanzas, un clamor que reverberó en paredes y techo. Un instante después Sulin se dirigía a las Doncellas con el rápido lenguaje de señas, y los velos a medio alzar se dejaron caer de nuevo. Los nobles cairhieninos aclamaban con tanto entusiasmo como lo había hecho el pueblo llano en las calles, brincando y agitando los brazos como cualquier habitante de extramuros en plena fiesta. En medio del pandemónium les llegó el turno a los tearianos de intercambiar miradas silenciosas. No parecían enfadados. Incluso Meilan tenía un aire inseguro más que cualquier otra cosa, aunque, al igual que Torean y los demás, contemplaba con estupefacción a los lores y ladis de alto rango que había a su alrededor, tan fríos y dignos unos segundos antes, y ahora danzando y aclamando al lord Dragón.

Rand ignoraba cómo había interpretado cualquiera de ellos sus palabras. Ciertamente había esperado que leyesen entre líneas lo que había dicho, en especial los cairhieninos, y tal vez incluso que algunos comprenderían lo que realmente quería dar a entender, pero no estaba preparado para tal despliegue de entusiasmo. El carácter reservado cairhienino era un rasgo peculiar —¡si lo sabría él!—, que a veces se mezclaba con una obstinación inesperada. Moraine se había mostrado reticente en ese tema a pesar de su insistencia en tratar de enseñarle cuanto pudiera; todo lo más que había llegado a comentar fue que si esa circunspección se rompía quizá lo hiciera hasta un grado sorprendente. Y tanto que sí.

Cuando cesaron finalmente las aclamaciones, empezaron los juramentos de lealtad. Meilan fue el primero en hincar la rodilla en el suelo, el semblante tenso mientras juraba por la Luz y su esperanza de salvación y renacimiento servir fielmente y obedecer; era una antigua fórmula, y Rand confió en que obligara a algunos a guardar el juramento. Después de que Meilan hubo besado la punta del fragmento de lanza seanchan, tratando de disimular una mueca amarga atusándose la barba, ocupó su lugar lady Colavaere. Era una mujer madura muy hermosa, con los puños de oscuras

puntillas cayendo sobre las manos que colocó entre las de Rand, y franjas horizontales de colores desde la gola de encaje hasta las rodillas; prestó juramento con una voz clara y firme y aquel timbre musical al que Rand estaba acostumbrado a fuerza de oírlo en Moraine. También en sus oscuros ojos había algo de esa mirada evaluativa de la Aes Sedai, en especial cuando la volvió hacia Aviendha mientras hacía una reverencia y descendía las gradas de la plataforma. Torean la reemplazó, sudando a mares conforme prestaba juramento, y a él lo reemplazó lord Dobraine, con una mirada penetrante en sus ojos hundidos, uno de los pocos hombres mayores que se había afeitado la parte delantera de su largo y muy canoso cabello; después fue el turno de Aracome; y luego...

Rand notó crecer su impaciencia a medida que el desfile de nobles se sucedía y se presentaban de uno en uno para arrodillarse ante él, un cairhienino a continuación de un teariano, que a su vez había reemplazado a otro cairhienino, tal como lo había ordenado. Todo esto era necesario, a decir de Moraine —y así lo confirmó una voz dentro de su cabeza que sabía era la de Lews Therin— pero para él sólo significaba más retraso. Debía tener su lealtad, aunque sólo fuera en apariencia, a fin de empezar a consolidar su posición en Cairhien, y al menos ese comienzo debía llevarlo a cabo antes de ocuparse de Sammael. «¡Y me ocuparé de él! ¡Todavía me queda mucho por hacer para dejarle que siga pinchándome los talones desde los matorrales! ¡Va a enterarse de lo que implica provocar al Dragón!»

No comprendía por qué los que se arrodillaban ante él empezaban a sudar y a lamerse los labios mientras pronunciaban, entre balbuceos, las palabras del juramento de lealtad. Claro que él no veía la fría luz que ardía en sus propios ojos.

Librodot

CAPÍTULO 19

El precio de un barco

Acabadas las abluciones matinales, Nynaeve se secó con la toalla y, de mala gana, se puso una camisola limpia de seda. La seda no era tan fresca como el lino, y, aunque el sol acababa de salir, el calor dentro del carromato presagiaba que tendrían otro día sofocante. Además de lo cual, la prenda estaba cortada del tal modo que la mujer temía que se le deslizara y cayera alrededor de los tobillos si respiraba mal. Al menos no estaba húmeda con la transpiración de la noche, como lo estaba la que había desechado.

Unos sueños inquietantes no la habían dejado descansar, sueños de Moghedien de los que despertaba tan sobresaltada que se incorporaba en la cama bruscamente. Y ésos no eran tan malos como aquellos en los que no se despertaba: sueños de Birgitte disparándole flechas, pero a ella, no al tablón, sin fallar; sueños de los seguidores del Profeta entrando a saco en el recinto del espectáculo; de quedarse atascadas en Samara para siempre porque no llegaba ninguna embarcación; de llegar a Salidar y encontrar que Elaida estaba al mando. O de nuevo Moghedien, que estaba allí también. De este último había despertado sollozando.

Todo, naturalmente, se debía a las preocupaciones y era lógico. Tres noches acampados allí sin que apareciera un barco; tres días sofocantes de estar plantada de pie, con los ojos vendados, contra el condenado tablón. Eso solo bastaba para ponerle de punta los nervios a cualquiera aun sin contar con la inquietud de no saber si Moghedien se dirigía o no hacia allí. Claro que el que la mujer supiera que viajaban con un espectáculo ambulante no significaba que las buscara precisamente en Samara. Había más espectáculos ambulantes en el mundo aparte de los que se habían reunido en esa ciudad. Sin embargo, buscar razones para no estar preocupada era más fácil que no preocuparse.

«Pero ¿por qué estoy inquieta por Egwene?» Sumergió una ramita machacada en un pequeño plato con sal y soda que había en el lavabo y empezó a frotarse enérgicamente los dientes. Egwene había aparecido de repente en casi todos sus sueños, gritándole y regañándola, pero no entendía cómo encajaba la muchacha en ellos.

A decir verdad, la ansiedad y la falta de sueño sólo eran responsables en parte del pésimo humor que tenía aquella mañana. Los otros motivos eran minucias, pero muy reales. Una china en el zapato no era apenas nada si se comparaba con que a uno le cortasen la cabeza, pero si la incordiante china sí estaba en el zapato y el tajo del verdugo sólo era una remota probabilidad...

Era imposible no mirar su propia imagen y su cabello suelto sobre los hombros en lugar de estar decentemente trenzado. Por mucho que se lo cepillase el descarado tono pelirrojo no desaparecería. Y sabía de sobra que había un vestido azul sobre la cama, a su espalda, de un azul tan chillón que haría pestañear incluso a una gitana, y con un escote tan exagerado como el del primer atuendo rojo que estaba colgado en una clavija. Ésa era

la razón de que llevase puesta esta camisola que se sostenía tan precariamente. Un vestido así no era bastante, al menos en opinión de Valan Luca, de modo que Clarine trabajaba a marchas forzadas en otro par a juego de un color amarillo rabioso, y se había comentado algo sobre rayas. Nynaeve no quería saber nada de rayas.

«Al menos ese hombre podría dejarme elegir los colores», pensó mientras frotaba enérgicamente con la ramita machacada. O Clarine. Pero no, Luca tenía sus ideas y nunca consultaba. En ocasiones su elección de colores la hacía olvidar la línea de los escotes. «¡Debería tirárselo a la cara!» Pero sabía que no lo haría. Por otro lado, Birgitte se exhibía con aquellos vestidos sin el menor sonrojo. ¡Desde luego, la mujer no se parecía en nada a la heroína de las historias! Y no es que fuera a ponerse estos vestidos sin protestar sólo porque Birgitte lo hiciera. No competía con ella en ningún sentido. Sólo que...

—Si tienes que hacer algo, más te vale hacerte a la idea —gruñó sin sacarse la ramita de la boca.

—¿Qué has dicho? —preguntó Elayne—. Si vas a decir algo, por favor quítate eso de la boca. De otro modo el ruido es asqueroso.

Nynaeve se enjugó la barbilla y luego lanzó una mirada furibunda sobre el hombro. Elayne estaba sentada en su estrecho catre, con las piernas dobladas hacia un lado, y se trenzaba el cabello teñido de negro. Ya se había puesto las ajustadas calzas repletas de lentejuelas así como una camisa nívea de seda, con vuelos en el escote, que era excesivamente transparente. La blanca capa, también adornada con lentejuelas, descansaba a su lado. Blanca. También ella tenía dos trajes para actuar y un tercero estaba en confección, todos ellos blancos, aunque no exactamente lisos.

—Si vas a vestirte de ese modo, Elayne, no deberías sentarte así. Es indecente.

La joven se puso ceñuda, pero bajó los pies al suelo. Y alzó la barbilla con aquel aire altanero tan propio de ella.

—Creo que daré un paseo por la ciudad esta mañana —anunció fríamente, todavía trenzándose el cabello—. Me siento... encerrada en este carromato.

Nynaeve se aclaró la boca y escupió el agua en la palangana. Haciendo mucho ruido. Ciertamente el carromato daba la impresión de hacerse más y más pequeño con el paso de los días. A lo mejor no era necesario que estuvieran recluidas para dejarse ver lo menos posible —la idea había sido suya, y empezaba a lamentarlo— pero esto ya era ridículo. Tres días encerrada con Elayne salvo cuando tenían que actuar empezaban a parecerle tres semanas. O tres meses. Hasta ahora no se había dado cuenta de la lengua tan corrosiva que tenía Elayne. Tenía que llegar un barco. Cualquier clase de embarcación. Habría dado hasta la última moneda escondida en la chimenea de ladrillos, hasta la última joya, cualquier cosa, por disponer de un barco ese mismo día.

—Bueno, un paseo no llamará la atención, ¿verdad? Sin duda el ejercicio te vendrá bien. O tal vez sólo se deba a que esas calzas te aprietan demasiado las caderas.

Los azules ojos centellearon, pero la barbilla de Elayne permaneció erguida y su tono siguió siendo frío.

—Soñé con Egwene anoche, y entre la charla sobre Rand y Cairhien, porque a mí me preocupa lo que esté ocurriendo allí aunque a ti no, me comentó que te estabas volviendo una chillona verdulera. No es que opine

Librodot

igual, necesariamente. Yo habría utilizado el término «rabanera».

—¡Escúchame bien, pequeña marisabidilla maleducada! ¡Como no te...! —Todavía ceñuda, Nynaeve cerró la boca bruscamente y luego respiró lenta y profundamente. Con un gran esfuerzo consiguió que su voz sonara calmada cuando volvió a hablar—. ¿Que has soñado con Egwene? —Elayne asintió con un seco cabeceo—. ¿Y habló de Rand y de Cairhien?

La mujer más joven puso los ojos en blanco con exagerada exasperación y continuó haciéndose la trenza. Nynaeve se obligó a soltar el puñado de cabello rojo que apretaba entre sus dedos y rechazó la idea de enseñar a la heredera del trono de Andor una pequeña lección de modales. Como no apareciese pronto un barco...

—Si eres capaz de pensar en otra cosa que no sea cómo enseñar más las piernas de lo que ya lo estás haciendo ahora —continuó Nynaeve—, tal vez te interese saber que también estuvo en mis sueños. Dijo que Rand había logrado una gran victoria en Cairhien ayer.

—Puede que yo enseñe las piernas —bramó Elayne, con los pómulos enrojeciéndose de rabia—, pero al menos no llevo al aire los... ¿Que también has soñado con ella?

No tardaron mucho en cotejar notas, aunque Elayne siguió haciendo alarde de una lengua viperina. No era raro que soñaran con lo mismo; Nynaeve tenía buenas razones para gritar a Egwene, y Elayne seguramente había soñado con desfilar ante Rand con aquel traje de lentejuelas, si no con menos ropa; decírselo fue un simple acto de sinceridad, nada más. Aun así, enseguida se hizo patente que Egwene les había dicho lo mismo en ambos sueños, y aquello no dejaba lugar a la menor duda.

—No paraba de repetir que estaba realmente allí —murmuró la antigua Zahorí—, pero pensé que era parte del sueño. —Egwene les había comentado muy a menudo que tal cosa era posible, hablar con alguien en sus propios sueños, pero jamás insinuó que ella fuese capaz de hacerlo—. ¿Por qué iba a creerlo? Me refiero a que también dijo que finalmente había reconocido un trozo de lanza, que últimamente Rand lleva a todos sitios, como de procedencia seanchan, y eso es ridículo.

—Oh, sí, claro. —Elayne enarcó una ceja de un modo irritante—. Tan ridículo como toparnos con Cerandin y sus *s'redit*. Tiene que haber más refugiados seanchan, Nynaeve, y probablemente las lanzas sean lo menos importante que dejaron tras de sí.

¿Es que esta mujer no podía hablar sin soltar un aguijonazo?

—Ya me he dado cuenta de que tú comprendiste enseguida que no era un simple sueño —replicó con sorna.

Elayne se echó la coleta ya trenzada hacia atrás, por encima del hombro, y después sacudió subrepticiamente la cabeza otra vez, para calcular bien el movimiento.

—Espero que Rand se encuentre bien —dijo, y Nynaeve resopló; Egwene había dicho que el muchacho necesitaría varios días de descanso antes de poder levantarse, pero Moraine lo había curado. La otra mujer continuó—: Nadie le ha advertido que no debe prolongar en exceso el tiempo de contacto con el *Saidin*. ¿Es que ignora que el Poder podría matarlo si absorbe demasiado o lo maneja estando cansado? En ese aspecto, para él es igual que para nosotras.

De modo que su intención era cambiar de tema, ¿no?

—A lo mejor no lo sabe —respondió dulcemente Nynaeve—, puesto que no existe una Torre Blanca para hombres. —Aquello la hizo pensar en otra

cosa—. ¿De verdad crees que fue Sammael?

Cogida por sorpresa con una réplica en la punta de la lengua, Elayne la miró, furibunda, por el rabillo del ojo y después soltó un suspiro malhumorado.

—Eso no nos concierne directamente, ¿verdad? En lo que sí tendríamos que estar pensando es en utilizar el anillo otra vez. Y para algo más que reunirnos con Egwene. ¡Queda tanto que aprender! Cuanto más aprendo, más cuenta me doy de lo mucho que ignoro todavía.

—No. —Nynaeve no esperaba que la joven sacara el anillo *ter'angreal* en ese mismo momento, pero dio un paso hacia la chimenea de ladrillos de manera instintiva. Se acabaron las excursiones al *Tel'aran'rhiod* para cualquiera de nosotras dos, excepto para encontrarnos con ella.

—No necesitamos encauzar para hacerlo —prosiguió Elayne como si no la hubiese oído—. De ese modo no nos delatamos. —No miró a Nynaeve, pero en su voz había una nota mordaz. Sostenía que podían utilizar el Poder si actuaban con discreción, y Nynaeve sospechaba que eso era exactamente lo que la muchacha estaba haciendo a su espalda—. Apostaría a que si una de nosotras visitase el Corazón de la Ciudadela esta noche encontraría a Egwene esperando allí. Imagina, si pudiésemos hablar con ella en sus sueños ya no tendríamos que preocuparnos de un encuentro con Moghedien en el *Tel'aran'rhiod*.

—¿Es que crees que es tan fácil? —replicó secamente la antigua Zahorí—. Si tal fuese el caso, ¿piensas que no nos habría enseñado ya? ¿Y por qué no lo ha hecho hasta ahora?

Sus objeciones, empero, carecían de convicción. Era a ella a quien le preocupaba Moghedien. Elayne sabía que la mujer era peligrosa, pero era como saber que una víbora lo era; Elayne lo sabía, pero a ella la había mordido. Y poder comunicarse sin entrar en el Mundo de los Sueños sería muy ventajoso aparte de evitar a Moghedien. De todos modos, Elayne seguía sin prestarle atención.

—Me pregunto por qué insistiría tanto en que no se lo contáramos a nadie. No tiene sentido. —Se mordisqueó el labio inferior—. Hay otra razón para hablar con ella cuanto antes. En ese momento no le di importancia, pero la última vez que hablé con ella desapareció en mitad de una frase. Lo que he recordado ahora es que antes de desvanecerse de repente pareció sorprendida y asustada.

Nynaeve hizo una profunda respiración y se apretó el estómago con las manos en un vano intento de calmar el repentino nerviosismo que la atenazaba. No obstante, consiguió mantener la voz impasible.

—¿Moghedien?

—¡Luz, qué pensamientos tan agradables tienes! No. Si Moghedien pudiese entrar en nuestros sueños creo que a estas alturas lo sabríamos de sobra. —Elayne sufrió un escalofrío; sí que tenía una idea de lo peligrosa que era la Renegada—. En fin, no era esa clase de expresión. Estaba asustada, pero no tanto como para que se debiese a eso.

—Entonces, tal vez no estaba en peligro. Quizá... —Nynaeve se obligó a bajar las manos a los costados y apretó los labios con rabia. Sólo que no sabía con quién estaba enfadada.

Guardar el anillo para utilizarlo únicamente en las entrevistas con Egwene había sido una buena idea. Indudablemente. Aventurarse en el Mundo de los Sueños podía desembocar en un encuentro con Moghedien, y mantenerse alejadas de ella no sólo era una idea buena, sino excelente. Ella

ya sabía que la superaba, y saberlo la sacaba de quicio, más cada vez que lo pensaba, pero era la pura verdad.

Empero, ahora existía la posibilidad de que Egwene necesitara ayuda. Una probabilidad muy remota. Sólo porque se mostrara debidamente cautelosa respecto a Moghedien no significaba que subestimara dicha posibilidad. Y podría ser que Rand tuviese a uno de los Renegados acosándolo personalmente como Moghedien estaba tras Elayne y ella. La información dada por Egwene sobre lo ocurrido en las montañas y en Cairhien tenía todos los visos de ser la provocación de un hombre con ganas de pelea a otro por un quítame allá esas pajas, pero hacer algo al respecto no estaba en sus manos. Sin embargo, Egwene...

A veces Nynaeve tenía la sensación de que había olvidado la razón por la que había salido de Dos Ríos: proteger a unos jóvenes de su pueblo que habían caído en las redes de las Aes Sedai. No eran mucho más jóvenes que ella misma —sólo unos pocos años—, pero la diferencia parecía mucho mayor cuando se era la Zahorí del pueblo. Ni que decir tiene que el Círculo de Mujeres habría escogido otra Zahorí a estas alturas, pero no por ello dejaba de ser su pueblo ni ellos dejaban de ser su gente. Y, para ser sincera, en el fondo de su corazón no por ello dejaba de ser su Zahorí. De algún modo, sin embargo, proteger a Rand, Egwene, Mat y Perrin de las Aes Sedai se había convertido en ayudarlos a sobrevivir primero, y finalmente, sin haber sido plenamente consciente de cómo o cuándo, incluso ese propósito había quedado arrumbado por necesidades mayores. El fin de entrar en la Torre Blanca para aprender cómo derribar mejor a Moraine se había transformado en un ardiente deseo de aprender a curar. Incluso su odio por la injerencia de las Aes Sedai en la vida de la gente ahora coexistía con su deseo de convertirse en una de ellas. No es que lo deseara realmente, pero era el único modo de aprender lo que quería aprender. Todo se había embrollado como una de esas redes de Aes Sedai, incluida ella misma, y no sabía cómo escapar de ella.

«Sigo siendo la de siempre, y los ayudaré en todo cuanto esté en mis manos.»

—Esta noche usaré el anillo —anunció en voz alta. Se sentó en la cama y empezó a ponerse las medias. La lana no era muy cómoda con este calor, pero así al menos una parte de su cuerpo estaría decentemente vestida. Unas buenas medias de lana y unos buenos zapatos. Birgitte llevaba escarpines de brocado y finas medias de seda que sin duda eran muy frescas. Rechazó esa idea con firmeza—. Sólo para ver si Egwene está en la Ciudadela; en caso contrario, regresaré y no volveremos a utilizar el anillo hasta la próxima entrevista acordada.

Elayne la observaba atentamente, con una mirada intensa, sin pestañear, que la hizo tirar de las medias con una fuerza innecesaria y le despertó una incomodidad creciente. La joven no pronunció una sola palabra, pero su mirada impasible implicaba que Nynaeve podía estar mintiendo; aunque no lo hacía, por supuesto. Tampoco ayudó mucho el que hubiese surgido la idea, casi inconsciente, de que no había una verdadera razón para creer que Egwene iba a acudir al Corazón de la Ciudadela esa noche y que no resultaría difícil lograr que el anillo no le tocase la piel cuando se fuera a dormir. En ningún momento se había planteado esa idea seriamente —se había colado en su cabeza de rondón— pero había surgido, y ello hacía que le costara trabajo mirar a Elayne a los ojos. ¿Y qué, si tenía miedo de Moghedien? Tenerlo sólo era cuestión de sentido común, por

Librodot

mucho que admitirlo le revolviera las bilis.

«Haré lo que deba hacer.» Puso todo su empeño en arrinconar el nerviosismo que le estrujaba la boca del estómago. Para cuando se hubo puesto las medias y la camisola, estaba más que ansiosa por meterse en el vestido azul y salir al calor del exterior con tal de escapar de los ojos de Elayne.

La muchacha estaba acabando de ayudarla a abrocharse la hilera de pequeños botones de la espalda —y rezongando que a ella no la había ayudado nadie, como si hiciese falta ayuda para ponerse aquellas polainas— cuando la puerta del carromato se abrió bruscamente de par en par, dejando entrar una bocanada de calor. Sobresaltada, Nynaeve dio un brinco y se cubrió el busto con las manos antes de darse cuenta de lo que hacía. Cuando vio que era Birgitte en vez de Valan Luca, fingió que lo que hacía era acomodarse el escote.

La otra mujer se alisó sobre las caderas un vestido azul brillante exactamente igual y se echó la trenza sobre uno de los desnudos hombros con una sonrisa de autocomplacencia.

—Si quieres llamar la atención no te molestes en toquetear el escote. Es demasiado obvio. Limítate a respirar hondo. —Hizo una demostración y luego se echó a reír al ver el gesto ceñudo de Nynaeve.

La antigua Zahorí tuvo que esforzarse para controlar el genio, aunque no veía razón para tener que hacerlo. Le costaba trabajo imaginar que en algún momento se hubiese sentido culpable de lo ocurrido. Seguro que Gaidal Cain se había alegrado de librarse de esta mujer. Y Birgitte llevaba el cabello peinado como quería, no como ella. Aunque, naturalmente, eso no tenía nada que ver con lo demás.

—Conocía a una persona como tú en Dos Ríos: Merian. Llamaba por su nombre de pila a todos los guardias de los mercaderes, y desde luego no tenía secretos para ninguno de ellos.

La sonrisa de Birgitte se volvió tensa.

—Y yo conocí a una mujer como tú. Se llamaba Mathena, y también era de las que miraban a los hombres por encima del hombro, e incluso hizo que ejecutaran a un pobre tipo porque la vio por casualidad cuando nadaba desnuda. Nunca la habían besado, hasta que Zheres le robó un beso. Habríase dicho que fue entonces cuando descubrió que los hombres existían. Se encandiló de tal modo que Zheres tuvo que irse a vivir a las montañas para escapar de ella. Estáte atenta al primer hombre que te bese. Tendrá que llegar uno antes o después.

Nynaeve dio un paso hacia ella con los puños apretados. O al menos lo intentó. De algún modo, Elayne se las ingenió para ponerse entre las dos, levantando las manos.

—Dejadlo ahora mismo, las dos —ordenó mientras sus ojos iban de la una a la otra con idéntica altanería—. Lini decía siempre que «La espera convierte a los hombres en leones enjaulados, y a las mujeres en gatos metidos en un saco», ¡pero vosotras vais a dejar de echaros las uñas en este mismo momento! ¡No lo aguanto ni un minuto más!

Para sorpresa de Nynaeve, Birgitte se puso colorada y farfulló una desabrida disculpa. A Elayne, naturalmente, pero el hecho de disculparse fue de por sí sorprendente. Birgitte había elegido quedarse cerca de Elayne, aunque ella no tuviera que permanecer escondida, pero después de tres días aparentemente el calor la estaba afectando tanto como a la propia Elayne. En lo tocante a ella, Nynaeve le asestó a la heredera del trono su mirada más

Librodot

gélida. Se las había ingeniado para mantener una actitud apacible mientras esperaban —lo había hecho—, pero Elayne no era precisamente la más indicada para hacer reproches.

—Bien —dijo la heredera del trono, todavía con el mismo tono helado—, ¿tienes alguna razón para haber irrumpido como un toro o es que simplemente se te ha olvidado cómo se llama a una puerta?

Nynaeve abrió la boca para hacer un comentario sobre gatos —sólo un leve recordatorio— pero Birgitte se le adelantó, aunque su voz sonó más tensa:

—Thom y Juilin han regresado de la ciudad.

—¡Que han regresado! —exclamó Nynaeve, y Birgitte le lanzó una breve mirada antes de volverse de nuevo hacia Elayne.

—¿Los enviaste tú? —inquirió.

—Claro que no —replicó hoscamente Elayne.

La muchacha salió por la puerta rápidamente, con Birgitte pisándole los talones, antes de que Nynaeve tuviese ocasión de decir una palabra. Lo único que podía hacer era seguirlas, así que fue tras ellas mascullando entre dientes. Más valía que a Elayne no se le hubiese ocurrido de repente que quien daba las órdenes allí era ella. Nynaeve todavía no le había perdonado que revelara tantas cosas a los dos hombres.

El seco calor era peor aun en el exterior, a pesar de que el sol todavía no había asomado del todo por encima del muro de lona que rodeaba el recinto del espectáculo. El sudor le había humedecido la frente antes de que la mujer hubiese llegado al pie de la escalerilla del carromato, pero por una vez no torció el gesto.

Los dos hombres estaban sentados en las banquetas de tres patas que había junto a la lumbre de cocinar, con el pelo revuelto y las chaquetas como si se hubiesen rebozado en el polvo. Un hilillo rojo resbalaba por debajo de un trozo de tela hecho una bola que Thom se apretaba contra el cráneo, y escurría sobre un manchón de sangre reseca que le cubría la mejilla y manchaba un lado del blanco bigote. Una contusión purpúrea, del tamaño de un huevo de gallina, sobresalía junto a un ojo de Juilin, que sostenía su vara de madera fragmentada en una mano burdamente envuelta en un vendaje ensangrentado. El ridículo gorro cónico, echado hacia atrás, parecía haber sido pisoteado.

Por el ruido en el interior del recinto rodeado por el muro de lona, los encargados de los caballos ya habían empezado su jornada limpiando las jaulas, y sin duda Cerandin estaba con sus *s'redit* —ninguno de los hombres se acercaba a ellos— pero había poco movimiento todavía en torno a los carromatos. Petro fumaba en la larga pipa mientras ayudaba a Clarine a preparar el desayuno. Dos de los Chavana examinaban una pieza de los aparatos con Muelin, la contorsionista, en tanto los otros dos charlaban con un par de las seis mujeres acróbatas que Luca había contratado, sacándolas del espectáculo de Sillia Cerano. Afirmaban ser las hermanas Murasaka, a despecho de que sus rasgos y tonos de tez eran tan dispares como los de los propios Chavana. Una de las dos que hablaban con Brugh y Taeric vestía con ropas de seda de fuertes colores y tenía los ojos azules y el cabello casi blanco, mientras que la piel de la otra era casi tan oscura como sus ojos. Todos los demás estaban vestidos ya para la primera representación del día, los hombres con los torsos al aire y llamativas polainas, Muelin con un pantalón rojo de gasa y un corpiño a juego muy ajustado y Clarine con traje de cuello alto y adornado con lentejuelas verdes.

Librodot

Thom y Juilin atrajeron las miradas de varios, pero por fortuna nadie creyó necesario acercarse para preguntarles por su salud. Quizá se debiese a la expresión avergonzada que tenían, con los hombros hundidos y la vista clavada en el suelo. Sin duda sabían que les iba a caer un rapapolvo que les levantaría ampollas. Al menos Nynaeve estaba dispuesta a darles un buen repaso.

Pero Elayne dio un respingo al verlos y corrió a arrodillarse junto a Thom, desaparecida por completo la cólera que la embargaba un momento antes.

—¿Qué ha pasado? Oh, Thom, tu pobre cabeza. Debe de dolerte mucho. Esto está fuera del alcance de mis habilidades. Nynaeve te acompañará dentro y se ocupará de ello. Thom, eres demasiado mayor para meterte en estos líos.

El juglar, indignado, apartó a la muchacha lo mejor que pudo sin dejar de sostener el pegote de tela apretado contra la cabeza.

—Déjalo, pequeña. Me he hecho heridas peores al caerme de la cama. ¿Quieres hacer el favor de no preocuparte?

Desde luego Nynaeve no pensaba hacer Curación alguna a pesar de estar tan furiosa como para abrazar el *Saidar*. Se plantó frente a Juilin, en jarras y con una expresión que dejaba muy claro que no iba a admitir tonterías ni evasivas.

—¿Qué os proponíais escabulléndoos sin decírmelo? —Era un buen modo de advertir también a Elayne que era ella la que estaba al mando—. Si te hubiesen degollado en lugar de acabar con un bollo en el ojo, ¿cómo nos habríamos enterado de lo que te había pasado? No había razón para que os marchaseis. ¡Ninguna! Los pasos para encontrar un barco ya se habían dado.

Juilin la miró malhumorado y se echó el gorro más hacia adelante.

—Con que ya se habían dado, ¿no? ¿Y por eso las tres habéis estado moviéndoos a hurtadillas por…?

Lo interrumpió un fuerte gemido de Thom, que se tambaleó. Después de que el viejo juglar hubo tranquilizado a Elayne asegurando que había sido una breve punzada dolorosa y que estaba en condiciones de asistir a un baile —y de asestar una mirada significativa a Juilin que obviamente confiaba en que las mujeres no advirtieran—, Nynaeve se volvió de nuevo hacia el atezado teariano con gesto furibundo para preguntarle que qué le hacía pensar que se habían estado moviendo a hurtadillas.

—Fue una suerte que saliéramos —dijo Juilin, en cambio, con voz tensa—. Samara es como un banco de cazones alrededor de un trozo de carne sangrienta. Hay chusma en cada calle dando caza a Amigos Siniestros y a cualquiera que no aclame al Profeta como la única y verdadera voz del Dragón Renacido.

—Empezó hace más o menos una hora, cerca del río —intervino Thom, que se resignó con un suspiro a que Elayne le lavase la cara con un paño mojado. Parecía hacer caso omiso de los rezongos de la joven, cosa que no debía de resultarle nada fácil ya que Nynaeve oyó claramente «viejo necio» y «necesitas que alguien se ocupe de ti antes de que consigas que te maten» entre otras cosas, en un tono exasperado y afectuoso por igual—. Ignoro cómo empezó, pero sí oí que se culpaba de ello a las Aes Sedai, a los Capas Blancas, a los trollocs, a todo el mundo excepto a los seanchan, y si hubiesen sabido su nombre también los habrían culpado a ellos. —Hizo un gesto de dolor cuando Elayne apretó un poco con el trapo—. En el

Librodot

transcurso de la última hora nos involucramos un poco más de la cuenta sólo para enterarnos de eso.

—Hay fuego —anunció Birgitte.

Petro y su esposa advirtieron su gesto y se pusieron de pie para otear, preocupados, hacia donde señalaba. Dos negras columnas de humo se elevaban sobre el muro de lona, en dirección a la ciudad. Juilin se incorporó y miró a Nynaeve a los ojos con expresión dura.

—Es hora de marcharse. Tal vez nuestra partida llame la atención de Moghedien sobre nosotros, pero lo dudo; por todas partes hay gente que huye a toda prisa. Dentro de dos horas, no serán sólo dos incendios, sino cincuenta, y evitarla a ella no servirá de nada si la chusma nos hace picadillo. Se revolverá contra los espectáculos una vez que haya destrozado todo lo que puede destrozarse en la ciudad.

—No pronuncies ese nombre —replicó secamente Nynaeve al tiempo que asestaba una ceñuda mirada a Elayne que la joven no advirtió. Revelar demasiado a los hombres siempre era un error. Lo malo es que Juilin tenía razón, pero también era una equivocación admitir tal cosa ante un hombre demasiado pronto—. Pensaré en tu sugerencia, Juilin. Detestaría tener que huir sin razón y después enterarme de que un barco ha atracado nada más marcharnos. —El rastreador la miró como si se hubiese vuelto loca, y Thom sacudió la cabeza a pesar de que Elayne se la estaba sujetando para limpiarle la herida; no obstante, una figura que se abría paso entre los carromatos levantó el ánimo de Nynaeve—. Quizá ya ha llegado.

El parche con el ojo pintado de Ino y su rostro surcado de cicatrices, el largo mechón de pelo y la espada sujeta a la espalda suscitó cabeceos indiferentes de Petro y de varios de los Chavana y un estremecimiento en Muelin. Había hecho personalmente las visitas vespertinas, aunque sin novedades de las que informar. Su presencia ahora tenía que significar que había algo.

Como solía hacer, sonrió a Birgitte nada más verla y dirigió su único ojo sano de manera ostentosa hacia el busto de la mujer, y, también como era habitual, ella correspondió a la sonrisa y lo miró de arriba abajo lentamente. Por una vez, sin embargo, a Nynaeve no le importó el comportamiento censurable de los dos.

—¿Hay algún barco?

La sonrisa de Ino se borró de inmediato.

—Hay un jod... Un barco —repuso, sombrío—, si es que puedo meteros en él indemnes.

—Sabemos lo de los disturbios, pero sin duda quince shienarianos serán capaces de llevarnos hasta allí a salvo.

—Así que sabéis lo de los disturbios —rezongó mientras miraba a Thom y a Juilin—. ¿Y sabéis la puñe...? ¿Sabéis que la gente de Masema está luchando contra los Capas Blancas en las calles? ¿Sabéis que el jod...? ¿Sabéis que Masema ha ordenado a los suyos tomar Amadicia a sangre y fuego? Ya son miles los que han cruzado el cond... ¡Aaag! El río.

—Aunque sea así —replicó firmemente Nynaeve—, espero que hagas lo que dijiste que harías. Recordarás que prometiste obedecerme —puso algo de énfasis en esta última palabra a la par que echaba una significativa mirada a Elayne.

Fingiendo no darse cuenta, la muchacha se puso de pie con el trapo manchado de sangre en la mano y se dirigió a Ino:

—Siempre me han dicho que los shienarianos se cuentan entre los

soldados más valientes del mundo. —El anterior timbre cortante de su voz de repente se había convertido en mieles y regia suavidad—. Me han contado muchas historias de la bravura shienariana cuando era pequeña. —Posó una mano en el hombro de Thom, pero sus ojos se mantuvieron prendidos en Ino—. Todavía las recuerdo, y espero recordarlas siempre.

Birgitte se acercó y empezó a dar masajes a Ino en la nuca mientras lo miraba fijamente a los ojos. Aparentemente el parche con el ojo pintado no la afectaba en absoluto.

—Tres mil años guardando la Llaga —dijo suave, muy suavemente. ¡Hacía dos días que no le hablaba así a Nynaeve!—. Tres mil años y sin retroceder jamás aunque hubiera que pagar con creces en sangre cada palmo de terreno. Esto no será Enkara ni Umbral de Soralle, pero sé cómo actuaréis.

—¿Qué habéis hecho? —gruñó Ino—. ¿Leer todas las condenadas historias de las jodidas Tierras Fronterizas? —De inmediato se encogió y miró a Nynaeve, que no había tenido más remedio que ordenarle que utilizase un lenguaje decoroso, sin una sola palabra malsonante. El guerrero no lo llevaba muy bien, pero no había otro modo que evitar que reincidiera en su habitual retahíla de juramentos; y Birgitte no debería mirarla con ceño—. ¿No podéis hablar con ellas? —se dirigió a Thom y a Juilin—. Están chif... Son unas necias si intentan esto.

Juilin alzó las manos y Thom se echó a reír.

—¿Conoces alguna mujer que haga caso a un consejo sensato cuando no quiere oírlo? —contestó el juglar. Gruñó cuando Elayne le retiró la mano que apretaba la tela contra la cabeza y empezó a limpiar la herida del cuero cabelludo quizá con un poco más de fuerza de la estrictamente necesaria.

—En fin —dijo Ino sacudiendo la cabeza—, si me van a embaucar supongo que así será. La gente de Masema encontró el barco, el *Serpiente de río* o algo por el estilo, antes de que hiciese una hora que había atracado, pero los Capas Blancas se apoderaron de él. Eso es lo que inició este pequeño alboroto. La mala noticia es que los Capas Blancas todavía dominan los muelles. Aunque lo peor es que tal vez Masema ha olvidado lo del barco. Fui a verlo pero no quería oír una sola palabra de ese asunto; de lo único que hablaba era de colgar Capas Blancas y hacer que Amadicia doblase la rodilla ante el lord Dragón aunque para ello tuviera que prender fuego a todo el país. Sin embargo, no se ha molestado en dar la contraorden a toda su gente, y ha habido combates cerca del río y quizá los haya todavía. Llevaros a través de los disturbios de la ciudad no va a ser nada fácil, pero si hay lucha en los muelles entonces no prometo nada. Y no tengo la más remota idea de cómo voy a meteros en un barco que está en manos de Capas Blancas.

Soltó un largo suspiro y se limpió el sudor de la frente con el envés de una mano llena de cicatrices. El esfuerzo de pronunciar una parrafada tan larga sin intercalar una sola palabra gruesa era patente en su rostro. Nynaeve lo habría librado del compromiso de reprimir su lenguaje habitual en ese momento si no hubiese estado demasiado estupefacta para poder hablar. Tenía que ser una coincidencia. «Luz, dije que se consiguiera un barco a toda costa, pero no me refería a esto. ¡No a esto!» No entendía por qué Elayne y Birgitte la miraban de un modo tan impasible. Ambas estaban al tanto de este asunto y a ninguna se le ocurrió la posibilidad de que ocurriese algo así. Los tres hombres intercambiaron miradas preocupadas, obviamente conscientes de que allí pasaba algo pero sin imaginar qué podía

Librodot

ser, gracias le fueran dadas a la Luz por ello. De cuantas menos cosas estuviesen enterados los hombres, tanto mejor. Tenía que ser una coincidencia.

En cierto sentido, se alegró mucho de ver a otro hombre abriéndose paso entre los carromatos; ello le daba una excusa para apartar los ojos de Elayne y Birgitte. Por otro lado, la aparición de Galad le provocó una sensación de vacío en el estómago.

Vestía ropas de color marrón y un gorro de terciopelo en lugar de su blanca capa y su bruñido peto, pero la espada seguía colgada a su cadera. Hasta entonces no se había acercado a los carromatos, y el efecto causado por su rostro fue demoledor. Muelin dio un paso hacia él de manera inconsciente, en tanto que las dos esbeltas acróbatas se inclinaban hacia adelante, boquiabiertas. Los Chavana habían quedado en el olvido, y estaban ceñudos por ello. Incluso Clarine se alisó el vestido mientras lo observaba, hasta que Petro se quitó la pipa de los labios y le dijo algo. Entonces la mujer fue hacia donde su esposo estaba sentado, riéndose, y estrechó el rostro del hombretón contra sus grandes senos. Pero sus ojos siguieron prendidos en Galad por encima de la cabeza de su marido.

Nynaeve no estaba de humor para dejarse impresionar por una cara bonita, y su respiración apenas se alteró.

—Fuiste tú, ¿no es verdad? —lo increpó antes incluso de que llegara a su lado—. Te apoderaste del *Serpiente de río*, ¡a que sí! ¿Por qué?

—El *Sierpe de río* —corrigió él, contemplándola con incredulidad—. Me pediste que me asegurara de procuraros un pasaje.

—¡Pero no te pedí que iniciases una batalla campal!

—¿Una batalla campal? —intervino Elayne—. Una guerra. Una invasión. Todo empezó por esa embarcación.

—Le di mi palabra a Nynaeve, hermana —contestó sosegadamente Galad—. Mi primer deber es asegurarme de ponerte en camino a Caemlyn sana y salva. Y a Nynaeve, por supuesto. Los Hijos habrían tenido que enfrentarse a ese tal Profeta antes o después.

—¿No podías limitarte a informarnos que había un barco? —dijo Nynaeve con sarcasmo. Los hombres y su palabra de honor. Todo muy digno de admiración, a veces, pero debió haber hecho caso a Elayne cuando ésta le dijo que su hermanastro hacía lo que consideraba correcto pesase a quien pesase y por encima de todo.

—Ignoro para qué quería el Profeta ese barco, pero dudo que en tal caso hubierais podido encontrar pasaje para ir río abajo. —Sus palabras hicieron que Nynaeve se encogiera—. Aparte de lo cual, pagué vuestro pasaje al capitán mientras estaba descargando la bodega todavía. Una hora después, uno de los dos hombres que dejé de guardia para estar seguro de que no zarpaba sin vosotras vino para avisarme que su compañero había muerto y que el Profeta se había adueñado del barco. No comprendo por qué estás tan molesta por ello. Queríais un barco, lo necesitabais, y yo os conseguí uno. —Frunciendo el entrecejo, Galad se dirigió a Thom y Juilin—. ¿Qué les ocurre? ¿Por qué no dejan de mirarse entre sí?

—Mujeres —fue la escueta respuesta de Juilin, y se ganó un cachete en el pescuezo por parte de Birgitte. El rastreador le asestó una mirada furiosa.

—Las picaduras de los tábanos son muy dolorosas —sonrió la mujer, y el gesto ceñudo de Juilin se desdibujó en otro de incertidumbre mientras se colocaba el gorro cónico.

—Podemos quedarnos aquí todo el día discutiendo sobre lo que está

bien y lo que está mal —manifestó secamente Thom—, o podemos subir a ese barco. El pasaje está pagado, y ya no hay modo de recobrar el precio que ha costado.

Nynaeve volvió a encogerse. Lo dijera con el sentido que lo dijera, ella sabía cómo interpretarlo.

—Puede que haya dificultades en llegar al río —apuntó Galad—. Me he puesto esta ropa porque los Hijos no son muy populares en Samara en este momento, pero la chusma puede atacar a cualquiera.

Observó a Thom, con su cabello y bigote blancos, dubitativamente, y a Juilin con una expresión menos crítica —aunque desaliñado, el aspecto del teariano era lo bastante duro para clavar postes— y luego se volvió hacia Ino.

—¿Dónde está tu amigo? Otra espada podría venirnos bien hasta que lleguemos donde están mis hombres.

La sonrisa de Ino fue malévola. Saltaba a la vista que no había cambiado lo que el uno sentía por el otro desde su primer encuentro.

—Está por aquí cerca. Y puede que haya uno o dos más. Yo los llevaré al barco, si es que tus Capas Blancas son capaces de conservarlo. O incluso si no pueden.

Elayne abrió la boca, pero Nynaeve se le adelantó:

—¡Basta ya, los dos! —Seguro que Elayne habría recurrido otra vez a palabras melosas para solventar el problema. Quizás hubiese funcionado, pero ella necesitaba descargar su rabia. Contra algo, lo que fuese—. Tenemos que movernos rápidamente. —Tendría que haber imaginado, cuando lanzó a dos dementes hacia una misma meta, lo que pasaría si ambos la alcanzaban al mismo tiempo. Estaban locos, los dos. ¡Todos los hombres lo estaban!—. Ino, reúne al resto de tus hombres tan deprisa como sea posible. —El soldado intentó decirle que ya estaban reunidos al otro lado de la cerca del recinto, pero la antigua Zahorí continuó con un ímpetu imparable—. Galad, tú...

—¡Arriba todo el mundo! —El grito de Luca la interrumpió. El hombre venía trotando entre los carromatos, cojeando, y con una contusión en un lado de la cara. Su capa escarlata estaba rota y manchada. Por lo visto Thom y Juilin no eran los únicos que habían ido a la ciudad—. ¡Brugh, ve a decirles a los mozos que enganchen los tiros! Tendremos que abandonar la cerca de lona —dijo, con un gesto de dolor—, ¡pero quiero estar en la calzada en menos de una hora! ¡Andaya, Kuan, despertad a vuestras hermanas! ¡Que se levanten todos los que aún estén dormidos! Y, si se están aseando, decidles que se vistan aunque estén sucios o se vendrán desnudos. ¡Daos prisa, a no ser que queráis jurar fidelidad al Profeta y marchar contra Amadicia! ¡Chin Akima ya ha perdido la cabeza, junto con la mitad de sus artistas, y Sillia Cerano y una docena de los suyos fueron azotados por ser demasiado lentos! ¡Moveos! —Para entonces, todo el mundo excepto los que se encontraban junto al carromato de Nynaeve corría de un sitio para otro.

El paso renqueante de Luca aminoró a medida que se acercaba y observaba desconfiadamente a Galad. Y a Ino, cómo no, a pesar de que ya había visto al hombre tuerto en dos ocasiones antes.

—Nana, quiero hablar contigo —dijo en voz baja—. A solas.

—No iremos con vosotros, maese Luca —respondió ella.

—A solas —insistió, y la cogió del brazo y tiró de ella.

Nynaeve miró al grupo para decir que no interfiriese y se encontró con que no era necesario. Elayne y Birgitte se dirigían presurosas hacia el muro

de lona que rodeaba el recinto, y salvo por alguna que otra ojeada en dirección a Luca y a ella los cuatro hombres estaban absortos en una conversación. Nynaeve resopló sonoramente. Menudos hombres, que veían que maltrataban a una mujer y no hacían nada.

Se soltó el brazo de un tirón y caminó junto a Luca con un claro gesto de desagrado.

—Supongo que querrás tu dinero ahora que nos marchamos. Bien, pues lo tendrás. Cien marcos de oro. Aunque opino que deberías descontar algo por el tiro de caballos y el carromato que dejamos. Y por nuestra contribución al espectáculo. Sin duda hemos hecho que aumente el número de tus clientes. Morelin y Juilin con su número de funámbulos, yo con el tiro al arco, Thom...

—¿Crees que lo que busco es el dinero, mujer? —demandó mientras se volvía hacia ella—. ¡Si fuese eso, lo habría pedido el mismo día en que cruzamos el río! ¿Lo he hecho? ¿Te has parado a pensar alguna vez por qué no?

A despecho de sí misma, retrocedió un paso y se cruzó de brazos con aire severo. Y de inmediato deseó no haberlo hecho; con ese gesto sólo conseguía resaltar más lo que estaba enseñando. Por pura obstinación mantuvo la postura —no estaba dispuesta a actuar de modo que el hombre pensara que se sentía azorada, sobre todo cuando tal cosa era cierta— pero, sorprendentemente, los ojos de Luca se mantuvieron prendidos en los de ella. Quizás estaba enfermo. Hasta entonces nunca había evitado mirarle el busto, y si Valan Luca no estaba interesado en bustos ni en dinero...

—Si no es del oro, ¿de qué quieres hablar conmigo?

—Todo el camino de regreso de la ciudad a aquí —empezó lentamente— no he dejado de pensar que ahora os marchabais de verdad. —Nynaeve rehusó retroceder otro paso a pesar de que el hombre estaba muy cerca y la contemplaba fijamente. Por lo menos seguía mirándole la cara—. No sé de qué huís, Nana. A veces, casi he creído la historia que me contasteis. Ciertamente, Morelin tiene un porte noble. Pero tú no has sido nunca la doncella de una dama. Estos últimos días casi esperaba encontraros en cualquier momento a las dos rodando por el suelo y tirándoos de los pelos. Y tal vez a Merian enzarzada también. —Debió de advertir algo en la expresión de ella, porque carraspeó y se apresuró a continuar—. El asunto es que puedo encontrar a otra persona a la que Merian dispare. Gritas tan bien que cualquiera diría que estás realmente aterrada, pero... —Volvió a aclararse la garganta, con mayor precipitación esta vez, y se echó hacia atrás—. Lo que intento decir es que quiero que te quedes. Hay todo un mundo ahí fuera, miles de ciudades esperando un espectáculo como el mío, y sea quien sea de quien huyes jamás te encontraría estando conmigo. Unos cuantos artistas de Akima y varios de Sillia que no han escapado al otro lado del río... se han unido a mí. El espectáculo de Valan Luca será el más grande que el mundo ha visto nunca.

—¿Que me quede? ¿Por qué iba a quedarme? Te dije desde el principio que sólo queríamos llegar a Ghealdan, y nada ha cambiado.

—¿Que por qué? Para que seas la madre de mis hijos, naturalmente. —Le cogió una mano entre las suyas—. Nana, tus ojos me han robado el alma, tus labios enardecen mi corazón, tus hombros hacen que mi pulso se acelere, tu...

—¿Quieres casarte conmigo? —lo interrumpió, con incredulidad.

—¿Casarme? —Parpadeó—. Bueno... eh... sí. Sí, por supuesto. —Su voz

cobró firmeza de nuevo y apretó los dedos de ella contra sus labios—. Nos casaremos en la primera ciudad donde pueda hacer los arreglos oportunos. Jamás le he pedido a otra mujer que se case conmigo.

—Eso no me cuesta trabajo creerlo —repuso débilmente. Tuvo que tirar para soltar su mano—. Aprecio en lo que vale tu propuesta y me siento honrada, maese Luca, pero...

—Valan, Nana. Valan.

—Pero tengo que rehusarla. Estoy comprometida con otro. —Bueno, en cierto modo lo estaba. Lan Mandragoran podía pensar que su sello sólo era un regalo, pero ella lo veía de manera distinta—. Y me voy.

—Debería atarte y llevarte conmigo. —El polvo y los desgarrones estropearon hasta cierto punto el ostentoso ondear de su capa mientras se erguía—. Con el tiempo, olvidarías a ese tipo.

—Inténtalo y haré que Ino te haga desear que te hubiesen troceado para hacer salchichas contigo. —La amenaza apenas desinfló al infatuado Luca. Nynaeve lo golpeó con el índice en el torso—. No me conoces, Valan Luca. No sabes nada sobre mí. Mis enemigos, a los que descartas tan fácilmente, te desollarían y te harían bailar con los huesos al aire, y te sentirías agradecido si eso era todo lo que hacían contigo. Bien, he de marcharme y no tengo tiempo de escuchar tus majaderías. ¡No, ni una palabra más! Estoy completamente decidida y no vas a conseguir hacerme cambiar de idea, de modo que mejor será que dejes de desvariar.

Luca soltó un sonoro suspiro.

—Eres la única mujer para mí, Nana. Que otros hombres se queden con esas aburridas gazmoñas y sus pestañeos y suspiros tímidos. Un hombre se da cuenta de que tiene que caminar a través de fuego y domar a una leona con sus manos desnudas cada vez que se acerca a ti. Cada día una aventura, cada noche... —La sonrisa que esbozó estuvo a punto de costarle un bofetón—. Volveré a encontrarte, Nana, y será a mí a quien elijas. Lo sé aquí. —Se dio unos golpecitos con el pulgar en el pecho en un gesto teatral, e hizo ondear la capa con un ademán aun más ostentoso—. Y tú también lo sabes, mi queridísima Nana. En el fondo de tu corazón, lo sabes.

Nynaeve no sabía si sacudir la cabeza o quedarse boquiabierta. Los hombres estaban locos. Todos ellos.

Luca insistió en escoltarla hasta el carromato llevándola sujeta por el brazo como si estuviesen en un baile.

Abriéndose paso entre el tumulto de mozos que corrían hacia los tiros, el ensordecedor griterío de hombres, relinchos de caballos, rugidos de osos, bufidos de leopardos, Elayne iba gruñendo como queriendo estar a la altura de los animales. Nynaeve no tenía ningún derecho a criticarla por enseñar las piernas. Se había fijado en el modo en que se erguía cada vez que aparecía Valan Luca. Y también cómo respiraba más hondo. Con Galad hacía lo mismo, a decir verdad. Ella no disfrutaba vistiendo polainas; eran cómodas, cierto, y más frescas que una falda. Ahora entendía la razón de que Min prefiriese las ropas masculinas. Casi. Estaba el problema de superar la sensación de que la chaqueta hacía las veces de un vestido tan corto que apenas tapaba las caderas. Pero lo había superado hasta el momento; aunque no pensaba permitir que Nynaeve, con su lengua viperina, lo supiera. Esa mujer tendría que haber comprendido que Galad pasaría por alto el coste de mantener su promesa; y no era que ella no se lo hubiese advertido incontables veces. ¡E involucrar en ello al Profeta! Nynaeve actuaba

sin pensar lo que hacía.

—¿Decías algo? —preguntó Birgitte. La mujer se había recogido los vuelos de la falda sobre un brazo para mantener el paso, sin mostrar el menor rebozo por dejar al aire las piernas desnudas desde los escarpines de brocado azul hasta bastante más arriba de las rodillas, y aquellas medias diáfanas cubrían aun menos que sus polainas.

—¿Qué opinas de que vista con esta ropa? —inquirió, frenándose en seco.

—Que permite libertad de movimientos —respondió juiciosamente Birgitte, a lo que Elayne asintió con un cabeceo—. Claro que es una suerte que tu trasero no sea muy grande, dado lo ajustadas que...

La joven echó a andar a zancadas, furiosa, mientras se daba secos tirones de la corta chaqueta. La lengua de Nynaeve se quedaba chiquita comparada con la de Birgitte. En verdad tendría que haber exigido algún tipo de juramento de obediencia o, al menos, alguna muestra del respeto debido. Tendría que recordar eso cuando llegara el momento de vincular a Rand. Cuando Birgitte la alcanzó, con una expresión hosca en el rostro como si fuese ella la que casi estuviera fuera de sus casillas, ninguna de las dos habló.

Vestida con el traje de lentejuelas verdes, la seanchan de cabello claro hacía uso de la aguijada para guiar al *s'redit* macho que estaba empujando con la cabeza la jaula del león. Un mozo con el torso cubierto por un manoseado chaleco de cuero aferraba la lanza del carro y lo hacía girar hacia donde el tronco de caballos pudiera engancharse más fácilmente. El león paseaba, intranquilo, de un extremo a otro de la jaula, sacudiendo la cola y de vez en cuando emitiendo una especie de tos seca que sonaba como el preludio de un rugido.

—Cerandin —llamó Elayne—, tengo que hablar contigo.

—Dentro de un momento, Morelin. —Absorta en el grisáceo animal de grandes colmillos, su forma peculiar de pronunciar las palabras casi hizo incomprensible lo que decía.

—Ahora, Cerandin. No disponemos de mucho tiempo.

Pero la mujer no detuvo al *s'redit* y continuó el giro hasta que el mozo gritó que el carro estaba en posición.

—¿Qué quieres, Morelin? —preguntó entonces con timbre impaciente—. Todavía tengo mucho que hacer, y me gustaría cambiarme de ropa. Este vestido no es adecuado para viajar.

El colosal animal aguardaba pacientemente detrás de ella. Elayne apretó ligeramente los labios.

—Nos marchamos, Cerandin.

—Sí, lo sé. Es por los disturbios. Estas cosas no deberían consentirse. Si el tal Profeta piensa hacernos daño, va a enterarse de lo que son capaces *Mer* y *Sanit*. —Se giró un poco para rascar el rugoso lomo de *Mer* con la aguijada, y el animal rozó el hombro de la mujer con su largo apéndice nasal. La «trompa», como la denominaba Cerandin—. Algunos prefieren utilizar *lopar* o *grolm* en las batallas, pero si se utiliza bien a los *s'redit*...

—Calla y escucha —la interrumpió firmemente Elayne. Resultaba todo un esfuerzo mantener cierta dignidad con la seanchan comportándose obtusamente y Birgitte plantada a un lado, cruzada de brazos. Estaba segura de que la arquera sólo esperaba la oportunidad para soltar otro comentario cortante—. No me refiero al espectáculo, sino a Nana, a ti y a mí. Vamos a coger un barco esta mañana, y en unas cuantas horas estaremos

lejos del alcance del Profeta para siempre.

—Pocas embarcaciones fluviales pueden transportar *s'redit*, Morelin —respondió la seanchan a la par que sacudía la cabeza lentamente—. Aun en el caso de que hayas encontrado una que sí puede, ¿qué harán después? ¿Qué haré yo? Dudo que pueda ganar tanto si actúo sola como yendo con maese Luca, ni siquiera con tu número de caminar por el cable y Merian disparando su arco. Y supongo que Thom haría malabarismos. No, no, es mejor que todos nos quedemos con el espectáculo.

—Habrá que dejar a los *s'redit* —admitió Elayne—, pero estoy segura de que maese Luca se ocupará de ellos. No vamos a actuar, Cerandin. Ya no es necesario. Allí adonde voy hay personas a las que les gustaría saber... —Reparó entonces en el mozo, un tipo larguirucho con una nariz incongruentemente bulbosa, que se encontraba lo bastante cerca para oír la conversación—. Saber cosas de tu lugar de origen. Muchas más cosas de las que ya nos has contado. —No, el tipo no escuchaba; estaba mirando con lujuria, alternativamente, el busto de Birgitte y sus piernas. Mantuvo fijos los ojos en él hasta que la insolente sonrisa se tornó en una mueca forzada y reanudó sus tareas.

—¿Quieres que abandone a *Mer*, *Sanit* y *Nerin* al cuidado de unos hombres que tienen miedo de acercarse a ellos? —Cerandin sacudió la cabeza otra vez—. No, Morelin, nos quedamos con maese Luca. Y tú también. Es mucho mejor. ¿Te acuerdas de las terribles condiciones en que estabas el día que viniste? No querrás volver a lo mismo, ¿verdad?

Elayne respiró profundamente y se acercó más a la mujer. Nadie excepto Birgitte estaba lo bastante cerca para oírla, pero no quería correr riesgos innecesarios.

—Cerandin, mi verdadero nombre es Elayne de la casa Trakand, heredera del trono de Andor. Algún día seré la reina de Andor.

Basándose en el comportamiento de la mujer aquel primer día, e incluso más en lo que les había dicho sobre los seanchan, eso debería haber bastado para acabar con cualquier resistencia por su parte. Pero, en lugar de ello, Cerandin la miró directamente a los ojos.

—Afirmabas ser una noble el día que llegaste, pero... —Frunció los labios y echó una fugaz ojeada a las polainas de Elayne—. Eres una excelente funámbula, Morelin. Con un poco de práctica, llegarías a ser lo bastante buena para actuar ante la emperatriz algún día. Todo el mundo tiene su sitio y todo el mundo está en el que le corresponde.

Durante un instante, Elayne abrió y cerró la boca sin emitir un solo sonido. ¡La seanchan no la creía!

—Ya he perdido demasiado tiempo, Cerandin.

Alargó la mano hacia el brazo de la mujer para llevársela a rastras si era necesario, pero Cerandin le asió la mano, realizó un movimiento giratorio, y Elayne, con los ojos desorbitados y un chillido de sorpresa, se encontró sosteniéndose de puntillas y preguntándose si la muñeca se le rompería antes de que el hombro se le dislocara. ¡Y Birgitte siguió plantada en el mismo sitio, cruzada de brazos, y encima tuvo la desfachatez de enarcar inquisitivamente una ceja!

Elayne apretó los dientes; no le pediría ayuda.

—Suéltame, Cerandin —exigió, aunque habría querido que su voz no sonara tan falta de aliento—. ¡He dicho que me sueltes!

Al cabo de un momento la seanchan obedeció y retrocedió un paso cautelosamente.

Librodot

—Eres una amiga, Morelin, y siempre lo serás. Quizá te conviertas en una dama noble algún día. Posees los modales para ello, y si atraes a un lord podría tomarte como una de sus *asa*. A veces las *asa* se convierten en esposas. Que la Luz te acompañe, Morelin. He de terminar mi trabajo. —Sostuvo la aguijada de manera que *Mer* enroscó la trompa en ella y el enorme animal permitió que la mujer lo condujese, pesadamente, hacia otra parte del recinto.

—Cerandin —llamó, cortante, Elayne—. ¡Cerandin! —La mujer de cabello claro no volvió la cabeza, y Elayne asestó una mirada furibunda a Birgitte—. Has sido una gran ayuda —gruñó, y echó a andar antes de que la otra mujer tuviese tiempo de responder.

Birgitte la alcanzó y caminó a su lado.

—Por lo que he oído y lo que he visto, has empleado bastante tiempo en enseñarle a esa mujer que tiene voluntad propia. ¿Acaso esperabas que te ayudase a arrebatarle de nuevo esa convicción?

—No era eso lo que intentaba en absoluto —masculló Elayne—. Lo que intentaba era cuidar de ella. Se encuentra muy lejos de su hogar, es una extraña dondequiera que vaya, y hay gente que no la trataría amablemente si se enterase de dónde procede.

—A mí me parece muy capaz de cuidar de sí misma —repuso con tono cortante Birgitte—. Claro que quizá también le enseñaste eso tú, ¿no? Sin duda era una infeliz desvalida hasta que la conociste.

La gélida mirada que le asestó Elayne pareció resbalar sobre ella como un trozo de hielo sobre una lámina de acero caliente.

—Te limitaste a observar sin hacer nada. Se supone que eres mi… —Echó una fugaz ojeada en derredor; sólo fue un vistazo rápido, pero bastó para que varios mozos agacharan la cabeza—. Mi Guardián. Y se supone que tienes que ayudarme a defenderme cuando me es imposible encauzar.

También Birgitte echó un vistazo en derredor, pero por desgracia no había nadie lo bastante cerca para que tuviera que contener la lengua.

—Te defenderé cuando estés en peligro, pero si todo el peligro que te amenaza es que te tumben sobre las rodillas de alguien para darte una azotaina por haberte comportado como una niña mimada, tendré que decidir si no es más conveniente permitir que aprendas una lección que podría salvarte de una situación igual o peor más adelante. ¡Mira que decir que eres la heredera de un trono! ¡Vaya! Si vas a ser Aes Sedai más te vale practicar la manera de alterar y torcer la verdad, no hacerla añicos.

Elayne estaba boquiabierta; tuvo que tropezar con sus propios pies para salir de su estupor y recuperar el habla.

—¡Pero es cierto que lo soy!

—Si tú lo dices —repuso Birgitte mientras su mirada recorría las polainas llenas de lentejuelas.

Elayne no pudo evitarlo; aguantar la afilada lengua de Nynaeve, a Cerandin comportándose con la tozudez de dos mulas, y ahora esto. Echó la cabeza hacia atrás y gritó con frustración.

Cuando el sonido cesó, dio la impresión de que incluso los animales se habían quedado callados. Los mozos estaban parados, contemplándola de hito en hito. La joven hizo caso omiso de ellos con actitud fría; ahora no había nada que pudiese afectarla. Estaba tan impasible como un témpano y con un absoluto control sobre sí misma.

—¿Ese grito era pidiendo ayuda? —inquirió Birgitte mientras ladeaba la cabeza—. ¿O es que tienes hambre? Supongo que podría encontrar una ama

de cría en la…

Elayne se alejó a zancadas a la par que soltaba un sordo gruñido que habría enorgullecido a cualquiera de los leopardos.

Librodot

CAPÍTULO 20

Despedidas

Cuando estuvo de vuelta en su carromato, Nynaeve se cambió el traje de actuar por un vestido decente, aunque rezongó por tener que desabrochar toda una hilera de botones a lo largo de la espalda y abrocharse otra sin ayuda de nadie. La sencilla prenda de fina lana gris, bien cortada pero sin adornos exagerados, pasaría inadvertida casi en cualquier sitio, pero desde luego le daba mucho calor. Aun así, proporcionaba una agradable sensación estar vestida decentemente una vez más. También daba la impresión, en cierto modo, de sentirse rara, como si llevara puesta demasiada ropa. Debía de ser a causa del calor.

Se arrodilló rápidamente delante de la pequeña estufa de ladrillos con la chimenea de hojalata y abrió la puerta de hierro tras la que había guardado las cosas de valor.

El anillo de piedra retorcido fue a parar a la bolsita del cinturón, junto al pesado sello de Lan y a su anillo de la Gran Serpiente. El pequeño cofre dorado que contenía las gemas que Amathera les había dado lo guardó en el morral de cuero, con las bolsas de hierbas que había cogido a Ronda Macura en Mardecin, y el pequeño mortero y majador para prepararlas; tanteó las bolsas sólo para recordar lo que contenía cada una, desde la milenrama hasta la horrible horcaria. Las cartas de valores también fueron adentro, y tres de las seis bolsas de dinero, ninguna tan hinchada como lo estaban después de haber tenido que pagar los gastos del espectáculo ambulante hasta llegar a Ghealdan. Puede que Luca no estuviese interesado en los cien marcos de oro, pero no había hecho ascos a aceptar que ella se hiciera cargo de los dispendios. Una de las cartas, que autorizaba al portador a hacer lo que deseara en nombre de la Sede Amyrlin, encontró hueco junto a los anillos. A Samara sólo habían llegado algunos rumores vagos sobre alguna clase de problemas en Tar Valon; podría sacarle utilidad al documento, aun cuando llevase estampada la firma de Siuan Sanche. La caja de madera oscura la dejó donde estaba, cerca de tres de las bolsas de dinero y del burdo saquillo de arpillera que contenía el *a'dam* —eso ero algo que ciertamente no deseaba tocar— y la flecha de plata que Elayne había encontrado la noche del aciago encuentro con Moghedien.

Durante un instante contempló la flecha con el ceño fruncido, pensando en la Renegada. Indiscutiblemente, lo mejor era hacer todo lo que fuera preciso para evitarla. «Lo es. ¡Aunque la venciera una vez!» Y la segunda había estado colgada como una salchicha en la cocina. De no haber sido por Birgitte... «Fue decisión suya.» Así lo había manifestado la mujer y tenía razón. «Podría vencerla otra vez. Podría hacerlo. Pero si fallara...» Sí. Si fallaba...

Lo único que estaba haciendo era intentar retrasar el momento de tocar la bolsa de gamuza que estaba embutida en la parte de atrás, y lo sabía, pero la verdad es que era igual de horrible coger la bolsa como la idea de enfrentarse a Moghedien otra vez. Hizo una honda inhalación, sin poder

evitar la sensación de asco, alargó los dedos hacia la parte posterior y cogió la bolsa por los cordones; entonces comprendió que estaba equivocada. La maldad impregnó su mano, más fuerte que nunca, como si el propio Oscuro estuviese intentando realmente abrirse paso a través del sello de *cuendillar* que había dentro. Mejor era imaginar durante el día entero ser derrotada por Moghedien; había una gran diferencia entre pensar algo y la realidad. Tenía que ser imaginación suya —en Tanchico no había percibido tal sensación— pero deseó poder delegar en Elayne la tarea de hacerse cargo de la bolsa. O dejarla allí.

«Basta de tonterías —se increpó firmemente—. Es lo que mantiene cerrada la prisión del Oscuro. Te estás dejando llevar por fantasías desatinadas.» Empero, la soltó como una rata muerta desde hacía una semana sobre el vestido rojo que Luca le había mandado hacer y después la envolvió y la ató tan deprisa como pudo. El paquete de seda acabó en medio de un envoltorio de ropas que pensaba llevarse, dentro de la estupenda capa gris de viaje. Un palmo de distancia bastó para que desapareciese la sensación de tenebrosa desolación, pero persistió el deseo de lavarse la mano. Si al menos no supiera que estaba allí... Se estaba comportando como una necia; Elayne se reiría de ella, y también Birgitte. Y con razón.

De hecho, las ropas que quería llevarse ocupaban dos paquetes, y lamentaba hasta el último trapo que tenía que dejarse. Incluso el vestido azul escotado. Y no porque deseara volver a ponerse algo así —desde luego, no tenía la menor intención de tocar el vestido rojo hasta que entregase el paquete, intacto, a una Aes Sedai en Salidar— pero no podía evitar hacer cuentas del coste de las ropas, caballos y vehículos abandonados desde que habían salido de Tanchico. Y el carruaje, y los barriles de tinte. Hasta Elayne se habría encogido si se lo hubiese planteado alguna vez. Esa jovencita creía que siempre habría monedas cuando metiera la mano en la bolsa.

Todavía estaba haciendo el segundo hatillo cuando Elayne regresó y, en silencio, empezó a cambiarse de ropa y se puso un vestido de seda azul. En silencio se entiende sin contar con los rezongos que masculló, sin duda, cuando tuvo que doblar los brazos hacia atrás para abrocharse los botones. Nynaeve la habría ayudado si se lo hubiese pedido; pero, como no lo hizo, observó subrepticiamente a la joven mientras se cambiaba, buscando magulladuras en su cuerpo. Le había parecido oír un grito unos minutos antes de que Elayne llegara, y si ella y Birgitte habían acabado a golpes... No estaba muy segura de que le alegrara no descubrir ninguna marca. Un barco fluvial sería, a su modo, un espacio tan confinado como este carromato, y nada agradable si las dos mujeres estaban malquistadas. Claro que también podría ser positivo que se hubiesen peleado, ya que de ese modo habrían desahogado un tanto su irracional temperamento.

Elayne no pronunció una palabra mientras recogía sus objetos personales, ni siquiera cuando Nynaeve preguntó, muy amablemente, dónde había ido para salir corriendo tan de repente como si se hubiese caído encima de un cardo borriquero. Por toda respuesta obtuvo un gesto altanero de barbilla levantada y una mirada gélida, como si la chica pensara que estaba sentada ya en el trono de su madre.

A veces Elayne se sumía en silencios que hablaban mucho más de lo que cualquier palabra habría podido hacer. Al ver las tres bolsas de dinero restante, vaciló un momento antes de cogerlas y la frialdad del ambiente en el interior del carromato pareció descender de manera notable, aunque esas bolsas eran su parte correspondiente. Nynaeve estaba harta de oír críticas

Librodot

sobre el modo en que disponía de los fondos comunes; que la muchacha viera cómo iban disminuyendo y quizás así fuera consciente de que podría no haber más durante un tiempo. Empero, cuando Elayne se diera cuenta de que el anillo no estaba y que la caja oscura seguía allí...

La heredera del trono la cogió y levantó la tapa; sus labios se fruncieron a medida que examinaba el contenido, los otros dos *ter'angreal* que habían transportado desde Tear: un pequeño disco de hierro con una prieta espiral grabada en ambas caras, y una estrecha lámina de diez centímetros de largo que parecía ámbar pero que era dura como el acero, y en el interior, a saber cómo, tenía grabada la imagen de una mujer dormida. Cualquiera de los dos objetos podía utilizarse para entrar en el *Tel'aran'rhiod*, aunque no de manera tan fácil y precisa como con el anillo; el uso de ambos requería encauzar Energía, el único de los Cinco Poderes que podía encauzarse durante el sueño. A Nynaeve le pareció lo más indicado dejárselos a Elayne puesto que ella se había hecho cargo del anillo. La muchacha cerró la tapa con un seco chasquido, miró a su compañera fijamente, sin expresión alguna en el rostro, y después guardó la caja en uno de sus bultos de equipaje, junto con la flecha de plata. Su silencio era clamoroso.

También ella preparó dos envoltorios, pero más voluminosos; no se dejó nada excepto las capas de lentejuelas y las ajustadas calzas. Nynaeve refrenó el impulso de insinuar que las había pasado por alto; debería haberlo dicho, considerando el malhumor que flotaba en la atmósfera, pero ella sí sabía cómo fomentar un ambiente armónico, de modo que se limitó a aspirar sonoramente el aire por la nariz cuando Elayne hizo todo un alarde de guardar el *a'dam* entre sus pertenencias; por la mirada que recibió como respuesta, sin embargo, cualquiera habría pensado que había manifestado sus objeciones sin rebozo. Para cuando salieron del carromato, el silencio podría haberse partido en pedacitos y utilizarlos para enfriar el vino.

En el exterior los hombres ya estaban listos para la marcha. Y murmurando entre ellos y lanzando ojeadas impacientes a Elayne y a ella. No era justo. Galad e Ino no tenían equipaje que preparar; la flauta y el arpa de Thom colgaban a la espalda del juglar dentro de sus fundas de cuero, junto con un pequeño hatillo; y Juilin, con la extraña arma de hoja sin filo y dentada, la quiebra espadas, sujeta al cinturón y apoyado en la larga y fina vara, cargaba con un paquete aun más reducido y perfectamente atado. A los hombres no les importaba llevar puesta la misma ropa hasta que se les cayera a trozos de puro vieja y sucia.

Ni que decir tiene que Birgitte también estaba esperando, el arco en la mano, la aljaba en la cadera, y un envoltorio con la capa a sus pies, no mucho más pequeño que uno de los de Elayne. Nynaeve creía muy capaz a Birgitte de haber guardado en ese bulto los trajes de Luca, pero lo que la hizo detenerse un instante fue otra cosa. La falda pantalón que llevaba puesta podría haber pasado por los amplios pantalones que vestía en el *Tel'aran'rhiod* excepto porque el tono era más dorado que amarillo y porque no iba fruncida a los tobillos. La corta chaqueta de color azul era idéntica en el corte.

El misterio de dónde había sacado estas ropas se resolvió cuando Clarine se acercó presurosa mientras se disculpaba por haber tardado tanto, y entregó a Birgitte otras dos faldas pantalón y una chaqueta para que las guardara en el envoltorio. Se quedó un momento para decir cuánto lamentaba que se marcharan de la compañía, y no fue la única que hizo un breve alto en el ajetreo de enganchar los caballos y preparar equipajes.

Aludra acudió para desearles un buen viaje, dondequiera que se dirigiesen, con su acento tarabonés. Y con dos cajas más de sus fósforos. Nynaeve las metió en el morral con un suspiro. Había dejado las otras a propósito, y Elayne las había metido al fondo de una estantería, detrás de un saco de judías, cuando creía que Nynaeve no la estaba mirando. Petro se ofreció a escoltarlas hasta el río, fingiendo no ver el gesto preocupado de su esposa, y también se ofrecieron los Chavana, y Kin y Bari, los malabaristas, aunque cuando Nynaeve respondió que no era necesario y Petro frunció el entrecejo, apenas pudieron disimular su alivio. Tuvo que rechazar el ofrecimiento rápidamente, ya que Galad y los otros hombres parecían a punto de aceptar. Sorprendentemente, incluso Latelle hizo una rápida aparición, expresando su pesar porque se marcharan y sonriendo, bien que en sus ojos se leía que cargaría con sus hatillos con tal de que se fueran antes. Quizás Elayne se llevase de maravilla con la mujer; pero, desde el incidente en el que había sido vapuleada, Nynaeve percibía una gran tensión cada vez que estaba cerca de ella, quizá más aun porque Cerandin no daba ninguna muestra externa de arrepentimiento.

El propio Luca fue el último en acercarse, con un lastimoso ramo de flores silvestres, raquíticas por la sequía, que le entregó a Nynaeve —sólo la Luz sabía de dónde las habría sacado— al tiempo que proclamaba un amor eterno, alabanzas extravagantes a su belleza, y juramentos dramáticos de volver a encontrarla aunque para ello tuviese que recorrer el mundo de punta a punta. La mujer no estaba segura de cuál de estas manifestaciones le causó más sonrojo, pero su fría mirada cortó de raíz la sonrisita de Juilin y la expresión estupefacta de Ino. Lo que quiera que pensaran Thom o Galad, ambos tuvieron el suficiente sentido común para no dejar traslucirlo. Por otro lado, Nynaeve se sentía incapaz de mirar a Elayne y a Birgitte.

Lo peor de todo es que tuvo que quedarse allí y escuchar, con las cabezas de las mustias flores doblándose sobre su mano, y la sangre cada vez más agolpada en sus mejillas. Intentar espantarlo con un desaire sólo habría servido para incitarlo a poner más empeño en sus protestas de amor y dar a los otros más carnaza de la que ya tenían. Faltó poco para que soltase un suspiro de alivio cuando el muy idiota se despidió finalmente con una profunda reverencia y ostentosos ondeos de su capa.

Aferrando con fuerza las flores echó a andar delante de los demás, para así no tener que ver sus caras y empujando con rabia los hatillos cuando se desplazaban de su sitio, hasta que se perdieron de vista los carromatos al girar en el muro de lona que los rodeaba. Entonces tiró las mugrosas flores con tanta violencia que Ragan y los otros shienarianos, que aguardaban en cuclillas en el prado, a medio camino de la calzada, intercambiaron miradas. Todos cargaban a la espalda un envoltorio hecho con mantas —¡pequeño, por supuesto!— junto con la espada, pero llevaban colgadas suficientes cantimploras de agua para que les duraran días, y uno de cada tres hombres llevaba un cazo o una olla colgados en uno u otro sitio. Estupendo. ¡Si había que cocinar, que lo hiciesen ellos! Sin esperar a que decidiesen si era o no seguro acercársele, Nynaeve se encaminó sola hacia la calzada de tierra.

Valan Luca era el causante de su ira —¡mira que humillarla así!, ¡tendría que haberle atizado en la cabeza y al infierno con lo que opinaran los demás!—, pero su destinatario era Lan. Lan nunca le había regalado flores; aunque tal cosa no tenía importancia, claro. El Guardián había expresado sus sentimientos con palabras más profundas y más sentidas de lo que Valan Luca nunca sería capaz. Todo lo que le había manifestado a

Librodot

Luca iba en serio, pero si Lan decía que iba a llevarla con él, ninguna amenaza lo detendría; ni siquiera aunque ella encauzara, a menos que lo hiciese antes de que él le hubiese convertido el cerebro y las rodillas en una masa de gelatina con sus besos. No obstante, unas flores tampoco habrían estado mal, e indudablemente habría sido un gesto mucho más bonito que esa explicación de por qué su amor era imposible. ¡Los hombres y su honor! Así que casado con la muerte, ¿no? ¡Él y su guerra personal con la Sombra! Ni que quisiera ni que no, iba a vivir, iba a casarse con ella, y si pensaba de otro modo respecto a lo uno o a lo otro estaba dispuesta a sacarlo de su error. Sólo había un pequeño asuntillo que resolver: su vínculo con Moraine. Faltó poco para que gritara de frustración.

Llevaba recorridos cien pasos calzada adelante, antes de que los demás la alcanzaran y la miraran de reojo. Elayne se limitó a aspirar ruidosamente por la nariz mientras se colocaba mejor los dos grandes hatillos cargados a la espalda —¡tenía que llevárselo todo!— pero Birgitte se puso a su lado y fingió murmurar entre dientes aunque lo bastante alto para que fueran comprensibles sus rezongos sobre mujeres que salían corriendo precipitadamente como las chicas de Carpa que saltaban al río desde un tajo. Nynaeve también pasó por alto los comentarios.

Los hombres ocuparon distintas posiciones: Galad a la cabeza, flanqueado por Thom y Juilin, y los demás shienarianos en una larga fila a ambos lados, escrutando con ojos vigilantes todos los agostados arbustos y cada irregularidad del terreno. Nynaeve se sentía ridícula caminando por el centro —cualquiera habría pensado que esperaban que un ejército brotara del suelo de repente, o que suponían que las otras dos mujeres y ella eran unas criaturas indefensas— sobre todo cuando los shienarianos, siguiendo el ejemplo de Ino, desenvainaron sus espadas. Demonios, pero si no se veía un alma; incluso los recientes poblados de chozas parecían abandonados. La espada de Galad permaneció en la vaina, pero Juilin sostuvo la fina vara entre las dos manos, como sopesándola, en lugar de usarla como cayado para caminar, y los cuchillos aparecieron y desaparecieron en las manos de Thom como si el juglar no fuera consciente de lo que hacía. Hasta Birgitte encajó una flecha en el arco. Nynaeve sacudió la cabeza; tendría que ser una horda muy arrojada la que se atreviera a ponerse al alcance de la vista de esta cuadrilla.

Entonces llegaron a Samara, y la antigua Zahorí deseó haber aceptado la ayuda de Petro y de los Chavana y la de cualquier otro que hubiese podido encontrar.

Las puertas estaban abiertas y sin vigilancia, y seis negras columnas de humo se elevaban por encima de la gris muralla de piedra. Al otro lado, el silencio reinaba en las calles. Bajo los pies crujieron los cristales rotos de ventanas; ése era el único sonido excepto un lejano zumbido, como si hubiese monstruosos enjambres de avispas dispersos por la ciudad. Muebles y trozos de tela salpicaban el pavimento, así como ollas y loza, objetos sacados de comercios y casas, aunque no había modo de saber si aquello era obra de saqueadores o de gente que huía.

La destrucción no había alcanzado solamente a las propiedades. En un sitio vieron, medio colgando por una ventana, un cadáver que llevaba una chaqueta de seda verde; en otro, un tipo vestido con harapos colgaba del cuello en una cuerda atada al alero de la tienda de un hojalatero. Varias veces, a lo largo de una calle lateral o un callejón, Nynaeve atisbó lo que podrían ser bultos de ropas viejas desechadas, pero sabía que no eran tal.

A través del umbral de una puerta hecha astillas, que colgaba de un único gozne, se veían las pequeñas llamas de un fuego incipiente lamiendo los peldaños de la escalera interior y el humo empezaba a salir cual sinuosos tentáculos. La calle estaba desierta ahora, pero quienquiera que fuese el autor del incendio no hacía mucho que se había marchado. Mientras giraba la cabeza a uno y otro lado en su esfuerzo por escudriñar en todas direcciones a la vez, Nynaeve aferró firmemente el cuchillo que llevaba en el cinturón.

A veces el enfurecido zumbido sonaba con más fuerza, un clamor gutural, sin palabras, que parecía retumbar a menos de una calle de distancia, y a veces se reducía a un amortiguado murmullo; empero, cuando surgió el conflicto lo hizo silenciosa y repentinamente. La masa de hombres giró en la esquina más cercana, como una manada de lobos a la caza, ocupando la calle de lado a lado, sin hacer más ruido que el de las pisadas en el pavimento. La reacción a la vista de Nynaeve y su grupo fue como lanzar una antorcha en un pajar. No hubo vacilación; como un solo hombre, la chusma se lanzó al ataque aullando con fanatismo, blandiendo horcas y espadas, hachas y garrotes, cualquier cosa que pudiera utilizarse como arma.

Nynaeve estaba todavía lo bastante furiosa para poder abrazar el *Saidar*, y lo hizo sin pensar, incluso antes de advertir el halo brillante que envolvió repentinamente a Elayne. Había una docena de maneras de detener a la chusma por sí misma, y otra docena más de destruirla si quería hacerlo... si no fuese por la posibilidad de que Moghedien la localizara. No sabía si fue la misma idea lo que contuvo a Elayne; de lo único que estaba segura era de que se aferraba a su ira y a la Fuente Verdadera con igual fervor, y que la amenaza de Moghedien, más que la enloquecida chusma que se abalanzaba contra ellos, era lo que lo hacía más terrible. Siguió aferrada al *Saidar*, consciente de que no se atrevería a utilizarlo mientras existiera otra alternativa. Casi deseó poder ser capaz de cortar los flujos que Elayne estaba tejiendo. Tenía que haber otra opción.

Un hombre, un tipo alto vestido con una andrajosa chaqueta roja que debía de haber pertenecido a otra persona a juzgar por los bordados verdes y dorados, se adelantó a la masa con sus largas piernas al tiempo que agitaba en lo alto un machado. La flecha que disparó Birgitte le acertó en un ojo; el hombre se desplomó y fue pisoteado por los otros, una horda de rostros contraídos y gritos salvajes. Nada iba a pararlos. Con un gemido, en parte de puro terror y en parte de rabia, Nynaeve desenvainó el cuchillo y al mismo tiempo se preparó para encauzar.

Al igual que una ola rompiendo en los escollos, la carga se estrelló contra los aceros shienarianos. Los hombres con el mechón de pelo recogido en una cola blandían sus espadas de empuñadura larga, asida con las dos manos, de manera metódica, como cualquier artesano realizando su oficio, y el ataque no prosperó más allá de la estrecha fila que formaban. Los hombres caían clamando al Profeta, pero otros ocupaban sus puestos pasando sobre sus cuerpos. Juilin, el muy necio, estaba en esa línea defensiva, con el gorro cónico encasquetado en su oscura cabeza, la fina vara semejando un borrón con los veloces movimientos que rechazaban estocadas, rompían brazos y partían cráneos. Thom actuaba en segunda fila, y su cojera se hacía más patente al tener que correr de un lado a otro para enfrentarse a los pocos que lograban sobrepasar la primera línea de combate; sólo tenía una daga en cada mano, pero aun así los espadachines

Librodot

morían por obra de esas cortas cuchillas. El curtido semblante del juglar mantenía un gesto impasible, pero cuando un tipo corpulento, que llevaba un delantal de cuero de herrero, estuvo a punto de alcanzar a Elayne con la horca que manejaba, Thom gruñó tan ferozmente como cualquier componente de la chusma y casi le arrancó la cabeza al individuo mientras le rebanaba el pescuezo. Mientras tanto, Birgitte disparaba incansable, girando calmosamente para apuntar a uno u otro lado, y cada flecha hacía diana en un ojo.

Empero, si ellos contuvieron a la horda, fue Galad el que abrió brecha. Afrontó la carga como si esperase la próxima danza en un salón de baile, con los brazos cruzados y aire despreocupado, sin molestarse siquiera en desenvainar su espada hasta que casi los tuvo encima. Entonces empezó a bailar, toda su gracia innata convertida de manera instantánea en gráciles movimientos letales. No se conformó con contenerlos, sino que abrió una brecha hasta el centro de la multitud, cual una guadaña tan ancha como la distancia que alcanzaba su espada. A veces cinco o seis hombres lo rodeaban armados con espadas, hachas y patas de mesa a guisa de garrotes, pero sólo durante el breve espacio de tiempo que tardaban en perecer. Al final, ni siquiera toda su rabia ni toda su ansia de sangre bastaron para hacerle frente. Fue de Galad del que los primeros huyeron mientras tiraban las armas, y cuando el resto puso pies en polvorosa, lo hizo abriéndose a su alrededor, para no acercarse a él. Cuando hubieron desaparecido por donde habían llegado, Galad estaba separado veinte pasos de los demás, solo entre los muertos y los gemidos de los moribundos.

Nynaeve tuvo un escalofrío cuando el joven se inclinó para limpiar el acero de su espada en la chaqueta de un cadáver. Hasta haciendo eso, sus movimientos resultaban gráciles. Hasta haciendo eso, resultaba hermoso. Nynaeve pensó que iba a vomitar.

No sabía cuánto tiempo había durado la lucha; algunos de los shienarianos se apoyaban en las espadas, jadeando, y observaban a Galad con un gran respeto. Thom estaba inclinado, con una mano sobre la rodilla, e intentaba rechazar a Elayne con la otra mientras le aseguraba que estaba bien y que sólo necesitaba recobrar el aliento. Lo mismo podían haber sido minutos como una hora.

Por una vez, al contemplar a los heridos despatarrados en el pavimento aquí y allí, uno de los cuales intentaba alejarse arrastrándose, Nynaeve no sintió deseos de curar ni la menor piedad por ellos. A poca distancia había una horca, donde había caído al tirarla alguien; la cabeza cortada de un hombre estaba clavada en una de las púas, mientras que en la otra aparecía pinchada la cabeza de una mujer. Lo único que sintió fue náusea, y agradecimiento de que no fuese su cabeza. Y frío.

—Gracias —dijo en voz alta, a todos y a nadie en particular—. Muchísimas gracias. —Puede que sus palabras sonasen un tanto rechinantes, pues no le gustaba admitir que otros le habían solucionado un problema que ella no había podido solventar por sí misma, pero sí eran fervientes. Entonces Birgitte respondió con un cabeceo, y Nynaeve tuvo que luchar consigo misma para contenerse. Aunque en honor a la verdad la mujer había hecho tanto como cualquiera; y, desde luego, mucho más que ella. Volvió a envainar el cuchillo del cinturón—. Eh... disparas muy bien.

Con una sonrisa, como si supiese exactamente lo mucho que le había costado pronunciar esas palabras, Birgitte empezó a recoger sus flechas. Nynaeve se estremeció e intentó no mirar.

Casi todos los shienarianos estaban heridos, y también Thom y Juilin tenían sangre aquí y allí —milagrosamente, Galad estaba indemne; o quizá no fuera algo tan milagroso si se tenía en cuenta su forma de manejar la espada— pero, con la clásica actitud varonil llevada al extremo, todos ellos insistieron en que los tajos no eran nada serio. Hasta Ino manifestó que debían seguir adelante, aunque uno de sus brazos colgaba flojamente al costado y un corte le corría a lo largo de la cara, en el mismo lado en el que tenía la cicatriz, y acabaría siendo una copia exacta de ésa si no se curaba enseguida.

En honor a la verdad, Nynaeve tenía ganas de marcharse a pesar de estar repitiéndose para sus adentros que debería hacer un alto para ocuparse de las heridas. Elayne rodeó a Thom con un brazo para ayudarlo a caminar, pero el juglar rehusó apoyarse en ella y empezó a recitar un cuento en Cántico Alto, de manera tan florida que resultó difícil identificarlo con la historia de Kirukan, la bella reina guerrera de la Guerra de los Trollocs.

—Tenía el temperamento de un oso atrapado entre escaramujos, y eso en sus mejores momentos —comentó suavemente Birgitte sin dirigirse a nadie en particular—. En absoluto parecida a nadie que esté por aquí cerca.

Nynaeve rechinó los dientes. Estaba lista si esperaba oír de sus labios otro cumplido, hiciese lo que hiciese. Pensándolo bien, cualquier hombre de Dos Ríos habría disparado igual de bien a esa distancia. Cualquier muchacho.

Los siguió el apagado ruido de retumbos, de lejanos clamores en otras calles, y a menudo Nynaeve tuvo la sensación de que había ojos vigilándolos a través de las vacías ventanas sin cristales. Sin embargo, debía de haberse corrido la voz o los observadores habían presenciado la pelea, porque no vieron un alma hasta que de repente dos docenas de Capas Blancas les salieron al paso en una calle, la mitad de ellos con los arcos tensados y el resto con las espadas desnudas. Los aceros shienarianos estuvieron prestos en un abrir y cerrar de ojos.

Un rápido intercambio de palabras entre Galad y un tipo de rostro hosco bajo el yelmo y les abrieron paso, aunque el hombre observó a los shienarianos con desconfianza, y a Thom y a Juilin, y también a Birgitte. Aquello sacó de quicio a Nynaeve. Le parecía muy bien que Elayne avanzara con la barbilla levantada y haciendo caso omiso de los Capas Blancas como si fueran simples sirvientes, pero a ella no le gustaba que la descartaran creyéndola inofensiva.

El río no estaba lejos. Detrás de unos pequeños almacenes de piedra con techos de pizarra, los tres muelles de la ciudad apenas entraban en el agua tras salvar un ancho tramo de cieno seco. Una embarcación ancha, de dos mástiles, estaba amarrada en la punta de uno de ellos. Nynaeve esperaba que no hubiese dificultades en conseguir camarotes separados; y también confiaba en que la embarcación no cabeceara demasiado.

Una pequeña multitud se arracimaba a veinte pasos del muelle, bajo la atenta vigilancia de cuatro guardias Capas Blancas; había casi una docena de hombres, en su mayoría de edad avanzada y con contusiones y las ropas desgarradas, y el doble de mujeres, casi todas con dos o tres niños aferrados a ellas, y algunas con un bebé en brazos además. Otros dos Capas Blancas montaban guardia al inicio del muelle. Los pequeños escondían la cara en las faldas de sus madres, pero los adultos contemplaban anhelantes el barco. El espectáculo rompió el corazón de Nynaeve; recordaba las mismas expresiones, aunque mucho más numerosas, en Tanchico. Gente ansiando

Librodot

desesperadamente encontrar un medio para ponerse a salvo. No había podido hacer nada por ellos.

Pero, antes de que tuviera tiempo de hacer algo por éstos, Galad la había agarrado a ella y a Elayne por un brazo y las conducía muelle adelante y por la inestable pasarela de madera. En cubierta había otros seis hombres de rostros severos, con níveas capas y bruñidos petos, vigilando al puñado de hombres descalzos, casi todos con el torso desnudo, que estaban en cuclillas en las achatadas proa y popa de la embarcación. El capitán, plantado al pie de la pasarela, asestó sendas miradas a los Capas Blancas y al variopinto grupo que subió a bordo de su barco, y difícilmente podría haberse dicho cuál fue más desabrida.

Agni Neres era un hombre alto y huesudo, vestido con una chaqueta oscura, con unas orejas muy salientes y un gesto avinagrado en el estrecho rostro. Hizo caso omiso del sudor que le corría por las mejillas.

—Me pagasteis pasaje para dos mujeres. ¿He de suponer que queréis que lleve a la otra individua y a los hombres gratis?

Birgitte le asestó una mirada amenazadora, pero el hombre no pareció advertirlo.

—Tendréis el dinero del precio del pasaje, mi buen capitán —le respondió fríamente Elayne.

—Siempre y cuando sea razonable —intervino Nynaeve, que no hizo caso de la cortante mirada que le dirigió la muchacha.

La boca de Neres se apretó, estrechándose sus labios, ya finos de por sí, y volvió a dirigirse a Galad.

—Entonces, si sacáis a vuestros hombres de mi barco, zarparé. Me apetece menos que antes estar aquí a la luz del día.

—Zarparemos tan pronto como embarque el resto de vuestros pasajeros —adujo Nynaeve mientras señalaba con un gesto de cabeza a la gente apiñada en el arranque del muelle.

Neres miró a Galad, pero se encontró con que el joven se había apartado para hablar con los otros Capas Blancas, y luego volvió la vista hacia la gente en la orilla y masculló al aire, por encima de la cabeza de Nynaeve.

—Los que puedan pagar. No hay muchos en esa pandilla que parezcan estar en condiciones de hacerlo. Y tampoco podría llevarlos a todos aunque tuviesen el dinero.

La mujer se puso de puntillas, de manera que su sonrisa no pasara inadvertida al capitán. La mueca hizo que el hombre metiera la barbilla en el cuello de la chaqueta.

—Hasta el último de ellos, «capitán». En caso contrario, os cortaré las orejas.

La boca del hombre se abrió en un gesto iracundo, pero de repente sus ojos se desorbitaron, mirando fijamente por detrás de Nynaeve.

—De acuerdo —se apresuró a aceptar—. Pero espero algún tipo de pago, fijaos bien. Doy mis limosnas el primer día del año, y esa fecha está muy lejana.

Apoyando de nuevo los talones en la madera de cubierta, la mujer echó una ojeada sobre el hombro subrepticiamente. Thom, Juilin e Ino se encontraban detrás, contemplándolos a Neres y a ella afablemente, tanto como era posible considerando los rasgos de Ino y la sangre que les manchaba la cara a todos. Demasiado afablemente.

Tras aspirar sonoramente por la nariz, manifestó:

—Me ocuparé de que suban todos a bordo antes de que alguien toque

Librodot

un solo cabo —y fue a buscar a Galad. Suponía que el joven se merecía alguna palabra de agradecimiento, dado que había hecho lo que pensaba que era correcto hacer. Ése era el problema con los mejores hombres: que siempre pensaban que estaban haciendo lo que era correcto. Aun así, lo que quiera que estos tres hubiesen hecho ahora, le habían evitado una discusión.

Encontró a Galad con Elayne; el hermoso rostro del joven rebosaba frustración, pero se alegró al verla.

—Nynaeve, os he pagado el pasaje hasta Boannda. Eso está sólo a mitad de camino de Altara, donde el Boern desemboca en el Eldar, pero no podía permitirme pagar más trayecto. El capitán Neres se ha quedado hasta el último céntimo que tenía en mi bolsa, además de lo que pedí prestado. Ese individuo ha aumentado las tarifas por diez, y me temo que tendréis que llegar a Caemlyn por vuestros propios medios desde allí. Lo lamento muchísimo.

—Ya has hecho más que suficiente —manifestó Elayne mientras sus ojos se volvían hacia las columnas de humo que se alzaban sobre Samara.

—Sólo cumplí lo prometido —respondió él con cansada resignación. Era obvio que habían estado hablando de lo mismo antes de que Nynaeve llegara.

La antigua Zahorí se las arregló para darle las gracias, que él desestimó con cortesía, aunque con el gesto de estar convencido de que tampoco ella lo entendía, cosa con la que Nynaeve no podía estar más de acuerdo. Había iniciado una guerra para mantener una promesa; Elayne tenía razón en eso: sería una guerra, si es que no lo era ya. Sin embargo, pese a que sus hombres se habían apoderado del barco, en su poder, no había exigido un precio mejor. La embarcación era de Neres, y era él quien decidía lo que cobraba y lo que no… siempre y cuando se llevase a Elayne y a Nynaeve. Era verdad: a Galad jamás lo detendría el coste de hacer lo que consideraba correcto, ni para él ni para nadie.

En la pasarela hizo un alto y contempló intensamente la ciudad como si estuviese viendo el futuro.

—Manteneos alejadas de Rand al'Thor —advirtió, sombrío—. Trae la destrucción. Volverá a hacer añicos el mundo antes de que todo haya acabado. Manteneos lejos de él. —De inmediato recorrió al trote el muelle al tiempo que pedía a voces su armadura.

Nynaeve se sorprendió compartiendo una mirada pasmada con Elayne, aunque enseguida se diluyó en otra de azoramiento. Resultaba difícil compartir un momento así con alguien que podía levantarle a uno ampollas con la lengua. Al menos, tal era el motivo de que ella se sintiera incómoda; la razón por la que Elayne estaba sofocada escapaba a su comprensión, a menos que la muchacha estuviese empezando a recobrar el sentido común. Era de todo punto imposible que Galad sospechase que no tenían intención de ir a Caemlyn. Pues claro que no. Los hombres jamás eran tan perspicaces. Elayne y ella no volvieron a mirarse durante un tiempo.

Librodot

CAPÍTULO 21

A Boannda

No hubo problemas a la hora de embarcar al apiñado grupo de hombres, mujeres y niños una vez que Nynaeve dejó muy claro al capitán Neres que tenía que encontrar hueco para todos y que, opinara lo que opinase, cambiaría de idea porque ella sabía exactamente cuánto le pagaría por los pasajes hasta Boannda. Naturalmente, algo debió influir el que tomara la precaución de pedirle en voz baja a Ino que sus soldados shienarianos hiciesen algún tipo de alarde con las espadas. Quince hombres de facciones rudas, todos ellos con la cabeza afeitada salvo el mechón atado en la coronilla, por no mencionar las manchas de sangre y las armas de hojas afiladas y engrasadas, recordando entre risotadas cuántos más habían estado a punto de acabar ensartados como un cordero en un espetón... En fin, que la escena tuvo un efecto muy saludable. La antigua Zahorí contó el dinero mientras lo iba soltando en la mano del capitán, y si le dolía desprenderse de él sólo tenía que rememorar aquellos muelles de Tanchico para seguir contando. Neres tenía razón en una cosa: a juzgar por su aspecto, estas personas no disponían de mucho dinero e iban a necesitar hasta el último céntimo que tuviesen. Por otra parte, Elayne no tenía derecho a preguntarle con aquel tono asquerosamente suave si es que le estaban sacando una muela para tener un gesto tan agrio.

La tripulación corrió a cumplir la orden de soltar amarras que Neres gritó, mientras los últimos pasajeros todavía subían por la pasarela cargados con sus míseras pertenencias aquellos que poseían algo más que los harapos que llevaban puestos. En honor a la verdad, abarrotaron la ancha embarcación hasta el punto de que Nynaeve empezó a preguntarse si Neres no tendría también razón respecto a eso. Sin embargo, sus semblantes se iluminaban con tal expresión de esperanza cuando pisaban cubierta que Nynaeve se avergonzó de haberse planteado, aunque fuese sólo de pasada, la posibilidad de dejar en tierra a algunos. Y cuando se enteraron de que les había pagado el pasaje, se arracimaron a su alrededor, empujándose en su afán de besarle la mano o el repulgo de la falda en tanto que le daban las gracias y la bendecían, algunos con las lágrimas deslizándose por las sucias mejillas, hombres y mujeres por igual. La antigua Zahorí deseó que se la tragara la tierra.

Las cubiertas bullían con la afanosa tripulación mientras los largos remos salían por los costados del barco y las velas se izaban; Samara empezó a empequeñecerse en la distancia antes de que Nynaeve pudiera poner fin a las demostraciones de agradecimiento. Si Elayne o Birgitte hubiesen hecho el menor comentario, les habría dado de golpes a las dos como escarmiento.

Pasaron cinco días en el *Sierpe de río*; cinco días de deslizarse a lo largo del sinuoso Eldar soportando el calor agobiante de las horas diurnas y la temperatura no mucho más fresca de las noches. Algunas cosas cambiaron para mejor en ese tiempo, pero el viaje no tuvo un buen comienzo.

Librodot

El primer problema real de la travesía lo planteó el camarote de Neres, situado en popa, el único lugar para acomodarse aparte de la cubierta. Y no es que Neres se mostrase reacio en abandonarlo. Su apresuramiento en hacer el traslado —con los pantalones y chaquetas y camisas echados sobre los hombros de cualquier manera y colgando del gran bulto cargado en los brazos, la bacía de afeitar en una mano y la navaja en la otra— hizo que Nynaeve mirase con dureza a Thom, Juilin e Ino. Una cosa era servirse de ellos cuando lo consideraba oportuno y otra muy distinta que por propia iniciativa cuidasen de ella a sus espaldas. Empero, sus semblantes no podían traslucir una expresión más franca y sus ojos una mirada más inocente. Elayne sacó a colación otro de los dichos de Lini: «Un saco abierto no oculta nada y una puerta abierta encubre poco, pero un hombre que se muestra franco a buen seguro esconde algo».

No obstante, fuese cual fuese la dificultad que le planteaba la actitud de los hombres, el problema inmediato era el camarote en sí. Apestaba a rancio y moho a pesar de tener abiertas de par en par las pequeñas portillas, por las que apenas pasaba luz al húmedo y oscuro cubículo. Le iba de perlas la palabra «confinamiento». El camarote era pequeño, más que el carromato, y casi todo el espacio estaba ocupado por una pesada mesa y una silla de respaldo alto que estaban sujetas al suelo, y la escala que subía a cubierta. Un lavabo construido en la pared, con una jofaina y un aguamanil mugrientos, y un estrecho espejo lleno de polvo empequeñecían aun más el habitáculo y completaban el mobiliario, salvo por unas cuantas estanterías vacías y unas clavijas para colgar la ropa. Las vigas del techo se extendían a poca altura sobre la cabeza, incluso en el caso de ellas. Y sólo había un camastro, más ancho que en el que habían estado durmiendo, pero que difícilmente ofrecía espacio para dos. Con lo alto que era, Neres no habría advertido la diferencia si hubiese vivido en un cajón. Indudablemente, el capitán no era partidario de ceder un solo centímetro que pudiese ser aprovechado para atiborrarlo con carga.

—Llegó a Samara de noche —murmuró Elayne, que soltó los hatillos y se puso en jarras mientras miraba despectivamente en derredor—, y quería marcharse de noche. Le oí decir a uno de sus hombres que se proponía seguir navegando lo que quedaba de noche lo quisieran o no las... «individuas». Por lo visto no le hace mucha gracia moverse a la luz del día.

Al pensar en los codazos y los pies fríos de la muchacha, Nynaeve se preguntó si no sería mejor quedarse a dormir arriba, con los refugiados.

—¿Qué quieres decir con esos comentarios?

—Que el tipo es un contrabandista, Nynaeve.

—¿Con una embarcación como ésta? —Nynaeve soltó sus propios hatillos, dejó el morral sobre la mesa y se sentó al borde de la cama. No, no dormiría en cubierta. El camarote apestaría, pero podía airearse, y, aunque estuviesen apretadas en la cama, ésta tenía un buen colchón de plumas. Además, el barco cabeceaba de manera desagradable; por lo menos aprovecharía todas las comodidades que pudiera. Elayne no iba a echarla de aquí—. Pero ¡si es un barril! Tendremos suerte si llegamos a Boannda en dos semanas. Y sólo la Luz sabe cuánto tiempo más hasta Salidar. —Ninguna de las dos sabía realmente a qué distancia estaba esta población, y todavía no era el momento de sacar el asunto a colación con el capitán Neres.

—Todo encaja. Incluso el nombre: *Sierpe de río*. ¿Qué comerciante honrado pondría ese nombre a su barco?

—Bueno ¿y qué si lo es? No sería la primera vez que utilizamos los

Librodot

servicios de un contrabandista.

Elayne levantó las manos en un gesto exasperado; a su parecer, respetar la ley era importante por absurda que fuese. Habida cuenta de sus criterios, compartía con Galad mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir. De modo que Neres las había llamado individuas, ¿no?

La segunda dificultad era encontrar sitio para los otros. El *Sierpe de río* no era una embarcación muy grande, aunque sí ancha, y contándolos a todos había más de cien personas a bordo. Parte del espacio estaba ocupado por la tripulación para manejar los remos y atender los cabos y las velas, y ello no dejaba mucho para los pasajeros. Tampoco ayudaba mucho el que los refugiados procurasen estar lo más lejos posible de los shienarianos; por lo visto estaban hartos de hombres armados. Apenas había espacio para que todo el mundo se sentara, cuanto menos para que alguien se tumbase. Nynaeve le planteó el asunto a Neres sin andarse por las ramas:

—Estas personas necesitan más sitio. Sobre todo las mujeres y los niños. Puesto que no hay más camarotes, habrá que conformarse con la bodega.

El semblante del capitán se ensombreció.

—La bodega está llena de carga valiosa. Muy valiosa —gruñó, con la vista prendida en un punto a la izquierda de la mujer.

—Me pregunto si los oficiales de aduanas estarán en activo en esta parte alta del Eldar —comentó Elayne como de pasada mientras contemplaba las arboladas orillas. El río, con las márgenes bordeadas de negro cieno reseco y arcilla amarillenta, sólo tenía unos cuantos cientos de pasos de anchura en este punto—. Ghealdan a un lado y Amadicia al otro. Podría parecerles extraño que la bodega esté llena de mercancía procedente del sur y que el barco navegue en esa misma dirección. Claro que, sin duda, tendréis todos los documentos que demuestren dónde habéis pagado las tasas. Y que podréis explicar que no descargasteis debido a los disturbios de Samara. He oído comentar que los siseros son gente muy comprensiva, realmente.

Con las comisuras de los labios curvadas hacia abajo, el capitán continuó sin mirarlas directamente ni a la una ni a la otra.

Gracias a ello, vio sin dificultad cuando Thom agitó las manos vacías, ejecutó un ademán ostentoso, y de repente empezó a dar vueltas a un par de cuchillos entre los dedos antes de hacer que uno de ellos desapareciera.

—Simples ejercicios para practicar —comentó el juglar mientras se atusaba el largo bigote con el otro cuchillo—. Me gusta mantener afinadas ciertas... habilidades. —El corte en el cuero cabelludo y la sangre reciente en su rostro, sumados a un desgarrón ensangrentado en una de las hombreras de su chaqueta, además de otras rasgaduras en diferentes sitios, le otorgaban un aspecto avieso que sólo superaba el de Ino. En la feroz sonrisa del shienariano no había nada de jovial, aparte que no lo favorecían en absoluto la larga cicatriz y el nuevo corte que le surcaba la mejilla, rojo y en carne viva. El brillante ojo carmesí pintado en el parche resultaba pálido en comparación.

Neres cerró los ojos y respiró muy, muy profundamente.

Se abrieron las escotillas, y las cajas y barriles fueron arrojados por la borda; algunos pesaban mucho, pero la mayoría eran ligeros y olían a especias. Neres se encogía cada vez que las aguas del río se cerraban sobre uno de los embalajes. Se le alegró el gesto —si es que tal cosa podía aplicársele a él— cuando Nynaeve ordenó que los rollos de seda, las

Librodot

alfombras y los fardos de finas lanas se dejaran abajo. Hasta que comprendió que se proponía utilizarlos como catres improvisados. Si antes era agrio el gesto de su cara, ahora habría podido cuajar con él la leche que hubiese en una habitación contigua. Sin embargo, no pronunció una sola palabra durante todo el episodio. Cuando las mujeres empezaron a subir cubos de agua atados a cuerdas para lavar a los niños allí mismo, en cubierta, se dirigió hacia la popa a grandes zancadas, con las manos apretadas a la espalda, y contempló fijamente los pocos barriles que flotaban y que iban dejando atrás.

En cierto modo, fue por la peculiar actitud de Neres hacia las mujeres por lo que empezó a suavizarse la afilada lengua de Elayne; y la de Birgitte. Al menos, así lo entendía Nynaeve, ya que ella había mantenido su habitual disposición ecuánime, naturalmente. A Neres no le caían bien las mujeres. Los tripulantes hablaban rápidamente cuando tenían que decir algo a cualquiera de ellas, sin dejar de echar ojeadas nerviosas a su capitán hasta que podían regresar apresuradamente a sus tareas. Si uno de ellos parecía no tener nada que hacer durante un momento, la mayor parte de las veces tenía que salir corriendo para realizar cualquier cometido que Neres le ordenaba a voz en grito si lo pillaba intercambiando un par de palabras con cualquiera que llevase faldas. Sus precipitados comentarios y advertencias susurradas dejaron bien claro las opiniones del capitán.

Las mujeres le costaban dinero a un hombre, peleaban como gatas de callejón y ocasionaban problemas. Todo aquello que significaba molestias o problemas para un hombre podía achacarse a las mujeres, de un modo u otro. Neres esperaba que la mitad de ellas estuvieran rodando por cubierta arañándose y tirándose de los pelos antes del primer anochecer. Todas coquetearían con sus tripulantes y suscitarían disensiones, cuando no peleas. Si hubiese estado en sus manos echar de su barco a todas las mujeres, para siempre, se habría sentido feliz. Y si hubiese podido erradicarlas de su vida, habría sido como entrar en un estado de éxtasis.

Nynaeve nunca había topado con alguien así. Oh, claro que había oído a hombres murmurar sobre las mujeres y el dinero, como si a ellos no se les fuera de las manos como agua —eran unos completos ineptos administrando el dinero, más aun que Elayne— e incluso les había oído achacar a las mujeres diversos problemas, cuando por lo general eran ellos mismos los causantes de todo el conflicto. Aun así, no recordaba haber conocido jamás a un varón que detestara realmente a las mujeres. Fue toda una sorpresa enterarse de que Neres tenía una esposa y una gran caterva de chiquillos en Ebou Dar, aunque no le extrañó que el capitán permaneciera en casa sólo el tiempo justo para meter en bodega un nuevo cargamento. Ni siquiera quería hablar con una mujer. Era simplemente asombroso. A veces Nynaeve se sorprendía observándolo de reojo, como lo habría hecho con un animal extraño. Mucho más raro que los *s'redit* o cualquiera de los que había en el espectáculo de Luca.

Naturalmente, no había manera de que Elayne o Birgitte dieran rienda suelta a su causticidad allí donde ese hombre podía oírlas. El poner los ojos en blanco y el intercambio de miradas significativas entre Thom y los otros ya era bastante malo de por sí, si bien al menos procuraban hacerlo con cierto disimulo. Pero la franca satisfacción de Neres al verse cumplidas sus ridículas suposiciones —sin duda sería su reacción de darse el caso— habría resultado insoportable. No les dejaba otra opción a las dos mujeres que tragarse la bilis y sonreír.

Librodot

En lo tocante a ella, a Nynaeve le habría gustado sostener una pequeña charla con Thom, Ino y Juilin fuera de la vista de Neres. Los tres hombres empezaban a olvidarse otra vez de cuál era su posición, a olvidar que se suponía que debían hacer lo que les mandara. Los resultados no importaban; tendría que esperar. Y, por alguna razón, les había dado por atormentar a Neres con comentarios sobre partir cabezas y rebanar pescuezos mientras sonreían torvamente. El único lugar en el que era seguro que Neres no la vería hablar con ellos era el camarote; no eran hombres particularmente grandes, aunque Thom era alto e Ino bastante fornido, pero todos juntos allí, apretujados en un espacio tan reducido, habrían dado la impresión de empequeñecerla. Una situación que difícilmente surtiría el efecto que pretendía echándoles un rapapolvo. Así pues, adoptó una agradable expresión e hizo caso omiso de los sobresaltados ceños fruncidos de Thom y Juilin, al igual que de las miradas de incredulidad de Ino y Ragan, y disfrutó del buen talante que las otras dos mujeres se vieron obligadas a adoptar.

Se las ingenió para mantener la sonrisa cuando se enteró del motivo de que las velas estuviesen tan hinchadas y las onduladas márgenes del río pasaran velozmente como un caballo a galope bajo el sol de la tarde. Neres había hecho retirar los remos, que se colocaron a lo largo de las batayolas; casi parecía feliz. Sólo casi. En la orilla de Amadicia se extendía un bajo farallón de arcilla, en tanto que la de Ghealdan aparecía cubierta por una ancha franja de cañaverales entre el río y la floresta, en su mayor parte parduscos y mustios allí donde el agua había retrocedido al descender el nivel. Samara se encontraba sólo a unas pocas horas corriente arriba.

—Has encauzado —le dijo a Elayne entre dientes. Se limpió el sudor de la frente con el envés de la mano y resistió el impulso de sacudirlo sobre la cubierta que se mecía lentamente. Los otros pasajeros dejaban un hueco libre alrededor de ellas dos y de Birgitte de unos cuantos pasos, pero aun así mantuvo el tono bajo y tan afable como le fue posible. Su estómago parecía seguir el cabeceo del barco con un segundo de retraso, y ello no mejoraba precisamente su humor—. Este viento es obra tuya. —Esperaba que hubiese suficiente eneldo en el morral.

Viendo la tez suavemente encendida y los abiertos ojos de Elayne cualquiera habría dicho que de su boca manaban mieles.

—Te estás convirtiendo en un asustadizo conejo. Cálmate. Samara está a muchos kilómetros de distancia. Nadie puede percibir nada desde tan lejos. Ella tendría que encontrarse en el barco para saberlo. Además, fui muy rápida.

Nynaeve pensó que el rostro se le iba a romper si continuaba sonriendo, pero por el rabillo del ojo atisbó a Neres, observando a los pasajeros y sacudiendo la cabeza. Al estar furiosa, también podía ver los restos de flujos casi difuminados de la urdimbre de la muchacha. Manipular los fenómenos atmosféricos era como hacer rodar una piedra por una pendiente: tendía a seguir el movimiento que se le imprimiera. Cuando se apartara del camino de un brinco, lo que ocurriría antes o después, sólo había que tirar en sentido contrario. Cabía en lo posible que Moghedien hubiese percibido un tejido de ese calibre desde Samara, pero desde luego no con la claridad suficiente para discernir dónde se había llevado a cabo. Ella misma igualaba a Moghedien en cuanto a fuerza en el Poder, y si esa potencia no había sido suficiente para hacer algo, podría darse por supuesto que tampoco la Renegada estaba en condiciones de hacer nada. Además, deseaba viajar lo

Librodot

más deprisa posible; en ese momento, pasar con las otras dos mujeres un día más de lo estrictamente preciso tenía tan poco atractivo como compartir el camarote con Neres. Amén de que estar navegando un día más tampoco era una perspectiva agradable. ¿Cómo podía moverse tanto un barco teniendo el río un aspecto tan calmado?

—Deberías haber preguntado antes, Elayne. —Los labios empezaban a dolerle de sonreír—. Siempre haces las cosas sin pensar, y ya va siendo hora de que te des cuenta de que, si te caes en un agujero por correr ciegamente, tu vieja niñera no va a venir a levantarte y a lavarte la cara.

Para cuando pronunció la última palabra, los ojos de la heredera del trono estaban desorbitados y sus dientes, descubiertos por una mueca forzada, parecían prestos a asestar un mordisco.

Birgitte posó una mano en cada una de ellas, se inclinó y un gesto alegre iluminó su rostro mientras hablaba, como si les estuviese contando algo muy divertido.

—Basta ya. Como no lo dejéis ahora mismo, os tiro a las dos al río para que se os enfríe la sangre y os calméis. Os estáis comportando como camareras de Shago con prurito invernal.

Con los rostros sudorosos petrificados en una mueca amable, las tres mujeres echaron a andar en distintas direcciones, tan separadas como se lo permitía el barco. Cerca del ocaso, Nynaeve oyó decir a Ragan que ella y las otras debían de sentirse realmente aliviadas de haber salido de Samara por el modo en que se sonreían y se comportaban, y los demás hombres parecían ser de la misma opinión, pero el resto de las mujeres que iban a bordo las observaban con expresiones demasiado suaves; ellas sí sabían reconocer un problema cuando lo veían.

Empero, poquito a poco el conflicto se diluyó; Nynaeve no sabía exactamente cómo. Quizá la apariencia agradable que Elayne y Birgitte fingieron se les metió dentro a pesar de sí mismas. Quizá lo ridículo de la situación, tratando de mantener una sonrisa amistosa en la cara mientras se daba a las palabras un adecuado tono mordiente acabó por superarlas. Fuese lo que fuese, ella no podía quejarse por el resultado. Lentamente, día a día, las palabras y el tono empezaron a estar en conformidad con el gesto, y de vez en cuando una de ellas incluso parecía azorada, evidentemente al recordar cómo se había comportado ella. Ninguna de las dos ofreció una palabra de disculpa, por supuesto, cosa que Nynaeve entendía muy bien. Si hubiese sido tan necia y maliciosa como ellas, ciertamente no querría recordárselo a nadie.

Los niños también jugaron una baza importante en devolverles el equilibrio a Elayne y a Birgitte, aunque de hecho la cosa empezó con Nynaeve ocupándose de las heridas de los hombres aquella primera mañana que pasaron en el río. Sacó su morral lleno de hierbas, preparó ungüentos y pomadas y puso vendajes. Aquellos cortes avivaron su ira lo bastante para recurrir a la curación —la enfermedad y las heridas siempre la ponían furiosa— e hizo uso del Talento para algunos de los peores casos, aunque tenía que llevar mucho cuidado. Heridas que desaparecieran darían que hablar, y la Luz sabía lo que Neres sería capaz de hacer si sospechaba que llevaba una Aes Sedai a bordo; a buen seguro mandaría a escondidas a uno de sus hombres a Amadicia por la noche e intentaría que las arrestaran. En realidad, la noticia podría haber impulsado a más de un refugiado a saltar por la borda.

Con Ino, por ejemplo, le dio friegas con linimento de alcanfor en el

Librodot

hombro contusionado, aplicó con toquecitos un poco de milenrama en el tajo de la cara —no tenía sentido gastar demasiado de los remedios— y le envolvió la cabeza con vendajes hasta que el hombre apenas pudo mover la mandíbula, y entonces usó la Curación. Cuando el soldado dio un respingo y se sacudió, lo increpó duramente:

—No seas quejica. Jamás imaginé que un poquito de dolor molestaría a un hombre hecho y derecho. Mucho cuidado con quitarte el vendaje; si se te ocurre tocarlo en los próximos tres días, te daré una dosis de algo tan amargo que tardarás en olvidar su sabor.

Él asintió lentamente y la contempló con tanta incertidumbre que era evidente que ignoraba lo que la mujer había hecho. Si se daba cuenta cuando finalmente se quitara las vendas, con suerte nadie más se acordaría exactamente de lo profundo que era el tajo y él tendría el sentido común de mantener la boca cerrada.

Una vez que empezó, por lógica continuó con el resto de los pasajeros. Eran pocos los refugiados que no tenían contusiones o cortes, y algunos niños presentaban síntomas de fiebre o lombrices, dolencias que podía curar sin temor, ya que los críos siempre alborotaban cuando se les daba a tomar algo que no supiese a miel. Se achacaría a la gran imaginación infantil si les contaban a sus madres que habían notado algo raro.

En realidad nunca se había sentido cómoda tratando niños. Cierto, quería tener hijos de Lan; una parte de ella lo deseaba. Pero los niños organizaban un escándalo por nada y parecían tener por costumbre hacer lo contrario de lo que se les mandaba tan pronto como uno se daba media vuelta, sólo para ver cómo reaccionaba. Sin embargo, se sorprendió acariciando suavemente el oscuro cabello de un chiquillo que apenas le llegaba a la cintura y que la miraba fijamente, como un búho, con sus brillantes ojos de color azul. Se parecían mucho a los de Lan.

Elayne y Birgitte se le unieron, sólo para ayudarla a mantener el orden al principio, pero de un modo u otro tendían a ocuparse también de los niños. Cosa rara, Birgitte no ofrecía en absoluto un aspecto ridículo con un pequeño de tres o cuatro años apoyado en la cadera y un círculo de críos a su alrededor mientras les cantaba una estúpida cancioncilla sobre animales que bailaban. Y Elayne repartió una bolsa de dulces de color rojo. La Luz sabía de dónde los había sacado o por qué. No pareció ni pizca avergonzada cuando Nynaeve la sorprendió metiéndose uno en la boca; se limitó a sonreír y a chuparse el dedo como si fuera una niña pequeña. Los niños reían como si acabaran de recordar cómo se hacía, y se acurrucaban en las faldas de Nynaeve o de Elayne o de Birgitte con tanta familiaridad como lo hacían en las de sus madres. Resultaba muy difícil estar de mal humor en semejantes circunstancias. Ni siquiera fue capaz de hacer más que dar un resoplido, y bastante suave, cuando Elayne reanudó su estudio del *a'dam* en la intimidad del camarote en el segundo día de viaje. La muchacha parecía más convencida que nunca de que el brazalete, el collar y la cadena creaban una extraña forma de vinculación. Nynaeve llegó incluso a sentarse con ella un par de veces; la mera visión del horrible artefacto bastaba para hacer posible que abrazara el *Saidar* y aguantar las explicaciones de la joven.

Las historias personales de los refugiados salieron a relucir, naturalmente. Familias separadas, extraviadas o muertas. Granjas, tiendas y negocios arruinados a medida que las repercusiones de los problemas del mundo se propagaban, interrumpiendo el comercio. La gente no podía comprar cuando no podía vender. El Profeta no había sido más que el último

Librodot

ladrillo de una carga excesiva que había partido el eje del carro. Nynaeve no dijo nada cuando vio a Elayne entregar subrepticiamente un marco de oro a un hombre de ralo cabello gris que inclinó la arrugada frente e intentó besarle la mano. Ya aprendería lo deprisa que desaparecía el oro. Además, ella misma había dado unas cuantas monedas. Bueno, tal vez algo más que unas cuantas.

Todos los hombres salvo dos eran canosos o estaban calvos, y tenían los rostros curtidos y las manos callosas. Los jóvenes habían sido alistados en el ejército si es que no los había cogido antes el Profeta; a aquellos que rehusaron lo uno o lo otro los habían ahorcado. Los dos jóvenes —en realidad poco más que unos chiquillos; Nynaeve dudaba que ninguno de ellos se afeitara con regularidad— tenían una mirada acosada y se encogían si uno de los shienarianos los miraba. A veces los hombres mayores hablaban de volver a empezar, de encontrar un trozo de tierra para cultivar o reanudar su negocio, pero el tono de sus voces ponía de manifiesto que en sus palabras había más de farol o baladronada que verdadera esperanza. Principalmente hablaban en voz baja de sus familias: una esposa perdida, hijos e hijas perdidos, nietos perdidos. Ellos mismos parecían perdidos. La segunda noche, un tipo con las orejas salientes que había dado la impresión de ser el más entusiasta en un triste grupo desapareció sin más; cuando el sol salió no estaba, simplemente. Tal vez había nadado hasta la orilla. Nynaeve esperaba que fuese así.

Con todo, fueron las mujeres quienes conmovieron su corazón. No tenían más perspectivas ni certezas que los hombres, pero la mayoría sí que tenían más cargas. No estaban con sus maridos, ni siquiera sabían si seguían vivos, y aun así las responsabilidades que las agobiaban las empujaban a seguir adelante. Ninguna mujer con valor podía darse por vencida si tenía hijos. Pero incluso las otras estaban decididas a buscar un futuro; todas tenían al menos un retazo de esa esperanza que los hombres sólo fingían albergar. En especial había tres que la atraían de manera especial.

Nicola era aproximadamente de su misma edad y más o menos de su estatura; una tejedora esbelta, de cabello oscuro y grandes ojos que había estado haciendo planes para casarse. Hasta que a Hyran se le metió en la cabeza que su deber le exigía seguir al Profeta y al Dragón Renacido; se casaría con ella cuando hubiese cumplido con su deber. El deber había sido muy importante para Hyran. Habría resultado un buen esposo y padre, concienzudo, a decir de Nicola. Sólo que, lo que quiera que hubiese en su cabeza no le había servido de mucho cuando alguien se la abrió con un hacha. Nicola ignoraba quién lo había hecho y por qué; sólo sabía que quería poner toda la distancia posible entre el Profeta y ella. En alguna parte tenía que haber un sitio donde no se matara, donde no tuviera siempre miedo de lo que podía encontrar al doblar una esquina.

Marigan, unos cuantos años mayor que ella, había sido rellenita en otro tiempo, pero ahora el vestido le colgaba flojo y su rostro embotado denotaba que ya estaba más allá del agotamiento y el desánimo. Sus dos hijos, de seis y siete años, contemplaban silenciosamente el mundo con los ojos demasiado abiertos; aferrados el uno al otro parecían asustados de todo y de todos, incluso de su propia madre. Marigan se había ocupado de remedios y curas en Samara, aunque albergaba ideas raras respecto a los unos y a las otras. En realidad no era de extrañar; una mujer que ofrecía servicios como curandera teniendo Amadicia y los Capas Blancas al otro lado del río debía

actuar con prudencia y sin sobresalir demasiado en el oficio, que por otra parte había tenido que aprender por sí misma, naturalmente. Lo único que había querido siempre era sanar enfermedades y afirmaba haberlo hecho bien, aunque había sido incapaz de salvar a su marido. Los cinco años transcurridos desde su muerte habían sido muy duros, y la llegada del Profeta no la había ayudado ciertamente. La chusma dedicada a la caza de Aes Sedai la persiguió, obligándola a esconderse, después de que curó a un hombre que tenía fiebres, aunque lo que decían los rumores era que lo había hecho volver de entre los muertos. Eso demostraba lo poco que casi toda la gente sabía acerca de las Aes Sedai; la muerte estaba más allá del poder de la Curación. Ni siquiera Marigan parecía creer que no fuera posible tal cosa. Al igual que Nicola, no sabía hacia dónde dirigirse; a algún pueblo, esperaba, donde pudiese utilizar nuevamente sus conocimientos de las hierbas curativas en paz.

Areina era la más joven de las tres, con unos ojos de color azul que traslucían firmeza; una contusión purpúrea y amarillenta le marcaba la cara. Saltaba a la vista que no era de Ghealdan. Sus ropas lo habrían dejado bien claro aunque no hubiese nada más que lo hiciera: una chaqueta corta y oscura y unos amplios pantalones, un atuendo no muy distinto del de Birgitte y que era a lo que se reducían todas sus posesiones. No dijo exactamente de dónde procedía, pero sí se explayó respecto al camino que la había conducido hasta el *Sierpe de río*, o más bien respecto a ciertos detalles; Nynaeve tuvo que deducir el resto. Areina había ido a Illian con intención de llevar a su hermano más joven de vuelta a casa, antes de que prestara el juramento como cazador del Cuerno. Pero la ciudad estaba abarrotada con miles de personas y no dio con él, aunque sin saber muy bien cómo se encontró prestando el juramento ella y salió a los caminos para conocer mundo sin creer realmente en la existencia del Cuerno de Valere, inducida por la esperanza de que acabaría encontrando al joven Gwil y lo llevaría a casa. Desde entonces, las cosas habían sido... difíciles. Areina no era precisamente reacia a hablar, pero sí ponía gran empeño en contar de pasada los malos tragos. La habían echado violentamente de varios pueblos, le robaron una vez, y la habían golpeado en varias ocasiones. Aun así, no pensaba darse por vencida ni renunciar a encontrar un refugio o un pueblo pacífico. El mundo seguía ahí fuera, y Areina tenía intención de derrotarlo en una lucha mano a mano. No es que lo expresara así, pero Nynaeve sabía que era eso lo que quería decir.

Nynaeve también sabía muy bien por qué la conmovían más que las otras. Cada una de las tres historias podría haber sido el reflejo de un hilo de su propia vida. Lo que no acababa de entender era el motivo de que Areina le gustase más. Era su opinión, uniendo esto y aquello, que casi todos los problemas de Areina se debían a su costumbre de hablar sin tapujos, de decir exactamente lo que pensaba. Difícilmente podía tratarse de una coincidencia el que tuviese que salir huyendo de un pueblo con tanta prisa que hubo de dejar a su caballo después de llamar al alcalde patán con cara de empanada y decirles a algunas mujeres del lugar que unos sacos de huesos barresuelos no tenían derecho a cuestionar que anduviese sola por los caminos. Eso fue lo que la muchacha admitió haber dicho. Nynaeve creyó que el tenerla unos cuantos días como ejemplo sería muy beneficioso para Areina. Y tenía que haber algo que pudiera hacer por las otras dos también; entendía muy bien lo que significaba ese deseo de encontrar paz y seguridad.

Hubo un extraño cambio la mañana del segundo día, cuando todavía

los ánimos andaban revueltos y las lenguas —¡las de algunas personas!— todavía lanzaban pullas. Nynaeve dijo algo, bastante suave por cierto, respecto a que Elayne no estaba en el palacio de su madre, así que no diera por hecho que ella tendría que dormir aplastada contra la pared todas las noches. Elayne levantó la barbilla; pero, antes de que tuviese ocasión de abrir la boca, se le adelantó Birgitte:

—¿Eres la heredera del trono de Andor? —inquirió a bocajarro sin apenas mirar en derredor para asegurarse de que no había nadie lo bastante cerca para oírla.

—Lo soy. —El tono de Elayne sonó con más dignidad de lo que Nynaeve recordaba haberle oído desde hacía tiempo, si bien había en él un atisbo de… ¿Podía interpretarse como satisfacción?

Con el semblante inexpresivo, Birgitte se limitó a dar media vuelta y se dirigió a proa, donde se sentó en un rollo de cuerda, con la mirada prendida al frente, en el río. Elayne la observó mientras se alejaba, fruncido el entrecejo, y después fue a sentarse a su lado. Allí estuvieron un rato hablando en voz baja. ¡Nynaeve no se habría unido a ellas aunque se lo hubiesen pedido! Fuese cual fuese el tema que trataron, Elayne pareció ligeramente contrariada, como si hubiese esperado otro resultado, pero después de aquello no hubo palabras desabridas entre ellas.

Birgitte recobró su propio nombre más tarde ese mismo día, aunque fue un último estallido de genio lo que lo ocasionó. Habiendo dejado a Moghedien a una distancia segura tras ellas, Elayne y la arquera se lavaron el tinte negro de los cabellos con un preparado de hierba carmín, y Neres, al ver a una con la ondulada melena rubio rojiza cayéndole sobre los hombros y a la otra con una compleja trenza rubia dorada y equipada con arco y aljaba, masculló con acritud:

—Birgitte salida de las leyendas.

Tuvo la mala suerte de que ella lo oyera. Ése era su nombre, le replicó en tono cortante, y si no le gustaba, le clavaría las orejas con flechas al mástil que eligiera él mismo. Y con los ojos vendados. El capitán se alejó a zancadas, congestionado y ordenando a voz en grito que se tensaran unos cabos que no podían tensarse más sin peligro de que se partieran.

En ese momento a Nynaeve no le habría importado que Birgitte hubiese llevado a cabo la amenaza. La hierba carmín le dejó un leve reflejo rojizo en su propio cabello negro, pero quedó en un tono lo bastante aproximado a su color natural para que casi gritara de contento. A menos que todos los que estaban a bordo empezaran a tener problemas con las encías y con dolores de muelas, le quedaba suficiente hierba carmín para salir de un apuro. Y suficiente eneldo para que el estómago no se le subiera a la garganta. Suspiró de satisfacción sin poder evitarlo cuando su cabello estuvo seco y adecuadamente peinado en una trenza.

Ni que decir tiene que entre Elayne encauzando buenos vientos y Neres navegando con luz y en la oscuridad, los pueblos y granjas con tejados de bálago pasaron rápidamente en ambas orillas, con personas agitando las manos en un saludo durante el día y ventanas iluminadas por la noche, sin que se advirtiese signo alguno de los tumultos existentes río arriba. A pesar de su anchura, el barco, bautizado con tan poco acierto, se deslizó a buena marcha corriente abajo.

Neres parecía por igual complacido por su buena fortuna de tener vientos tan favorables y preocupado por viajar a la luz del día. Más de una vez contempló con anhelo un remanso, un arroyo bordeado de árboles o una

Librodot

profunda poza en un meandro donde el *Sierpe de río* podría haber sido amarrado, oculto. De vez en cuando Nynaeve manifestaba, cuando él podía oírla, lo contento que debía de estar de que la gente de Samara fuera a abandonar su barco muy pronto, comentando como de pasada el buen aspecto que esta mujer tenía ahora que había descansado o lo vigorosos que estaban los hijos de tal otra mujer. Aquello bastaba para que el capitán desechara cualquier idea de parar. Habría sido más fácil amenazarlo con los shienarianos o con Thom y Juilin, pero esos hombres ya estaban bastante pagados de sí mismos para darles más alas. Y ciertamente no tenía la menor intención de discutir con un tipo que aun no la miraba ni le hablaba.

El gris amanecer del tercer día sorprendió a la tripulación manejando los remos otra vez para llevarlos hasta un muelle de Boannda. Era una ciudad de tamaño considerable, mayor que Samara, que se alzaba en una lengua de tierra allí donde el rápido río Boern, procedente de Jehannah, desembocaba en el curso más lento del Eldar. Había incluso tres torres dentro de las altas murallas grises y un reluciente edificio blanco con tejados de tejas rojas que habría podido pasar perfectamente por un palacio, aunque pequeño. Mientras se amarraba el *Sierpe de río* a los sólidos pilotes de la punta de uno de los muelles —hasta la mitad de los cuales sólo había cieno reseco— Nynaeve se preguntó en voz alta por qué Neres habría viajado hasta Samara pudiendo vender las mercancías aquí.

Elayne señaló con la barbilla hacia un hombre fornido que había en el muelle y que llevaba una cadena con una especie de sello colgado sobre el pecho. Había varios más como él, todos con la cadena y una chaqueta azul, que vigilaban atentamente la descarga de otras embarcaciones anchas amarradas en otros muelles.

—Los siseros de la reina Alliandre, imagino —comentó. Neres observaba con mayor interés a los otros barcos que a los hombres—. Quizá llegó a un arreglo con los de Samara. Dudo que quiera hablar con éstos.

Los hombres y mujeres de Samara avanzaban de mala gana por la pasarela, sin merecer la atención de los siseros. No había tasas para las personas. Para los samarinos éste era el principio de la incertidumbre. Una nueva vida aguardaba ante ellos, y para empezar de cero contaban con lo que llevaban puesto y lo que Nynaeve y Elayne les habían dado. Antes de que hubiesen llegado a la mitad del muelle, todavía manteniéndose en una piña, algunas de las mujeres empezaron a tener el mismo aire desalentado que los hombres. Nynaeve confiaba en que Elayne no se hubiese dado cuenta de que les había dado bajo cuerda algunas monedas de plata más a varias mujeres.

No todas abandonaron el barco. Se quedaron Areina, Nicola y Marigan, que agarraba fuertemente a sus hijos, los cuales contemplaban con ansiedad cómo los demás chiquillos se alejaban y desaparecían camino de la ciudad. Nynaeve no había oído pronunciar una sola palabra a los dos muchachitos desde Samara.

—Quiero ir contigo —le dijo Nicola a la antigua Zahorí mientras se retorcía inconscientemente las manos—. Me siento segura a tu lado.

Marigan se limitó a asentir enérgicamente, conviniendo con ella. Por su parte, Areina no dijo nada, pero se acercó a las otras dos mujeres, incluyéndose así en el grupo, y mirando a los ojos a Nynaeve como desafiándola a que la echara.

Thom sacudió ligeramente la cabeza y Juilin torció el gesto, pero fue a Elayne y a Birgitte a las que Nynaeve miró buscando opinión. La heredera

del trono asintió con la cabeza sin vacilar, y la otra mujer sólo tardó un segundo en hacer el mismo gesto. Nynaeve se recogió las faldas y fue hacia la popa, donde estaba Neres.

—Supongo que ahora recuperaré mi barco —dijo el hombre al aire, en algún punto entre la embarcación y el muelle—. Ya iba siendo hora. Este viaje ha sido el peor que jamás he hecho.

Nynaeve sonrió de oreja a oreja mientras lo sacaba de su error. Por una vez la miró antes de que hubiese acabado de hablar; bueno, casi la miró. Tampoco es que Neres tuviese muchas opciones, ya que difícilmente podía apelar a las autoridades de Boannda. Y si no le hizo gracia el precio del pasaje que le ofreció... En fin, de todos modos tenía que navegar río abajo. Así que el *Sierpe de río* zarpó de nuevo, con destino a Ebou Dar, aunque con una parada intermedia de la que no fue informado hasta que Boannda empezó a desaparecer a popa en la distancia.

—¡Salidar! —bramó, con los ojos enfocados por encima de la cabeza de Nynaeve—. Esa población ha estado deshabitada desde la Guerra de los Capas Blancas. Me tenía que tocar a mí llevar en mi barco a una necia mujer que quiere desembarcar en Salidar.

Aunque no perdió la sonrisa, Nynaeve estaba lo bastante furiosa para abrazar la Fuente. Neres bramó mientras se propinaba unos palmetazos en el cuello y en la cadera al mismo tiempo.

—Los tábanos son terribles en esta época del año —adujo la mujer con tono compasivo. Birgitte se alejó apresuradamente, pero prorrumpió en carcajadas antes de llegar a la mitad de la cubierta.

De pie en la proa, Nynaeve inhaló profundamente mientras Elayne encauzaba para hacer que el viento volviese a soplar, y el *Sierpe de río* avanzó pesadamente por la fuerte corriente de la desembocadura del Boern. De seguir así, la antigua Zahorí se vería obligada a ingerir infusiones de eneldo durante todo el tiempo; pero, aunque agotara todas sus reservas del remedio antes de llegar a Salidar, no le importaba. El viaje casi había llegado a su fin, y sólo por eso valía la pena todo lo que había tenido que aguantar. Claro que no había opinado siempre así, y no podía achacarlo únicamente a las afiladas lenguas de Elayne y de Birgitte.

Esa primera noche, tendida en el camastro del capitán con sólo la camisola mientras Elayne, incapaz de reprimir los bostezos, ocupaba la silla y Birgitte se quedaba apoyada contra la puerta con la cabeza rozando las vigas del techo, Nynaeve utilizó el retorcido anillo de piedra. Una solitaria lámpara herrumbrosa, montada en un soporte de balancines, difundía luz y, sorprendentemente, un aroma a especias del aceite; quizás a Neres tampoco le gustaba el olor a moho y humedad. Si hizo todo un alarde de colocar el anillo entre sus senos, asegurándose de que las otras vieran que le tocaba la piel, en fin... tenía sus motivos. Unas cuantas horas de mostrar un comportamiento aparentemente razonable por parte de las dos mujeres no habían borrado su desconfianza.

El Corazón de la Ciudadela continuaba exactamente igual que la última vez que había estado allí, con la pálida luz surgiendo de todas partes y de ninguna en particular, el resplandeciente cristal de *Callandor* incrustado en las baldosas debajo de la gran bóveda, e hileras de inmensas columnas de piedra roja perdiéndose en la oscuridad. Y la sensación de que la estaban vigilando, tan habitual en el *Tel'aran'rhiod.* Nynaeve tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no salir huyendo o lanzarse a un frenético registro entre las columnas. Se obligó a quedarse parada al lado de

Librodot

Callandor mientras contaba lentamente hasta mil, haciendo una pausa cada centenar para llamar a Egwene. De verdad que hizo todo lo posible por dominarse, pero el autocontrol del que tanto alardeaba se desvaneció. Sus atuendos cambiaron a la par que sus preocupaciones sobre sí misma y Moghedien, sobre Egwene y Rand y Lan. En el transcurso de un minuto, la recia lana de Dos Ríos se convirtió en el vestido de seda rojo —¡sólo que ahora era transparente!—, que a su vez dio paso a una gruesa capa, que al momento se transformó en... Tenía la sensación de que también cambiaban sus rasgos. En una ocasión se fijó en las manos, y el tono de piel era aun más oscuro que el de Juilin. A lo mejor si Moghedien no la reconocía...

—¡Egwene! —Esta última llamada enronquecida retumbó entre las columnas, y Nynaeve se obligó a permanecer inmóvil, temblando, para contar otras cien. La enorme cámara continuó desierta a excepción de ella. Deseando que la sensación que la embargaba fuera más de desengaño que de alivio, salió del sueño...

... y se encontró tendida, toqueteando el anillo de piedra colgado del cordón, contemplando las gruesas vigas de encima de la cama y oyendo los incontables crujidos del barco, que se deslizaba rápidamente río abajo a través de la oscuridad.

—¿Estaba allí? —demandó Elayne—. No llevabas mucho tiempo dormida, pero...

—Estoy harta de tener miedo —musitó Nynaeve sin apartar la vista de las vigas—. Estoy t... tan harta de ser c... cobarde. —Las últimas palabras dieron paso a unas lágrimas que no pudo reprimir ni disimular por mucho que se restregó los ojos.

Elayne estuvo a su lado en un instante, sosteniéndola y acariciándole el cabello, y un segundo después Birgitte apretaba un paño húmedo contra su nuca. Lloró a lágrima viva al oírles decir una y otra vez que no era cobarde.

—Si sospechara que Moghedien va por mí —manifestó finalmente Birgitte—, echaría a correr. Y si no hubiese otro sitio donde esconderse más que el agujero de un tejón, me retorcería para entrar en él, me haría un ovillo y sudaría hasta que se hubiese marchado. Y tampoco me quedaría quieta delante de uno de los *s'redit* de Cerandin si el animal cargara contra mí. Ni lo uno ni lo otro es cobardía. Se tiene que elegir el momento y el terreno que le convienen a uno, y atacarla del modo que menos se espera. Me vengaré de ella si es que alguna vez se me presenta la ocasión, pero no de otro modo. Lo demás sería una estupidez.

No eran precisamente tales razonamientos lo que Nynaeve deseaba escuchar, pero su llanto y el que ellas la consolaran abrió otra brecha en los setos espinosos que habían levantado entre ellas.

—Te demostraré que no eres cobarde. —Elayne cogió la caja de madera oscura que había puesto en una estantería y sacó el disco de hierro con las espirales grabadas—. Regresaremos juntas.

Eso era algo que Nynaeve quería oír aun menos, pero no había manera de evitarlo, sobre todo después de que le había dicho que no era cobarde. Así que volvieron las dos.

A la Ciudadela de Tear, donde contemplaron fijamente a *Callandor* —lo que era mejor que estar echando ojeadas sobre el hombro preguntándose si Moghedien iba a aparecer en cualquier momento—, después al Palacio Real de Caemlyn, guiada por Elayne, y a continuación a Campo de Emond, esta vez haciendo de guía Nynaeve. La antigua Zahorí ya había visto palacios anteriormente, con sus inmensas salas, sus altos techos pintados, sus

Librodot

dorados, sus excelentes alfombras y sus primorosas colgaduras, pero éste era el lugar donde Elayne había crecido. Contemplarlo, siendo consciente de tal cosa, la hizo comprender un poco más a Elayne. Naturalmente la muchacha esperaba que el mundo entero se inclinara ante ella; la habían criado con la creencia de que así debía ser y en un sitio donde así era.

La heredera del trono, una pálida imagen de sí misma debido al tipo de *ter'angreal* que utilizaba, permaneció sumida en el silencio mientras estuvieron allí. Claro que a Nynaeve le ocurrió lo mismo cuando visitaron Campo de Emond. Para empezar, el pueblo era más grande de como ella lo recordaba, con más casas de techo de bálago y con otros armazones de madera levantándose. Alguien estaba construyendo una casa muy grande, justo a las afueras del pueblo, de tres pisos, y habían erigido un plinto de piedra de cinco pasos de altura en el Prado, todo él con nombres cincelados. Reconoció muchos de ellos; en su mayoría eran nombres de Dos Ríos. A cada lado del plinto había un astil de bandera, uno de ellos rematado por un estandarte con la cabeza de un lobo rojo, y el otro por un águila roja. Todo tenía un aire de prosperidad y felicidad —hasta donde podía adivinarse al no haber personas— pero no tenía sentido. ¿Qué demonios significaban esas banderas? ¿Y quién iba a construir una casa así?

Se desplazaron en un abrir y cerrar de ojos a la Torre Blanca, al estudio de Elaida. Allí no había cambiado nada, excepto que sólo quedaba media docena de banquetas en un semicírculo, delante del escritorio de Elaida. Y el tríptico de Bonwhin había desaparecido. El cuadro de Rand continuaba allí, con un desgarrón torpemente arreglado cruzando el rostro del joven, como si alguien le hubiese arrojado algo.

Revolvieron en los papeles de la caja laqueada, con los halcones dorados, y también en los que había sobre la mesa de la Guardiana, en la antesala. Documentos y cartas cambiaban mientras los estaban leyendo, pero aun así descubrieron algunas cosas. Elaida sabía que Rand había cruzado la Pared del Dragón y había entrado en Cairhien, pero no encontraron nada que les indicara lo que se proponía hacer al respecto. Había una colérica llamada a todas las Aes Sedai para que regresaran inmediatamente a la Torre a no ser que tuvieran órdenes específicas de ella. Por lo visto Elaida estaba furiosa por muchas cosas: de que fueran tan escasas las hermanas que habían regresado tras su oferta de amnistía; que la mayoría de las informadoras de Tarabon siguieran manteniendo un total silencio; que Pedron Niall continuara haciendo volver a Amadicia a los Capas Blancas, sin que ella supiese el motivo; que Davram Bashere siguiera en paradero desconocido a pesar de que iba acompañado por un ejército. La ira rebosaba en todos los documentos con su sello. Ninguno de ellos parecía de utilidad o interés real, salvo quizás el referente a los Capas Blancas. Sin embargo, no eran de esperar dificultades por ese lado mientras estuviesen en el *Sierpe de río*.

Cuando regresaron a sus cuerpos en el barco, Elayne guardó silencio mientras se incorporaba de la silla y volvía a guardar el disco en la caja. Sin pensar lo que hacía, Nynaeve se levantó y la ayudó a quitarse el vestido. Birgitte subió a cubierta mientras ellas dos se metían en la cama; dijo que se proponía dormir justo donde acababa la escala.

Elayne encauzó para apagar la lámpara; rompió el silencio después de un rato de yacer tendidas en la oscuridad:

—El palacio parecía tan... vacío, Nynaeve. Daba la sensación de estar desierto.

Librodot

Nynaeve no sabía qué otra impresión podía dar un palacio en el *Tel'aran'rhiod*.

—Será por el *ter'angreal* que utilizaste. Te veía casi borrosa, como a través de niebla.

—Bueno, pues para mí me veía bien. —Hubo sólo un leve atisbo de aspereza en la voz de Elayne, no obstante, y las dos mujeres se acomodaron para dormir.

Nynaeve recordaba bien los codos de la muchacha, pero ese detalle no estropeó su buena disposición, como tampoco el quejoso murmullo de Elayne de que sus pies estaban fríos. Lo había hecho. Quizás olvidar que se está asustado no era lo mismo que no estarlo, pero al menos había vuelto al Mundo de los Sueños. A lo mejor llegaría el día en que recobraría el valor y no se sentiría asustada.

Una vez que se había empezado, resultaba más fácil continuar que dejarlo. Todas las noches, a partir de aquella, entraron juntas en el *Tel'aran'rhiod* incluyendo la visita a la Torre para ver lo que podían descubrir. No lograron gran cosa, aparte de una orden por la que se enviaba una emisaria a Salidar para invitar a las Aes Sedai instaladas allí a regresar a la Torre. Salvo que la invitación —hasta donde Nynaeve consiguió leer antes de que cambiara por un informe respecto a una criba de novicias en ciernes por actitudes correctas, lo que quiera que significase tal cosa— era más una exigencia de que esas Aes Sedai se sometieran inmediatamente a la autoridad de Elaida y que se consideraran afortunadas de que se les permitiera hacerlo así. Con todo, les sirvió como confirmación de que no iban persiguiendo un espejismo. El problema con los restantes fragmentos de información que veían era que no sabían lo suficiente para sacar conclusiones y encajarlos entre sí. ¿Quién era el tal Davram Bashere y porqué Elaida estaba tan empeñada en encontrarlo? ¿Por qué había prohibido Elaida mencionar el nombre de Mazrim Taim, el falso Dragón, bajo amenaza de duros castigos? ¿Por qué la reina Tenobia de Saldaea y el rey Easar de Shienar habían escrito cartas educadas pero inflexibles en las que expresaban su indignación por la intromisión de la Torre en sus asuntos? Todo ello hizo que Elayne musitara uno de los dichos de Lini: «Para saber dos, primero hay que saber uno». Nynaeve no podía estar más de acuerdo con ello.

Aparte de las visitas al estudio de Elaida, trabajaron en aprender a tener control, tanto de sí mismas como de su entorno, en el Mundo de los Sueños. Nynaeve no estaba dispuesta a que volvieran a sorprenderla como le había ocurrido con Egwene y con las Sabias. Procuró no pensar en Moghedien. Más valía concentrarse en las Sabias.

Del truco de Egwene de aparecer en sus sueños, como había hecho en Samara, no lograron sacar nada en conclusión; llamar a la muchacha no sirvió de nada, salvo aumentar la desagradable sensación de que las estaban vigilando, y su amiga no volvió a hacer otra aparición en sus sueños. Intentar retener o dominar a alguien en el *Tel'aran'rhiod* resultó increíblemente frustrante, incluso después de que Elayne diera con el truco, que consistía en considerar a la otra persona sólo como una parte más del sueño. Elayne lo logró finalmente —y Nynaeve la felicitó con toda la cortesía que fue capaz— pero pasaron días sin que Nynaeve lo consiguiera. Elayne podría muy bien haber sido el jirón de niebla que parecía por la facilidad con que se esfumaba, sonriente, cuando deseaba. Cuando por último la antigua Zahorí logró retener a la muchacha allí, el esfuerzo le resultó tan arduo como

si quisiera levantar a pulso una gran piedra.

Crear flores fantásticas o formas imaginándolas era mucho más divertido. El esfuerzo requerido parecía ir parejo tanto con el tamaño del objeto como con la circunstancia de que realmente existiera. Costaba más trabajo crear árboles cubiertos de flores de formas extrañas en colores rojo, dorado y púrpura que hacer un espejo de cuerpo entero para comprobar qué cambios se habían realizado en el vestido que se llevaba puesto. Y un resplandeciente palacio de cristal emergiendo del suelo era aun más difícil; y, aunque al tocarlo tenía la apariencia de ser sólido, cambiaba cada vez que la imagen creada en la mente vacilaba, y también se desvanecía en el momento en que ocurría otro tanto con la imagen. Decidieron prudentemente olvidarse de los animales después de que una peculiar criatura —¡una especie de caballo con un cuerno en la nariz!— las persiguió cuesta arriba por una colina antes de que consiguieran hacerla desaparecer. Aquello casi provocó una nueva discusión, pues cada una de ellas protestaba que la aparición de la criatura era obra de la otra, pero para entonces Elayne había recobrado su agradable talante de antaño lo bastante para empezar a reírse al pensar la pinta que debían de tener corriendo cuesta arriba con las faldas remangadas y gritando a la criatura que desapareciera. Ni siquiera la obstinada negativa de Elayne de admitir que había sido culpa de ella impidió que también Nynaeve prorrumpiera en carcajadas.

Elayne alternaba el uso del disco de hierro y la placa, aparentemente de ámbar, con la figura tallada en su interior de una mujer dormida, pero en realidad no le gustaba usar ninguno de los dos *ter'angreal*. Por mucho que se esforzaba no se sentía tan plenamente presente en el *Tel'aran'rhiod* como con el anillo. Y cada uno de ellos exigía un esfuerzo; era imposible atar el flujo de Energía o de lo contrario salía expulsada inmediatamente del Mundo de los Sueños. Encauzar cualquier otro flujo al mismo tiempo parecía de todo punto imposible, aunque Elayne no entendía el porqué. La joven se mostraba más interesada en cómo habían sido creados y la irritaba que no le revelaran sus secretos tan fácilmente como había ocurrido con el *a'dam*. Desconocer el porqué era como llevar una cardencha metida en la media.

En una ocasión Nynaeve probó a utilizar uno de esos dos objetos; coincidió, curiosamente, con la noche acordada para el encuentro con Egwene, la siguiente a la partida de Boannda. La antigua Zahorí no habría estado lo bastante furiosa para usarlo de no ser por aquello que siempre la encrespaba: la actitud de los hombres.

Empezó con Neres, recorriendo a zancadas la cubierta de punta a punta mientras rezongaba entre dientes porque le había «robado» su carga. Nynaeve no le hizo caso, naturalmente. Entonces Thom, que se preparaba el petate al pie del palo de popa, comentó en voz baja:

—Tiene su punto de razón.

Era obvio que no la había visto en la cárdena luz del ocaso, y tampoco Juilin, que estaba en cuclillas a su lado.

—Es un contrabandista, pero había pagado por esas mercancías. Nynaeve no tenía derecho a incautárselas.

—Los puñeteros derechos de una mujer son los que ella dice que tiene —rió Ino—. Al menos es lo que afirman las mujeres en Shienar, maldita sea.

Fue entonces cuando la vieron y se callaron, demostrando su buen juicio demasiado tarde, como siempre. Ino se frotó la mejilla, limpia de cicatrices. Se había quitado el vendaje ese día y ahora sabía lo que había

Librodot

ocurrido realmente. A Nynaeve le pareció que estaba azorado, si bien resultaba difícil saberlo con seguridad a causa de la mortecina luz, aunque los semblantes de los otros dos no traslucían expresión alguna.

No les hizo nada, claro es, y se limitó a alejarse con pasos mesurados mientras se aferraba fuertemente la trenza. Se las ingenió incluso para descender la escala sin precipitarse. Elayne ya tenía el disco de hierro en la mano; la oscura caja de madera estaba abierta encima de la mesa. Nynaeve cogió la lámina ambarina con la figura de una mujer dormida cincelada en su interior; tenía un tacto suave y resbaladizo, en nada parecido a algo que pudiera arañar metales. Con la brasa de la ira irradiando latente dentro de sí, el *Saidar* era un cálido fulgor insinuándose por encima de su hombro.

—A lo mejor se me ocurre alguna idea de por qué esta cosa sólo te permite encauzar un insignificante hilillo de Poder.

Y así fue como se encontró en el Corazón de la Ciudadela, encauzando un flujo de Energía en la lámina, que en el *Tel'aran'rhiod* iba guardada en la bolsita colgada del cinturón. Por su parte, como hacía a menudo en el Mundo de los Sueños, Elayne llevaba puesto un vestido apropiado para la corte de su madre, de seda verde con bordados de oro alrededor del cuello, y lucía un collar y un brazalete de eslabones dorados que engarzaban piedras de luna. Para su sorpresa, Nynaeve descubrió que ella misma llevaba un atuendo no muy diferente, aunque su cabello estaba trenzado —y con su color natural— en lugar de llevarlo suelto sobre los hombros. Su vestido era de un tono azul pálido y los aderezos de plata, y, aunque el escote no era tan bajo como los de los vestidos encargados por Luca, sí lo era más de lo que habría considerado oportuno. Con todo, le gustaba el modo en que el solitario rubí, colgado de la cadena de plata, brillaba entre sus senos. A Egwene no le resultaría fácil intimidar a una mujer vestida así. Ciertamente eso no tenía nada que ver con el hecho de elegir tal atuendo, aun habiéndolo hecho inconscientemente.

Enseguida comprendió lo que Elayne había querido decir con lo de verse bien; para ella, no había diferencia entre su aspecto y el de la muchacha, que, de algún modo, llevaba el retorcido anillo de piedra ensartado en el collar. Sin embargo, según Elayne su apariencia era un tanto... borrosa. También era brumosa la sensación del *Saidar*, excepto el flujo de Energía que había empezado a urdir mientras estaba despierta. El resto parecía tenue, e incluso la atisbada calidez de la Fuente Verdadera daba la sensación de estar amortiguada. Su rabia se mantenía con la justa intensidad para permitirle encauzar. Si el encrespamiento provocado por los hombres se disipaba antes que el desconcierto, este último era en sí una fuente de irritación. Cobrar firmeza para hacer frente a Egwene no tenía nada que ver con ello; no estaba haciendo acopio de coraje en absoluto, y no había motivo para percibir ese leve regusto a agrimonia y ricino en su lengua. Con todo, el simple hecho de producir una llamita titilando en el aire, una de las primeras cosas que se le enseñaba a una novicia, parecía tan difícil de conseguir como cargarse a Lan en el hombro. Hasta ella veía la dichosa llama como desdibujada y, tan pronto como ató la urdimbre, empezó a disiparse y desapareció completamente en cuestión de segundos.

—¿Las dos? —dijo Amys. La Sabia y Egwene estaban allí, al otro lado de *Callandor*, las dos con faldas, blusas y chales Aiel. Por lo menos Egwene no llevaba puestos tantos collares y brazaletes como la otra mujer—. ¿Por qué tienes ese aspecto tan extraño, Nynaeve? ¿Es que has aprendido a venir al *Tel'aran'rhiod* estando despierta?

Librodot

La aludida dio un respingo, sobresaltada por la repentina aparición. ¡Cómo odiaba a la gente que se acercaba a ella de manera subrepticia!

—Egwene, ¿cómo pudiste entrar...? —empezó mientras se alisaba la falda.

—Egwene, no comprendemos cómo pudiste... —dijo Elayne al mismo tiempo.

—Rand y los Aiel han alcanzado una gran victoria en Cairhien —las interrumpió la otra joven, y siguió todo un torrente de noticias, las mismas que les había revelado en sus sueños, desde Sammael hasta el fragmento de lanza seanchan. Hablaba tan deprisa que las palabras casi se atropellaban, acompañándolas con una intensa mirada.

Nynaeve intercambió ojeadas desconcertadas con Elayne. ¡Pero si ya les había informado de esto! Era imposible que las dos lo hubiesen imaginado, y menos al ver confirmada hasta la última palabra. Hasta Amys, cuyo largo cabello blanco hacía resaltar la indefinida edad de su rostro aunque sin llegar a la intemporalidad de los de las Aes Sedai, parecía sorprendida por tal verbosidad.

—¿Que Mat mató a Couladin? —exclamó Nynaeve en cierto momento. Ése era un detalle que no había aparecido en su sueño. No encajaba con el muchacho. ¿Dirigiendo soldados? ¿Mat?

Egwene calló finalmente y se ajustó el chal; se notaba que estaba un tanto falta de aliento y no era de extrañar pues apenas había hecho una pausa para respirar durante la parrafada.

—¿Está bien él? —preguntó entonces Elayne, con un susurro.

—Todo lo bien que cabría esperar —repuso Amys—. Se afana demasiado, hasta el agotamiento, y no hace caso a nadie. Excepto a Moraine. —Saltaba a la vista que tal cosa la molestaba.

—Aviendha pasa con él casi todo el tiempo —intervino Egwene—. Lo está cuidando bien para ti.

Nynaeve tenía sus dudas al respecto. No sabía gran cosa sobre los Aiel, pero sospechaba que lo que Amys llamaba «afanarse demasiado» cualquier otro lo habría calificado de «esfuerzo matador». Por lo visto Elayne era de su misma opinión.

—Entonces ¿por qué lo deja que llegue a esos extremos? —demandó la heredera del trono—. ¿Qué está haciendo Rand?

Resultó que no era poco, sino más bien excesivo. Dos horas diarias de práctica de esgrima con Lan o con cualquiera que pudiese encontrar. Aquello hizo que Amys apretase los labios en un gesto agrio. Otras dos aprendiendo la disciplina de lucha sin armas de los Aiel. Si a Egwene le extrañaba ese empeño, no ocurría lo mismo con Nynaeve, quien sabía muy bien lo indefenso que uno se sentía cuando no podía encauzar. Aun así, Rand no debería encontrarse en esa situación nunca. Se había convertido en una especie de rey o algo más, rodeado de una guardia personal de *Far Dareis Mai*, dando órdenes a lores y ladis. De hecho, empleaba tanto tiempo en impartir esas órdenes y en vigilar que se cumplieran que pasaría por alto las comidas si las Doncellas no le llevaran los alimentos dondequiera que estuviese. Por alguna razón, mientras que esto parecía molestar a Egwene tanto como a Elayne, aparentemente era motivo de regocijo para Amys, si bien su semblante adoptó de nuevo la característica impasibilidad Aiel una vez que advirtió que Nynaeve se había dado cuenta. A pesar de estar tan ocupado, todavía dedicaba una hora al día a una rara escuela que había instaurado, invitando a participar en ella no sólo a estudiosos sino también

Librodot

a artesanos, desde un tipo que fabricaba visores de lentes hasta una mujer que había construido una especie de enorme ballesta que funcionaba con poleas y que podía arrojar una lanza a casi dos kilómetros de distancia. No le había contado a nadie qué se proponía con esto, salvo quizás a Moraine, pero la única explicación que la Aes Sedai había tenido a bien dar a Egwene era que todo el mundo tiene el apremiante deseo de dejar algo tras de sí. A Moraine no parecía importarle lo que Rand hiciera.

—Los Shaido que han quedado se están replegando hacia el norte —anunció Amys con gesto sombrío—, y cada día hay más que cruzan la Pared del Dragón para unirse a ellos, pero Rand al'Thor parece haberlos olvidado por completo. Está enviando las lanzas al sur, hacia Tear. La mitad ha partido ya. Rhuarc dice que ni siquiera les ha dicho a los jefes por qué, y no creo que Rhuarc me mienta. Moraine es quien está más cerca de Rand al'Thor que nadie salvo quizás Aviendha, pero se niega a preguntarle. —Sacudió la cabeza y murmuró—: Aunque diré en su favor que ni siquiera Aviendha ha logrado sonsacarle nada.

—El mejor modo de guardar un secreto es no revelárselo a nadie —respondió Elayne, con lo que se ganó una dura mirada. Amys no le andaba a la zaga a Bair en cuanto a asestar miradas que levantaban ampollas.

—No vamos a sacar nada en claro porque lo hablemos aquí —dijo Nynaeve, que clavó la mirada en Egwene. La muchacha parecía inquieta. Si había algún momento para empezar a restablecer el equilibrio entre ambas, éste podía ser tan bueno como cualquier otro—. Lo que quiero saber es cómo...

—Tienes razón —la interrumpió Egwene—. No estamos en el estudio de Sheriam, donde podíamos dedicarnos a charlar ociosamente. ¿Qué nuevas tenéis vosotras? ¿Seguís con la compañía de artistas de maese Luca?

La antigua Zahorí olvidó de inmediato toda idea de plantearle preguntas a la muchacha. Había tanto que contar. Y tanto que callar. Afirmó que había seguido a Lanfear hasta la reunión de los Renegados, y sólo mencionó haber visto a Moghedien espiándolos. No es que quisiera evitar hablar de cómo la había maltratado la Renegada —realmente no; no era eso exactamente—, pero Birgitte no las había eximido de su promesa de guardar su secreto. Naturalmente ello significaba no decir una palabra sobre la arquera, ni mencionar que la mujer estaba con ellas. Resultaba extraño teniendo en cuenta que Egwene estaba enterada de que Birgitte las estaba ayudando y aun así fingir que la muchacha de Dos Ríos no sabía absolutamente nada, pero Nynaeve se las ingenió para salir del apuro, a pesar del ligero balbuceo cuando Egwene enarcó las cejas con expresión interrogante. Gracias a la Luz, Elayne la ayudó al echar la culpa de lo ocurrido en Samara a Galad y a Masema. Cosa que, por otro lado, era verdad. Si cualquiera de los dos se hubiese limitado simplemente a enviarle un mensajero con la noticia de la llegada del barco, nada de lo que aconteció después habría tenido lugar.

Cuando terminó —refiriéndose a Salidar— Amys preguntó en voz queda:

—¿Estáis seguras de que apoyarán al *Car'a'carn*?

—Tienen que conocer las Profecías del Dragón tan bien como Elaida —contestó Elayne—. El mejor modo de oponerse a ella es uniéndose a Rand y así dejar claro al mundo que se proponen respaldarlo hasta el Tarmon Gai'don. —No hubo el más leve temblor en su voz, como si estuviese hablando de un completo desconocido—. En caso contrario sólo serían rebeldes sin derecho a exigir legitimidad a su postura. Lo necesitan al menos tanto como él a ellas.

Librodot

Amys asintió, pero su gesto no significaba que estuviese de acuerdo todavía.

—Creo que recuerdo a Masema —apuntó Egwene—. ¿Un tipo de ojos hundidos y rictus amargado? —Nynaeve confirmó su suposición con un cabeceo—. No logro imaginármelo como una especie de profeta, pero sí como alguien capaz de iniciar una revuelta o una guerra. Estoy segura de que Galad hizo sólo lo que consideró que era mejor. —Las mejillas de la muchacha se tiñeron con un ligero rubor; hasta evocar el rostro de Galad producía esa reacción—. A Rand le interesará la noticia sobre Masema. Y sobre Salidar. Si es que soy capaz de conseguir que se quede quieto el tiempo suficiente para escucharme.

—Pues a mí me interesa saber cómo es que estáis las dos aquí —intervino Amys. Atendió a sus explicaciones y examinó la lámina ambarina cuando Nynaeve la sacó de la bolsita. El hecho de que otra persona tocara el *ter'angreal* mientras que ella lo estaba utilizando, le puso la piel de gallina—. Creo que tú estás aquí menos que Elayne —manifestó finalmente la Sabia—. Cuando una caminante de sueños entra en el *Tel'aran'rhiod* mientras duerme, sólo queda una chispa de sí misma en su cuerpo, justo lo suficiente para mantenerlo vivo. Si entra únicamente en un sueño ligero, donde puede estar aquí y también hablar con quienes la rodean en el mundo de vigilia, tiene el aspecto que ofreces tú ahora para alguien que está plenamente aquí. Quizá sea lo mismo. No estoy segura de que me guste que cualquier mujer que pueda encauzar sea capaz de entrar en el Mundo de los Sueños aunque sea en este estado. —Le devolvió el *ter'angreal* a Nynaeve.

Soltando un suspiro de alivio, Nynaeve se apresuró a guardar la lámina. Todavía sentía agarrotado el estómago.

—Si no tenéis nada más que contarnos... —Amys hizo una pausa mientras Elayne y Nynaeve contestaban que no. Los azules ojos de la Sabia eran increíblemente penetrantes—. Entonces debemos irnos. He de admitir que estos encuentros están resultando más provechosos de lo que imaginé al principio, pero todavía me queda mucho por hacer esta noche. —Miró de soslayo a Egwene y las dos desaparecieron al mismo tiempo.

Nynaeve y Elayne no vacilaron. A su alrededor, las grandes columnas de piedra roja cambiaron en un abrir y cerrar de ojos a una pequeña habitación con oscuros paneles de madera, el mobiliario nuevo, sencillo y sólido. La rabia de Nynaeve había perdido consistencia, y con ella su dominio del *Saidar*, pero el estudio de la Maestra de las Novicias reafirmó ambos. ¡Conque obstinada e insolente, ¿no?! Esperaba que Sheriam estuviera en Salidar; sería un placer enfrentarse a ella en igualdad de condiciones. Con todo, habría querido estar en cualquier otro lugar. Elayne se miraba en el espejo con marco dorado, arreglándose el cabello con las manos con aparente indiferencia; sólo que allí no era necesario que utilizara las manos, un detalle que ponía de manifiesto que tampoco a ella le gustaba estar en ese cuarto. ¿Por qué habría sugerido Egwene que se encontraran aquí? El estudio de Elaida no era precisamente un sitio agradable, pero sí mejor que éste.

Un instante después, Egwene apareció en la habitación, al otro lado del escritorio, puesta en jarras y con una fría mirada en los ojos, como si fuese la legítima ocupante del estudio.

—¿Es que habéis perdido completamente el juicio, bobas de lengua larga? —espetó Egwene antes de que Nynaeve tuviese oportunidad de abrir la boca—. Si os pido que guardéis para vosotras cierta información, ¿se lo

Librodot

contáis a la primera persona que veis? Creía que las dos sabíais guardar secretos. —Nynaeve sintió calor en las mejillas, pero daba por hecho que no estaba tan colorada como Elayne; sin embargo, Egwene no había terminado todavía—. En cuanto a cómo lo hice, no puedo enseñaros. Hay que ser caminante de sueños. Si se puede entrar en el sueño de otra persona con el anillo, es algo que ignoro. Y dudo mucho que tú puedas hacerlo con esa otra cosa. Tratad de pensar únicamente en lo que estáis haciendo. Cabe la posibilidad de que Salidar no sea lo que esperáis. Y, ahora, también yo tengo pendiente mucho que hacer esta noche. ¡Procurad al menos comportaros con sentido común! —Y desapareció de manera tan repentina que la última palabra pareció surgir de la nada.

Dentro de Nynaeve la vergüenza y la ira pugnaban por imponerse. Era cierto que había estado a punto de decirlo después de que Egwene les pidiera que no lo hiciesen. Y, respecto a Birgitte, ¿cómo se podía guardar un secreto cuando la otra mujer lo sabía? Por fin se impuso la vergüenza, y el *Saidar* se escabulló como arena entre sus dedos.

La antigua Zahorí despertó con un sobresalto; el ambarino *ter'angreal* permanecía fuertemente aferrado entre sus dedos. La lámpara montada en el soporte de balancines emitía una mortecina luz. Elayne yacía apretujada contra ella, todavía dormida; el anillo colgado del cordón se había resbalado hacia el hueco de su cuello.

Mascullando para sí, Nynaeve gateó por encima de la otra mujer, guardó la lámina ambarina y vertió un poco de agua en la palangana para lavarse la cara y el cuello. El agua estaba templada, pero ella la notó fresca. A pesar de la escasa luz le pareció que el espejo reflejaba todavía el sonrojo de su rostro. Adiós a la idea de restablecer el equilibrio; si se hubiesen encontrado en otro sitio... Si no le hubiese dado a la lengua como una tonta muchachita... Todo habría ido mejor si hubiese utilizado el anillo, en lugar de parecer un fantasma a los ojos de la otra mujer. Toda la culpa era de Thom y de Juilin. Y de Ino. Si no la hubieran enfurecido... No, la culpa era de Neres. Cogió la jarra del lavabo con las dos manos y se enjuagó la boca. Se dijo que sólo lo hacía para quitarse el mal gusto tras haber estado dormida, no el amargor de agrimonia y ricino. En absoluto.

Cuando se volvió, Elayne acababa de sentarse y estaba desatando el cordón del anillo.

—Te vi perder el contacto con el *Saidar*, así que fui al estudio de Elaida, pero pensé que no debía demorarme por si te preocupabas. No descubrí nada nuevo, excepto que Shemerin ha de ser arrestada y rebajada al grado de Aceptada. —Se puso de pie y guardó el anillo en la caja.

—¿Pueden hacer eso? ¿Degradar a una Aes Sedai?

—Lo ignoro. Creo que Elaida está haciendo su santa voluntad. Egwene no debería llevar esas ropas Aiel. No son muy favorecedoras.

Nynaeve soltó el aire y entonces se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Obviamente Elayne quería soslayar lo que Egwene había dicho, y desde luego no sería ella quien le hiciera la menor insinuación.

—No, verdaderamente no lo son. —Se subió a la cama y se pegó contra la pared; ahora hacían turnos para dormir en el lado de fuera.

—Ni siquiera tuve oportunidad de enviar un mensaje a Rand. —Elayne se acostó a continuación y la lámpara se apagó. Las pequeñas portillas apenas dejaban pasar un atisbo de luz lunar—. Y otro a Aviendha. Si es cierto que lo está cuidando por mí, entonces tendría que hacerlo como es

debido.

—No es un caballo, Elayne. No te pertenece.

—Nunca he dicho que me pertenezca. ¿Cómo te sentirías tú si Lan entablara amistad con una cairhienina y pasara mucho tiempo con ella?

—No seas tonta. Duérmete. —Nynaeve ahuecó con rabia la pequeña almohada. Quizá tendría que haber enviado un mensaje a Lan. Todas esas nobles, tanto tearianas como cairhieninas, que sólo decían mieles a un hombre, en lugar de la verdad. Más le valía a Lan no olvidar a quién pertenecía su corazón.

Más abajo de Boannda, la fronda se espesó a ambas márgenes del río, formando una maraña vegetal de árboles y enredaderas. Los pueblos y las granjas desaparecieron. Era como si el Eldar corriese a través de una comarca agreste a miles de kilómetros de cualquier población humana. Cinco días después de partir de Samara, al comienzo de la tarde, el *Sierpe de río* ancló en el centro de un meandro, en tanto que el único bote que llevaba el barco trasladaba a los últimos pasajeros a una ribera de limo reseco que estaba bordeada de cerros bajos y arbolados. Incluso los altos sauces y los robles de profundas raíces tenían algunas hojas ocres.

—No era preciso darle a ese hombre el collar —manifestó Nynaeve mientras contemplaba desde la orilla cómo se acercaba el bote, abarrotado con los cuatro remeros, Juilin y los cinco shienarianos restantes. Esperaba no haber sido una crédula; Neres le había enseñado un mapa de este tramo del río y señaló el nombre de Salidar, a unos tres kilómetros de la vía fluvial, pero no había nada más que indicara que alguna vez hubiese habido un pueblo en los alrededores. La tupida espesura no mostraba señal de que alguien se hubiese abierto paso a través de ella—. Lo que le pagué era suficiente.

—No para cubrir la carga que perdió —replicó Elayne—. Sólo porque sea contrabandista no nos da derecho a quitarle lo que es suyo. —Nynaeve se preguntó si no habría estado hablando con Juilin. No, claro que no. Era su respeto a la ley otra vez—. Además, los ópalos amarillos son chabacanos, sobre todo con ese engarce. En cualquier caso, mereció la pena aunque sólo fuera por ver la cara que puso. —Elayne soltó una risita—. Esta vez me miró.

Nynaeve trató de reprimirse, pero no pudo evitar unirse a sus risas. Thom estaba en lo alto del ribazo, cerca de los árboles, intentando entretener a los dos chicos de Marigan haciendo juegos malabares con unas bolas de colores que se había sacado de las mangas. Jaril y Seve lo contemplaban en silencio, sin parpadear, y agarrados el uno al otro. Nynaeve no se había sorprendido realmente cuando Marigan y Nicola le pidieron ir con ella. Nicola estaba atenta a los juegos malabares de Thom y riendo alegremente ahora, pero no se habría apartado un solo momento de la antigua Zahorí si ésta se lo hubiese permitido. Por el contrario, sí había sido chocante que Areina quisiera unirse también al grupo. Se había sentado, sola, en un tronco caído y observaba intensamente a Birgitte, que estaba poniendo la cuerda al arco. Las tres mujeres seguramente se llevarían una sorpresa cuando descubrieran lo que era realmente Salidar. Al menos Nicola encontraría el refugio que buscaba, y Marigan podría incluso tener la ocasión de utilizar sus conocimientos de las hierbas si no había muchas Amarillas.

—Nynaeve, ¿has pensado cómo... seremos recibidas?

La antigua Zahorí miró a Elayne con estupefacción. Habían cruzado medio mundo o poco menos, habían derrotado al Ajan Negro en dos ocasiones. Bueno, habían recibido ayuda en Tear, pero en Tanchico habían

Librodot

sido ellas exclusivamente. Llevaban noticias de Elaida y de la Torre que apostaría a que nadie en Salidar conocía. Y, lo más importante, podían ayudar a estas hermanas a entrar en contacto con Rand.

—Elayne, no diré que vayan a recibirnos como heroínas, pero no me sorprendería que nos besaran antes de que el día haya llegado a su fin. —Sólo por lo de Rand se lo merecerían.

Dos de los marineros descalzos saltaron para sujetar el bote y que no lo arrastrara la corriente; Juilin y los shienarianos chapotearon hasta la orilla mientras los marineros subían de nuevo a la barca. En el *Sierpe de río* otros miembros de la tripulación ya estaban levando el ancla.

—Ve abriendo un camino, Ino —ordenó Nynaeve—. Quiero llegar allí antes de que oscurezca.

Por el aspecto del bosque, plagado de enredaderas y de maleza polvorienta, recorrer tres kilómetros iba a llevarles bastante tiempo. Eso, si Neres no la había engañado como a una tonta. Tal posibilidad la preocupaba más que cualquier otra cosa.

Librodot

CAPÍTULO 22

Enseñar y aprender

Unas cuatro horas más tarde, el sudor que le corría a Nynaeve por el rostro no tenía mucho que ver con el calor impropio de la estación, y la mujer se preguntaba si no habría sido mejor que Neres la hubiese engañado. O que se hubiese negado a llevarlas más allá de Boannda. La última luz del atardecer se colaba, sesgada, a través de las ventanas, casi todas ellas con los cristales rotos. Aferrando con fuerza la falda, inducida por una mezcla de irritación e inquietud, intentó evitar mirar a las seis Aes Sedai reunidas alrededor de una de las toscas mesas próximas a la pared. Sus bocas se movían silenciosamente mientras conferenciaban tras una pantalla de *Saidar*. Elayne mantenía alta la barbilla, y las manos enlazadas sosegadamente a la altura de la cintura, pero cierta tirantez alrededor de los ojos y en las comisuras de sus labios echaban a perder su aire regio. Nynaeve no estaba segura de querer saber lo que decían las Aes Sedai; un mazazo tras otro habían echado por tierra todas sus expectativas, sumiéndola en el aturdimiento. Otro golpe más y seguramente empezaría a chillar, y no sabía si sería de rabia o de puro histerismo.

Todo, excepto sus ropas, estaba colocado sobre aquella mesa; la flecha de plata de Birgitte, delante de la fornida Morvrin; los tres *ter'angreal*, frente a Sheriam, y los cofres dorados, frente a Myrelle. Ninguna de las mujeres parecía complacida. El semblante de Carlinya podría muy bien haber estado tallado en hielo, e incluso la maternal Anaiya ostentaba una expresión severa; y en el gesto de permanente sorpresa de Beonin había un atisbo de enojo. De enojo y de algo más. A veces Beonin hacía intención de tocar el blanco paño extendido primorosamente sobre el sello de *cuendillar*, pero su mano siempre quedaba suspendida a mitad de camino y luego retrocedía.

Nynaeve apartó los ojos de aquel paño. Sabía exactamente cuándo habían empezado a ir mal las cosas. Los Guardianes que los rodearon en el bosque mostraron un trato correcto, aunque frío, una vez que ella convenció a Ino y a los shienarianos para que envainaran las espadas. Y Min los acogió cálidamente con sonrisas y abrazos. Pero las Aes Sedai y las otras personas que iban por las calles ocupadas en sus quehaceres habían seguido caminando sin dedicar más que una mirada de soslayo al grupo escoltado. Salidar estaba bastante abarrotado, con hombres armados haciendo instrucción en casi cualquier espacio abierto. La primera persona que les hizo algún caso aparte de los Guardianes y Min fue la delgada hermana Marrón ante quien los llevaron, en lo que antaño había sido el salón de esa posada. Elayne y ella habían contado a Phaedrine Sedai la historia acordada anteriormente; o lo intentaron. A los cinco minutos de empezar, las dejó plantadas de pie allí y con orden estricta de no mover ni un pie ni hablar una palabra con nadie, ni siquiera entre ellas. Pasaron otros diez minutos, en los que intercambiaron miradas desconcertadas mientras a su alrededor Aceptadas y novicias, Guardianes, sirvientes y soldados iban y venían a las mesas donde las Aes Sedai estaban enfrascadas en papeles y daban

enérgicas órdenes. Y entonces las habían conducido ante Sheriam y las demás con tanta rapidez que Nynaeve dudaba que sus pies hubiesen tocado el suelo dos veces. Y ahí fue cuando empezó el interrogatorio, más adecuado para prisioneras capturadas que para heroínas que regresaban. Nynaeve se enjugó con toquecitos el sudor de la cara; pero, tan pronto como el pañuelo estuvo guardado de nuevo en la manga, sus manos volvieron a aferrar la falda.

Elayne y ella no eran las únicas que estaban de pie sobre la llamativa alfombra de seda. Podría pensarse que Siuan, con un sencillo vestido de fina lana azul, el semblante impasible y completamente sereno, se encontraba allí por su gusto si no fuera porque Nynaeve sabía a qué atenerse. Parecía absorta en tranquilas reflexiones. Al menos Leane miraba a las Aes Sedai, pero también ella estaba aparentemente segura de sí misma. De hecho, en cierto modo más segura de sí misma de lo que recordaba Nynaeve. La mujer de tez broncínea daba incluso la impresión de ser más esbelta, más mimbreña en cierta manera. Quizá se debía al escandaloso vestido que llevaba puesto. El cuello de la prenda era tan alto como el que vestía Siuan, pero la seda verde se ceñía a todas sus curvas, y el tejido no llegaba a ser transparente por un pelo. Sin embargo, eran sus rostros los que verdaderamente habían dejado estupefacta a Nynaeve. En realidad no había esperado encontrarlas vivas a ninguna de las dos, y, ciertamente, no con una apariencia tan joven, sólo unos pocos años mayores que ella misma, como mucho. Ni una sola vez se cruzaron sus miradas. De hecho, Nynaeve creyó percibir una marcada frialdad entre ellas.

Había otra diferencia en las dos mujeres, una que Nynaeve empezaba a notar ahora. Aunque todo el mundo, incluida Min, se había mostrado discreto al respecto, en realidad nadie hacía un secreto del hecho de que las habían neutralizado, pero por primera vez la antigua Zahorí era verdaderamente consciente de la habilidad presente en Elayne y las demás. Así como de su ausencia en Siuan y Leane. Algo se les había arrebatado, extirpado. Era como una mutilación. Quizá la peor herida que una mujer podía recibir.

La curiosidad pudo más que ella. ¿Qué tipo de herida sería? ¿Qué se había extirpado? Ya puesta, podía aprovechar la aburrida espera, y la irritación entretejida con el nerviosismo. Buscó el contacto con el *Saidar*...

—¿Te ha dado alguien permiso para encauzar aquí, Aceptada? —inquirió Sheriam, y Nynaeve dio un respingo y cortó de inmediato el contacto con la Fuente Verdadera.

La Aes Sedai de verdes ojos regresó al frente de las demás de vuelta a sus desparejadas sillas, colocadas sobre la alfombra en un semicírculo que dejaba a las cuatro mujeres de pie como foco de atención. Algunas de las Aes Sedai habían cogido cosas de la mesa. Tomaron asiento y contemplaron fijamente a Nynaeve, toda emoción anterior absorbida por la calma habitual en ellas. Ninguno de aquellos rostros intemporales denotaba el calor reinante ni con una sola gota de sudor. Finalmente, Anaiya habló en un tono suavemente reprobador:

—Has estado lejos de nosotras mucho tiempo, pequeña. Habrás aprendido más o menos en el ínterin, pero aparentemente también es mucho lo que has olvidado.

Nynaeve se puso colorada e hizo una reverencia.

—Disculpadme, Aes Sedai. No era mi intención propasarme. —Confiaba en que creyeran que era la vergüenza lo que le hacía arder las mejillas. Pues

claro que había estado lejos de ellas mucho tiempo. Sólo unas horas antes era ella quien daba las órdenes y los demás se ponían firmes cuando hablaba. Ahora se esperaba que fuera ella la que obedeciera con prontitud. Era un mal trago.

—Nos habéis contado una... historia interesante. —Saltaba a la vista que Carlinya no creía gran cosa de su relato. La hermana Blanca giró entre sus dedos la flecha de plata de Birgitte—. Y habéis obtenido algunas posesiones raras.

—La Panarch Amathera nos hizo mucho regalos, Aes Sedai —dijo Elayne—. Parecía estar convencida de que habíamos salvado su trono. —Aun pronunciadas en un tono perfectamente reposado, aquellas frases eran como caminar sobre una fina capa de hielo. No sólo a Nynaeve la irritaba haber perdido la libertad de acción. El terso semblante de Carlinya se puso tenso.

—Habéis traído noticias perturbadoras —intervino Sheriam—. Y algunas... cosas inquietantes. —Sus ojos, ligeramente rasgados, se volvieron hacia la mesa, al plateado *a'dam*, y después se posaron de nuevo con firmeza sobre Elayne y Nynaeve. Desde que habían sabido lo que era y para qué servía, la mayoría de las Aes Sedai lo habían tratado como si fuese una víbora. Casi todas.

—Si hace lo que estas chiquillas afirman —adujo Morvrin con aire ausente—, debemos estudiarlo. Y si Elayne cree de verdad que es capaz de hacer un *ter'angreal*... —La hermana Marrón sacudió la cabeza. Su atención estaba centrada realmente en el retorcido anillo de piedra, con las motas y las vetas rojas, azules y marrones, que sostenía en una mano. Los otros dos *ter'angreal* reposaban en su amplio regazo—. ¿Dices que esto viene de Verin Sedai? ¿Y cómo es que nunca mencionó su existencia? —La última pregunta no iba dirigida a Nynaeve o Elayne, sino a Siuan.

Siuan frunció el entrecejo, pero no era el feroz ceño que Nynaeve recordaba. Apuntaba un atisbo de prevención, como si supiera que hablaba con sus superiores, e igual ocurría con su voz. Ése era otro cambio que a Nynaeve le costaba trabajo creer.

—Verin no me habló nunca de él. Me encantaría poder hacerle unas cuantas preguntas.

—Y yo tengo algunas preguntas sobre esto. —La tez olivácea de Myrelle se ensombreció mientras desdoblaba un papel muy familiar (¿por qué lo habrían guardado?) y leyó en voz alta—: «Lo que hace el portador de este documento lo hace bajo mis órdenes y mi autoridad. Obedeced y guardad silencio, siguiendo mi mandato. Siuan Sanche, Vigilante de los Sellos, Llama de Tar Valon, la Sede Amyrlin». —Apretó el puño y estrujó la hoja de papel y el sello—. No es algo que deba entregarse a una Aceptada.

—En ese momento no sabía en quién podía confiar —respondió sosegadamente Siuan. Las seis Aes Sedai la miraron de hito en hito—. Por entonces tenía autoridad para actuar como considerara conveniente. —Las seis Aes Sedai no pestañearon. La voz de Siuan adquirió un ligero timbre de exasperada súplica—. No podéis exigirme que responda por hacer lo que debía hacer cuando tenía perfecto derecho de hacerlo. Cuando el barco hace agua, tapas el agujero con lo que tienes a mano.

—¿Y por qué no nos lo contaste? —inquirió quedamente Sheriam, aunque con un atisbo de dureza en la voz. Como Maestra de las Novicias nunca había levantado la voz, aunque a veces uno habría preferido que lo hiciera—. Tres Aceptadas, ¡Aceptadas!, sacadas de la Torre para dar caza a trece hermanas del Ajah Negro. ¿Es que utilizas niñas para tapar el agujero

Librodot

en tu barco, Siuan?

—No somos niñas —replicó, acalorada, Nynaeve—. Varias de esas trece hermanas están muertas, y desbaratamos sus planes en dos ocasiones. En Tear, las...

—Ya nos habéis contado lo de Tear, muchacha —la cortó Carlinya como una afilada hoja de hielo—. Y lo de Tanchico. Y la derrota infligida a Moghedien. —Su boca se torció en una mueca sesgada. Ya había manifestado que Nynaeve había sido una necia por no mantener la mayor distancia posible entre una Renegada y ella, y que tenía suerte de haber salido con vida del encuentro. El hecho de que Carlinya tuviera tanta razón al decir eso (por supuesto no lo habían contado todo) sólo consiguió que el nudo que Nynaeve tenía en el estómago se apretara un poco más—. Sois unas niñas, y tendréis suerte si no decidimos daros unos azotes. Ahora, guardad silencio hasta que se os dé permiso para hablar.

Nynaeve se puso roja como la grana y esperó que lo interpretaran como azoramiento; guardó silencio.

—¿Y bien? —instó Sheriam, que no había apartado la vista de Siuan—. ¿Por qué no mencionaste en ningún momento que habías enviado a tres chiquillas a cazar leonas?

Siuan respiró hondo, enlazó las manos y agachó la cabeza con gesto arrepentido.

—No parecía significativo, Aes Sedai, con tantas otras cosas importantes. No he ocultado nada cuando había la más mínima razón para contarlo. He explicado hasta el último detalle que conocía sobre el Ajah Negro. Hacía tiempo que ignoraba dónde estaban estas dos jóvenes y lo que se traían entre manos. Lo importante es que ahora están aquí, y con esos tres *ter'angreal*. Debéis comprender lo que significa el tener acceso al estudio de Elaida, a sus papeles, aunque sólo sean fragmentos. De no ser por eso, no os habríais enterado de que sabe dónde estáis hasta que hubiese sido demasiado tarde.

—Nos damos cuenta de eso —manifestó Anaiya mientras miraba de soslayo a Morvrin, que seguía contemplando el anillo de piedra con el ceño fruncido—. Sólo que, tal vez, nos cogen un poco de sorpresa los medios.

—El *Tel'aran'rhiod* —musitó Myrelle—. Vaya, pero si se ha convertido en un mero asunto de discusiones eruditas en la Torre, casi una leyenda. Y las caminantes de sueños Aiel. ¿Quién habría imaginado que las Sabias Aiel pueden encauzar, y mucho menos hacer esto?

Nynaeve deseó haber podido mantener tal circunstancia en secreto —como la verdadera identidad de Birgitte y unas cuantas cosas más que había logrado guardar para sí— pero resultaba muy difícil evitar que a una se le escaparan cosas cuando la están interrogando mujeres capaces de horadar rocas con una mirada cuando se lo proponen. En fin, suponía que debía alegrarse de que se conformaran con lo que tenían. Una vez que se mencionó el *Tel'aran'rhiod* y el hecho de que podían entrar en él, un ratón habría metido en cintura a gatos antes que las mujeres hubiesen renunciado a hacer pregunta tras pregunta.

Leane se adelantó medio paso, sin mirar a Siuan.

—Lo importante es que con estos *ter'angreal* podéis hablar con Egwene, y a través de ella con Moraine. Entre ambas no sólo podréis tener vigilado a Rand al'Thor, sino influir en él incluso estando en Cairhien.

—A donde se dirigió desde el Yermo de Aiel —intervino Siuan—, donde pronostiqué que estaría. —Aunque sus ojos estaban prendidos en las Aes

Librodot

Sedai y sus palabras iban dirigidas a ellas, era obvio que el timbre áspero estaba destinado a Leane.

—De mucho sirvió. Para enviar a dos Aes Sedai al Yermo a la caza de espejismos —gruñó la antigua Guardiana.

Oh, sí, definitivamente allí había una gran frialdad.

—Basta, niñas —acotó Anaiya como si realmente fuesen unas crías y ella una madre acostumbrada a sus pueriles peleas. Dirigió a las otras Aes Sedai una mirada significativa—. Será muy positivo poder hablar con Egwene.

—Si es que funciona como afirman —dijo Morvrin mientras hacía saltar sobre la palma el anillo de piedra y toqueteaba los otros *ter'angreal* que tenía en el regazo. La mujer era de las que no creerían que el cielo era azul sin tener pruebas.

—Sí —asintió Sheriam—. Ésa será vuestra primera tarea, Elayne, Nynaeve. Tendréis ocasión de enseñar a Aes Sedai, de mostrarnos cómo utilizarlos.

Nynaeve hizo una reverencia mientras enseñaba los dientes; si preferían, podían interpretar el gesto como una sonrisa. ¿Enseñarles? Sí, y de ese modo jamás volverían a tener a su alcance ni el anillo ni los otros *ter'angreal*. La reverencia de Elayne fue aun más estirada, y su rostro semejaba una fría máscara. Sus ojos se desviaron hacia aquel estúpido *a'dam* casi con anhelo.

—Las cartas de valores nos serán útiles —comentó Carlinya. Con toda su frialdad y lógica del Ajah Blanco todavía se percibía irritación por el modo en que acortaba las palabras—. Gareth Bryne siempre quiere más oro del que tenemos, pero con ellas tal vez podamos satisfacer sus demandas.

—Sí —convino Sheriam—. Y también debemos coger la mayor parte del dinero. Cada día hay más bocas que alimentar y más cuerpos que vestir, aquí y en cualquier parte.

Elayne hizo un elegante asentimiento de cabeza, como si no fueran a disponer del dinero tanto si quería como si no, pero Nynaeve se limitó a esperar. El oro, las cartas de valores e incluso los *ter'angreal* sólo eran una parte.

—En cuanto al resto —continuó Sheriam—, hemos llegado a la conclusión de que abandonasteis la Torre cumpliendo una orden, por errónea que ésta fuera, y no se os puede responsabilizar por ello. Ahora que estáis de vuelta con nosotras sanas y salvas, reanudaréis vuestros estudios.

Nynaeve, que había estado conteniendo la respiración, soltó lentamente el aire. Era más de lo que había esperado desde que había empezado el interrogatorio. No es que le gustara, pero por una vez nadie iba a acusarla de tener mal genio; sobre todo en un momento en que resultaría contraproducente.

—¡Pero...! —barbotó impetuosamente Elayne, por el contrario. Aunque Sheriam la cortó antes de que pudiese añadir nada más.

—Reanudaréis vuestros estudios. Las dos sois muy fuertes con el Poder, pero no sois Aes Sedai todavía. —Aquellos verdes ojos se quedaron prendidos en ellas hasta que la mujer estuvo segura de que lo habían entendido bien, y entonces siguió hablando, ahora con un tono más afable, aunque todavía firme—. Habéis regresado con nosotras, y, si Salidar no es la Torre Blanca, para vosotras es como si lo fuera. Por lo que nos habéis contado en esta última hora, todavía queda mucho más por contar. —Nynaeve tuvo un sobresalto, pero los ojos de Sheriam volvieron de nuevo hacia el *a'dam*—.

Lástima que no trajeseis a la seanchan con vosotras. Eso sí que es algo que deberíais haber hecho. —Por alguna razón, Elayne se puso muy colorada y, aparentemente, furiosa al mismo tiempo. En cuanto a ella, sólo sintió un gran alivio de que la mujer se refiriese sólo a la seanchan—. Empero, a unas Aceptadas no se les puede pedir cuentas por no pensar como Aes Sedai —prosiguió Sheriam—. Siuan y Leane tendrán muchas preguntas que haceros. Cooperaréis con ellas y responderéis del mejor modo que sepáis. Confío en que no habré de recordaros que no penséis aprovecharos de su actual condición. Algunas Aceptadas, y hasta algunas novicias, se creyeron en el derecho de juzgar quién era responsable de los acontecimientos, e incluso tomarse la justicia por su mano. —Su suave tono se tornó acerado—. Esas jóvenes están lamentando profundamente su equivocación. ¿Es menester que lo aclare más?

Nynaeve anduvo aun más presta que Elayne en asegurar que no era preciso, lo que es tanto como decir que casi balbucieron en su prisa por responder. Nynaeve no había pensado responsabilizar a nadie de lo ocurrido —a su modo de ver, la culpa habría que echársela a todas las Aes Sedai— pero no quería que Sheriam se enfadase con ella. Cuando fue plenamente consciente de lo que significaba esta última idea, sintió una gran amargura; ciertamente, los días de libertad habían acabado.

—Bien. Ahora podéis coger las joyas que la Panarch os dio y la flecha, un regalo que quiero que me expliquéis cuando haya tiempo, y marcharos. Una de las otras Aceptadas os encontrará un sitio para que durmáis. Lo de conseguir vestidos apropiados ya no es tarea tan fácil, pero se encontrarán. Confío en que dejaréis atrás vuestras... aventuras y ocuparéis de nuevo el lugar que os corresponde sin sobresaltos. —Aunque sin expresarlo con palabras, era obvia la promesa de que si no ocurría así los castigos les lloverían hasta hacerlas entrar en razón. Sheriam asintió, satisfecha, cuando vio que lo entendían bien.

Beonin no había pronunciado una palabra desde que habían quitado la pantalla aislante de *Saidar*; pero, cuando Nynaeve y Elayne hacían la oportuna reverencia antes de salir, la hermana Gris se puso de pie y fue hacia la mesa donde estaban expuestas las cosas que habían llevado consigo.

—¿Y qué pasa con esto? —demandó con su fuerte acento tarabonés mientras retiraba con brusquedad el paño blanco que cubría el sello de la prisión del Oscuro. Para variar, sus grandes ojos de color azul traslucían más ira que sobresalto—. ¿Es que no va a haber más preguntas sobre esto? ¿Acaso tenéis intención de pasarlo por alto, como si no existiera?

El disco negro y blanco, colocado junto a la bolsa de gamuza, estaba partido en una docena o más de trozos que se habían vuelto a encajar lo mejor posible.

—Estaba en una pieza cuando lo guardamos en la bolsa. —Nynaeve hizo una pausa para humedecer con saliva la reseca boca. Por mucho que antes había evitado mirar el paño que lo cubría, ahora era incapaz de apartar los ojos del sello. Leane había sonreído de oreja a oreja cuando vio el vestido rojo que envolvía la bolsa con el disco y comentó que... No, no iba a dar largas al asunto, ni siquiera para sus adentros—. ¿Por qué íbamos a tomar precauciones especiales? ¡Es *cuendillar*!

—No lo miramos ni lo tocamos más que lo estrictamente necesario —añadió Elayne con un hilo de voz—. La sensación que daba era de algo repugnante, perverso. —Ya no ocurría así. Carlinya les había hecho coger un

trozo a cada una, exigiendo saber de qué sensación de maldad estaban hablando.

Habían explicado lo mismo una y otra vez, y tampoco ahora nadie les prestó atención. Sheriam se levantó y se dirigió hacia la mesa, junto a la Gris de cabello dorado.

—No pasamos nada por alto, Beonin. Hacer más preguntas a estas muchachas no servirá de nada. Nos han dicho todo lo que saben.

—Plantear preguntas nunca está de más —adujo Morvrin, pero había dejado de toquetear los *ter'angreal* para mirar el sello con tanta intensidad como todas. Sería *cuendillar*, lo que habían confirmado Beonin y ella tras examinarlo, pero había partido un trozo sólo con sus manos.

—¿Cuántos de los siete aguantarán intactos todavía? —preguntó quedamente Myrelle, como si hablase consigo misma—. ¿Cuánto tiempo falta para que el Oscuro se libere y tenga lugar la Última Batalla? —Todas las Aes Sedai hacían un poco de todo, según sus habilidades e inclinaciones, pero cada Ajah tenía su propia razón de ser. Las Verdes, que se autodenominaban el Ajah de las Batallas, se mantenían en forma para enfrentarse a los nuevos Señores del Espanto en la Última Batalla. En la voz de Myrelle se advertía un dejo casi de ansiedad.

—Tres —repuso Anaiya con voz temblorosa—. Todavía aguantan tres. Si es que no hay algo nuevo que ignoramos. Roguemos por que no sea así. Roguemos por que tres sean suficientes.

—Y roguemos por que esos tres sean más resistentes que éste —musitó Morvrin—. El *cuendillar* no puede romperse así, siendo *cuendillar*. Es imposible.

—Discutiremos sobre esto más adelante —dijo Sheriam—, después de ocuparnos de otros asuntos más urgentes sobre los que sí podemos hacer algo. —Cogió el paño a Beonin y cubrió de nuevo el sello roto—. Siuan, Leane, hemos tomado una decisión respecto a... —Se calló de repente mientras se volvía hacia Elayne y Nynaeve—. ¿No os dije que os marchaseis? —A despecho de su aparente calma exterior, la agitación que la sacudía por dentro se hizo patente por el hecho de haberse olvidado de su presencia.

—Con vuestro permiso, Aes Sedai —farfulló precipitadamente Nynaeve mientras hacía otra reverencia, y se escabulló hacia la puerta.

Sin mover un solo músculo, las Aes Sedai, así como Siuan y Leane, las siguieron con la mirada a las dos. Nynaeve sentía los ojos de las mujeres como si las empujaran. Elayne caminaba ni un ápice más despacio que ella, a pesar de que echó otra ojeada al *a'dam*.

Una vez que la antigua Zahorí hubo cerrado la puerta y pudo recostarse en la hoja de madera sin pintar, apretando contra los senos el cofre dorado, respiró a gusto por primera vez —o ésa era la impresión que tenía— desde que había entrado en el salón de la vieja posada. No quería pensar en el sello roto. Otro sello roto. No, no quería. Esas mujeres serían capaces de trasquilar una oveja con sus ojos. Casi deseaba ser testigo de su primer encuentro con las Sabias; si es que no se encontraba justo en medio. No había sido precisamente fácil la primera vez que fue a la Torre, aprendiendo a hacer lo que le mandaban otras, a agachar la cabeza. Después de tantos meses de ser ella la que daba órdenes —bueno, después de consultar con Elayne... casi siempre—, no sabía cómo iba a volver a lo de antes.

El salón, con el techo de yeso desconchado y los hogares de piedra a punto de venirse abajo, seguía siendo la misma colmena atareada que cuando había entrado en él por primera vez. Ahora nadie le dedicó más que

Librodot

una mirada de soslayo, y ella les prestó aun menos atención. Un nutrido grupo de personas las aguardaba a Elayne y a ella.

Thom y Juilin, sentados en un banco apoyado contra la pared de yeso, sostenían una conversación, muy juntas las cabezas, con Ino, que estaba en cuclillas delante de ellos, la empuñadura de la larga espada asomando por encima de su hombro. Areina y Nicola, que lo observaban todo con pasmo aunque procuraban disimularlo, ocupaban otro banco con Marigan, que miraba cómo Birgitte intentaba distraer a Jaril y Seve haciendo torpes juegos malabares con tres de las bolas de madera pintadas de colores de Thom. Arrodillada detrás de los críos, Min les hacía cosquillas y les hablaba al oído, pero los niños no hacían otra cosa que agarrarse el uno al otro y mirar en silencio, con aquellos ojos demasiado abiertos.

Sólo otras dos personas en toda la sala estaban aparentemente ociosas. Dos de los tres Guardianes de Myrelle se apoyaban contra la pared, conversando, unos cuantos pasos más allá de los bancos, justo en el lado donde estaba la puerta trasera que conducía al pasillo de la cocina: Croi Makin, un joven andoreño de cabello rubio, agraciado perfil y con la dura esbeltez de una esquirla de roca; y Avar Hachami, de nariz aguileña y mandíbula cuadrada, con un espeso bigote surcado de canas que parecía un par de cuernos curvados hacia abajo. Nadie habría considerado guapo a Hachami ni siquiera antes de que la mirada de sus oscuros ojos le hubiera hecho tragar saliva. Ninguno de los dos miraba a Ino o a Thom o a cualquiera de los otros, naturalmente. Sólo era una casualidad que únicamente ellos dos entre tanta gente ocupada no tuviesen nada que hacer y que hubiesen escogido precisamente ese sitio para holgar, por supuesto.

Birgitte dejó caer una de las bolas cuando vio a Nynaeve y a Elayne.

—¿Qué les dijisteis? —preguntó en voz queda, sin apenas echar una fugaz ojeada a la flecha de plata que Elayne llevaba en la mano. La aljaba colgaba de su cinturón, pero el arco estaba recostado contra la pared.

Nynaeve se acercó más, aunque puso un gran empeño en no mirar hacia Makin y Hachami. Y con igual cuidado bajó el tono de voz y fue parca en darle énfasis:

—Les dijimos todo lo que querían saber.

—Están enteradas de que eres una buena amiga que nos ha ayudado —añadió Elayne mientras posaba la mano en el brazo de Birgitte—. Eres bienvenida y puedes quedarte aquí, al igual que Areina, Nicola y Marigan.

Sólo cuando se disipó parte de la tensión de la arquera, comprendió Nynaeve cuánta había habido en el salón y el grupo. Birgitte recogió la bola amarilla que se le había caído y le lanzó suavemente todas a Thom, quien las atrapó con una sola mano y las hizo desparecer en un abrir y cerrar de ojos. La mujer rubia esbozaba una débil sonrisa de alivio.

—No sé cómo expresaros lo contenta que estoy de veros a las dos —dijo Min, por cuarta o quinta vez como mínimo. Tenía el pelo más largo, aunque seguía pareciendo un gorro oscuro, y había en ella algo diferente si bien Nynaeve no acababa de dar con ello. Cosa sorprendente, unas flores recién bordadas recorrían las solapas de su chaqueta; siempre había llevado ropas lisas y muy sencillas—. Un rostro amigo es poco corriente aquí. —Sus ojos se desviaron un fugaz instante hacia los Guardianes—. Tenemos que encontrar un sitio donde ponernos cómodas y mantener una larga charla. Estoy impaciente por saber en qué habéis estado metidas desde que os marchasteis de Tar Valon.

Y también contarles en lo que había estado metida ella, si Nynaeve no

se equivocaba en su suposición.

—También a mí me encantaría hablar contigo —repuso Elayne, muy seria. Min la miró y después suspiró y asintió con la cabeza, aunque no tan deseosa como un momento antes.

Thom, Juilin e Ino se plantaron detrás de Birgitte y Min; sus rostros traslucían aquella expresión que adoptaban los hombres cuando se proponían decir cosas que pensaban que no le gustaría oír a una mujer. Antes de que tuviesen ocasión de abrir la boca, sin embargo, una mujer de cabello rizoso, vestida con las ropas de Aceptada, se abrió paso sin contemplaciones entre Juilin e Ino, les asestó una mirada severa, y se plantó delante de Nynaeve.

El vestido de Faolain, con las siete bandas de colores en el dobladillo, una por cada Ajah, no estaba tan blanco como debería; la expresión severa de su rostro se había acentuado por un gesto ceñudo.

—Me sorprende verte aquí, espontánea. Creí que habías regresado corriendo a tu pueblo. Y que nuestra buena heredera del trono había vuelto con su madre.

—Y tú, Faolain, ¿sigues con tu afición de agriar la leche por gusto? —inquirió Elayne.

Nynaeve mantuvo el gesto apacible. A duras penas. Dos veces en la Torre a Faolain le habían asignado la tarea de enseñarle algo; para ponerla en su sitio, en su opinión. Aun en el caso de que tanto la maestra como la pupila fueran Aceptadas, la primera ostentaba el rango de Aes Sedai mientras durase la lección, y Faolain aprovechó esta circunstancia al máximo. La mujer de cabello rizoso había pasado ocho años como novicia y otros cinco más como Aceptada, y no le hacía ninguna gracia que Nynaeve no hubiese sido novicia en ningún momento ni que Elayne hubiese llevado el vestido completamente blanco durante menos de un año. Dos lecciones de Faolain y dos visitas de Nynaeve al estudio de Sheriam por obstinación, mal genio y una lista tan larga como su brazo.

—Me he enterado de que Siuan y Leane han recibido un trato muy desagradable por parte de alguien —dijo Nynaeve, manteniendo un tono ligero—. Creo que Sheriam tiene intención de dar un castigo ejemplar a esa persona para que no se repita nunca algo parecido. —Su mirada sostuvo la de la otra mujer sin vacilación, y los ojos de Faolain se abrieron en un gesto de alarma.

—No he hecho nada desde que Sheriam... —La Aceptada cerró la boca de golpe y su rostro enrojeció violentamente. Min se tapó la boca con la mano, y Faolain giró rápidamente la cabeza para observar a las otras mujeres, desde Birgitte hasta Marigan. Hizo un brusco ademán a Nicola y a Areina—. Supongo que vosotras dos serviréis. Venid conmigo. Ahora, no os hagáis las remolonas.

Las dos mujeres se pusieron de pie lentamente, Areina con expresión desconfiada y Nicola toqueteando nerviosamente la cintura de su vestido. Adelantándose a Nynaeve, Elayne se interpuso entre ellas y Faolain, con la barbilla levantada y una imperiosa mirada en sus azules ojos.

—¿Para qué las necesitas?

—Obedezco las órdenes de Sheriam Sedai —respondió Faolain—. En mi opinión son demasiado mayores para someterse a las pruebas por primera vez, pero hago lo que me mandan. Con cada grupo de lord Bryne que recluta hombres va una hermana y hace pruebas a mujeres incluso tan mayores como Nynaeve. —Su repentina sonrisa podría haberla esbozado una víbora—

Librodot

. ¿Es que habré de informar a Sheriam Sedai que lo desapruebas, Elayne? ¿Tengo que decirle que no permites que a tus criadas se las examine?

La barbilla de Elayne bajó un poco durante esta parrafada, pero por supuesto no podía ceder, simplemente. Necesitaba que alguien hiciese una maniobra de distracción. Nynaeve tocó a Faolain en el hombro.

—¿Han encontrado muchas? —preguntó.

A despecho de sí misma, la mujer giró la cabeza y, cuando volvió a mirar al frente, Elayne ya estaba tranquilizando a Areina y a Nicola, explicándoles que nadie les haría daño ni las obligaría a nada. Nynaeve no habría puesto la mano en el fuego por esto último. Cuando las Aes Sedai encontraban a alguien con el don innato, como Elayne o Egwene, alguien que finalmente encauzaría ni que quisiera ni que no, no se andaban con reparos para someterla al entrenamiento ya fuera de buen grado o a la fuerza. Parecían más indulgentes con aquellas que podían hacerlo tras un aprendizaje, pero que jamás tocarían el Saidar sin enseñanza; y también con las espontáneas, aquellas —una de cada cuatro— que habían sobrevivido pese a aprender por sí mismas, por lo general sin saber lo que habían hecho, con lo que a menudo se provocaban una especie de bloqueo que impedía el acceso al Poder, como era el caso de Nynaeve. En teoría, podían elegir entre ir a la Torre para instruirse o quedarse. Nynaeve había escogido lo primero, pero sospechaba que si hubiese hecho lo contrario habría tenido que ir de todas formas, puede que incluso atada de pies y manos de ser menester. Cualquier mujer que tuviera la más ligera posibilidad de unirse a las Aes Sedai tenía tantas posibilidades de elegir como las de un cordero en una festividad.

—Tres —contestó Faolain al cabo de un momento—. Tanto esfuerzo para encontrar tres. Una de ellas, espontánea. —Realmente no le gustaban las espontáneas—. No entiendo por qué están tan ansiosas por encontrar novicias. No podrán ascender al rango de Aceptadas hasta que hayamos recuperado la Torre. Y todo es culpa de Siuan Sanche y de Leane. —Un tic nervioso le contrajo un músculo de la cara, como si comprendiera que este comentario podía entenderse como acoso a las antiguas Amyrlin y Guardiana. Agarró a Areina y a Nicola de un brazo—. Vamos. Cumplo órdenes y si hay que haceros las pruebas se os harán, ni que perdamos tiempo ni que no.

—Qué mujer tan desagradable —murmuró Min siguiendo con la mirada a la Aceptada, que sacaba a las dos mujeres de la sala casi a empujones—. Si hubiese justicia en el mundo, el futuro que le aguarda debería ser poco grato.

A Nynaeve le habría gustado preguntar a Min qué visión había tenido de la mujer de cabello rizoso —había cientos de preguntas que deseaba hacerle— pero Thom y los otros dos hombres se plantaron firmemente delante de ella y de Elayne, Juilin e Ino a uno y otro lado, de modo que entre los tres tenían una visión completa de la sala. Birgitte condujo a Jaril y a Seve junto a su madre, quedándose fuera del asunto. Min también sabía lo que se proponían los hombres a juzgar por la mirada triste que les dedicó; pareció a punto de decir algo, pero al final se encogió de hombros y se reunió con Birgitte.

Por la expresión en el rostro de Thom, el juglar podía estar a punto de hacer un comentario sobre el tiempo o preguntar qué había de comida; nada importante.

—Este sitio está lleno de peligrosos necios y soñadores. Creen que

pueden deponer a Elaida. Ése es el motivo de que Gareth Bryne se encuentre aquí, para reunir un ejército.

La sonrisa de Juilin le llegó de oreja a oreja.

—Nada de necios. Mujeres y hombres chiflados. No me importa si Elaida ya estaba allí el día en que Logain nació. Están locos si creen que pueden derrocar desde aquí a una Amyrlin instalada en la Torre Blanca. Podríamos llegar a Cairhien en un mes, tal vez.

—Ragan y unos cuantos de los otros ya les han echado el ojo a los caballos que se pueden coger prestados. —También Ino sonreía; el gesto resultaba incongruente con el furibundo ojo rojo del parche—. Los guardias están apostados para detectar a los que llegan, no a los que salen. Podemos despistarlos en el bosque. Pronto se hará de noche y nunca nos encontrarán. —El que las mujeres se pusieran sus anillos de la Gran Serpiente al pisar la orilla del río había hecho milagros con su lenguaje. Aunque al parecer recuperaba de inmediato su habitual estilo cuando pensaba que no lo oían.

Nynaeve miró a Elayne, que sacudió levemente la cabeza. La muchacha aguantaría cualquier cosa con tal de llegar a Aes Sedai. ¿Y ella? Había pocas probabilidades de que pudiesen influir en estas Aes Sedai para que apoyaran a Rand si, por el contrario, habían decidido controlarlo. Más bien no había ninguna; más le valía ser realista. Y, sin embargo... Y sin embargo estaba la Curación. No aprendería nada en Cairhien, pero aquí... A menos de diez pasos de ella, Therva Maresis, una esbelta Amarilla de nariz larga, punteaba metódicamente una lista en un pergamino con su pluma. Un Guardián calvo y con negra barba se encontraba de pie cerca de la puerta, conversando con Nisao Dachen; la Aes Sedai no le llegaba al hombro aunque el hombre era de estatura normal. Por el contrario, Dagdara Finchey era tan corpulenta como cualquier hombre presente en la sala y más alta que la mayoría; departía con un grupo de novicias delante de una de las chimeneas apagadas, enviándolas con encargos a una tras otra. Nisao y Dagdara también eran del Ajah Amarillo, y se decía que Dagdara, cuyo cabello canoso apuntaba una edad muy avanzada en una Aes Sedai, sabía más sobre la Curación que cualesquiera otras dos hermanas Amarillas juntas. Sería distinto si yendo con Rand pudiese hacer algo útil por él; tal y como estaban las cosas, sólo vería cómo se volvía loco. Si hacía progresos con la Curación, a lo mejor encontraba un modo de detener esa demencia. Para su gusto, eran muchas las cosas que las Aes Sedai dejaban correr al considerarlas irremediables.

Todas aquellas ideas pasaron por su mente en el tiempo que empleó en mirar a Elayne y volverse de nuevo hacia los hombres.

—Nos quedamos aquí. Ino, si tú y los otros queréis reuniros con Rand, sois libres de hacerlo en lo que a mí respecta. Me temo que ya no tengo dinero para ayudaros.

El oro del que se habían apropiado las Aes Sedai hacía falta, como habían dicho, pero no podía evitar encogerse al pensar en las contadas monedas de plata que quedaban en su bolsillo. Estos hombres la habían seguido —y a Elayne, claro es— por motivos más o menos equivocados, pero eso no la eximía de su responsabilidad hacia ellos. Su lealtad era para Rand, y no había razón para que entraran en conflicto con la Torre Blanca. Echó una ojeada al cofre dorado, y añadió de mala gana:

—Pero tengo algunas joyas que podéis vender durante el viaje.

—Tú también debes irte, Thom —dijo Elayne—. Y tú, Juilin. No tiene sentido que os quedéis aquí. Nosotras ya no os necesitamos, pero Rand sí. —Trató de soltar en las manos de Thom su cofrecillo de joyas, pero el juglar

Librodot

rehusó cogerlo.

Los tres hombres intercambiaron miradas, siguiendo su irritante costumbre, e Ino llegó incluso a poner en blanco su único ojo. A Nynaeve le pareció que Juilin murmuraba algo entre dientes sobre que ya les había advertido que eran unas cabezotas.

—Quizá dentro de unos días —contestó Thom.

—Sí, dentro de unos días —ratificó Juilin.

—No me vendría mal un corto descanso si es que voy a tener que huir de unos Guardianes la mitad del camino hasta Cairhien —convino Ino mientras asentía.

Nynaeve les asestó la mirada más fría de su repertorio y se dio un deliberado tirón de la trenza. Elayne tenía la barbilla más levantada que nunca, y en sus azules ojos había bastante altivez para partir hielo. A esas alturas, Thom y los otros debían conocerlas lo suficiente para saber lo que significaban tales señales: no les iban a consentir sus tonterías.

—Si pensáis que todavía cumplís las órdenes de Rand al'Thor de que nos cuidéis... —empezó Elayne en un tono gélido.

—Prometisteis hacer lo que se os mandase —dijo al mismo tiempo Nynaeve—, y estoy dispuesta a...

—No es nada de eso —las interrumpió Thom mientras retiraba uno de los mechones rubios del rostro de Elayne con su nudoso índice—. En absoluto. ¿Es que un hombre viejo y tullido no tiene derecho a disfrutar de un pequeño descanso?

—A decir verdad —intervino Juilin—, sólo me quedo porque Thom me debe dinero. Se me dan bien los dados.

—¿Acaso esperáis que les robemos veinte caballos a los Guardianes como si fuera coser y cantar? —gruñó Ino. Por lo visto había olvidado que acababa de sugerir hacer eso exactamente.

Elayne los miraba de hito en hito, demasiado pasmada para hablar, e incluso Nynaeve no sabía qué decir. A lo que habían llegado. Ni siquiera eran capaces de ponerlos nerviosos. El problema era que dentro de sí había sentimientos enfrentados. Había decidido que se marcharan, y no porque no quisiera que estuvieran por allí viéndola hacer reverencias y fregando suelos. En absoluto. Empero, con la situación en Salidar tan distinta de lo que había esperado, tenía que admitir, por mucho que le costara, que resultaría... reconfortante saber que Elayne y ella contaban con alguien más aparte de Birgitte. Y no es que pensara aceptar la oferta de escapar, naturalmente —si es que podía llamarse así—, en ninguna circunstancia. Sólo que la presencia de los hombres sería... reconfortante. Aunque ciertamente no se lo daría a entender a ellos. Bueno, no llegarían a descubrirlo puesto que iban a marcharse, pensaran lo que pensaran. A Rand sí le vendría bien su ayuda, mientras que aquí lo único que harían sería estorbar. Sin embargo...

La puerta sin pintar se abrió y salió Siuan, seguida de Leane. Las dos mujeres se miraron con frialdad y después Leane soltó un resoplido y se alejó con unos movimientos increíblemente sinuosos, pasó delante de Croi y Avar y desapareció en el corredor que conducía a la cocina. Nynaeve frunció ligeramente el entrecejo. En medio de todo aquel alarde de frialdad había surgido un fugaz destello, algo tan momentáneo que se le habría pasado por alto si no hubiese ocurrido justo delante de sus ojos.

Siuan se volvió hacia ella y, de repente, se quedó inmóvil mientras su rostro se tornaba inexpresivo. Alguien más se había unido al reducido grupo.

Gareth Bryne, con el abollado peto abrochado encima de la sencilla chaqueta de ante y los guanteletes reforzados con acero en el envés metidos bajo el talabarte, irradiaba autoridad. El cabello encanecido y el rostro franco le otorgaban la apariencia de un hombre que ha visto y sufrido cuanto hay que ver y sufrir, un hombre que soportaría cualquier cosa.

Elayne sonrió e hizo una elegante reverencia. Una reacción totalmente distinta de su mirada estupefacta, al entrar en Salidar, cuando lo reconoció al final de la calle.

—No diré que sea estupendo veros aquí, lord Gareth. He sabido que surgieron ciertas dificultades entre mi madre y vos, pero estoy segura de que pueden arreglarse. Ya sabéis que madre es impulsiva a veces. Acabará rectificando y os pedirá que volváis a ocupar el lugar que os corresponde en Caemlyn, podéis estar seguro.

—Lo hecho, hecho está, Elayne.

Haciendo caso omiso de su pasmo —Nynaeve dudaba que nadie que conociese el rango de la joven la hubiese tratado jamás con tanta descortesía— se volvió hacia Ino.

—¿Habéis pensado en lo que os dije? La shienariana es la mejor caballería pesada del mundo, y tengo muchachos que son justo los más indicados para recibir el entrenamiento adecuado.

Ino frunció el entrecejo y su único ojo fue de Elayne a Nynaeve. Luego, lentamente, asintió.

—No tengo nada mejor que hacer —manifestó—. Les preguntaré a los otros.

—Con eso me basta. —Bryne le palmeó el hombro—. Y vos, Thom Merrilin. —El juglar se había dado media vuelta cuando el otro hombre se acercó, y se atusaba los bigotes mientras mantenía la vista fija en el suelo, como para ocultar su rostro. Ahora sostuvo la mirada impasible de Bryne con igual firmeza—. Antaño conocí a un hombre que se llamaba casi como vos. Era un diestro jugador de cierto juego.

—Antaño conocí a un hombre que guardaba un gran parecido con vos —repuso Thom—. Tenía un gran empeño en apresarme. Creo que me habría decapitado si hubiese caído en sus manos.

—De eso hará mucho tiempo, ¿no? A veces los hombres hacen las cosas más absurdas por una mujer. —Bryne miró de soslayo a Siuan y sacudió la cabeza—. ¿Queréis echar una partida de fichas, maese Merrilin? Hay veces que echo de menos la presencia de un hombre que sepa jugar bien, como se hace en los círculos de la alta aristocracia.

Las espesas cejas blancas de Thom se fruncieron casi tanto como lo habían hecho antes las de Ino, pero no apartó los ojos de Bryne un solo instante.

—Tal vez eche una o dos partidas —dijo finalmente— después de saber cuál es la apuesta. Siempre y cuando comprendáis que no tengo intención de pasarme la vida jugando a las fichas con vos, claro es. Ya no me gusta quedarme mucho tiempo en el mismo sitio. Soy lo que vulgarmente se llama un culo de mal asiento.

—Mientras no os den ganas de marcharos a mitad de una partida crucial, bien va —replicó Bryne con sequedad—. Venid conmigo, los dos. Y no esperéis muchas horas de sueño. Por aquí todo se necesita para ayer, excepto lo que tendría que haberse hecho la semana pasada. —Hizo una pausa y volvió a mirar a Siuan—. Hoy me han llegado las camisas medio limpias solamente. —Dicho esto, condujo a Thom y a Ino fuera. Siuan lo

Librodot

siguió con la mirada y después volvió el ceñudo semblante hacia Min, quien se encogió y salió corriendo por donde Leane se había marchado antes.

Nynaeve no entendía nada de este último intercambio. ¡Y el descaro de esos hombres, creyéndose que podían hablar a sus espaldas, o en sus narices o lo que fuera, sin que ella entendiese hasta la última palabra! Estaba más que harta de ellos, en cualquier caso.

—Qué bien que no le hiciese falta un rastreador —comentó Juilin mientras miraba de reojo a Siuan, con patente desasosiego. Todavía no se había repuesto del susto al enterarse de su nombre; Nynaeve no estaba segura de si había comprendido que la habían neutralizado y que ya no era la Sede Amyrlin. Ella sí que lo ponía nervioso—. Así podré sentarme y charlar. He visto un montón de tipos con pinta de ser de los que se relajan y sueltan la lengua frente a una jarra de cerveza.

—Prácticamente no me ha hecho caso —dijo Elayne sin salir de su asombro—. No me importa el problema que haya habido entre mi madre y él, pero no tiene derecho a... En fin, me ocuparé de lord Gareth Bryne después. Ahora he de hablar con Min, Nynaeve.

La antigua Zahorí hizo intención de seguirla cuando la muchacha se dirigió apresuradamente hacia el pasillo que llevaba a la cocina, ya que Min les daría respuestas claras, pero Siuan la agarró del brazo con tanta fuerza como si sus dedos fueran un cepo.

La Siuan Sanche que había agachado humildemente la cabeza ante aquellas Aes Sedai había desaparecido. Ninguna mujer en la sala llevaba el chal. En ningún momento alzó la voz; no hizo falta. Le asestó una mirada a Juilin tan intensa que por poco no lo mata del susto.

—Lleva cuidado con las preguntas que hagas, rastreador, o acabarás destripado y descamado, listo para el mercado. —Aquellos fríos ojos azules pasaron sobre Birgitte y Marigan. La boca de esta última se torció en una mueca, como si hubiese catado algo amargo, e incluso Birgitte parpadeó—. Vosotras dos, buscad a una Aceptada que se llama Theodrin y pedidle que os encuentre un sitio para dormir esta noche. Esos niños deberían estar ya en la cama. ¿A qué esperáis? ¡Moveos! —No bien las dos mujeres se hubieron alejado un paso, Birgitte tan deprisa como Marigan o puede que más, Siuan Sanche se volvió hacia Nynaeve—. Tengo unas cuantas preguntas para ti. Te ordenaron que cooperases y sugiero que lo hagas si sabes lo que te conviene.

Fue como estar atrapada en un torbellino. Antes de que Nynaeve se diera cuenta de lo que pasaba, Siuan la hacía subir una desvencijada escalera con la barandilla hecha con trozos de madera sin pintar y la conducía casi a empujones por un pasillo hacia un pequeño cuarto en el que apenas cabían las dos camas construidas una encima de la otra y pegadas contra la pared. Siuan ocupó la única banqueta que había y le indicó con un gesto que se sentara en la cama de abajo. Nynaeve prefirió quedarse de pie, aunque sólo fuera para demostrarle que no iba a permitir que la trataran de cualquier forma. No había mucho más en el cuarto; un lavabo, con un ladrillo calzando una pata rota, sostenía una palangana y un aguamanil desportillados. Unos pocos vestidos colgaban de clavijas, y lo que parecía ser un jergón estaba enrollado en un rincón. Nynaeve había caído muy bajo en el transcurso de un día, pero la caída de Siuan era mucho mayor de lo que alcanzaba a imaginar. No creía que la mujer pudiera plantearle muchos problemas; a pesar de que la mirada de sus ojos siguiera siendo la misma de siempre.

—Bien, como quieras, muchacha —resopló Siuan—. El anillo, ¿no hace

falta encauzar para utilizarlo?

—No. Ya oísteis lo que le dije a Sheriam...

—¿Cualquiera puede usarlo? ¿Una mujer que no pueda encauzar? ¿Un hombre?

—Un hombre, tal vez. —Un *ter'angreal* que no precisaba el Poder por lo general funcionaba para hombres y para mujeres—. Y, sí, cualquier mujer.

—Entonces vas a enseñarme a utilizarlo.

Nynaeve enarcó una ceja. Ésa podía ser la palanca que la ayudara a conseguir lo que quería. Y, si no, le quedaba otra. Quizá.

—¿Están al tanto de esto? Toda la conversación giró en torno a enseñarles a ellas, pero a vos no se os mencionó en ningún momento.

—No, no lo están. —Siuan no parecía nerviosa en absoluto. Incluso sonrió, y de un modo poco agradable—. Ni lo estarán. En caso contrario, se enterarán de que tú y Elayne habéis fingido ser Aes Sedai desde que salisteis de Tar Valon. Puede que Moraine permita que Egwene se salga con la suya sin darle su merecido, porque seguro que ella lo ha hecho también. Si no estoy en lo cierto, entonces es que no sé distinguir entre un nudo doble y una vuelta de driza. Pero ¿y Sheriam, Carlinya y las demás? Estarás chillando como un bagre al que se destripa para sacarle la freza antes de que hayan acabado contigo. Mucho antes.

—Esto es ridículo. —Nynaeve cayó en la cuenta de que estaba sentada, aunque no recordaba haberlo hecho. Thom y Juilin no abrirían la boca, y nadie más lo sabía. Tenía que hablar con Elayne—. No hemos hecho tal cosa.

—No me mientas, muchacha. Si hubiese necesitado confirmación, tus ojos habrían sido suficiente. Tienes el estómago como si quisiera salírsete por la boca, ¿a que sí?

En efecto, ésa era exactamente la sensación que tenía.

—Por supuesto que no. Y si os enseño algo será porque quiero hacerlo. —No iba a dejar que esta mujer la intimidara. El último vestigio de piedad se extinguió—. Si lo hago, quiero algo a cambio: que me dejéis examinaros a Leane y a vos. Quiero saber si la neutralización puede curarse.

—No puede —repuso, impasible, Siuan—. Y ahora...

—Todo, excepto la muerte, debería tener remedio.

—«Debería tener» no es «tiene», muchacha. A Leane y a mí se nos prometió que se nos dejaría en paz y no se nos molestaría. Habla con Faolain o Emara si quieres saber lo que le ocurre a cualquiera que nos molesta. No fueron las primeras ni las que recibieron peor castigo, pero sí las que gritaron más tiempo.

Su otra palanca. Casi se había olvidado de ella al estar a punto de dejarse dominar por el pánico. Si es que era cierto lo que había creído percibir. Tenía que intentarlo.

—¿Qué opinaría Sheriam si se enterara de que vos y Leane realmente no estáis a punto de echaros las uñas la una a la otra? —Siuan se limitó a mirarla fijamente—. Creen que os han domado, ¿verdad? Cuanto más se tiene por costumbre abofetear a quien no puede devolver la bofetada, tanto más fácil resulta aceptar como prueba el que esa persona brinque obediente cada vez que una Aes Sedai tose. ¿Sólo hizo falta que os encogieseis un poco para hacerles olvidar que las dos habíais trabajado mano a mano durante años? ¿O las convencisteis de que la neutralización os había cambiado por completo, no sólo vuestro aspecto? Cuando descubran que habéis estado intrigando a sus espaldas, que las habéis manipulado, seréis vos la que

gritaréis más alto que cualquier bagre. Sea lo que sea eso. —Ni pestañear siquiera. Siuan no iba a perder los nervios ni a admitir nada. Empero, había habido algo en aquel breve intercambio de miradas; Nynaeve estaba segura.

»Quiero estudiaros, a vos y a Leane, cada vez que lo pida. Y a Logain. —A lo mejor también podía descubrir algo con él. Los hombres eran diferentes; sería como enfocar el mismo problema desde otro ángulo. Y no es que fuera a curarlo aunque descubriese cómo hacerlo. El que Rand encauzara era algo necesario. Sin embargo no estaba dispuesta a dejar suelto por el mundo a otro hombre que pudiese manejar el Poder—. Si no, entonces podéis olvidaros del anillo y del *Tel'aran'rhiod*. —¿Qué se proponía hacer Siuan con eso? Seguramente, volver a experimentar algo que al menos guardaba algún parecido con ser Aes Sedai. Nynaeve aplastó sin contemplaciones la llamita de piedad que había vuelto a encenderse dentro de ella—. Y si hacéis alguna insinuación sobre que Elayne y yo hemos fingido ser Aes Sedai, entonces no tendré más remedio que contarles lo de Leane y vos. Tal vez Elayne y yo pasemos un mal trago hasta que la verdad salga a la luz, pero al final saldrá, y cuando ocurra estaréis llorando tanto tiempo como Faolain y Emara juntas.

El silencio se prolongó. ¿Cómo se las arreglaba la otra mujer para mantener ese aire impasible? Nynaeve siempre había pensado que se debía a su condición de Aes Sedai. La boca se le quedó seca, aunque era la única parte de su cuerpo que lo estaba. Si se había equivocado, si Siuan se mostraba dispuesta a echarle un pulso, entonces sabía muy bien quién acabaría llorando a lágrima viva.

—Espero que Moraine se las haya ingeniado para hacer más dócil a su potranca que ésta —rezongó entre dientes finalmente Siuan. Nynaeve no la entendió, pero apenas tuvo tiempo para pensarlo, porque un instante después la otra mujer se echaba hacia adelante, con la mano extendida—. Si tú guardas mi secreto, yo guardaré el tuyo. Enséñame a utilizar el anillo y podrás estudiar la neutralización y el amansamiento hasta hartarte.

Nynaeve casi no pudo reprimir un suspiro de alivio mientras estrechaba la mano tendida. Lo había conseguido. Por primera vez desde lo que le parecía una eternidad, alguien había intentado intimidarla y había fracasado. Casi se sentía dispuesta para enfrentarse a Moghedien. Sólo casi.

Elayne alcanzó a Min justo cuando salía por la puerta trasera de la posada, y caminó a su lado. Min llevaba un envoltorio con lo que parecían dos o tres camisas blancas debajo del brazo. El sol rozaba ya las copas de los árboles por el oeste, y bajo la menguante luz el patio del establo tenía el aspecto de la tierra recién removida, con un enorme tocón que podría haber pertenecido a un roble justo en el centro. El establo de piedra con techo de bálago no tenía puertas, y dejaba a la vista a los hombres que se movían entre las cuadras llenas. Sorprendentemente, Leane estaba hablando con un hombre corpulento, al borde de la sombra arrojada por el establo. Iba toscamente vestido, y tenía aspecto de herrero o de luchador. Lo chocante era lo cerca de él que estaba Leane, con la cabeza echada hacia atrás, como si lo estuviese mirando a los ojos. Y entonces le dio unas palmaditas en la mejilla antes de girar sobre sus talones y regresar apresuradamente a la posada. El hombretón la siguió con la mirada un momento y después desapareció en las sombras del establo.

—No me preguntes qué se trae entre manos —dijo Min—. Gente extraña viene a verlas a Siuan o a ella, y a algunos de los hombres ella... Bueno, ya

Librodot

lo has visto.

A Elayne no le interesaba realmente lo que hacía Leane, pero ahora que estaba sola con Min no sabía cómo sacar a colación el asunto del que quería hablar.

—¿Qué haces?

—La colada —murmuró Min, señalando con irritación las camisas—. No te imaginas lo estupendo que es ver a Siuan ser el ratón para variar, sin que sepa si el águila va a comérsela o a hacerla su animal de compañía y teniendo en ello las mismas opciones que les da a los demás: ¡ninguna!

Elayne apretó el paso para no quedarse atrás mientras cruzaban el patio. Fuera lo que fuera ese asunto, no le daba pie para llevar la conversación hacia el tema que le interesaba.

—¿Sabías lo que Thom iba a sugerir? Nos quedamos.

—Les dije que eso sería lo que haríais, aunque no tiene nada que ver con una visión. —Min aflojó de nuevo el paso cuando pasaron entre el establo y un muro de piedra medio desmoronado y continuaron por el sombrío callejón de abrojos y malas hierbas pisoteados—. Imaginé que no renunciaríais a la oportunidad de reanudar los estudios. Siempre estuviste deseosa de aprender. Y Nynaeve también, aunque no quiera admitirlo. Ojalá me hubiese equivocado, porque así me habría marchado con vosotras. Al menos, me... —Masculló algo entre dientes con un tono que sonaba furioso—. Esas tres que habéis traído significan problemas, y esto sí es una visión.

Ahí estaba, la oportunidad que había esperado. Pero en lugar de preguntarle lo que se proponía, inquirió:

—¿Te refieres a Marigan, Nicola y Areina? ¿Cómo pueden ser un problema? —Sólo una necia pasaría por alto lo que Min veía.

—No lo sé exactamente. Sólo capté atisbos de halos y únicamente por el rabillo del ojo, nunca cuando las miraba directamente, que habría sido el momento de distinguir algo preciso. No son muchas las personas que tienen halos continuamente, ya lo sabes. Problemas. A lo mejor van a hablar de cosas que saben. ¿Estabais haciendo algo que no queréis que sepan las Aes Sedai?

—Desde luego que no —repuso, cortante, Elayne. Min la miró de soslayo, y la heredera del trono añadió—: Bueno, nada que no tuviésemos que hacer. En cualquier caso, es imposible que se enteren. —Esta conversación no llevaba el derrotero que quería. Respiró profundamente y saltó al vacío—. Min, tuviste una visión sobre Rand y yo, ¿verdad?

—Sí. —Fue un monosílabo cauteloso.

—Viste que nos íbamos a enamorar.

—No exactamente. Vi que tú te enamorarías de él. Ignoro lo que Rand siente por ti; sólo sé que está vinculado a ti de algún modo.

Elayne apretó los labios. Era casi lo que había esperado, pero no lo que deseaba oír. «Desear» y «querer» hace que uno dé traspiés, pero «es» allana el camino, como decía Lini. Había que actuar con lo que «era» no con lo que uno «deseaba» que fuera.

—Y viste que habría alguien más, alguien con quien tendría que... compartirlo.

—Dos más —aclaró roncamente Min—. Y... yo soy una de ellas.

Elayne, que había abierto la boca para plantear la siguiente pregunta, se quedó así, sin decir nada, sólo mirándola con sorpresa.

—¿Tú? —consiguió pronunciar finalmente.

—¡Sí, yo! —se encrespó Min—. ¿Es que piensas que no puedo

enamorarme? No quise que ocurriera, pero pasó, y no hay vuelta de hoja. —Se adelantó a Elayne por el callejón caminando a paso vivo, y en esta ocasión la heredera del trono no la alcanzó con la prontitud de antes.

Aquello explicaba algunas cosas, ciertamente. El nerviosismo con que Min siempre había soslayado hablar del tema. Los bordados de las solapas de su chaqueta. Y, a menos que fueran imaginaciones suyas, Min también llevaba los labios algo pintados. «¿Qué siento al respecto?», se preguntó, pero era incapaz de llegar a una conclusión.

—¿Quién es la tercera? —preguntó en tono quedo.

—Lo ignoro —murmuró Min—. Sólo sé que tiene mucho temperamento. No es Nynaeve, gracias a la Luz. —Soltó una débil risita—. No creo que hubiese podido soportar algo así. —De nuevo lanzó una mirada de soslayo, cautelosa, a Elayne—. ¿Qué consecuencias tendrá esto en las relaciones entre tú y yo? Te aprecio. Nunca tuve una hermana, pero a veces tuve la sensación de que tú... Deseo ser amiga tuya, Elayne, y no quisiera perder ese aprecio que te tengo pase lo que pase, pero no puedo dejar de amarlo.

—No me gusta mucho la idea de tener que compartir a un hombre —adujo, estirada, la heredera del trono. Desde luego, era una manera muy comedida de expresarlo.

—Tampoco a mí. Sólo que... Elayne, me avergüenza admitirlo, pero lo aceptaré de cualquier modo que sea posible. Tampoco es que ninguna de nosotras tenga muchas opciones. Luz, ha trastornado toda mi vida. Hasta el seso me trastorna sólo con pensar en él. —Min hablaba de un modo como si no supiera si ponerse a llorar o a reír.

Elayne exhaló muy, muy despacio. No era culpa de Min. Y quizá más valía que fuera Min en lugar de, por ejemplo, Berelain u otra a la que no soportara.

—*Ta'veren* —musitó—. Pliega el mundo a su alrededor. No somos más que briznas atrapadas en un torbellino. Empero, creo recordar que tú, Egwene y yo dijimos que jamás permitiríamos que un hombre se interpusiera en nuestra amistad. De algún modo lograremos resolverlo, Min, y cuando descubramos quién es la tercera... En fin, también resolveremos eso. De algún modo. —¡Una tercera! ¿Sería Berelain? «¡Oh, rayos y centellas!»

—Sí, de algún modo —repitió tristemente la otra joven—. Entre tanto, tú y yo estamos atrapadas aquí en un cepo. Sé que hay otra y sé que no puedo hacer nada al respecto, pero bastante tengo con resignarme y aceptar la idea de que estás tú como para... No todas las mujeres de Cairhien son como Moraine. Una vez vi a una noble cairhienina en Baerlon. De cara al exterior, habría hecho que Moraine pareciese como Leane, pero a veces decía cosas, con indirectas... ¡Y su halo! No creo que ningún hombre en toda la ciudad estuviese a salvo a solas con ella a menos que fuese feo, estuviese lisiado o, mejor aun, muerto.

Elayne resopló, pero cuando habló logró dar a su voz un tono ligero:

—No te preocupes por eso. Tenemos otra hermana tú y yo, alguien que no conoces. Aviendha vigila muy de cerca a Rand, y él no da ni diez pasos sin llevar una guardia de Doncellas Lanceras Aiel. —¿Una mujer de Cairhien? Por lo menos a Berelain la conocía, sabía algo de ella. No, ni hablar. No iba a preocuparse y darle vueltas al asunto como una estúpida muchachita. Una mujer adulta tomaba el mundo como era y sacaba el mejor partido posible de ello. ¿Quién sería esa mujer?

Habían salido a un patio abierto salpicado de cenizas frías. Grandes ollas, en su mayoría con picaduras allí donde se había limpiado el óxido,

estaban colocadas contra el muro de piedra que rodeaba el patio; los árboles, al crecer, habían derrumbado la valla en varios tramos. A pesar de que las sombras del atardecer se extendían a través del patio, todavía quedaban dos ollas humeantes sobre las lumbres, y tres novicias, con el cabello empapado de sudor y las blancas faldas remangadas, trabajaban afanosas restregando sobre unas tablas metidas en profundas pilas llenas de agua jabonosa.

Elayne echó un vistazo a las camisas que Min llevaba debajo del brazo y abrazó el *Saidar*.

—Deja que te ayude con eso. —Encauzar para hacer tareas asignadas estaba prohibido (el trabajo físico desarrolla el carácter, decían) pero esto no podía contarse como tal. Si removía las camisas en el agua con la energía necesaria, entonces no haría falta que se mojasen las manos—. Cuéntamelo todo. ¿Siuan y Leane están realmente tan cambiadas como parece? ¿Cómo llegasteis aquí? ¿De verdad está Logain en este pueblo? ¿Y por qué tienes que lavar las camisas de un hombre? En fin, quiero saberlo todo.

Min se echó a reír, más que satisfecha de cambiar de tema.

—Contártelo todo me llevaría una semana, pero lo intentaré. Para empezar, ayudé a Siuan y a Leane a escapar de la mazmorra donde Elaida las había encerrado, y después…

Sin dejar de atender a Min y lanzando las correspondientes exclamaciones de sorpresa, Elayne encauzó Aire para levantar una de las ollas de agua hirviendo de la lumbre. Apenas reparó en las miradas incrédulas de las novicias; estaba acostumbrada a su fuerza con el Poder y rara vez se le pasaba por la cabeza la idea de que, sin pensar, hacía cosas que algunas Aes Sedai eran incapaces de realizar. ¿Quién sería la tercera mujer? Más le valía a Aviendha estar pendiente de Rand y no quitarle ojo de encima.

Librodot

CAPÍTULO 23

Llegan noticias a Cairhien

Un hilillo de humo azul se elevaba de la sencilla pipa de cañón largo que Rand sujetaba entre los dientes; el joven apoyó una mano en la balaustrada de piedra del balcón y contempló el jardín que había a sus pies. Las sombras se iban alargando; el sol semejaba una bola roja que descendía por el cielo despejado. Diez días en Cairhien, y éste parecía ser el primer momento en que estaba inactivo sin que se encontrara durmiendo. Selande estaba de pie a su lado, muy cerca, la blanca tez levantada para mirarlo a él, no al jardín. Su peinado no era tan complejo como el de una mujer de rango superior al suyo, pero aun así añadía un palmo a su altura. El joven trató de hacer caso omiso de ella, tarea harto difícil cuando una mujer insiste en apretar sus firmes senos contra el brazo de uno. La reunión se había alargado lo suficiente para que Rand quisiera tomarse un momento de descanso. Supo que era un error tan pronto como Selande lo siguió fuera.

—Conozco un estanque recoleto —dijo quedamente la mujer—, en el que podríamos aliviar este calor. Es un lugar discreto donde nada ni nadie nos molestaría. —La música del arpa de Asmodean llegaba a través de los arcos cuadrados que había detrás de ellos. Era una melodía ligera, como refrescante.

Rand resopló un poco más fuerte de lo que era su intención. El calor. No tenía comparación con el Yermo, pero... El otoño debía de estar a punto de empezar, y sin embargo la temperatura vespertina parecía propia de pleno verano. Un verano sin lluvias. En el jardín, unos hombres en mangas de camisa esparcían agua de unos cubos; la tarea se había retrasado hasta última hora de la tarde para evitar que la humedad se evaporase, aunque había muchas plantas mustias y medio muertas. Este tiempo no podía ser natural; el ardiente sol parecía mofarse de él. Moraine y Asmodean opinaban lo mismo, pero ninguno de los dos supo darle soluciones porque, al igual que él, ignoraban qué hacer o cómo. Sammael. Respecto a él sí que podría hacer algo.

—Agua fría —musitó Selande—, y vos y yo solos. —Se arrimó más, aunque Rand no entendía cómo era posible tal cosa.

Se preguntó de dónde le vendría el siguiente aguijonazo. Nada de dejarse llevar por la furia y actuar precipitadamente, hiciese lo que hiciese Sammael. Una vez que su metódico proceso de consolidación en Tear estuviese cumplido, entonces descargaría el rayo. Un golpe demoledor para acabar con Sammael y meter a Illian en su saco al mismo tiempo. Con Illian, Tear y Cairhien, amén de un ejército de Aiel lo bastante grande para arrollar a cualquier nación en cuestión de semanas, él...

—¿No os apetecería nadar? Yo no sé hacerlo muy bien, pero sin duda podríais enseñarme.

Rand suspiró. Por un momento deseó que Aviendha se encontrara allí. No. Lo que menos le interesaba ahora era una Selande corriendo y chillando como una loca, llena de contusiones y con las ropas hechas jirones.

Entrecerró los ojos y bajó la mirada hacia la mujer.

—Puedo encauzar —musitó sin quitarse la pipa de entre los dientes. La noble se echó hacia atrás sin mover un músculo. No entendían por qué tenía que mencionar aquello; para ellos era algo que debía encubrirse, hacer como si no existiera si ello era posible—. Dicen que me volveré loco, pero aún no lo estoy. Aún no. —Soltó una risa honda que después cortó bruscamente mientras su rostro recobraba el gesto impasible—. ¿Enseñaros a nadar decís? Mejor os sostendré en el agua con el Poder. El *Saidin* está contaminado, ya sabéis. Es por la impronta del Oscuro, pero no lo notaréis. Estará todo en derredor vuestro, pero no advertiréis nada de nada. —Soltó otra risita queda en la que había un leve resuello. Los oscuros ojos de la mujer estaban abiertos como platos y su sonrisa era un rictus forzado—. Bien, entonces, quedamos para después. Ahora quiero estar solo para reflexionar sobre... —Se inclinó como si tuviese intención de besarla, y ella soltó un chillido e hizo una reverencia con tanta brusquedad que de momento Rand creyó que a la noble se le habían doblado las piernas.

Retrocedió precipitadamente, haciendo una reverencia cada dos pasos mientras balbucía el honor que era servirlo y sus más profundos deseos de hacerlo, todo ello con una voz rayana en la histeria, hasta que chocó contra uno de los arcos cuadrados. Realizó una última reverencia y entró como si la persiguieran demonios.

Rand hizo una mueca y se volvió hacia la balaustrada. Ahora asustaba a mujeres. La noble habría buscado mil excusas si le hubiese pedido que lo dejara solo, habría interpretado una orden sólo como un momentáneo contratiempo a menos que le dijera específicamente que se quitase de su vista, y aun así... Quizá la noticia se difundiría esta vez. Tenía que controlar su genio; últimamente le daba rienda suelta con demasiada facilidad. Se debía a la sequía que no podía remediar, a los problemas que brotaban como malas hierbas allí dondequiera que mirase. Unos instantes más de tranquilidad, de estar solo con su pipa, era cuanto pedía. ¿Quién querría gobernar una nación cuando podría hacer un trabajo más sencillo, como por ejemplo llevar agua colina arriba con un colador?

Más allá del jardín, entre dos de las torres escalonadas del Palacio Real, tenía una visión panorámica de Cairhien, alumbrada austeramente en unas partes y sumida en sombras en otras, sometiendo a las colinas más que esparciéndose sobre sus suaves ondulaciones. Su estandarte carmesí con el antiguo símbolo Aes Sedai colgaba fláccido en lo alto de una de aquellas dos torres, y una copia del emblema del Dragón, en la otra. Este último ondeaba en una docena más de sitios en la ciudad, incluida la más alta de las torres sin terminar, justo frente a él. Los gritos habían tenido tan poco resultado como las órdenes respecto a eso; ni los tearianos ni los cairhieninos podían creer que dijera en serio que sólo quería una, y a los Aiel les importaban poco las banderas de una u otra forma.

Incluso allí donde se encontraba, en una zona retirada del palacio, alcanzaba a oír el murmullo de una ciudad llena a reventar: refugiados de todos los rincones del país, más temerosos de regresar a sus hogares que de tener cerca al Dragón Renacido; mercaderes que acudían para vender todo lo que la gente podía permitirse comprar y para comprar todo lo que la gente no podía permitirse conservar. Lores y hombres de armas que iban a ponerse bajo su bandera o la de algún otro. Cazadores del Cuerno que pensaban que el legendario objeto tenía que encontrarse cerca de él, y habría una docena o centenares de antiguos habitantes de extramuros dispuestos a vendérselo a

Librodot

cualquiera de ellos; constructores Ogier procedentes del *stedding* Tsofu para ver si había trabajo para su legendaria destreza artesanal; aventureros, algunos de los cuales seguramente habían sido bandidos una semana atrás, que acudían con la esperanza de empezar otra vez. Incluso había habido alrededor de un centenar de Capas Blancas, aunque se habían marchado a galope tendido tan pronto como se hubo levantado el sitio. ¿Le concerniría el agrupamiento de Capas Blancas que Pedron Niall estaba llevando a cabo? Egwene le insinuaba cosas, pero ella enfocaba los asuntos según la perspectiva de la Torre Blanca, estuviese donde estuviese. El punto de vista de las Aes Sedai no era el suyo precisamente.

Por lo menos las caravanas con carretas cargadas de trigo empezaban a llegar desde Tear con cierta regularidad. Una multitud hambrienta podía organizar tumultos. Rand deseó que los problemas se limitaran a terminar con la hambruna, pero había más. Aunque eran menos, todavía quedaban bandidos. Y la guerra civil no había terminado. Todavía. Más buenas noticias. Tenía que asegurarse de que siguiese así antes de poder marcharse. Un centenar de cosas de las que ocuparse antes de estar en condiciones de ir tras Sammael. Sólo quedaban Rhuarc y Bael de los jefes en los que confiaba, aquellos que habían marchado con él desde Rhuidean. Pero, si no podía fiarse de llevar a Tear a los cuatro clanes que se habían aliado al final con él, ¿acaso podía fiarse de dejarlos en Cairhien? Indirian y los otros lo habían aceptado como el *Car'a'carn*, pero lo conocían tan poco como él a ellos. El mensaje de esa mañana también podría significar un problema: Berelain, Principal de Mayene, se encontraba a sólo unos cientos de kilómetros al sur de la ciudad, de camino para unirse a él con un pequeño ejército; Rand no alcanzaba a comprender cómo había conseguido conducirlo a través de Tear. Cosa chocante, en su carta preguntaba si Perrin estaba con él. Sin duda la mujer temía que se olvidara de su pequeño país si no se lo recordaba. Siendo como era la última de una larga dinastía de Principales que habían logrado impedir que Tear engullese su país valiéndose del Juego de las Casas, quizá fuera casi un placer verla contender con los cairhieninos empleando sus mismas armas. Tal vez si la ponía al mando allí... Se llevaría a Meilan y a los demás tearianos consigo cuando llegara el momento. Si es que llegaba.

Esto no era mucho mejor que esperar dentro. Vació la pipa con unos golpecitos y apagó las últimas briznas de tabaco encendido con el tacón de la bota. No había por qué correr el riesgo de provocar un incendio en el jardín; ardería como una antorcha. La sequía, el tiempo anormal... Cayó en la cuenta de que tenía torcida la boca en un gruñido silencioso. Antes debía ocuparse de aquellos asuntos sobre los que podía hacer algo.

Resultó un arduo esfuerzo relajar el rostro antes de entrar.

Asmodean, tan bien vestido como cualquier lord, con chorreras de encaje en el cuello, interpretaba una tranquila melodía con su arpa en un rincón, recostado contra el severo revestimiento de oscuros paneles como si holgara en un rato de ocio. Los demás que estaban sentados se incorporaron de sus sillas al aparecer Rand y tomaron asiento de nuevo tras su gesto brusco. Meilan, Torean y Aracome ocupaban sillones tallados y dorados a un lado de la alfombra de fuertes tonos rojo y oro, cada cual con un joven noble tearian apostado a su espalda, fieles reflejos de los cairhieninos instalados al otro lado. Dobraine y Maringil también tenían a un joven lord detrás de cada uno, ambos con la parte delantera de la cabeza afeitada y empolvada como la de Dobraine. Selande, la tez pálida, se encontraba al lado de

Librodot

Colavaere y tembló cuando él la miró.

Rand compuso el gesto y caminó sobre la alfombra hacia su propio sillón. Éste por sí solo era razón suficiente para controlar su semblante. Era un nuevo regalo de Colavaere y los otros dos, en lo que imaginaban era el estilo tearianо. Daban por hecho que debía de gustarle la abigarrada pomposidad de Tear, puesto que gobernaba ese país y había enviado representantes. Las patas eran dragones tallados que relucían con el rojo de los esmaltes, los dorados del pan de oro y los grandes topacios que tenían por ojos. Otros dos formaban los brazos, y otros, rampantes, daban forma al alto respaldo. Debían de haber sido incontables los artesanos que tenían que haber trabajado sin dormir desde su llegada para construir el condenado sillón. Se sintió como un necio al acomodarse en él. La música de Asmodean había cambiado; ahora tenía un aire fastuoso, como una marcha triunfal.

Y, sin embargo, había una nueva cautela en aquellos oscuros ojos cairhieninos que lo observaban, una cautela que se reflejaba en los tearianos. Ya estaba allí antes de que él saliera. Tal vez en sus intentos de congraciarse con él habían cometido un error del que estaban empezando a caer en la cuenta. Todos habían tratado de pasar por alto quién era él, fingiendo que sólo era un joven lord que los había conquistado, con quien podía tratarse y a quien se podía manipular. Ese sillón —ese trono— se alzaba ahora ante ellos como una prueba palpable de quién era él realmente.

—¿Las tropas se mueven conforme a lo previsto, lord Dobraine? —El arpa enmudeció tan pronto como abrió la boca; aparentemente, Asmodean estaba absorto en repasar las cuerdas como un pájaro que se acicala las plumas.

—Así es, milord Dragón —respondió escuetamente el atezado hombre con una sonrisa sombría. Rand no se hacía ilusiones de que le cayera mejor a Dobraine que a cualquiera de los otros ni de que no intentara sacar provecho donde podía, pero el noble parecía de hecho dispuesto a cumplir el juramento que había prestado. Las bandas de colores a lo ancho de la pechera de la chaqueta aparecían desgastadas por el roce de un peto de armadura abrochado encima de ellas.

Maringil rebulló en su sillón; era un tipo fibroso como una tralla y alto para la media cairhienina, con el blanco cabello rozándole casi los hombros. No llevaba afeitada la parte delantera de la cabeza, y las bandas de la chaqueta, que le llegaban casi hasta casi las rodillas, no mostraban señales de roce ni desgaste.

—Necesitamos a esos hombres aquí, milord. —Sus ojos de halcón hicieron una rápida pasada por el trono dorado antes de volver a enfocarse sobre Rand—. Todavía quedan sueltos muchos bandidos por el país. —Volvió a rebullir de manera que no tuviera que mirar a los tearianos. Meilan y los otros dos sonreían débilmente.

—Destaqué Aiel para que den caza a las cuadrillas de malhechores —dijo Rand. Tenían orden de barrer a todos los bandidos que encontraran en su camino. Y no salirse de él para ir a buscarlos. Ni siquiera los Aiel eran capaces de llevar a cabo esa tarea y desplazarse con rapidez—. Se me ha informado que hace tres días los Soldados de Piedra mataron a casi doscientos cerca de Morelle. —Esa población se encontraba cerca de la frontera más al sur reclamada por Cairhien en los últimos años, a mitad de camino del río Iralell. No era menester revelar a este puñado de nobles que esos mismos Aiel podían encontrarse ya en el río a estas alturas, y que eran capaces de cubrir largas distancias con más rapidez que los caballos.

Librodot

—Hay otra razón —insistió Maringil, que frunció el ceño con inquietud—. La mitad de nuestro país al oeste del Alguenya está en poder de Andor. —Vaciló. Todos sabían que Rand se había criado en Andor; una docena de rumores lo habían convertido en un hijo de una u otra casa andoreña distinta, incluso en un hijo de la propia Morgase que o había sido desterrado por su capacidad de encauzar o que había huido antes de que lo amansaran. El esbelto hombre continuó como si caminara de puntillas, descalzo y con los ojos tapados, entre dagas—. De momento no parece que Morgase trate de apoderarse de más territorios, pero hay que recuperar lo que se ha anexionado ya. Sus heraldos incluso han proclamado que tiene derecho al... —Enmudeció de repente. Ninguno de ellos sabía a quién se proponía Rand sentar en el Trono del Sol. A lo mejor esa persona era Morgase.

La sombría mirada de Colavaere tenía de nuevo a Rand en los platillos de la balanza; apenas había dicho nada hoy, y no lo haría hasta que supiera por qué el semblante de Selande estaba tan pálido.

De repente Rand se sintió harto; harto de la obstinación de los nobles, de todas las maquinaciones del *Da'es Daemar*.

—Me ocuparé de las pretensiones andoreñas sobre Cairhien cuando esté preparado. Esos soldados irán a Tear. Seguiréis el buen ejemplo de obediencia del Gran Señor Meilan, y no quiero oír hablar más del asunto. —Se volvió hacia los tearianos—. Porque vuestro ejemplo es bueno, ¿verdad, Meilan? Y el vuestro también, ¿no es así, Aracome? Si salgo a caballo mañana no me encontraré con un millar de Defensores de la Ciudadela acampados a quince kilómetros al sur de aquí cuando se suponía que debían estar de vuelta en Tear desde hace dos días, ¿no? Ni a dos mil hombres de armas de casas tearianas, ¿cierto?

Aquellas débiles sonrisas se borraron con cada palabra. Meilan se quedó muy quieto, con los oscuros ojos centelleando, y el estrecho rostro de Aracome se puso pálido, aunque habría sido difícil discernir si se debía a la ira o al temor. Torean se enjugaba el tosco semblante dándose toquecitos con un pañuelo de seda que había sacado de la manga. Rand gobernaba en Tear y tenía intención de seguir haciéndolo; *Callandor* clavada en el Corazón de la Ciudadela era prueba de ello. Tal era el motivo de que no hubiesen protestado su orden de enviar soldados cairhieninos a Tear. Pensaban repartirse nuevos feudos, quizá reinos, aquí, lejos de donde gobernaba él.

—Por supuesto que no los encontraréis, mi señor Dragón —repuso finalmente Meilan—. Mañana cabalgaré con vos para que lo veáis por vos mismo.

Rand no lo dudaba. Un jinete saldría hacia el sur tan pronto como el noble tuviera ocasión de hacer los arreglos oportunos y para mañana esos soldados estarían lejos, marchando hacia Tear. Con eso serviría. De momento.

—Entonces he acabado. Podéis marcharos.

Hubo unos cuantos respingos de sorpresa que se disimularon con tal rapidez que cualquiera habría pensado que lo había imaginado, y al punto se levantaban de los asientos y hacían reverencias e inclinaciones de cabeza; Selande y los jóvenes lores retrocedieron al mismo tiempo. Habían esperado más; una audiencia con el lord Dragón siempre era larga y, a su modo de ver, tortuosa. Rand los doblegaba firmemente como se había propuesto, ya fuera declarando que ningún tearian reclamaría tierras en Cairhien a menos que se uniera en matrimonio con un miembro de una casa

Librodot

cairhienina, o negándose a dar permiso para que se expulsara de la ciudad a los antiguos habitantes de extramuros, o dictando leyes destinadas a los nobles que jamás se habían aplicado a nadie salvo a los plebeyos.

Siguió con la mirada a Selande durante un momento. No era la primera en los últimos diez días. Ni siquiera la décima ni la vigésima. Se había sentido tentado, al menos al principio. Cuando rechazaba a una mujer esbelta, ésta era reemplazada enseguida por otra entrada en carnes, y una alta o morena, al menos para los cánones de Cairhien, por otra baja o de tez blanca. Una búsqueda constante de una mujer que fuera de su agrado. Las Doncellas rechazaron a las que intentaron colarse en sus aposentos de noche, firmemente pero con más comedimiento que el empleado por Aviendha con la mujer que sorprendió ella. Al parecer la joven se tomaba con absoluta seriedad la idea de que le pertenecía a Elayne. Sin embargo, con su sentido del humor Aiel parecía encontrar muy gratificante atormentarlo; no le había pasado por alto la expresión satisfecha que asomó en el semblante de Aviendha cuando gimió quedamente y se tapó la cara mientras ella empezaba a desnudarse para ir a dormir. En consecuencia, se habría sentido ofendido por su actitud si no hubiese comprendido enseguida lo que había detrás de aquel continuo fluir de jóvenes hermosas.

—Milady Colavaere.

La noble se paró tan pronto como él pronunció su nombre; bajo la compleja torre de rizos oscuros, su mirada era fría y tranquila. Selande no tenía más remedio que quedarse con ella, aunque saltaba a la vista que era tan reacia a permanecer allí como los demás lo eran a marcharse. Meilan y Maringil salieron finalmente tras hacer una última reverencia, tan pendientes de Colavaere y tan inmersos en discurrir por qué se le había pedido que se quedara que no se dieron cuenta de que estaban el uno junto al otro. La mirada de sus ojos era idéntica: sombría y depredadora.

La puerta de madera oscura se cerró.

—Selande es una joven muy hermosa —dijo Rand—, pero algunos hombres prefieren la compañía de mujeres más... maduras y entendidas. Cenaréis conmigo a solas esta noche, cuando dé la Segunda Víspera. Espero con ansiedad tener ese placer. —La despidió con un ademán antes de que pudiese objetar nada, si es que hubiese tenido fuerzas para hacerlo. Su semblante permaneció impasible, pero la reverencia que hizo fue un tanto inestable. Selande tenía una expresión de absoluto pasmo. Y de puro alivio.

Una vez que la puerta se volvió a cerrar tras las dos mujeres, Rand echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en carcajadas. Era una risa áspera, sarcástica, de sonido desagradable. Estaba harto del Juego de las Casas, de modo que lo jugaba sin pensar. Estaba asqueado de sí mismo por asustar a una mujer, así que había asustado a otra. Aquello era razón suficiente para echarse a reír. Colavaere era quien estaba detrás de aquella sarta de jovencitas que se le habían ofrecido, con la idea de encontrarle una compañera de cama a la que manejaría ella como a un títere tirando de las cuerdas y así tener otra atada firmemente a él. Pero era otra mujer la que ella tenía intención de meter en la cama del Dragón Renacido, y tal vez incluso de que se desposara con él. Ahora estaría sudando hasta que llegara la Segunda Víspera. Tenía que saber que era bonita, aunque sin llegar a hermosa, y si él había rechazado a todas las jóvenes que le había mandado, tal vez era porque quería una con unos quince años más. Además, sin duda estaba convencida de que no podía atreverse a desairar al hombre que tenía a Cairhien en sus manos. Esa noche lady Colavaere se mostraría tratable,

Librodot

pondría fin a esta idiotez. Probablemente Aviendha degollaría a cualquier mujer que encontrara en su lecho; además, él no tenía tiempo para todas estas asustadizas palomas dispuestas a sacrificarse por Cairhien y Colavaere. Había muchos problemas de los que ocuparse y poco tiempo, por no decir ninguno, para hacerlo.

«Luz, ¿y si Colavaere decide que merece la pena el sacrificio?» Podría muy bien hacerlo; tenía suficiente sangre fría para ello. «Entonces tendré que ocuparme de que esa frialdad sea debida al miedo.» No le resultaría difícil. Percibía el *Saidin* como algo al borde de su campo visual. También percibía la infección. A veces pensaba que lo que sentía ahora era la contaminación que había en él, los posos dejados por el *Saidin*.

Se encontró mirando fijamente a Asmodean. El hombre parecía estar estudiándolo, el rostro inexpresivo. La música se reanudó como el rumoroso murmullo de agua deslizándose entre piedras, sosegadora. Así que necesitaba que lo apaciguaran, ¿no?

La puerta se abrió sin que sonara antes una llamada y dio paso a Moraine, Egwene y Aviendha juntas; las dos mujeres más jóvenes, con sus atuendos Aiel, flanqueaban a la Aes Sedai, vestida de color azul pálido. De haberse tratado de cualquier otra persona, incluso Rhuarc u otro jefe que se encontrara cerca de la ciudad o una delegación más de las Sabias, una Doncella habría entrado a anunciar su presencia, pero a estas tres las Doncellas las dejaban pasar sin avisar aunque él estuviese tomando un baño. Egwene miró de soslayo a «Natael» e hizo una mueca; de inmediato, la melodía bajó de tono y, durante un instante, se tornó compleja, quizás algún tipo de danza, antes de dar paso a lo que podría tomarse por el suave soplo de brisas. La sesgada sonrisa del hombre parecía dirigida al arpa.

—Me sorprende verte, Egwene —dijo Rand mientras ponía una pierna sobre el brazo del sillón—. ¿Cuántos días hace que me evitas? ¿Seis? ¿Me traes más buenas noticias? ¿Masema ha saqueado Amador en mi nombre? ¿O esas Aes Sedai que, según tú, me apoyan han resultado pertenecer al Ajah Negro? Fíjate que no pregunto quiénes son ni dónde están. Ni siquiera cómo te has enterado. No te pido que divulgues secretos de Aes Sedai ni de Sabias o lo que quiera que sean. Sólo dame las migajas que tengas a bien repartir conmigo y deja que sea yo quien se preocupe de si todo aquello que no has considerado oportuno contarme acabará apuñalándome en mitad de la noche.

—Sabes lo que necesitas saber —repuso ella mientras lo miraba con calma—. Y no te diré lo que no te hace falta saber.

Exactamente lo mismo que le había dicho hacía seis días. Era tan Aes Sedai como la propia Moraine por mucho que una vistiera ropas Aiel y la otra un atuendo de seda azul pálido. No había nada de calma en Aviendha, que se adelantó para ponerse hombro con hombro con Egwene, los verdes ojos relampagueantes, la espalda tan recta que parecía que se hubiera tragado un palo. Casi lo sorprendió que Moraine no se uniese a ellas para así mirarlo severamente las tres. Por lo visto, el juramento de obediencia dejaba un espacio de maniobra sorprendentemente amplio, y las tres eran como uña y carne desde su discusión con Egwene. Aunque, en honor a la verdad, no había habido realmente discusión; no se puede discutir muy bien con una mujer que lo mira a uno con frialdad, que no levanta jamás la voz, y que después de una negativa de responder ni siquiera se da por enterada cuando uno vuelve a hacerle la pregunta.

—¿Qué queréis? —inquirió.

Librodot

—Esto llegó para ti hace una hora —contestó Moraine al tiempo que le tendía dos cartas dobladas. Su voz parecía armonizada con la melodía de Asmodean, semejante al repique de campanillas.

Rand se levantó para coger las misivas, con expresión desconfiada.

—Si son para mí, ¿cómo es que han ido a parar a tus manos?

Una iba dirigida a «Rand al'Thor» en una letra precisa y angulosa, y la otra a «El lord Dragón Renacido» en una caligrafía de trazos suaves y fluidos pero no por ello menos meticulosa. Los sellos estaban intactos. Una segunda ojeada lo hizo parpadear. Los dos parecían hechos con la misma cera roja, y uno mostraba la impronta de la Llama de Tar Valon mientras que en el otro se veía una torre sobrepuesta en lo que identificó como la isla de Tar Valon.

—Quizá por venir de donde vienen —contestó Moraine—, y de quién. —No era una explicación, pero no sacaría más a la Aes Sedai a menos que se lo exigiese, e incluso entonces tendría que azuzarla a cada paso para que ampliara la información. Mantenía el juramento hecho, pero a su modo—. No hay agujas envenenadas en los sellos. Ni trampas entretejidas.

Rand se quedó con el pulgar suspendido sobre la Llama de Tar Valon —ni lo uno ni lo otro se le había pasado siquiera por la cabeza— y después lo rompió. Otra Llama en cera roja aparecía al pie del documento junto a la firma de Elaida do Avriny a'Roihan, garabateada apresuradamente encima de sus títulos. El resto de la misiva estaba escrito en una caligrafía angulosa.

> «No puede negarse que sois el anunciado por las Profecías, pero aun así son muchos los que intentarán destruiros por las otras cosas que sois. Por el bien del mundo, esto no puede permitirse. Dos naciones han hincado la rodilla ante vos, así como los salvajes Aiel, pero el poder de los tronos es como polvo comparado con el Poder Único. La Torre Blanca os acogerá y os protegerá contra aquellos que rehúsan aceptar lo que ha de ser. La Torre Blanca se ocupará de que viváis para ver el Tarmon Gai'don. Nadie más puede hacer eso. Una escolta de Aes Sedai llegará para conduciros a Tar Valon con el honor y el respeto que merecéis. Tenéis mi promesa.»

—Ni siquiera lo pide —dijo Rand, sarcástico. Recordaba bien a Elaida ya que la había visto en una ocasión. Una mujer dura, tanto como para hacer que Moraine pareciese una gatita. El «honor y respeto» que merecía. Rand habría apostado a que la escolta de Aes Sedai daba la casualidad de ascender justo a trece.

Le pasó la carta de Elaida a Moraine y abrió la otra. El papel estaba escrito por la misma mano que había puesto el nombre a quien iba dirigida.

> «Con todo respeto suplico humildemente darme a conocer al gran lord Dragón Renacido, a quien la Luz bendice como salvador del mundo.
>
> »La humanidad entera debe sentir un temor reverencial ante vos, que habéis conquistado Cairhien en un día, como hicisteis con Tear. Sin embargo, tened cuidado, os lo suplico, porque vuestro esplendor despertará la envidia hasta en aquellos que no trabajan con afán bajo la Sombra. Incluso aquí, en la Torre Blanca, se encuentran los ciegos que no pueden ver vuestro verdadero

Librodot

esplendor que nos iluminará a todos. Empero, sabed que algunos nos regocijamos en vuestra llegada y nos deleitaremos sirviéndoos para vuestra mayor gloria. No somos de esos que os quitarían lustre para sí mismos, sino de los que se arrodillarían para disfrutar de vuestra magnificencia. Salvaréis al mundo, según las Profecías, y el mundo será vuestro.

»Para mi vergüenza, debo pediros que no dejéis que nadie vea esta carta y que la destruyáis tan pronto como la hayáis leído. Privada de vuestra protección, me encuentro entre quienes usurparían vuestro poder, y me es imposible saber quiénes de los que os rodean son tan leales como yo. Me han dicho que Moraine Damodred podría estar con vos. Es posible que os sirva fielmente, obedeciendo vuestras palabras como una ley, igual que haré yo, pero no puedo saberlo con certeza, ya que la recuerdo como una mujer reservada, muy dada a los secretos y a las intrigas, como son los cairhieninos. No obstante, aun en el caso de que estéis convencido de que es criatura vuestra, como yo, os suplico que guardéis en secreto esta misiva, incluso para ella. Mi vida está en vuestras manos, milord Dragón Renacido, y soy vuestra sierva.

»Alviarin Freidhen»

Rand volvió a leerla, parpadeando, y luego se la entregó a Moraine. Apenas le echó un vistazo antes de pasársela a Egwene, que tenía agachada la cabeza, junto con Aviendha, sobre la otra misiva. ¿Es que Moraine sabía el contenido?

—Menos mal que hiciste ese juramento —le dijo a la Aes Sedai—. Tal y como solías ser, guardándolo todo en secreto, a estas alturas podría estar más que dispuesto a sospechar de ti. Menos mal que ahora eres más sincera. —Moraine no reaccionó—. ¿Qué opinión te merecen esas cartas?

—Debe de haberse enterado de cómo se te ha subido a la cabeza lo que eres —musitó Egwene. Rand dudaba que esas palabras estuviesen destinadas a sus oídos. La joven sacudió la cabeza y añadió en voz alta—: No parece en absoluto Alviarin.

—Es su letra —adujo Moraine—. ¿Qué opinas tú, Rand?

—Creo que hay una fisura en la Torre, lo sepa o no Elaida. Supongo que una Aes Sedai no puede escribir una mentira igual que no puede decirla, ¿cierto? —No esperó a que ella asintiera—. Si Alviarin hubiese sido menos pomposa, habría sospechado que trabajan juntas para atraerme hacia su trampa. No imagino a Elaida pensando siquiera la mitad de lo que Alviarin ha escrito y tampoco la imagino teniendo como Guardiana a alguien que lo escribiera, sabiéndolo ella.

—No harás lo que dice —manifestó Aviendha al tiempo que arrugaba la carta de Elaida. No era en absoluto una pregunta.

—No soy tan necio.

—A veces no —admitió a regañadientes, y lo empeoró más enarcando una ceja en un gesto interrogante a Egwene, que reflexionó un momento y después se encogió de hombros.

—¿No has advertido nada más? —inquirió Moraine.

—Veo que hay espías de la Torre Blanca —respondió secamente—. Saben que domino la ciudad. —Durante al menos dos o tres días después de la batalla, los Shaido tenían que haber interceptado cualquier tipo de

mensajero excepto una paloma que se dirigiese al norte. Hasta un jinete que supiese dónde cambiar los caballos, cosa nada fácil entre Cairhien y Tar Valon, no habría llegado a la Torre a tiempo para que estas cartas se hubiesen recibido hoy.

—Aprendes deprisa. —Moraine sonrió—. Lo harás bien. —Durante un fugaz instante casi pareció afectuosa—. ¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Nada, excepto asegurarme de que la «escolta» de Elaida no se acerque a menos de dos kilómetros de mí. —Trece Aes Sedai, aunque fuesen las menos poderosas, podrían superarlo y coligarlo, y dudaba mucho que Elaida hubiese mandado a las más débiles—. Y ser consciente de que la Torre sabe lo que hago al día siguiente de haberlo hecho. Eso es todo hasta que sepa algo más. ¿No será Alviarin una de tus misteriosas amigas, Egwene?

La joven vaciló y de repente Rand se preguntó si Egwene le habría contado a Moraine algo más de lo que le había contado a él. ¿Eran secretos de Aes Sedai los que guardaba o eran de Sabias?

—No lo sé —respondió finalmente.

Sonó una llamada en la puerta, y Somara asomó su rubia cabeza.

—Matrim Cauthon está aquí, *Car'a'carn*. Dice que mandaste llamarlo.

Lo había hecho, hacía cuatro horas, tan pronto como supo que Mat estaba de regreso en la ciudad. ¿Cuál sería la excusa esta vez? Había llegado el momento de acabar con las disculpas.

—Quedaos —les dijo a las mujeres. Las Sabias lo ponían a Mat casi tan nervioso como las Aes Sedai; estas tres le provocarían un gran desasosiego. No sintió escrúpulos por utilizarlas. Y pensaba utilizar también a Mat—. Hazlo pasar, Somara.

Mat entró en la estancia sonriente, como si fuese el salón de una taberna. Llevaba desabrochada la chaqueta verde, y la camisa, con la mitad de las lazadas desatadas, de manera que se veía la plateada cabeza de zorro colgando sobre su pecho sudoroso; empero, a pesar del calor, el oscuro pañuelo de seda iba anudado a su garganta para ocultar la cicatriz.

—Siento haber tardado tanto. Hay algunos cairhieninos que creían ser expertos jugadores de cartas. ¿Es que no sabe tocar algo más alegre? —preguntó al tiempo que señalaba con la cabeza hacia Asmodean.

—Me he enterado —dijo Rand— de que todos los jóvenes capaces de empuñar una espada quieren unirse a la Compañía de la Mano Roja. Talmanes y Nalesean los tienen que rechazar a montones porque acuden en tropel. Y Daerid ha duplicado el número de sus tropas de infantería.

Mat hizo una pausa antes de acabar de sentarse en el sillón ocupado antes por Aracome.

—Es cierto. Un estupendo grupo de jóvenes... compañeros que ansían ser héroes.

—La Compañía de la Mano Roja —murmuró Moraine—. *Shen an Calhar*. Un legendario grupo de héroes, desde luego, aunque los hombres que lo formaron debieron de cambiar muchas veces en una guerra que duró más de trescientos años. Se dice que fueron los últimos en caer ante los trollocs defendiendo al propio Aemon, cuando Manetheren pereció. Cuenta la leyenda que brotaron rosas allí donde cayeron para honrar su tránsito, pero más bien creo que la primavera ya había llegado.

—No sé nada sobre eso. —Mat se tocó el medallón de la cabeza de zorro y su voz cobró firmeza—. Algún necio sacó el nombre de algún sitio y todos empezaron a utilizarlo.

Moraine observó el medallón con displicencia. La pequeña gema azul

que colgaba sobre su frente pareció absorber la luz y refulgir, aunque las aristas de la talla no estaban en la posición adecuada para reflejar un destello así.

—Al parecer eres muy valiente, Mat —dijo al cabo—, para conducir la *Shen an Calhar* a través del Alguenya y luego hacia el sur contra los andoreños. Más que valiente, pues corren rumores de que partiste solo para explorar el camino, y Talmanes y Nalesean tuvieron que cabalgar de firme para alcanzarte. —El resoplido de Egwene sirvió de telón de fondo a las palabras de la Aes Sedai—. Una acción poco sensata en un joven lord al mando de sus hombres.

—No soy ningún lord. —Mat torció el gesto—. Me respeto demasiado para eso.

—Poco sensata pero muy valerosa —continuó Moraine como si no la hubiese interrumpido—. Las carretas de víveres andoreñas ardieron y los puestos avanzados fueron destruidos. Y hubo tres batallas. Tres batallas y tres victorias. Con escasas bajas entre vuestras tropas a pesar de la abrumadora mayoría del adversario. —Moraine toqueteó un desgarrón en la hombrera de la chaqueta del joven y él se retiró todo cuanto se lo permitió el respaldo del sillón—. ¿Te ves arrastrado hacia lo más reñido de la batalla o eres tú quien lo atrae hacia ti? Casi estoy sorprendida de que hayas regresado. De dar crédito a lo que se cuenta, habrías hecho retroceder a los andoreños a través del Erinin de haberte quedado.

—¿Creéis que es divertido? —gruñó Mat—. Si tenéis algo que decir, decidlo. Podéis jugar a ser el gato cuanto queráis, pero yo no soy ningún ratón. —Durante un instante sus ojos se desviaron hacia Egwene y Aviendha, y las miró cruzado de brazos mientras volvía a toquetear la plateada cabeza de zorro. Debía de estar preguntándose cuáles eran sus posibilidades. Había impedido que los flujos encauzados de una mujer lo tocaran, pero ¿podría hacer lo mismo con tres a la vez?

Rand se limitó a observar. A observar cómo intimidaban a su amigo y esperar el momento oportuno para lo que tenía pensado hacer con él. «¿Me queda algo más que la pura necesidad?» Fue un pensamiento fugaz que pasó tan pronto como surgió. Haría lo que debía hacer.

La voz de la Aes Sedai fue adquiriendo el aguzado filo y la frialdad de un cristal de hielo a medida que hablaba, y sus palabras casi fueron un eco de los pensamientos de Rand:

—Todos hacemos lo que debemos hacer, según lo dispone el Entramado. Para algunos hay menos libertad que para otros. Tanto da si lo elegimos nosotros como si se nos elige. Lo que ha de ser, será.

Mat no parecía en absoluto intimidado. Cauteloso, sí, y desde luego furioso, pero no intimidado. Recordaba un gato de callejón acorralado por tres sabuesos. Un gato de callejón que estaba dispuesto a hacer pagar cara su derrota. Parecía haber olvidado a todos los presentes en la sala excepto a las tres mujeres y a sí mismo.

—Siempre tenéis que empujar a un hombre hasta donde queréis tenerlo, ¿verdad? Mandarlo allí de un puntapié si no se deja llevar de la nariz. ¡Rayos, truenos y centellas! No me mires así, Egwene, porque pienso hablar como me dé la gana. ¡Así me abrase! Lo único que faltaría es que Nynaeve estuviera aquí, arrancándose la trenza a tirones, y Elayne mirando con altanería, bien alzada la barbilla. Bueno, pues me alegro de que no esté para que no sepa la noticia; pero, aunque tuvieses a Nynaeve, no iba a dejar que me zarandeaseis...

Librodot

—¿Qué noticia? —lo interrumpió bruscamente Rand—. ¿Es algo que Elayne no debería oír?

Mat alzó la vista hacia Moraine.

—¿Quiere eso decir que hay algo que no habéis averiguado?

—¿Qué noticia, Mat? —demandó Rand.

—Morgase ha muerto.

Egwene dio un respingo y se llevó las manos a la boca mientras sus ojos se abrían como platos. Moraine musitó algo que podría ser una plegaria. No hubo la menor vacilación de los dedos de Asmodean en las cuerdas del arpa.

Rand sintió como si le hubiesen abierto las entrañas de un tajo. «Elayne, perdóname.» Y un débil eco modificado: «Ilyena, perdóname».

—¿Estás seguro? —preguntó a su amigo.

—Tan seguro como puedo estar sin haber visto el cadáver. Al parecer Gaebril ha sido proclamado rey de Andor. Y de Cairhien, dicho sea de paso. Supuestamente fue la propia Morgase quien lo designó. Algo sobre unos tiempos en que hace falta la mano fuerte de un hombre o cosa por el estilo, como si hubiese alguien que la tuviera más fuerte que la misma Morgase. Los andoreños que encontramos al sur habían oído rumores de que no se la había visto desde hacía semanas. Más que rumores. Dime tú a qué conclusión puede llegarse. Andor nunca ha tenido rey, pero ahora lo tiene, y la reina ha desaparecido. Gaebril es quien quería muerta a Elayne. Intenté decírselo, pero ya sabes cómo es, que cree saber siempre más que un granjero destripaterrones. No creo que ese hombre vacilara un segundo en rajarle el cuello a una reina.

Rand se dio cuenta de que se había sentado en uno de los sillones, enfrente de Mat, aunque no recordaba haberse movido. Aviendha le posó una mano en el hombro. La preocupación le oscurecía los ojos.

—Estoy bien —dijo con aspereza—. No hace falta que llames a Somara.

El rostro de la joven Aiel enrojeció, pero él apenas lo notó.

Elayne no podría perdonarlo nunca. Sabía desde hacía tiempo que Rahvin —Gaebril— tenía prisionera a Morgase, pero no había hecho caso porque el Renegado podía estar esperando que intentara ayudarla. Había seguido sus propias pautas y actuado de un modo que no esperaban, y el resultado era que había acabado persiguiendo a Couladin en lugar de hacer lo que tenía planeado. Lo sabía, y había centrado su atención en Sammael, todo porque el hombre lo azuzaba. Morgase podía aguardar mientras él machacaba la trampa de Sammael y a Sammael con ella. Y, en consecuencia, Morgase había muerto. La madre de Elayne estaba muerta. Elayne lo maldeciría hasta el fin de sus días.

—Te diré una cosa —continuó Mat—. Hay un montón de hombres de la reina allí abajo, hombres que no están seguros de querer luchar por un rey. Tú encuentra a Elayne, y la mitad de esas tropas se unirán a ti para ponerla en el...

—¡Cállate! —bramó Rand. La ira lo hacía temblar de tal modo que Egwene retrocedió un paso y hasta Moraine lo miró con prevención. La mano de Aviendha se crispó sobre su hombro, pero él se la quitó de encima con una sacudida mientras se ponía de pie. Morgase estaba muerta porque no había hecho nada. Podía decirse que su mano empuñaba el cuchillo que la había matado con tanta certeza como la del propio Rahvin. Elayne—. Será vengada. Es Rahvin, Mat, no Gaebril. Rahvin. ¡Acabaré con él aunque sea lo último que haga!

—¡Oh, maldición! ¡Rayos, truenos y centellas! —gimió Mat.

Librodot

—Esto es una locura. —Egwene se encogió como si se diera cuenta de lo que había dicho, pero mantuvo aquella voz firme, sosegada—. Aún tienes las manos llenas con lo de Cairhien, por no mencionar a los Shaido en el norte y lo que quiera que estés planeando para Tear. ¿Te propones acaso empezar otra guerra cuando todavía estás agobiado con los problemas de otras dos y los de un país destrozado?

—Una guerra no. Yo. Puedo estar en Caemlyn antes de una hora. Una incursión, ¿verdad, Mat? Una incursión, no una guerra. Le arrancaré el corazón a Rahvin. —Su voz parecía un martillo, y él se sentía como si por las venas le corriera ácido—. Ojalá estuviesen las trece hermanas de Elaida aquí para que vinieran conmigo, y así reducirlo y llevarlo ante la justicia. Juzgarlo y ahorcarlo por asesino. Eso sí sería hacer justicia. Pero tendrá que morir de cualquier modo que pueda matarlo yo.

—Mañana —adujo Moraine suavemente.

Rand la miró iracundo, pero la mujer tenía razón. Mañana sería mejor; dejar pasar una noche para que se amortiguara su cólera. Tenía que tener la cabeza muy fría a la hora de enfrentarse a Rahvin. Ahora deseaba aferrar el *Saidin* y descargar su ira, destruir algo. La música de Asmodean había cambiado de nuevo a una canción que los músicos callejeros de la ciudad habían tocado durante la guerra civil: *El tonto que creía ser un rey*.

—Vete, Natael. ¡Fuera!

Asmodean se enderezó sin brusquedad e hizo una reverencia, pero su rostro estaba tan blanco como la nieve y cruzó la sala rápidamente, como si temiera lo que podía ocurrir de un momento a otro. Siempre azuzaba, pero quizás esta vez había ido demasiado lejos.

—Te veré esta noche —le dijo Rand mientras el Renegado abría la puerta—. O me ocuparé de que no veas de nuevo la luz del día.

La reverencia de Asmodean no resultó tan grácil y elegante esta vez.

—Como ordene mi señor Dragón —respondió con voz enronquecida, y se apresuró a cerrar la puerta tras de sí.

Las tres mujeres miraron a Rand, impasibles, sin pestañear.

—Y el resto idos también. —Al ver que Mat saltaba prácticamente hacia la puerta, lo detuvo—. Tú no. Todavía tengo que decirte algunas cosas.

Mat se frenó de golpe, soltó un sonoro suspiro y toqueteó el medallón de plata. Era el único que se había movido.

—No tienes trece Aes Sedai —dijo Aviendha—, pero sí dos. Y me tienes a mí. No sabré tanto como Moraine Sedai, pero soy tan fuerte como Egwene y estoy familiarizada con la danza. —Se refería a la danza de las lanzas, como los Aiel llamaban a la batalla.

—Rahvin es mío —contestó en tono quedo. Tal vez Elayne podría perdonarlo un poco si al menos vengaba a su madre. Probablemente no, pero quizá sí podría perdonarse a sí mismo. Un poco. Se obligó a dejar las manos relajadas a los costados, sin apretar los puños.

—¿Trazarás una línea en el suelo para que la sobrepase? —inquirió Egwene—. ¿O te pondrás una astilla sobre el hombro desafiándolo a que te la quite? ¿Has pensado que Rahvin posiblemente no esté solo si se ha proclamado rey de Andor? De mucho te serviría si, al aparecer, uno de sus guardias te atraviesa el corazón con una flecha.

Rand recordaba haber deseado muchas veces que la joven no le gritara, pero había sido mucho más fácil aguantar sus gritos que esta calma de ahora.

—¿Crees que me propongo ir solo? —Eso era exactamente lo que había

pensado hacer; no se le había pasado por la cabeza llevarse a alguien para guardarle la espalda, aunque ahora escuchó un quedo susurro dentro de su cabeza: «Le gusta atacar por detrás o por los flancos». Resultaba difícil pensar con claridad; la ira parecía tener vida propia atizando el fuego que la mantenía en ebullición—. Pero vosotras dos no vendréis. Esto es peligroso. Moraine puede venir si quiere.

Egwene y Aviendha no se miraron antes de adelantarse, aunque lo hicieron a la par y sin detenerse hasta que se encontraron tan cerca de él que incluso Aviendha tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Así que Moraine puede ir si quiere —manifestó Egwene.

Si su voz era puro hielo, la de Aviendha sonó como lava ardiente:

—Pero es demasiado peligroso para nosotras.

—¿Te has convertido en mi padre? ¿Te llamas Bran al'Vere?

—Si tienes tres lanzas, ¿desechas dos porque están recién hechas?

—No quiero exponeros a ese riesgo —replicó él, tajante.

—¿De veras? —fue cuanto comentó Egwene, que enarcó las cejas.

—Yo no soy tu *gai'shain*. —Aviendha le enseñó los dientes—. No eres tú quien tiene que decidir qué riesgos he de correr, Rand al'Thor. Ni lo decidirás nunca. Que te quede bien claro.

Podría... ¿Qué? ¿Envolverlas con el *Saidin* y dejarlas? Todavía no sabía cómo aislarlas de la Fuente, de modo que entraba dentro de lo posible que las jóvenes hicieran lo mismo con él. Bonito lío, y todo porque eran obstinadas como mulas.

—Has pensado en la posibilidad de que haya guardias —intervino Moraine—, pero ¿y si quien está con Rahvin es Semirhage o Graendal? ¿O Lanfear? Estas dos podrían vencer a uno de su calaña, pero ¿serías capaz de enfrentarte tú solo a ella y a Rahvin juntos?

Hubo un timbre extraño en su voz cuando pronunció el nombre de Lanfear. ¿Tenía miedo de que si la Renegada estaba allí él acabaría uniéndose a ella? ¿Lo haría si la encontraba? ¿Y qué podía hacer?

—Está bien, que vengan —aceptó finalmente con los dientes apretados—. Y ahora ¿queréis marcharos?

—Como ordenes —repuso Moraine, pero no obedecieron con presteza. Aviendha y Egwene se ajustaron ostentosa y minuciosamente los chales antes de echar a andar hacia la puerta. Los lores y ladis correrían si se lo mandaba, pero no ellas.

—No has intentado convencerme de que no lleve esto a cabo —dijo bruscamente.

Sus palabras iban dirigidas a Moraine, pero Egwene se adelantó, aunque hablando con Aviendha, sonriente:

—Impedir que un hombre haga lo que quiere es como quitarle un caramelo a un niño. A veces hay que hacerlo, pero otras veces no merece la pena tomarse la molestia.

Aviendha asintió con la cabeza.

—La Rueda gira según sus designios —fue la respuesta de Moraine. Estaba plantada en el umbral y parecía más Aes Sedai de lo que Rand recordaba haberla visto nunca, con el rostro intemporal, los oscuros ojos profundos como pozos que podían tragar a quien fuera, ligera y esbelta pero tan regia que podría haber dado órdenes a un regimiento de soberanas aunque no supiera encauzar una mínima chispa de Poder. Aquella gema azul que pendía sobre su frente volvía a resplandecer—. Lo harás bien, Rand.

Librodot

Él siguió contemplando fijamente la puerta mucho después de que se hubiese cerrado tras ellas.

Fue el roce de unas botas en el suelo lo que le recordó la presencia de Mat. Su amigo intentaba escabullirse hacia la salida, moviéndose muy lentamente como para que no lo viera.

—Necesito hablar contigo, Mat.

El joven se encogió. Sin dejar de tocar el medallón de la cabeza de zorro como si fuese un talismán, se volvió para mirar a Rand.

—Si crees que voy a poner la cabeza en el tajo sólo porque esas estúpidas mujeres lo han hecho, ya puedes olvidarte. No soy un jodido héroe, y no quiero llegar a serlo. Morgase era una bonita mujer, incluso me caía bien, hasta donde puede caerme bien una reina, pero Rahvin es Rahvin, maldita sea, y yo...

—Cállate y escucha. Tienes que dejar de huir.

—¡Que me abrase si lo hago! Éste no es un juego en el que yo haya elegido participar, y no voy a...

—¡He dicho que te calles! —Rand apretó fuertemente la cabeza de zorro contra el pecho de Mat empujando con el índice—. Sé dónde conseguiste esto. Estaba allí, ¿recuerdas? Yo corté la cuerda de la que estabas colgado. No sé exactamente qué fue lo que te metieron a la fuerza en la cabeza; pero, sea lo que sea, lo necesito. Los jefes de clan son expertos en la guerra, pero de algún modo tú también lo eres, y quizá mejor que ellos. ¡Eso es lo que necesito! Así que esto es lo que vais a hacer, tú y tu Compañía de la Mano Roja. Atiende...

—Tened cuidado mañana —dijo Moraine.

Egwene se detuvo delante de la puerta de su dormitorio.

—Pues claro que lo tendremos. —Tenía el estómago dándole brincos, pero mantuvo un tono tranquilo—. Sabemos lo peligroso que será enfrentarse a uno de los Renegados.

Por la expresión de Aviendha habríase dicho que estaban hablando de lo que había de cena. Claro que ella nunca tenía miedo de nada.

—Así que lo sabéis —murmuró la Aes Sedai—. De todos modos, tened cuidado, tanto si creéis que uno de los Renegados anda cerca como si no. Rand os necesitará a las dos en los próximos días. Sabéis cómo controlar su genio, aunque he de admitir que vuestros métodos son muy peculiares. Necesitará personas que no se aparten de él ni se amilanen por sus estallidos de furia, que le digan lo que debe oír en lugar de lo que creen que quiere oír.

—Eso ya lo hacéis vos, Moraine —respondió Egwene.

—Desde luego. Pero aun así seguirá necesitándoos. Descansad bien. Mañana será un día... difícil para todos nosotros. —Se alejó corredor abajo, pasando de manera alternativa por zonas iluminadas por lámparas y por otras en penumbra. La noche iba adueñándose ya de estos corredores sombríos, y el aceite era un bien escaso.

—¿Quieres quedarte un rato conmigo, Aviendha? —preguntó Egwene—. Me apetece más charlar que comer.

—He de informar a Amys de lo que me he comprometido a hacer mañana. Y tengo que estar en el dormitorio de Rand al'Thor cuando llegue él.

—Elayne no podrá quejarse de que no has vigilado a Rand estrechamente. ¿De verdad arrastraste de los pelos a lady Berewin por el

Librodot

corredor?

—¿Crees que esas Aes Sedai de... Salidar lo ayudarán? —preguntó a su vez en lugar de contestar. Un leve rubor le teñía las mejillas.

—Ten cuidado con ese nombre, Aviendha. No podemos permitir que Rand se encuentre con ellas sin preparación. —Tal y como estaba Rand ahora, lo que seguramente harían sería amansarlo o, al menos, enviar a trece hermanas de las suyas en vez de ayudarlo. Tendría que hacer de mediadora entre ellos, junto con Nynaeve y Elayne, desde el *Tel'aran'rhiod* y confiar en que esas Aes Sedai se hubiesen comprometido demasiado para echarse atrás cuando descubriesen cuán al borde de la locura estaba Rand.

—Lo tendré. Que descanses bien. Y come algo esta noche, pero mañana por la mañana no pruebes bocado. No conviene danzar las lanzas con el estómago lleno.

Egwene la siguió con la mirada mientras se alejaba pasillo adelante y después se apretó el estómago con las manos. Dudaba que fuera capaz de comer nada ni esa noche ni al día siguiente. Rahvin. Y tal vez Lanfear o alguno de los otros. Nynaeve se había enfrentado a Moghedien y la había derrotado, pero Nynaeve era más fuerte que ella y que Aviendha cuando era capaz de encauzar. A lo mejor no había ningún otro. Rand afirmaba que los Renegados no se fiaban los unos de los otros. Casi deseó que se equivocara o al menos que no estuviese tan seguro. Era aterrador cuando le daba la impresión de que veía a otro hombre al mirarlo a los ojos, que oía salir de sus labios las palabras de otro hombre. No tendría que sentirse así; todo el mundo renacía a medida que la Rueda giraba. Pero no todo el mundo era el Dragón Renacido. Moraine no quería hablar de ello. ¿Qué haría Rand si Lanfear se encontraba allí? Lanfear había amado a Lews Therin Telamon, pero ¿qué había sentido por ella el Dragón? ¿Cuánto de Rand seguía siendo Rand?

—Acabarás hecha un lío si sigues por ese camino —se increpó con firmeza—. No eres una chiquilla, así que actúa como una mujer.

Cuando una sirvienta le llevó para cenar judías tiernas, patatas y pan recién horneado, se obligó a comer. Le supo a ceniza.

Mat caminó por los pasillos pobremente iluminados del palacio hasta llegar a los aposentos que habían sido reservados para el joven héroe de la batalla contra los Shaido, y abrió la puerta violentamente. No había pasado allí mucho tiempo, más bien todo lo contrario. Algún criado había encendido dos de las lámparas de pie. ¡Héroe! ¡No era un héroe! ¿Qué provecho sacaba un héroe? Una Aes Sedai dándole palmaditas en la cabeza como a un perro antes de mandarlo fuera para que lo hiciese otra vez. Una noble dignándose concederle el favor de un beso o dejar una flor sobre su tumba. Paseó de una punta a otra de la antesala como una fiera enjaulada, por una vez sin calcular el precio de la florida alfombra illiana ni de las sillas y arcones y mesas doradas e incrustadas con marfil.

La acalorada entrevista con Rand se había prolongado hasta la puesta de sol, él evadiéndose, rehusando, y Rand acosándolo tan porfiadamente como Hawkwing tras la completa derrota en la cañada de Cole. ¿Qué podía hacer? Si huía otra vez, a buen seguro que Talmanes y Nalesean lo seguirían con todos los hombres que pudiesen montar a caballo, esperando que los condujera a otra batalla. Cosa que probablemente ocurriría, y eso era lo que realmente le helaba la sangre. Por mucho que odiaba admitirlo, la Aes Sedai tenía razón: o era atraído hacia el combate o era él quien atraía el combate

hacia sí. Había intentado por todos los medios evitar un enfrentamiento en la otra orilla del Alguenya; incluso Talmanes había hecho un comentario al respecto. Hasta que la segunda vez que su sigilosa maniobra para esquivar un grupo andoreño los condujo directamente allí donde no había más opción que combatir contra otro. Y todas las veces pudo sentir los dados rodando en su cabeza; ahora era casi como un aviso de que iba a desatarse una batalla justo al remontar la próxima colina.

Siempre quedaba la solución de coger un barco; tenía que haber alguno en los muelles, junto a las gabarras de trigo. Difícilmente podía uno encontrarse metido en una batalla mientras se viajaba en un barco fluvial. Con la salvedad de que los andoreños dominaban una ribera del Alguenya a lo largo de la mitad de su curso o más, corriente abajo. Con la suerte que estaba teniendo, el barco acabaría embarrancado en la orilla occidental, con la mitad del ejército de Andor acampado allí.

Aquello sólo le dejaba la opción de hacer lo que Rand quería. Podía imaginarse la escena.

—Buen día tengáis, Gran Señor Weiramon, y todos los demás Grandes Señores y Señoras. ¡Soy un jugador, un granjero, y estoy aquí para ponerme al mando de vuestro jodido ejército! ¡El puñetero lord Dragón Renacido se reunirá con nosotros tan pronto como resuelva un maldito asuntillo de nada que tiene pendiente!

Cogió bruscamente la lanza de mango negro que estaba recostada en un rincón y la arrojó con todas sus fuerzas. El arma cruzó la habitación hasta la pared opuesta y chocó contra un tapiz —una escena de caza— y la pared de piedra que había detrás con un fuerte golpe metálico; después se deslizó hasta el suelo y cortó limpiamente en dos a los cazadores. Mascullando juramentos, Mat se apresuró a recogerla. La cuchilla de dos palmos no mostraba ni una mella, ni el menor desperfecto. Pues claro que no; estaba hecha por Aes Sedai. Pasó los dedos sobre los cuervos de la hoja.

—¿Alguna vez me libraré de todo lo relacionado con Aes Sedai?

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Melindhra desde la puerta.

Mat la miró mientras dejaba la lanza apoyada contra la pared y, por primera vez, no pensó en un cabello dorado como el trigo ni en unos ojos de color azul claro ni en un cuerpo firme. Por lo visto todos los Aiel iban al río antes o después para contemplar en silencio tanta cantidad de agua en un solo sitio, pero Melindhra iba allí a diario.

—¿Ha encontrado ya Kadere los barcos?

El vendedor ambulante se negaba a ir a Tar Valon en unas barcazas de grano.

—Las carretas del buhonero siguen allí. No he oído nada acerca de... barcos. —La mujer pronunció torpemente la palabra que le era extraña—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Me marcho durante algún tiempo. Por Rand —se apresuró a añadir. El semblante de la mujer estaba demasiado impasible—. Te llevaría conmigo si pudiera, pero no querrás separarte de las Doncellas. —¿En un barco o en su propio caballo? ¿Y hacia dónde? Ésa era la cuestión. Podía llegar a Tear más deprisa en un barco fluvial veloz que con *Puntos*. Si es que era tan imbécil como para hacer esa elección. Y si es que tenía opción de elegir.

Los labios de Melindhra se apretaron brevemente; pero, para sorpresa de Mat, el gesto de irritación no era porque iban a separarse.

—Así que vuelves a ponerte a la sombra de Rand al'Thor. Has obtenido mucho honor personal entre los Aiel así como entre los hombres de las

Librodot

tierras húmedas. Tu honor, no un reflejo del honor del *Car'a'carn*.

—Por mí, puede quedarse con su honor y llevárselo a Caemlyn o a la Fosa de la Perdición. No te preocupes, que encontraré honor de sobra. Te escribiré sobre ello desde Tear. —¿Tear? Si hacía esa elección jamás escaparía de Rand ni de las Aes Sedai.

—¿Es que él va a Caemlyn?

Mat reprimió un gesto de rabia. Se suponía que no tenía que hablar de eso con nadie. Decidiese lo que decidiese respecto a todo lo demás, al menos eso sí que lo haría.

—Sólo dije un nombre al azar. Supongo que ha sido por los andoreños con los que topamos al sur. ¿Cómo quieres que sepa dónde demonios piensa...?

No hubo advertencia. En un instante la mujer estaba plantada delante de él y al siguiente su pie derecho se estrellaba en el plexo solar de Mat, dejándolo sin aliento y doblado por la cintura. Con los ojos desorbitados, el joven se debatió para sostenerse de pie, para enderezarse, para pensar. ¿Por qué? La Aiel giró como una bailarina, hacia atrás, y el impacto de su otro pie contra la sien lo hizo tambalearse. Sin mediar pausa, Melindhra saltó en el aire al tiempo que lanzaba una patada, y la suave suela de la bota lo alcanzó de lleno en la cara.

Cuando los ojos de Mat se aclararon lo suficiente para ver, se encontró tendido de espaldas, en mitad de la habitación, apartado de ella. Se notaba sangre en la cara, tenía la impresión de que su cabeza estuviera rellena de algodón y la habitación daba vueltas a su alrededor. Fue entonces cuando la vio sacar un cuchillo de su bolsa, una hoja fina y no más larga que su mano, que brilló a la luz de las lámparas. Se enrolló el *shoufa* a la cabeza con un grácil movimiento y levantó el velo negro, cubriéndose el rostro.

Aturdido, Mat se movió instintivamente, sin pensar. La daga salió de su manga y abandonó su mano izquierda como si flotara en una masa de gelatina. Sólo entonces se dio cuenta de lo que había hecho y extendió desesperadamente la mano hacia adelante, intentando recuperar el arma.

La hoja se hundió entre los senos de la mujer; vio que se le doblaban las rodillas y que caía hacia atrás.

Mat se incorporó trabajosamente, sosteniéndose sobre las manos y las rodillas; habría sido incapaz de ponerse de pie aunque en ello le fuera la vida, pero se arrastró hacia ella mientras murmuraba con desesperación:

—¿Por qué? ¿Por qué?

Le retiró violentamente el velo de la cara y aquellos ojos de color azul claro se enfocaron en él. La mujer llegó incluso a sonreírle. Mat no miró la empuñadura de la daga, alojada en el pecho de la Aiel. La empuñadura de su daga. Sabía muy bien dónde estaba el corazón.

—¿Por qué, Melindhra?

—Siempre me gustaron tus bonitos ojos —susurró ella con una voz tan débil que Mat tuvo que esforzarse para escucharla.

—¿Por qué?

—Algunos juramentos son más importantes que otros, Mat Cauthon. —La fina hoja del cuchillo se alzó repentinamente, impulsada con toda la fuerza que le restaba a la mujer, y la punta empujó la cabeza de zorro contra su pecho. El medallón de plata no tendría que haber frenado una puñalada, pero el ángulo del golpe debía de ser muy forzado y alguna falta oculta en la hoja de acero provocó que se partiera justo a la altura de la empuñadura en el momento en que Mat le cogía la mano.

Librodot

—En verdad tienes la suerte del Gran Señor.

—¿Por qué? —demandó—. ¿Por qué, maldita sea?

Sabía que no obtendría respuesta. La boca de Melindhra permaneció abierta, como si fuera a decir algo más, pero sus ojos ya se estaban poniendo vidriosos. Mat hizo intención de subir de nuevo el velo para cubrirle la cara y los ojos abiertos, pero dejó caer la mano. Había matado hombres y trollocs, pero nunca a una mujer. Nunca hasta entonces. Las mujeres se alegraban cuando entraba en sus vidas, y no era jactancia. Las mujeres le sonreían, incluso cuando las dejaba; le sonreían como diciéndole que sería bien recibido si volvía. Eso era todo lo que siempre quiso realmente de las mujeres: una sonrisa, un baile, un beso y que lo recordaran con cariño.

Se dio cuenta de que sus pensamientos eran incongruentes. Arrancó la empuñadura sin cuchilla de la mano de Melindhra —era de jade engarzado en oro, con abejas doradas incrustadas— y la arrojó contra el hogar de mármol esperando que se hiciese pedazos. Quería gritar, chillar a pleno pulmón. «¡Yo no mato mujeres! ¡Las beso, no las…!»

Tenía que pensar con claridad. ¿Por qué lo había atacado? Desde luego no lo había hecho porque se marchase. Apenas había reaccionado ante esa noticia. Además, ella creía que iba en busca de honor; siempre aprobó tal cosa. Algo que había dicho Melindhra se insinuó en lo más recóndito de su mente y por fin emergió con toda claridad, provocándole un escalofrío. La suerte del Gran Señor. Había oído lo mismo muchas veces, pero dicho de manera diferente: la suerte del Oscuro. «Una Amiga Siniestra.» ¿Era una pregunta o una certeza? Ojalá que esa idea sirviera para que su mente soportara mejor lo que había hecho. Iba a recordar el rostro de Melindhra hasta la tumba.

Tear. Le había dicho sólo que iba a Tear. La daga. Abejas doradas incrustadas en jade. Apostaría a que había nueve sin necesidad de contarlas. Nueve abejas doradas sobre campo verde. El emblema de Illian. Donde gobernaba Sammael. ¿Es que Sammael le temía? ¿Cómo iba a saberlo el Renegado? Sólo hacía unas pocas horas que Rand le había pedido —le había dicho— que fuera allí y ni siquiera él mismo sabía con certeza lo que iba a hacer. Tal vez Sammael no quería correr ningún riesgo. Sí, justo. Uno de los Renegados tenía miedo de un jugador, por muchos conocimientos sobre batallas de otro hombre que tuviera amontonados en la cabeza. Eso era ridículo.

Todo se reducía a esto. Podía creer que Melindhra no había sido una Amiga Siniestra, que había decidido matarlo en un ciego impulso, que no había relación entre una empuñadura de jade con incrustaciones de abejas doradas y su posible marcha a Tear para dirigir un ejército contra Illian. Podría creerlo si fuese un cretino, un tonto de capirote. Más valía pecar de precavido, como decía siempre. Uno de los Renegados se había fijado en él. Ciertamente ahora no estaba a la sombra de Rand.

Se arrastró por el suelo y fue a sentarse recostado contra la puerta, con la barbilla apoyada en las rodillas dobladas, contemplando fijamente el rostro de Melindhra, tratando de decidir qué hacer. Cuando una criada llamó y anunció que le llevaba la cena, la despidió con cajas destempladas. Comer era lo que menos le apetecía en ese momento. ¿Qué iba a hacer? Ojalá no sintiera los dados rodando dentro de su cabeza.

Librodot

CAPÍTULO 24

Elección de alternativas

Rand soltó la navaja de afeitar, se limpió los restos de jabón de la cara y empezó a atar las lazadas de la camisa. Las primeras luces del día penetraban a través de los arcos cuadrados que conducían al balcón de su dormitorio; se habían colgado ya las pesadas cortinas de invierno, pero estaban atadas a los lados para dejar pasar el aire. Estaría presentable cuando matara a Rahvin. La idea encendió un chispazo de cólera que se retorció en sus entrañas, pero se obligó a extinguirlo. Estaría presentable y tranquilo. Frío. Nada de errores.

Cuando le dio la espalda al espejo de marco dorado, vio a Aviendha sentada en su petate extendido contra la pared, debajo de un tapiz que representaba unas torres doradas increíblemente altas. Rand le había ofrecido poner otra cama en la habitación, pero la muchacha manifestó que los colchones resultaban demasiado blandos para dormir. Lo estaba observando intensamente, con la camisola sujeta en una mano, olvidada. Él había tenido buen cuidado en no volverse mientras se afeitaba y así darle tiempo para que se vistiera, pero aparte de las medias blancas no llevaba puesto nada encima.

—Yo jamás te avergonzaría delante de otros hombres —dijo de repente.

—¿Avergonzarme? ¿A qué te refieres?

Se puso de pie en un grácil movimiento. Su piel estaba sorprendentemente pálida allí donde el sol no la había tocado; tenía un cuerpo esbelto, de firmes músculos, pero con redondeces y tersuras que atormentaban sus sueños. Ésta era la primera vez que se había permitido mirarla abiertamente cuando ella hacía ostentación de su desnudez, pero la joven no parecía ser consciente de ello. Aquellos grandes ojos, tan verdes, estaban clavados en los suyos.

—No le pedí a Sulin que incluyese a Enaila ni a Somara ese primer día después de la batalla. Ni tampoco les pedí que estuvieran pendientes de ti ni que hiciesen nada si te fallaban las fuerzas. Lo hicieron inducidas por su interés y preocupación por ti.

—No, claro. Sólo dejaste que creyera que intentarían llevarme de vuelta como a un bebé si flaqueaba. Una sutil diferencia.

Su tono irónico pareció resbalar sobre ella sin afectarla.

—Con ello conseguí que tuvieses cuidado cuando te hizo falta.

—Entiendo —repuso secamente—. Bien, en cualquier caso, agradezco tu promesa de no avergonzarme.

—Yo no he dicho tal cosa, Rand al'Thor. —La joven sonrió—. Lo que dije es que no te avergonzaría delante de otros hombres. Aunque, si lo requieres, por tu propio bien... —Su sonrisa se acentuó.

—¿Es que piensas venir así? —Gesticuló con irritación, abarcando su figura desde la cabeza a los pies.

Nunca había tenido el más mínimo empacho en estar desnuda delante de él —todo lo contrario— pero bajó la vista hacia sí misma, después volvió a

mirarlo a él, que seguía contemplándola, y se sonrojó. De repente se convirtió en un torbellino de oscura lana marrón y blanco *algode*, cubriéndose con sus ropas tan rápidamente que Rand se preguntó si no estaría encauzando para vestirse.

—¿Ya lo has dispuesto todo? —la oyó preguntar en medio del revuelo de ropas—. ¿Has hablado con las Sabias? Anoche te acostaste tarde. ¿Quién más nos acompaña? ¿A cuántos puedes trasladar? Espero que no venga ningún habitante de las tierras húmedas. No puedes fiarte de ellos, en especial de los Asesinos del Árbol. ¿De verdad nos puedes transportar hasta Caemlyn en una hora? ¿Es algo como lo que hice la noche que...? Lo que quiero decir es que cómo lo harás. No me gusta tener que confiar mi seguridad en cosas que no sé y que no entiendo.

—Todo está arreglado, Aviendha. —¿A qué venía tanta cháchara? ¿Y por qué rehuía sus ojos?

Rand se había reunido con Rhuarc y con los otros jefes que seguían cerca de la ciudad; en realidad no les gustó su plan, pero lo entendieron dentro del ámbito del *ji'e'toh* y todos pensaron que no tenía otra opción. Lo discutieron rápidamente, lo acordaron todo y después se pusieron a charlar de otras cosas, nada relacionado con Renegados ni Illian ni batallas, sino de mujeres, de caza, de si el brandy cairhienino tenía comparación con el *oosquai*, o el tabaco de las tierras húmedas con el que se cultivaba en el Yermo. Durante una hora Rand casi olvidó lo que les aguardaba. Esperaba que la Profecía de Rhuidean estuviese equivocada en algunas cosas y que él no destruyera a estos hombres. Una delegación de Sabias, más de cincuenta, fueron a verlo alertadas por Aviendha y dirigidas por Amys, Melaine y Bair, o quizá por Sorilea. Con las Sabias a menudo resultaba difícil discernir quién estaba al mando. No acudieron para convencerlo de que no llevara a cabo su propósito —de nuevo el *ji'e'toh*— sino para asegurarse de que entendía bien que su obligación para con Elayne no tenía más peso que su obligación para con los Aiel, y lo retuvieron en la sala de audiencias hasta que obtuvieron una respuesta satisfactoria por parte de él. Sólo había dos opciones: o hacer lo que le pedían o levantarlas en vilo literalmente para apartarlas y llegar hasta la puerta. Cuando querían, esas mujeres eran tan expertas en hacer caso omiso de los gritos como había llegado a serlo Egwene.

—Descubriremos a cuántos puedo trasladar cuando lo intente —añadió Rand—. Sólo vendrán Aiel. —Con suerte, Meilan, Maringil y el resto no se enterarían de su marcha hasta después que se hubiese ido. Si la Torre tenía espías en Cairhien, quizá los Renegados también los tenían. Además ¿cómo iba a fiarse de que guardaran en secreto nada unas personas que eran incapaces de ver salir el sol sin intentar utilizar ese hecho en el *Da'es Daemar*?

Para cuando se hubo puesto la chaqueta roja con bordados de oro, una prenda de fina lana muy adecuada en esta época del año para un palacio real, tanto en Caemlyn como en Cairhien —la idea le hizo gracia aunque en realidad no tenía nada de divertido—, Aviendha casi había acabado de vestirse. A Rand no dejaba de asombrarle que fuera capaz de vestirse tan deprisa y que todo quedara perfectamente en su sitio.

—Una mujer vino anoche cuando estabas ausente.

¡Luz! Había olvidado a Colavaere.

—¿Qué hiciste?

Aviendha hizo una pausa para atarse las lazadas de la blusa mientras

Librodot

sus ojos lo observaban con tal fijeza que parecían querer taladrarle el cráneo, pero cuando habló su voz sonó indiferente:

—La acompañé a sus aposentos, donde charlamos durante un rato. No habrá más revoloteo de faldas cairhieninas a la entrada de tu tienda, Rand al'Thor.

—Vaya, justo el resultado que buscaba, Aviendha. ¡Luz! ¿Le hiciste mucho daño? No puedes ir por ahí vapuleando damas. Esta gente ya me causa problemas suficientes para que vengas tú a provocar más.

La joven resopló desdeñosa y continuó anudando lazadas.

—¡Damas! Una mujer es una mujer, Rand al'Thor. A menos que sea una Sabia —agregó juiciosamente—. Ésa tendrá que sentarse con mucho cuidado hoy, pero no se le verán los cardenales, y con un día de descanso podrá abandonar sus aposentos. Y ahora sabe con exactitud cómo están las cosas. Le dije que si volvía a causarte más molestias, cualquier tipo de molestias, volvería a sostener otra charla con ella. Una mucho más larga. Hará lo que le digas y cuando lo digas. Será un ejemplo para los demás. Los Asesinos del Árbol no entienden otro lenguaje.

Rand suspiró. No era precisamente el método que habría elegido ni habría sido capaz de utilizar, pero a lo mejor funcionaba. O tal vez lo que conseguía era que Colavaere y los demás actuaran con más astucia y malicia de ahora en adelante. Quizás a Aviendha no le preocupaban las repercusiones contra ella —de hecho, a Rand le sorprendería que la joven se hubiese planteado siquiera tal posibilidad—, pero existía una gran diferencia entre una mujer que era Cabeza Insigne de una casa y una joven noble de rango inferior. Fueran cuales fuesen las consecuencias para él, Aviendha podría verse asaltada en algún callejón oscuro y recibir multiplicado por diez lo que le había hecho a Colavaere, si no algo peor.

—La próxima vez, deja que sea yo quien solucione los asuntos que me conciernen a mi manera. Soy el *Car'a'carn*, recuerda.

—Tienes jabón de afeitar en una oreja, Rand al'Thor.

Mascullando entre dientes, Rand cogió bruscamente la toalla de rayas.

—¡Adelante! —bramó al sonar una llamada en la puerta.

Asmodean entró; llevaba una chaqueta de terciopelo negro con encajes blancos en el cuello y en los puños. El estuche del arpa iba colgado a su espalda, y una espada en su cadera. A juzgar por la frialdad de su semblante, habríase dicho que era invierno, pero sus oscuros ojos traslucían una gran cautela.

—¿Qué quieres, Natael? —demandó—. Te di tus instrucciones anoche.

Asmodean se humedeció los labios y echó una rápida ojeada a Aviendha, que lo observaba con el ceño fruncido.

—Sabias instrucciones. Supongo que podría descubrir algo que os sea provechoso quedándome aquí y observando, pero de lo único que se habla esta mañana es de los chillidos que se oyeron anoche en los aposentos de lady Colavaere. Se comenta que incurrió en el desagrado del lord Dragón, aunque nadie parece saber bien cómo. Esa incertidumbre hace que todo el mundo camine de puntillas hoy. Dudo que nadie respire siquiera en los próximos días sin preguntarse antes qué opinará de ello mi señor Dragón.

El rostro de Aviendha era la viva imagen de una insufrible satisfacción consigo misma.

—Así que quieres venir conmigo, ¿no? —inquirió suavemente Rand—. ¿Deseas estar a mi espalda cuando me enfrente a Rahvin?

—¿Qué mejor sitio para el bardo del lord Dragón? Aunque todavía sería

Librodot

mejor bajo su vigilante mirada, donde puedo demostrar mi lealtad. No soy fuerte. —La mueca de Asmodean era la lógica en cualquier hombre que admitiese algo así, pero durante un fugaz instante Rand percibió el *Saidin* llenando al otro hombre, sintió la infección que crispó la boca de Asmodean. Sólo fue un instante, pero bastó para que él calculara. Si Asmodean había absorbido todo lo que podía, andaría muy escaso para igualar incluso a una Sabia capaz de encauzar—. Pero, aunque no sea fuerte, quizá pueda ayudar en algo, por poco que sea.

Rand deseó poder ver el escudo que Lanfear había urdido. La Renegada había dicho que se disiparía con el tiempo, pero por las apariencias Asmodean sólo era capaz de encauzar de manera tan limitada como el primer día que había estado en manos de Rand. A lo mejor Lanfear había mentido para darle falsas esperanzas a Asmodean y para hacerle creer a él que el otro hombre adquiriría la fuerza suficiente para enseñarle más de lo que jamás estaría a su alcance. «Sería muy propio de ella.» No sabía de cierto si la idea era suya o de Lews Therin, pero lo que no le cabía duda es que era cierto. La larga pausa hizo que Asmodean se lamiera de nuevo los labios.

—Un día o dos no cambiará nada aquí —dijo el Renegado—. Para entonces estaréis de vuelta o habréis muerto. Dejad que demuestre mi lealtad. Quizá pueda hacer algo. El peso añadido de una pluma podría inclinar la balanza a vuestro favor. —De nuevo el *Saidin* fluyó dentro de él, sólo durante un momento. Rand percibió una sensación de esfuerzo, pero seguía siendo un débil flujo—. Sabéis lo limitado de mis opciones. Estoy aferrado a ese puñado de hierba, al borde del precipicio, rogando que aguante un instante más. Si fracasáis, me aguarda algo peor que la muerte. He de procurar que venzáis y que sigáis vivo. —De repente miró a Aviendha como si acabara de darse cuenta de que quizás había dicho demasiado. Su risa fue un sonido hueco—. En caso contrario, ¿cómo voy a componer los cantos sobre la gloria del lord Dragón? Un bardo debe tener material con el que trabajar. —El calor nunca lo afectaba, según él, gracias a un truco de la mente, no al Poder, pero ahora su frente estaba perlada de sudor.

¿Tenerlo bajo su vigilancia o dejarlo atrás? De hacer esto último a lo mejor huía buscando un escondrijo cuando empezara a preguntarse qué estaba ocurriendo en Caemlyn. Asmodean seguiría siendo el mismo hasta que muriese y volviese a renacer, y puede que incluso después.

—Bajo mi vigilancia —musitó Rand—. Y si sospecho aunque sólo sea por un momento que esa pluma va a caer en el platillo contrario…

—Me pongo en manos del lord Dragón con plena confianza en su clemencia —murmuró Asmodean a la par que inclinaba la cabeza—. Con la venia del señor Dragón, esperaré fuera.

Rand recorrió con la mirada la habitación mientras el otro hombre salía, caminando hacia atrás y todavía inclinado en una reverencia. Vio su espada sobre el arcón forrado con pan de oro que había a los pies de la cama; el talabarte con la hebilla en forma de dragón estaba enrollado alrededor de la vaina y del fragmento de lanza seanchan. La muerte de ese día no se llevaría a cabo con cuchilla de acero, al menos por su parte. Tanteó uno de los bolsillos y notó la dura forma tallada del gordo hombrecillo con espada; ésa era la única que necesitaba. Por un instante consideró la posibilidad de detenerse en Tear para recobrar a *Callandor*, o incluso en Rhuidean, para recoger lo que había escondido allí. Podría destruir a Rahvin con cualquiera de esas dos cosas antes de que el hombre se diera cuenta de que estaba allí. Y también podría destruir con cualquiera de las dos a la propia Caemlyn.

Librodot

Pero ¿podía fiarse de sí mismo? Tanto poder, tanto Poder Único... El *Saidin* se cernía allí, justo al borde de su campo visual. La infección parecía ser ya parte de él. La ira bullía en su interior, a punto de rebosar, contra Rahvin, contra sí mismo. Si se desbordaba mientras empuñaba aunque sólo fuera a *Callandor*... ¿Qué haría? Sería invencible. Y, con lo otro, podría ir incluso hasta el mismísimo Shayol Ghul, poner fin a todo de una vez, consumarlo de un modo u otro. De un modo u otro. No. No estaba solo en esto. Sólo podía permitirse la victoria.

—El mundo descansa sobre mis hombros —musitó. De repente soltó un chillido y se llevó la mano a la nalga izquierda. Era como si le hubiesen clavado una aguja en el trasero, pero no le hizo falta reparar en la piel de gallina que empezaba a desaparecer en sus brazos para saber lo que había ocurrido—. ¿A qué ha venido eso? —le gruñó a Aviendha.

—Sólo para ver si el lord Dragón todavía es de carne y hueso como el resto de nosotros, los pobres mortales.

—Pues lo soy —replicó, tajante, y aferró el *Saidin*, con toda su dulzura y toda su infección, justo lo suficiente para encauzar brevemente.

La muchacha abrió mucho los ojos, pero no se encogió y se limitó a mirarlo como si no hubiese ocurrido nada en absoluto. Empero, mientras cruzaban la antesala, se frotó furtivamente la nalga cuando creía que él miraba al otro lado. Por lo visto también ella era de carne y hueso. «Condenada chica. Y yo que pensaba que le había enseñado un poco de buenos modales.»

Abrió la puerta y al salir se detuvo, sorprendido. Mat estaba allí, apoyado en su extraña lanza y con el sombrero de ala ancha bien calado, a cierta distancia de Asmodean, pero no era eso lo que tenía desconcertado a Rand. No había Doncellas. Tendría que haber imaginado que pasaba algo raro cuando Asmodean entró sin ser anunciado antes. Aviendha miró en derredor sin salir de su sorpresa, como si esperara encontrarlas detrás de uno de los tapices.

—Melindhra intentó matarme anoche —anunció Mat, y Rand dejó de pensar en las Doncellas—. En un momento estábamos hablando y al siguiente intentaba arrancarme la cabeza de un puntapié.

Mat relató lo ocurrido en frases cortas. La daga con las abejas doradas. Sus conclusiones. Cerró los ojos cuando contó cómo había terminado todo —un simple, escueto: «La maté»— y volvió a abrirlos enseguida, como si contemplase algo tras los párpados que prefería no ver.

—Lamento que tuvieras que hacer eso —musitó Rand, y su amigo se encogió de hombros tristemente.

—Mejor ella que yo, supongo. Era una Amiga Siniestra. —Lo dijo como si ello no cambiara mucho las cosas.

—Ajustaré cuentas con Sammael. Tan pronto como esté preparado.

—¿Y cuántos quedarán todavía?

—Los Renegados no están aquí —espetó Aviendha—. Y tampoco las Doncellas Lanceras. ¿Dónde se han metido? ¿Qué has hecho, Rand al'Thor?

—¿Yo? Anoche había veinte aquí mismo, cuando vine a acostarme, y desde entonces no he visto a ninguna.

—Quizá sea por lo que Mat... —empezó Asmodean, y enmudeció cuando el aludido lo miró, la boca tirante en una mueca de dolor y el aire de estar más que dispuesto a emprenderla a golpes con algo.

—No seáis absurdos —manifestó Aviendha con voz firme—. Las *Far Dareis Mai* no exigirían *toh* a Mat Cauthon por algo así. Ella intentó matarlo,

Librodot

y él acabó con ella. Ni siquiera lo exigiría una medio hermana, si es que tenía alguna. Y nadie demandaría *toh* a Rand al'Thor por lo que hizo otro a menos que se lo hubiese ordenado. Tú personalmente tienes que haber hecho algo, Rand al'Thor, algo tremendo o en caso contrario estarían aquí.

—No he hecho nada —replicó, cortante—. Y no pienso quedarme aquí discutiéndolo. ¿Te has vestido para cabalgar hacia el sur, Mat?

Su amigo metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y toqueteó algo. Generalmente guardaba allí sus dados y el cubilete.

—Voy a Caemlyn. Estoy harto de que caigan furtivamente sobre mí. Quiero ser yo quien salte inesperadamente sobre uno de ellos, para variar. Sólo espero conseguir las jodidas palmaditas en la cabeza en lugar de la jodida flor en la tumba —añadió, torciendo el gesto.

Rand no le preguntó qué quería decir con eso. Otro *ta'veren*. Dos juntos para dar un giro a la suerte quizá. Aunque no había modo de saber en qué sentido o siquiera si ocurriría, pero...

—Por lo visto vamos a seguir juntos un poco más. —Mat parecía más resignado que otra cosa.

Apenas habían recorrido un corto trecho del pasillo lleno de tapices cuando Moraine y Egwene se encontraron con ellos, las dos caminando codo con codo, despacio, como si lo único que tuviesen planeado ese día fuera dar un paseo por uno de los jardines. Egwene, fríos los ojos y rebosando sosiego, luciendo la Gran Serpiente en el dedo, realmente pasaría por una Aes Sedai a pesar de sus ropas Aiel, el chal y el pañuelo doblado ciñéndole las sienes, mientras que Moraine... Los hilos dorados reflejaban la luz de manera que trazaban finas líneas en la seda azul del vestido. La pequeña gema azul sobre su frente, colgada de la cadena de oro ceñida a las suaves ondas de su cabello oscuro, relucía con tanta intensidad como los enormes zafiros engarzados en oro del collar que lucía alrededor del cuello. Un atuendo difícilmente apropiado para lo que se proponían hacer, aunque Rand, con su chaqueta roja, no estaba en disposición de hacerle ninguna crítica.

Quizá se debía a encontrarse allí, donde en otros tiempos la casa Damodred había ocupado el Trono del Sol, pero lo cierto es que el porte de la Aes Sedai era el más regio que Rand recordaba en ella. Ni siquiera la presencia de «Jasin Natael» echó a perder aquella majestuosa serenidad con un gesto de sorpresa, aunque, cosa sorprendente, dedicó a Mat una cálida sonrisa.

—De modo que también vienes, Mat. Aprende a confiar en el Entramado. No despilfarres la vida intentando cambiar lo que no puede cambiarse. —A juzgar por la cara de Mat, muy bien podría estar planteándose el cambiar de parecer no sólo sobre acompañarlos sino con estar siquiera allí, pero la Aes Sedai le dio la espalda sin la menor señal de preocupación—: Esto es para ti, Rand.

—¿Más cartas? —se extrañó él. Una llevaba su nombre escrito con una caligrafía elegante que reconoció de inmediato—. ¿Tuya, Moraine? —La otra estaba a nombre de Thom Merrilin. Las dos habían sido selladas con cera azul y, al parecer, con el sello de la Gran Serpiente, impresa la imagen del ofidio mordiéndose su propia cola—. ¿Por qué me has escrito una carta? Y sellada. Nunca has tenido miedo de decir lo que tuvieras que decirme a la cara. Y, por si acaso lo olvido, Aviendha me ha estado recordando que sólo soy de carne y hueso.

—Has cambiado mucho desde aquel muchacho que vi por primera vez a la puerta de la Posada del Manantial. —Su voz era un suave tintineo de

campanillas de plata—. No te pareces apenas a él. Ruego por que hayas cambiado lo bastante.

Egwene masculló algo entre dientes, y Rand creyó entender algo así como «Ruego por que no hayas cambiado demasiado». Miraba las cartas con el entrecejo fruncido, como si también se preguntara qué habría escrito en ellas. E igual ocurría con Aviendha.

—Los sellos aseguran la confidencialidad —continuó Moraine en un tono más animado, incluso más alegre—. En la tuya hay cosas sobre las que quiero que medites. No ahora. Cuando tengas tiempo para reflexionar. En cuanto a la de Thom, no conozco otras manos más seguras que las tuyas en las que confiarla. Entrégasela cuando vuelvas a verlo. Y, ahora, hay algo que tienes que ver en los muelles.

—¿En los muelles? —repitió Rand—. Moraine, precisamente esta mañana es cuando tengo menos tiempo para...

—Tengo listos los caballos. Incluso uno para ti, Mat, por si acaso venías al final —lo interrumpió la mujer, que caminaba ya pasillo adelante como si estuviese segura de que irían tras ella.

Egwene vaciló sólo un instante antes de seguirla.

Rand abrió la boca para ordenar a Moraine que volviera sobre sus pasos. Había jurado obedecerlo. Lo que quiera que quisiera enseñarle podría verlo otro día.

—¿Qué perjuicio puede ocasionar una hora de retraso? —dijo Mat. Quizá se estaba replanteando su decisión.

—No sería malo dejaros ver esta mañana —sugirió Asmodean—. Rahvin podría estar al tanto de todo lo que pasa. Si alberga alguna sospecha, si cuenta con espías que os vigilan y escuchan por los ojos de las cerraduras, eso podría tranquilizarlos por hoy.

Rand miró a Aviendha.

—¿Tú también me aconsejas el retraso? —inquirió.

—Te aconsejo que escuches a Moraine Sedai. Sólo los necios no hacen caso de las Aes Sedai.

—¿Qué puede haber en los muelles que sea más importante que Rahvin? —gruñó, y luego sacudió la cabeza. En Dos Ríos había un dicho, aunque ningún hombre lo recitaba si había alguna fémina que pudiera oírlo: «El Creador hizo a la mujer para alegrar los ojos y para dar dolores de cabeza». Ciertamente las Aes Sedai no eran distintas de las demás en este aspecto—. Una hora.

El sol todavía no estaba lo bastante alto para borrar la larga sombra que la muralla de la ciudad arrojaba sobre el embarcadero de piedra donde las carretas de Kadere estaban alineadas, pero aun así el buhonero se enjugaba el sudor de la cara con un pañuelo grande. El calor sólo era responsable en parte de esa transpiración. Los grandes parapetos grises que se extendían hasta el río, a ambos lados de la hilera de muelles, hacían que el embarcadero semejara una descomunal y oscura caja en la que él estuviese atrapado. Aquí sólo había amarradas barcazas anchas, de proas achatadas, para el transporte de grano, y las embarcaciones que había ancladas en el río, esperando su turno para descargar, eran del mismo tipo. Kadere había considerado la idea de escabullirse dentro de una de ellas cuando zarpara, pero ello significaba abandonar casi todo lo que todavía poseía. Aun así, si hubiese pensado que el lento viaje río abajo lo llevaría a cualquier destino que no fuese la muerte, lo habría hecho. Lanfear no había

Librodot

vuelto a aparecer en sus sueños, pero tenía las quemaduras en su pecho para recordarle sus órdenes. La mera idea de desobedecer a uno de los Elegidos lo hacía temblar, aun cuando el sudor le corriera por la cara.

Si supiera de quién podía fiarse; en la medida en que podía fiarse de cualquiera de sus compañeros Amigos Siniestros, se entiende. El último de sus carreteros que había prestado los juramentos había desaparecido dos días atrás, probablemente en una de las gabarras de grano. Todavía no sabía cuál de las mujeres Aiel le había dejado aquella nota por debajo de la puerta del carromato —«No estás solo entre extraños. Se ha elegido un curso para seguir»— aunque en su mente barajaba varias posibilidades. En los muelles había casi tantos Aiel como estibadores; acudían para contemplar el río. Había visto unas cuantas caras más a menudo de lo que parecía razonable, y algunas lo habían observado pensativamente. También lo habían hecho unos pocos cairhieninos, y un lord teariano. En sí mismo, eso no significaba nada, por supuesto, pero si pudiera encontrar unos cuantos hombres con los que trabajar…

Un grupo a caballo apareció en una de las puertas de la muralla, con Moraine y Rand al'Thor a la cabeza, junto con el Guardián de la Aes Sedai; avanzaron entre los carros en los que se descargaba el grano para su distribución y a su paso se alzaban aclamaciones: «¡Gloria al lord Dragón!» y «¡Viva el lord Dragón!» y de vez en cuando «¡Gloria a lord Matrim!», «¡Gloria a la Mano Roja!».

Por una vez la Aes Sedai se dirigió hacia el final de la hilera de carretas sin dedicar siquiera una mirada de pasada a Kadere, lo que alegró al buhonero. Aun en el caso de que no hubiese sido Aes Sedai, aunque no lo hubiese mirado como si conociera hasta el último rincón oscuro de su alma, preferiría no ver tan de cerca algunas de las cosas con las que la mujer había llenado sus carretas. Ayer por la tarde le había hecho quitar la cubierta de lona que protegía ese marco de piedra roja, extrañamente retorcido, que estaba cargado en la carreta inmediatamente posterior a su carromato. Parecía sentir un perverso regocijo en obligarlo a ayudarla con lo que quiera que deseara examinar. Habría vuelto a tapar aquella cosa si hubiese soportado acercarse a ella o hubiera logrado convencer a cualquiera de sus carreteros para que lo hiciera. Ninguno de los que trabajaban para él ahora había visto a Herid a punto de caer a través del marco y desaparecer de cintura para arriba —Herid fue el primero en huir una vez que cruzaron el Jangai; el pobre hombre no había estado muy bien de la cabeza desde que el Guardián lo sacó de un tirón— pero sí podían mirarlo y ver que las esquinas no encajaban correctamente y que era imposible seguir con los ojos su estructura sin parpadear y sentirse mareado.

Kadere hizo tan poco caso a los tres jinetes que marchaban a la cabeza del grupo como la Aes Sedai había hecho con él, y otro tanto hizo con Mat Cauthon. El tipo llevaba puesto el sombrero que había sido suyo y que le había sido imposible reemplazar. La fulana Aiel, Aviendha, iba montada detrás de la Aes Sedai joven, en la grupa del caballo, las dos con las faldas bien subidas para enseñar las piernas. Si hubiese necesitado confirmación de que la Aiel se acostaba con al'Thor sólo habría tenido que fijarse en el modo en que ella lo miraba; cuando una mujer se llevaba a la cama a un hombre, después siempre lo miraba con ese brillo de posesión, como si fuera de su propiedad. Pero lo más importante era que Natael estaba con ellos. Ésta era la primera vez que Kadere estaba tan cerca de él desde que habían cruzado la Columna Vertebral del Mundo. Natael, que ocupaba una alta

posición entre los Amigos Siniestros. Si pudiera atravesar el cordón de las Doncellas y llegar hasta Natael...

Kadere pestañeó repentinamente. ¿Dónde estaban las Doncellas? Al'Thor siempre tenía una escolta de mujeres armadas con lanzas. Frunció el entrecejo al comprobar que no se veía a una sola Doncella entre los Aiel que había en los muelles.

—¿Es que no piensas saludar a una vieja amiga, Hadnan?

Kadere giró sobre sí mismo, sobresaltado, al oír la melodiosa voz y se quedó mirando boquiabierto aquel rostro de nariz afilada y oscuros ojos casi enterrados en rollos de grasa.

—¿Keille? —No era posible. Nadie sobrevivía solo en el Yermo excepto los Aiel. Tenía que haber muerto, pero allí estaba, con las ropas de seda blanca a punto de estallar de tan ceñidas a su cuerpo gordinflón y las peinetas de marfil resaltando entre los oscuros rizos.

Tras esbozar una ligera sonrisa, Keille se dio media vuelta con una gracilidad que todavía lo sorprendía en una mujer tan corpulenta, y subió con agilidad los peldaños de la escalerilla que conducía al interior de su carromato.

El buhonero vaciló un momento y después se apresuró a ir tras ella. Habría preferido que Keille Shaogi hubiese muerto realmente en el Yermo —era mandona y detestable; que no esperara recibir ni un céntimo de lo poco que había conseguido salvar del desastre—, pero ocupaba una posición tan alta como Jasin Natael. A lo mejor le respondía unas cuantas preguntas. Por lo menos tendría alguien con quien trabajar. Y, en el peor de los casos, alguien a quien echar la culpa. El poder iba de la mano de la posición alta, pero también la responsabilidad de los fracasos de los que estaban por debajo. En más de una ocasión había entregado a sus superiores poniéndoselos en bandeja a los que estaban más alto que ellos a fin de cubrirse las espaldas.

Cerró la puerta con cuidado, se volvió y... Habría gritado si su garganta no hubiese estado tan atenazada que era imposible emitir sonido alguno.

La mujer que tenía delante vestía ropas de seda blanca, pero no estaba gorda. Era la fémina más hermosa que había visto en su vida, con unos ojos cual insondables y oscuros estanques de montaña, una cintura de avispa ceñida por un cinturón argénteo y el brillante cabello negro adornado con medias lunas de plata. Kadere reconoció aquel rostro por haberlo visto en sus sueños.

El seco golpe de sus rodillas al caer de hinojos sacó al hombre de su estupefacción y le devolvió el habla.

—Insigne Señora —exclamó con voz enronquecida—, ¿cómo puedo serviros?

Lanfear lo miraba como si fuera un insecto al que podría aplastar de un pisotón si tenía el capricho.

—Demostrando tu obediencia a mis mandatos. He estado demasiado ocupada para vigilar personalmente a Rand al'Thor. Cuéntame qué ha hecho, aparte de conquistar Cairhien, y qué planes tiene.

—Eso no es fácil, Insigne Señora. Alguien como yo no puede acercarse a un personaje como él. —Un insecto, parecían decir aquellos fríos ojos, al que se le permitía vivir mientras fuese útil. Kadere se devanó los sesos para recordar todo lo que había visto, oído y hasta imaginado—. Está enviando tropas Aiel al sur en cantidades ingentes, aunque no sé con qué fin, Insigne Señora. Los cairhieninos y los tearianos no parecen darse cuenta de ello,

Librodot

pero dudo mucho que sepan distinguir un Aiel de otro. —Y tampoco él. No osaría mentirle, pero si creía que su utilidad era mayor de la que tenía realmente...—. Ha instaurado una escuela de algún tipo, en un palacio de la ciudad que pertenecía a una casa de la que no han quedado supervivientes. —Al principio era imposible saber si a la mujer le gustaba lo que estaba oyendo; pero, a medida que siguió con la información, el semblante de Lanfear se fue tornando más y más sombrío.

—¿Qué es lo que quieres que vea, Moraine? —inquirió, impaciente, Rand mientras ataba las riendas de *Jeade'en* a una de las ruedas de la carreta que cerraba la fila.

La Aes Sedai estaba de puntillas para asomarse por el costado del vehículo, dentro del cual había dos barriletes cuyo aspecto le resultaba conocido. A menos que estuviera equivocado, contenían dos sellos de *cuendillar* envueltos en lana para protegerlos ahora que habían dejado de ser irrompibles. Rand sentía la contaminación del Oscuro con más intensidad aquí; casi parecía emanar de los barriletes, como un tenue miasma de algo que se está pudriendo en un agujero.

—Aquí estarán a buen resguardo —murmuró Moraine. Recogió el repulgo de la falda con elegancia y se encaminó hacia el otro extremo de la hilera de carretas. Lan iba pisándole los talones cual un lobo sólo amansado a medias, y la capa que colgaba a su espalda creaba ondulaciones de colores y vacío.

—¿Te dijo lo que era, Egwene? —inquirió Rand, mirándola indignado.

—Sólo me dijo que tenías que ver algo. Que tenías que venir aquí, en cualquier caso.

—Debes confiar en las Aes Sedai —aconsejó Aviendha casi igual de imperturbable, aunque con un atisbo de duda. Mat resopló.

—Bueno, pues pienso descubrirlo ahora. Natael, ve y dile a Bael que me reuniré con él dentro de...

Al otro extremo de la fila, un costado del carruaje de Kadere explotó y los fragmentos astillados causaron estragos en Aiel y ciudadanos por igual. Rand supo lo que había ocurrido sin necesidad de que se le pusiera la piel de gallina. Corrió hacia el carruaje, detrás de Moraine y Lan. El tiempo pareció discurrir con gran lentitud mientras todo ocurría a la vez, como si el aire fuera gelatina adhiriéndose a cada instante.

Lanfear apareció en medio del aturdido silencio, roto sólo por los gemidos y los gritos de los heridos; de su mano colgaba algo fláccido y pálido, surcado de líneas rojizas, que arrastraba detrás de ella mientras descendía unos escalones invisibles. Su semblante era una máscara cincelada en hielo.

—Me lo contó, Lews Therin —espetó, casi chillando, mientras lanzaba al aire el pálido pingajo. Una racha de viento lo hinchó y lo convirtió durante un fugaz instante en una sangrienta y transparente estatua de Hadnan Kadere; era la piel entera del buhonero, al que había desollado. La figura se desinfló y cayó al suelo mientras la voz de Lanfear adquiría un timbre estridente—. ¡Has dejado que te toque otra mujer! ¡Una vez más!

Los segundos se dilataron, y todo aconteció al mismo tiempo.

Antes de que Lanfear llegara a las piedras del embarcadero, Moraine se remangó más las faldas y echó a correr directamente hacia ella. Actuó con prontitud, pero Lan fue más rápido e hizo caso omiso de su grito.

—¡Lan, no!

Librodot

El Guardián desenvainó la espada mientras sus largas piernas lo adelantaban a la Aes Sedai y la capa de colores cambiantes ondeaba a su espalda. De repente pareció chocar contra una pared invisible, rebotó e intentó cargar de nuevo, tambaleante. Dio un paso y, como si una mano gigantesca lo hubiera apartado de un revés, salió lanzado por el aire diez pasos y fue a estrellarse contra las piedras del embarcadero.

Mientras Lan todavía surcaba el aire, Moraine se desplazó hacia adelante con una brusca sacudida, deslizando los pies sobre el pavimento, hasta que estuvo cara a cara con Lanfear. Apenas duró un segundo. La Renegada la miró como si se preguntara qué sería lo que se había interpuesto en su camino, y acto seguido Moraine era arrojada hacia un lado con tal violencia que rodó sobre sí misma una y otra vez hasta desaparecer debajo de una de las carretas.

En el muelle había estallado un pandemónium. Sólo habían pasado unos segundos desde el estallido del carromato de Kadere, pero únicamente un ciego no se habría dado cuenta de que la mujer de blanco estaba encauzando el Poder Único. A lo largo de los muelles centellearon las hachas y se cortaron los cabos de amarre de las gabarras mientras sus tripulaciones las enfilaban hacia el centro del río para huir. Estibadores con el torso desnudo y vecinos de la ciudad vestidos con ropas oscuras luchaban para subir a bordo. En dirección contraria, hombres y mujeres arremolinados gritaban y forcejeaban para entrar en la ciudad por las puertas de la muralla. Y, entre ellos, figuras vestidas con *cadin'sor* se velaban el rostro mientras corrían hacia Lanfear empuñando lanzas o cuchillos o con las manos desnudas. No cabía duda de que era ella el origen del ataque, la que luchaba con el Poder, pero aun así corrieron a danzar las lanzas sin parar mientes.

El fuego pasó sobre ellos en rugientes oleadas. Flechas ardientes atravesaron a aquellos que siguieron avanzando con las ropas prendidas. Y ello a pesar de que Lanfear no estaba combatiendo realmente contra ellos ni les prestaba apenas atención: era como si estuviese espantando mosquitos. Los que huyeron ardieron igual que los que intentaron luchar, pero la mujer siguió avanzando hacia Rand como si no existiese nada más.

Sólo unos segundos.

Había dado tres pasos cuando Rand aferró la mitad masculina de la Fuente Verdadera, acero fundido y hielo quebrantador de acero, dulce miel y montón de estiércol. En medio del recóndito vacío, la lucha por sobrevivir parecía lejana y la batalla entablada ante él, poco menos distante. Mientras Moraine desaparecía debajo de una carreta, Rand encauzó, absorbió el calor de los fuegos de Lanfear y lo sumergió en el río. Las llamas que instantes antes envolvían formas humanas desaparecieron. En el mismo momento volvió a urdir los flujos y se formó una bóveda grisácea de neblina, un óvalo alargado que los dejó a Lanfear y a él aislados en su interior. Ya ataba la urdimbre y aún no estaba seguro de lo que era ni de dónde había salido —algún recuerdo de Lews Therin, quizá— pero los fuegos de Lanfear se frenaron contra aquella extraña burbuja. Rand veía borrosamente a la gente de fuera; muchos se sacudían y agitaban —había hecho desaparecer las llamas, no el dolor de la carne abrasada, y el hedor seguía flotando en el aire—, pero ya no se quemarían los que habían escapado indemnes antes. También dentro de la cúpula había cadáveres y bultos de ropas calcinadas; algunos de éstos todavía se agitaban débilmente, emitiendo gemidos. A ella no le importaba: había espantado a los mosquitos, las llamaradas que había

Librodot

encauzado se apagaron, pero no desvió la mirada hacia fuera ni un instante.

Segundos. Dentro del vacío lo envolvía una gran frialdad; si sentía pena por los muertos, los moribundos y los abrasados, era una sensación tan lejana que muy bien podría no existir. Él era frialdad. Él era el vacío. Sólo el rugiente torrente del *Saidin* lo llenaba.

Movimiento a ambos lados. Aviendha y Egwene, fijos los ojos en Lanfear. Su intención había sido dejarlas fuera de esto, pero debían de haber corrido con él. Mat y Asmodean estaban fuera; el muro no había abarcado las últimas carretas. Con gélida calma encauzó Aire para tender una trampa a Lanfear; Egwene y Aviendha podían aislarla mientras él la distraía.

Algo cortó los flujos urdidos, y éstos retrocedieron hacia él con tal violencia que soltó un gruñido.

—¿Es una de ellas? —inquirió Lanfear enseñando los dientes—. ¿Cuál es Aviendha?

Egwene echó la cabeza hacia atrás y los ojos casi se le salieron de las órbitas mientras su boca exhalaba un aullido como si en él abarcara todo el dolor del mundo.

—¿Cuál? —insistió la Renegada.

Aviendha se irguió sobre las puntas de los pies, sacudida por los temblores, y sus aullidos hicieron eco de los de Egwene, cada vez más altos.

La idea surgió de improviso en el vacío. «La Energía tejida así, con Fuego y Tierra. Eso es.» Rand notó que algo se cortaba, algo que no podía ver, y Egwene se desplomó hecha un ovillo y se quedó inmóvil; Aviendha cayó sobre manos y rodillas, con la cabeza colgando, y se bamboleó.

Lanfear se tambaleó y sus ojos fueron de las mujeres a él cual oscuros estanques de fuego negro.

—¡Eres mío, Lews Therin! ¡Mío!

—No. —La voz de Rand parecía llegar hasta él desde el fondo de un túnel de kilómetros de longitud. «Distrae su atención de las chicas.» Siguió avanzando, sin mirar atrás—. Jamás fui tuyo, Mierin. Siempre le perteneceré a Ilyena. —El vacío se estremeció con el dolor y la pena. Y con desesperación, mientras luchaba contra algo más aparte de la violenta corriente del *Saidin*. Por un instante mantuvo el equilibrio entre una y otra fuerza. «Soy Rand al'Thor.» E «Ilyena, mi amor siempre y para siempre». Mantuvo el equilibrio sobre el filo de una cuchilla. «¡Soy Rand al'Thor!» Otros pensamientos intentaron brotar como un surtidor imparable, pensamientos sobre Ilyena, sobre Mierin, sobre lo que podía hacer para derrotarla. Los obligó a retroceder, hasta el último de ellos. Si se caía hacia el lado equivocado del estrecho filo... «¡Soy Rand al'Thor!»—. Te llamas Lanfear, y antes prefiero morir que amar a una Renegada.

Algo que tal vez era angustia cruzó fugaz por el rostro de la mujer; después retornó la máscara de mármol.

—Si no eres mío —dijo fríamente—, entonces date por muerto.

Estalló un espantoso dolor en su pecho, como si el corazón le fuera a estallar; y en su cabeza unas uñas al rojo vivo se hincaron en su cerebro infligiéndole un dolor tan fuerte que aun estando dentro del vacío quiso gritar. La muerte estaba cerca, y él lo sabía. La nada envolvente titiló, empezó a desvanecerse. Con frenesí, tejió Energía, Fuego y Tierra e hizo restallar la urdimbre con desesperación. El corazón ya no le latía, y negros dedos de dolor aplastaban el vacío. Sobre sus ojos cayó un velo gris. Notó su urdimbre abriéndose paso a través de la de ella, cortando toscamente. De repente, la sensación ardiente del aire al inundar de golpe sus pulmones, el

vuelco del corazón que empezaba de nuevo a latir. Recobró la vista; unas motitas plateadas y negras flotaban entre él y una Lanfear de rostro pétreo que todavía recuperaba el equilibrio perdido por el impacto del retroceso de sus flujos cortados. El dolor permanecía allí, en la cabeza y en el pecho, como heridas abiertas, pero el vacío se reforzó y el dolor corporal se redujo a algo lejano.

Afortunadamente, porque no tenía tiempo para recuperarse. Se obligó a continuar adelante y la atacó con Aire, un garrote que la dejaría sin sentido. Ella cortó el flujo, y él golpeó otra vez, y otra, y otra, y otra cada vez que la mujer sesgaba su último tejido; una feroz lluvia de golpes que, de algún modo, ella veía y cortaba, mientras él se aproximaba más y más. Si conseguía mantenerla ocupada un poco más, si uno de aquellos mazos invisibles se descargaba en su cabeza, conseguiría llegar lo bastante cerca para propinarle un puñetazo... Inconsciente, estaría tan indefensa como cualquier persona.

Súbitamente Lanfear pareció darse cuenta de lo que se proponía. Sin dejar de parar sus golpes con la misma facilidad como si los viera todos y cada uno de ellos, la mujer empezó a retroceder hasta que sus hombros chocaron con la carreta que tenía detrás. Y esbozó una sonrisa tan helada como la escarcha del invierno.

—Morirás lentamente y suplicarás que te permita amarme antes de morir —manifestó.

No fue a él directamente al que atacó esta vez, sino a su vínculo con el *Saidin*.

El pánico hizo resonar el vacío como si fuese un gong cuando llegó aquel primer impacto afilado como una cuchilla, y el flujo del Poder menguó a medida que ésta profundizaba más entre Rand y la Fuente. Con Energía, Fuego y Tierra arremetió contra aquella cuchilla; sabía dónde encontrarla; sabía dónde estaba su vínculo porque notaba aquel primer corte. El escudo que intentaba crear la mujer desapareció, volvió a aparecer, se esfumó tan deprisa como él pudo cortarlo, pero siempre acompañado de una mengua en la corriente de Poder, de unos instantes en los que casi cesaba de fluir, dejando su contragolpe apenas con la fuerza suficiente para rechazar el ataque de la mujer. Manejar dos fluidos a un tiempo le habría resultado fácil —era capaz de manejar diez o más—, pero no cuando uno era una defensa desesperada contra algo que no veía venir hasta que casi era demasiado tarde. No cuando los pensamientos de otro hombre seguían intentando entrar en el vacío, cuando trataban de decirle cómo vencerla. Si les prestaba oídos, podría ocurrir que fuera Lews Therin Telamon quien saliera de la nada y Rand al'Thor quien quedara reducido, si acaso, a una voz que a veces se insinuaba en su mente.

—Haré que esas dos furcias te vean suplicar —dijo Lanfear—. Sin embargo, no sé si es mejor hacerles presenciar tu muerte o que tú presencies la de ellas.

¿Cuándo se había subido a la carreta? Tenía que vigilarla estrechamente por si advertía el menor atisbo de cansancio o de que estuviera perdiendo la concentración. Era una esperanza vana. De pie junto al retorcido marco *ter'angreal*, lo miró desde arriba cual una reina dispuesta a dictar sentencia, y aun así podía perder tiempo para asestar gélidas sonrisas a un oscuro brazalete de marfil que giraba una y otra vez entre sus dedos.

—¿Qué te causará más daño, Lews Therin? —musitó—. Quiero que

Librodot

sufras. ¡Quiero que sientas un dolor tan grande como no ha sentido hombre alguno!

Cuanto más grueso fuera el flujo conectado de él a la Fuente, más difícil sería cortarlo. Rand cerró la mano con fuerza sobre el bolsillo de su chaqueta, y el hombrecillo gordinflón con la espada se hincó en la marca de la garza de su palma. Absorbió todo el *Saidin* que pudo hasta que la infección flotó en el vacío con él cual una densa niebla.

—Dolor, Lews Therin.

Y hubo dolor, tan intenso que el mundo desapareció en aquella agonía. No en la cabeza ni el corazón esta vez, sino en todas partes, por todo su ser, ardientes agujas hincándose en el vacío. Rand casi creyó oír un húmedo siseo con cada arremetida, y cada una llegaba más hondo que la anterior. Los intentos de la mujer de aislarlo de la Fuente no cesaron, sino que se sucedieron con más rapidez y más fuerza. Rand no podía creer que Lanfear fuera tan fuerte. Aferrándose al vacío, al desgarrador, helador *Saidin*, se defendió frenéticamente. Podía ponerle fin, acabar con ella. Podía destruirla con un rayo o consumirla con el fuego que ella misma había utilizado para matar.

Unas imágenes se abrieron paso hasta su mente a través del dolor. Una mujer con un oscuro vestido de mercader desplomándose del caballo, y él blandiendo la ardiente espada de luz; ella había ido a matarlo con un puñado de otros Amigos Siniestros. Los ojos inexpresivos de Mat: «Yo la maté». Una mujer de cabello dorado desplomada en un pasillo lleno de escombros donde, al parecer, las propias paredes se habían derretido y evaporado. «¡Ilyena, perdóname!» Fue un grito de desesperación.

Podía ponerle fin, sólo que no lo haría. Iba a morir, y tal vez el mundo moriría también, pero era incapaz de matar a otra mujer. De algún modo, pareció la chanza más divertida que el mundo viera nunca.

Moraine se limpió la sangre de la boca y salió gateando de debajo de la parte trasera de la carreta; se puso de pie, tambaleándose, y oyó la risa de un hombre. A despecho de sí misma, sus ojos buscaron a Lan y lo encontraron tendido, casi junto al muro gris de neblina que se extendía hacia arriba, formando una bóveda. El Guardián se retorció, tal vez intentando encontrar fuerzas para incorporarse o quizás en las convulsiones de la muerte. Moraine se obligó a apartarlo de su mente. Lan le había salvado tantas veces la vida que por derecho debería haberle pertenecido, pero hacía mucho que ella había hecho todo lo posible para ocuparse de que sobreviviese a su guerra particular con la Sombra. Ahora tendría que vivir o morir sin ella.

Era Rand quien reía, de rodillas en el muelle de piedra. Riendo con tantas ganas que las lágrimas le resbalaban por las mejillas, y su semblante estaba crispado como el de un hombre que ha sobrepasado el límite de la cordura. Moraine sintió un escalofrío. Si la locura se había apoderado de él, la situación estaba ya fuera de su alcance y sólo podía hacer lo que estaba en su mano. Lo que debía hacer.

La presencia de Lanfear fue como un golpe físico, demoledor. No a causa de la sorpresa, sino por la conmoción de ver corroborado lo que tan a menudo había columbrado en sus sueños desde Rhuidean: Lanfear encaramada a la carreta, irradiando *Saidar* con un fulgor tan abrasador como el del propio sol, enmarcada por el retorcido marcó de piedra roja mientras contemplaba a Rand con una implacable sonrisa en los labios.

Librodot

Estaba dándole vueltas a un brazalete entre sus manos: un *angreal*. A menos que Rand tuviese su propio *angreal*, la Renegada podría aniquilarlo con aquello. A juzgar por las apariencias, o el joven lo tenía o Lanfear estaba jugando con él. Daba igual. A Moraine no le gustaba aquel círculo de marfil tallado y oscurecido por el tiempo. A primera vista parecía un acróbata doblado hacia atrás para agarrarse los tobillos, pero al observarlo con más atención se veía que la figura tallada tenía las muñecas y los tobillos atados juntos. No le gustaba, pero lo había sacado de Rhuidean. El día anterior había cogido ese brazalete de un saco lleno de piezas y objetos dispares y lo había dejado allí, al pie del umbral *ter'angreal*.

Moraine era una mujer menuda, de modo que la carreta no acusó movimiento alguno cuando se apoyó en ella para levantarse. Se encogió cuando el vestido se le enganchó en una astilla y se hizo un desgarrón, pero Lanfear no miró hacia atrás. La Renegada creía haberse ocupado de todo cuanto podía suponer una amenaza, salvo Rand; era el único en el mundo que ahora contaba para la mujer, quien acaparaba toda su atención.

Reprimiendo un atisbo de esperanza —no podía permitirse ese lujo— Moraine se sostuvo un momento en equilibrio en lo alto del lateral de la carreta y a continuación abrazó el *Saidar* y saltó sobre Lanfear. La Renegada presintió algo que la puso en guardia un instante, lo suficiente para girar sobre sí misma antes de que Moraine le cayese encima y le arrebatara el brazalete que sostenía en la mano. Cara a cara, las dos mujeres cayeron a través del *ter'angreal* de piedra roja. Un cegador resplandor blanco se lo tragó todo.

Librodot

CAPÍTULO 25

Palabras que se desvanecen

Dentro del vacío que menguaba de manera paulatina, Rand vio a Moraine saltar aparentemente de la nada y abalanzarse sobre Lanfear. Los ataques contra él cesaron en el momento en que las dos mujeres se zambulleron a través del marco *ter'angreal* en medio de un blanco destello de luz que no se apagó y siguió llenando el rectángulo de piedra roja sutilmente retorcido, como si intentara derramarse a través de él y tropezara con una barrera invisible. Alrededor del *ter'angreal* crepitaban relámpagos azules y plateados con creciente violencia; unos zumbidos chirriantes vibraban en el aire.

Rand se puso de pie trabajosamente. El dolor no había desaparecido, pero sí la presión contra el vacío, lo que apuntaba la promesa de que el sufrimiento remitiría. Era incapaz de apartar los ojos del *ter'angreal*. «Moraine.» El nombre resonaba en su cabeza, deslizándose dentro del vacío.

Lan pasó a su lado tambaleándose, fija la mirada en la carreta e inclinado, como si sólo yendo hacia adelante pudiera evitar desplomarse.

Cualquier esfuerzo físico aparte de sostenerse de pie estaba fuera del alcance de Rand por el momento, así que encauzó y sujetó al Guardián con flujos de Aire.

—No... no puedes hacer nada, Lan. No puedes ir tras ella.

—Lo sé —musitó el otro hombre con desaliento. Inmovilizado a mitad de un paso, no forcejeó y se limitó a contemplar fijamente el *ter'angreal* que se había tragado a Moraine—. La Luz se apiade de mí, lo sé.

La propia carreta se había prendido fuego ahora; pero, aunque Rand intentó sofocar las llamas, tan pronto como absorbía el calor de un foco prendido los rayos provocaban otro. El marco empezó a echar humo a pesar de ser de piedra; un humo blanco, punzante, que se acumuló en densas nubes bajo la cúpula gris. Hasta la más pequeña bocanada parecía abrasar la nariz de Rand, haciéndolo toser; allí donde lo rozaba el humo, la piel le picaba y le ardía. Desató la urdimbre de la bóveda con rapidez y la disipó más que esperar a que se desvaneciera; luego tejió alrededor de la carreta una alta chimenea de Aire, brillante como cristal, a fin de conducir la tóxica humareda a gran altura y lejos de allí. Sólo entonces soltó a Lan. El hombre habría sido capaz de todo para ir en pos de Moraine si hubiese podido llegar a la carreta, que ahora estaba completamente envuelta en llamas, así como el marco, que se derretía como si estuviese hecho de cera; pero a un Guardián seguramente eso le habría dado lo mismo.

—Ha muerto. No siento su presencia. —Fue como si a Lan le arrancaran las palabras del alma. Giró sobre sus talones y echó a andar hacia la otra punta de la hilera de carretas sin volver a mirar atrás.

Rand lo siguió con la mirada y entonces vio a Aviendha de rodillas, sosteniendo a Egwene. Soltó el *Saidin* y corrió muelle abajo. El dolor que antes percibía amortiguado lo alcanzó ahora de lleno, sin paliativos, pero siguió corriendo, aunque con dificultad. Asmodean estaba también allí y

Librodot

miraba en derredor como si esperara que Lanfear saltara de detrás de una carreta o uno de los carros de trigo volcados. Y Mat, en cuclillas y con la lanza apoyada en el hombro mientras abanicaba a Egwene con el sombrero. Rand se frenó junto a ellos.

—¿Está...?

—No lo sé —contestó, acongojado, Mat.

—Todavía respira. —Aviendha lo dijo en un tono que revelaba su incertidumbre respecto hasta cuándo seguiría siendo así, pero Egwene parpadeó y abrió los ojos en el mismo momento en que Amys y Bair, seguidas de Melaine y Sorilea, se abrieron paso hasta ella apartando a Rand sin contemplaciones. Las Sabias se arrodillaron, apiñadas, alrededor de la mujer más joven y mascullaron entre sí y para sí mientras la examinaban.

—Siento... —empezó débilmente Egwene, que calló para tragar saliva. Estaba mortalmente pálida—. Me... duele. —Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Pues claro que te duele —manifestó enérgicamente Sorilea—. Esto es lo que pasa cuando una se deja enredar en los manejos de un hombre.

—No puede ir contigo, Rand al'Thor. —El hermoso rostro de la rubia Melaine traslucía ira, pero no lo miraba directamente a él, así que lo mismo podía estar furiosa con Rand como con lo acontecido.

—Estaré... tan fresca como el agua de un pozo... con un poco de descanso —susurró Egwene.

Bair mojó un paño con el agua de un odre y lo puso sobre la frente de la muchacha.

—Estarás bien con muchísimo reposo —manifestó la Sabia—. Me temo que esta noche no te reunirás con Nynaeve y Elayne. No te acercarás al *Tel'aran'rhiod* en varios días, hasta que vuelvas a estar fuerte. Y no me mires con esa expresión obstinada, muchacha. Si es preciso, vigilaremos tus sueños para estar seguras de que no lo harás, y te pondré al cuidado de Sorilea si se te pasa siquiera por la cabeza la idea de desobedecer.

—Y a mí no me desobedecerás más de una vez, ni que seas Aes Sedai ni que no —añadió Sorilea, aunque con un dejo de compasión que contrastaba con el gesto severo de su arrugado semblante. La frustración era evidente en el de Egwene.

—Al menos yo estoy lo bastante bien para hacer lo que hay que hacer —intervino Aviendha. En honor a la verdad, su aspecto no era mucho mejor que el de la otra joven, pero se las arregló para asestar una mirada desafiante a Rand, esperando obviamente oposición por parte de él. Su aire retador menguó un tanto cuando advirtió que las cuatro Sabias la estaban observando—. Lo estoy, de veras —musitó.

—Oh, sí —dijo Rand en tono cavernoso.

—Lo estoy —insistió Aviendha, aunque dirigiéndose a él y poniendo buen cuidado en evitar los ojos de las Sabias—. Lanfear me atacó unos segundos menos que a Egwene y eso bastó para que no me afectara tanto como a ella. Tengo *toh* contigo, Rand al'Thor. No creo que hubiese podido sobrevivir unos segundos más. Era muy fuerte esa mujer. —Sus ojos se desviaron fugazmente hacia la carreta incendiada. El terrible fuego la había reducido a un informe bulto achicharrado dentro de la chimenea transparente; ya no se veía el *ter'angreal* de piedra roja—. No presencié todo lo que pasó.

—Han... —Rand se aclaró la garganta—. Han desaparecido las dos. Lanfear ha muerto, y también Moraine.

Librodot

Egwene se echó a llorar con tanta congoja que los sollozos la sacudieron entre los brazos de Aviendha. La joven Aiel agachó la cabeza para ponerla en el hombro de su amiga como si ella también fuese a llorar.

—Eres un necio, Rand al'Thor —espetó Amys mientras se ponía de pie. Su rostro, sorprendentemente joven en contraste con el cabello blanco, mostraba un gesto duro—. Respecto a esto y a otras muchas cosas eres un necio.

Rand le dio la espalda para hurtarse a sus ojos acusadores. Moraine estaba muerta. Muerta porque no había sido capaz de obligarse a matar a una Renegada. No sabía si quería llorar y reír locamente; si hacía lo uno o lo otro no creía que pudiera parar después.

El muelle que había estado vacío cuando creó la cúpula ahora se había llenado otra vez, aunque fueron pocos los que se acercaron más allá del punto donde se había alzado el muro de neblina gris. Las Sabias se movían de un lado para otro ocupándose de los quemados y confortando a los moribundos, ayudadas por *gai'shain* de blanco y por hombres con *cadin'sor*. Los gemidos y los gritos se le clavaban en el alma. No había sido lo bastante rápido. Moraine, muerta; nadie con conocimientos de Curación para atender a los heridos graves. Y todo porque él... «No pude. ¡La Luz me asista, no pude!»

Otros Aiel lo estaban mirando, algunos de ellos empezaban a quitarse el velo en este momento; seguía sin ver a una sola Doncella. No sólo habían acudido Aiel. Dobraine, con la cabeza descubierta y a lomos de un corcel negro, no le quitaba los ojos de encima a Rand, y no muy lejos Nalesean y Daerid, montados en sus caballos, observaban a Mat casi tan fijamente como a Rand. En lo alto de las murallas se alineaba la gente, las figuras convertidas en oscuras siluetas en contraste con el sol saliente, y también había en los contrafuertes de la muralla. Dos de aquellas oscuras figuras se dieron media vuelta cuando Rand alzó la vista hacia ellas y al darse cuenta entonces de que estaban a menos de veinte pasos de distancia pareció que se replegaban sobre sí mismas. Rand habría apostado que eran Meilan y Maringil.

Lan regresó con los caballos que habían dejado junto a la última carreta de la fila; iba acariciando el blanco hocico de *Aldieb*, la yegua de Moraine. Rand se encaminó hacia él.

—Lo siento, Lan. Si hubiese actuado con más rapidez, si hubiese... —Exhaló con fuerza. «No fui capaz de matar a una, así que maté a la otra. ¡Así me ciegue la Luz!» Si tal cosa hubiese ocurrido en ese mismo momento no le habría importado.

—La Rueda gira. —Lan se acercó a *Mandarb* y se afanó comprobando la cincha de la silla—. Ella era un soldado, tan guerrera a su modo como yo mismo. Esto podría haber ocurrido un centenar de veces durante los últimos veinte años. Ella lo sabía, y yo también. Era un buen día para morir. —Su voz tenía el mismo timbre duro de siempre, pero sus azules ojos estaban enrojecidos.

—Aun así, lo lamento. Debí... —El Guardián no se consolaría con palabras de lo que tendría que haber hecho y no hizo, y a él se le clavaban en el alma—. Confío en que aún puedas ser mi amigo, Lan, después de... Para mí es muy importante tu consejo y tus enseñanzas de lucha con la espada, y necesitaré ambas cosas en los días venideros.

—Soy tu amigo, Rand, pero no puedo quedarme. —Lan se subió al caballo—. Moraine me hizo algo que no se había hecho en centenares de

Librodot

años, no desde los tiempos en que las Aes Sedai todavía vinculaban a un Guardián lo quisiera él o no. Alteró mi vínculo de manera que pasara a otra cuando ella muriese. Ahora he de encontrar a esa otra, convertirme en uno de sus Guardianes. De hecho, ya soy uno de ellos. Puedo sentirla débilmente, en algún lugar lejano, hacia el oeste, y ella me siente a mí. He de partir, Rand. Es parte de lo que hizo Moraine. Dijo que no me permitiría disponer de tiempo para vengarla. —Aferró las riendas como si quisiera retener a *Mandarb*, como si quisiera contenerse de hincar espuelas y partir—. Si vuelves a ver a Nynaeve, dile... —Durante un instante aquel rostro impasible se crispó con un gesto de angustia; sólo fue un instante, y después pareció estar tallado en granito de nuevo. Masculló algo entre dientes, pero Rand lo oyó—. Una herida limpia se cura antes y duele menos tiempo. —Luego, en voz alta, declaró—: Dile que he encontrado a otra persona. Las hermanas Verdes están tan unidas a sus Guardianes como cualquier otra mujer a su esposo. En todos los sentidos. Dile que me he marchado para ser el amante de una hermana Verde, así como su brazo armado, que estas cosas ocurren, que ha pasado mucho tiempo desde que la vi por última vez.

—Le diré lo que tú quieras, Lan, pero no sé si me creerá.

Lan se inclinó sobre la silla para aferrar el hombro de Rand con fuerza. Rand recordaba haber comparado al hombre con un lobo sólo amansado a medias, pero aquellos ojos hacían que un lobo pareciese un perrito faldero en comparación.

—Tú y yo nos parecemos en muchos sentidos. Hay oscuridad dentro de nosotros. Oscuridad, dolor, muerte. E irradian de nuestro interior. Si alguna vez te enamoras de una mujer, Rand, abandónala y deja que encuentre a otro. Será el mejor regalo que puedes hacerle. —Se enderezó y levantó una mano—. Que la Paz propicie el uso de tu espada. *Tai'shar* Manetheren. —El saludo ancestral. Genuina estirpe de Manetheren.

—*Tai'shar* Malkier —respondió Rand, levantando la mano.

Lan taloneó los flancos de *Mandarb* y el semental saltó hacia adelante y emprendió una galopada que obligó a apartarse precipitadamente de su camino a todo el mundo, como queriendo llevar al último de los malkieri a galope tendido todo el camino hasta dondequiera que se dirigiese.

—Que el último abrazo de la madre te acoja, Lan —musitó Rand y se estremeció. Aquello era parte de las honras fúnebres en Shienar y otros países de las Tierras Fronterizas.

Los Aiel y la gente asomada a las murallas seguían al Guardián con la mirada. La Torre sabría lo ocurrido ese día, o una versión de ello, tan pronto como una paloma pudiera volar hasta allí. Si Rahvin también tenía algún modo de vigilarlos —sólo hacía falta que hubiese un cuervo en la ciudad o una rata allí, a la orilla del río— ciertamente no esperaría ningún ataque ese mismo día. Elaida lo creería debilitado, tal vez más manejable, y Rahvin...

Cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo y se encogió. «¡Basta! ¡Déjalo al menos durante un minuto y llora esta pérdida!» No quería sentir todos aquellos ojos prendidos en él. Los Aiel retrocedieron a su paso casi con la misma presteza con que se habían apartado de *Mandarb*.

La choza de techo de pizarra del jefe de puerto era una habitación de piedra, sin ventanas, repleta de estanterías abarrotadas de libros mayores, rollos de pergaminos y papeles, y estaba iluminada por dos lámparas colocadas encima de una burda mesa sobre la que había numerosas cédulas de impuestos y cuños de aduana. Rand cerró de un portazo a su espalda

Librodot

para dejar fuera todos aquellos ojos.

Moraine, muerta; Egwene, herida; y Lan, ausente. Un precio demasiado alto por Lanfear.

—¡Llora su muerte, maldito seas! —se increpó—. ¡Era lo menos que se merecía! ¿Es que no tienes sentimientos? —Empero, la principal sensación era de insensibilidad. El cuerpo le dolía, sí, pero debajo sólo quedaba la frialdad de la muerte. Con los hombros encorvados, metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y notó las cartas de Moraine. Las sacó lentamente. Cosas sobre las que debería meditar, le había dicho. Volvió a guardar la de Thom y rompió el sello de la otra. Las páginas estaban densamente cubiertas con la elegante caligrafía de Moraine.

«Estas palabras se desvanecerán unos instantes después de que tus manos suelten las hojas —es una salvaguarda ligada contigo— así que ten cuidado. Si estás leyendo esto, entonces quiere decir que los acontecimientos en los muelles han salido como esperaba...»

Rand dejó de leer, mirando sin ver la página, y después reanudó rápidamente la lectura.

«Desde el primer día en que pisé Rhuidean sabía —no voy a entrar en detalles ni explicarte cómo; algunos secretos les pertenecen a otros y no los traicionaré— que llegaría un día en Cairhien en que se recibirían noticias sobre Morgase. Ignoraba el contenido de ellas —si lo que nos han informado es cierto, que la Luz se apiade de su alma; era una mujer voluntariosa y obstinada, con el temperamento de una leona en ocasiones, pero, a pesar de ello, una verdadera reina, buena y compasiva— pero siempre esas noticias conducían a los muelles al día siguiente. En el puerto existían tres posibles ramales en los acontecimientos; pero, si estás leyendo esto, significa que habré muerto, y también Lanfear...»

Los dedos de Rand se crisparon sobre las páginas. Lo sabía. Lo sabía y aun así lo había llevado allí. Aflojó las manos y estiró las hojas de papel arrugadas.

«Los otros dos caminos eran mucho peores. En uno de ellos, Lanfear te mataba. En el otro te llevaba consigo y, cuando volvíamos a verte, te llamabas a ti mismo Lews Therin Telamon y eras su fiel amante.

»Espero que Egwene y Aviendha hayan salido ilesas de esto. Verás, ignoro lo que ocurrirá en el mundo después, excepto quizás un pequeño hecho que no te concierne.

»No podía decírtelo por el mismo motivo por el que no podía decírselo a Lan. Incluso existiendo opciones, no tenía la seguridad de cuál elegirías. Los hombres de Dos Ríos, al parecer, albergan mucho del espíritu de Manetheren dentro de sí, unos rasgos que comparten con los hombres de las Tierras Fronterizas. Se dice que un varón de los territorios fronterizos recibirá de buen grado una cuchillada con tal de evitar que una mujer sufra daño alguno y lo considerará un trueque justo. No puedo correr el riesgo de que antepongas mi vida a la tuya, convencido de que de algún modo

podrías eludir el destino. Nada de barajar posibilidades, me temo, sino una necia certeza, como lo acontecido hoy sin duda ha demostrado...»

—Mi elección, Moraine —murmuró—. La elección era mía.

«Sólo unos pocos puntos más. Si Lan no se ha marchado ya, dile que lo que le hice fue por su bien. Algún día lo entenderá, y espero que me bendiga por ello.

»A partir de ahora no confíes plenamente en quien es Aes Sedai. No me refiero exclusivamente al Ajah Negro, aunque siempre tienes que estar muy alerta con ellas. Sé tan desconfiado con Verin como lo eres con Alviarin. Durante tres mil años hemos hecho bailar al mundo al son que le tocábamos, y no es fácil olvidar las viejas costumbres, como he comprobado yo mientras bailaba al son que me tocabas. Tú has de bailar a tu propio son, libremente, e incluso la mejor intencionada de mis hermanas podría muy bien intentar guiar tus pasos como hice yo en tiempos.

»Por favor, entrega la otra carta a Thom Merrilin cuando vuelvas a verlo. Hay un pequeño asunto del que hablamos una vez y que he de dejar claro por bien de su tranquilidad de espíritu.

»Por último, ten cuidado también con maese Jasin Natael. No puedo aprobar totalmente ese asunto, pero lo comprendo. Aun así, ve con cuidado respecto a él. Sigue siendo el mismo hombre que siempre fue. Ten eso presente en todo momento.

»Que la Luz te ilumine y te proteja. Lo harás bien.»

Iba firmado «Moraine», simplemente. Casi nunca había utilizado el nombre de su casa.

Rand leyó de nuevo el penúltimo párrafo, con más atención. De algún modo ella se había enterado de quién era Asmodean. Tenía que ser eso. Saber que uno de los Renegados estaba allí mismo, delante de ella, y ni siquiera parpadear. Y también tenía que haber sabido para qué estaba, si interpretaba bien lo que decía entre líneas. Puesto que la carta se borraría en cuanto él soltara las hojas, cabría haber esperado que Moraine se hubiera abierto y hubiera dicho lo que pretendía sin tapujos. Y no sólo en lo concerniente a Asmodean, sino en cómo supo lo que supo en Rhuidean —algo relacionado con las Sabias si no se equivocaba en su deducción, aunque tenía tantas probabilidades de confirmar si estaba en lo cierto releyendo la carta como preguntándoles a ellas—, o respecto a las Aes Sedai —¿habría alguna razón para que mencionase a Verin? ¿Y por qué a Alviarin en lugar de a Elaida?—, incluso respecto a Thom y a Lan. Por algún motivo sospechaba que no había dejado ninguna carta para Lan; por lo visto el Guardián no era el único que creía en que las heridas limpias curaban mejor. Estuvo a punto de sacar la carta de Thom y abrirla, pero cabía la posibilidad de que Moraine hubiese tomado las mismas precauciones con ésta como con la suya, poniéndole una guarda. Aes Sedai y cairhienina, se había envuelto en el misterio y la manipulación hasta el final. Hasta el final.

Eso era lo que él estaba intentando eludir con tanta cháchara sobre si la mujer había mantenido su actitud reservada hasta el último momento. Ella sabía lo que iba a ocurrir y lo había afrontado con la bravura de cualquier Aiel. Había salido al encuentro de su muerte sabiendo que la

estaba aguardando. Había muerto porque él había sido incapaz de matar a Lanfear. Como no pudo matar a una mujer, había muerto otra. Sus ojos se detuvieron sobre la última frase: «Lo harás bien».

Dolían como el frío y aguzado filo de un cuchillo.

—¿Por qué lloras aquí dentro a solas, Rand al'Thor? He oído decir que algunos hombres de las tierras húmedas consideran vergonzoso que los vean llorar.

Rand asestó una mirada furibunda a Sulin, parada en el umbral. Iba completamente equipada, con el estuche del arco a la espalda, la aljaba colgada del cinturón, la redonda adarga de cuero y tres lanzas en la mano.

—No estoy... —Sus mejillas estaban húmedas, y se pasó el envés de la mano por ellas, bruscamente—. Hace calor aquí y estoy sudando como un... ¿Qué quieres? Creí que todas vosotras habíais decidido abandonarme y regresar a la Tierra de los Tres Pliegues.

—No somos nosotras las que te hemos abandonado, Rand al'Thor. —Cerró la puerta tras ella, se puso en cuclillas, y dejó en el suelo la adarga y un par de lanzas—. Eres tú quien nos ha abandonado. —En un único movimiento, plantó el pie contra la tercera lanza, que sujetaba con ambas manos, tiró de ella y la partió por la mitad.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Rand. La mujer arrojó los dos trozos a un lado y cogió otra lanza—. He dicho que qué estás haciendo.

El rostro de la Doncella de cabello blanco habría hecho parecer afable el del propio Lan, pero Rand se agachó y le arrebató la lanza; la suave bota de la mujer se apoyó sobre sus nudillos, y no con suavidad precisamente.

—¿Piensas vestirnos con faldas, hacer que nos casemos y que cuidemos del hogar? ¿O habremos de tumbarnos junto a tu fuego y te lameremos la mano cuando nos eches una piltrafa de carne? —Los músculos de sus brazos se tensaron y la lanza se partió, hiriéndole a él la palma con los bordes astillados.

Rand retiró la mano al tiempo que profería una maldición; al sacudirla, saltaron unas gotitas de sangre.

—No me propongo hacer nada por el estilo. Creí que lo entendíais.

La Doncella cogió la última lanza y puso el pie sobre el astil. Rand encauzó y tejió Aire para dejarla inmovilizada en aquella postura. La mujer se limitó a mirarlo fijamente, sin pronunciar una sola palabra.

—¡Así me abrase, no dijisteis nada! —bramó él—. ¿Y qué, si impedí que las Doncellas combatieseis contra Couladin? No todos lucharon ese día. Y nunca dijisteis una palabra al respecto.

Los ojos de Sulin se abrieron en un gesto de incredulidad.

—¿Que tú nos impediste bailar las lanzas? ¡Fuimos nosotras quienes te mantuvimos fuera de la danza! Eras como una muchachita recién desposada con la lanza, presto a salir corriendo y matar a Couladin sin pensar un solo momento en que una lanza podía matarte por la espalda. Eres el *Car'a'carn* y no tienes derecho a correr riesgos sin necesidad. —Su tono se tornó inexpresivo—. Ahora vas a luchar contra los Renegados. Es un secreto bien guardado, pero he oído lo suficiente de los que lideran las otras sociedades.

—¿Y queréis mantenerme alejado también de esta batalla? —inquirió quedamente.

—No seas necio, Rand al'Thor. Cualquiera habría podido bailar las lanzas con Couladin, y el que quisieras arriesgarte a ello era la actitud propia de un chiquillo. Ninguno de nosotros puede enfrentarse a los Depravados de la Sombra, excepto tú.

Librodot

—Entonces ¿por qué...? —Calló; ya sabía la respuesta. Después de aquel sangriento día de combate contra Couladin, se había convencido a sí mismo de que no les importaría. Había querido creer que no.

—Los que irán contigo han sido elegidos. —Las palabras salieron de su boca como piedras lanzadas—. Hombres de todas las sociedades. Hombres. No hay Doncellas entre los escogidos, Rand al'Thor. Las *Far Dareis Mai* guardan tu honor y tú nos has despojado del nuestro.

Rand inhaló profundamente.

—Yo... —balbució—. No me gusta ver morir a una mujer. Es algo que detesto, Sulin. Me hiela las entrañas. Sería incapaz de matar a una mujer aunque mi vida dependiese de ello. —Las hojas de la carta de Moraine crujieron entre sus dedos. Muerta porque él no había podido matar a Lanfear. No siempre era su propia vida la que dependía de ello—. Sulin, antes preferiría actuar solo contra Rahvin que veros morir a una de vosotras.

—Qué estupidez. Todo el mundo necesita que alguien le guarde la espalda. También Rahvin. Incluso Roidan, de los Hijos del Relámpago, y Turol, de los Soldados de Piedra, lo aceptan así. —La mujer miró el pie que tenía levantado y puesto contra la lanza, inmovilizado con los mismos flujos que le sujetaban los brazos—. Suéltame, y hablaremos.

Tras un instante de vacilación, Rand desató la urdimbre. Estaba alerta por si tenía que inmovilizarla de nuevo de ser necesario, pero Sulin se limitó a sentarse cruzada de piernas y a hacer saltar la lanza sobre las palmas de las manos.

—A veces olvido que no te criaste entre los de nuestra sangre, Rand al'Thor. Atiéndeme. Soy lo que soy: esto. —Levantó la lanza.

—Sulin...

—Escucha, Rand al'Thor. Soy la lanza. Cuando un amante se interpone entre las dos, la escojo a ella. Otras hacen distinta elección. Algunas deciden que llevan unidas demasiado tiempo a las lanzas, que quieren un esposo, un hijo. Yo jamás he deseado nada más. Ningún jefe vacilaría en enviarme allí donde la danza es más reñida; y, si muero, mis hermanas primeras me llorarán, pero ni una lágrima más de las que derramarían si cayera un hermano primero. Un Asesino del Árbol que me atravesara el corazón mientras estoy dormida me honraría más de lo que lo haces tú. ¿Lo entiendes ahora?

—Lo entiendo, pero... —Claro que lo entendía. La mujer no quería que hiciese de ella lo que no era. Lo único que esperaba de él era que estuviese dispuesto a presenciar su muerte si tal cosa ocurría—. ¿Qué ocurrirá si rompes la última lanza?

—Si no obtengo honor en esta vida, quizá lo logre en la próxima. —Lo dijo como si fuese simplemente una explicación más. A Rand le costó un instante comprender. Todo lo que tenía que hacer era estar dispuesto a verla morir.

—No me dejas elección, ¿verdad? —Igual que había hecho Moraine.

—Siempre hay elección, Rand al'Thor. Tú tienes la tuya, y yo la mía.

Habría querido enseñarle los dientes, gruñirle, maldecir el *ji*'e'*toh* y a todos los que lo cumplían.

—Elige a tus Doncellas, Sulin. No sé a cuántas podré llevar, pero habrá el mismo número de *Far Dareis Mai* que de las otras asociaciones.

Pasó junto a la mujer, que de repente sonreía. No con alivio, sino de satisfacción. Satisfacción por tener la posibilidad de morir. Tendría que haberla dejado atada con el *Saidin*, y aplazar el arreglar el asunto con ella de

Librodot

alguna manera cuando hubiese regresado de Caemlyn. Abrió la puerta de un empellón y salió al embarcadero. Allí se frenó en seco.

Enaila encabezaba una fila de Doncellas, cada una de ellas con tres lanzas en las manos; la fila comenzaba en la puerta de la choza del jefe de puerto y desaparecía por las puertas más próximas de la muralla de la ciudad. Algunos de los Aiel que se encontraban en los muelles contemplaban la escena con curiosidad, pero era obvio que se trataba de un asunto entre las *Far Dareis Mai* y el *Car'a'carn*, y que no concernía a nadie más. Amys y otras tres o cuatro Sabias que antaño habían sido Doncellas los observaban más atentamente. La mayoría de los que no eran Aiel se habían marchado, excepto unos pocos hombres que levantaban, nerviosos, los carros de grano volcados mientras intentaban mirar a cualquier otra parte. Enaila se adelantó en dirección a Rand y luego se paró y sonrió cuando Sulin salió al muelle. No una sonrisa de alivio, sino de satisfacción. Sonrisas satisfechas que se propagaron a lo largo de la fila de Doncellas. Sonrisas también en aquellas Sabias, y un seco cabeceo de asentimiento que le dirigió Amys como si hubiese puesto fin a una actitud estúpida.

—Pensé que tal vez iban a entrar de una en una y a besarte para quitarte las penas —comentó Mat.

Rand miró con el ceño fruncido a su amigo, allí plantado y apoyado en su lanza, sonriente, con el sombrero de ala ancha echado hacia atrás.

—¿Cómo puedes estar de tan buen humor? —lo increpó. El hedor a carne carbonizada seguía impregnando el aire, y todavía se oían los gemidos de hombres y mujeres quemados a los que atendían las Sabias.

—Porque estoy vivo —gruñó Mat—. ¿Qué quieres que haga? ¿Ponerme a llorar? —Se encogió de hombros, incómodo—. Amys dice que Egwene va a ponerse bien y que se habrá recuperado del todo dentro de unos pocos días. —Entonces miró en derredor, pero como si no quisiera ver lo que veía—. Diantres, si vamos a hacer eso, hagámoslo de una vez. *Dovie'andi se tovya sagain*.

—¿Qué?

—He dicho que es hora de que rueden los dados. ¿Es que Sulin te ha dejado tapados los oídos?

—Hora de que rueden los dados, sí —convino Rand. Las llamas se habían apagado dentro de la cristalina chimenea de Aire, pero el humo blanco seguía ascendiendo como si el fuego estuviese consumiendo todavía el *ter'angreal*. «Moraine.» Tendría que haber... Lo hecho, hecho estaba. Las Doncellas se estaban agrupando en torno a Sulin, tantas como cabían en el muelle. Lo hecho, hecho estaba, y él tendría que vivir con ello. La muerte sería una liberación de todo aquello con lo que tenía que vivir—. Vamos, nos toca tirar.

Librodot

CAPÍTULO 26

A Caemlyn

Quinientas Doncellas, encabezadas por Sulin, acompañaron a Rand de vuelta al Palacio Real donde Bael aguardaba en el gran patio al que se abrían las puertas principales, junto con Hijos del Relámpago, Ojos Negros, Buscadores de Agua y hombres de todas las asociaciones, tan numerosos que llenaban el amplio espacio abierto y se desbordaban dentro de palacio a través de todas las puertas, incluidas hasta las más pequeñas de servicio. Algunos observaban desde las ventanas más bajas, aguardando su turno para salir. Las balconadas de piedra que rodeaban el patio se encontraban desiertas. Entre todos los reunidos en el recinto abierto sólo había un hombre que no era Aiel: los tearianos y los cairhieninos, especialmente estos últimos, mantenían las distancias cuando los Aiel se agrupaban. La excepción se encontraba unos peldaños por detrás y por encima de Bael, en la amplia escalinata gris que conducía al interior de palacio. Pevin sostenía el astil del que colgaba, fláccido, el estandarte carmesí, y su semblante era tan impasible estando rodeado de Aiel como en cualquier otro momento.

Aviendha, que iba montada detrás de Rand, se mantuvo estrechamente aferrada a él, con los senos pegados contra su espalda, hasta el mismo instante en que Rand desmontó. Se había producido un intercambio entre la muchacha y algunas de las Sabias, allí en los muelles, que Rand imaginó que él no debería haber escuchado.

«Que la Luz te acompañe —había dicho Amys mientras acariciaba la mejilla de Aviendha—. Y protégelo estrechamente. Sabes que es mucho lo que depende de él.»

«Es mucho lo que depende de vosotros dos», le dijo Bair.

«Sería más fácil si hubieses tenido éxito a estas alturas», añadió Melaine, irritada, casi al mismo tiempo.

«En mis tiempos, incluso las Doncellas sabían cómo manejar a los hombres», manifestó Sorilea con un resoplido.

«Ha tenido más éxito de lo que pensáis», les había respondido Amys.

Entonces Aviendha había sacudido la cabeza al tiempo que el brazalete de marfil resbalaba por su brazo al levantar la mano como para hacerla callar, pero Amys continuó a pesar de sus interrumpidas protestas:

«He esperado a que ella nos lo contara, pero puesto que no parece dispuesta a hacerlo...» Entonces lo vio plantado a escasos tres metros de distancia, con las riendas de *Jeade'en* en las manos, y cortó bruscamente la frase. Aviendha se había girado para ver lo que Amys estaba mirando; cuando sus ojos se encontraron con él, un intenso rubor le tiñó el rostro, pero enseguida la sangre se retiró tan bruscamente de éste que a pesar de tener la piel tostada por el sol sus mejillas se quedaron pálidas. Las cuatro Sabias le habían asestado a él unas miradas impasibles, indescifrables.

En ese momento habían llegado Asmodean y Mat por detrás de él, conduciendo sus caballos.

«¿Es que todas las mujeres aprenden a mirar así cuando aún están en

Librodot

la cuna? —había rezongado Mat—. ¿Se lo enseñan sus madres? Me da en la nariz que si el *Car'a'carn* se queda un poco más aquí le van a arder las orejas.»

Rand sacudió la cabeza para alejar esos recuerdos; alzó los brazos mientras Aviendha pasaba la pierna por encima para bajarse, y la levantó de la grupa del rodado. Durante un instante la mantuvo agarrada por la cintura e inclinó un poco la cabeza para mirarse en sus claros ojos azul verdosos. Ella le sostuvo la mirada y su expresión no varió, pero sus manos se cerraron con más fuerza sobre los antebrazos de él. ¿En qué se suponía que debería haber tenido éxito? Rand había dado por sentado que tenía la misión de espiarlo por encargo de las Sabias, pero si alguna vez le preguntaba cualquier cosa que él ocultaba a las Sabias, lo hacía sin disimular la ira por guardar secretos para ellas. Nunca con astucia, jamás intentando sonsacarle algo. Hiriente y agresiva, quizá, pero nunca fisgona. Había considerado la posibilidad de que fuera como una de las jóvenes enviadas por Colavaere, pero sólo durante el breve instante en que la idea acudió a su mente. Aviendha no consentiría nunca que la utilizaran de ese modo. Además, aunque lo hubiese hecho, dejar que probara una vez lo que era poseerla para después negarle hasta un simple beso, por no mencionar que tuvo que perseguirla a través de medio mundo, no era el mejor modo de alcanzar tal propósito. Si no le preocupaba lo más mínimo estar desnuda delante de él, no había que olvidar que las costumbres Aiel eran diferentes. Si el hecho de que su desnudez le causara desasosiego parecía complacerla, sin duda se debía a que pensaba que era una gran broma que gastarle. En consecuencia, ¿en qué se suponía que debería haber tenido éxito? Estaba rodeado de intrigas. ¿Es que todo el mundo tenía que maquinar? Podía ver su rostro en los ojos de la muchacha. ¿Quién le había regalado ese collar de plata?

—Eh, me gusta hacer manitas y encandilarme con unos ojos tanto como a cualquier hijo de vecino, pero ¿no os parece que hay demasiada gente mirando? —dijo Mat.

Rand soltó la cintura de Aviendha y retrocedió un paso, pero con tan poca prisa como ella. La muchacha agachó la cabeza mientras arreglaba sin necesidad los pliegues de la falda y rezongaba porque cabalgar se la había desarreglado, pero no antes de que Rand advirtiera que se había puesto colorada. En fin, no había sido su intención azorarla. Recorrió el patio con una mirada ceñuda.

—Te dije que no sabía cuántos podría llevarme, Bael —espetó. Con las Doncellas rebosando por los portones y la escalinata apenas había espacio para moverse en el patio. Quinientos de cada sociedad significaba que había un total de seis mil Aiel; las estancias debían de estar abarrotadas.

El gigantesco jefe Aiel se encogió de hombros. Como todos los demás Aiel que estaban allí, llevaba el *shoufa* enrollado a la cabeza, listo para velarse el rostro. Él no llevaba la cinta carmesí ceñida a las sienes, aunque parecía que por lo menos la mitad de los presentes lucía el círculo con el símbolo blanco y negro sobre la frente.

—Todas las lanzas que puedan seguirte, lo harán. ¿Vendrán pronto las dos Aes Sedai?

—No. —Menos mal que Aviendha había mantenido su promesa de que no dejaría que volviera a tocarla. Lanfear había intentado matarlas a ella y a Egwene porque no sabía cuál de las dos era la Aiel. ¿Cómo se habría enterado Kadere para contárselo? Daba igual. Lan tenía razón: las mujeres sufrían daño, o morían, cuando estaban demasiado próximas a él—. No van

Librodot

a venir.

—Corren rumores sobre... problemas en el río.

—Una gran victoria, Bael —repuso, desanimado, Rand—. Y mucho honor obtenido. —«Pero no por mí.» Pevin pasó junto a Bael para situarse detrás de Rand con el estandarte; como siempre, su estrecho rostro, marcado de cicatrices, estaba totalmente inexpresivo—. ¿Es que todo el palacio está enterado de esto? —preguntó Rand.

—Oí comentarios —dijo Pevin. Abrió y cerró la boca como si buscara las palabras para añadir algo más. Rand le había proporcionado otra chaqueta para reemplazar la que llevaba antes, llena de remiendos; era una prenda de buena lana roja, y el hombre había hecho que le bordaran dragones rampantes en ambos lados de la pechera—. De que os marchabais. A alguna parte. —Aquello pareció agotar su reserva de alocuciones.

Rand asintió en silencio. Los rumores brotaban en palacio como setas en la sombra. Mientras Rahvin no se enterara... Recorrió con la mirada los tejados y las cúspides de las torres. Ningún cuervo. Hacía tiempo que no veía ninguno, aunque había oído que otros hombres habían matado algunos. Quizás ahora evitaban acercarse a él.

—Estad preparados. —Aferró el *Saidin*, flotando en medio del vacío, desprovisto de emociones.

El acceso apareció al pie de la escalinata, primero como una línea brillante que luego pareció desdoblarse hasta crear un rectángulo de cuatro pasos de ancho, abierto a las tinieblas. No se produjo un solo murmullo entre los Aiel. Los que se encontraban al otro lado debían de verlo como a través de un cristal ahumado, una opacidad tremolante en el aire, pero si hubiesen intentado cruzarlo habría sido como querer atravesar una de las paredes del palacio. De costado, el acceso resultaría invisible salvo para los pocos que estaban lo bastante cerca para vislumbrar lo que parecería un fino trazo perpendicular.

Cuatro pasos era la máxima anchura que Rand era capaz de crear. Existían límites para un solo hombre, afirmaba Asmodean; por lo visto siempre había límites, sin importar la cantidad de *Saidin* que uno absorbiera. En realidad el Poder Único tenía poco que ver con los accesos; sólo intervenía en su creación. Al otro lado era algo distinto. El sueño de un sueño, lo llamaba Asmodean.

Rand lo cruzó y pisó en lo que parecía ser una de las losas arrancadas del pavimento del patio, pero aquí la piedra cuadrada estaba suspendida en medio de una oscuridad absoluta, produciendo la sensación de que en cualquier dirección sólo había nada; una nada eterna. No era como una noche oscura; Rand se veía a sí mismo y la losa cuadrada perfectamente, pero todo lo demás, todo en derredor, eran tinieblas.

Había llegado el momento de comprobar lo grande que era capaz de hacer una plataforma. Con la mera idea aparecieron más losas a la vez, creando un duplicado exacto del patio de palacio. Lo imaginó aun más grande. Rápidamente, el cuadrado de piedra se extendió hasta donde alcanzaba la vista. Sufrió un sobresalto al notar que sus pies empezaban a hundirse en la piedra que pisaba; su aspecto no había cambiado, pero cedía lentamente, como si fuese barro, rezumando alrededor de las botas. De inmediato hizo que volviera a recuperar el tamaño de un cuadrado equivalente al de fuera —hasta ahí se mantenía sólido— y después empezó a aumentarlo añadiendo al borde hileras de losas de una en una. No tardó en comprender que no podía hacer la plataforma mucho más amplia que la

Librodot

obtenida en su primer intento. La piedra seguía teniendo un aspecto normal, no se hundía bajo sus pies, pero al agregar la segunda hilera daba la impresión de... inconsistencia, como una fina cáscara que podría quebrarse si se pisaba mal. ¿Se debía a que este tamaño era el máximo que admitía la plataforma? ¿O porque no la había imaginado mayor al principio? «Todos nos marcamos nuestros propios límites.» La idea surgió inesperadamente de algún sitio. «Y los sobrepasamos más allá de lo que nos asiste razón y derecho.»

Rand sintió un escalofrío. Dentro del vacío era como si fuese otra persona la que se estremecía. Era conveniente que se le recordara que Lews Therin seguía estando dentro de él. Debía de tener cuidado de no enzarzarse en una pugna por su propio yo mientras combatía contra Rahvin. De no ser por eso, quizás habría... No. Lo que había ocurrido en el muelle ya era agua pasada; no iba a desmenuzarlo ni a rumiarlo más.

Redujo una hilera de losas en el perímetro de la plataforma y se volvió. Bael estaba esperando allí, en lo que aparentaba un enorme marco cuadrado de luz diurna, con la escalinata detrás. A su lado, Pevin parecía tan poco perturbado por lo que veía como el propio jefe Aiel, que era tanto como decir nada. Pevin llevaría aquel estandarte dondequiera que fuese él, incluso hasta la Fosa de la Perdición, sin pestañear siquiera. Mat echó hacia atrás el sombrero para rascarse la cabeza y después volvió a calárselo con brusquedad al tiempo que mascullaba algo sobre dados rodando dentro de su cabeza.

—Impresionante —musitó Asmodean—. Realmente impresionante.

—Deja los halagos para otro momento, arpista —espetó Aviendha.

Fue la primera en cruzar el acceso, con la vista prendida en Rand, no en donde pisaba. Caminó todo el trecho que la separaba de él sin echar ni una fugaz ojeada en derredor, fija la mirada en su rostro en todo momento. Cuando llegó ante él, sin embargo, desvió los ojos bruscamente y escudriñó la oscuridad que los rodeaba mientras se ajustaba el chal sobre los hombros. A veces las mujeres eran la cosa más extraña que debía de haber salido de las manos del Creador.

Bael y Pevin la siguieron de inmediato; a continuación, Asmodean, con una mano aferrando la correa del estuche del arpa que le cruzaba el pecho en bandolera y la otra crispada sobre la empuñadura de la espada de tal manera que tenía blancos los nudillos; luego pasó Mat, en actitud fanfarrona, aunque un tanto reacio y rezongando entre dientes como si estuviese discutiendo consigo mismo. En la Antigua Lengua. Sulin reclamó para sí el honor de ser la primera del resto, pero enseguida la siguió un apretado flujo de gente, no sólo Doncellas Lanceras sino *Tain Shari*, o Descendientes Verdaderos, y *Far Aldazar Din* o Hermanos del Águila; y Escudos Rojos, Corredores del Alba, Soldados de Piedra, Manos Cuchillo y, en fin, representantes de todas las asociaciones guerreras cruzando en tropel.

A medida que aumentaba su número Rand se desplazó al otro extremo de la plataforma, el opuesto al acceso. No era realmente necesario ver hacia dónde iba, pero lo prefería así. A decir verdad, podría haberse quedado en el otro lado o situarse en uno de los laterales, ya que la dirección era mudable; eligiese el rumbo que eligiese para desplazarse, lo llevaría a Caemlyn si lo hacía correctamente. Y a la negrura infinita de la nada si lo hacía mal.

Excepto Bael y Sulin —y Aviendha, por supuesto— los Aiel dejaron un pequeño espacio libre alrededor de él, Mat, Asmodean y Pevin.

Librodot

—Manteneos apartados de los bordes —advirtió Rand. Todos los Aiel que estaban más cerca del perímetro retrocedieron un paso. Rand no alcanzaba a ver por encima del bosque de cabezas envueltas en *shoufa*—. ¿Está lleno? —inquirió. La plataforma podría dar cabida a la mitad de todos los que querían ir, pero no muchos más—. ¿Está lleno?

—Sí —respondió finalmente una voz de mujer, de mala gana; creyó reconocerla como la de Lamelle. Sin embargo, continuaba la aglomeración en el acceso; los Aiel parecían convencidos de que debía de haber sitio para uno más.

—¡Es suficiente! —gritó Rand—. ¡Que no entre nadie más! ¡Despejad el acceso! ¡Que todo el mundo se aleje bien de él! —No quería que lo que había ocurrido con la lanza seanchan se repitiese allí con carne humana.

Hubo una pausa y después la misma voz de antes gritó:

—¡Está despejado! —Era Lamelle, sin duda. Rand habría apostado hasta su último céntimo a que Enaila y Somara se encontraban también allí atrás, en alguna parte.

El acceso pareció girar de lado y se estrechó hasta desaparecer con un último destello de luz.

—¡Oh, mierda! —gruñó Mat, que se apoyó, indignado, en la lanza—. ¡Esto es peor que los jodidos Atajos! —Con este comentario se ganó una mirada sobresaltada de Asmodean y otra pensativa por parte de Bael, aunque él no lo advirtió; estaba demasiado absorto escudriñando la oscuridad.

Toda sensación de movimiento era inexistente, y ni siquiera un soplo de brisa agitaba el estandarte que Pevin sostenía. Podrían haber estado allí plantados, inmóviles, pero Rand sabía que no era así; casi podía percibir cómo se iba aproximando el lugar hacia el que se dirigían.

—Si apareces de repente demasiado cerca de él, lo notará. —Asmodean se lamió los labios y evitó mirar a nadie—. Al menos, eso es lo que he oído decir.

—Sé exactamente adónde voy —manifestó Rand. No demasiado cerca, pero tampoco excesivamente lejos. Recordaba bien el lugar.

Ningún movimiento, sólo una negrura infinita, y ellos suspendidos en esa nada, inmóviles. Quizás había transcurrido media hora.

Hubo una pequeña agitación entre los Aiel.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rand.

Se alzaron murmullos en la plataforma.

—Alguien ha caído —dijo finalmente un hombre corpulento que estaba cerca.

Rand lo reconoció. Era Meciar, un *Cor Darei*, un Lancero Nocturno. Llevaba la cinta roja en la frente.

—No habrá sido una... —empezó Rand, pero entonces advirtió que Sulin lo estaba mirando con acritud.

Volvió de nuevo los ojos hacia la oscuridad; sentía la cólera como una mancha adherida al vacío exento de emociones. Así que se suponía que no debía importarle más si había sido una de las Doncellas quien había caído, ¿no? Pues sí le importaba. Estar cayendo para siempre en una eterna negrura. ¿Se perdería la razón antes de que la muerte llegara, ya fuera por inanición, sed o miedo? En una caída así, hasta un Aiel tendría que acabar, antes o después, siendo presa de un miedo lo bastante intenso para detener los latidos de un corazón. Casi esperaba que ocurriera así; sería más misericordioso que lo otro.

Librodot

«Maldita sea, ¿qué ha sido de esa dureza de la que estaba tan orgulloso? Una Doncella o un Soldado de Piedra, tanto da. Una lanza es una lanza.» Sólo que pensarlo no lo hacía realidad. «¡Seré duro!» Dejaría que las Doncellas bailaran las lanzas donde quisieran. Lo haría. Y sabía que si indagaba para enterarse del nombre de todas las que muriesen, cada uno de ellos sería otra cuchillada en su alma. «Seré duro. La Luz me asista, lo seré. La Luz me asista.»

Aparentemente inmóviles, suspendidos en la oscuridad.

La plataforma se detuvo. No resultaba fácil explicar cómo lo sabía, al igual que antes sabía que se desplazaba, pero así era.

Encauzó, y un acceso se abrió tal como había ocurrido en el patio de Cairhien. El ángulo del sol apenas había variado, pero aquí la luz de primeras horas de la mañana brillaba en una calle pavimentada y en la pronunciada cuesta de una loma cubierta por hierba amarilla y flores silvestres secas a causa de la sequía, en cuya cúspide se alzaba un muro de unos tres metros y medio de altura, con los bloques de piedra trabajados toscamente para darle la apariencia de un farallón natural. Por encima del muro se divisaban las doradas cúpulas del Palacio Real de Andor, y unas cuantas torres blancas coronadas con el estandarte del León Blanco ondeando con la brisa. Al otro lado de ese muro estaba el jardín donde había conocido a Elayne.

Unos azules ojos flotaron, acusadores, fuera del vacío, seguidos por el repentino y fugaz recuerdo de unos besos robados en Tear, de una carta en la que se le entregaba en cuerpo y alma, de mensajes transmitidos a través de Egwene sobre el amor que le profesaba. ¿Qué diría si llegaba a enterarse de lo de Aviendha, de la noche que habían pasado juntos en el refugio de nieve? Y del recuerdo de otra carta, desdeñándolo fríamente, cual una reina sentenciando a un canalla a las tinieblas exteriores. No importaba. Lan tenía razón. Pero quería... ¿Qué? ¿A quién? Ojos azules, y verdes y marrones oscuros. ¿A Elayne, que a lo mejor lo amaba o a lo mejor era incapaz de decidirse? ¿A Aviendha, que lo tentaba con lo que tenía prohibido tocar? ¿A Min, que se reía de él y que lo consideraba un estúpido cabeza hueca? Todo aquello pasó como un relámpago por los bordes del vacío. Rand intentó hacer caso omiso de ello, rechazar el recuerdo angustioso de otra mujer de ojos azules tirada en el derruido pasillo de un palacio, muerta, muchísimo tiempo atrás.

Tuvo que seguir parado allí mientras los Aiel salían velozmente en pos de Bael y, velándose el rostro, se dispersaban con rapidez a izquierda y derecha. Era su presencia la que mantenía la plataforma; se desvanecería tan pronto como él traspasara el umbral del acceso. Aviendha esperaba casi tan calmosamente como Pevin, aunque de vez en cuando asomaba la cabeza para mirar con el ceño ligeramente fruncido a uno y otro lado de la calle. Asmodean toqueteaba la empuñadura de su espada y respiraba demasiado deprisa; Rand se preguntó si el hombre sabría utilizar el arma. Aunque probablemente no tendría que hacer uso de ella. Mat empezó a subir la empinada cuesta como si reviviese una desagradable experiencia. También él había entrado en el palacio por esta vía en una ocasión.

Cuando el último Aiel velado cruzó el acceso, Rand indicó con un gesto a los demás que salieran e hizo lo propio a continuación. El acceso se desvaneció con un parpadeo, dejándolo en medio de un amplio círculo de cautelosas Doncellas. Los Aiel corrían calle abajo por uno y otro lado —el trazado curvo de la vía seguía la línea de la colina; todas las calles de la

Ciudad Interior se amoldaban a la configuración del terreno— y desaparecían alrededor de las esquinas para llevar a cabo su cometido de encontrar y apresar a cualquiera que pudiese dar la alarma. Otros subían la empinada ladera, y unos pocos habían empezado incluso a escalar el muro valiéndose de cualquier pequeña fisura o prominencia como asideros y apoyos para manos y pies.

De repente, Rand observó con detenimiento. A su izquierda la calle se inclinaba hacia abajo y trazaba una curva hasta perderse de vista; el declive permitía divisar un sinfín de torres techadas con tejas que resplandecían con el sol matinal en cien colores cambiantes, y, más allá de los tejados, uno de los muchos parques de la Ciudad Interior, cuyos blancos caminos y monumentos formaban la cabeza de un león cuando se contemplaba desde esa perspectiva. A su derecha, la calle subía un poco antes de girar en curva, al fondo las siluetas de más torres rematadas por chapiteles o cúpulas de diferentes formas, reluciendo por encima de los tejados. Los Aiel llenaban la calle y se dispersaban rápidamente por las calles laterales que se alejaban del palacio con sus curvos trazados. Aiel, pero ni un alma más. El sol estaba lo bastante alto para que la gente ya estuviese fuera ocupándose de sus asuntos, incluso a tan corta distancia del palacio.

Como si se tratase de una pesadilla, el muro en lo alto se desplomó hacia afuera en media docena de sitios; Aiel y bloques de piedra se estrellaron por igual sobre los que aún trepaban por la cuesta. Antes de que aquellos fragmentos de obra de albañilería llegaran a la calle en medio de tumbos, los trollocs aparecieron por las brechas abiertas y, dejando caer los arietes construidos con gruesos troncos que habían utilizado, desenvainaron las curvas espadas semejantes a cimitarras. Aparecieron más que enarbolaban hachas y lanzas de hojas barbadas, unas enormes figuras con apariencia humana, protegidas con negras corazas rematadas en púas en hombros y codos, grandes rostros humanos deformados por hocicos o picos, cuernos o plumas, que se lanzaron loma abajo con los Myrddraal carentes de ojos cual serpientes negras en medio de ellos. Todo a lo largo de la calle, trollocs aullantes y silenciosos Myrddraal salieron en tropel por los umbrales de puertas y huecos de ventanas. Los rayos se descargaron de un cielo despejado.

Rand urdió flujos de Fuego y Aire para contrarrestar Fuego y Aire, un escudo que se extendía lentamente en una carrera contrarreloj para adelantarse a los rayos. Demasiado lento. Un rayo se descargó en el escudo, directamente sobre su cabeza, y estalló en un resplandor cegador, pero otros llegaron a tierra, y Rand notó que el cabello se le ponía de punta cuando el impacto de la onda expansiva lo alcanzó y lo lanzó por el aire. Faltó poco para que perdiera la urdimbre e incluso el vacío, pero siguió tejiendo lo que no podía ver con los ojos todavía cegados por el resplandeciente destello, ampliando el escudo contra las descargas caídas del cielo que, al menos, podía sentir que se estrellaban contra la cobertura, martilleándola para alcanzarlo a él; pero eso podía cambiarse. Absorbió *Saidin* a través del *angreal* que llevaba en el bolsillo, tejió el escudo hasta que estuvo seguro de que debía de cubrir la mitad de la Ciudad Interior, y después ató la urdimbre. Mientras se incorporaba, empezó a recobrar la vista, borrosa y dolorida al principio. Tenía que actuar con rapidez. Rahvin sabía que estaba allí. Tenía que...

Sorprendentemente, al parecer había pasado muy poco tiempo. A Rahvin le había dado igual a cuántos de los suyos mataba. Los trollocs y

Myrddraal que yacían, aturdidos, en la pendiente morían bajo las lanzas enarboladas por Doncellas, muchas de las cuales se movían con evidente inestabilidad. Algunas, las que estaban más cerca de Rand, empezaban ahora a levantarse de donde habían caído al salir lanzadas por el aire, y Pevin se sostenía sentado, despatarrado, gracias a servirse del astil del estandarte como un punto de apoyo, todavía con el rostro marcado de cicatrices tan impasible como un pedazo de pizarra. Más trollocs salían en tropel a través de las brechas del muro, en lo alto, y el fragor de la batalla llenaba todas las calles en cualquier dirección; pero, en lo que a Rand concernía, todo ello habría podido estar aconteciendo en otro país.

En la primera andanada había habido más de un rayo, pero no todos habían ido dirigidos contra él. Las botas humeantes de Mat estaban tiradas a una docena de pasos de donde el propio Mat yacía despatarrado de espaldas. Unos hilillos de humo se elevaban también del negro mango de su lanza, de su chaqueta e incluso de la cabeza de zorro plateada, que colgaba por fuera de su camisa y que no lo había protegido del encauzamiento de un hombre. Asmodean era un bulto retorcido y calcinado, sólo reconocible por el chamuscado estuche del arpa que seguía atado a su espalda. Y Aviendha... Sin ninguna marca visible, habríase dicho que estaba tumbada, descansando, si pudiera haber descansado mirando con los ojos muy abiertos al sol.

Rand se inclinó para tocarle la mejilla. Ya empezaba a enfriarse. Al tacto no parecía... carne.

—¡Raaaahviiiin!

Lo asustó un poco que aquel sonido saliese de su garganta. Tenía la sensación de estar sentado en algún rincón profundo de su propia mente, con el vacío a su alrededor más vasto, más vacuo que nunca. El *Saidin* fluía por él como un violento torrente, pero le daba igual si lo arrastraba en su furia. La infección se filtraba por todas partes, lo emponzoñaba todo. No le importaba.

Tres trollocs consiguieron abrirse paso entre las Doncellas, asiendo en sus peludas manos las hachas rematadas con picos y las lanzas de extrañas puntas en forma de lengüeta, y sus ojos, espantosamente humanos, clavados en él, un hombre que en apariencia estaba desarmado. El que tenía un hocico de jabalí cayó con la lanza de Enaila atravesándole la columna vertebral. El del pico de águila y el de hocico de oso arremetieron contra él, el uno corriendo sobre pies calzados con botas, y el otro sobre garras.

Rand notó que sonreía.

Los dos trollocs estallaron en llamas, una por cada poro, que atravesaron la negra armadura. Cuando empezaban a abrir la boca para gritar, se abrió un acceso justo donde estaban de pie. Las mitades ensangrentadas de los ardientes cuerpos de los trollocs, limpiamente sesgados, se desplomaron en el suelo, pero Rand estaba observando a través del acceso abierto. No a la oscuridad, sino a un gran salón con columnas y paneles de piedra con leones cincelados, donde un hombre corpulento, de negro cabello con pinceladas blancas en las sienes, empezó a incorporarse, estupefacto, del trono dorado en el que estaba sentado. Una docena de hombres, algunos vestidos como lores y otros con armaduras, se volvieron para ver qué miraba su señor. Rand apenas reparó en ellos.

—Rahvin —dijo. O lo dijo alguien. No estaba seguro quién.

Precedido por fuego y rayos lanzados anticipadamente, Rand cruzó el umbral y dejó que el acceso se cerrara a su espalda. Él era la muerte.

Librodot

Nynaeve no estaba teniendo ningún problema para mantener el estado de ánimo que le permitía encauzar un flujo de Energía a la figura de la mujer dormida tallada dentro de la lámina ambarina. Ni siquiera la sensación de unos ojos invisibles observándola la afectaba esa mañana al chocar con su enorme rabia. Siuan estaba delante de ella en una calle de Salidar en el *Tel'aran'rhiod*, una calle desierta a excepción de ellas dos, unas cuantas moscas y un zorro que se detuvo un momento para observarlas con curiosidad antes de reanudar su trote.

—Debéis concentraros —bramó Nynaeve—. La primera vez teníais más control que ahora. ¡Concentraos!

—¡Ya lo hago, muchacha estúpida! —Inopinadamente, el sencillo vestido azul de lana de Siuan se tornó de seda. La estola con las siete bandas de colores de la Sede Amyrlin colgaba alrededor de su cuello, y en su dedo una serpiente dorada se mordía la cola. Contemplando ceñuda a Nynaeve no pareció advertir el cambio sufrido, aunque ya era la quinta vez en ese día que lucía ese mismo atuendo—. ¡Si tengo dificultades es por esa asquerosa cocción amarga que me diste a beber hoy! ¡Puag! Todavía paladeo su sabor. Es como la hiel de un pez. —La estola y el anillo se desvanecieron; el cuello alto del vestido de seda se convirtió en un escote lo bastante bajo para que se viera el retorcido anillo de piedra que colgaba entre sus senos de una fina cadena de oro.

—Si no hubieseis insistido en que os enseñara cuando necesitabais algo para dormir, esto no habría pasado. —Vale, en la mezcla iban también ajenjo y otras cosas que realmente no se precisaban para facilitar el sueño, pero la mujer se merecía que la lengua se le retorciera un poco con el gusto acibarado.

—Dificilmente podrías enseñarme cuando les estás enseñando a Sheriam y a las otras. —El tono de la seda del vestido perdió intensidad; de nuevo tenía un cuello alto, rematado por una lechuguilla de puntilla blanca, y una cofia de perlas se ajustaba a su cabello—. ¿O prefieres que venga después de que hayas acabado con ellas? Según tú, te hace falta dormir un poco sin que se te moleste.

Nynaeve tembló de rabia y apretó los puños a los costados. Sheriam y las otras no eran el principal motivo que atizaba su ira. Elayne y ella hacían turnos para llevarlas al *Tel'aran'rhiod* de dos en dos, a veces a las seis en una sola noche; y, aunque ella fuese la maestra, nunca dejaban que olvidara que era Aceptada y ellas Aes Sedai. Una sola palabra mordaz cuando cometían un estúpido error y... A Elayne sólo le habían mandado restregar ollas una vez, pero Nynaeve tenía las manos arrugadas del agua caliente y jabonosa; al menos lo estaban donde su cuerpo dormía. Pero eso no era lo peor. Ni el hecho de que apenas tuviese un momento libre para dedicarlo a investigar qué podía hacerse, si es que había algo, por las personas neutralizadas o amansadas. De todos modos, Logain se mostraba más dado a cooperar que Siuan y Leane, o más ansioso al menos. Gracias a la Luz había entendido la necesidad de guardarlo en secreto. O creía que lo había entendido; probablemente creía que acabaría curándolo. No, no eran estas cosas lo peor. Faolain había sido sometida a una prueba y ascendida; no a Aes Sedai —algo imposible sin la Vara Juratoria, que estaba en la Torre— sino a algo superior a Aceptada. Ahora Faolain llevaba el vestido a su gusto, y si no se le había dado el chal ni opción a escoger Ajah, sí se le dio otro tipo de autoridad. Nynaeve estaba convencida de que le había llevado más vasos de agua, más libros —¡olvidados a propósito, sin duda!—, más alfileres, más

Librodot

tinteros y otras cosas inútiles en los últimos cuatro días que en toda su estancia en la Torre. Aun así, tampoco Faolain era lo peor de todo. Ni siquiera quería recordarlo. Su rabia habría bastado para caldear una casa en invierno.

—¿Qué te ha clavado un anzuelo en las agallas hoy, muchacha? —Siuan llevaba ahora un vestido como los que lucía Leane, sólo que más traslúcido de lo que la antigua Guardiana se atrevería a llevar en público, tan tenue que costaba trabajo saber de qué color era. Tampoco era la primera vez que llevaba tal atuendo ese día. ¿Qué le estaría rondando en lo más profundo de la mente? En el Mundo de los Sueños, cosas como esos cambios de ropas delataban pensamientos que una quizá ni siquiera sabía que tenía—. Casi has sido una buena compañía hasta hoy —continuó, irritada, Siuan, que se quedó pensativa un momento—. Hasta hoy. Ahora lo entiendo. Ayer por la tarde Sheriam le asignó a Theodrin la tarea de ayudarte a romper esa barrera que has construido entre la Fuente y tú. ¿Es eso lo que te ha puesto de uñas? ¿No te gusta que Theodrin te diga lo que tienes que hacer? También ella es una espontánea, muchacha. Si hay alguien que pueda ayudarte a aprender a encauzar sin que antes tengas que comerte unas ortigas, ella...

—¿Y qué es lo que os tiene tan desazonada que sois incapaz de conservar la misma vestimenta un minuto seguido? —Theodrin; eso era lo que le dolía realmente. El fracaso—. ¿No será algo que oí comentar anoche? —Theodrin era una mujer reposada, amable, paciente; dijo que no podía conseguirse en una sesión, que a ella le había costado meses echar abajo su propia barrera, y eso que se había dado cuenta de que encauzaba mucho antes de ir a la Torre. No obstante, el fracaso dolía y, lo que era peor, si alguien descubría que había llorado como una niña en los consoladores brazos de Theodrin cuando comprendió que había fracasado...—. Decían que le habíais arrojado las botas a Gareth Bryne a la cabeza cuando os dijo que os sentaseis y se las limpiaseis bien. Por cierto, todavía ignora que es Min quien las limpia, ¿verdad? De modo que os puso boca abajo sobre las rodillas y...

El bofetón que le propinó Siuan hizo que le pitaran los oídos. Durante un instante sólo fue capaz de mirar de hito en hito a la otra mujer, con los ojos cada vez más abiertos. Con un chillido salvaje Nynaeve intentó asestarle un puñetazo en el ojo. Lo intentó, porque, de algún modo, Siuan consiguió agarrarle un puñado de pelo. Un instante después las dos se revolcaban en el polvo de la calle, rodando y gritando mientras se lanzaban golpes violentamente.

En medio de gruñidos, Nynaeve creyó que estaba llevando las de ganar aunque la mitad del tiempo no sabía si estaba encima o debajo. Siuan intentaba arrancarle la coleta de cuajo con una mano mientras que con la otra le aporreaba las costillas o cualquier otro sitio que pudiera, pero ella tenía igual a la otra mujer, y los tirones y los puñetazos de Siuan se iban haciendo más y más débiles, sin lugar a dudas, en tanto que ella iba a dejarla sin sentido a golpes dentro de un minuto y después la dejaría calva de un tirón. Nynaeve chilló cuando un punterazo se descargó con fuerza en su espinilla. ¡Siuan daba patadas! Nynaeve trató de asestarle un rodillazo, pero no resultaba fácil hacerlo llevando faldas. ¡Dar patadas no era luchar limpio!

De pronto Nynaeve se dio cuenta de que Siuan se sacudía. Al principio pensó que estaba llorando, pero luego comprendió que era por la risa. Se

incorporó un poco, se apartó el pelo de la cara bruscamente —tenía la coleta deshecha— y miró, furibunda, a la otra mujer.

—¿De qué os reís? ¿De mí? ¡Si vais a...!

—De ti no. De nosotras. —Todavía sacudida por la risa, Siuan la empujó para quitársela de encima. También ella tenía el cabello revuelto, y el polvo cubría el sencillo vestido de lana que llevaba puesto ahora, con aspecto desgastado y zurcido pulcramente en varios sitios. También iba descalza—. Dos mujeres hechas y derechas rodando por el suelo como... No había hecho algo así desde que tenía... doce años, creo. Empecé a pensar que sólo nos faltaba que la gruesa Cian apareciese, me cogiera por una oreja y me dijera que las niñas no se pelean. Al parecer una vez dejó tumbado a un borracho, aunque no sé el motivo. —Algo muy parecido a una risita la agitó un momento, pero enseguida la reprimió, se puso de pie y se sacudió el polvo de la ropa—. Si estamos en desacuerdo en algo, podemos solucionarlo como mujeres adultas. —Con un tono cauteloso añadió—: Sin embargo, no sería mala idea evitar cualquier mención a Gareth Bryne. —Dio un respingo cuando el desgastado vestido se transformó en otro rojo con bordados negros y dorados alrededor del repulgo y del borde del exagerado escote.

Nynaeve se quedó sentada, mirándola. ¿Qué habría hecho ella como Zahorí si hubiese encontrado a dos mujeres rodando por el polvo así? Como poco, la respuesta la condujo al borde de un estallido de mal genio. Siuan todavía no parecía darse cuenta de que no hacía falta sacudir el polvo de la ropa con las manos en el *Tel'aran'rhiod*. Apartó bruscamente los dedos que habían estado trenzando la coleta y se levantó del suelo con rapidez; antes de que estuviera de nuevo en pie, la trenza le colgaba sobre el hombro perfectamente peinada, y las ropas de buena lana de Dos Ríos podrían haber acabado de salir del lavadero por su aspecto.

—Estoy de acuerdo —dijo.

Si ella hubiese pillado a dos mujeres de esa guisa, habría hecho que lo lamentaran antes de llevarlas a rastras ante el Círculo de Mujeres. ¿En qué demonios pensaba para liarse a porrazos como cualquier hombre estúpido? Primero, Cerandin —no quería acordarse de ese episodio, pero había ocurrido—; después, Latelle, y ahora esto. ¿Es que iba a tener que echar abajo su barrera a fuerza de estar furiosa a todas horas? Por desgracia —o tal vez por suerte— aquella idea no la puso de mejor humor.

—Si discrepamos en algo, podemos... discutirlo —añadió.

—Supongo que eso significa que nos gritaremos la una a la otra —comentó secamente Siuan—. En fin, mejor eso que no lo otro.

—¡No tendríamos que gritarnos si no...! —Haciendo una profunda inhalación, Nynaeve miró a otro lado; éste no era el modo de empezar tras hacer borrón y cuenta nueva. La inhalación que estaba haciendo se cortó de golpe, y giró de nuevo la cabeza hacia Siuan con tal rapidez que pareció que la había sacudido. Así lo esperaba, al menos. Durante un fugaz instante había visto un rostro en una ventana al otro lado de la calle. Y sintió un vacío en el estómago, una oleada de miedo, y una rabia sorda por haberse asustado—. Creo que deberíamos regresar ya —anunció quedamente.

—¡Regresar! Dijiste que ese asqueroso potingue me haría dormir más de dos horas, y no hace ni la mitad de tiempo que estamos aquí.

—El tiempo transcurre de manera distinta en el *Tel'aran'rhiod*. —¿Había sido Moghedien? La cara había desaparecido tan velozmente que podría tratarse de cualquier persona que se hubiese soñado allí durante un instante. Si era Moghedien, no debían, por ningún concepto, hacer nada

Librodot

para que se diera cuenta de que la había visto. Tenían que marcharse. Oleada de miedo, rabia sorda—. Ya os lo dije. Un día en el *Tel'aran'rhiod* puede significar una hora en el mundo de vigilia o viceversa. Hemos de…

—He sacado del pantoque con un cubo a mejores que tú, muchacha. No pienses que puedes sisarme en el cambio e irte de rositas. Me enseñarás todo lo que enseñas a las otras, como acordamos. Nos marcharemos cuando me despierte.

No había tiempo, si era Moghedien a quien había visto. El vestido de Siuan era de seda verde ahora, y habían aparecido de nuevo la estola de Amyrlin y el anillo de la Gran Serpiente, pero, sorprendentemente, el escote era casi tan bajo como cualquiera de los que había llevado antes. El anillo *ter'angreal* colgaba por encima de sus senos y, de algún modo, formaba parte de un collar de esmeraldas cuadradas.

Nynaeve actuó sin pensar. Su mano se movió con una rapidez relampagueante y tiró del collar con tanta fuerza que se lo arrancó a Siuan del cuello. Los ojos de la otra mujer se abrieron como platos, pero tan pronto como el broche se hubo roto ella desapareció, y el collar y el anillo se desvanecieron en la mano de Nynaeve. Durante un instante miró sus dedos vacíos de hito en hito. ¿Qué le ocurriría a una persona expulsada del *Tel'aran'rhiod* de esa manera? ¿Habría enviado a Siuan de vuelta a su cuerpo dormido o a alguna otra parte? ¿O a ninguna?

El pánico se apoderó de ella; se había quedado parada allí, sin más. Tan rápidamente como si estuviese huyendo, el Mundo de los Sueños pareció cambiar a su alrededor.

De repente se encontró en una calle de tierra de un pequeño pueblo con casas de madera, todas de una sola planta. El León Blanco de Andor flameaba en la punta de un alto astil, y un solitario embarcadero de piedra penetraba en el cauce de un río ancho, donde una bandada de aves de pico largo volaba hacia el sur casi a ras de la corriente. Todo le resultaba vagamente conocido, pero le costó unos instantes identificar el lugar. Era Jurene, en Cairhien. Y ese río era el Erinin. Era allí donde Egwene, Elayne y ella habían embarcado en el *Rayo*, bautizado con tan poco acierto como el *Sierpe de Río*, para continuar su viaje hacia Tear. Al recordarlo ahora le pareció algo leído en un libro mucho tiempo atrás.

¿Por qué había saltado a Jurene? La respuesta a eso era fácil y la tuvo tan pronto como lo pensó. Jurene era el único sitio que conocía lo bastante bien para saltar a él en el *Tel'aran'rhiod* y, al mismo tiempo, estaba segura de que Moghedien no tenía noticia de él. Habían pasado allí una hora, con anterioridad a que la Renegada supiese que ella existía, y tenía la certeza de que ni Elayne ni ella habían vuelto a mencionarlo una sola vez, ni en el *Tel'aran'rhiod* ni estando despiertas.

Pero aquello planteaba otro interrogante; el mismo, en cierto modo. ¿Por qué Jurene? ¿Por qué no salir del sueño y despertar en su cama, sin más, si es que lavar platos y fregar suelos además de todas sus otras ocupaciones no la tenían tan agotada como para seguir dormida? «Porque todavía no puedo abandonar el *Tel'aran'rhiod*.» Moghedien la había visto en Salidar, si es que era Moghedien, de modo que la Renegada conocía ahora la existencia de Salidar. «Puedo decírselo a Sheriam.» ¿Y cómo? ¡Admitiendo que estaba enseñando a Siuan? Se suponía que ella no debía tocar esos *ter'angreal* excepto estando con Sheriam y las otras Aes Sedai. Nynaeve ignoraba cómo se las ingeniaba Siuan para echarles la mano cuando quería. No, no la asustaba pasar más horas con los brazos metidos hasta los codos en agua

caliente; la asustaba Moghedien. La ira bulló ardiente en sus entrañas. Ojalá tuviese un poco de menta de ánade de su morral de hierbas. «Estoy tan... tan harta de tener miedo.»

Delante de una de las casas había un banco de cara al río y al embarcadero. Se sentó y examinó su situación desde cualquier perspectiva posible. Era ridículo. Percibía la Fuente Verdadera como algo débil; encauzó una llama que titiló en el aire por encima de su mano. Su apariencia podría parecer sólida, al menos para ella, pero veía el río a través de esa pizca de fuego; ató el flujo, y la llama se desvaneció como un jirón de niebla tan pronto como estuvo hecho el nudo. ¿Cómo iba a enfrentarse a Moghedien cuando hasta la novicia más débil de Salidar podría igualar y hasta superar su fuerza? Por eso había huido aquí en lugar de salir del *Tel'aran'rhiod*. Asustada y furiosa por estar asustada; demasiado furiosa para pensar con claridad, para tener en cuenta su debilidad.

Saldría del sueño. Fuera cual fuera el plan de Siuan, esto le ponía fin; la dos tendrían que afrontar las consecuencias. La idea de pasar más horas fregando suelos hizo que su mano se cerrara con fuerza sobre la coleta; más bien serían días, y puede que además probara también la vara de Sheriam. Tal vez le prohibiesen acercarse siquiera a un *ter'angreal* del sueño o a cualquier otro *ter'angreal*. Encargarían su educación a Faolain en sustitución de Theodrin. Y se acabaría el estudiar a Siuan y a Leane, cuanto menos a Logain; quizá se acabara incluso el estudio de la Curación.

Llena de rabia, encauzó otra llama. Si era más fuerte, ella no lo notaba. De mucho servía intentar azuzar su ira con la esperanza de que serviría de ayuda.

—No tengo más remedio que decirles que vi a Moghedien —masculló al tiempo que se propinaba un tirón de la trenza lo bastante fuerte para que le doliese—. Luz, me pondrán en manos de Faolain. ¡Casi preferiría morir!

—Sin embargo, parece que disfrutas haciendo pequeños recados para ella.

Aquella voz burlona hizo que Nynaeve se levantara del banco como impulsada por un resorte. Moghedien estaba de pie en la calle, toda de negro, sacudiendo la cabeza mientras miraba el entorno. Con toda su fuerza, Nynaeve tejió un escudo de Energía y lo lanzó para interponerlo entre la otra mujer y el *Saidar*, mejor dicho, intentó interponerlo, porque el resultado fue como si tratase de cortar un árbol con una hachuela de papel. De hecho, Moghedien sonrió antes de tomarse la molestia de cortar la urdimbre de Nynaeve y lo hizo con tanta despreocupación como si apartara un mosquito de su cara. Nynaeve la miraba aturdida, como si hubiese recibido un mazazo. Tanto esfuerzo para llegar a esto. El Poder Único, inútil. Toda su rabia bullendo en su interior, inútil. Todas sus hierbas, sus esperanzas, inútiles. Moghedien no se molestó en contraatacar. Ni siquiera se molestó en encauzar un escudo propio, tal era el desprecio que le inspiraba.

—Temí que me hubieses visto. Me volví descuidada cuando Siuan y tú os enzarzasteis tratando de mataros, Con vuestras manos. —Moghedien soltó una risa despectiva. Estaba tejiendo algo, lentamente ya que no había razón para apresurarse. Nynaeve ignoraba qué era, pero aun así deseaba gritar. La cólera hervía en su interior, pero el miedo le nublaba la razón, la dejaba paralizada—. A veces creo que eres demasiado ignorante incluso para instruirte. Tú y la anterior Amyrlin y todas las demás. Pero no puedo permitirte que me delates. —El tejido urdido se desplazó hacia Nynaeve—. Por lo visto ha llegado el momento de tomarte por fin.

Librodot

—¡Alto, Moghedien! —gritó Birgitte.

Nynaeve se quedó boquiabierta. Era Birgitte, igual que antes, con la corta chaqueta blanca y los amplios pantalones amarillos, la trenza complejamente tejida sobre el hombro, y una flecha de plata presta para salir disparada del argénteo arco tensado. Imposible. Birgitte ya no era parte del *Tel'aran'rhiod*; estaba en Salidar, vigilando para que nadie descubriese que Siuan y ella dormían en pleno día y empezara a hacer preguntas.

Moghedien se quedó tan estupefacta que los flujos que había tejido se desvanecieron. Empero, su desconcierto apenas duró un momento. La resplandeciente flecha salió disparada del arco de Birgitte... y se evaporó. El arco se evaporó. Algo pareció agarrar a la arquera, tirando bruscamente de sus brazos hacia arriba, levantándola en vilo del suelo. Casi de inmediato el movimiento ascendente se frenó en seco, con una brusca sacudida, y el cuerpo de la mujer se puso tirante por la tensión ejercida en direcciones opuestas desde las muñecas y los tobillos, suspendido a un palmo del suelo.

—Debí pensar en la posibilidad de que aparecieses. —Moghedien le dio la espalda a Nynaeve y se acercó a Birgitte—. ¿Disfrutas de tu cuerpo físico... sin Gaidal Cain?

Nynaeve pensó encauzar, pero ¿qué? ¿Una daga que tal vez no atravesara siquiera la piel de la Renegada? ¿Fuego que ni siquiera le chamuscaría la falda? Moghedien sabía que no representaba ninguna amenaza; ni siquiera la miraba. Si cortaba el flujo de Energía conectado con la mujer durmiente de la lámina ambarina, despertaría en Salidar y podría dar la alarma. Su rostro se crispó, al borde de las lágrimas, al mirar a Birgitte. La mujer rubia estaba colgada allí, mirando con expresión desafiante a Moghedien. La Renegada, a su vez, la observaba como haría un tallador con un trozo de madera.

«Sólo estoy yo —pensó Nynaeve—. Probablemente seré incapaz de encauzar lo más mínimo, pero sólo estoy yo.»

Levantar el pie le costó tanto trabajo como si estuviese metida en cieno hasta la rodilla, y el segundo paso no fue mucho más fácil. En dirección a Moghedien.

—No me hagas daño —gritó—. Por favor, no me hagas daño.

Un escalofrío la estremeció de pies a cabeza. Birgitte había desaparecido. Una niña de unos tres o cuatro años, vestida con una corta chaqueta blanca y amplios pantalones amarillos, se encontraba allí jugando con un arco de plata de juguete. Echó la dorada trenza hacia atrás con un gesto de la cabeza, apuntó con el arco a Nynaeve, soltó una alegre risita y después se chupó un dedo como dudando si habría hecho algo malo. Nynaeve cayó sobre las rodillas; resultaba difícil gatear llevando faldas, pero no creía que hubiese podido continuar de pie. De algún modo se las arregló para tender una mano suplicante.

—Por favor, no me hagas daño. Por favor, no me hagas daño —lloriqueó una y otra vez mientras se arrastraba hacia la Renegada como un gusano.

Moghedien la observó en silencio hasta que finalmente dijo:

—Hubo un tiempo en que te creí más fuerte, pero ahora me resulta realmente gratificante verte de rodillas. No te acerques más, muchacha. Y no es que tema que tengas coraje suficiente para intentar arrancarme el pelo... —Aquella idea pareció divertirla.

La mano tendida de Nynaeve estaba a metro y medio de Moghedien. Tendría que bastar. Sólo estaba ella. Y el *Tel'aran'rhiod*. La imagen cobró forma en su cerebro, y al instante apareció el brazalete plateado en su

muñeca y la correa plateada que lo unía con el collar plateado que rodeaba la garganta de la Renegada. No fue sólo el *a'dam* lo que había imaginado, sino también a Moghedien llevándolo puesto; Moghedien y el *a'dam*, una parte del *Tel'aran'rhiod* que ella controlaba en la forma que deseaba. Sabía algo de lo que podía esperar, ya que había tenido puesto brevemente un brazalete de *a'dam*, en Falme. De un modo extraño fue consciente de Moghedien de igual forma que era consciente de su propio cuerpo, sus propias emociones; dos identidades individuales, cada una de ellas distinta, pero ambas dentro de su cabeza. Había algo sobre lo que sólo albergó esperanzas, porque Elayne insistió en que funcionaba así. El artilugio era, efectivamente, un vínculo; podía percibir la Fuente a través de la otra mujer.

Moghedien llevó velozmente una mano hacia el collar mientras el estupor asomaba a sus ojos. Y rabia y horror. Más rabia que horror al principio. Nynaeve notó esas emociones como algo propio. La Renegada tenía que saber lo que era la correa y el collar, pero aun así intentó quitárselo encauzando; al mismo tiempo, Nynaeve sintió una ligera transfundición de Poder en sí misma, en el *a'dam*, cuando la otra mujer trató de doblegar el *Tel'aran'rhiod* a su voluntad. Suprimir el intento de Moghedien resultó sencillo; el *a'dam* era un vínculo que controlaba ella. Saberlo lo hacía más fácil. Nynaeve no quería encauzar aquellos flujos, así que no se encauzaron. Moghedien habría tenido el mismo resultado si hubiese intentado levantar una montaña con sus manos. El horror superó a la rabia.

Nynaeve se puso de pie y afirmó la imagen adecuada en su mente. No se limitó a imaginar a Moghedien atada al *a'dam*: sabía que la Renegada lo estaba con tanta certeza como sabía su nombre. Sin embargo, la sensación de transfundición, de cosquilleo en la piel, persistía.

—Deja de hacer eso —ordenó duramente. El *a'dam* no se movió, pero pareció emitir un temblor. Imaginó una variedad de ortigas llamadas avispas negras que azotaban suavemente a la Renegada desde los hombros hasta los tobillos. Moghedien se estremeció y exhaló el aire bruscamente al sufrir una sacudida—. He dicho que lo dejes o te haré algo peor. —La transfundición cesó.

Moghedien la miró cautelosamente, todavía aferrando el collar plateado que ceñía su cuello y como si estuviese de puntillas, dispuesta a emprender la huida de un momento a otro.

Birgitte —la niña que era, o había sido, Birgitte— las observaba con curiosidad. Nynaeve la imaginó como una mujer adulta y se concentró. La pequeña volvió a meterse el dedo en la boca y empezó a examinar con interés el arco de juguete. Nynaeve resopló malhumorada. No era tarea fácil cambiar lo que otra persona había concebido, y, por si esto fuera poco, Moghedien había afirmado que era capaz de hacer definitivos los cambios. No obstante, lo que podía hacer, también podía deshacerlo.

—Devuélvele su apariencia —ordenó.

—Si me liberas, lo…

Nynaeve imaginó ortigas otra vez, pero los azotes con ellas no fueron suaves en esta ocasión. Moghedien inhaló aire con los labios apretados mientras se sacudía como una sábana agitada por el ventarrón.

—Ha sido la cosa más espantosa que jamás me ha ocurrido —dijo Birgitte, que volvía a ser ella misma. Llevaba la chaqueta corta y el amplio pantalón, pero no tenía arco ni aljaba—. Era una niña, pero al mismo tiempo esa parte que era yo, realmente yo, estaba reducida a una simple fantasía flotando en lo más recóndito de esa mente infantil. Y yo era consciente de

Librodot

ello. Sabía que sólo podía contemplar lo que ocurría y jugar... —Echó la dorada trenza hacia atrás con un gesto brusco de la cabeza y asestó a Moghedien una dura mirada.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Nynaeve—. Me alegro de que lo hayas hecho, ya sabes, pero... ¿cómo?

Birgitte lanzó una última mirada glacial a la Renegada y después se abrió la chaqueta y sacó por el cuello de la blusa el retorcido anillo de piedra, colgado de un cordón de cuero.

—Siuan se despertó. Sólo un instante y no del todo, pero lo suficiente para mascullar algo de que le habías quitado esto de un tirón. Cuando vi que no te despertabas inmediatamente después que ella, supe que algo debía ir mal, así que me colgué el anillo y me tomé el resto de esa mezcla que preparaste para Siuan.

—Pero si apenas quedaba nada, sólo posos.

—Suficiente para hacerme dormir. Es repugnante, por cierto. Después de eso fue tan fácil como encontrar bailarinas de plumas en Shiota. En ciertos aspectos esto es casi como cuando todavía estaba... —Birgitte calló y asestó otra mirada furibunda a Moghedien. El arco de plata reapareció en su mano, así como una aljaba llena de flechas argénteas en su cadera, aunque al cabo de un instante volvieron a desaparecer—. Lo pasado, pasado está, y el futuro nos aguarda —dijo firmemente—. No me sorprendió realmente comprender que erais dos y ambas sabíais que estabais en el *Tel'aran'rhiod*. Sabía que la otra tenía que ser ella, y cuando llegué y os vi... Parecía como si ya te hubiese capturado, pero confiaba en que, si la distraía, seguramente se te ocurriría algo.

Nynaeve sintió una punzada de vergüenza. Había considerado la posibilidad de abandonar a Birgitte; eso era lo que se le había ocurrido. Sólo lo había pensado un momento, y rechazó la idea en cuanto se le pasó por la cabeza, pero lo pensó. Qué cobarde era. Seguro que a Birgitte ni siquiera se le había ocurrido algo así aunque sólo fuera un instante cuando el miedo la atenazaba.

—Yo... —Un leve sabor a agrimonia y hojas de ricino machacadas le vino a la boca—. Estuve a punto de huir —confesó finalmente—. Estaba tan asustada que tenía la lengua pegada al paladar. Faltó poco para que huyera y te abandonara.

—¿Sí? —La mirada pensativa que le dirigió Birgitte hizo encogerse a la antigua Zahorí—. Pero no lo hiciste, ¿verdad? Debí haber disparado antes de gritar, pero no me siento cómoda disparando a nadie por la espalda, ni siquiera a ella. Aun así, todo salió bien. Pero ¿qué vamos a hacer con ella?

Ciertamente Moghedien parecía haber dominado su miedo, y, sin hacer caso del collar plateado que llevaba en la garganta, observaba a Nynaeve y a Birgitte como si fuesen las prisioneras y ella estuviese decidiendo qué hacer con ellas. Salvo porque sus manos se crispaban de vez en cuando, como si quisiera rascarse allí donde la piel conservaba memoria de las ortigas, era la viva imagen de la serenidad. Empero, el *a'dam* transmitía a Nynaeve que dentro de la mujer alentaba el miedo, casi como un guirigay aunque reprimido a un ahogado zumbido. Ojalá el artilugio le permitiera captar los pensamientos de la mujer al igual que sus emociones. Aunque, bien pensado, se alegraba de no estar dentro de la mente que había detrás de aquellos sombríos ojos.

—Antes de que os planteéis algo... drástico —dijo la Renegada—, recordad que sé mucho que os sería útil. He vigilado a los otros Escogidos,

Librodot

he escuchado a escondidas sus planes. ¿Es que eso no tiene ningún valor?

—Cuéntamelo y entonces decidiré si vale algo —repuso Nynaeve. ¿Qué podía hacer con ella?

—Lanfear, Graendal, Rahvin y Sammael están confabulados.

Nynaeve dio un brusco tirón de la correa que hizo tambalearse a la Renegada.

—Eso ya lo sé. Dime algo nuevo. —La mujer estaba cautiva allí, pero el *a'dam* sólo existiría mientras continuaran en el *Tel'aran'rhiod*.

—¿Y sabes que están induciendo a Rand al'Thor para que ataque a Sammael? Sólo que, cuando lo haga, se encontrará también con los otros, esperando para atraparlo entre todos. Al menos, encontrará a Graendal y a Rahvin. Creo que el juego de Lanfear es otro, uno que los demás desconocen completamente.

Nynaeve intercambió una mirada preocupada con Birgitte. Rand debía enterarse de esto. Y se enteraría, tan pronto como Elayne y ella pudiesen hablar con Egwene esa misma noche. Si es que se las arreglaban para echarles mano a los *ter'angreal* el tiempo suficiente.

—Es decir —murmuró Moghedien—, si vive para encontrarlos.

Nynaeve agarró la cadena plateada por donde se unía al collar y tiró para acercar el rostro de la Renegada hacia el suyo. Los oscuros ojos sostuvieron, impasibles, su mirada, pero percibió la ira a través del *a'dam*, y el miedo que pugnaba por aflorar a la superficie, y su violento rechazo para impedir que saliera.

—Escúchame bien. ¿Crees que no sé por qué te muestras tan bien dispuesta a ayudar? Imaginas que si sigues hablando y hablando acabaré cometiendo un error y podrás escapar. Piensas que cuanto más hablemos, más me costará matarte. —Había mucho de cierto en eso. Matar a alguien a sangre fría, incluso a una Renegada, sería muy duro, tal vez más de lo que era capaz de afrontar. ¿Qué iba a hacer con esta mujer?—. Pero ten esto muy presente: no permitiré ambigüedades. Si intentas ocultarme algo, haré contigo todo lo que has pensado hacerme tú a mí. —Terror, deslizándose a través de la correa, como unos chillidos escalofriantes resonando en un recóndito rincón de la mente de Moghedien. A lo mejor no sabía tanto sobre los *a'dam* como Nynaeve había imaginado. Quizá creía que podría leerle los pensamientos—. Bien, si sabes de algo que sea una amenaza para Rand, algo anterior al encuentro con Sammael y los otros, dímelo. ¡Ahora!

Las palabras fluyeron de la boca de Moghedien mientras la mujer se humedecía repetidamente los labios con la lengua.

—Al'Thor se propone ir contra Rahvin hoy, esta mañana, porque cree que asesinó a Morgase. Ignoro si Rahvin lo hizo o no, pero al'Thor está convencido de ello. Sin embargo, Rahvin jamás confió en Lanfear; nunca confió en ninguno de ellos. ¿Por qué iba a hacerlo? Pensó que todo ello podía ser una trampa dispuesta para él, así que tendió la suya propia. Ha distribuido salvaguardas a través de Caemlyn de manera que, si un hombre encauza aunque sólo sea una pizca, la trampa saltará. Al'Thor se meterá de cabeza en ella. Casi seguro que se ha metido ya. Creo que tenía intención de salir de Cairhien con las primeras luces del alba. Yo no he participado en eso, no tengo nada que ver en ello. Yo...

Nynaeve quería hacerla callar; el sudor del miedo que brillaba en el rostro de la mujer la ponía enferma, pero también tenía que prestar oídos a aquella voz suplicante... Empezó a encauzar al tiempo que se preguntaba si sería lo bastante fuerte para mantener callada a Moghedien, y después

Librodot

sonrió. Estaba vinculada a ella, y con el control en sus manos. Los ojos de la Renegada se desorbitaron como si fuesen a salirse de las órbitas cuando Nynaeve empezó a tejer flujos para hacer una mordaza, y también urdió tapones para los oídos; luego ató los flujos y se volvió hacia Birgitte.

—¿Qué te parece?

—A Elayne se le partirá el corazón. Ama a su madre.

—¡Eso ya lo sé! —Nynaeve respiró hondo—. Lloraré con ella y derramaré cada lágrima con tristeza, pero ahora mismo el que me preocupa es Rand. Creo que ha dicho la verdad, casi podía sentirlo. —Cogió la cadena plateada justo en la unión con el brazalete y la sacudió—. Quizá sea por esto, o tal vez sólo lo imaginé. ¿Tú qué crees?

—Que es verdad. Nunca fue muy valiente a menos que tuviese una clara superioridad o pensara que podía tenerla. Y ciertamente tú le has dado un susto de muerte.

Nynaeve se encogió. Cada palabra de Birgitte hacía hervir un poco más la ira en su interior. Nunca había sido muy valiente salvo cuando tenía clara superioridad. Eso la describía a ella perfectamente. Así que le había dado un susto de muerte a Moghedien. Era cierto, y además había dicho en serio cada palabra en el momento que las dijo. Abofetear a alguien cuando hacía falta era una cosa, y otra muy distinta amenazar con torturar, desear torturar, aunque fuera a Moghedien. Y aquí estaba, intentando evitar lo que sabía que debía hacer. Nunca muy valiente salvo cuando llevaba una clara ventaja. En esta ocasión, la cólera creció por sí misma.

—Hemos de ir a Caemlyn. Yo al menos. Y con ella. Puede que no esté lo bastante fuerte para rasgar papel en este estado, pero con el *a'dam* podré utilizar su fuerza.

—No podrás hacer nada en el *Tel'aran'rhiod* que repercuta en el mundo de vigilia —apuntó quedamente Birgitte.

—¡Lo sé! Lo sé, pero tengo que hacer algo, lo que sea.

Birgitte echó la cabeza hacia atrás y rió con ganas.

—Oh, Nynaeve, qué vergüenza tan grande estar asociada con una persona tan cobarde como tú. —De improviso sus ojos se abrieron mucho en un gesto de sorpresa—. No quedaba mucho de la infusión. Creo que me estoy des…

Desapareció en mitad de la palabra. Nynaeve respiró profundamente y desató los flujos que tapaban la boca y los oídos de Moghedien. O más bien la obligó a desatarlos; con el *a'dam* no resultaba fácil discernir si había ocurrido lo uno o lo otro. Ojalá Birgitte siguiera allí. Necesitaba otro par de ojos, alguien que probablemente conocía el *Tel'aran'rhiod* mejor de lo que ella llegaría a conocerlo jamás. Alguien que era valiente.

—Vamos a hacer un viaje, Moghedien, y me ayudarás con todos tus sentidos, porque si me ocurre algo inesperado… Baste decir que cualquier cosa que le pasa a quien lleva un brazalete como éste, le pasa lo mismo a quien lleva el collar. Sólo que multiplicado por diez. —La expresión enfermiza en el semblante de Moghedien puso de manifiesto que la Renegada la creía a pies juntillas. Mejor para ella, porque era verdad.

Otra profunda inhalación y después Nynaeve empezó a formar la imagen de un lugar en Caemlyn que conocía lo bastante bien para recordarlo. El Palacio Real, donde Elayne la había llevado. Rahvin tenía que estar allí, pero en el mundo de vigilia, no en el Mundo de los Sueños. Aun así, ella no podía quedarse de brazos cruzados: tenía que hacer algo. El *Tel'aran'rhiod* cambió a su alrededor.

Librodot

CAPÍTULO 27

Los hilos arden

Rand se detuvo. Una extensa quemadura a lo largo de la pared del pasillo señalaba los puntos donde una docena de costosos tapices habían quedado reducidos a cenizas. Las llamas subían, voraces, por otro; varios arcones taraceados y mesas no eran más que despojos calcinados. No era obra suya. Treinta pasos más adelante, hombres con chaquetas rojas, armaduras y yelmos con visores de rejilla yacían retorcidos, como los había sorprendido la muerte, sobre las baldosas blancas, aferrando las inútiles espadas. Tampoco era obra suya. Rahvin había sacrificado a sus propias tropas en su intento de llegar a Rand. Había actuado con inteligencia tanto en los ataques como en las retiradas, pero desde el momento en que huyó del salón del trono no había hecho frente a Rand más tiempo que los escasos segundos que necesitaba para lanzar un ataque y huir. Rahvin era fuerte, quizá tanto como Rand, y quizá más versado en el uso del Poder, pero Rand tenía la talla del hombrecillo gordo en su bolsillo, mientras que el Renegado no contaba con ningún *angreal*.

El corredor le resultaba muy conocido por dos razones: por haberlo visto con anterioridad, y por haber vislumbrado otro similar.

«Vine por aquí con Elayne y Gawyn el día que conocí a Morgase.» La idea se insinuó, dolorosa, por los límites del vacío; dentro de él su mente era fría, desprovista de emociones. El *Saidin* era un torrente impetuoso y abrasador, pero él estaba imbuido de una helada calma.

Surgió otra idea, como una puñalada. «Ella yacía en un suelo como éste, con su rubia melena extendida como si estuviese durmiendo. Ilyena Cabello Dorado. Mi Ilyena.»

Elaida había estado también ese día. «Ella predijo el dolor que acarrearía. Sabía la oscuridad que hay en mí. Una parte. Lo suficiente.»

«Ilyena, no sabía lo que hacía. ¡Estaba loco! Estoy loco. ¡Oh, Ilyena!»

«Elaida lo sabía, al menos una parte, pero ni siquiera reveló todo lo que conocía. Habría sido mejor que lo hubiese dicho.»

«Oh, Luz, ¿es que no existe el perdón? Hice lo que hice empujado por la locura. ¿Es que no existe la compasión?»

«Gareth Bryne me habría matado de haberlo sabido. Morgase habría ordenado mi ejecución. Y así quizás estaría viva ahora. La madre de Elayne estaría viva. Y Aviendha estaría viva. Y Mat. Y Moraine. ¿Cuántos seguirían vivos si yo hubiese muerto?»

«Mi tormento es merecido. Merezco la extinción definitiva. Oh, Ilyena, merezco la muerte.»

«Merezco la muerte.»

Pasos a su espalda. Rand se volvió.

Salieron de un amplio pasillo que cruzaba el principal, a menos de veinte pasos de distancia; eran dos docenas de hombres con armaduras, yelmos y las chaquetas rojas con cuello blanco del uniforme de la guardia de la reina. Salvo que Andor ya no tenía reina, y estos hombres no la habían

Librodot

servido cuando aún vivía. Los dirigía un Myrddraal, el rostro sin ojos lívido como un gusano que uno encuentra debajo de las piedras. La negra armadura de escamas imbricadas reforzaba la ilusión de ser una serpiente al desplazarse, y la negra capa colgaba inmóvil por mucho que se moviese. La mirada del Ser de Cuencas Vacías era el terror, pero el miedo era algo distante dentro del vacío. Vacilaron al verlo; después el Semihombre alzó su espada de negra hoja, y los hombres que todavía no habían desenvainado sus armas llevaron las manos hacia las empuñaduras.

Rand —así creía que se llamaba— encauzó de un modo como no recordaba haberlo hecho nunca.

Hombres y Myrddraal se quedaron rígidos en el sitio mientras una capa de escarcha se espesaba a su alrededor; aquel hielo humeó al igual que lo habían hecho las botas de Mat. El brazo levantado del Myrddraal se quebró con un sonoro chasquido, y al estrellarse contra las baldosas tanto la extremidad como la espada se hicieron añicos.

Rand notó el frío —sí, ése era su nombre, Rand— tan cortante como una cuchilla cuando pasó ante ellos y giró por el pasillo lateral por el que habían venido. Frío pero, con todo, no tanto como el *Saidin*.

Un hombre y una mujer de mediana edad, vestidos con los uniformes rojos y blancos del cuerpo de servicio, estaban acurrucados contra la pared abrazados el uno al otro, como buscando protección. Al ver a Rand —no era el nombre completo; había algo más que Rand— el sirviente empezó a levantarse de donde se había agazapado para evitar al grupo de soldados dirigidos por el Myrddraal, pero la mujer le tiró de una manga y lo hizo agacharse de nuevo.

—Id en paz —dijo Rand mientras alargaba una mano. Al'Thor. Sí, Rand al'Thor—. No os haré daño, pero podríais salir heridos si seguís aquí.

Los ojos castaños de la mujer se pusieron en blanco, y ella se habría desplomado en el suelo si el hombre no la hubiese cogido; el sirviente movía rápidamente la fina boca, como si estuviese rezando pero le resultara imposible dar voz a sus palabras.

Rand dirigió los ojos hacia donde miraba el hombre. Al extender la mano, la manga de la chaqueta se había retirado lo suficiente para dejar a la vista la dorada cabeza leonina del dragón que era parte de su piel.

—No os haré daño —repitió y siguió caminando, dejándolos allí. Todavía tenía que arrinconar a Rahvin. Matarlo. Y después ¿qué?

No se oía nada salvo el taconeo de sus botas sobre las baldosas. En lo más profundo de su mente una débil voz murmuraba tristemente sobre Ilyena y el perdón. Se esforzó para percibir a Rahvin encauzando, para notar al hombre henchido de la Fuente Verdadera. Nada. El *Saidin* le abrasaba los huesos, le helaba la carne, le excoriaba el alma, pero sin él no resultaba fácil ver hasta que se estaba cerca. Un león agazapado entre la hierba alta, había dicho Asmodean una vez. Un león enfurecido. ¿Debería contar a Asmodean entre quienes no tendrían que haber muerto? ¿O a Lanfear? No. No se lo…

Sólo dispuso de un instante de aviso para arrojarse de cabeza al suelo, una fracción de segundo entre percibir unos flujos repentinamente urdidos y un haz de luz blanca, grueso como un brazo, de fuego líquido que atravesó limpiamente la pared y hendió el aire como una espada a la altura de donde había estado su tórax. Allí donde al haz se descargó, paredes y frisos, puertas y tapices a ambos lados del pasillo dejaron de existir; colgaduras, cascotes y yeso sesgados se soltaron y cayeron al suelo.

Conque a los Renegados les asustaba utilizar el fuego compacto, ¿no?

Librodot

¿Quién le había dicho tal cosa? Moraine. Ella sí que habría merecido vivir.

El fuego compacto salió disparado de sus manos como un resplandeciente haz que se descargó en la dirección de donde salía el otro, y éste se desvaneció tan pronto como el suyo penetró a través de la pared, dejando una imagen purpúrea grabada en sus retinas. También él cortó su flujo. ¿Lo habría conseguido finalmente?

Se incorporó rápidamente a la par que encauzaba Aire y abría las destrozadas puertas con tal violencia que los restos se desprendieron de los goznes. Al otro lado la habitación aparecía desierta. Era una sala de estar, con sillas colocadas delante de un enorme hogar de mármol. Su fuego compacto había cercenado un trozo de uno de los arcos que conducían a un pequeño patio con una fuente, y otro, de uno de los fustes ahusados que formaban la columnata sobre el paseo que había más allá.

Pero Rahvin no había ido por ese camino y tampoco había muerto bajo el fuego compacto. En el aire persistía un residuo, un tenue resto de *Saidin* tejido. Rand lo reconoció. Era distinto del acceso que él había creado para Rasar hasta Caemlyn o para Viajar —ahora sabía que era eso lo que había hecho— al interior del salón del trono, pero había visto uno igual en Tear, y él mismo había creado otro.

Volvió a hacerlo ahora. Un acceso, o al menos una abertura; en realidad, una puerta a otra dimensión. Al otro lado no había negrura. De hecho, si no hubiese sabido que el camino estaba allí, si no hubiese percibido su urdimbre, podría haberlo pasado por alto. Allí, ante él, estaban los mismos arcos abriéndose al mismo patio con la misma fuente, el mismo paseo con columnata. Durante un instante, los agujeros perfectamente redondos que su fuego compacto había abierto en el arco y la columna fluctuaron, se llenaron de materia, y después volvieron a ser agujeros. Dondequiera que condujese el acceso era a algún otro sitio, un reflejo del Palacio Real, como antaño había sido un reflejo de la Ciudadela de Tear. Vagamente lamentó no haber hablado con Asmodean sobre ello mientras había tenido ocasión de hacerlo, pero nunca se había sentido capaz de hablar sobre ese día con nadie. Qué más daba. Aquel día empuñaba a Callandor, pero el *angreal* de su bolsillo ya había demostrado ser suficiente para hostigar a Rahvin.

Cruzó el acceso rápidamente, soltó la urdimbre y se encaminó presuroso a través del patio mientras la puerta a otra dimensión se desvanecía. Rahvin percibiría aquella puerta si estaba lo bastante cerca y alerta. Disponer del hombrecillo gordo de piedra no significaba que pudiese quedarse quieto y esperando un ataque.

Ni una sola señal de vida, excepto por sí mismo y una mosca. También había ocurrido igual en Tear. Las lámparas de pie de los pasillos estaban apagadas, con limpios pabilos que jamás habían conocido la llama, pero a pesar de todo había luz hasta en los corredores que deberían haber estado más oscuros, una claridad que parecía venir de todas partes y de ninguna. A veces aquellas lámparas se movían, así como también otras cosas. Entre una mirada y la siguiente una lámpara alta podía haberse desplazado un palmo, y un jarrón de una hornacina, un par de dedos. Pequeñas cosas, como si alguien las hubiese movido en el breve espacio de tiempo en que él había apartado los ojos. Se debiera a lo que se debiese, era un lugar extraño.

Se dio cuenta, mientras trotaba por otro sendero con columnata y extendía su sentido de percepción buscando a Rahvin, que no había oído la voz clamando el nombre de Ilyena desde que había encauzado el fuego

Librodot

compacto. Quizá, de algún modo, había ahuyentado a Lews Therin de su mente.

«Estupendo.» Se detuvo al borde de uno de los jardines del palacio. Los rosales y los farolillos estrella blanca tenían el mismo aspecto ajado por la sequía que el que ofrecían en el palacio del mundo real. En algunas de las agujas de las torres blancas que se elevaban sobre los tejados flameaban enseñas del León Blanco, pero en un abrir y cerrar de ojos cambiaba en cuáles de las torres ondeaban. «Bien, así no tendré que compartir mi mente con...»

Se sentía raro. Incorpóreo. Levantó un brazo y se quedó estupefacto. Podía ver el jardín a través de la manga de la chaqueta y del brazo como a través de una neblina. Una neblina que se estaba difuminando. Miró hacia abajo y vio las piedras del paseo a través de sí mismo.

«¡No!» El pensamiento no fue suyo. Una imagen empezó a cobrar consistencia: un hombre alto, de ojos oscuros, con un semblante marcado por arrugas de preocupación y el pelo más blanco que castaño. «Soy Lews Ther...»

«Soy Rand al'Thor», interrumpió Rand. Ignoraba qué estaba ocurriendo, pero el tenue dragón empezaba a desdibujarse en el etéreo brazo que tenía alzado ante sí. El brazo empezó a adquirir una tonalidad más morena, y los dedos de la mano se hicieron más largos. «Yo soy yo.» Aquello resonó en el vacío como un eco. «Soy Rand al'Thor.»

Se debatió para crear una imagen mental de sí mismo, de plasmar la imagen que contemplaba en el espejo cada mañana mientras se afeitaba, la que veía reflejada en el espejo de cuerpo entero, al vestirse. Fue una lucha frenética. En realidad nunca se había mirado a sí mismo con detenimiento. Las dos imágenes se desdibujaron y se consolidaron alternativamente, la del hombre de más edad con ojos oscuros y la del más joven de ojos azul grisáceos. Poco a poco, la del más joven cobró consistencia mientras que la del mayor se difuminaba. Paulatinamente su brazo fue adquiriendo un aspecto más sólido; el suyo, con el dragón enroscado en él y con la marca de la garza en la palma de la mano. Hubo un tiempo en que había odiado esas marcas, pero ahora, aun estando rodeado por el vacío sin emociones, casi sonrió al verlas.

¿Por qué habría intentado Lews Therin imponerse a él? Para convertirlo en Lews Therin. Estaba seguro de que el hombre de ojos oscuros y semblante afligido era él. ¿Por qué ahora? ¿Porque podía hacerlo en este lugar, fuera lo que fuera? Un momento. Había sido Lews Therin el que había gritado aquel firme «no». No había sido un ataque de Lews Therin, sino de Rahvin; y no había utilizado el Poder. Si el Renegado hubiese estado capacitado para hacer esto en Caemlyn, en la verdadera Caemlyn, lo habría hecho. Tenía que tratarse de alguna habilidad que había adquirido aquí. Y, si Rahvin la había obtenido, quizás él también podría. Era la imagen de sí mismo lo que lo había mantenido, lo que lo había llevado de vuelta antes de desvanecerse por completo.

Contempló fijamente el rosal más próximo, un arbusto de un metro y medio de altura, e imaginó que se hacía progresivamente translúcido, inmaterial. Obedientemente, la planta se difuminó y desapareció; pero, tan pronto como la imagen de su mente se desvaneció también, el rosal cobró consistencia de manera repentina, igual a como era antes.

Rand asintió fríamente. Así pues había límites. Siempre había límites y reglas, y él ignoraba los que regían aquí. Pero conocía el Poder, todo lo que

Librodot

Asmodean le había enseñado y lo que había aprendido por sí mismo, y el *Saidin* lo henchía todavía con toda la dulzura de la vida y toda la corrupción de la muerte. Rahvin tenía que haber estado viéndolo para poder atacarlo; con el Poder era preciso ver aquello sobre lo que uno quería que surtiese efecto o había que saber exactamente dónde estaba en relación con uno mismo con la precisión del grosor de un cabello. Tal vez allí era distinto, pero lo dudaba mucho. Casi deseó que Lews Therin no hubiese vuelto a guardar silencio. Él quizá conocía este lugar y sus reglas.

Los balcones y ventanas se asomaban al jardín, en algunos sitios desde una altura de cuatro pisos. Rahvin había intentado... disolverlo. Absorbió el impetuoso torrente de *Saidin* a través del *angreal*. Del cielo saltaron relámpagos, un centenar de plateados rayos bifurcados que se multiplicaron y se descargaron en cada ventana, en cada balcón. Un atronador estallido sacudió el jardín al volar cascotes en todas direcciones. El propio aire crepitó, y Rand sintió que el vello de los brazos y del pecho se erizaba bajo la camisa. Hasta el cabello empezó a ponérsele de punta. Esperó a que la andanada de rayos se consumiera por sí misma. Aquí y allí se desprendieron trozos de ventanas y balcones rotos, el sonido de su caída apagado por los ecos del atronador estallido que aún resonaban en sus oídos.

Donde antes había ventanas ahora sólo quedaban agujeros. Parecían cuencas vacías de alguna monstruosa calavera, en tanto que los destrozados balcones remedaban bocas abiertas. Si Rahvin había estado en alguno de esos huecos sin duda habría muerto, pero Rand no lo creería hasta que viese el cadáver. Deseaba ver muerto a Rahvin.

Con una mueca que dejaba a la vista sus dientes, un gesto del que no era consciente, Rand regresó al interior del palacio. Quería ver morir a Rahvin.

Nynaeve se lanzó de cabeza al suelo y gateó pasillo adelante cuando algo escindió la pared más próxima. Moghedien se deslizaba tan deprisa como ella, pero si la Renegada no lo hubiese hecho ella la habría arrastrado con el *a'dam*. ¿Sería eso obra de Rand o de Rahvin? Nynaeve había visto haces de luz blanca, de fuego líquido, como ése en Tanchico, y no sentía el menor deseo de encontrarse de nuevo cerca de algo así. Ignoraba qué era y tampoco quería saberlo. «¡Lo que deseo es curar, así se abrasen estos dos malditos hombres! ¡No deseo aprender un extravagante método de matar!»

Se incorporó un poco, en cuclillas, y echó una ojeada en la dirección por la que habían venido. Nada. Un pasillo de palacio desierto; con un corte a lo largo de tres metros en ambas paredes, tan limpio como el que habría hecho el cantero más experto, y fragmentos de tapices caídos en el suelo. Ni señal de ninguno de los dos hombres. Hasta ahora no había vislumbrado ni al uno ni al otro, sólo el resultado de sus acciones. En varias ocasiones había estado a punto de ser ella uno de esos resultados. Menos mal que podía absorber la cólera de Moghedien, filtrando el terror que pugnaba por salir a la superficie. La suya propia era tan ridícula que apenas le habría bastado para percibir la Fuente Verdadera, cuanto menos encauzar el flujo de Energía que la mantenía en el *Tel'aran'rhiod.*

Moghedien estaba de rodillas, doblada, sacudida por las arcadas. Nynaeve apretó los labios. La Renegada había intentado quitarse el *a'dam* otra vez. Su actitud de cooperar voluntariamente había desaparecido no bien descubrieron que Rand y Rahvin estaban en el *Tel'aran'rhiod.* Bien, pues el castigo implícito en el artilugio al intentar soltar ese collar cuando uno lo

Librodot

tenía alrededor de la garganta eran las náuseas y el vómito. Por lo menos a Moghedien ya no le quedaba nada en el estómago.

—Por favor. —La Renegada cogió a Nynaeve por la falda—. Te lo repito, tenemos que marcharnos. —El intenso pánico daba a su voz un timbre angustiado, y se reflejaba claramente en su rostro—. Están aquí en carne y hueso. ¡En carne y hueso!

—Cierra el pico —ordenó Nynaeve, absorta—. A menos que me hayas mentido, eso es una ventaja. Para mí. —La otra mujer afirmaba que estar en el Mundo de los Sueños físicamente limitaba el control del Sueño. O, más bien, no le quedó más remedio que admitirlo una vez que dejó escapar parte de la información. También había admitido que Rahvin no conocía el *Tel'aran'rhiod* tan bien como ella, y Nynaeve confiaba en que eso significara que el Renegado no lo conocía tan bien como ella misma. Que sabía de este mundo más que Rand no le cabía la menor duda. ¡Ese cabezota sin dos dedos de frente! Fuera cual fuese su razón para entrar en pos de Rahvin, no debió permitir que el Renegado lo condujera allí, donde no conocía las reglas, donde los pensamientos podían matar.

—¿Por qué no quieres entender lo que te estoy diciendo? Aun en el caso de que sólo se hubiesen soñado aquí, cualquiera de ellos sería más fuerte que nosotras. Y estando en carne y hueso podrían aplastarnos sin pestañear siquiera. Al estar físicamente pueden absorber *Saidin* en cantidades mucho mayores de lo que nosotras podemos absorber *Saidar* soñando.

—Estamos coligadas. —Nynaeve seguía sin prestarle atención y se dio un fuerte tirón de la trenza. Imposible saber en qué dirección se habían marchado los hombres. Y sin advertencia previa de nada hasta que los viera. Todavía le parecía injusto en cierto modo el que ellos pudiesen encauzar mientras que ella era incapaz de ver o sentir los flujos. Una lámpara de pie que había sido cortada en dos de repente volvía a estar intacta y de repente no, con idéntica rapidez. Aquel fuego blanco debía de ser increíblemente poderoso. Por lo general el *Tel'aran'rhiod* se curaba enseguida de las heridas que se le infligían.

—Estúpida descerebrada —sollozó Moghedien al tiempo que sacudía la falda de Nynaeve con las dos manos—. No importa lo valiente que seas. Estamos coligadas, pero en tus condiciones actuales no contribuyes en nada. Ni una brizna. Sólo contamos con mi fuerza y con tu locura. ¡Están aquí en carne y hueso, no soñando! ¡Están utilizando cosas que ni en tus peores pesadillas has imaginado que existen! ¡Nos destruirán si nos quedamos!

—No levantes la voz —espetó Nynaeve—. ¿Es que quieres atraer a uno de ellos y que se nos eche encima? —Miró a un lado y al otro del pasillo rápidamente, pero el corredor seguía desierto. ¿Había sido eso el apagado sonido de unas botas? ¿Rand o Rahvin? Los dos hombres debían de avanzar con igual cautela, y, estando enzarzado en un combate, Rand podría abatirlas antes de advertir que eran amigas. Bueno, al menos ella lo era.

—Tenemos que irnos —insistió Moghedien, pero bajó el tono de voz. Se puso de pie y torció la boca en un gesto de hosco desafío. El miedo y la ira se retorcían dentro de ella, el primero más intenso que la segunda—. ¿Por qué voy a seguir ayudándote? ¡Esto es una locura!

—¿Acaso prefieres sentir las ortigas otra vez?

Moghedien se encogió, pero sus oscuros ojos traslucían una obstinada tenacidad.

—¿Piensas que prefiero dejar que me maten en lugar de que me hieras?

Librodot

Sí que estás loca. No daré un solo paso más hasta que hayas decidido sacarnos de aquí.

Nynaeve volvió a tirarse de la trenza. Si Moghedien se negaba a caminar tendría que arrastrarla, y ése no era un buen método para buscar en lo que parecían kilómetros de pasillos que todavía tenían por delante. Debería haber sido más dura la primera vez que la mujer había intentado resistirse. De estar en su lugar, Moghedien la habría matado a ella sin vacilación o, si pensaba que tenía alguna utilidad, habría tejido el truco de apoderarse de la voluntad de otra persona haciendo que la adorara. Nynaeve lo había experimentado en sus propias carnes una vez, en Tanchico, y aunque supiera cómo realizarlo dudaba que fuera capaz de hacer tal cosa a nadie. Despreciaba a esta mujer, la odiaba con todo su corazón, pero aunque no la necesitase no podría matarla a sangre fría. El problema era que temía que Moghedien también lo supiera a estas alturas.

Con todo, una Zahorí dirigía el Círculo de Mujeres —aunque el Círculo no estuviese siempre de acuerdo— y éste, a su vez, imponía castigos a las mujeres que quebrantaban la ley o cometían una falta grave contra las costumbres, y también castigaba a los hombres por ciertas transgresiones. Puede que le faltase la sangre fría de Moghedien para matar y para machacar las mentes de las personas, pero...

La Renegada abrió la boca, y Nynaeve se la tapó con una mordaza de Aire; o, más bien, obligó a Moghedien a hacerlo, ya que con el *a'dam* vinculándolas era como encauzar por sí misma, pero la otra mujer sabía que sus conocimientos eran como herramientas en manos de Nynaeve. Los oscuros ojos brillaron de indignación cuando sus propios flujos le dejaron los brazos pegados prietamente contra los costados, y la falda ceñida como una cuerda alrededor de los tobillos. En cuanto al resto, Nynaeve utilizó el *a'dam* del mismo modo que con las ortigas, creando la sensación que quería que experimentara la otra mujer. No era algo real, sino la sensación de realidad.

Moghedien se puso tensa dentro de sus ataduras cuando una correa de cuero pareció descargarse sobre sus nalgas. Ésa sería la impresión que tendría. A través de la correa del *a'dam* transfundió un sentimiento de humillación y afrenta. Y de desprecio. Comparado con sus complejos métodos de hacer daño a la gente, éste parecía propio de una criatura.

—Cuando estés dispuesta a colaborar de nuevo —dijo Nynaeve—, sólo tienes que asentir con la cabeza. —Esto no debía demorarse demasiado; no podía quedarse plantada aquí mientras que Rand y Rahvin trataban de matarse el uno al otro. Si moría el que no debía porque esquivaba el peligro al permitir que Moghedien la retrasase aquí...

Nynaeve rememoró un día, teniendo dieciséis años, poco después de que la consideraran lo bastante mayor para llevar trenzado el cabello. Había robado un budín de pasas a Corin Ayellan por un reto lanzado por Nela Thane, y al salir con el botín por la puerta de la cocina se topó con la señora Ayellan; volcó la rabia y la impotencia experimentadas entonces y las transfundió a través de la correa, condensadas en una única sensación. Los ojos de Moghedien casi se salieron de las órbitas.

Severamente, Nynaeve lo hizo otra vez. «¡No dejaré que me ate corto!» Otra vez. «¡Voy a ayudar a Rand ni que quiera ella ni que no!» Otra vez. «¡Aunque muramos en el empeño!» Otra vez. «Oh, Luz, podría tener razón; Rand podría matarnos antes de darse cuenta de que soy yo.» Otra vez. «¡Luz, detesto tener miedo!» Otra vez. «¡La odio!» Otra vez. «¡La odio!» Otra vez.

Librodot

De repente cayó en la cuenta de que Moghedien estaba sacudiéndose dentro de las ataduras y asintiendo con la cabeza de manera tan violenta que era un milagro que no se le hubiese desprendido del cuello. Durante un instante Nynaeve miró boquiabierta el rostro surcado de lágrimas de la otra mujer y después interrumpió sus ataques y deshizo apresuradamente los flujos de Aire. Luz, ¿qué había hecho? Ella no era como Moghedien.

—¿He de entender con eso que no me darás más problemas? —preguntó.

—Nos matarán —balbució débilmente la Renegada; sus palabras resultaron casi incomprensibles a causa de los sollozos, pero al mismo tiempo asintió en un gesto de aquiescencia.

Nynaeve endureció deliberadamente sus sentimientos. Moghedien merecía todo lo que había recibido y mucho, mucho más. En la Torre una de las Renegadas habría sido neutralizada y ejecutada tan pronto como hubiese concluido el juicio, y para condenarla no haría falta mucha más evidencia aparte de ser quien era.

—Bien. Ahora nos...

Un trueno sacudió todo el palacio, o algo muy semejante a un trueno excepto porque las paredes se estremecieron con una especie de traqueteo y que del suelo se alzó polvo. Nynaeve estuvo a punto de caer encima de Moghedien, y las dos se tambalearon torpemente tratando de mantener el equilibrio. Antes de que la conmoción cesara por completo fue reemplazada por una especie de rugido, como si un fuego monstruoso ascendiera por una chimenea del tamaño de una montaña. Duró sólo un momento, y el silencio que siguió pareció más profundo que antes. No. Se oían botas; un hombre corriendo. El sonido resonaba en el pasillo. Venía del norte.

—Vamos —ordenó Nynaeve al tiempo que apartaba a la otra mujer de un empellón.

Moghedien sollozaba, pero no se resistió a los tirones de la correa que la condujo pasillo adelante. Empero, sus ojos estaban desorbitados, y el ritmo de su respiración era demasiado rápido. Nynaeve pensó que era una suerte tener a Moghedien con ella, y no sólo porque le proporcionara acceso al Poder Único. Después de infinidad de años agazapada en las sombras, la Araña se había vuelto tan cobarde que, en comparación, Nynaeve casi se consideraba valiente. Sólo casi. Ahora era únicamente la rabia que le causaba su propio miedo lo que le permitía conservar intacto aquel pequeño flujo de Energía que la mantenía en el *Tel'aran'rhiod*, porque Moghedien estaba totalmente aterrorizada.

Tirando de la Renegada tras de sí por la brillante correa, Nynaeve apretó el paso en pos del sonido de aquellas otras pisadas que se iban alejando.

Rand entró en el patio redondo cautelosamente. A su espalda, la mitad de aquel círculo de blanco pavimento estaba rodeado por una estructura que se alzaba tres pisos por encima de él; la otra mitad quedaba delimitada por una galería semicircular, sustentada por pálidos fustes de casi cuatro metros de altura que se conectaban con otro jardín por unos paseos de grava a la sombra de árboles bajos y de copas anchas. En el centro, unos bancos de mármol rodeaban un estanque cubierto de nenúfares en el que nadaban peces dorados, blancos y rojos.

De repente los bancos titilaron, ondearon, cambiaron a figuras humanas carentes de rostro, todavía blancas y de apariencia dura como la piedra. Ya sabía lo difícil que resultaba variar algo que Rahvin había

Librodot

alterado. Unos rayos salieron disparados de las puntas de sus dedos e hicieron añicos a los hombres de piedra.

El aire se tornó agua. Atragantado, Rand se esforzó por nadar hacia las columnas; veía el jardín que había detrás. Tenía que haber algún tipo de barrera que impedía que el agua se desbordara a través de ellas. Antes de que pudiera encauzar, unas formas doradas, rojas y blancas nadaron veloces a su alrededor, más grandes que los peces que había vislumbrado en el estanque. Y con dientes. Le lanzaron dentelladas y la sangre manó en volutas enrojecidas. De manera instintiva, Rand manoteó en dirección a los peces, pero la parte fría de él, en lo profundo del vacío, encauzó. El fuego compacto irradió contra la barrera, si es que había alguna, y hacia cualquier lugar en el que pudiese estar Rahvin desde donde tuviera a la vista este patio. El agua giró en violentos remolinos y arrastró a Rand en su impetuosa marcha hacia los túneles excavados por el fuego compacto. Centelleos dorados, blancos y rojos arremetieron contra él, añadiendo nuevas volutas carmesí al agua. Zarandeado, Rand no veía hacia dónde apuntar sus descargas, que relampagueaban en todas direcciones. No le quedaba aire en los pulmones. Trató de pensar en el aire, en que el agua era aire.

Y de pronto lo fue. Cayó con fuerza sobre las piedras del pavimento, entre pequeños pececillos que daban coletazos, rodó sobre sí mismo y se dio impulso para incorporarse de un salto. Todo volvía a ser aire; hasta sus ropas estaban secas. La columnata semicircular cambiaba entre una imagen intacta y otra de un montón de ruinas, con la mitad de los fustes desplomados. Algunos árboles yacían enredados entre sus propios tocones, y después aparecían erguidos, intactos, y a continuación, de nuevo caídos. El palacio, detrás de él, tenía agujeros abiertos en las blancas paredes, uno incluso a través de una alta cúpula dorada, y las rajas cruzaban ventanas, algunas con celosías de piedra. Los daños titilaban, apareciendo y desapareciendo, no con los intermitentes y lentos cambios de antes, sino de manera constante: destrozos, y a continuación ninguno; luego algunos, y después nada, y otra vez todos de nuevo.

Haciendo un gesto de dolor, Rand apretó una mano contra su costado, sobre la vieja herida curada a medias. Le dolía como si los esfuerzos casi la hubieran abierto otra vez. En realidad le dolía todo el cuerpo, herido por una docena o más de mordiscos por los que manaba sangre. Eso no había cambiado. Los desgarrones ensangrentados en su chaqueta y sus calzones continuaban presentes. ¿Habría conseguido cambiar el agua de nuevo en aire, o es que una de sus frenéticas descargas había hecho huir a Rahvin o incluso lo había matado? Daba igual a menos que hubiese ocurrido esto último.

Se enjugó la sangre que le caía en los ojos, y escudriñó las ventanas y balcones que se asomaban alrededor del jardín, y la galería alta, al otro lado. O, mejor dicho, empezó a hacerlo, pero algo atrajo su mirada. Debajo de la columnata se percibían apenas los restos de una urdimbre. Desde la distancia lo identificó como un acceso, pero para saber de qué tipo era y hacia dónde conducía tenía que estar más cerca. Saltó sobre un montón de escombros, que se esfumaron mientras todavía estaba en el aire, en mitad del salto, y a continuación corrió por el jardín esquivando todos los árboles que habían caído sobre el sendero. El residuo de la urdimbre casi había desaparecido; tenía que acercarse lo suficiente antes de que se desvaneciera por completo.

Inopinadamente se fue de bruces al suelo y se arañó las manos al

Librodot

intentar frenar la caída. No vio nada que lo hubiese hecho tropezar. Se sentía mareado, como si le hubiesen golpeado la cabeza. Intentó levantarse, llegar hasta el residuo. Entonces se dio cuenta de que su cuerpo fluctuaba; sus manos se cubrieron de pelo largo, y sus dedos parecieron encogerse, doblarse hacia las manos. Casi eran garras. Una trampa. Rahvin no había huido; el acceso había sido una trampa y él se había metido de lleno en ella.

La desesperación estrujó el vacío mientras Rand se esforzaba por aferrarse a sí mismo, a lo que era. Sus manos. Eran manos. Casi. Se obligó a incorporarse. Tuvo la impresión de que sus piernas estaban dobladas en un ángulo equivocado. La Fuente Verdadera se alejó; el vacío se encogió. El pánico lamió los bordes del vacío. Fuera lo que fuera en lo que Rahvin intentaba cambiarlo, no podía encauzar. El *Saidin* menguó, escabullándose, reduciéndose a un chorrillo a pesar de estar absorbiéndolo a través del *angreal*. Los balcones y la galería alta parecían estar observándolo como ojos vacíos. Rahvin debía de estar en una de aquellas ventanas con enrejado de piedra, pero ¿cuál? Esta vez carecía de la fuerza necesaria para descargar un centenar de rayos. Sólo una descarga, eso era lo que podía conseguir, siempre y cuando lo hiciera enseguida. ¿Cuál ventana? Luchó por ser él mismo, por absorber el *Saidin*, recibiendo con gozo incluso la infección de la contaminación como evidencia de que todavía estaba en contacto con el Poder. Girando sobre sí mismo en un círculo tambaleante, buscando en vano, clamó el nombre de Rahvin. Sonó como el bramido de una bestia.

Tirando de Moghedien, Nynaeve giró en una esquina. Al frente, un hombre desapareció tras el siguiente giro del pasillo, dejando la estela del sonido de sus pasos. Nynaeve no sabía cuánto tiempo llevaba persiguiendo esos pasos. A veces habían dejado de oírse, y no le había quedado más remedio que esperar a que sonaran de nuevo para poder orientarse. En ocasiones, cuando se detenían sucedían cosas; no había visto nada, pero una vez el palacio había resonado como una campana, y en otra ocasión su cabello se erizó cuando el aire se cargó de electricidad; y otra... No importaba. Ésta era la primera vez que había vislumbrado al hombre que llevaba esas botas. No creía que fuera Rand, por la chaqueta negra. Era más o menos de la misma talla, pero más corpulento.

La antigua Zahorí echó a correr sin darse cuenta de lo que hacía. Hacía mucho rato que sus fuertes zapatos se habían convertido en escarpines de terciopelo para no hacer ruido con ellos. Si ella podía oír los pasos del hombre, también él podría oír los suyos. La jadeante respiración de Moghedien sonaba más que sus pisadas.

Nynaeve llegó a la esquina y se asomó cautelosamente. Se preparó para utilizar el *Saidar* —a través de Moghedien, pero era suyo— y encauzar en cualquier momento. No fue necesario, porque el pasillo estaba desierto. A lo lejos, había una puerta en la pared, mientras que la otra tenía ventanas con arabescos de piedra; no creía que el hombre hubiera tenido tiempo de llegar a la puerta. Más cerca, se abría otro corredor a la derecha. Corrió hacia allí y volvió a asomarse con precaución. Nadie. Sin embargo, cerca de la intersección de los pasillos arrancaba una escalera que ascendía en espiral.

Vaciló un instante. Tenía que haber corrido hacia alguna parte. Este corredor conducía de vuelta hacia donde habían venido. No creía que el hombre corriera para huir, lo que sólo dejaba una opción: arriba.

Arrastró a Moghedien tras de sí y empezó a subir lentamente los peldaños, aguzando el oído para captar cualquier ruido aparte de los jadeos,

Librodot

casi histéricos, de la Renegada, y el latido de la sangre en sus oídos. Si se encontraba cara a cara con él... Sabía que estaba allí, un poco más adelante. La sorpresa tenía que jugar a su favor.

Hizo una pausa en el primer rellano. Los pasillos de esta planta eran una copia exacta de los de abajo, y estaban igualmente vacíos, igualmente silenciosos. ¿Habría seguido subiendo el hombre?

La escalera tembló débilmente bajo sus pies como si el palacio hubiese sido alcanzado por el impacto de un colosal ariete, y le siguió otro. Y otro más cuando un haz de fuego blanco atravesó la parte alta de una de las ventanas con enrejado de piedra, se desplazó hacia arriba en ángulo y de repente desapareció en el momento en que empezaba a cortar el techo.

Nynaeve tragó saliva con esfuerzo y parpadeó en un vano intento de librarse de la imagen violeta impresa en la retina de sus ojos. Eso tenía que haber sido obra de Rand intentando alcanzar a Rahvin. Si se acercaba demasiado al Renegado, Rand podría alcanzarla de manera involuntaria. Aunque, si se estaba agitando de ese modo —ésa era la impresión que le había dado a ella, de estar sacudiéndose—, también podría alcanzarla en cualquier parte que estuviera sin ser consciente de ello.

Los temblores habían cesado. Los ojos de Moghedien brillaban de terror. A juzgar por lo que Nynaeve sentía a través del *a'dam* era un milagro que la mujer no estuviese retorciéndose en el suelo, chillando y echando espuma por la boca. También ella se sentía con ganas de gritar, pero se obligó a poner el pie en el primer escalón. Era un camino tan bueno como cualquier otro. Subir el segundo escalón no resultó mucho más fácil, pero lo hizo lentamente; no era menester advertir al hombre de su presencia. El factor sorpresa tenía que jugar a favor de ella. Moghedien la seguía como un perro azotado, tiritando.

A medida que remontaba los peldaños, Nynaeve abrazó el *Saidar* tan firmemente como le fue posible y en toda la medida que Moghedien era capaz de absorber, hasta el punto de que la dulzura del Poder casi resultó dolorosa. Aquello era una advertencia. Si tomaba más estaría rozando el límite que superaba sus posibilidades, el punto en que podría neutralizarse a sí misma, consumir su habilidad de encauzar en una llamarada. O quizá despojar de esa capacidad a Moghedien, teniendo en cuenta las circunstancias. O a ambas. En cualquiera de los casos, ahora sería un desastre. Empero, aguantó en ese límite, la... vida... que la colmaba. Tenía acumulado dentro de sí tanto *Saidar* como el que habría podido absorber si hubiera estado encauzando por sí misma. Moghedien y ella tenían una fuerza muy pareja en el Poder, como había quedado demostrado en Tanchico. ¿Sería suficiente? Moghedien insistía en que los hombres eran más fuertes, al menos Rahvin, a quien la Renegada conocía bien, y no parecía muy probable que Rand hubiese sobrevivido tanto tiempo a menos que fuera igualmente poderoso. Qué gran injusticia que los hombres no sólo fueran más fuertes físicamente, sino también en el Poder. Las Aes Sedai de la Torre siempre decían que habían sido iguales. Sólo que no...

Estaba divagando. Respiró profundamente y tiró de Moghedien para subir los últimos peldaños del tramo; la escalera acababa allí.

El pasillo se encontraba desierto, así que se encaminó a la intersección con el corredor lateral y se asomó. Allí estaba, un hombre alto vestido de negro, con el cabello oscuro excepto los mechones canosos de las sienes, que escudriñaba a través del enrejado de piedra de una ventana, observando algo allí abajo, en el patio. En su rostro se advertía el brillo del sudor a

Librodot

causa del esfuerzo, pero parecía estar sonriendo. Era un rostro bello, tanto como el de Galad, pero Nynaeve no sintió que los latidos de su corazón se aceleraran al contemplarlo.

Fuera lo que fuera lo que estaba observando —¿tal vez a Rand?— lo tenía totalmente absorto, pero Nynaeve no le dio ocasión de que advirtiera su presencia. Tal vez era Rand el que estaba abajo. Ignoraba si el Renegado estaba encauzando o no. Inundó el pasillo alrededor del hombre con fuego, de pared a pared, del suelo al techo, volcando en ello todo el *Saidar* que había dentro de ella, un fuego tan abrasador que la propia piedra echó humo. El calor la hizo recular bruscamente.

Rahvin aulló en medio de aquella llamarada —era una sola llama— y retrocedió tambaleándose hacia donde el pasillo se convertía en una galería con columnas. Un breve segundo, menos, mientras ella se encogía, y el Renegado se puso erguido de nuevo, aún rodeado de la llamarada pero envuelto en una especie de burbuja de aire puro. Hasta la última brizna de *Saidar* que Nynaeve podía encauzar iba dirigida a aquel infierno, pero el hombre lo mantenía a raya. Lo veía a través del fuego a pesar del tono rojizo que le daba a todo; salía humo de su chaqueta chamuscada y su semblante era un despojo abrasado, con uno de los globos oculares completamente blanco. Empero, ambos ojos rebosaban malevolencia cuando se volvieron hacia ella.

No le llegó ninguna emoción a través de la correa del *a'dam*, sólo un profundo embotamiento. Nynaeve sintió un nudo en el estómago; Moghedien se había rendido. Y lo había hecho porque allí estaba la muerte, aguardándolas.

El fuego estalló a través del enrejado de piedra de las ventanas encima de Rand; las ardientes lenguas asomaron por cada arabesco y se propagaron hacia la galería. En el mismo momento, la lucha desatada en su interior cesó de golpe. Volvió a ser él mismo tan repentinamente que casi resultó una conmoción. Había tratado con desesperación de absorber *Saidin*, de resistir aferrándose a aquel minúsculo hilillo, y ahora penetró impetuoso en él como si se tratara de una avalancha de fuego y hielo tan intensa que sintió flaquearle las rodillas, mientras el vacío fluctuaba por las arremetidas del dolor que intentaba traspasar sus límites como un torno.

Rahvin salió a la galería trastabillando de espaldas, el rostro vuelto hacia algo que había dentro del pasillo. El Renegado estaba envuelto en una llamarada, pero de algún modo se mantenía erguido, como si el fuego no lo tocara. Si tal cosa era así ahora, no había ocurrido de la misma forma antes. Únicamente la constitución del hombre, la imposibilidad de que fuese algún otro, le daba a Rand la certeza de que se trataba de él. El Renegado era un amasijo de carne tan chamuscada, ampollada y agrietada que cualquier Curadora que hubiese querido sanarlo habría acabado exhausta. El dolor tenía que haber sido horroroso, excepto que Rahvin debía de estar dentro del vacío interior de aquel despojo de hombre, envuelto en esa nada en la que el dolor corporal es distante y donde se tiene el *Saidin* al alcance de la mano.

El Poder Único henchía a Rand, que lo soltó de golpe, y no para curar.

—¡Rahvin! —gritó, y el fuego líquido salió disparado de sus manos: un haz de luz líquida más grueso que un hombre, impulsado por todo el Poder que fue capaz de absorber.

Alcanzó de lleno al Renegado, y Rahvin dejó de existir. En Rhuidean, los Sabuesos del Oscuro se convirtieron en motas luminosas antes de

Librodot

desaparecer, por su afán de aferrarse a fuera cual fuese el tipo de vida que intentaban prolongar o por el esfuerzo del Entramado para mantenerse inalterable incluso para ellos. Ante esto, Rahvin simplemente... se extinguió.

Rand interrumpió el fuego compacto y apartó un poco el *Saidin*. Parpadeó, tratando de borrar la imagen purpúrea grabada en su retina, y alzó la vista hacia el agujero abierto en la balaustrada de mármol, a los restos de una columna que colgaba como un colmillo, y al orificio correspondiente en el techo del palacio. No se produjo fluctuación alguna, como si lo que había hecho fuera demasiado fuerte incluso para que este lugar lo reparara. Después de todo lo ocurrido casi parecía demasiado fácil; quizá quedaba algo allí arriba que lo convenciera de que Rahvin estaba realmente muerto. Corrió hacia una puerta.

Frenética, Nynaeve empleó toda su fuerza en tratar de mantener cerrada la llamarada alrededor de Rahvin. Se le ocurrió que debería haber utilizado rayos. Iba a morir; aquellos ojos horribles estaban fijos en Moghedien, no en ella, pero la muerte la alcanzaría también al mismo tiempo.

Un haz de fuego líquido segó la balaustrada de la galería, tan abrasador que, en comparación, la llama creada por ella parecía una bocanada fresca. La impresión hizo que soltara la urdimbre y alzó una mano para protegerse la cara, pero cuando todavía no había acabado de levantarla el fuego líquido desapareció. Y también Rahvin. No creía que hubiese escapado. Sólo había durado un instante; había sido tan fugaz que podría haberlo imaginado cuando aquel haz blanco lo tocó y el Renegado se convirtió en... neblina. Sólo un segundo. A lo mejor lo había imaginado, pero no lo creía. Inhaló con un estremecimiento.

Moghedien se cubría el rostro con las manos y sollozaba, temblorosa. La emoción que Nynaeve percibía a través del *a'dam* era un alivio tan inmenso que sofocaba todo lo demás.

Unos pasos precipitados sonaron en el tramo inferior de la escalera.

Nynaeve giró velozmente sobre sí misma y dio un paso hacia el hueco espiral de la escalera. Se sorprendió al reparar en que estaba absorbiendo *Saidar* al máximo, preparándose para un enfrentamiento.

La sorpresa desapareció cuando vio aparecer a Rand subiendo los escalones. No era como lo recordaba; sus rasgos eran los mismos, pero el gesto era duro, y los ojos tan fríos como azules fragmentos de hielo. Los desgarrones ensangrentados en la chaqueta y pantalones, la sangre del rostro, estaban en consonancia con su semblante.

Por su expresión, a Nynaeve no la había sorprendido que matara a Moghedien allí mismo en el instante en que descubriera quién era. Y reconocería el *a'dam*. Ella todavía podía utilizar a la Renegada para algunas cosas, de modo que, sin pensarlo más, lo cambió, haciendo que desapareciera la correa y dejando únicamente el brazalete plateado en su muñeca y el collar en la garganta de Moghedien. Tuvo un momento de pánico cuando comprendió lo que había hecho; después suspiró al comprobar que todavía percibía a la otra mujer. Funcionaba exactamente como había dicho Elayne. A lo mejor Rand no lo había visto, ya que ella se encontraba entre Moghedien y él, y la correa había colgado a su espalda. Rand sólo miró de pasada a la Renegada.

—Al pensar en esas llamas que salieron de aquí arriba se me ocurrió que quizás eras tú o... ¿Qué es este sitio? ¿Es aquí donde os reunís con

Librodot

Egwene?

Nynaeve alzó los ojos hacia él e intentó no tragar saliva. Qué frialdad la de su rostro.

—Rand, las Sabias dicen que lo que has hecho, lo que estás haciendo, es peligroso, incluso maligno. Dicen que uno pierde parte de sí mismo si viene aquí en carne y hueso, una parte de lo que lo hace humano.

—¿Es que las Sabias lo saben todo? —Pasó junto a ella y se quedó contemplando fijamente la galería—. Yo solía pensar que las Aes Sedai lo sabían todo. En cualquier caso, no importa. Ignoro hasta qué punto el Dragón Renacido puede permitirse el lujo de ser humano.

—Rand, yo... —No sabía qué decir—. Ven, deja que te cure al menos.

Se quedó inmóvil para que Nynaeve alzara las manos y cogiera entre ellas su cabeza. La antigua Zahorí tuvo que reprimir un gesto de sobresalto. Las heridas recientes no eran graves, sólo numerosas —¿qué sería lo que lo había mordido?; porque habría jurado que eran dentelladas—, pero la vieja herida del costado, la que nunca había sanado del todo, era como pozo negro de oscuridad lleno de lo que supuso era la infección del *Saidin*. Encauzó los complejos flujos de Aire, Agua y Energía —incluso Fuego y Tierra en pequeñas cantidades— que requería la Curación. Él no gritó ni se sacudió; ni siquiera parpadeó. Se estremeció, pero eso fue todo. Luego la agarró por las muñecas y le retiró las manos de su cara, cosa a la que Nynaeve no opuso la menor resistencia. Las heridas recientes habían desaparecido, hasta el último arañazo, contusión o dentellada, pero no así la vieja herida. Ahí no se había producido cambio alguno. Cualquier cosa aparte de la muerte tendría que ser curable, incluso eso. ¡Cualquier cosa!

—¿Ha muerto? —inquirió quedamente él—. ¿Lo viste morir?

—Sí, Rand, está muerto. Lo vi.

—Bien. Pero todavía quedan más, ¿verdad? Otros... Elegidos.

Nynaeve percibió una punzada de miedo en Moghedien, pero no miró hacia atrás.

—Rand, debes marcharte. Rahvin ha muerto, y este lugar es peligroso para ti estando físicamente en él. Debes irte, y no volver jamás en carne y hueso.

—De acuerdo, me iré.

No hizo nada que ella pudiera ver o percibir —como era de esperar— pero durante un instante le pareció que la galería detrás de él se... doblaba en cierto sentido, aunque no sufrió ningún cambio aparente. Excepto que... Nynaeve parpadeó. Detrás de Rand no había la mitad de una columna colgando como un colmillo, ni ningún agujero en la balaustrada de mármol.

—Dile a Elayne... —añadió Rand como si no hubiese ocurrido nada—. Pídele que no me odie. Pídele que... —Su rostro se crispó en un gesto de dolor, y por un instante Nynaeve vio de nuevo al muchacho que había conocido, transido de pesar como si le estuvieran arrancando algo precioso para él. Alargó la mano con intención de consolarlo, pero él retrocedió un paso, recobrada la expresión pétrea e impasible—. Lan tenía razón. Dile a Elayne que me olvide, Nynaeve. Dile que he encontrado a otra a quien amar y que no queda lugar en mi corazón para ella. Él me encargó que te comunicara lo mismo. Lan también ha encontrado a otra, y dijo que tienes que olvidarlo. Sería mejor no haber nacido que amar a cualquiera de nosotros.

Volvió a retroceder, esta vez tres largas zancadas, y la galería —una parte de ella— pareció girar junto con él de un modo que producía vértigo, y

Librodot

el joven desapareció.

Nynaeve siguió mirando fijamente el lugar donde había estado, no a la esporádica reaparición de los daños ocasionados en la galería. ¿Que Lan le había encargado que le dijese eso?

—Un hombre... notable —musitó Moghedien—. Un hombre muy, muy peligroso.

Nynaeve volvió la vista hacia ella. Algo nuevo le llegaba a través del brazalete. El miedo seguía allí, pero amortiguado por... Expectación era el mejor término para describirlo.

—Mi colaboración ha sido útil, ¿verdad? —inquirió la Renegada—. Rahvin, muerto, y Rand al'Thor, salvado. Ninguna de las dos cosas habrían sido posible sin mí.

Ahora lo entendía Nynaeve. Más que expectación, esperanza. Antes o después ella tendría que despertar y el *a'dam* se desvanecería, así que Moghedien trataba de recordarle su ayuda —como si no se la hubiese arrancado a viva fuerza— por si acaso ella estaba reuniendo valor para matarla antes de salir del *Tel'aran'rhiod*.

—Es hora de que yo también me marche —anunció. El semblante de Moghedien no se alteró, pero el miedo, así como la esperanza, se intensificaron. Una copa grande de plata apareció en la mano de Nynaeve, aparentemente llena de té—. Bebe esto.

—¿Qué es? —La Renegada reculó.

—Ningún veneno. Si mi propósito fuera matarte podría hacerlo fácilmente sin necesidad de esto. Después de todo, lo que te ocurra aquí también es real en el mundo de vigilia. —Ahora la esperanza era mucho más fuerte que el miedo—. Te hará dormir un sueño muy profundo. Demasiado profundo para tocar el *Tel'aran'rhiod*. Es una planta llamada horcaria.

Moghedien cogió lentamente la copa.

—¿Para que no pueda seguirte? No me opondré. —Echó la cabeza hacia atrás y bebió hasta dejar vacía la copa.

Nynaeve la observó intensamente. Esa cantidad debería causar un efecto rápido. Sin embargo, un ramalazo de crueldad la hizo hablar, a sabiendas de que era cruel y sin importarle lo más mínimo. Moghedien no debería disfrutar de un descanso reposado nunca.

—Sabías que Birgitte no estaba muerta. —La Renegada entornó ligeramente los ojos—. Sabías quién era Faolain. —Los ojos de la mujer hicieron intención de abrirse de par en par, pero la bebida narcótica ya surtía efecto en ella. Nynaeve percibía cómo se extendían los síntomas de la horcaria. Se concentró en Moghedien, que estaba retenida allí en el *Tel'aran'rhiod*. Nada de un sueño tranquilo para una Renegada—. Y también sabías quién es Siuan, que antes ocupaba el cargo de Sede Amyrlin. Nunca lo mencioné en el *Tel'aran'rhiod*. Jamás. Te veré pronto, en Salidar.

Los ojos de Moghedien giraron en las órbitas y se pusieron en blanco. Nynaeve no estaba segura de si era por la horcaria o porque se había desmayado, pero le daba igual. Soltó a la otra mujer y Moghedien desapareció instantáneamente. El collar de plata sonó con fuerza al caer en las baldosas. Al menos Elayne se alegraría al saber lo del *a'dam*.

Nynaeve salió del sueño.

Rand trotó por los pasillos del palacio. Le pareció que había menos daños de lo que recordaba, pero en realidad no se fijó demasiado. Salió al gran patio principal. Ráfagas de Aire empujaron los altos portones con tal

Librodot

violencia que casi los arrancaron de los goznes. Al otro lado se abría una inmensa plaza ovalada, así como lo que había estado buscando: trollocs y Myrddraal. Rahvin había muerto y los otros Renegados estaban en alguna otra parte, pero había trollocs y Myrddraal para matar en Caemlyn.

Estaban luchando, una horda arremolinada de cientos de ellos, quizá miles, rodeando algo que no alcanzaba a ver a través de las apretadas filas de armaduras negras y de los Myrddraal montados a caballo. Logró atisbar brevemente su estandarte carmesí en medio de la oscura horda. Algunos giraron la cabeza hacia palacio al oír el estruendo de las grandes puertas, casi arrancadas de cuajo.

Empero, Rand se paró en seco. Numerosas bolas de fuego se descargaban sobre la apiñada masa de negras armaduras, y trollocs ardiendo yacían por doquier. Imposible.

Sin permitirse albergar esperanza ni pensar, encauzó. Haces de fuego compacto saltaron de sus manos tan deprisa como era capaz de urdirlos, más finos que su dedo meñique, y que interrumpía tan pronto como alcanzaban su diana. Eran mucho menos poderosos que el que había utilizado contra Rahvin al final e incluso que cualquiera de los que le había arrojado al Renegado, pero no podía arriesgarse a lanzar uno que atravesara la horda y alcanzara a los que estaban atrapados en el centro de la tropa de trollocs. Tampoco importó demasiado. El primer Myrddraal tocado por el haz pareció invertir los colores, se convirtió en una forma oscura vestida de blanco, y después se redujo a motitas brillantes que desaparecieron mientras su caballo huía espantado. Trollocs, Myrddraal, todos los que se volvieron hacia él tuvieron el mismo final, y entonces empezó a pasar la guadaña por las filas de los que todavía seguían mirando hacia el otro lado, de modo que una constante nube de polvo brillante pareció llenar el aire, renovada al mismo ritmo que se evaporaba.

No podían resistir semejante ataque. Los gritos bestiales de furia dieron paso a aullidos de miedo, y huyeron en todas direcciones excepto en la que estaba él. Rand vio que un Myrddraal que intentaba hacerlos regresar acababa arrollado y pisoteado, tanto él como su montura, pero los restantes espolearon sus caballos para huir.

Rand los dejó marchar. Estaba demasiado ocupado observando fijamente a los velados Aiel que irrumpían del cerco blandiendo lanzas y grandes cuchillos. Era uno de ellos quien llevaba el estandarte; los Aiel no llevaban banderas, pero éste, con un trozo de la cinta roja asomando debajo del *shoufa*, sí lo hacía. También se sostenían combates en algunas de las calles que arrancaban de la plaza. Aiel contra trollocs. Ciudadanos contra trollocs. Incluso hombres con armaduras y uniformes de la Guardia Real contra trollocs. Por lo visto, a algunos que no habían sentido escrúpulos de matar a una reina les asqueaban los trollocs. Rand sólo lo advirtió por encima, sin embargo. Buscaba, afanoso, entre los Aiel.

Allí. Una mujer con blusa blanca que remangaba las amplias faldas con una mano mientras apuñalaba a un trolloc que huía con un cuchillo corto; un momento después, las llamas envolvían a la figura con hocico de oso.

—¡Aviendha! —Rand no fue consciente de que iba corriendo hasta que gritó—. ¡Aviendha!

Y allí estaba Mat, con la chaqueta desgarrada y la hoja corta de su lanza teñida de sangre, apoyado en el negro astil y contemplando la huida de los trollocs, satisfecho de dejar que fueran otros quienes se ocuparan de luchar ahora que era posible. Y Asmodean, sosteniendo torpemente la

Librodot

espada e intentando mirar a todas partes al mismo tiempo por si acaso algún trolloc decidía regresar. Rand percibió el *Saidin* en el hombre, aunque muy débil; no creía que Asmodean hubiese luchado gran cosa con aquella espada.

Fuego compacto. El fuego compacto que abrasaba un hilo del Entramado. Cuanto más fuerte fuera el haz, más atrás llegaba la quemadura del hilo. Y lo que quiera que esa persona hubiese hecho, ya no había ocurrido. Le importaba poco si su último ataque a Rahvin había abrasado la mitad del Entramado. No si el resultado era éste.

Se dio cuenta entonces de que las lágrimas corrían por sus mejillas; soltó el *Saidin* e hizo desaparecer el vacío. Quería sentir esto.

—¡Aviendha! —La levantó en vilo y empezó a dar vueltas con ella mientras la muchacha lo miraba como si se hubiese vuelto loco. Aunque no quería soltarla en el suelo lo hizo, porque así podía abrazar a Mat. O intentarlo, ya que su amigo lo rechazó.

—¿Qué te pasa? Cualquiera diría que creías que estábamos muertos. Aunque no faltó mucho. ¡El cargo de general tiene que ser algo más seguro que esto!

—Estáis vivos. —Rand se echó a reír. Apartó el cabello que caía sobre la frente de Aviendha, que había perdido el pañuelo que solía ceñir sus sienes, de manera que los mechones se desparramaban sobre sus hombros—. Me siento feliz porque estáis vivos, eso es todo.

Volvió a mirar la plaza y su júbilo se ensombreció. Nada podía borrar su alegría, pero menguó al reparar en los cadáveres tendidos allí donde los Aiel habían presentado resistencia. Demasiados de esos cuerpos no eran lo bastante grandes para pertenecer a hombres. Allí estaba Lamelle, sin velo y sin la mitad de la garganta; nunca volvería a prepararle sopa. Pevin, con las dos manos crispadas sobre el astil, grueso como una muñeca, de una lanza trolloc que le atravesaba el pecho, y en su rostro la primera expresión que Rand veía: sorpresa. El fuego compacto había burlado a la muerte para sus amigos, pero no para otros. Demasiados. Demasiadas Doncellas.

«Goza de lo que tienes. Regocíjate por lo que puedes salvar, y no llores la muerte de tu gente demasiado tiempo.» No era un pensamiento suyo, pero aun así lo asumió. Parecía un buen sistema para evitar volverse loco antes de que la infección del *Saidin* lo condujera a la demencia.

—¿Dónde fuiste? —demandó Aviendha, pero no enfadada. En todo caso, parecía aliviada—. En un momento estabas aquí y al siguiente habías desaparecido.

—Tenía que matar a Rahvin —respondió quedamente. Ella abrió la boca, pero Rand posó los dedos sobre los labios de la joven para acallarla y después la apartó sin brusquedad. «Goza de lo que tienes»—. Dejémoslo así. Está muerto.

Bael llegó cojeando, con el *shoufa* todavía envuelto en la cabeza pero el velo colgando sobre su pecho. Tenía sangre en un muslo, y también la punta de la única lanza que le quedaba estaba enrojecida.

—Los Jinetes de la Noche y los Engendros de la Sombra huyen, *Car'a'carn*. Algunos hombres de las tierras húmedas se unieron a la danza contra ellos, incluso algunos de los hombres de armadura, aunque al principio danzaron contra nosotros —informó el jefe Aiel.

Sulin estaba detrás de él, retirado el velo; un feo tajo sanguinolento le cruzaba la mejilla.

—Perseguidlos y acabad con ellos, cueste el tiempo que cueste —ordenó

Librodot

Rand, que echó a andar sin saber bien hacia dónde siempre y cuando fuera lejos de Aviendha—. No quiero que merodeen libremente por la campiña. Y vigilad a los soldados de la guardia. Más tarde aclararé quiénes de ellos eran hombres de Rahvin y quiénes... —Siguió caminando mientras hablaba, sin mirar atrás. «Goza de lo que tienes.»

Librodot

CAPÍTULO 28

Ascuas ardientes

La alta ventana tenía hueco de sobra para que Rand estuviera de pie en ella, quedando todavía el dintel muy por encima de su cabeza y un espacio de medio metro a cada lado de los hombros. Con las mangas de la camisa remangadas, Rand contemplaba desde tan ventajosa posición uno de los jardines de palacio. Aviendha movía una mano en el agua del pilón de piedra roja de la fuente, todavía intrigada con que hubiera tanta cantidad de agua sin más propósito que contemplarla y mantener vivos unos peces ornamentales. Al principio se había indignado sobremanera cuando Rand le dijo que no podía ir persiguiendo trollocs por las calles. De hecho, dudaba que la muchacha hubiese estado en esos momentos allá abajo, sentada tranquilamente, si no hubiera sido por la callada guardia de Doncellas que Sulin creía que él no había advertido. Y se suponía que tampoco debía de haber oído a la Doncella de cabello blanco recordarle a la joven que ya no era *Far Dareis Mai* y que aún no había llegado a la categoría de Sabia. Sin chaqueta, pero con el sombrero calado para resguardarse del sol, Mat se encontraba sentado en el borde del pilón, charlando con ella. Sin duda intentaba sonsacarle lo que sabía respecto a si los Aiel estaban impidiendo que la gente se marchara de la ciudad; aun en el caso de que Mat decidiese aceptar su sino, Rand no creía probable que su amigo dejara de protestar nunca por ello. Asmodean se había sentado en un banco, a la sombra de una variedad de arrayán rojo, y tocaba el arpa. Rand se preguntó si el hombre sabría lo que había ocurrido o si lo sospechaba. No tendría que recordarlo —para él, no había sucedido nunca— pero ¿quién estaba seguro de lo que un Renegado sabía o era capaz de discernir?

Un educada tosecilla lo sacó de su absorta contemplación y lo hizo mirar hacia atrás.

La ventana a la que Rand se había encaramado estaba a más de dos metros del suelo, en la pared oeste del salón del trono, donde las reinas de Andor habían recibido embajadas y pronunciado dictámenes durante más de mil años. Era el único lugar en el que creyó que podría observar a Mat y Aviendha sin ser visto ni molestado. A ambos lados del salón se sucedían hileras de columnas blancas de quince metros de altura. La luz que entraba por los altos ventanales de las paredes se mezclaba con la de colores que penetraba a través de las grandes cristaleras del techo en arco, en las que el León Blanco se alternaba con representaciones de las primeras soberanas del reino y escenas de grandes victorias andoreñas. Ni Enaila ni Somara parecían impresionadas por tal magnificencia.

Rand bajó del ventanal descolgándose por el antepecho.

—¿Hay noticias de Bael?

—La caza de trollocs continúa —repuso Enaila a la par que se encogía de hombros. Por su tono, a la diminuta mujer le habría gustado formar parte de ello. La gran estatura de Somara hacía que pareciese más baja en comparación—. Algunos de los vecinos de la ciudad están ayudando, pero la

mayoría permanecen escondidos. Las puertas de la ciudad están cerradas y guardadas, así que ninguno de los Engendros de la Sombra escapará, creo, pero me temo que algunos de los Jinetes de la Noche sí podrán hacerlo.

No era tarea sencilla matar a los Myrddraal y tampoco acorralarlos. A veces resultaba fácil dar crédito a lo que contaban los viejos relatos sobre que cabalgaban las sombras y podían desaparecer al girarse de lado.

—Te hemos traído un poco de sopa —dijo Somara mientras señalaba con su rubia cabeza la bandeja de plata, cubierta con un paño de rayas, que había sobre las gradas en las que se alzaba el Trono del León. El solio tallado y dorado, con el remate de las patas imitando las grandes garras del felino, era un inmenso sillón en lo alto de cuatro escalones de mármol, con una tira de alfombra roja que conducía hasta él. El León de Andor, realizado con piedras de luna sobre un campo de rubíes, debía de haber quedado por encima de la cabeza de Morgase cuando la reina ocupaba ese asiento—. Aviendha dice que hoy no has comido nada todavía. Es la sopa que Lamelle solía prepararte.

—Supongo que nadie de la servidumbre ha regresado —musitó Rand—. ¿Alguno de los cocineros, quizá? ¿Un pinche?

Enaila sacudió la cabeza con desprecio. Cumpliría su plazo como *gai'shain* con buena disposición si alguna vez llegaba el caso, pero la idea de alguien dedicado a servir toda su vida le asqueaba.

Rand subió las gradas y se agachó para retirar el paño. Encogió la nariz; fuera la que fuera quien lo había preparado no era mejor cocinera de lo que Lamelle lo había sido. El sonido de los pasos de unas botas de hombre entrando en el salón le proporcionó una excusa para darle la espalda a la bandeja. Con un poco de suerte, no tendría que comérselo.

El hombre que se acercaba por las baldosas rojas y blancas no era andoreño ciertamente a juzgar por la corta chaqueta gris y aquellos pantalones de pliegues metidos en las botas, que llevaba dobladas por la rodilla. Esbelto y sólo un palmo más alto que Enaila, tenía una nariz ganchuda y ojos rasgados y oscuros. Su negro cabello tenía pinceladas grises, y lucía un espeso bigote que caía a ambos lados de su ancha boca. Se paró para echar la pierna hacia atrás y hacer una breve reverencia, sujetando con elegancia la curva espada que llevaba a la cadera a despecho del incongruente detalle de sostener dos copas de plata en una mano y un jarro de arcilla sellado en la otra.

—Disculpad mi intromisión —dijo—, pero no había nadie para anunciarme. —Sus ropas serían sencillas e incluso desgastadas por los viajes, pero metido en el talabarte llevaba lo que parecía una vara de marfil coronada por una cabeza de lobo dorada—. Soy Davram Bashere, mariscal de Saldaea. He venido para hablar con el lord Dragón, quien según los rumores que corren por la ciudad se encuentra aquí, en el Palacio Real. ¿Me equivoco al suponer que me estoy dirigiendo a él? —Sus ojos se desviaron fugazmente hacia los relucientes dragones rojos y dorados enroscados en los antebrazos de Rand.

—Soy Rand al'Thor, lord Bashere. El Dragón Renacido. —Enaila y Somara se habían situado entre el hombre y él, ambas con una mano sobre la empuñadura de sus largos cuchillos, prestas para ponerse el velo en cualquier momento—. Me sorprende encontrar a un lord saldaenino en Caemlyn, y mucho más que desee hablar conmigo.

—A decir verdad, vine a Caemlyn para hablar con Morgase, pero me fueron dando largas los lameculos de lord Gaebril. ¿O debería decir del rey

Gaebril? Por cierto, ¿sigue vivo? —El tono de Bashere traslucía que dudaba tal cosa y que no le importaba si era así o no. Siguió sin hacer pausa alguna—. Mucha gente de la ciudad afirma que Morgase también está muerta.

—Ambos lo están —confirmó fríamente Rand. Tomó asiento en el trono, con la cabeza recostada en el León de Andor de piedras de luna. El solio se había hecho pensando en el tamaño de una mujer—. Yo maté a Gaebril, pero no a tiempo de evitar que asesinase a Morgase.

—Entonces, ¿he de aclamar pues al rey Rand al'Thor? —inquirió Bashere enarcando una ceja.

Rand se echó hacia adelante con actitud irritada.

—Andor ha tenido siempre una reina, y sigue siendo así. Elayne era la heredera del trono, de modo que, habiendo muerto su madre, ella es la actual soberana. Desconozco el protocolo establecido, así que quizá tenga que ser coronada en primer lugar, pero en lo que a mí respecta, ella ya es reina. Yo soy el Dragón Renacido, y eso es todo cuanto deseo, y más. ¿Qué es lo que queréis de mí, lord Bashere?

Si su ira alteró poco o mucho a Bashere, el hombre no dio señales de ello. Aquellos ojos rasgados observaban a Rand con profunda atención, pero no con inquietud.

—La Torre Blanca permitió escapar a Mazrim Taim, el falso Dragón. —Hizo una pausa y luego prosiguió cuando Rand no hizo ningún comentario—. La reina Tenobia no quería que hubiera nuevos tumultos en Saldaea, de modo que se me encomendó la tarea de darle caza otra vez y matarlo. Lo seguí hacia el sur durante muchas semanas. No temáis que haya entrado en Andor con un ejército extranjero. Excepto una escolta de diez soldados, he dejado acampado al resto en el Bosque de Braem, bastante al norte de cualquier frontera que Andor haya marcado en los últimos doscientos años. Sin embargo, Taim está en Andor, de eso no me cabe duda.

Rand volvió a recostarse en el respaldo, vacilante.

—No podéis tener a Taim, lord Bashere.

—¿Puedo preguntaros por qué no, milord Dragón? Si deseáis emplear Aiel para apresarlo, no pondré ninguna objeción. Mis hombres permanecerán en el Bosque de Braem hasta mi regreso.

Rand no tenía intención de revelar esta parte de su plan tan pronto. El retraso podría ser perjudicial, pero se había propuesto tener antes un firme dominio sobre las naciones. Empero, tal vez aquél era un buen momento para hacerlo público.

—Voy a anunciar una amnistía. Yo puedo encauzar, lord Bashere, así pues ¿por qué se ha de perseguir y matar o amansar a otros hombres por el hecho de tener la misma capacidad que yo? Anunciaré que cualquier varón dotado con la habilidad de tocar la Fuente Verdadera y que desee aprender, puede acudir a mí y gozar de mi protección. La Última Batalla se aproxima, lord Bashere. Probablemente no haya tiempo para que ninguno de nosotros se vuelva loco antes, y, en cualquier caso, no estoy dispuesto a desperdiciar a ningún hombre por ese posible riesgo. Cuando los trollocs salieron de la Llaga en la Guerra de los Trollocs, marcharon dirigidos por los Señores del Espanto, hombres y mujeres que utilizaban el Poder en nombre de la Sombra. Volveremos a enfrentarnos a lo mismo en el Tarmon Gai'don. Ignoro cuántas Aes Sedai estarán de mi lado, pero no rechazaré a ningún hombre que encauce si va a unirse a mis filas. Mazrim Taim es mío, lord Bashere, no vuestro.

Librodot

—Entiendo. —Fue un monosílabo tajante—. Habéis tomado Caemlyn, y he oído que Tear es vuestro y que Cairhien lo será pronto si no lo es ya. ¿Pretendéis conquistar el mundo con vuestros Aiel y vuestro ejército de hombres que encaucen el Poder Único?

—Si es preciso, sí —replicó Rand con igual rotundidad—. Recibiré de buen grado como aliado a cualquier dirigente que me reciba de buen grado a mí, pero hasta el momento sólo he encontrado intrigas para obtener poder o abierta hostilidad. Lord Bashere, hay anarquía en Tarabon y Arad Doman, y Cairhien no les anda muy a la zaga. Amadicia tiene en su punto de mira a Altara. Los seanchan... Quizás hayáis oído rumores sobre ellos en Saldaea. Bien, pues, los peores seguramente son ciertos. Como decía, los seanchan, al otro lado del mundo, tienen los ojos puestos en todos nosotros. La humanidad está enzarzada en sus propias luchas mezquinas teniendo el Tarmon Gai'don en el horizonte. Necesitamos paz. Necesitamos tiempo antes de que lleguen los trollocs, antes de que el Oscuro se libere de su prisión, tiempo para prepararnos. Y, si el único modo que tengo para encontrar ese tiempo, esa paz para el mundo, es imponiéndola, lo haré. No quisiera verme obligado a ello, pero lo haré.

—He leído *El Ciclo Karaethon* —repuso Bashere. Sujetó las copas debajo del brazo un momento, mientras rompía el sello de cera del jarro, y las llenó de vino—. Y, lo que es más importante, la reina Tenobia ha leído también *Las Profecías*. No puedo hablar en nombre de Kandor, Arafel o Shienar; sin embargo, creo que se aliarán con vos. No hay un solo niño en las Tierras Fronterizas que no sepa que la Sombra aguarda en la Llaga para caer sobre nosotros. Con todo, no puedo hablar en su nombre. —Le tendió una copa a Enaila, quien la observó con suspicacia, pero subió las gradas para entregársela a Rand—. A decir verdad —continuó Bashere—, ni siquiera puedo hablar en nombre de Saldaea. Es Tenobia quien gobierna, y yo sólo soy su general. Pero creo que, después de que le envíe un mensaje con el jinete más veloz, la respuesta será que Saldaea marcha al lado del Dragón Renacido. Entre tanto, os ofrezco mis servicios y el de los nueve mil jinetes saldaeninos que están a mi mando.

Rand imprimió un movimiento giratorio a la copa mientras contemplaba el oscuro vino tinto. Sammael en Illian y los otros Renegados sólo la Luz sabía dónde. Los seanchan a la expectativa al otro lado de Océano Aricio, y los hombres aquí prestos a actuar en su propio beneficio sin importarles el precio para el mundo.

—La paz todavía está muy lejana —manifestó quedamente—. Habrá derramamiento de sangre y muerte durante algún tiempo todavía.

—Siempre es así —repuso calmosamente Bashere, y Rand no supo discernir si se refería a lo primero o a lo segundo. Quizás a ambas cosas.

Asmodean sujetó el arpa debajo del brazo y se alejó de Mat y de Aviendha. Disfrutaba tocando, pero no para dos personas que no escuchaban y mucho menos apreciaban su música. No sabía con certeza qué había acontecido esa mañana y tampoco estaba seguro de querer saberlo. Eran demasiados los Aiel que habían manifestado sorpresa al verlo, que afirmaban haberlo visto morir; no quiso conocer los detalles. La pared que había delante de él tenía una larga grieta; sabía qué había hecho aquel afilado corte, qué había provocado que la superficie estuviese tersa como el hielo, más suave de lo que ninguna mano humana habría podido pulir trabajándola cien años.

Librodot

Ociosamente —pero también con un escalofrío— se preguntó si el haber renacido de este modo lo habría hecho un hombre nuevo. Lo dudaba. Había perdido la inmortalidad —sabía que tenía que ser producto de su imaginación, aunque a veces tenía la sensación de que podía sentir el tiempo tirando de él, arrastrándolo hacia una tumba que nunca pensó que ocuparía—, y absorber el poco *Saidin* que podía era como beber de una cloaca. No lamentaba en absoluto que Lanfear hubiese muerto. Tampoco le importaba la muerte de Rahvin, pero menos aun la de Lanfear por todo lo que le había hecho. Reiría cuando los otros fuesen muriendo también, y mucho más con el último. No se debía en absoluto a que hubiese renacido como un hombre nuevo, pero se aferraría a aquel puñado de hierba al borde del precipicio tanto tiempo como le fuera posible. Las raíces podrían ceder finalmente y la larga caída llegaría, pero hasta entonces todavía seguía vivo.

Abrió una pequeña puerta con intención de buscar la despensa; allí tendría que haber un vino decente. Dio un paso y se paró en seco; su semblante se puso repentinamente pálido.

—¿Tú? ¡No!

La inútil negación seguía sonando en el aire cuando la muerte lo alcanzó.

Morgase se enjugó el sudor de la frente, tras lo cual se guardó de nuevo el pañuelo debajo de la manga y se colocó mejor el sombrero de paja un tanto deteriorado. Por lo menos había conseguido adquirir un traje de montar apropiado, aunque incluso el fino tejido de lana resultaba incómodo con ese calor. De hecho, era Tallanvor quien lo había adquirido. Dejando que su caballo llevara el paso, observó al alto joven que cabalgaba al frente, entre los árboles. La redondez de Basel Gill hacía resaltar más lo alto y bien proporcionado que era Tallanvor. Le había ofrecido el vestido manifestando que estaba más en consonancia con ella que las ásperas ropas con las que había huido de palacio; y todo ello mirándola fijamente, sin parpadear, sin pronunciar una sola palabra de respeto. Por supuesto que ella misma había decidido que no era seguro que nadie supiese quién era, sobre todo después de descubrir que Gareth Bryne se había marchado de Hontanares de Kore; ¿por qué demonios había tenido que partir ese hombre en persecución de unos incendiarios de graneros cuando ella lo necesitaba? Bah, no importaba; saldría adelante igual de bien sin él. Empero, había algo inquietante en los ojos de Tallanvor cuando la llamaba simplemente Morgase.

Suspiró y echó una ojeada hacia atrás. El fornido Lamgwin cabalgaba escudriñando el bosque; a su lado, Breane lo observaba a él con igual o mayor atención que a todo lo demás. Su ejército no había aumentado un ápice desde Caemlyn. Eran demasiados los que sabían de nobles exiliados sin razón y de leyes injustas dictadas en la capital para hacer algo más que mofarse ante la más ligera mención de mover un dedo para respaldar a su legítima dirigente. Morgase dudaba que el resultado hubiese sido otro aun en el caso de que hubieran sabido quién les estaba hablando. Así pues, ahora cabalgaba a través de Altara manteniéndose en los bosques todo lo posible porque, al parecer, había grupos de hombres armados por todas partes; viajaba por el bosque llevando por toda compañía un camorrista con la cara marcada de cicatrices, una encandilada noble cairhienina refugiada, un rechoncho posadero que contenía a duras penas la necesidad de arrodillarse cada vez que lo miraba, y un joven soldado que a veces la miraba como si llevase puesto uno de aquellos vestidos que se ponía para

Librodot

Gaebril. Y Lini, naturalmente. No había que olvidarse de Lini.

Como si pensar en ella hubiese sido una llamada, la vieja nodriza taloneó a su caballo y se acercó.

—Más vale que mantengas la mirada al frente —susurró—. «Un león joven ataca con mayor rapidez y cuando menos lo esperas.»

—¿Crees que Tallanvor es peligroso? —inquirió secamente Morgase, con lo que se ganó una mirada de soslayo, pensativa, de Lini.

—Sólo del modo en que puede serlo un hombre. Tiene buena planta ¿no te parece? Bastante alto. Y con unas manos fuertes, imagino. «No tiene sentido dejar que la miel envejezca demasiado antes de comérsela.»

—Lini —reconvino Morgase con tono admonitorio. La anciana estaba adoptando esta actitud demasiado a menudo últimamente. Tallanvor era un hombre apuesto, y sus manos efectivamente parecían ser fuertes, y tenía las piernas muy bien formadas, pero era joven y ella era su reina. Lo que menos le interesaba ahora era empezar a mirarlo como a un hombre en lugar de como a un súbdito y un soldado. Estaba a punto de decírselo así a Lini, y que debía de haber perdido la cabeza si pensaba que iba a entablar una relación con un hombre diez años más joven que ella, pues debía de ser ésa la diferencia de edad entre ambos, pero Tallanvor y Gill habían dado media vuelta e iban hacia ellas—. Contén la lengua, Lini. Si le metes alguna idea tonta en la cabeza a ese joven, te abandonaré en cualquier sitio.

Si el resoplido con que la vieja nodriza le respondió hubiese venido del noble más encumbrado de Andor, éste habría pasado un tiempo en una celda para que meditara. Si todavía tuviera su trono, se entiende.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esto, pequeña? «Cuando se ha saltado al precipicio ya es demasiado tarde para cambiar de idea.»

—Encontraré aliados donde puedo hallarlos —replicó, envarada, Morgase.

Tallanvor sofrenó a su caballo, muy erguido en la silla. El sudor le resbalaba por la cara, pero habríase dicho que no notaba el calor o hacía caso omiso de él. Maese Gill se daba tirones del cuello de su coselete guarnecido con láminas como si deseara poder quitárselo.

—El bosque termina un poco más adelante y da paso a granjas y labrantíos —informó Tallanvor—, pero no es probable que nadie os reconozca aquí. —Morgase sostuvo su mirada firmemente; cada día que pasaba resultaba más difícil apartar la vista cuando él la miraba—. Otros quince kilómetros de camino nos llevarán hasta Cormaed. Si aquel tipo de Sehar no mentía, allí habrá un transbordador, y llegaremos a la orilla de Amadicia antes del anochecer. ¿Estáis segura de que deseáis hacer esto, Morgase?

El modo en que pronunciaba su nombre... No. Estaba dejándose influir por las absurdas ideas de Lini. Sin duda era a causa del maldito calor.

—Estoy decidida, joven Tallanvor —repuso fríamente—, y no veo oportuno que pongas en duda mis decisiones.

Taloneó duramente a su montura, permitiendo que la brusca arrancada del animal separara sus miradas mientras pasaba junto a él y lo adelantaba; ya la alcanzaría. Buscaría aliados donde fuera necesario, recobraría su trono y ¡ay de Gaebril o de cualquier hombre que creyese que podía sentarse en él usurpando su puesto!

Librodot

El esplendor de la Luz brilló sobre él
y él dio la paz de la Luz a los hombres.
Aunó naciones bajo su bandera, haciendo una de muchas.
Mas las aristas de los corazones provocan heridas.
Y lo que antaño fuera, se repitió,
en fuego y en tormenta,
hendiendo todo en dos.
Porque su paz...,
porque su paz...
... era la paz...
... era la paz...
... de la espada.
Y el esplendor de la Luz brilló sobre él.

De *El esplendor del Dragón,*
compuesto por Meane sol Ahelle, Cuarta Era

Librodot

GLOSARIO

Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de tal modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano ganó amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiría de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero únicamente los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la generalizada destrucción, mortalidad y desintegración de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede, iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Aceptadas, las: Jóvenes que se hallan en fase de formación para convertirse en Aes Sedai y que han accedido a cierto grado de poder y superado determinadas pruebas. Las novicias tardan normalmente de cinco a diez años para ascender a la condición de Aceptadas. Las Aceptadas no están tan sujetas a las reglas como las novicias y tienen la posibilidad de elegir, si bien de forma restringida, las áreas en que prefieren centrar sus estudios. Una Aceptada tiene derecho a llevar un anillo con la Gran Serpiente, pero únicamente en el tercer dedo de la mano izquierda. Cuando es promovida al rango de Aes Sedai, escoge su Ajah, accede al privilegio de vestir el chal y puede ponerse el anillo en cualquier dedo o no llevarlo, según dicten las circunstancias. (Véase también *Aes Sedai*.)

a'dam: Un artilugio creado por los seanchan que sirve para controlar a mujeres capaces de encauzar y que consiste en un collar y un brazalete unidos por una correa, todo ello en metal plateado. No surte efecto en una mujer que no puede encauzar. (Véanse *damane, seanchan* y *sul'dam*.)

Aes Sedai: Poseedoras del Poder Único. Desde la Época de Locura, todos los Aes Sedai supervivientes son mujeres. Con frecuencia inspiradoras de desconfianza, temor e incluso odio entre la gente, muchos les achacan la responsabilidad del Desmembramiento del Mundo y les critican su entrometimiento en los asuntos de las naciones. Aun así, pocos son los gobernantes que no disponen de una consejera Aes Sedai, incluso en las tierras en donde tal relación debe mantenerse en secreto. Tras encauzar repetidamente el Poder Único durante varios años, las Aes Sedai adquieren un aspecto físico especial que se caracteriza por la indefinición de la edad en sus rasgos, de modo que, por ejemplo, una Aes Sedai que

podría ser abuela no aparenta señal alguna de vejez, salvo tal vez algunas canas. (Véanse *Ajah, Sede Amyrlin* y *Época de Locura*.)

Aiel: El pueblo del Yermo de Aiel. Duros y luchadores, se cubren los rostros antes de matar. Terribles guerreros, ya sea armados o con las manos desnudas, nunca tocan una espada; tampoco montan en un caballo a menos que se los presione. Sus flautistas los acompañan en las batallas con música de danzas, y los Aiel llaman a la batalla «la danza» o «la danza de las lanzas». Se dividen en doce clanes: el Chareen, el Codarra, el Daryne, el Goshien, el Miagoma, el Nakai, el Reyn, el Shaarad, el Shaido, el Shiande, el Taardad, y el Tomanelle. A veces se refieren a un decimotercer clan, el Clan que No lo Es, los Jenn, quienes fueron los constructores de Rhuidean. (Véanse también *asociaciones guerreras Aiel*; *Yermo de Aiel* y *Rhuidean*)

Ajah: Sociedades entre las Aes Sedai; son siete y se designan por colores: Azul, Rojo, Blanco, Verde, Marrón, Amarillo y Gris. Todas las Aes Sedai, con excepción de la Sede Amyrlin, pertenecen a un Ajah concreto. Cada uno de ellos sigue una filosofía específica respecto al uso del Poder Único y a los cometidos de las Aes Sedai. El Ajah Rojo, por ejemplo, dedica todas sus energías a buscar y amansar a los hombres que encauzan el Poder. El Ajah Marrón, por su parte, prohíbe el compromiso con el mundo y se consagra a la profundización en el conocimiento, en tanto que el Ajah Blanco, que se abstiene en la medida de lo posible del contacto con el mundo y el saber práctico directamente relacionado con él, se concentra en las cuestiones filosóficas y la búsqueda de la verdad. El Ajah Verde (llamado el Ajah de Batalla durante la Guerra de los Trollocs) se mantiene en pie de guerra, listo para el Tarmon Gai'don, mientras que el Ajah Amarillo se concentra en el estudio de la Curación. Las hermanas Azules toman partido por las causas justas, en tanto que las Grises son mediadoras y buscan la armonía y el consenso. Hay rumores sobre un Ajah Negro, abocado al servicio del Oscuro, pero su existencia se niega oficialmente.

Alviarin Freidhen: Una Aes Sedai del Ajah Blanco, ahora ascendida a Guardiana de las Crónicas, máxima autoridad después de la Sede Amyrlin. Una mujer de fría lógica y aun más fría ambición.

Amadicia: Nación situada al sur de las Montañas de la *Niebla*, entre Tarabon y Altara. Su capital, Amador, es la sede de los Hijos de la Luz, cuyo capitán general ostenta, de hecho ya que no de nombre, más poder que el propio rey. Cualquier persona con capacidad para encauzar está considerada como proscrita en este país; según la ley han de ser encarceladas o exiliadas, pero en realidad a menudo se las mata cuando se «resisten al arresto». El estandarte de Amadicia es una estrella plateada de seis puntas, superpuesta a un espino rojo, sobre campo azul. (Véanse *encauzar* e *Hijos de la Luz*.)

amansar: La acción, realizada por Aes Sedai, de neutralizar la fuerza de un varón capaz de encauzar el Poder Único. Ello es necesario debido a que todo hombre que aprenda a encauzarlo enloquecerá a causa de la infección que afecta al *Saidin* y probablemente producirá horribles daños utilizando el Poder después de haber perdido el juicio. Un hombre que ha sido amansado puede detectar todavía la Fuente Verdadera, pero no establecer contacto con ella. La evolución del grado de locura se detiene con el amansamiento, aun cuando no se cura, y si éste se efectúa en el inicio es factible evitar la muerte que sobreviene tras este tratamiento. Un

Librodot

varón amansado, sin embargo, renuncia inevitablemente a seguir viviendo; aquellos que no tienen éxito con el suicidio acaban muriendo al cabo de un año o dos de todas formas. (Véanse *Poder Único, el* y *neutralizar*.)

Amigos Siniestros: Los seguidores del Oscuro, que abrigan expectativas de cobrar gran poder y recibir recompensas, incluida la inmortalidad, cuando aquél sea liberado de su prisión.

Amys: Caminante de sueños y Sabia del dominio Peñas Frías, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel. Esposa de Rhuarc, hermana conyugal de Lian, que es señora del techo del dominio Peñas Frías y segunda madre de Aviendha.

Andor: Una próspera nación que se extiende, al menos sobre el mapa, desde las Montañas de la *Niebla* hasta el río Erinin, si bien desde hace varias generaciones el control de la reina no ha llegado más al oeste que el río Manetherendrelle. (Véase *heredera del trono*.)

angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite a quienes son capaces de encauzar el Poder Único el manejo de una cantidad superior a la que podrían utilizar sin salir malparados. Unos se crearon para ser usados por mujeres, y otros, por hombres; los rumores acerca de ciertos tipos de *angreal* utilizables tanto por varones como por féminas no se han confirmado nunca. Su método de elaboración se desconoce en la actualidad, y son muy pocos los que existen hoy en día. (Véanse también *encauzar, sa'angreal* y *ter'angreal*.)

Antigua Lengua: La lengua que se hablaba durante la Era de Leyenda. Las personas nobles y cultivadas deben, en principio, haber aprendido a hablarla, pero la mayoría sólo conoce algunas palabras. A menudo su traducción resulta harto difícil, ya que es un lenguaje susceptible de ofrecer diversas interpretaciones mediante sutiles variaciones en el significado. (Véase *Era de Leyenda*)

Arad Doman: Una nación situada en las costas del Océano Aricio. En la actualidad sufre los estragos de una guerra civil además de las que sostiene de manera simultánea contra quienes se han declarado partidarios del Dragón Renacido y contra Tarabon. La mayoría de los mercaderes domani son mujeres, y el dicho «dejar que un hombre haga tratos con una domani» se utiliza para referirse a alguien que se empeña en hacer una estupidez mayúscula. Las domani tienen fama —o más bien mala fama— por su belleza, su seductor encanto y sus escandalosos atuendos.

Artur Hawkwing: Rey legendario, Artur Paendrag Tanreall, que reinó entre 943-994 AL, y unió todas las tierras situadas al oeste de la Columna Vertebral del Mundo, así como algunos países que se extendían más allá del Yermo de Aiel. Llegó incluso a enviar ejércitos al otro lado del Océano Aricio (AL 992) pero se perdió todo contacto con éstos a su muerte, que desencadenó la Guerra de los Cien Años. Su emblema era un halcón dorado volando. (Véase *Guerra de los Cien Años*.)

asociaciones guerreras Aiel: Los guerreros Aiel están incorporados sin excepción a una de las doce asociaciones guerreras: los Buscadores del Agua *(Duadhe Mahdi'in),* los Corredores del Alba *(Rahien Sorei),* los Danzarines de Montaña *(Hama N'dore),* los Descendientes Verdaderos (*Tain Shari),* las Doncellas Lanceras *(Far Dareis Mai),* los Escudos Rojos *(Aethan Dor),* los Hermanos del Águila *(Far Aldazar Din),* los Hijos del Relámpago *(Sha'mad Conde),* los Lanceros Nocturnos *(Cor Darei),* los

Librodot

Mano Cuchillo *(Sovin Nai),* los Ojos Negros *(Seia Doon),* y los Soldados de Piedra *(Shae'en M'taal).* Cada agrupación tiene sus propias costumbres y, en ocasiones, cometidos específicos. Por ejemplo, los Escudos Rojos hacen las veces de policía. Los Soldados de Piedra actúan como tropas de retaguardia durante una retirada, mientras que las Doncellas Lanceras realizan el cometido de exploradoras. Los clanes Aiel luchan con frecuencia entre sí, pero los miembros de una misma asociación no se enfrentan jamás, aun cuando lo hagan sus clanes. Así, siempre hay vías de contacto amistosas entre los clanes, incluso cuando se encuentran en estado de guerra declarada. (Véanse *Aiel, Yermo de Aiel* y *Far Dareis Mai*.)

Avendesora: En la Antigua Lengua, el Árbol de la Vida, mencionado en innumerables historias y leyendas que lo sitúan en diversos lugares. Su verdadera ubicación la conocen muy pocas personas.

Avendoraldera: Un árbol que creció en la ciudad de Cairhien a partir de un retoño de *Avendesora.* Los Aiel regalaron dicho retoño a la ciudad en el 566 NE, a pesar del hecho de que ningún documento demuestra relación alguna entre los Aiel y *Avendesora.* (Véase *Guerra de Aiel*.)

Aviendha: Una mujer del septiar Agua Amarga de los Taardad Aiel que se está instruyendo para ser Sabia. No le teme a nada, excepto a su destino.

Bair: Una caminante de sueños y Sabia del septiar Haido de los Shaarad Aiel.

Berelain sur Paendrag: Principal de Mayene por la gracia de la Luz, Defensora de las Olas, Sede Suprema de la casa Paeron. Una bella y voluntariosa joven, y una gobernante muy hábil. (Véase *Mayene*.)

Birgitte: Legendaria heroína de relatos, renombrada por su belleza casi en igual medida que por su valentía y su destreza como arquera. Utilizaba un arco y flechas de plata, con los que nunca erraba el tiro. Está entre los héroes llamados a volver de la tumba cuando suene el Cuerno de Valere. Se la vincula siempre con Gaidal Cain, un legendario espadachín. A excepción de su belleza y su destreza con el arco, guarda poco parecido con la mujer que describen las leyendas. (Véanse también *Gaidal Cain*; y *Cuerno de Valere*.)

Breane Taborwin: Anteriormente una noble importante de Cairhien que se ha arruinado y es refugiada en Andor, donde ha encontrado la felicidad con la clase de hombre que en otros tiempos hubiera hecho expulsar a latigazos por sus criados.

Buscadores de la Verdad: Una organización policial y de espionaje al servicio del trono imperial seanchan. A pesar de que casi todos los Buscadores son propiedad de la familiar imperial, gozan de amplios poderes. Incluso un miembro de la Sangre (un noble seanchan) puede ser arrestado por no responder a cualquier pregunta planteada por un Buscador o por no prestar toda la colaboración requerida por uno de ellos, y es el propio Buscador quien define esto último, con el único requisito de que sea sancionado por la emperatriz.

cadin'sor: Atuendo de los guerreros Aiel, compuesto por chaqueta y calzones en tonos grises y pardos que se confunden con las rocas del entorno o con las sombras, así como botas de cuero suave, altas hasta las rodillas y atadas con cordones. En la Antigua Lengua, «ropas de trabajo».

Caemlyn: La capital de Andor. (Véase *Andor*.)

Cairhien: Nombre dado a una nación situada junto a la Columna Vertebral del Mundo y a su capital. La ciudad fue quemada y saqueada durante la Guerra de Aiel, al igual que muchas otras poblaciones. El subsiguiente

abandono de las zonas de cultivo próximas a la Columna Vertebral del Mundo obligó a la importación de grandes cantidades de cereales. El asesinato del rey Galldrain (998 NE) provocó una guerra civil entre las casas nobles que se disputan el Trono del Sol, la interrupción de los envíos de cereales y la hambruna. La enseña de Cairhien representa un radiante sol dorado elevándose sobre un fondo azul cielo. (Véase *Guerra de Aiel*.)

Callandor: La Espada que no es una Espada, La Espada que no Puede Tocarse. Una espada de cristal que estuvo guardada en la Ciudadela de Tear. Es un poderoso *sa'angreal* para ser utilizado por un varón. El que fuera retirada de la cámara llamada el Corazón de la Ciudadela, junto con la caída de la fortaleza, fue uno de los signos principales del Renacimiento del Dragón y de la proximidad del Tarmon Gai'don. Rand al'Thor volvió a colocarla en el Corazón de la Ciudadela, hincada en las baldosas. (Véanse también *Dragón Renacido, el*; *sa'angreal* y *Ciudadela de Tear, la*.)

caminante de sueños: Término con que los Aiel denominan a la mujer capaz de entrar en el *Tel'aran'rhiod.* (Véase *Tel'aran'rhiod*.)

Capas Blancas: Véanse *Hijos de la Luz.*

Cinco Poderes, los: El Poder Único tiene varias vías de utilización que reciben su nombre según el tipo de efectos que pueden producir —Tierra, Aire (a veces llamado Viento), Fuego, Agua y Energía— y se denominan conjuntamente los Cinco Poderes. Todos los poseedores del Poder Único disponen de un mayor grado de fuerza con uno o quizá dos de ellos y un potencial menor con los restantes. En la Era de Leyenda el dominio de la Energía se manifestaba igualmente en hombres y mujeres, pero los varones tenían más habilidad en el manejo de la Tierra y el Fuego, en tanto que el Agua y el Aire eran vías que con frecuencia encauzaban mejor las mujeres. Ha habido excepciones a esta regla, pero tan raras que la Tierra y el Fuego pasaron a ser considerados como Poderes masculinos y el Aire y el Agua, femeninos.

Ciudadela de Tear: Una gran fortaleza situada en la ciudad de Tear, que se cree que fue erigida poco después del Desmembramiento del Mundo utilizando el Poder Único. Asediada y atacada sin éxito en incontables ocasiones, cayó en el transcurso de una noche a manos del Dragón Renacido y de unos pocos cientos de Aiel, cumpliéndose así dos pasajes de las Profecías del Dragón. (Véase *Dragón, Profecías del*.)

Colavaere de la casa Saigahn: Una noble de alto rango de Cairhien, maquinadora e intrigante, definiciones que describen a la nobleza cairhienina en general, y que posee tanto poder que en ocasiones olvida su propia vulnerabilidad ante otro poder superior.

Columna Vertebral del Mundo: Una imponente cordillera de montañas, que sólo puede atravesarse por algunos puertos y que separa el Yermo de Aiel de las tierras occidentales. También se la llama la Pared del Dragón.

Couladin: Un ambicioso hombre del septiar Domai de los Shaido Aiel. Pertenece a la asociación guerrera *Seia Doon,* los Ojos Negros.

cuendillar: Una sustancia indestructible creada durante la Era de Leyenda. Absorbe cualquier fuerza que intente romperla, incrementando así su dureza. También se la conoce como piedra del corazón.

Cuerno de Valere: El legendario objeto de la Gran Cacería del Cuerno. Al Cuerno se le atribuye el poder de llamar a los héroes fallecidos y sacarlos de sus tumbas para combatir a la Sombra. Se ha convocado una nueva Cacería del Cuerno, y los cazadores que han prestado juramento están

Librodot

dispersos por muchos países.

damane: En la Antigua Lengua, literalmente «la Atada con Correa». Es el término con el que los seanchan denominan a las mujeres capaces de encauzar y a quienes mantienen prisioneras mediante el uso del *a'dam.* A las mujeres con la capacidad de encauzar pero a las que todavía no se las ha hecho *damane,* se las llama *marath'damane,* que significa literalmente «Las que Deben Atarse con Correa». (Véanse *a'dam, seanchan* y *sul'dam*.)

Desmembramiento del Mundo, el: Durante la Época de Locura, los varones Aes Sedai, capaces de valerse del Poder Único hasta un grado ahora desconocido, modificaron en su enajenamiento la faz de la tierra. Provocaron grandes terremotos, arrasaron cordilleras de montañas, hicieron surgir nuevas cumbres, elevaron tierra firme en terrenos ocupados por mares y anegaron con océanos las tierras habitadas. Muchas partes del mundo quedaron completamente despobladas, y los supervivientes se vieron diseminados como polvo azotado por el viento. Esta destrucción es recordada en relatos, leyendas y en la historia como el Desmembramiento del Mundo. (Véase *Época de Locura*.)

Dobraine de la casa Taborwin: Un noble cairhienino de alto rango que es partidario de cumplir sus juramentos a la letra.

Dragón, el: Nombre con que se conocía a Lews Therin Telamon durante la Guerra de la Sombra, hace unos tres mil años o más. Poseído por la misma locura que aquejó a todos los varones Aes Sedai, Lews Therin mató a todas las personas de su familia y a todos sus seres queridos, con lo que se ganó el nombre de Verdugo de la Humanidad. (Véanse *Dragón Renacido* y *Dragón, Profecías del*.)

Dragón, falso: Así se llama a los diversos hombres que han pretendido ser el Dragón Renacido. Algunos provocaron guerras en las que se vieron involucradas muchas naciones. A lo largo de los siglos, la mayoría han sido hombres incapaces de encauzar el Poder Único, pero unos cuantos lo han logrado. Todos, no obstante, han desaparecido o han sido capturados o ejecutados sin que se cumpliera ninguna de las Profecías del Dragón. Entre quienes fueron capaces de encauzar el Poder, los más poderosos fueron Raolin Perdición del Oscuro (335-336 DD), Yurian Arco Pétreo (alrededor de 1300-1308 DD), Davian (351 AL), Guaire Amalasan (939-943 AL), Logain (997 NE) y Mazrim Taim (998 NE). (Véase *Dragón Renacido*.)

Dragón, Profecías del: Apenas conocidas excepto entre los eruditos, y escasamente mencionadas, las Profecías, expuestas en *El Ciclo Karaethon,* predicen que el Oscuro volverá a liberarse para extender su mano sobre el mundo, y que Lews Therin Telamon, el Dragón, volverá a nacer para librar el Tarmon Gai'don, la Última Batalla, contra la Sombra. Según las Profecías, el Dragón salvará al mundo y volverá a desmembrarlo. (Véase *Dragón, el*.)

Dragón Renacido: De acuerdo con las Profecías, el hombre en el que se ha reencarnado Lews Therin Verdugo de la Humanidad. (Véanse *Dragón, el; Dragón, falso* y *Dragón, Profecías del*.)

Egwene al'Vere: Una joven de Campo de Emond, en la comarca de Dos Ríos, en Andor. Actualmente una Aceptada, se está instruyendo con las caminantes de sueños Aiel y posiblemente es una Soñadora. (Véanse *caminantes de sueños* y *Talentos*.)

Elaida do Avriny a'Roihan: Aes Sedai que antes pertenecía al Ajah Rojo y que ha sido ascendida a Sede Amyrlin. En otra época actuó como consejera de la reina Morgase de Andor. A veces realiza predicciones.

Librodot

Elayne de la casa Trakand: Hija de la reina Morgase y heredera del trono de Andor. Ha accedido al grado de Aceptada. Su emblema es un lirio dorado. (Véase *heredera del trono*.)

Enaila: Una Doncella Lancera, del septiar Jarra del clan Aiel Chareen. Muy quisquillosa en lo que se refiere a su estatura, demuestra una chocante actitud maternal hacia Rand al'Thor considerando que sólo es un año mayor que él.

encauzar: Controlar el flujo del Poder Único. (Véase *Poder Único*.)

Entramado de una Era: La Rueda del Tiempo teje los hilos de las vidas humanas formando el Entramado de una Era, con frecuencia denominado simplemente el Entramado, el cual compone la sustancia de la realidad de dicha Era. (Véase *ta'veren*.)

Época de Locura: Los años transcurridos después de que el contraataque del Oscuro contaminara la mitad masculina de la Fuente Verdadera, cuando los varones Aes Sedai enloquecieron y desmembraron el mundo. Se desconoce la duración exacta de este período, aun cuando existe la creencia de que se prolongó casi un siglo. Únicamente finalizó por completo con la muerte del último varón Aes Sedai. (Véanse *Fuente Verdadera* y *Poder Único*.)

Era de Leyenda: La era concluida con la Guerra de la Sombra y el Desmembramiento del Mundo, una época en que los Aes Sedai ejecutaron prodigios que actualmente sólo caben en la imaginación. (Véanse *Desmembramiento del Mundo, Guerra de la Sombra* y *Rueda del Tiempo*.)

espontánea: Una mujer que ha aprendido a encauzar el Poder Único por sus propios medios y ha sobrevivido a la crisis que sólo una de cada cuatro supera. Dichas mujeres suelen erigir barreras con el fin de no conocer racionalmente lo que hacen, pero, si finalmente logran desprenderse de tal actitud defensiva, las espontáneas llegan a situarse entre las más poderosas encauzadoras. Este término se utiliza a menudo en sentido despectivo.

Faile: En la Antigua Lengua «halcón». Seudónimo adoptado por Zarina Bashere, una joven de Saldaea.

Faolain Orande: Una Aceptada a la que no le gustan las espontáneas.

Far Dareis Mai: En la Antigua Lengua, literalmente «Doncellas Lanceras». Una asociación guerrera Aiel, la cual, a diferencia de las demás, únicamente admite mujeres como miembros. A una Doncella no le está permitido casarse y permanecer en la sociedad, ni luchar durante los meses de gestación. Al nacer, los hijos de las Doncellas son entregados a otra mujer para que se encargue de su crianza, de tal modo que nadie sepa quién fue la madre del pequeño. («No puedes pertenecer a un hombre, ni tener hombre ni hijo. La lanza es tu amante, tu hijo y tu vida.») (Véanse también *Aiel* y *asociaciones guerreras Aiel*.)

Fuente Verdadera: La fuerza vital del universo que hace girar la Rueda del Tiempo. Está dividida en una mitad masculina *(Saidin)* y una mitad femenina *(Saidar),* las cuales interactúan colaborando y enfrentándose a un tiempo. Únicamente un hombre puede absorber el *Saidin;* únicamente una mujer puede absorber el *Saidar.* Desde el inicio de la Época de Locura, el *Saidin* permanece contaminado a causa del contacto del Oscuro. (Véase *Poder Único*.)

Gaidal Cain: Un famoso espadachín mencionado en leyendas y en la historia, al que siempre se vincula con Birgitte y del que se dice que era tan apuesto como hermosa era ella. Se dice que era invencible cuando

pisaba su suelo natal. Es uno de los héroes llamados a volver de la tumba cuando suene el Cuerno de Valere. (Véanse también *Birgitte* y *Cuerno de Valere*.)

Gaidin: En la Antigua Lengua, literalmente, «Hermano para Batallas». Un título utilizado por las Aes Sedai para designar a los Guardianes. (Véase *Guardián*.)

gai'shain: En la Antigua Lengua «Comprometidos con la Paz en la Batalla». Un Aiel tomado prisionero por otro Aiel durante una incursión o batalla queda obligado por el *ji'e'toh* a servir a su aprehensor sumisa y obedientemente durante un año y un día, y en ese plazo no puede tocar una arma ni actuar con violencia. Existe la posibilidad de que no se tome como *gai'shain* a una Sabia, un herrero, un niño o una mujer con hijos menores de diez años.

Galad: Lord Galadedrid Damodred, más conocido por el diminutivo Galad. Hermanastro de Elayne y Gawyn, pues los tres son hijos del príncipe Taringail Damodred. Su insignia es una espada de plata alada, con la punta hacia abajo.

Gareth Bryne: Anteriormente el capitán general de la Guardia Real de Andor y a quien Morgase exilió. Está considerado como uno de los mejores generales vivos. El emblema de la casa Bryne es un toro salvaje, con la corona de rosas de Andor alrededor del cuello. Su insignia personal representa tres estrellas doradas, con cinco rayos cada una.

Gawyn de la casa Trakand: Hijo de la reina Morgase y hermano de Elayne, que será Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne ascienda al trono. Su emblema es un jabalí blanco.

Gran Llaga, la: Una región situada en los confines del norte, totalmente corrompida por el Oscuro. Guarida de trollocs, Myrddraal y otras criaturas del Oscuro.

Gran Señor de la Oscuridad: El nombre que dan los Amigos Siniestros al Oscuro, en la creencia de que el uso de su verdadero nombre resultaría blasfemo.

Gran Serpiente: Símbolo del tiempo y la eternidad cuyos orígenes se remontan a una época anterior a la Era de Leyenda, que representa a una serpiente mordiéndose la cola. Las mujeres que acceden al grado de Aceptadas entre las Aes Sedai reciben un anillo moldeado con la forma de la Gran Serpiente.

Grandes Señores de Tear: El consejo de Grandes Señores gobierna la nación de Tear, que no tiene soberano. No se compone de un número fijo de miembros y a lo largo de los años su composición ha variado desde veinte componentes a tan sólo seis. No se ha de confundir con los Señores de la Tierra, aristócratas tearianos de menor categoría.

Guardián: Un guerrero vinculado a una Aes Sedai. El lazo que los une proviene del Poder Único y, por medio de él, el Guardián recibe dones entre los que se cuentan la rápida curación de las heridas, la posibilidad de resistir largos períodos sin comida, bebida o reposo y la capacidad de detectar la infección del Oscuro a cierta distancia. Mientras el Guardián permanezca con vida, la Aes Sedai a quien está vinculado tendrá conciencia de ello por más lejos que se encuentre y, cuando muera, conocerá el momento y el modo en que ha muerto. El vínculo no le indica, sin embargo, a qué distancia se halla ni en qué dirección. Mientras que la mayoría de los Ajahs sostienen que una Aes Sedai puede disponer de un solo Guardián unido a ella, el Ajan Rojo rechaza el nexo con cualquier

Librodot

Guardián y el Ajah Verde cree que una Aes Sedai es libre de disponer de tantos Guardianes como desee. Éticamente, el Guardián debe acceder a establecer la vinculación, pero se tienen noticias de casos en que ésta se le impuso en contra de su voluntad. Los beneficios que obtienen las Aes Sedai de esta unión constituyen un secreto celosamente guardado. (Véase *Aes Sedai*.)

Guerra de Aiel: (976-978 NE) Cuando el rey Laman de Cairhien cortó el *Avendoraldera,* cuatro clanes Aiel atravesaron la Columna Vertebral del Mundo, y saquearon y quemaron la capital de Cairhien así como otras muchas ciudades y pueblos. El conflicto se propagó hasta Andor y Tear. Oficialmente se sostiene que los Aiel fueron finalmente derrotados en la Batalla de las Murallas Resplandecientes, delante de Tar Valon, pero, de hecho, el rey Laman pereció en dicha batalla y, habiendo cumplido su objetivo, los Aiel volvieron a cruzar la Columna Vertebral del Mundo. (Véanse *Avendoraldera, Cairhien* y *Columna Vertebral del Mundo*.)

Guerra de la Sombra: También conocida como Guerra del Poder. Comenzó poco tiempo después de que se efectuara un intento de liberar al Oscuro, y pronto se vieron involucradas en ella todas las naciones. En un mundo donde incluso el recuerdo de la guerra había caído en el olvido, se redescubrieron todos y cada uno de los rostros de la guerra, a menudo desfigurados por la mano del Oscuro que se cernía sobre el mundo, y el Poder Único fue utilizado como arma. La guerra se concluyó volviendo a sellar las puertas de la prisión del Oscuro en un ataque llevado a cabo por Lews Therin Telamon, el Dragón, y un centenar de varones Aes Sedai conocidos como los Cien Compañeros. El contraataque del Oscuro tuvo por resultado la contaminación del *Saidin,* lo que hizo enloquecer a Lews Therin y a los Cien Compañeros, con lo que comenzó la Época de Locura. (Véanse *Dragón, el; Poder Único* y *Época de Locura*.)

Guerra de los Cien Años: Una serie de guerras sucesivas entre alianzas de naciones constantemente modificadas, precipitada por la muerte de Artur Hawkwing y las luchas por acceder al control de su imperio que ésta acarreó. Esta contienda dejó despobladas extensas zonas de las naciones situadas entre el Océano Aricio y el Yermo de Aiel y entre el Mar de las Tormentas y la Gran Llaga. La destrucción tuvo tal alcance que apenas se conservan algunos documentos dispersos sobre la época. El imperio de Artur Hawkwing se desmoronó, lo que dio lugar a la actual distribución de naciones. (Véase *Artur Hawkwing*.)

Guerra de los Trollocs: Una serie de guerras, iniciadas hacia el 1000 DD, que se prolongaron durante más de tres siglos, a lo largo de los cuales los trollocs arrasaron el mundo. Finalmente los trollocs fueron abatidos u obligados a refugiarse en la Gran Llaga, pero algunas naciones dejaron de existir, mientras que otras quedaron casi despobladas. Toda la información que resta sobre aquel período es fragmentaria.

Guerra del Poder: Véase *Guerra de la Sombra.*

heredera del trono: La hija mayor de la reina de Andor, la cual sucede en el trono a su madre. Si la reina no tiene ninguna hija, la corona pasa a la mujer de parentesco más próximo a ella. Las disensiones sobre quién está más cerca en la línea sucesoria han desembocado en luchas por el poder en varias ocasiones, la última conocida como «la Sucesión» en el propio Andor, y como «la Tercera Guerra de Sucesión de Andor» en el resto de los países, y que llevó a Morgase de la casa Trakand a ocupar el trono.

Hijos de la Luz: Una asociación que no debe sumisión a reino alguno, que

mantiene estrictas creencias ascéticas y está consagrada a derrotar al Oscuro y a la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothair Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que ellos son los únicos que se hallan en posesión de la verdad. Profesan un profundo odio por las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus simpatizantes, Amigos Siniestros. Se los conoce despectivamente como Capas Blancas, y su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco.

Illian: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas, capital de la nación del mismo nombre.

Isendre: Una bella y ambiciosa mujer que incurrió en la cólera de la peor mujer que podía buscarse como enemiga y que por una vez en la vida dijo la verdad cuando negó que no había robado.

ji'e'toh: En la Antigua Lengua «honor y obligación» u «honor y servicio». Es el complejo código por el que se rigen los Aiel y cuya explicación ocuparía una estantería de volúmenes. Como primer ejemplo, hay muchos modos de obtener honor en la batalla, el menor de los cuales es matar, ya que cualquiera puede hacerlo, y el mayor es tocar a un enemigo vivo y armado sin causarle daño. En algún punto intermedio entre el uno y el otro está el hacer *gai'shain* a un enemigo. Como segundo ejemplo, la vergüenza, que también tiene muchos niveles en el *ji'e'toh,* está considerada en muchos de esos niveles peor que el dolor, las heridas o incluso la muerte. Un tercer ejemplo: hay también muchos grados del *toh,* u obligación, pero incluso al menos importante ha de darse pleno cumplimiento. El *toh* tiene más peso que cualquier otra consideración, hasta el punto de que un Aiel a menudo acepta la vergüenza, si es preciso, para cumplir una obligación que a cualquier extranjero podría parecerle insignificante. (Véase *gai'shain*.)

Juego de las Casas: Nombre dado a las intrigas, conspiraciones y manipulaciones urdidas por las casas nobles para conseguir ventajas. En él se da gran valor a la sutileza y a la simulación, al aparentar apuntar a un objetivo cuando en realidad se dedican las energías a otro y a obtener resultados con el menor esfuerzo aparente. También conocido como el Gran Juego y por su nombre en la Antigua Lengua: *Da'es Daemar.*

juglar: Un narrador de historias, músico, malabarista, acróbata y animador errante. Conocidos por sus singulares capas de parches multicolores, actúan normalmente en los pueblos y ciudades pequeñas.

Juilin Sandar: Un rastreador de Tear.

Juramentos, los Tres: Los juramentos que presta una Aceptada al ascender a la condición de Aes Sedai. Se pronuncian asiendo la Vara Juratoria, un *ter'angreal* que les confiere un carácter vinculante, y que son: 1) No decir nunca algo que no sea cierto. 2) No fabricar ninguna arma con la que un hombre pueda matar a otro. 3) No utilizar nunca el Poder como arma salvo contra los Engendros de la Sombra o, como último recurso, en defensa de la propia vida, la del propio Guardián o de otra Aes Sedai. El segundo juramento fue el primero en adoptarse, como reacción a la Guerra del Poder. Aunque se mantiene al pie de la letra, el primero suele ser eludido por medio de una cuidadosa selección de las palabras. Existe la creencia de que los dos últimos son inviolables.

Kadere, Hadnan: Un supuesto buhonero que lamenta haber puesto los pies

Librodot

en el Yermo de Aiel.

Lamgwin Dorn: Un tipo duro de las calles de Caemlyn y un camorrista, que es leal a su reina.

Lan, al'Lan Mandragoran: Un Guardián, vinculado a Moraine. Rey no coronado de Malkier, Dai Shan (Señor de la Guerra) y el último señor superviviente malkieri. (Véanse *Guardián*; *Moraine* y *Malkier*.)

Lanfear: En la Antigua Lengua, «Hija de la Noche». Una de las Renegadas. A diferencia de los demás Renegados, fue ella quien eligió este nombre. Se dice que estuvo enamorada de Lews Therin Telamon y que profesaba un profundo odio por su esposa, Ilyena. (Véanse *Renegados* y *Dragón, el*.)

Leane Sharif: Antes una Aes Sedai del Ajah Azul y Guardiana de las Crónicas. Ahora ha sido depuesta y neutralizada, y su principal afán es volver a encontrarse a sí misma. (Véase *Ajah*.)

Lews Therin Telamon, Verdugo de la Humanidad: Véase *Dragón, el.*

Liandrin: Una Aes Sedai de Tarabon que pertenecía al Ajah Rojo. Se sabe que ahora forma parte del Ajah Negro.

Lini: Antigua nodriza de lady Elayne, y anteriormente de Morgase, su madre, y también de su abuela. Es una mujer de gran fortaleza interior, muy perspicaz y conocedora de infinidad de dichos.

Logain: Un hombre que se proclamó el Dragón Renacido y fue amansado. (Véase *Dragón, falso*.)

Lugard: Capital de Murandy, aunque sólo de nombre, ya que esa nación es un mosaico de multitud de feudos leales a distintos nobles, y quienquiera que se siente en el trono rara vez posee un verdadero control incluso en la propia ciudad. Lugard es un centro de comercio de primer orden, así como terreno abonado para el latrocinio, la corrupción y el libertinaje, de modo que tiene, merecidamente, muy mala fama.

Llaga, la: Véase *Gran Llaga, la.*

Llama de Tar Valon: Símbolo de Tar Valon, de la Sede Amyrlin y de las Aes Sedai. Una representación estilizada de una llama; una lágrima blanca con la parte más delgada hacia arriba.

Maighande: Una de las principales batallas de la Guerra de los Trollocs. La victoria conseguida allí por la humanidad fue el inicio de la larga ofensiva que finalmente confinó de nuevo a los trollocs en la Gran Llaga. (Véanse *Gran Llaga* y *Guerra de los Trollocs*.)

Malkier: Una nación que formaba antaño parte de las Tierras Fronterizas, ahora consumida por la Llaga. La enseña de Malkier era una grulla dorada volando.

Manetheren: Una de las diez naciones aliadas en el Segundo Pacto y también la capital de dicha nación. Tanto la ciudad como el reino fueron completamente arrasados durante la Guerra de los Trollocs. (Véase *Guerra de los Trollocs*.)

Mat Cauthon: Un joven de Campo de Emond, de la comarca de Dos Ríos, en Andor, que es *ta'veren* y muy afortunado en los juegos de azar. Su nombre de pila completo es Matrim.

Mayene: Ciudad-estado del Mar de las Tormentas que históricamente ha estado supeditada a la opresión de Tear. El título del dirigente de Mayene es «el Principal»; los Principales afirman ser descendientes de Artur Hawkwing. El emblema de Mayene es un halcón dorado en posición de vuelo, sobre campo azul.

Mazrim Taim: Un falso Dragón que causó estragos en Saldaea hasta que fue derrotado y capturado. No sólo puede encauzar, sino que al parecer es

muy fuerte en el Poder. (Véase *Dragón, falso*.)

Meilan de la casa Mendiana: Un Gran Señor de Tear, general competente pero dominado por la ambición y el odio. (Véase *Grandes Señores de Tear.*)

Melaine: Caminante de sueños y Sabia del septiar Jhirad de los Goshien Aiel. (Véase *caminante de sueños*.)

Melindhra: Una Doncella Lancera del septiar Jumai de los Shaido Aiel. Su lealtad está dividida. (Véase *asociaciones guerreras Aiel*.)

Min: Una joven que posee la capacidad de leer señales relacionadas con las personas en las aureolas que a veces percibe en torno a ellas.

Moraine: Una Aes Sedai del Ajah Azul. Del linaje de la casa Damodred, aunque no en la línea sucesoria del trono, se crió en el Palacio Real de Cairhien. Rara vez utiliza su nombre de casa y mantiene su conexión con ella tan en secreto como le es posible.

Morgase: Por la gracia de la Luz, reina de Andor, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Sede Suprema de la casa Trakand. Su emblema consta de tres llaves doradas. La enseña de la casa Trakand es una piedra angular de plata.

Myrddraal: Criaturas del Oscuro, bajo cuyo mando se encuentran los trollocs. Deformes descendientes de los trollocs en los que la materia humana utilizada para crear a los trollocs ha regresado a la superficie, pero infectada por la malignidad que generó a los trollocs. Físicamente son como los hombres, exceptuando el hecho de que no tienen ojos, aun cuando dispongan de la agudeza visual de un águila, tanto de día como de noche. Gozan de ciertos poderes emanados del Oscuro, entre los que se cuenta la capacidad de paralizar de terror con la mirada y la posibilidad de esfumarse en los lugares que se hallan a oscuras. Uno de sus pocos puntos débiles de que se tiene conocimiento es su temor a cruzar corrientes de agua. En diferentes países se los conoce con muchos nombres, entre ellos: Semihombres, Seres de Cuencas Vacías, Hombres de la Sombra, Acechantes, Perseguidores y Fados.

Natael, Jasin: Alias utilizado por Asmodean, uno de los Renegados.

neutralización: La acción, realizada por Aes Sedai, mediante la cual se corta el acceso al Poder Único de una mujer capaz de encauzarlo. La mujer que ha sido neutralizada detecta la Fuente Verdadera, pero no puede establecer contacto con ella. Son tan contados los casos de neutralización que las novicias deben aprender los nombres de todas las mujeres que la han padecido y los delitos por los que recibieron el castigo. Oficialmente, la neutralización es la consecuencia del juicio y la sentencia por un delito. Cuando ocurre de manera accidental, se lo llama «consunción», pero en la práctica se suele utilizar el término «neutralización» para ambos casos. Las mujeres que han sido neutralizadas rara vez sobreviven mucho tiempo; parecen renunciar a la vida y fallecen.

Niall, Pedron: Capitán general de los Hijos de la Luz. (Véase *Hijos de la Luz*.)

Nynaeve al'Meara: Una mujer que ha sido Zahorí de Campo de Emond, un pueblo de la comarca de Dos Ríos, en el reino de Andor, y que ahora es una de las Aceptadas.

Ogier: Una raza no humana, caracterizada por una gran estatura (tres metros de altura media en los varones adultos), anchas narices casi hocicudas y largas orejas copetudas. Viven en áreas llamadas *steddings,* que rara vez abandonan, y suelen mantener escaso contacto con los hombres. Los humanos apenas conocen detalles acerca de ellos y son muchos los que creen que los Ogier son sólo seres de leyenda. Su destreza

Librodot

como albañiles y canteros es extraordinaria y son obra suya la mayoría de las urbes edificadas después del Desmembramiento del Mundo.

Oscuro: El nombre más comúnmente utilizado en todos los países para mencionar a Shai'tan. El origen del mal, la antítesis del Creador. Encarcelado por el Creador en el momento de la Creación en una prisión de Shayol Ghul. El intento de liberarlo de ella desencadenó la Guerra de la Sombra, la contaminación del *Saidin,* el Desmembramiento del Mundo y el fin de la Era de Leyenda.

Oscuro, nombrar al: El hecho de pronunciar el verdadero nombre del Oscuro (Shai'tan) atrae su atención, lo que acarrea inevitablemente desgracias y mala suerte. Por ese motivo, se utilizan innumerables eufemismos, entre los que se encuentran el Oscuro, Padre de las Mentiras, Cegador de la Vista, Señor de la Tumba, Pastor de la Noche, Ponzoña del Corazón, Ponzoña del Alma, Colmillo del Corazón, Viejo Siniestro, Arrasador de la Hierba y Marchitador de las Hojas. Los Amigos Siniestros lo llaman Gran Señor de la Oscuridad. Con frecuencia se aplica la expresión «nombrar al Oscuro» a las personas que parecen abrir sus puertas al infortunio.

Pared del Dragón, la: Véase *Columna Vertebral del Mundo.*

Poder Único, el: El poder que se obtiene de la Fuente Verdadera. La gran mayoría de la gente está completamente incapacitada para aprender a encauzarlo. Un reducido número de personas puede llegar a hacerlo recibiendo enseñanzas de expertos y algunas, las menos, disponen de una capacidad innata para entrar en contacto con la Fuente Verdadera y encauzar el Poder involuntariamente, sin siquiera ser conscientes a veces de ello. Esta disposición innata suele manifestarse al final de la adolescencia o en el inicio de la edad adulta. Si nadie les enseña a controlar el Poder o no aprenden por sí solos a hacerlo (lo cual es extremadamente difícil y únicamente llega a conseguir uno de cada cuatro), están destinados a una muerte segura. Desde la Época de la Locura, ningún varón ha sido capaz de encauzar el Poder sin acabar enloqueciendo de un modo espantoso, aun cuando hubiera logrado cierto control, para luego morir a causa de una devastadora enfermedad que hace que quienes la padecen se descompongan vivos, y que está producida, al igual que la locura, por la contaminación del Oscuro en el *Saidin.* (Véanse *Aes Sedai*; *encauzar; Cinco Poderes, los*; *Época de Locura* y *Fuente Verdadera*.)

Rand al'Thor: Un joven de Campo de Emond, de la comarca de Dos Ríos, en Andor, que es *ta'veren.* Antes fue pastor de ovejas. Ahora ha sido proclamado como el Dragón Renacido, así como El que Viene con el Alba, del que se profetizó que uniría a los Aiel. Muy probablemente sea también el Coramoor —o el Elegido— esperado por los Marinos. (Véanse *Aiel* y *Dragón Renacido, el*.)

Renegados, los: Nombre otorgado a los Aes Sedai más descollantes de la Era de Leyenda y, por ende, los más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas del Oscuro durante la Guerra de la Sombra a cambio de la promesa de inmortalidad. Se designan a sí mismos «los Elegidos». De acuerdo con las leyendas y los fragmentos de documentos históricos conservados, fueron encarcelados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse su prisión. Sus nombres aún se utilizan hoy en día para asustar a los niños, y son: Aginor, Asmodean, Balthamel, Be'lal, Demandred, Graendal, Ishamael, Lanfear, Mesaana, Moghedien, Rahvin, Sammael y Semirhage.

Librodot

Rhuarc: Un Aiel, jefe del clan de los Taardad Aiel.

Rhuidean: Una urbe, la única del Yermo de Aiel, cuya existencia es desconocida por el resto del mundo. Durante casi tres mil años permaneció abandonada, y antaño a los hombres Aiel se les permitía entrar en ella una sola vez a fin de someterse a una prueba, dentro de un gran *ter'angreal,* con la que demostraban su capacidad para convertirse en jefe de clan (sólo un hombre de cada tres sobrevivía a la experiencia), mientras que las mujeres podían hacerlo en dos ocasiones, también para pasar una prueba en el mismo *ter'angreal* y así convertirse en Sabias, si bien la media de supervivencia entre ellas era considerablemente superior en ambas visitas. En la actualidad, la ciudad vuelve a estar habitada por Aiel, y el extremo del valle de Rhuidean lo ocupa un gran lago que se alimenta de un océano subterráneo de agua dulce, y que a su vez da origen al único río del Yermo.

Ronda Macura: Una modista de Amadicia que intenta servir a demasiados amos y amas sin saber quiénes son todos.

Rueda del Tiempo: El tiempo es una rueda con siete radios, cada uno de los cuales constituye una Era. Con el girar de la Rueda, las Eras vienen y van, dejando recuerdos que se convierten en leyendas y luego en mitos, para caer en el olvido llegado el momento del retorno de una Era. El Entramado de una Era es ligeramente distinto cada vez que se inicia dicho período y está progresivamente sujeto a cambios de mayor consideración.

sa'angreal: Un objeto que permite que un individuo pueda encauzar, sin sufrir daños, una gran cantidad de Poder Único. Un *sa'angreal* es similar a un *angreal,* pero cien veces más poderoso que éste. La diferencia en la cantidad de Poder que puede manejarse con un *sa'angreal* y la que permite esgrimir un *angreal* es equiparable a la que media entre el Poder utilizado con un *angreal* y el poseído sin ninguna clase de ayuda. Son vestigios de la Era de Leyenda, cuyo método de elaboración se desconoce hoy en día. Al igual que con los *angreal,* también hay *sa'angreal* para su uso específico por hombres o mujeres. Quedan muy pocos ejemplares, muchísimo más escasos que los *angreal.*

Sabia: Entre los Aiel, las Sabias son mujeres elegidas por otras Sabias para instruirlas en el arte de la curación, en el uso de las hierbas y en otras materias, de un modo muy parecido a las Zahoríes. Por lo general sólo hay una Sabia para cada clan o dominio de septiar. Ostentan una gran autoridad, así como una poderosa influencia sobre los jefes de septiares y clanes, aunque a menudo estos hombres las acusen de entremeterse demasiado en sus asuntos. Las Sabias no se involucran en pleitos de sangre y batallas entre clanes, y de acuerdo con el *ji'e'toh* no se les debe hacer daño ni poner trabas de ningún tipo a su labor. Algunas de estas mujeres pueden encauzar, pero es una habilidad que no hacen pública. En la actualidad hay tres Sabias que son caminantes de sueños, entre otras cosas. (Véanse *caminante de sueños, ji'e'toh* y *Tel'aran'rhiod*.)

Saidar, Saidin: Véase *Fuente Verdadera.*

seanchan: 1) Descendientes de los ejércitos que mandó Artur Hawkwing al otro lado del Océano Aricio y que conquistaron aquellas tierras. Consideran que cualquier mujer capaz de encauzar debe estar controlada para seguridad de los demás, y, por la misma razón, que ha de darse muerte a cualquier hombre que pueda encauzar. 2) La tierra de donde proceden los seanchan.

Sede Amyrlin: 1) Título de la dirigente de las Aes Sedai. Elegida

vitaliciamente por la Antecámara de la Torre, el máximo consejo de las Aes Sedai, que consta de tres representantes (llamadas Asentadas) procedentes de cada uno de los siete Ajahs. La Sede Amyrlin posee, al menos en teoría, una autoridad casi suprema entre las Aes Sedai. Su rango es equiparable al de un rey o reina. La forma de tratamiento ligeramente menos formal para referirse a ella es la Amyrlin. 2) El trono en el que se sienta la dirigente de las Aes Sedai.

Señores del Espanto: Los hombres y mujeres que, disponiendo de la capacidad de encauzar el Poder Único, pasaron al servicio de la Sombra durante la Guerra de los Trollocs y cumplieron las funciones de comandantes de las huestes de trollocs y Amigos Siniestros. Las gentes ignorantes los confunden a veces con los Renegados.

Shayol Ghul: Una montaña ubicada en las Tierras Malditas, más allá de la Llaga, donde está encarcelado el Oscuro.

Siuan Sanche: La hija de un pescador teariano que, de acuerdo con las leyes de Tear, fue embarcada con destino a Tar Valon antes de la segunda puesta de sol después de que se descubriera que tenía potencial para encauzar. Perteneció al Ajah Azul y fue ascendida a Sede Amyrlin en el 985 NE, pero ahora ha sido depuesta y neutralizada. Su meta actual es evitar el destino que teme le espera.

Soñadora: Véase *Talentos.*

sul'dam: Literalmente, Asidora de la Correa. Es el término seanchan para designar a una mujer que ha superado las pruebas que demuestran que es capaz de llevar el brazalete de un *a'dam* y controlar, por consiguiente, a una *damane.* En Seanchan se considera un honor desempeñar este cometido, que confiere una posición respetable en la sociedad. Muy pocas personas saben que las *sul'dam* son, de hecho, mujeres a quienes se podría enseñar a encauzar. (Véanse *a'dam*; *damane* y *seanchan*.)

Talentos: Habilidades en el uso del Poder Único en áreas concretas. El más conocido es, por supuesto, la Curación. Algunos, como el Viaje (la capacidad de desplazarse de un sitio a otro sin cruzar el espacio que media entre ellos), se han perdido. Otros como la Predicción (la posibilidad de prever acontecimientos futuros, pero de una manera general) se dan en muy contadas ocasiones. Otro Talento que se tenía por perdido desde hace tiempo es el del Sueño, en el que se incluye, entre otras cosas, la interpretación de los sueños de la Soñadora para augurar eventos futuros de una manera más específica que en el caso de la Predicción. Algunas Soñadoras estaban dotadas para entrar en el *Tel'aran'rhiod,* el Mundo de los Sueños, y se dice que incluso en los sueños de otras personas. La última Soñadora conocida fue Corianin Nedeal, que falleció en el 526 NE, pero actualmente hay otra, si bien su condición es conocida por pocas personas. (Véase *Tel'aran'rhiod*.)

Tallanvor, Martyn: Lugarteniente de la Guardia Real que ama a su reina más que a la vida o al honor.

ta'maral'ailen: En la Antigua Lengua, «Trama del Destino». Un gran cambio en el Entramado de una Era, centrado alrededor de una o varias personas que sean *ta'veren.* (Véanse *Entramado de una Era* y *ta'veren*.)

Tanchico: Capital de Tarabon. (Véase *Tarabon*)

Tarabon: Nación bañada por el Océano Aricio. En otros tiempos un país con un gran desarrollo comercial, exportador, entre otros productos, de alfombras, tintes y fuegos artificiales producidos por la Corporación de Iluminadores, está ahora en decadencia por los estragos de una guerra

civil y las contiendas entabladas contra Arad Doman y los partidarios del Dragón Renacido.

Tarmon Gai'don: La Última Batalla. (Véanse *Dragón, Profecías del* y *Cuerno de Valere*)

ta'veren: Una persona en torno a la cual la Rueda del Tiempo teje los hilos vitales de quienes se hallan a su alrededor, quizá de la *totalidad* de los hilos de las vidas, para formar una Trama del Destino. (Véanse *Entramado de una Era* y *ta'maral'ailen.)*

Tear: Una nación a orillas del Mar de las Tormentas y su capital, una gran ciudad portuaria. El emblema de Tear es tres lunas crecientes sobre un fondo mitad rojo y mitad dorado. (Véase *Ciudadela de Tear*.)

Telamon, Lews Therin: Véase *Dragón, el.*

Tel'aran'rhiod: En la Antigua Lengua, «el Mundo Invisible» o «el Mundo de los Sueños». Un mundo entrevisto en sueños que, según las creencias de los antiguos, impregnaba y rodeaba el resto de los mundos posibles. Muchas personas pueden entrar durante unos segundos en el *Tel'aran'rhiod* mientras duermen, pero son muy pocas las que han tenido la habilidad de entrar en él a voluntad. A diferencia de los sueños comunes, lo que les ocurre a los seres vivos en el Mundo de los Sueños es real; una herida recibida allí seguirá existiendo al despertar, y quien muera allí ya no despertará. (Véase *ter'angreal*.)

ter'angreal: Una clase específica de los objetos que quedaron de la Era de Leyenda que utilizan el Poder Único. A diferencia de los *angreal* y *sa'angreal,* cada *ter'angreal* fue creado para realizar una función concreta. Las Aes Sedai usan algunos de ellos, pero desconocen los cometidos originales de la gran mayoría. Unos requieren que se encauce para funcionar, mientras que otros puede utilizarlos cualquier persona. Algunos causan la muerte o destruyen la capacidad para encauzar de cualquier mujer que los utilice. Como ocurre con los *angreal* y los *sa'angreal,* su método de elaboración se desconoce desde el Desmembramiento del Mundo. (Véanse *angreal* y *sa'angreal*.)

términos Aiel de parentesco: Las relaciones familiares Aiel se expresan de formas complejas que resultan muy enrevesadas para los forasteros, pero que los Aiel consideran precisas. Unos cuantos ejemplos bastarán para demostrarlo, ya que sería necesario todo un libro para dar una explicación completa. Primer hermano y primera hermana son aquellos que tienen la misma madre. Segundo hermano y segunda hermana se refieren a los hijos de la primera hermana o primer hermano de la madre de uno, mientras que las madres segundas y los padres segundos son hermanas primeras y hermanos primeros de la madre de uno. Abuelo y abuela se refieren al padre o la madre de la madre de uno, mientras que a los padres del padre de uno se los llama abuelo segundo y abuela segunda; uno está más próximo, en términos consanguíneos, a la madre que al padre. A partir de ahí, las otras categorías de parentescos se van complicando más y más, embrollándose por factores tales como la posibilidad de que unos amigos íntimos se adopten entre sí como hermanos primeros o hermanas primeras. También se considera la alternativa de que unas mujeres Aiel que sean amigas íntimas a veces se casen con el mismo nombre, convirtiéndose de ese modo en hermanas conyugales, y si además se unen en matrimonio entre sí al igual que con él, entonces la relación es incluso más enrevesada.

Thom Merrilin: Un juglar muy poco corriente. (Véase *juglar*.)

Librodot

Tierras Fronterizas, las: Las naciones que bordean la Gran Llaga: Saldaea, Arafel, Kandor y Shienar. Su historia es una sucesión continua de ataques y guerras contra trollocs y Myrddraal. (Véase *Gran Llaga, la*.)

trollocs: Criaturas del Oscuro, creadas durante la Guerra de la Sombra. De elevada estatura, son una deforme mezcolanza de animal y materia humana. Están divididos en bandas de carácter tribal, entre las principales de las cuales se encuentran los Dha'vol, Dhai'mon y Ko'bal. Perversos por naturaleza, matan por el mero placer de dar muerte. Engañosos y traidores, únicamente quienes les infunden temor pueden confiar en ellos.

Urdimbre de una Era: Véase *Entramado de una Era.*

Verin Mathwin: Una Aes Sedai del Ajah Marrón a quien se vio por última vez en Dos Ríos con la supuesta misión de buscar jóvenes a las que poder enseñar a encauzar. (Véase *Ajah*.)

Yermo de Aiel: El inhóspito, accidentado y casi estéril país situado al este de la Columna Vertebral del Mundo, y al que los Aiel llaman la Tierra de los Tres Pliegues. Son pocos los forasteros que se aventuran en él, ya que los Aiel se consideran en guerra con todos los otros pueblos y no reciben con buenos ojos a los extranjeros. Los buhoneros, los juglares y los Tuatha'an son los únicos a quienes se les permite entrar libremente, aunque los Aiel evitan todo contacto con estos últimos, a los que llaman «los Errantes». No se conoce la existencia de ningún mapa del Yermo.

Zahorí: En los pueblos, una mujer elegida por el Círculo de Mujeres por sus conocimientos como curandera, su habilidad para predecir el tiempo y su sentido común. Generalmente la importancia de su posición se consideraba equiparable a la del alcalde y, en algunas localidades, incluso superior. La Zahorí es designada de por vida y es muy raro que alguna de ellas sea destituida de su cargo antes de morir. Según los países, su función se designa con nombres distintos, como Guía, Curandera, Mujer Sabia, Sabia o Indagadora.

Librodot